BIBLIOTECA
DE RELIGION,

Ó SEA

COLECCION

DE OBRAS CONTRA LA INCREDULIDAD

Y ERRORES DE ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS.

Comede volumen istud, et vadens loquere.
EZECH. III, 1.

TOMO X.

IMPRENTA DE BEAU,
San German en Laye.

FUNDAMENTOS DE LA FE,

PUESTOS AL ALCANCE

DE TODA CLASE DE PERSONAS,

OBRA

ESCRITA Y PRINCIPALMENTE DESTINADA A LA INSTRUCCION DE LA JUVENTUD QUE ESTÁ PRÓXIMA Á ENTRAR EN EL TRATO DEL MUNDO.

POR M. AYMÉ,

Canónigo de la iglesia de Arras;

Y TRADUCIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR D. ENRIQUE ATAIDE Y PORTUGAL, Y DADA A LUZ NUEVAMENTE POR D. SANTIAGO HERNANDEZ DE TEJADA.

Et nimiæ quidem stultitiæ, vel pertinaciæ, nec istos, nec nullos alios, quanticumque numeri libros satis esse posse, quis nesciat? Quando ea putatur gloria vanitatis nullis cedere viribus veritatis.

S. Aug., lib. 6 *De Civ. Dei*.

PARÍS,

LIBRERÍA DE A. BOURET Y MOREL,

CALLE DE L'ÉPERON, 6.

—

1847

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/fundamentosdelaf0010vari

EL TRADUCTOR.

Un religioso docto y virtuoso, amante por lo mismo de que se extiendan cada dia mas los sólidos fundamentos de la Religion cristiana, convencido personalmente en los dilatados viajes que tiene hechos en Francia, Italia, y hasta en África, de los portentosos saludables efectos que en todas estas partes ha producido la lectura de la obra que presento, impresa en París en 1778, me pidió encarecidamente (hallándose sin tiempo para hacerlo por sí mismo) que la tradujese y publicase para beneficio, utilidad é instruccion de toda clase de personas.

Esta sola insinuacion, hecha por una persona, para mí tan respetable como aquella, y para un fin tan loable y recto, habria sido suficiente para que superando mi natural timidez y justo recelo de no acertar á llenar sus deseos, emprendiese al instante este trabajo; mas luego que la leí, é hice juicio de que no es fácil hallar en su línea otra alguna que la exceda en el admirable método, nervio, claridad y precision con que está escrita, abracé doblemente gustoso esta ocupacion, persuadiéndome á que todo verdadero católico no podrá menos de darme gracias por haberle facilitado, y hecho conocer una de aquellas obras mas grandes y mas útiles; y en fin, la mas necesaria para saber con solidez, con método, y por

661

principios incontestables, cuales son los fundamentos de nuestra creencia, lo que debemos obrar, y lo que debemos esperar.

Concluido, pues, mi trabajo, resta solo que el lector juicioso disimule los defectos que halle en la version, en obsequio de la buena voluntad, con la cual la he emprendido, y del íntimo deseo que me asiste de que se propaguen mas y mas las eternas infalibles verdades de nuestra santa Religion, en despecho de los incrédulos é impios que intentan y han intentado siempre desacreditarla y combatirla con sus capciosos sofismas y diabólicas imposturas.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

PREFACIO.

Despues de haber conferenciado muchas veces con personas igualmente hábiles y piadosas, sobre los medios que pudieran tomarse para contener los progresos que ha hecho la incredulidad en estos infelices tiempos, he juzgado, y este ha sido tambien su parecer, que uno de los mas eficaces seria el hacer que los jóvenes del uno y otro sexo, un año antes de entrar en la grande sociedad del mundo, se empleasen seriamente en el exámen y estudio de los fundamentos de la Fe, para que conociesen radicalmente lo incontestable de las pruebas de la divinidad de la Religion cristiana : que era necesario para esto el componer un libro, en donde estas pruebas fuesen expuestas en toda su fuerza, y sin embargo, de un modo proporcionado á la edad de aquellos para quienes se escribiese : que podia esperarse que la fe de los jóvenes, fortificada con la lectura y meditacion de este libro, cuya sustancia debia hacérseles aprender de memoria, se sostendria en el mundo, contra los ataques de los impios, ó que si estos ataques la daban algun alcance, no la ahogarian jamás enteramente : que los jóvenes, despues de haberse llenado bien de la lectura de este libre, llevarian en sus almas una persuasion tan profunda de lo divino de la Religion cristiana, que todos los sofismas de los impios no podrian jamas arrancársela enteramente, y que si en ciertos momentos, aturdida su fe, y como desconcertada por la falsa elocuencia de esos hombres seductores, llegaba á vacilar, ella volveria bien presto por sí misma á tomar su primer imperio sobre sus espíritus.

Tal es el fin que me propuse al emprender la obra que hoy presento al público. ¡O padres y madres de familia! ¡O pastores de las almas! ¡O maestros

maestras! ¡O vosotros, todos los que estais encargados por vuestro estado de formar en la piedad cristiana la juventud de este gran reino, y de hacer de ella un pueblo digno de Dios, digno de la patria, y digno del gran monarca que nos gobierna; á vosotros es á quienes dirijo este fruto de mi trabajo y de mis desvelos. Si mi obra es la misma que he querido hacer, os habré hecho un servicio superior á vuestro conocimiento; y si no lo es, espero que la pureza de mis intenciones, que no debe ponerme al abrigo de vuestra crítica, me conciliará á lo menos vuestra estimacion.

Pero antes de concluir este prefacio, es necesario que diga una palabra del fondo de esta obra, de la forma que le he dado, y del modo con que deben hacérsela leer á los jóvenes, á fin de que les sea tan útil como pueda serles.

El solo título que lleva esta obra anuncia que su estilo debe ser natural, simple, familiar y claro, de modo que no pueda dejar de ser entendido. Estas son conversaciones entre un maestro y su discípulo, hombre jóven de quince ó diez y seis años. Todo, pues, debe tener aquí el aire y el tono de la conversacion, sin grandes palabras, sin frases escojidas y enigmáticas, sin figuras pomposas, y sin rasgos delicados, que hacen entender mas que dicen. Si el institutor de Teótimo usase con él de este tono, Teótimo no lo entenderia, y tal vez desconfiaria de él, porque, aunque jóven, conoceria que se gloriaba de sí mismo, y que se aplicaba mas á hacer brillar su talento que á enseñarle la verdad.

Estas son conversaciones, pero estas conversaciones giran sobre la mas grande de todas las materias, y deben ser por lo mismo nobles en su sencillez. Debe adornarse todo lo que es susceptible de adorno, mas siempre con sabiduría y sobriedad; de modo,

que jamás el brillo del estilo oscurezca el de la verdad, como sucede muy frecuentemente, y que jamás Teótimo sea mas tocado del modo con el cual le dicen las cosas que de las cosas mismas.

La materia sobre que giran estas conversaciones, no es menos interesante que grande. Es menester, pues, que el maestro hable de ella como un hombre profundamente persuadido de las verdades que explica, que ama estas verdades, y que se siente vivamente tocado y movido de ellas; y esto sin afectacion, y siempre con aquel aire natural que infaliblemente hace pasar los sentimientos del maestro á los corazones de los discípulos.

Lo que debe reinar y hacer el fondo de este libro, es el buen juicio y los buenos sentimientos. El buen juicio es la luz comun á todos los hombres. El mayor número de estos carece de lo que llamamos talento; y cada uno tiene alguna porcion de buen juicio, la cual no estimamos bastantemente, sin embargo de ser la parte mas preciosa de la razon humana. Por el buen juicio hizo Dios los hombres cristianos : por el buen juicio se convirtió el mundo; y nuestra Religion es la Religion del buen juicio.

Todo el edificio de la Fe está fundado sobre los hechos. Estos prueban que la Religion cristiana es una religion revelada y divina. Los hechos forman una cadena que se extiende desde el nacimiento del mundo hasta nuestros dias, sin que en ella haya la menor interrupcion ni vacío. Es, pues, necesario exponer estos hechos los unos despues de los otros, con sus pruebas, y manifestarlos en toda su claridad, colocándolos en su verdadera ilacion : manifestar que ellos juntos tienen un estrecho enlace, y se refieren todos al mismo fin : hacer conocer la fuerza que prueba estos hechos, sacando de cada uno las consecuencias que de ellos se siguen naturalmente; y

manifestar, en fin, que el último resultado de todos estos hechos reunidos, y tomados en cuerpo es, que la religion cristiana es necesariamente una religion divina. Es menester, por último, que el autor disponga sus materias con tal arte, que la primera conferencia prepare el camino á la segunda, y disponga al lector á leerla con interés; que la segunda dé una nueva fuerza á la primera, y así seguidamente en las demás. El progreso de la conviccion no debe jamás interrumpirse, y vaya creciendo siempre la luz; de manera, que de todas las demostraciones particulares se forme una demostracion tan completa de la proposicion general, á la cual todo el libro se reduce, que sea imposible á todo entendimiento razonable el negarse á ella. Tales son los caractéres que debe tener una obra, en la cual se proponen hacer conocer á los jóvenes los fundamentos de la Fe; y estos son los que he querido dar á este libro que hoy presento al público. A este toca el juzgar si he acertado.

Algunas personas encontrarán que he omitido hacer entrar en esta obra varias cosas interesantes, que hallarian naturalmente lugar en ella : otras, que me he remontado algunas veces mas allá del alcance de los jóvenes; y otras, en fin, que el estilo es, en general, demasiado simple, y demasiado llano.

Suplico á las primeras consideren, que en una obra de la naturaleza de esta, se debe, cuanto es posible, encerrarse en los límites de lo necesario, y no decir absolutamente mas que aquello que los jóvenes deben saber necesariamente.

Suplico á las segundas tengan presente, que aunque en este libro no debe decirse sino lo que los jóvenes puedan entender, es necesario, sin embargo, que cada Conferencia de las que le componen, tenga una justa extension, y llene su objeto. Que por otra parte, en los jóvenes, los grados de perfeccion son

diferentes, y que, por último, la razon se desenvolverá poco á poco en ellos, á medida que vayan creciendo; y que, en fin, llegará un tiempo que lo entiendan todo.

Ultimamente, suplico á las terceras, tengan la bondad de trasladarse á la edad de quince ó diez y seis años, y juzgar el estilo de mi obra relativamente á aquella edad. Yo no escribo, ni para los sabios, á quienes nada puedo enseñar; ni para los bellos ingenios, con los cuales no puedo hacerme admirar; ni para las personas ociosas, á las cuales no me propongo entretener; escribo sí para la adolescencia, en quien la razon comienza á disipar los nublados de la infancia, para almas todas nuevas, si puedo explicarme así, cuyo candor y buena fe forman su carácter, y á quien basta manifestar la verdad enteramente desnuda, y tal que ella es en sí misma.

Sin embargo, aunque yo me explico así, no dejo de estar persuadido á que mi obra, si es como he deseado hacerla, puede ser útil á muchas personas de todos los sexos, de todas las edades, y de todas la clases, que desean tener un conocimiento exacto de los motivos sobre los cuales se apoya su fe, y que frecuentemente se disgustan de las espinas que á cada momento encuentran en los libros que tantos hombres sabios han escrito en nuestros tiempos, los cuales se han visto obligados á responder en ellos á las objeciones igualmente sútiles y frívolas, que nuestros nuevos filósofos hacen contra la Religion cristiana.

En cuanto á la forma de esta obra, la he dividido, como se manifiesta, en Conferencias ó lecciones, cada una de las cuales es seguida de un Catecismo, donde todo lo que se ha dicho en la Conferencia se halla extractado en preguntas y respuestas. La utilidad de este método es bien conocida de todo el mundo. Yo

debo advertir solamente, que el maestro, en estos Catecismos, es quien propone las cuestiones á su discípulo, para hacerle dar cuenta de lo que ha retenido de la Conferencia. Que siendo esto así no deben extrañar las señales de aprobacion, que el que pregunta manifiesta de tiempo en tiempo al que responde. Es natural hacerlo así, y esto da á estos pequeños dialogos un aire de verosimilitud, que los hace mas agradables.

Por lo que toca á hacer uso de este libro, á fin de que sea tan útil como debe serlo, véase aqui cual es mi modo de pensar.

1º Se hará leer en la familia, ó en la clase, la Conferencia una ó mas veces.

2º El que presida á este ejercicio volverá á tomar los principales puntos, añadiendoles por sí lo que pueda contribuir á su mayor claridad, hacerlos mas perceptibles.

3º Este se hará dar cuenta por los jóvenes de lo que hayan retenido, preguntando tan presto al uno, y tan presto al otro, para animarlos á todos igualmente.

4º Les mandará que aprendan el Catecismo de memoria; y en fin les hará lo reciten, preguntándoles, ó lo que aun será mejor, que se ejerciten preguntándose los unos á los otros; por cuyo medio no podrán menos estas Conferencias de producir en la tierna memoria de los jóvenes las saludables y ventajosas impresiones que deben desearse, como preservativos los mas fuertes contra la irreligion y la impiedad.

Nada mas diré acerca de mi libro, sino que llegaré al colmo de mis votos, si esta obra, favoreciendo el celo del gran prelado, bajo cuyas leyes tengo la ventaja de vivir, contribuye á formar sinceros adoradores de mi Dios, buenos ciudadanos á mi patria, y vasallos fieles á mi rey

FUNDAMENTOS DE LA FE,

PUESTOS AL ALCANCE

DE TODA CLASE DE PERSONAS.

OBRA PRINCIPALMENTE DESTINADA Á LA INSTRUCCION DE LA JUVENTUD QUE SE HALLA PRÓXIMA Á ENTRAR EN EL COMERCIO DEL MUNDO.

PRIMERA PARTE.

CONFERENCIA PRIMERA.

Sobre la existencia de Dios.

La primera verdad que os han enseñado, mi querido Teótimo, es que hay un Dios; es decir, un Sér eterno é infinitamente perfecto, que ha criado el mundo con su poder, y que le gobierna con su sabiduría. Esta verdad, que es el fundamento de la religion y de la moral, es tan evidente, que sin trabajo se introdujo en vuestro espíritu, cuando la anunciaron en presencia vuestra; y no temo decir que jamás se ha hallado un solo hombre que la haya ignorado enteramente, á menos que no fuese estúpido; ó que la haya negado seriamente, á menos que no fuese insensato.

Todo cuanto existe fuera de nosotros, y todo lo que en nosotros existe, prueba esta verdad.

Todo lo que existe fuera de nosotros. Contempla, ó Teótimo, el mundo que habitamos. ¿Puede concebirse un edificio mas vasto en su extension, mas regular en su arquitectura, mas vario y mas magnífico en sus adornos que él? El cielo, la tierra y la mar presentan á

vuestros ojos una infinidad de maravillas : el cielo, por la multitud y por el resplandor de los astros que brillan en él, por la rapidez y la regularidad de su curso : la tierra, por la prodigiosa variedad, y por la utilidad de sus producciones; por la hermosura de los colores con que se adorna, y por las riquezas que encierra en su seno : la mar por su inmensa extension, por la majestad de sus movimientos y reposo, por el socorro de sus aguas, que contínuamente envia á la tierra para fecundizarla, y por las ventajas sin número que procura á los hombres. No hay uno de los séres que componen el mundo, que no sea maravilloso en sí mismo; pero el arte infinito que los liga estrechamente entre sí, reduciéndolos á la unidad de un mismo todo, es acaso la mas admirable de todas las maravillas. Haz reflexion sobre esto, Teótimo, y quedarás admirado. Verás que hay tanta proporcion entre cada una de las partes que componen el mundo, que no se encuentra un solo sér en él, á quien el mundo entero no sea necesario; ni uno solo que no sea necesario al mundo, á lo menos para su perfeccion[1]. ¿Qué otro sér sino un Sér eterno, todopoderoso, infinitamente inteligente, é infinitamente sabio, puede ser el autor de tan bella obra?

Dije un Sér eterno, porque aquel que ha criado el mundo, debia existir antes de criarlo, y existir por sí mismo; esto es, por la necesidad de su naturaleza. Porque si este Sér tuviera su existencia de otro, seria preciso preguntar de quién este otro la tiene á su vez, y remontar así hasta lo infinito de uno en otro, lo que choca á la razon; ó si al fin se encontrase un primer Sér, principio de todos los otros, este seria incontestablemente el verdadero y solo Dios.

Dije un Sér todopoderoso, porque no hay mas que un poder infinito que pueda dar el sér á lo que antes estaba en la nada.

Dije, en fin, un Sér infinitamente sabio é inteligente, porque ¿no es necesaria una inteligencia y sabiduría infinita para concebir la idea de una máquina tan vasta

1 Háblase aquí de los seres que componen el mundo, considerados en sus especies, y no en sus individuos.

y tan regular como la del mundo; de manera, que aunque esta máquina está compuesta de un número infinito de piezas, todas diferentes, están tan bien ligadas entre sí, y obran con tanto concierto, que despues del orígen de las cosas, y en virtud de las primeras leyes que Dios ha dado, esta máquina marcha con un movimiento siempre igual, y siempre uniforme, y que jamás lo ha desmentido?

Teótimo: seria una locura decir que el mundo es eterno. Todas las historias, todas las fábulas (que no son por la mayor parte sino historias hermoseadas ú oscurecidas), todas las tradiciones de todos los pueblos deponen contra aquellos que osarian adelantar esta paradoja.

La invencion de las artes necesarias, útiles ó agradables, los descubrimientos que se han hecho en todas las partes de la física, los conocimientos que se han adquirido en todo género, son tambien una prueba sensible y expresiva de que el mundo es nuevo. Porque todas estas invenciones, todos estos descubrimientos y todos estos conocimientos son recientes. Varios hay que son de nuestro tiempo: los mas antiguos no datan sino de algunos siglos á esta parte. El mundo es, pues, reciente él mismo, y puede decirse en cierto sentido que acaba de nacer. Porque si el mundo fuera eterno, habria millares de siglos que todas las artes estarian inventadas, que todos los descubrimientos estarian hechos, y que se habrian adquirido todos los conocimientos. Por otra parte, si el mundo es eterno, ¿porqué el sol, la luna, y otros astros están en continuo movimiento, mientras que la tierra permanece estable? El sol, la luna, y los otros astros son tan cuerpos como la tierra, y no son sino cuerpos no mas que ella; y me alegraria de que me mostrasen por qué razon un cuerpo se mueve sin cesar, mientras que el otro se está siempre quieto; y por qué razon un cuerpo se está siempre quieto, mientras que el otro se mueve sin cesar. ¿Se ejecuta esto de concierto? Pero este concierto supone razon, y los cuerpos no la tienen. ¿Es por la impresion de un sér extraño? Hay, pues, un Sér que prescribe á los cuerpos el movimiento y el reposo; que los tiene en su poder, y hace de ellos

lo que quiere; y este Sér es Dios. Si se adopta el sistema de los filósofos modernos, segun el cual el sol ocupa el centro del mundo, y permanece inmóvil mientras que la tierra da vueltas al rededor de él, dando tambien vueltas al mismo tiempo al rededor de ella misma, etc., se deja ver sin trabajo que el mismo razonamiento vuelve con la misma fuerza.

Seria otra locura (A) mayor que la primera, el decir que el mundo se formó por casualidad; esto es, por el concurso fortuito de los diferentes séres que le componen. Porque si el mundo se formó por casualidad, ¿cómo no le ha destruido la casualidad? Si el mundo se formó por casualidad, luego es la casualidad la que le conserva: véase aquí una casualidad que se repite á cada instante despues de miles años. ¿Puede concebirse esto, Teótimo? Si te dijera que he visto un hombre que ha vivido cien años, que todos los dias ha jugado al chaquete, y que á cada tirada de los dados ha llevado constantemente el premio, ¿me creerias sobre mi palabra? ¿Y creerás sobre la palabra de un pretendido filósofo, que ciertamente no ha visto nada de lo que expone, y que no lo prueba con razon alguna, ni con algun hecho, que la casualidad ha hecho el mundo, y le conserva despues de tantos siglos?

Si la casualidad ha hecho el mundo, ¿de dónde viene, pues, que desde que el mundo existe no se ha visto hacer á esta misma casualidad nada regular, ni seguido? ¿Ha agotado la casualidad su poder en la formacion de esta vasta y admirable máquina? ¿Ha renunciado su naturaleza? ¿Se ha condenado á una eterna inaccion? Que expliquen, si pueden, este misterio. Que arrojen un millon de veces los caractéres del alfabeto sobre una mesa, y jamás de ninguna tirada de estas se verá salir ni un solo verso de Racine ó de Boileau, ni verso alguno. Jamás he oido decir que hayan encontrado en las venas del mármol una figura correcta y perfectamente dibujada de ningun hombre, animal ó planta. Si hallaras un reloj sepultado en la tierra, aunque jamás hubieras visto reloj alguno, seria tu primera idea la de que esta máquina era la obra maestra de algun grande artista: ¿y podrias creer á los que te dijeran que el mundo ha sido produ-

cido por el concurso fortuito, ó si se quiere, por el encuentro de los átomos, ó de los cuerpos que andaban errantes desde toda eternidad en el vacío? ¿Se halla razon cuando se establecen semejantes extravagancias, y se supone la tengan aquellos á quienes se dirigen?

Presta atencion, Teótimo, á este razonamiento: si la casualidad no ha formado el mundo, es evidente que el mundo, siendo tan vasto, tan hermoso, y tan bien ordenado como le vemos, no ha podido ser hecho sino por un Sér infinito en poder, en sabiduría y en inteligencia. Los impíos se ven obligados á convenir en esto. Luego si el azar ha formado el mundo, ha hecho una obra, que no podia tener otro autor que un Sér infinito en poder, en sabiduría y en inteligencia, si esta ciega casualidad, cuyo capricho y temeridad son la esencia, no lo hubiera formado. ¿Puede imaginarse una alternativa mas extravagante que esta, y que mas ofenda al buen juicio?

Supuesto que el mundo no es, ni puede ser eterno, puesto que él no se ha formado por casualidad, ni por el concurso fortuito de los séres que le componen; el mundo es, pues, la obra de un Sér eterno é infinito en poder y en sabiduría, y este sér es Dios.

No, Teótimo, no es posible echar una mirada sobre el universo, sin exclamar que hay un Sér supremo que lo ha criado, y que lo gobierna. La existencia de Dios, dice Ciceron, no necesita probarse; una sola ojeada basta para convencernos. Porque cuando contemplamos los cielos, la hermosura y armonía de los cuerpos celestes, ¿podemos dejar de hallarnos al instante persuadidos de esta idea, y de que hay una inteligencia suprema que gobierna el universo? Imaginemos, dice este mismo autor, despues de Aristóteles, hombres que hayan pasado su vida bajo de tierra, en habitaciones cómodas y adornadas. La tierra se abre, ven el sol; el espectáculo de toda la naturaleza se presenta, y conmueve sus ojos y sus espíritus, ¿no te parece escucharlos exclamar unánimes en el primer enajenamiento de su admiracion, que hay ciertamente una Divinidad? Así se explican estos dos célebres filósofos, aunque nacieron paganos.

Por esto, cuando oigo exclamar al Profeta Rey en uno

de sus mas sublimes cánticos, que los cielos publican la gloria de Dios; que el firmamento anuncia las obras de sus manos; que el dia habla de ellas al dia, y la noche á la noche; que los cielos tienen un lenguaje que les es propio, y que se hace entender á los ojos; que este lenguaje resuena desde un extremo del mundo al otro: que no hay pueblo, por salvaje que sea, y que hable la lengua que hable, que no comprenda este lenguaje: reconozco en estas palabras el primer grito de la naturaleza, tan bien como el entusiasmo inspirado por el Espíritu santo.

Y así, mi querido Teótimo, jamás nacion alguna, ni pueblo alguno no ha estado sin Dios. Recorránse todas las partes del mundo, y en donde quiera que se hallen hombres, se hallará uno ó varios dioses. La mayor parte de los pueblos han errado groseramente tocante la naturaleza de Dios, tocante su unidad, en punto á sus atributos, y al culto que le es debido. Le han dado un culto lleno de impiedad y de fanatismo, un culto bárbaro é infame: pero en fin, han adorado alguna cosa. Los hombres de todos los tiempos, y de todos los paises han conocido que habia sobre ellos un poder, del cual dependian, y á quien debian rendir sus homenajes. Jamás han podido ni sofocar este sentimiento, ni resistir á su impresion. No sabian qué Dios habian de reconocer; pero sabian que habia uno, y todo lo divinizaban, mas bien que renunciar toda divinidad.

Y observa aquí de paso, que cuando los mas sensatos entre los idólatras empezaron á abrir los ojos sobre la indignidad de los dioses que adoraban en sus pais, y sobre lo vano y lo absurdo del culto que les rendian, no dijeron por eso que no habia Dios, ni religion: sino convinieron simplemente en que sus conciudadanos erraban, tocante á la aplicacion y al uso que hacian de la idea que tenian de la existencia de Dios, y de la necesidad de honrarle: de suerte, que en vez de renunciar todo Dios y toda religion, se aplicaron únicamente á rectificar la idea que habian tenido hasta entonces, así de Dios, como del culto que le es debido. Tales fueron los Sócrates, los Platones, los Ciceronos, y varios otros grandes hombres de la antigüedad pagana. Tan cierto

como esto es, que el hombre oye sin cesar dentro de sí mismo una voz que le dice que hay un dueño, y que siente en el fondo de su alma como un instinto que le impulsa á adorarle.

Te he mostrado, mi querido Teótimo, que todo lo que existe fuera de nosotros, nos anuncia la existencia de un Dios que ha criado el mundo, y que le gobierna; ahora voy á hacerte ver que cuanto existe en nosotros, nos prueba esta verdad de un modo todavía mas sensible.

Examínate tú mismo, ó Teótim; otú estas compuesto de dos séres: de uno que piensa, que llamas alma; y de otro sér privado de pensamiento, que llamas cuerpo. El primero es un puro espíritu, el segundo materia. Te pregunto desde luego, ¿en qué tiempo y de qué modo estos dos séres, tan diferentes en su naturaleza y en sus propiedades, se han reunido para formar el todo que tu mismo llamas así? ¿Has existido tu siempre? No: todo te testifica que solo existes desde algunos años. ¿Eres tú el que te has hecho á tí mismo? menos todavía. Tu te hallastes de un golpo en posesion de la existencia, sin saber de dónde te vino. Tú te has hallado hecho, si puedo explicarme así, sin haber jamás pensado en ello. Tú ves detrás de tí espacios inmensos de tiempos que han pasado, mientras estabas en la nada. Tú ves tambien delante de tí espacios infinitos de tiempo, y tú caminas en estos espacios, sin saber donde pararás. ¿Son pues los que tú llamas autores de tus dias, los que te han dado la existencia, y formado tal cual eres? Seria una extravagancia el pensarlo. ¿Cómo hubiera podido tu madre colocar en su seno los miembros de tu cuerpo, y todas las partes interiores, de las cuales se componen estos miembros? ¿Ella, que no los conoce; ella que te ha sentido formarte, y crecer en su seno, sin saber porqué, ni cómo se hacia todo esto? Sobre todo, ¿dónde habria ella tomado este espíritu, que tú llamas alma? ¿Y cómo la habria asociado á tu cuerpo, para no hacer del uno y de la otra sino un mismo todo, y un mismo hombre? Luego hay un Sér invisible y todopoderoso, que te ha hecho como eres; y este Sér es Dios. Tú no eres su obra solamente, mi querido Teótimo, sino su obra maestra.

¿Puede concebirse en efecto una obra mas bien delineada que tu cuerpo, y cuyas proporciones sean mas perfectas? Tú tienes todos los miembros, y todos los sentidos que te convienen, y no tienes mas. Cada uno de estos miembros y de estos sentidos da á tu cuerpo fuerza, gracia, belleza y dignidad. Quita al cuerpo humano uno de estos miembros ó de estos sentidos; transporta este miembro ó este sentido á otro lugar; da al hombre un miembro mas, y harás un hombre defectuoso, ó un monstruo.

Para que hagas atencion á esta verdad, pone Dios de tiempo en tiempo á tu vista hombres imperfectos, á quiénes falta alguna cosa, ó que tienen algo mas; y tu sabes, que luego que ves á alguno de ellos, tu primer movimiento es un movimiento de horror, ó un movimiento de compasion ó de desprecio. En fin, por tus miembros y por tus sentidos gozas de todo el universo, y tienes en ellos todo cuanto te es necesario para conservarte y hacerte feliz segun la condicion de tu naturaleza.

Lo interior de tu cuerpo te presenta nuevas maravillas; pero tú no eres todavia capaz de comprenderlas. Sería necesario un libro inmenso para describir las partes y los resortes inumerables, de las cuales el interior de tu cuerpo está compuesto, para mostrar sus diferentes usos, para hacer advertir la libertad, la prontitud, la variedad y la regularidad de sus movimientos, y del juego de estas partes y de estos resortes, no ostante su enlace y su complicacion. Solo el arte ciertamente de un sér soberanamente inteligente, pudo construir una máquina tan bella.

Volvamos á tu alma, Teótimo, y consideremos, hasta donde tu edad lo permite, su poder ó sus facultades, y el uso que hace de ellas. Tú piensas, tú sientes; pero tú no te das tus pensamientos; y por esto es necesario tenerlos ya, y no se da lo que ya se tiene. Tampoco te das tus sentimientos, porque para esto sería preciso conocerlos; y tú no los conoces jamás, sino por la experiencia que tienes de ellos. Si jamás hubieras tenido el sentimiento del placer ni del dolor, ignorarias lo que es dolor y placer. Si jamás hubieras visto colores, ni oido

sones, no sabrias lo que eran sones y colores, y así de todo lo demás. Tú tienes la conciencia de tus pensamientos y de tus sentimientos; pero ignoras lo que es el sentimiento y el pensamiento, y de qué modo se forma en tí el uno y el otro. El pensamiento es en tu espíritu como la aparicion de un objeto que tú no habias visto jamás. El sentimiento llega á oprimir tu alma sin que ella lo haya advertido, á lo menos la primera vez. Todas tus facultades, tu razon, tu imaginacion, tu memoria, etc. son admirables, tú gozas de ellas, tú las amas, y alguna vez te complaces en contemplarlas; pero no sabes, ni lo que ellas son, ni como están en tí, ni como obran. Estos son otros tantos misterios para tí. Todo lo que sabes es, que ni el pensamiento, ni el sentimiento te lo has dado, y que sin embargo tienes el poder (como bien presto lo diremós) de usar bien ó mal del uno y el otro, y de dirijirlos ácia el objeto que quieres. Tu alma esta en tu cuerpo; ¿pero cuándo, cómo, y de dónde vino á él? Otro misterio incomprensible es este para tí. Tú sabes solamente que no es ella la que se ha arrojado á esta prision, ó si quieres, que no es ella la que ha escogido esta morada; que no es ella la que ha formado los lazos que la unen al cuerpo, haciéndolos tan estrechos. Tu alma se ha encontrado unida á tu cuerpo, antes que ella lo hubiera jamás pensado, ni previsto. Concede pues, que tú no te has hecho á tí mismo; que tu sér, y todos los dotes de este sér, vienen de otra parte; que hay, pues, un sér eterno y todo poderoso, que te ha criado; que, criándote, ha dispuesto de tí, y dispone todavía como dueño absoluto: ahora, este sér es el que nosotros reconocemos con el nombre de Dios.

Examinemos aun de mas cerca la union de tu cuerpo y de tu alma. Tu cuerpo depende de tu alma; y tú alma á su vez depende de tu cuerpo. Esta alma manda á todos los miembros del cuerpo, y siempre es obedecida. Los ojos, la lengua, los piés y las manos se ponen en movimiento luego que el alma lo quiere, y como lo quiere; y sin embargo, esta alma no conoce los resortes interiores del cuerpo, que es menester hacer que jueguen, para que los diferentes movimientos que ella pide á estos miembros se ejecuten. El alma á su turno depende del cuerpo.

Ella recibe por su órgano casi todos sus conocimientos, todas sus sensaciones, y la mayor parte de sus sentimientos. Cuando el cuerpo se halla en buen estado, se derrama en el alma una dulce alegría; y desde que el cuerpo se altera y sufre algun daño, el alma sufre á su vez. Al instante el dolor, que está como en centinela junto á todos los miembros del cuerpo, velando en su conservacion, advierte al alma que le socorra, é impida el que perezca, y estas advertencias producen siempre su efecto. En una palabra, el alma y el cuerpo están tan estrechamente unidos, y de tal modo mezclados la una con el otro, aunque son muy diferentes y muy distinguidos, que el alma está presente en todo el cuerpo, lo mismo en sus extremidades que en el centro. Luego que ocurre algo de nuevo en el cuerpo, al instante se halla advertida el alma de ello: luego que ocurre algo de nuevo en el alma, el cuerpo recibe al instante la noticia, si es permitido el explicarse así. Estos dos séres tan poco hechos, á mi parecer, para ser asociados, están de tal modo unidos, que no hacen sino un mismo sér, y un mismo todo; y ellos obran, no solamente de concierto, sino que sus dos acciones no componen sino una sola, y una misma accion. ¡Qué maravilla! ¿Y quién otro que el Todopoderoso puede ser su autor?

Pero, mi amado Teótimo, nada debe sorprenderte tanto, y hacerte sentir tan vivamente que hay un Dios, como las relaciones que el hombre y el mundo tienen á un tiempo: el mundo es hecho esencialmente para el hombre, y el hombre para el mundo.

Quita al hombre del mundo: este mundo será siempre un vasto y magnífico palacio, soberbiamente adornado, y lleno de comodidades de toda especie; pero un palacio inhabitado, y por consecuencia inútil. ¿Para quién seria el espectáculo de la naturaleza y la naturaleza misma? ¿Quién veria entonces las bellezas del universo? ¿Quién gozaria los bienes que él encierra? ¿Cuál seria el uso del sol, de la luna, y de los otros astros? ¿Para qué serviria el trigo, y tantos frutos deliciosos como produce la tierra? ¿Cuál seria el destino de tantas especies de animales, sobre todo, de aquellos que son hechos para ayudarnos en nuestros trabajos, y vivir en socie-

dad con nosotros, como el caballo, el perro, etc. ¿Yo comparo el mundo en este estado á una habitacion ricamente adornada, y perfectamente iluminada, pero que las puertas estuviesen cerradas á todo espectador; á una mesa cubierta con esplendidez pero sin convidados; á un obrador lleno de ricos materiales é instrumentos de toda especie pero sin obreros. Quita el hombre al mundo, y le quitas el alma, y das la muerte á toda la naturaleza: vuelve el hombre al mundo, tú le animas, y revive toda la naturaleza. Cada ser tiene su uso, su utilidad y su destino. Nada veo de mas en el mundo, y nada falta en él.

Por otra parte, quita el mundo al hombre, tú le aniquilas, tú le privas de todos sus miembros, de todos sus sentidos, y de la mayor parte de sus facultades. ¿Para qué tiene ojos, si nada tiene que ver? ¿Para qué orejas, si no tiene que oir? ¿Para qué un paladar y un olfato, si no tiene que gustar ni oler? ¿Qué hará de su lengua, de sus piés, de sus manos, de su imaginacion y de su memoria? Vuelve á introducir el hombre en el mundo, y le vuelves en sí, y le crias; le pones en posesion de todos sus miembros y de todos sus sentidos, y de mas de la mitad de su alma. ¿Hay alguna cosa mas capaz de arrebatar nuestras almas, que aquellas relaciones tan justas y tan necesarias, como las que se encuentran entre el hombre y el mundo, y entre cada uno de los séres que el mundo encierra?

¿Quién otro sino Dios podia hacer tantas combinaciones, concebir tantas relaciones, concebirlas todas juntas, y por un solo pensamiento? ¿Quién otro que Dios podia ejecutar tan grande idea, y ejecutarla con una sola palabra, y por un solo acto de su voluntad?

Tú has considerado al hombre, mi amado Teotimo, en sí mismo; tú le has considerado despues, segun las relaciones que tiene con el mundo y con las criaturas que le componen. Considérale ahora, segun las relaciones que tiene con sus semejantes. Aquí se abre un vasto campo á tus reflexiones; pero esto no es tan propio para la edad que tienes, como para la en que entrarás bien presto. Mientras mas estudies al hombre en sociedad, mas hallarás en qué instruirte, y en qué

admirar la profunda sabiduría del Sér, criador del hombre y de todo el úniverso.

1° Verás que es absolutamente necesario á los hombres el vivir en sociedad, y que esta necesidad resulta ó nace de sus inclinaciones, de sus necesidades, y del fondo mismo de su constitucion.

2° Verás con admiracion, que los hombres tienen en sí cuanto puede unirlos, y cuanto puede separarlos. Todas las cualidades que pueden ser útiles á la sociedad, y todas las que pueden serle nocivas y funestas; y que, sin embargo, por el arte infinito con que el criador ha templado las cosas, las segundas les hacen la sociedad, á lo menos tan útil y tan necesaria como las primeras; y que sus mismas miserias, sus extravíos de entendimiento, sus defectos y sus vicios, sirven infinito para formar los lazos de la sociedad que tienen entre sí.

3° Verás con admiracion, que con un pequeño número de necesidades y de sentimientos, que todos están en cada hombre, pero variados infinitamente, por el modo con que se hallan combinados y despuestos, si puedo explícarme así, Dios pone á todo el género humano en un movimiento perpetuo, une entre sí á todos los particulares en cada pueblo, todos los pueblos en una nacion, todas las naciones juntas en el mundo entero, y no hace de tantos pueblos sino un pueblo solo, y una sola familia. Este Sér supremo ha hecho todos los hombres diferentes los unos de los otros, para ligarlos todos juntos. Todo lo ha reducido á la unidad, diversificándolo todo; y mostrando sobre diferentes tonos, si puedo explicarme así, todas las imaginaciones, todos los caractéres, todos los institutos y todos los sentimientos, ha hecho que su resultado sea la mas bella armonía que puede concebirse. ¿No es esta una obra maestra, Teótimo, y la obra maestra de la sabiduría, la mas vasta y mas profunda de la sabiduría de un Dios?

Parémonos aquí, Teótimo: si yo quisiera entrar en el pormenor, y hacerte observar todas las bellezas del mundo que habitamos, y del cual somos la mas noble parte, seria necesario hacer un libro tan grande como el mundo mismo, y aun no bastaria. Bastante es para

la edad en que te hallas, que te haya hecho echar una primera mirada sobre la grande obra de la creacion. La lectura de buenos libros, la conversacion de los hombres instruidos; y sobre todo, tus propias observaciones te enseñarán mas. Yo, por decirlo así, te he introducido en el mundo, en tu casa y en la sociedad de los hombres. Estos son como tres libros que te he abierto, abriéndote al mismo tiempo los ojos, á fin de que pudieras leerlos. Léelos, pues, sin cesar, estudia el mundo, estúdiate a tí mismo, estudia la sociedad de los hombres, y verás brillar en todo el poder, la sabiduría, la majestad, y la bondad del Sér criador, y serás arrebatado sin cesar á admirarle, á bendecirle y á adorarle.

Todo cuanto sorprenderá tus ojos, te hará conocer la verdad de estas palabras de san Pablo (Ep. á los Rom.) : « Las perfecciones invisibles de Dios, su eterno » poder y su divinidad, se han hecho sensibles, des- » pues de la creacion del mundo, por el conocimiento » que sus obras nos dan de ellas; así ellos [1] son inex- » cusables, porque habiendo conocido á Dios, no le » han glorificado como Dios, y no le han dado gracias; » pero ellos se extraviaron en sus vanos razonamientos, » y su corazon insensato ha estado lleno de tinieblas: » ellos se volvieron locos, atribuyéndose el nombre » de sabios, y han trasferido el honor que no es debi- » do sino á Dios incorruptible, á la imágen de un hom- » bre corruptible, y á figura de pájaros, de cuadrúpedos, » y de serpientes: por esto Dios los ha entregado á los » deseos de su corazon, á los vicios de la impureza; » de suerte, que han deshonrado ellos mismos su pro- » pio cuerpo, ellos que habian puesto la mentira en el » lugar de la verdad de Dios, y rendido á la criatura la » adoracion y el culto soberano, en vez de rendirlo al » Criador, que es bendito en todos los siglos. Amen. »

1 San Pablo habla aquí, sobre todo, de los filósofos paganos.

REFUTACION DEL SISTEMA DE EPICURO.

(A) *Esto seria otra locura.*

Yo hubiera podido dar mucha mas extension á este pedazo, y discutir á fondo el sistema de Epicuro. No lo he hecho: 1º porque este sistema es tan visiblemente disparatado, que casi todos los incrédulos le han abandonado, no obstante servirles de gran socorro. 2º porque me he propuesto en esta obra el hablar al buen juicio para ponerme al alcance de los jóvenes y del comun de mis lectores, y evitar cuanto pudiese el arrojarme, y arrastrarlos tras mí á las profundidades de la metafísica, en donde no dejarian de perderse.

Sin embargo, para satisfacer á varias peronas que tienen algun conocimiento de la filosofía, he creido colocar aquí, fuera del cuerpo de la Conferencia, una corta refutacion del sistema de Epicuro.

Este filósofo ha imaginado una multitud infinita de pequeños cuerpos, todos conformes de un modo diferente, que llama átomos. Segun él, estos átomos andaban errantes desde toda eternidad en la inmensidad del vacío; todos ellos se movian en diferentes sentidos; y en este movimiento, que era muy rápido, se huian entre sí, se impelian, se enlazaban, y agarraban el uno al otro, despues se separaban, y luego se reunian de nuevo. Los juegos de la casualidad se variaban infinitamente, como cada uno lo concibe: pero nada consecuente resultaba. En fin, llegó un momento, que por el mas feliz y mas pasmoso de todos los reencuentres, todos estos corpúsculos se combinan del modo necesario para formar el mundo que vemos. Véase, pues, el mundo hecho, y hecho de un golpe, y en un solo instante; y el mundo producido así ha durado un gran número de siglos y durará por toda la eternidad, porque la misma casualidad, que le ha hecho, le ha hecho á propósito para durar eternamente. La casualidad ha encontrado el movimiento perpetuo; esto es,

como un reloj que estuviesse montado para toda la eternidad.

El mejor modo de refutar este sistema absurdo es sin duda exponiéndole: sin embargo, no nos atengamos á esto.

1° Está demostrado que los átomos de Epicuro son entes quiméricos. La existencia actual no está encerrada en la idea de la materia, porque yo puedo tener, y tengo en efecto una idea muy limpia y muy distinta de varios cuerpos que jamás han existido: luego no es de esencia de la materia el existir: es menester, pues, que ella reciba la existencia de otra parte; esto es que es necesario que sea criada, y sacada de la nada por un sér infinito en poder. La materia no puede ser eterna en el sentido que Epicuro la ha creido. Estos átomos infinitos en número, que supone errantes de toda eternidad en la inmensidad del vacío, jamás han existido sino en la imaginacion de este filósofo.

2° El reposo y el movimiento convienen igualmente á la materia, porque es indiferentemente susceptible del uno ó del otro. Yo veo esto mismo en la idea de la materia. Un cuerpo no pierde nada por el reposo, ni nada adquiere por el movimiento: él es el mismo en los dos estados. Sea que el sol dé vueltas al rededor de la tierra, ó que la tierra dé vueltas al rededor del sol, siempre es el mismo Sol y la misma tierra. ¿Porqué, pues, Epicuro supone que sus átomos han estado en un eterno movimiento? porque necesitaba este movimiento para construir su mundo. ¿Pero se sigue de aquí que los átomos se hayan movido en efecto?

3° Aunque la materia sea capaz de moverse, concibo muy bien, que cuando reposa, no puede moverse por sí misma, ni de otro modo que por la accion é impulso de una causa extraña. Un cuerpo en reposo permanecerá eternamente en el lugar que esté, si la accion de algun otro sér no le hace salir de él. Siendo esto así, si se supone que hubo un instante, en el cual los átomos de Epicuro han estado en reposo, está demostrado que este reposo debió ser eterno, y que ellos no pudieron moverse jamás. Ahora, ¿quién me impide el suponerlo? ¿No tengo yo igual derecho para decir que los átomos no se mo-

vieron jamás, al que él tiene para decir que ellos fueron agitados por un movimiento eterno, visto que los cuerpos son igualmente indiferentes al movimiento y al reposo?

4° Sostengo que me asiste mucha mas razon que á él. ¿Qué es el movimiento? Es la existencia sucesiva de un cuerpo en muchos parajes, ó en muchos puntos contiguos del espacio. El cuerpo K sale de su lugar, y recorre los puntos del espacio A, B, C, D, etc. que tambien están contiguos. Supongo que el cuerpo K ha pasado desde el lugar donde estaba al punto A; y pregunto, por qué razon este mismo cuerpo debe tambien pasarse á los puntos B, C, D: él no puede determinarse á esto por su naturaleza; porque la naturaleza del cuerpo no exige que este se halle mas bien en un espacio que en otro: él no puede determinarse á esto por sí mismo; porque si fuera así, tambien podria por sí mismo salir del estado de reposo para ponerse en movimiento, lo que es imposible. Es preciso, pues, que un movimiento extraño sea su ajente; y así, cuando se supusiera, por imposible, que hubo un instante en el cual estuvieron en movimiento los átomos, se demostraria que era imposible que este movimiento hubiese durado; y en efecto, todos los filósofos convienen hoy en que los cuerpos no se mueven sino por la voluntad de Dios, que es la sola causa directa, física é inmediata de todos los movimientos que se hacen en el mundo.

5° Concedamos sin embargo á Epicuro, que los átomos que él ha inventado se han movido desde toda eternidad. ¿Estos átomos se han movido en línea recta hácia el mismo punto del vacío? Pues ellos debieron seguirse eternamente los unos á los otros, sin poder alcanzarse jamás. ¿Estos átomos se han movido en línea recta, pero hácia puntos directamente opuestos, como si dijéramos, los unos hácia el oriente, y los otros hácia el occidente? La mitad, pues, de estos átomos ha debido detener la otra. Véanse, pues, todos parados, y no forman en breve sino una masa sólida é impenetrable. No lo quiero yo así, responde Epicuro: yo digo que los átomos se movieron durante toda eternidad en todos los sentidos, y de todos los modos posibles: los unos en línea recta, los otros circularmente, los otros en espiral, etc. etc. Yo os

entiendo, gran filósofo : vos dais á vuestros átomos todos los movimientos que creeis necesitar; pero porque tengais necesidad de todos estos movimientos, ¿se deduce que hayan sido ejecutados? Decid, pues, ¿porqué un átomo ha debido moverse en línea recta, cuando el otro se movia en línea circular; y porqué, cuando este se movia en línea circular, un tercero ha debido moverse en espiral, etc. etc.? Voy á manifestaros que ellos han debido moverse todos en línea recta; porque está demostrado que el primer movimiento de un cuerpo se hace siempre en línea recta, y por esto mismo tambien está demostrado que un cuerpo no se mueve jamás en línea curva, sino porque su direccion natural se halla interrumpida á cada momento. Ahora, un cuerpo no puede por sí mismo interrumpir su direccion natural. Vuestros átomos no han podido, por consecuencia, moverse jamás por sí mismos con un movimiento circular; y si en la ocasion de entrechocarse algunos de estos átomos se han movido en línea circular, esto no ha debido suceder sino muy rara vez, y estos mismos átomos han debido volver á tomar bien presto el movimiento en línea recta, la cual les era natural, y á la cual se dirigian incesantemente.

6° A pesar de cuanto acabo de decir, quiero pasar á Epicuro que sus átomos, infinitos en número, se han movido eternamente en los espacios del vacío infinito, y que se han movido en todos los sentidos, y de todos los modos posibles, buscándose así los unos á los otros, sin saber porqué, y no hallándose sino por casualidad.

¿Ha podido producir alguno de estos reencuentros, no digo la vasta máquina del mundo, pero una máquina cualquiera? No, sin duda.

¿Qué es una máquina? Es una union de varias piezas, que se mueven de concierto para producir un cierto efecto, como señalar las horas, inflamar la pólvora encerrada en el cañon del fusil, etc. Siendo esto así, decidme, ó Epicuro, ¿porqué, despues de tantos millares de años que el mundo se formó, no ha producido la casualidad nada regular, ni seguido? ¿Porqué no ha salido del taller de esta grande artista máquina alguna, ni aun la mas simple? ¿Porqué no ha salido tampoco el mas mínimo instrumento acabado en su especie, como un

cuchillo, unas tenazas, una paleta, y ni aun una simple palanca? Y vos quereis que una casualidad haya formado la vasta máquina del mundo, y con él ese número infinito de máquinas particulares de que se compone, y de las cuales cada una encierra una infinidad de piezas y de resortes, como todos los hombres, todos los demás animales, todos los árboles, y todas las plantas.

Despues del nacimiento del mundo hay leyes ciertas de los movimientos que los hombres conocen, á lo menos en parte, y despues del nacimiento del mundo, tambien el entendimiento humano estudia estas leyes, las acerca, las compara, se ocupa en combinar y calcular los efectos de estas leyes; y sin embargo, los hombres no han inventado todavía sino un pequeño número de máquinas, y las máquinas que los hombres han inventado son todas muy imperfectas. No hay una sola que pueda entrar en comparacion con un vaso de tierra; y vos quereis, que cuando aun no habia leyes de los movimientos, la casualidad, que no habria conocido estas leyes, si las hubiera habido, haya formado de un golpe, y en un solo instante, la máquina del mundo, y todas las máquinas particulares que el mundo encierra.

7° Supongamos, no obstante, que el reencuentro fortuito de los átomos ha formado el mundo en la disposicion que le vemos. La máquina está ya hecha, pero aun no basta; es menester todavía hacerla jugar, y hacer durar este juego durante la eternidad. Ahora voy á demostrar: 1° que esta máquina, una vez formada por un solo golpe de la casualidad, no puede ponerse en movimiento sino por un segundo golpe de la casualidad tan admirable como el primero; 2° que el juego de esta misma máquina no podrá sostenerse un solo instante, sin un tercer golpe de la casualidad semejante á los otros dos, y así seguidamente hasta lo infinito.

Ninguna máquina, y sobre todo la inmensa máquina del mundo, no puede ponerse en juego, ni conservarle un solo instante, sino en virtud de las leyes de los movimientos: este principio es evidente, y está recibido en todo el mundo.

No hay ley alguna de los movimientos, sea entre las que conocemos, ó las que nos son desconocidas, que

resulte inmediatamente, ó de la naturaleza, ó de la conformidad, ó de la magnitud, ó de alguna cualidad de los cuerpos; ó en fin, de las relaciones que los cuerpos tienen entre sí. En el mundo de los cuerpos no hay naturalmente, ni independientemente de toda institucion, ni gravedad, ni gravitacion, ni centro de graves, ni alto, ni bajo, ni encima, ni debajo, ni cuerpos pesantes, ni cuerpos lijeros, etc., etc.; y por consecuencia todas las leyes de los movimientos son necesariamente leyes de institucion, leyes arbitrarias, y leyes establecidas libremente por un Sér eterno y todopoderoso, que dispone de los cuerpos, y los gobierna como quiere : no habria ley alguna de los movimientos, si este Sér admirable no los hubiera establecido.

Ahora, nosotros razonamos aquí sobre una hipótesis, segun la cual no hay ley de movimientos, puesto que razonamos sobre una hipótesis, segun la cual Dios no ha tenido parte alguna en la formacion, ni en la conservacion del mundo.

Ahora, en esta hipótesis, es mas claro que el dia, que la máquina del mundo, formada una vez por un primer golpe de la casualidad, no ha podido jamás ponerse en juego, sino por otro segundo golpe tan admirable como el primero : que no ha podido jugar dos instantes seguidos, sino con el socorro de un tercer golpe de la misma casualidad, y de la misma fuerza que los precedentes : que, despues del nacimiento del mundo, el mismo golpe ha sido repetido á lo menos sesenta veces cada minuto; y que si el mundo dura eternamente, este mismo golpe se repetirá infinitamente; y como, despues de todo, no puede contarse con la casualidad, es claro que el mundo puede, y debe tambien arruinarse á cada instante : que es el mayor prodigio que no se arruine en efecto; y que puede ser que antes de acabar lo que estoy escribiendo, los cielos caygan sobre mi cabeza, ó que yo mismo cayga con la tierra que me sostiene en la inmensa cavidad de los cielos. Digámoslo en pocas palabras.

Los átomos de Epicuro son otras tantas quimeras; jamás ha existido ni uno solo de estos átomos.

Si (aunque imposible) los átomos han existido, han debido ser eternamente inmobles.

Si (aunque imposible) los átomos se han movido, han debido hacerlo en línea recta; y si algunos han podido cambiar de direccion, no ha podido ser esto sino por poco tiempo.

Si (aunque imposible) estos átomos se han movido en todos los sentidos posibles, jamás su reencuentro ha podido formar el mundo, ni máquina alguna.

Si (aunque imposible) el reencuentro casual de los átomos ha formado la máquina del mundo, esta máquina no ha podido jamás ponerse en juego, sino por un segundo golpe de la casualidad, tan admirable como el que lo ha formado.

Si (aunque imposible) el segundo golpe sucedió, ha sido necesario un tercero de la misma fuerza para hacer durar el juego de la máquina del mundo, durante dos instantes, y así progresivamente; y por consecuencia, véase un golpe de la casualidad, que se repite á cada segundo, despues del orígen de este admirable mundo, que solo es obra de la infinita sabiduría de Dios.

CATECISMO

DE LA PRIMERA CONFERENCIA.

Sobre la existencia de Dios.

P. ¿Cual es la primera verdad que es necesario sepa el hombre?

R. La primera verdad que es necesario sepa el hombre, es que hay un Dios; esto es, un Sér eterno é infinitamente perfecto; que ha criado el mundo, que le gobierna, y que es el dueño absoluto de todos los séres.

P. ¿Estais bien cierto en que hay un Dios?

R. ¿Cómo podria dudarlo? Todo lo que hay fuera de mí, y todo lo que en mí hay, me lo prueba evidentemente.

P. ¿Cual es la primer prueba que teneis de la existencia de Dios?

R. La primera prueba que tengo de la existencia de

Dios, es la grandeza y la hermosura del mundo, y el buen órden que reina en él; porque no pudiendo el mundo existir de toda eternidad, y no pudiendo por otra parte haberse formado por casualidad; es evidente que es la obra de un Sér infinitamente poderoso en inteligencia y en sabiduría, y por consecuencia la obra de Dios.

P. ¿Cual es la segunda prueba que teneis de la existencia de Dios?

R. La segunda prueba que tengo de la existencia de Dios, es lo nuevo del mundo, que está atestiguado por todas las historias, y hasta por las mismas fábulas; por los nuevos descubrimientos que han hecho los hombres en todas las ciencias, y por las artes que han inventado recientemente.

P. ¿Cual es la tercera prueba que teneis de la existencia de Dios?

R. La tercera prueba que tengo de la existencia de Dios, es el consentimiento de todas las naciones, sean civilizadas, sean bárbaras, que en todos los tiempos, y en todos los países del mundo, han creido que habia una Divinidad, y le han rendido homenajes soberanos; por que para que todas las naciones se hayan convenido en ello, es preciso y necesario que se hayan determinado á hacerlo así, ó por un instinto secreto, impreso en sus almas por el Sér supremo mismo, ó por la vista del mundo, que publica tan alta y elocuentemente su existencia y sus perfecciones.

P. Habeis dicho que todo lo que hay en vos os prueba que hay un Dios; ¿cual es, pues, la primera prueba de la existencia de Dios, que vos encontrais en vos mismo?

R. La primera prueba de la existencia de Dios, que yo encuentro en mí mismo, es la admirable estructura del cuerpo humano, que no puede ser sino la obra maestra de un artífice infinitamente hábil.

P. ¿Cual es la segunda prueba que vos teneis en vos mismo de la existencia de Dios?

R. La segunda prueba de la existencia de Dios que encuentro en mí mismo, es las diferentes modificaciones de mi alma, el pensamiento, las sensaciones y los

sentimientos; porque estas modificaciones no vienen de mí, aunque están en mí; y así concluyo con que vienen de Dios.

P. ¿Cual es la tercera prueba de la existencia de Dios, que vos sacais de vos mismo?

R. La tercera prueba de la existencia de Dios, que yo saco de mí mismo, es la union admirable de mí cuerpo y de mi alma, y el concierto incomprensible que reina entre estas dos partes de mí mismo, aunque son tan diferentes la una de la otra en su naturaleza y en sus propiedades; porque solo un Sér todopoderoso ha podido ligarlas tan estrechamente la una á la otra, que no forman sino un todo solo.

P. ¿Cual es la cuarta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La cuarta prueba de la existencia de Dios, que saco de mí mismo, es las relaciones maravillosas, que se hallan entre el hombre y el mundo; relaciones tan necesarias, que es evidente que el mundo es hecho para el hombre, y el hombre para el mundo; porque para establecer estas relaciones, han sido necesarias combinaciones infinitas, de las cuales es capaz solamente un Espíritu infinito.

P. ¿Cual es la quinta prueba de la existencia de Dios, que sacais de vos mismo?

R. La quinta prueba de la existencia de Dios, que saco de mi mismo, es el órden que reina en el mundo moral, del cual yo soy una parte, y en la sociedad de los hombres, no obstante la diferencia, la oposicion misma y el combate continuo de sus inclinaciones; porque para hacer resultar la union de los hombres de todo lo que parece separarlos, ¿no es precisa una profundidad de conocimientos, y una sabiduría que no puede convenir á otro que á Dios?

P. ¿No hay otras pruebas de la existencia de Dios?

R. Hay una infinidad de ellas, que las buenas lecturas, la conversacion de las personas piadosas é instruidas, la contemplacion de las obras de Dios; y sobre todo, la invocacion continua de su ayuda, me harán conocer y sentir.

SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

Probando la existencia de Dios, mi querido Teótimo, hemos echado el primer cimiento á la religion y á la moral; pero antes de razonar sobre este principio, debemos apoyarle con otros dos principios, que no son, ni menos necesarios, ni menos evidentes. El primero es la distincion del bien y del mal moral; el segundo, es la libertad del hombre.

¿Las acciones de los hombres son todas de un mérito igual? ¿Cuando se dice de una accion, que ella es buena, ó que ella es mala, se dice la misma cosa en el fondo? ¿Hay una diferencia real entre el vicio y la virtud, ó no hay ninguna? ¿El que es recto, justo, humano y bienhechor, no merece mas nuestros elogios, que el hombre falso é injusto, y que el hombre injusto y sin entrañas? Respóndeme, Teótimo; pero estás confuso, y como embargado de horror. Ya lo veo, Teótimo, que aunque eres jóven, tu entendimiento y tu corazon han decidido ya esta cuestion. Esto no me sorprende, porque es constante que los peores hombres que el mundo haya visto, jamás han pensado seriamente que el vicio y la virtud sean una misma cosa.

¿No es efectivamente cierto, Teótimo, que luego que ves á alguno de tus condiscípulos mentir, jurar, arrebatarse de cólera, violar sus promesas, y tratar á los otros con dureza, concibes contra él cierta indignacion, aversion y desprecio? Al contrario, cuando ves que uno de tus condiscípulos está lleno de dulzura, de franqueza y sinceridad, que no engaña jamás á los otros, los dispensa todos los favores que puede; y vive con ellos en una perfecta armonía; tú lo apruebas, tú le amas, tú le eres favorable, y buscas su compañía. No es esto todo; tú juzgas de tí mismo, como juzgas de los otros. Cuando has mentido, cuando has faltado á tu promesa, cuando

has cometido alguna violencia, cuando te has entregado á algun exceso, tú te reconvienes á tí mismo, estás avergonzado y confuso, y tú te eres tan enfadoso á tí mismo, que no te puedes aguantar; y luego que has hecho alguna bella accion, te apruebas á tí mismo, porque conoces que estás en el órden. Un júbilo secreto se esparce entonces en tú alma, y llevas por todas partes una paz deliciosa.

Luego tú sabes, Teótimo, que hay acciones que son buenas, y otras que son malas: ¿mas cómo lo sabes? Por tí mismo. Hay en tí una luz viva y penetrante, que te enseña esta verdad tan claramente, que no puedes dejar de verla. Ahora, sabe que está luz está en todos los hombres, y que cada uno de ellos experimenta en sí todo cuanto pasa en tí, cuando haces lo bueno ó lo malo.

Tú no puedes decir aquí que no sabias, hablando propiamente, que ciertas acciones eran buenas, y otras malas; pero que tú lo creias, porque tus padres, tus maestros ú otras personas te lo han dicho.

No, mi amado Teótimo, tú no puedes hablar así, porque: 1°, tú sabias muy bien que (aunque eras jóven) habias discernido por tí mismo, y antes que nadie te lo hubiera advertido, la bondad y la maldad de ciertas acciones. El temor que siempre has tenido de cometerlas, ó la vergüenza que has experimentado, á pesar tuyo, al ejecutarlas, es para tí una prueba convincente de ello. En segundo lugar, es cierto que desde que te dijeron que la mentira, la traicion, el robo, el homicidio, la ingratitud, y la falta de obediencia á nuestros superiores, eran vicios; tu entendimiento ha recibido estas verdades tan prontamente, y les ha dado una aprobacion tan llena y tan entera, que te parecia estarte diciendo lo mismo que tú sabias; y en efecto siempre lo supiste; pero aun no habias pensado en ello distintamente. Cuando han anunciado estas verdades en presencia tuya, mas bien las has aprobado que aprendido. Luego hay en tí una luz que te hace discernir el bien y el mal, así como hay otra que te hace conocer lo verdadero y lo falso. Por esto, cuando te han dicho que dos y dos son cuatro, no asientes mas prontamente á esta proposicion,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

que á la que oyes de que el homicidio es una mala accion.

Todas las naciones que existen, y todas las que han existido sobre la tierra, han estado siempre, y lo están tambien hoy de acuerdo sobre este punto esencial: todas las historias, y todas las relaciones que nos llegan de países extranjeros dan fe de ello, y yo podria decir que todos los hombres, sin exceptuar uno solo.

No hay hombre malo que no se avergüence de su maldad: no hay hombre malo que no deteste la maldad de otro; y todos los hombres, sean buenos ó sean malos, estiman y alaban la virtud.

¡Cómo! Teótimo, el que mata á un hombre, y el que salva la vida á otro; el hijo descastado, ó que ultraja á su padre, y el hijo bien nacido que respeta y honra al suyo; el usurpador del bien de otro, y el hombre justo; el traidor, el pérfido, y el hombre recto y sincero, ¿serian tan buenos y tan estimables el uno como el otro?

¿El primero no mereceria ni desaprobacion ni castigo; y el segundo no seria digno de elogios, ni de recompensas? Aunque todavía no eres mas que un niño, desafio á todos los hombres juntos á persuadirte esta paradoja.

No o emprenderán jamás, porque se contradecirian ellos mismos de una manera chocante; porque si nada es ni justo, ni injusto; si ninguna accion no es ni buena ni mala; si el vicio y la virtud no tienen juntos ninguna oposicion verdadera, y no son diferentes sino en el nombre, ¿porqué, pues, los hombres han establecido leyes para recompensar las buenas acciones, y castigar los delitos? ¿Para qué las vergüenzas y los suplicios contra los criminales?

Luego hay, mi querido Teótimo, una diferencia real entre el bien y el mal moral, ó lo que es lo mismo, hay acciones que por sí mismas, y de su fondo son buenas y loables, y otras que por sí mismas, y de su naturaleza son malas y dignas de castigo. Nosotros nos vemos obligados, á pesar nuestro, á convenir en ello; porque lo sentimos así en nosotros mismos, y lo vemos en su esencia. No miramos estas acciones como buenas

ó malas, porque así nos lo han dicho, sino porque la conformidad, ó la oposicion que tienen con el órden inmutable, cuya idea está en nosotros, despierta y hiere nuestros entendimientos, y los convence de tal modo, que no podemos defendernos. La diferencia que hay entre el bien y el mal moral, no es una diferencia de convencion ó preocupacion, sino una diferencia independiente de todas las preocupaciones y de todos los convenios; y en fin, una diferencia inherente á la naturaleza de nuestras acciones, y sacada de su fondo.

Convenimos en que los hombres pueden mirar un vicio particular como una virtud, y recíprocamente una virtud como un vicio. Ejemplos hay de ello que no pueden contestarse. Se sabe haber sucedido, no solo á particulares sino á pueblos enteros, el haber caido en este error.

Pero advierte, Teótimo, 1° que jamás en ningun hombre, y con mas razon, en ningun pueblo, las ideas han estado de tal modo confundidas, que se ha tomado todo vicio por virtud, y toda virtud por vicio; ó todos los vicios por virtudes, y todas las virtudes por vicios.

2° Que jamás han visto pueblo alguno, ni hombre, puede ser, que no haya reconocido ni vicio ni virtud; y que haya mirado todas las acciones como indiferentes en sí mismas. 3° Que hay ciertas virtudes que siempre lo han sido en todas partes; y ciertos vicios que han sido mirados siempre como tales en todas las naciones. 4° Que jamás se ha hallado pueblo alguno, ni hombre alguno puede ser, cuyas ideas no hayan podido rectificarse, cuando habia cambiado alguna virtud en vicio, ó algun vicio en virtud. Nosotros tenemos por consecuencia en nosotros mismos nociones claras, precisas é indelebles del bien y del mal moral, del vicio y de la virtud, y no podemos perder estas ideas, sino cambiando de naturaleza.

De la existencia del bien y el mal moral, mi amado Teótimo, es preciso concluir necesariamente la de la libertad humana. No puede probarse la primera verdad sin demostrar la segunda. Porque si los hombres no son libres; esto es, si obran siempre por necesidad, y no por eleccion; ó lo que es lo mismo, si una fuerza secreta,

pero irresistible, los determina en todas las elecciones; si no son jamás verdaderamente los dueños de elegir entre dos ó mas partidos que se ofrecen; es evidente que la naturaleza sola, ó si se quiere, la fatalidad ó el Sér criador, es el solo responsable de sus acciones; los hombres no deben dar entonces cuenta de nada. Cada hombre hace siempre lo que debe hacer, porque no puede jamás hacer sino lo que hace. Ninguno de ellos es ni bueno ni malo, ni culpable ni inocente, ni vicioso ni virtuoso.

Sobre esto tienes tambien el consentimiento de todos los pueblos. El género humano no ha variado jamás en sus opiniones sobre este punto. Si se han hallado algunos filósofos que hayan escrito ó hablado contra la libertad del hombre, sea por vanidad ó por parecer superiores á las preocupaciones vulgares, sea por un extravío de entendimiento, que apenas puede concebirse, no han persuadido por cierto de ello á ningun pueblo, y ni aun ellos mismos lo han quedado. Siempre se les ha visto en la práctica conducirse en consecuencia del dogma de la libertad, y como personas que suponian su existencia y realidad.

Todas las leyes suponen la libertad, como reconocida y confesada de todo el mundo. Sin esto serian aquellas ridículas, injustas y crueles; sobre todo las que establecen penas contra los malhechores. ¿Qué dirias, Teótimo, si vieras formarse un tribunal de jueces con grande aparato para pronunciar sentencia de muerte contra un leon ó un lobo que hubiera degollado á una oveja? Los tratarias de locos. Ahora, si los hombres no son libres, ve ahí lo que son nuestros tribunales cuando se juntan los jueces para sentenciar á un asesino ó á un ladron de camino real. Porque, en fin, aunque hay diferencia entre el hombre y el leon, si el hombre no es libre, no es menos cierto decir que el asesino fué determinado á matar á su semejante por un impulso tan necesario, como el que tuvo el leon para degollar la oveja. Mátese al asesino, si se quiere, como se mata al leon; pero sin reprenderle y sin disfamarle. Que le maten, sintiendo su desgracia, mas no echándole en cara su delito.

Mas, ¿para qué hemos de buscar fuera de tí pruebas

de tu libertad, cuando tú las tienes dentro de tí, y á las cuales no puedes dejar de rendirte? Me parece que hago aquí lo que un hombre que trajese testigos para certificarte que veias el sol, que vivias, que pensabas, que andabas, etc. porque tú sientes que eres libre, y no hay nada que sientas mejor, nada de que mas frecuentemente hagas experiencia que de esta verdad; y si yo quisiera persuadirte á que este sentimiento no está en tí, ó que te engaña, me despreciarias. El conocimiento del sentimiento, mi querido Teótimo, es el mas fuerte y el mas persuasivo de todos los conocimientos. Si el sentimiento que tú tienes de tu libertad te engaña; si la aprobacion interior que te das á tí mismo cuando haces bien, y la desaprobacion que pronuncias tambien contra tí mismo, á pesar tuyo, cuando haces mal, fuera una ilusion, Dios seria ciertamente la causa, y el que te engañaba. Ahora, nada seria mas indigno de su santidad, de su justicia, de su bondad y de su majestad, que el burlarse así de tí, y de todo el género humano contigo.

Terminemos esta Conferencia, mi amado Teótimo, por una observacion que esparcirá una gran claridad sobre todo lo que acaba de decirse, y que te causará tanto mas placer cuanto no es mas que el desenrollo de lo que ha pasado en tí hasta ahora, sin que lo hayas advertido, ó á lo menos sin que de ello te hayas dado cuenta á tí mismo.

El hombre experimenta sin cesar en sí mismo una doble impresion, de las cuales la una le impulsa á desear la dicha en general; y la otra le lleva á desear los bienes particulares, que se representa como capaces de contribuir á su felicidad. La segunda de estas impresiones nace de la primera; pero aunque la primera sea invencible, la segunda no lo es por eso. ¿Cómo lo sabemos? Porque lo sentimos. Yo siento en mí muy distintamente, que la impresion ó el instinto que me impulsa á desear la dicha en general es insuperable; que no puedo sustraerme de su imperio, y que haré vanos esfuerzos para ello. Yo siento en mí mismo muy distintamente tambien, que la impresion que me lleva á desear los bienes particulares, está sometida á mi voluntad, y que soy dueño de moderarla, de reprimirla, á veces de aho-

garla enteramente; y que en fin, yo soy siempre árbitro de no obedecerla, y es imposible que sobre esto me alucine.

Porque Teótimo quiere ser feliz, ha abrazado el partido de la virtud. Porque Cleanto quiere ser dichoso, se ha abandonado al vicio. Sin embargo, el primero no está obligado á colocar su dicha en la virtud, ni el segundo á colocar la suya en el vicio. ¿Cómo lo probaré? Con su mismo testimonio. Porque Teótimo, á quien hablo, siente en sí mismo que no ha estado, ni está sino en él, el ser vicioso, y sobre ello tiene experiencias que deben hacerle temblar. Cleanto conoce muy bien por su parte que en él ha estado, y está todavía el ser virtuoso, y tiene sobre ello experiencias que deben causarle la mas justa confusion. Teótimo conoce, como Cleanto, las dulzuras del vicio: Cleanto conoce los atractivos de la virtud, así como Teótimo. Pues ¿porqué el el primero ha preferido la virtud al vicio? Porque ha querido. ¿Porqué el segundo ha preferido el vicio á la virtud? Porque ha querido. Cuando estén de buena fe, no podrán ni el uno, ni el otro, responder de otro modo á los que le pregunten la razon de la diversidad de sus elecciones, porque su propia conciencia no les responde otra cosa á ellos mismos.

Si me preguntas, porqué la impresion que nos lleva á desear los bienes particulares está sumisa á nuestra voluntad, te responderé, que porque estos bienes se presentan siempre á nuestra imaginacion, como bajo dos aspectos, y como que son á la vez bienes bajo una cierta relacion, y males bajo otra. Por ejemplo, la virtud nos ofrece atractivos que enajenan nuestra alma; pero el practicarla cuesta combates muy penosos y grandes sacrificios. El vicio nos presenta una deformidad que causa horror, porque arrastra tras sí el oprobio y la infamia; pero tambien tiene dulzuras y atractivos que seducen. Esto es lo que hace que el hombre pueda deliberar, y delibere en efecto tan frecuentemente entre la virtud y el vicio. Esto es lo que hace que la eleccion que el hombre hace de la virtud sea loable y meritoria, y que la que hace del vicio, sea con-

denable y digna de castigo ; en una palabra, esto es lo que hace que el hombre sea libre.

Recopilemos en pocas palabras, mi amado Teótimo, todo lo que acabamos de decir. El hombre conoce evidentemente que hay acciones que son buenas, y otras que son malas ; y él ve entre el vicio y la virtud una diferencia que está en la naturaleza del uno y de la otra.

El hombre es libre ; esto es, que es dueño de sus determinaciones y de sus deliberaciones ; que puede á su gusto abrazar el vicio ó la virtud, y hacer lo bueno ó lo malo.

El hombre tiene la conciencia del mérito ó del demérito de sus acciones. A pesar que la tiene, se aprueba el bien que hace, y condena el mal que practica. En fin, ello es evidente que Dios es quien ha dado al hombre estas luces y estos sentimientos.

¿ Qué se sigue de aquí, mi querido Teótimo, sino que Dios ha hecho el hombre para practicar el bien y evitar el mal, practicar la virtud, y huir el vicio? Todo esto es muy evidente ; y por esto mismo es evidente tambien que hay una ley de naturaleza, que no es mas sino la luz de la razon, y la voz de nuestra conciencia, que nos muestran claramente lo que es conforme al órden, y lo que á él se opone ; y que nos enseña al mismo tiempo, que nosotros debemos estar siempre en el órden ; ley tan antigua como el mundo ; ley grabada en nuestras almas con caractéres indelebles. Nosotros podemos muy bien oscurecer algunos de los preceptos de esta ley ; pero no podemos borrar enteramente uno solo, á lo menos de los principales, y mucho menos borrarlos todos.

CATECISMO

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre.

P. ¿Es permitido todo igualmente á los hombres?

R. No: todo no es igualmente permitido á los hombres; hay acciones que son buenas por su naturaleza, y otras hay que son malas por sí mismas.

P. ¿Cómo sabeis que hay acciones que son buenas, y otras que son malas por su naturaleza?

R. Yo sé que hay acciones que son buenas, y otras malas por su naturaleza, porque la luz de la razon me lo enseña evidentemente. Yo lo sé por el aprecio y por el amor que, á pesar mio, tengo á los buenos, y por el desprecio y aborrecimiento que siento por los malos. Lo sé por mi conciencia, que me aprueba siempre el bien que hago, y que jamás deja de condenarme lo mal que obro.

P. Si creeis que ciertas acciones son buenas, y ciertas otras malas, ¿es porque vuestros padres ó maestros os lo han enseñado?

R. No; porque yo he comprendido muy bien por mí mismo, que ciertas acciones eran malas, y era preciso no hacerlas; y cuando me han dicho que ciertas acciones eran malas, aunque jamás hubiera pensado en ello, me ha sucedido casi siempre el ver al instante, por mi propia razon, que ello era cierto.

P. ¿El hombre es libre?

R. Sí, señor: el hombre es libre; esto es, dueño de sus determinaciones y de sus elecciones; y puede como le parezca obrar ó no obrar, practicar el bien ó el mal, y proceder de un modo ó de otro.

P. ¿Como sabeis que el hombre es libre?

R. Yo sé: 1º que el hombre es libre, desde luego por mi mismo, porque conozco muy bien que lo soy. 2º Porque es una verdad en la cual todos los hombres, sin excepcion, convienen, á lo menos en la práctica. 3º Porque si el hombre no fuera libre, no habria diferencia entre el bien y el mal, ó mas bien, porque nada seria bien ni mal, si cada uno hacia por necesidad y precision lo que hacia. 4º Y porque, si los hombres no fueran libres, todas as leyes que han sido hechas para reprimir y castigar los malos serian injustas y crueles.

P. ¿Pero puede ser que el sentimiento que teneis de vuestra libertad os engañe, y engañe tambien á todos los demás hombres?

R. Esto es como si dijérais que Dios me engaña, y engaña conmigo á todos los hombres; y este es un absurdo, y una horrible blasfémia. Nosotros no nos hemos dado á nosotros mismos este sentimiento, sino que lo hemos recibido, y no podemos deshacernos de él. Este sentimiento viene, pues, de Dios.

P. ¿Qué concluís de la diferencia que hay entre el bien y el mal moral: del conocimiento que teneis del uno y del otro; y en fin, de la libertad que tenemos de hacer lo uno ú lo otro?

R. Yo concluyo, que Dios quiere que los hombres, de quienes es el Criador y el dueño, hagan el bien, y eviten el mal, supuesto que les hace conocer de una vez así el bien, y la obligacion en que están de hacerlo, como el mal, y la obligacion que tienen de evitarlo; y que por consiguiente hay una ley natural, grabada por la mano de Dios en el espíritu y en el corazon de todos los hombres.

TERCERA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad y la existencia de una Religion.

Tú conoces por solo las luces de la razon, mi querido Teótimo, que hay un Dios; esto es, un sér eterno, y soberanamente perfecto; que ha criado el mundo, y que le gobierna; que te ha criado á tí mismo, y que es tu dueño absoluto. Ahora este Dios, Criador del mundo, y Criador tuyo, te ha dado el conocimiento del bien y del mal moral, en el momento que tu corazon comenzó á desenrollarse, y en este mismo momento te hizo conocer la obligacion que tienes de abrazar lo uno, y evitar lo otro. Luego estás obligado á practicar el bien, y á huir el mal. Dios al criarte te ha dado una ley que llamamos la ley natural. Esta ley te impone diferentes obligaciones que debes cumplir siempre; porque es evidente que no se te puso en posesion del sér que tienes, sino con la condicion de que las cumplirias.

Tú conoces, Teótimo, que tienes deberes que cumplir

con respecto á tí mismo, como son el velar en la conservacion de tu cuerpo, perfeccionar te entendimiento con la adquisicion de los conocimientos que te son necesarios, y tu corazon con el amor y la práctica de la virtud.

Tú conoces tambien que tienes obligaciones que llenar hácia tus semejantes, y son la justicia, la beneficencia y el agradecimiento.

Ahora te pregunto ¿si no conoces tambien que debes alguna cosa á Dios, á este Ser que es soberanamente perfecto; que te ha criado, y que ha criado el mundo para tí; que te conserva, y que te colma cada dia de beneficios? ¿Crees que te es permitido mostrarte indiferente con él, olvidarle, y no rendirle homenaje alguno? ¿No comprendes que es digno de toda tu admiracion, por su excelencia; de toda tu sumision, á causa del soberano dominio que ejerce sobre tí: de todo tu amor, y de toda tu confianza, por sus beneficios! Sí, Teótimo, tú concibes que Dios merece todos tus homenajes; y el cielo me preserve de juzgar mal de tu entendimiento y de tu corazon, para pensar lo contrario. Ahora, si Dios merece todos los homenajes de tu parte, tú se los debes, y si se los debes él los exige; porque siendo infinitamente justo, é infinitamente santo, como lo es, debe querer que tú estés en el órden: todo esto es evidente.

En vano se diria que los homenajes de los hombres no sirven á Dios de utilidad alguna; que no es mas dichoso cuando los recibe, ni menos dichoso cuando no los recibe. Se conviene en esto; pero no es de esto de lo que se trata. Trátase aquí de saber si es conforme al órden que la criatura honre y ame á su criador, que sea reconocida á sus beneficios, sumisa á sus leyes; y si lo contrario, es opuesto al órden. Si Dios ve esta conformidad y esta oposicion: si aprueba la criatura que le honra, que le ama, que obedece sus leyes, y que confia en él: y si desaprueba la criatura que hace lo contrario; y en fin, si, aprobando la una, y desaprobando la otra, las mira sin embargo de un mismo modo á las dos, y las amagualmente. ¿Qué piensas, Teótimo, y qué te dicen sobre esto tu razon y tu corazon? ¡Ah! Teotimo, en tus ojos leo tu respuesta. Ese movimiento, lleno de viveza y ardor, en

que te veo, me descubre el fondo de tu alma, y me dice elocuentemente todo lo que piensas. Sí; tú comprendes que, conociendo Dios todo lo que le es debido por su criatura, debe exigir necesariamente que esta le satisfaga lo que le debe, aprobándola, amándola y recompensándola cuando cumple con esta obligacion; y desaprobándola, aborreciéndola y castigándola cuando se niega á ello.

¿Puede concebirse, que habiendo Dios criado al hombre, y héchose conocer á él, habiéndolo hecho capaz de adorarle, de amarle, de someterse á él; habiendole hecho conocer que nada es tan justo como el rendir todos sus homenajes á su criador, haya querido sin embargo dispensarle de ello? ¿Puede concebirse que Dios haya podido prescribir al hombre obligaciones hácia sus semejantes, y eximirle de toda obligacion hácia aquel que le ha criado? Pero si fuera así, ¿habria, pues, Dios hecho al hombre para ser un monstruo?

Cuando te hablan de un hijo bien nacido que honra á su padre, le ama, y le tiene una obediencia fiel, tú estimas á este hijo y le amas. Cuando te hablan de un hijo descastado, que mira á su padre con indiferencia y con desprecio, este hijo te horroriza. ¿Y veria Dios con los mismos ojos al hombre que ofrece homenajes puros y sinceros á su Criador, y al que no le rinde ninguno? ¿Seria, pues, Dios menos justo que tú, y te habria hecho mejor que él lo es?

Concluyamos, pues, que el hombre debe á Dios un culto interior, que consiste en la adoracion, amor, alabanzas, reconocimiento y confianza, y que Dios exige este culto del hombre, y que por consecuencia hay una religion; porque la religion no es otra cosa sino un culto proporcionado á la grandeza de Dios, y á la naturaleza del hombre, que el hombre rinde á Dios.

Digo mas, Teótimo: si queremos reflexionar, veremos que el hombre no debe solamente á Dios un culto interior, sino tambien un culto exterior, que consiste en manifestar afuera, por los movimientos y las acciones del cuerpo, los sentimientos de que hemos hablado: 1° porque el cuerpo debe honrar á Dios á su modo, así como el espíritu, supuesto que Dios no ha criado menos

el cuerpo que el espíritu; 2° porque el hombre debe honrar á su Criador de un modo conforme á su naturaleza; ahora, es propio de la naturaleza del hombre que el cuerpo y el alma no formen sino un todo, y que su accion sea una é indivisible : de suerte, que si el culto que damos á Dios fuera siempre puramente interior y oculto en el fondo de nuestras almas, y que el cuerpo no tuviera jamás parte en él, este culto seria no solo imperfecto y defectuoso, sino tambien, y en algun modo contrario á la naturaleza del hombre.

Tambien puede decirse que un culto semejante es imposible. En efecto, si quieres observarte á tí mismo, verás que el alma no se afecta jamás de sentimiento alguno, sin que este sentimiento, si es algo vivo, no se manifieste al instante en el exterior por algun movimiento del cuerpo, propio para explicarle; y este movimiento es tan pronto, y concurre con tanta precision con el del alma, que no sabe si es el alma, ó es el cuerpo el que comienza. Supon un hombre penetrado hácia Dios de respeto y de amor, lleno de admiracion de sus perfecciones, de reconocimiento á sus beneficios, de confianza en su bondad; y aunque tú la tengas, te representarás á este hombre ya prosternado humildemente delante de Dios, ya cantando sus alabanzas y celebrando su bondad, ya levantando los ojos y las manos al cielo con un enajenamiento el mas vivo, y sentirás que tú harás todo esto mismo, cuando estos felices sentimientos se hayan hecho dueños de tu alma.

No es, pues, solamente una impiedad, sino una locura, Teótimo, el pretender con ciertos espíritus perversos de nuestro siglo, que no debemos á Dios sino un culto interior; porque despues de lo que hemos dicho, es evidente por el buen juicio mismo, que no solo es una parte del hombre, sino el hombre todo entero, el que debe honrar á Dios. Ahora, si el culto que damos á Dios fuera puramente interior, ya no seria todo el hombre, sino una simple parte del hombre la que le daba este culto.

Hemos visto que el hombre debe á Dios un culto interior, y un culto exterior, ¿pero no le debe mas? Reflexionemos sobre esto, y si la razon y la buena fe nos conducen, veremos que el hombre debe todavía á Dios la

profesion abierta y declarada del culto que le rinde. ¿Porqué? Porque sabiendo todos los hombres que cada uno de ellos tiene obligacion de conocer á Dios, de adorarle y de servile, es para cada uno de ellos una obligacion el cumplir estos deberes á la vista de todos los otros; de otro modo pasaria por un ateista, ó por un impío. Tú quieres que todos tus conciudadanos sepan que eres fiel vasallo de tu rey, y á fin de que lo sepan, cumples públicamente con todos los deberes de un vasallo fiel.

Con mas razon debes querer que todos tus semejantes sepan que eres un verdadero servidor de aquel rey supremo é inmortal, que ejerce su imperio sobre toda la naturaleza; y por eso es menester que le honres á la faz del universo. En esto estriba y consiste toda tu gloria.

En fin, mi amado Teótimo, si queremos consultar á la razon, ella nos enseñará tambien que las familias, las sociedades, los pueblos, las naciones y todo el género humano, deben rendir al Sér supremo, ó en cuerpo, ó por diputados que lo representen, un culto público, que consiste principalmente en los sacrificios, en la celebracion de las fiestas solemnes, en el canto de las alabanzas de Dios; porque Dios es el autor, el protector, el legislador, y el bienhechor de todas las sociedades y de todo el género humano, que no es mas sino una grande familia, de la cual es el padre.

Noe, al salir del arca, ofreció á Dios sacrificios en su nombre, y en nombre de toda su familia, que componia entonces todo el género humano. Job ofreció frecuentemente sacrificios á Dios por sus hijos.

Todas las naciones han estado en este uso, y la historia es garante de ello.

Por todas partes se encuentra un culto público, dado á la divinidad en nombre de las naciones, por los sacrificios, las fiestas, los votos, las plegarías, el canto de los cánticos, etc. Este culto era diferente en diferentes pueblos; pero ellos obraban bajo un mismo principio. Este culto era mas ó menos razonable, mas ó menos grosero; á veces era cruel, impío, y tambien infame, segun los diversos caractéres de los pueblos, y segun las dife-

rentes supersticiones que reinaban entre ellos. Pero en todos habia el mismo fundamento, que era la necesidad indispensable de honrar al Sér eterno que domina sobre todas las naciones. El manantial era puro, pero los raudales que se formaban de él estaban emponzoñados por la calidad de la tierra sobre la cual corrian.

CATECISMO

DE LA TERCERA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad y la existencia de una Religion.

P. ¿Qué es la Religion?

R. La Religion es un culto que el hombre da á Dios para honrarle como á Sér supremo, como á su Criador, bienhechor y su dueño absoluto.

P. ¿Cuántas especies de culto hay?

R. Hay tres especies de culto : el culto interior, el culto exterior, y el culto público.

P. ¿Qué es el culto interior?

R. El culto interior es aquel que rendimos á Dios por los homenajes de nuestro espíritu y de nuestro corazon, como la adoracion, el amor, el reconocimiento, la sumision y la confianza.

P. ¿Qué es el culto exterior?

R. El culto exterior es aquel que damos á Dios manifestando exteriormente por nuestras acciones, los sentimientos que tenemos hácia su grandeza. Tales son los sacrificios, las ofrendas, las prosternaciones para adorarle, el canto de sus alabanzas, y las oraciones vocales.

P. ¿Deben los hombres un culto á Dios?

R. Sí, sin duda : los hombres deben á Dios un culto : este es el primero y mas esencial de sus deberes. ¡Qué cosa hay mas justa, en efecto, de parte de los hombres, que adorar y bendecir al Sér supremo que los ha criado, y que los colma todos los dias de mil beneficios, y someterse á su voluntad de todo corazon!

P. ¿Qué especie de culto deben los hombres á Dios?

R. Los hombres deben á Dios un culto interior, un culto exterior, y un culto público.

P. ¿Porqué deben los hombres á Dios un culto interior?

R. Los hombres deben á Dios un culto interior, porque solo este culto es proporcionado á la naturaleza de Dios, que siendo espíritu, quiere ser adorado en espíritu y verdad, como lo dice Jesucristo mismo : el culto exterior sin el interior no seria sino un juego y una irrision.

P. ¿Porqué deben los hombres á Dios un culto exterior?

R. Los hombres deben á Dios un culto exterior : 1° porque es preciso que el cuerpo del hombre honre á Dios á su modo, así como su espíritu, supuesto que Dios no hizo menos al uno que al otro : 2° porque el hombre debe honrar á Dios de un modo conforme á su naturaleza ; y porque es propio de la naturaleza del hombre el manifestar sus sentimientos interiores con acciones exteriores y sensibles.

P. ¿Porqué deben los hombres á Dios un culto público?

R. Los hombres, quiero decir, las sociedades diferentes que componen el género humano, deben á Dios un culto público ; esto es, un culto dado á este Sér supremo por estas sociedades en cuerpo (ó en su nombre por los que las representan) ; porque Dios es el criador, el soberano, el protector, y el bienhechor de las sociedades, así como de cada hombre en particular.

P. ¿Exige Dios estos cultos de los hombres?

R. Sí : Dios exige estos diferentes cultos de parte de los hombres, porque siendo Dios la misma justicia y santidad, debe querer que los sentimientos y la conducta de los hombres sean conformes al órden ; lo que no sucederia, si los hombres no le rindiesen los diferentes cultos de que hablamos.

P. ¿Luego hay una Religion?

R. Sí : hay una Religion. Esto es evidente, segun cuanto hemos dicho hasta aquí.

P. ¿Han reconocido siempre los hombres que debian á Dios los diferentes cultos que se han dicho?

R. Todas las historias testifican que todos los pueblos del mundo han rendido á Dios los diferentes cultos de que hemos hablado.

CONFERENCIA A PARTE[1].

Sobre la Religion que dió Dios al primer hombre y á sus descendientes hasta Jesucristo.

En el momento que Dios crió al hombre, mi querido Teótimo, se manifestó á él, y le hizo conocer distintamente las relaciones que con él tenia. En este momento, pues, comprendió el hombre de un modo neto y preciso todo lo que debia á Dios como á Sér supremo, como á su Criador, como á su absoluto Señor, como á su último fin, como aquel de quien dependia enteramente, y de quien esperaba toda su felicidad.

Dios grabó tambien en este momento en el espíritu del hombre la idea del órden; y en esta idea le enseñó todos sus deberes. Cuanto digo aquí, Teótimo, está probado por sí mismo. Porque es evidente, por una parte, que siendo Dios infinitamente sabio, se debia á sí mismo el dar al hombre al criarlo todos los conocimientos que pudiesen por sí poner en ejercicio las facultades, de las cuales le habia provisto, y dirigirlas hácia su verdadero objeto; y es constante por otra parte que todos los hombres, que nacen del primer hombre, hallan en sí mismos el fondo de todos estos conocimientos, desde que empiezan á gozar de su razon. Esto es lo que hemos

1 Colóco aquí esta Conferencia á parte, porque no tiene una conexion absolutamente necesaria é indispensable con la que la ha precedido, y la que la sigue inmediatamente; y porque por otro lado, la mayor parte de los puntos de que trato en ella suponen la divinidad de las santas Escrituras, y la autoridad de la Iglesia, reconocidas por el que instruyo, lo que aun no ha llegado (como se ve bastantemente). Esta Conferencia me ha parecido necesaria para prevenir las dificultades que la que la sigue pudiera hacer nacer en los espíritus.

manifestado en las conferencias precedentes, y de ellas hemos concluido la existencia de la Religion natural.

Ello es cierto, que en todos los tiempos ha sido posible á los hombres el conocer la existencia de un solo Dios, Criador del cielo y de la tierra, y sus principales atributos, ó sus principales perfecciones: que en todos los tiempos les ha sido posible el conocer lo que debian á Dios, considerado en sí mismo, y segun las relaciones que tiene con el hombre: que en todos los tiempos les ha sido posible el conocer lo que se debian á sí mismos y á sus semejantes; y que la ignorancia en que han vivido sobre todos estos puntos, ha sido siempre inexcusable, como dice san Pablo.

Ve aquí, Teótimo, una idea sumaria, y como un plan abreviado de la Religion natural. Esta Religion, como ves, encierra dogmas, cuya verdad concibe fácilmente el entendimiento del hombre; y preceptos, de los cuales el corazon humano ve toda la equidad. Se llama esta Religion la Religion natural, porque resulta inmediatamente de la naturaleza del hombre, ó de las relaciones que este tiene por su naturaleza con Dios, consigo mismo, y con sus semejantes. Se llama tambien la Religion natural; porque nace en algun modo en el hombre, en el momento que nace el mismo hombre; porque por poco que este quiera reflexionar, encuentra los principios de esta Religion grabados en su entendimiento y en su corazon; en fin, se llama la Religion natural, porque es inmutable, y conviene al hombre en todos los estados donde puede considerársele; esto es, sea que se le considere como criado en el puro estado de naturaleza, y dejado en su condicion natural; sea que se considere como elevado á un estado sobrenatural, y destinado á un fin sobrenatural; y sea en fin, que se le considere como degradado por el pecado; y ello es cierto, que todas las leyes que Dios podia dar á los hombres han debido tenerlas, y que todas las leyes que él les ha dado, han tenido en efecto por fundamento la Religion natural. Dios ha añadido á esta Religion revelaciones y preceptos positivos; pero jamás ha cambiado nada á esta Religion, como lo veremos ampliamente en adelante.

1° Dios habria podido criar al hombre en el estado de

pura naturaleza; esto es, que criándole habria podido contentarse con haberle dado lo que era debido á la naturaleza, y por consecuencia haberle criado sujeto á la concupiscencia, y destinado á gozar de una felicidad puramente natural. Pero este Sér supremo no lo hizo así con el hombre: tuvo acerca de él las mas grandes miras; y no solo fué liberal sino magnífico con él. Adan fué criado exento de la concupiscencia que nos tiraniza; y perfectamente dueño de todos los movimientos de su alma, los cuales ni prevenian ni perturbaban su razon. Dios esparció en su espíritu las mas vivas luces: le dotó de la gracia santificante; y así le hizo su hijo adoptivo, y heredero legítimo de su reino. Adan, criado en este estado sobrenatural, no debia morir, sino ser trasportado desde el paraiso terrenal, donde Dios le habia colocado, al cielo, para ver en él á Dios intuitivamente y poseerle durante toda la eternidad. Dios reveló á Adan las grandes miras que tenia sobre él, y al mismo tiempo le prohibió el comer del fruto del árbol llamado de la ciencia del bien y del mal, declarándole, que en el momento que lo comiese, seria despojado de todos sus privilegios, abatido hasta mas abajo de su condicion natural, sujeto á la muerte, y víctima declarada de la condenacion eterna. Vé aquí, pues, en el estado de inocencia, una revelacion y un precepto positivo.

2° El hombre se atrevió á comer del fruto del árbol llamado del conocimiento del bien y del mal, á pesar de la prohibicion que el Señor le habia puesto; y por esta desobediencia experimentó todas las penas con que Dios le amenazó; y además, por un juicio de Dios muy justo, aunque muy impenetrable, todos los hombres que debian nacer de él, fueron envueltos en su condenacion.

3° Dios tuvo piedad de Adan y de su desdichada posteridad, y prometió un Salvador, que, en el tiempo señalado en los decretos de su sabiduría, repararia plenamente el pecado del primer hombre, y todas las consecuencias de este pecado. Con respecto á los futuros méritos de este Salvador, dió á Adan la gracia de la penitencia, se reconcilió con él, y le restableció en los

privilegios esenciales de su primer estado. Todos los descendientes de Adan fueron comprendidos en esta reconciliacion, pero con ciertas condiciones. Estas condiciones fueron, que creerian en el Mesías ó Salvador prometido de Dios, y que cumplirian fielmente los preceptos de la Religion natural, con el socorro, y con los movimientos de la gracia que se les daria con anticipacion sobre el fondo de los méritos futuros de este Salvador. La fe del Mesías podia borrar solamente el pecado original, que todos los hombres debian traer al venir al mundo, como nacidos de Adan; y no habia mas que la fe en este Mesías unida á las gracias dadas en vista de sus futuros méritos, que pudiera hacer á los hombres capaces de practicar obras meritorias para su salvacion.

Ve aquí, Teótimo, una segunda revelacion, á la cual pueden tambien añadirse los preceptos positivos que Dios impuso á los hombres de santificar el séptimo dia, y de ofrecerle sacrificios, tanto para que reconociesen su dominio soberano sobre ellos, como para que le rindiesen el homenaje de todos los bienes que recibian de su mano; porque parece muy verosímil, que el uso practicado por los hombres desde el principio del mundo, y recibido en seguida en todos los pueblos, de honrar la Divinidad con sacrificios, viene de Dios mismo.

Adan tuvo, pues, una revelacion interior, y una revelacion exterior. Una revelacion interior, por la cual Dios le hizo conocer su existencia y sus principales atributos, y grabó en su alma la idea del órden, y con esta idea la de todos sus deberes. Una revelacion exterior, por la cual Dios le anunció y prometió el Mesías futuro, que debia ser su Salvador, y el de toda su posteridad, y le dió las leyes positivas de que hemos hablado.

Así la Religion de Adan fué como un compuesto de la religion natural, y de la fe del Mesías: de la religion natural, que era la basa y el fondo de la religion de Adan; de la fe del Mesías, que era la perfeccion de esta Religion; porque debia santificar la práctica de la Religion natural, y dirigirla ácia un fin sobrenatural. Tal fué la Religion que Dios dió á Adan; y esta Religion, considerada en esta forma precisa, era la que todo el género humano, á excepcion del pueblo Judáico, debia prac-

ticar hasta la venida del Mesías. Esta Religion fué tambien el fundamento de la de los Judíos, y es asimismo el de la de los cristianos. Porque la principal diferencia que hay entre la Religion que fué dada á los Judíos por el ministerio de Moisés, y la que fué dada por Dios á Adan, á Noe y á Abrahan, consiste en que el Mesías prometido fué revelado al pueblo Judáico de una manera mas circunstanciada por sus profetas, y que este pueblo fué especialmente escogido de Dios para figurar al Mesías en las ceremonias de su culto. Y la principal diferencia que se halla entre el pueblo Cristiano y el pueblo Judáico consiste en que los judios creian y figuraban el prometido Mesías, en vez que los cristianos creen en el Mesías que vino; y así todo ha caminado siempre sobre la fe del Mesías; por lo que jamás ha habido en el mundo sino una religion verdadera.

4° Observa aquí, Teótimo, que poco tiempo despues del diluvio universal, esto es, desde los tiempos de Abrahan, la fe del Mesías á comenzó oscurecerse en el mundo; que el mal fué creciendo siempre; y que parece por todas las historias, que varios siglos antes de la venida del Mesías, ella estaba olvidada en todos los pueblos, excepto entre los judíos. Observa tambien que la Religion natural tuvo poco mas ó menos la misma suerte. Si no fué jamás enteramente olvidada, recibió por todas partes (excepto todavía entre los judíos) alteraciones esenciales, segun las historias lo testifican, y como lo mostraremos bien presto.

De todo lo que hemos dicho, mi amado Teótimo, resulta, 1° que los hombres no habrian salido jamás de los errores contrarios á la Religion natural, en los cuales se habian empeñado por su culpa, sin el socorro de una revelacion exterior, y dicho propiamente, unida á la revelacion interior, que será la materia de la Conferencia siguiente; 2° que habiendo perdido los hombres la fe del Mesías, les era absolutamente imposible el recobrarla, á no ser por otra revelacion.

Sin embargo, en la Iglesia Católica se cree que Dios ha querido siempre sinceramente salvar á todos los hombres; y sobre esto se pregunta, ¿cómo ha sido posible á los hombres el salvarse, mientras que por una parte

su salvacion estaba unida á la fe del Mesías, y que por la otra la fe del Mesías se habia perdido en todas las naciones, excepto entre los Judíos.

Yo respondo, con los teólogos católicos, que todos los hombres han podido siempre conocer por la luz natural la existencia de Dios y sus principales atributos, y los primeros deberes que les imponia la ley natural: que han podido siempre, con la ayuda de la gracia, que jamás faltó á ninguno de ellos, cumplir fielmente estos deberes; y que no hay ninguno de aquellos que los han cumplido así, á quien Dios no haya dado el conocimiento del prometido Mesías, ó por el medio del pueblo Judáico, ó por otros, que no han podido faltar nunca á un Sér todo poderoso; y tú ves fácilmente que esta respuesta resuelve la misma dificultad, con respecto á los infieles de nuestros tiempos, los cuales no han oido hablar jamás de Jesucristo.

No diremos mas hoy, mi querido Teótimo. En la Conferencia que tendremos juntos mañana, volveré á tomar el hilo de las materias que me he propuesto explicarte; y despues de haberte puesto en el estado que te he supuesto hasta aquí, que es el de un jóven que no conoce religion alguna, ó que está indeciso entre todas las que conoce, te enseñaré la necesidad que hay de una religion revelada.

CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad de una Religion revelada.

En el momento que Dios crió al hombre, mi querido Teótimo[1], se manifestó á él, y le hizo conocer dis-

1 Suplico al lector no pierda aquí de vista, que Teótimo es un jóven que solo sabe que hay una Religion natural; pero que por otra parte no conoce ninguna Religion particular, ó que á lo menos está indeciso entre todas las religiones que conoce. Tal es Teótimo, ó á lo menos se le supone tal de acuerdo con él. Asi ignora si el hombre ha sido criado en el estado de *pura naturaleza*, y desti-

tintamente las relaciones que con él tenia. En este momento comprendió el hombre de un modo limpio y preciso todo lo que debia á Dios, como al Sér supremo, como á su Criador, como á su Señor absoluto, y como á su último fin. En este momento grabó Dios tambien en el espíritu del hombre la idea del órden, y en esta idea le mostró todos sus deberes; y es constante que todos los hombres encuentran en sí mismos el fondo de todos estos conocimientos, desde que empiezan á gozar de razon, por poco que quieran escuchar su voz.

Es, pues, cierto que en todos los tiempos ha sido posible á los hombres el conocer la existencia de un solo Dios, Criador del cielo y de la tierra, y sus principales atributos y perfecciones principales: que en todos los tiempos les ha sido posible conocer lo que debian á Dios considerado en sí mismo, y segun las relaciones que tiene con el hombre: que en todos los tiempos les ha sido posible conocer lo que se debian á sí mismos, y á sus semejantes; y que la ignorancia en que han vivido sobre todos estos puntos esenciales, ha sido siempre inexcusable, como lo dice san Pablo: luego estamos obligados á reconocer una religion natural. Esto es, mi querido Teótimo, lo que ayer te decia, y hoy te repito las mismas palabras, porque importa que se graben profundamente en tu espíritu.

Así cuando dije que la revelacion era necesaria á los hombres, no hablaba de una necesidad absoluta é indispensable. La ignorancia de la religion natural en que han vivido los hombres durante varios siglos, no era ni

nado á un fin puramente natural, ó si Dios al criarle le elevó á un estado sobrenatural, y le destinó á un fin sobrenatural. Ahora, es evidente que, siendo Teótimo el que acabo de decir, es necesario mostrarle simplemente la necesidad de una revelacion, y explicarle los caractéres generales que esta revelacion ha debido tener, si es cierto que hubo una. Cuando se le haya probado que hay una revelacion, la recibirá como ella es; y en efecto está demostrado por los hechos, que largo tiempo antes de la venida de Jesucristo se habia hecho necesaria la revelacion al género humano, sea que el estado del hombre haya sido siempre el estado de *pura naturaleza*, ó un estado mas relevado.

total, ni invencible : luego Dios no debia la revelacion á los hombres.

Esta revelacion era, pues, necesaria solamente en este sentido, que era muy cierto que los hombres no habrian salido jamás de las tinieblas de la idolatría, de la supersticion, y de las preocupaciones en que estaban sumergidos, si su luz propicia no hubiera venido á sacarlos de ellas.

Antes de entrar en materia, hagamos aquí una observacion importante : de que el género humano haya estado tantos siglos en tinieblas tales, que parecia que la religion natural se hubiese olvidado enteramente, no se deduce que hubo un tiempo en que la revelacion era absolutamente necesaria; pero al mismo tiempo, de lo que nosotros somos en los siglos muy ilustrados, donde la religion natural está conocida perfectamente, tampoco se deduce que la revelacion no haya sido jamás necesaria en el sentido que he explicado ; porque es cierto, y no hay hombre de buena fe, que no se vea obligado á convenir en ello ; es cierto, dije, que el género humano no tiene este conocimiento sino despues de la venida de Jesucristo, como lo manifestaremos en su lugar. Así para juzgar bien de la necesidad de la revelacion, es menester trasportarse á los siglos que precedieron á Jesucristo.

Esta necesidad, entendida en el sentido que dije mas arriba, está demostrada por los hechos ; porque toda la historia nos enseña, que habiéndose una vez oscurecido las primeras tradiciones, el género humano, semejante á un viajero, á quien la noche sorprende en un bosque cortado con mil sendas desconocidas, no supo cual seguir, y estuvo en una igual incertidumbre de lo que debia creer, y de lo que debia practicar. Las tinieblas crecian de siglo en siglo : las mas ridículas y abominables supersticiones se multiplicaban hasta lo infinito : las mas insensatas preocupaciones se apoderaban de todos los espíritus, y formaban las costumbres de las naciones.

No eran solamente los pueblos bárbaros y salvajes los que caian en estos errores y extravíos, sino los pueblos mas civilizados; como los Babilonios, los Egipcios, los Cartagineses, los Griegos y los Romanos. Estos pueblos sobrepujaban á todos los demás pueblos en talentos y

conocimientos; y en los errores en materia de Religion, eran iguales á todos los otros. Entre ellos se veian grandes políticos, famosos guerreros, sublimes oradores, excelentes poetas, juiciosos historiadores, pintores y escultores tan hábiles, que sus obras parecia disputaban el precio á las de la naturaleza; en una palabra, génios raros y eminentes en todo género. Ningun pueblo contemporáneo, ninguno de los que los precedieron, ni de los que les siguieron, no han podido jamás medirse con ellos; y sin embargo, estos pueblos no han producido un solo hombre que haya tenido una idea justa de la naturaleza, de las perfecciones del Sér supremo, y de los homenajes que el hombre le debe. Ellos tenian razon para todo, menos para conocer á Dios. Nuestros mayores genios del dia les son inferiores en todo otro género. Nuestros entendimientos, los mas limitados y los mas groseros, les sobrepujan en el conocimiento que tienen de la religion y de la moral.

No podemos concebir los prodigiosos extravíos de aquellos pueblos, y aquellos mismos pueblos no comprendieron jamás que se extraviaban. Sus filósofos querian desenredarlo todo, y lo enredaban todo mas y mas. Se esforzaban para destruir los antiguos errores, y les sostituian otros nuevos; y así aumentaban la confusion de las ideas, queriendo rectificarlas. Por colmo de desgracia cada nacion tenia su paganismo y su idolatría que le era propia; y constituia entre todos ellos la religion del Estado. Nacian en esta religion, los educaban en ella, la veian autorizada por las leyes, practicada por los reyes, los grandes y el pueblo, y mamaban con la leche el veneno del error y de la supersticion. Apenas se encontraba un solo hombre que emprendiese el desengañar á los otros : no habia casi uno que hubiese pensado jamás en desengañarse á sí mismo; en una palabra, si se exceptúa el pueblo Judáico, y un pequeño número de hombres en las otras naciones, el espíritu de locura se habia apoderado de todo el género humano; yacia en el delirio, y habiendo durado este delirio dos mil años, sin algun lucido intervalo, ó sin algun intervalo de razon, sino aumentándose mas y mas, era visible que duraria siempre, si un mé-

dico todopoderoso no le aplicaba el remedio; y sobre esto, lo pasado salia por garante de lo por venir.

[1] ¿Qué remedio era este? Es evidente, Teótimo, que era la revelacion; y que esta revelacion no debia ser simplemente la renovacion de la revelacion natural, é impropiamente dicho, que Dios dió al primer hombre, sino una revelacion todo diferente; porque habiéndose oscurecido la revelacion natural, y casi enteramente abolido en todos los pueblos, la segunda habria tenido infaliblemente la misma suerte, á menos que Dios no hubiese mudado el carácter del espíritu humano; lo que no queria hacer. La revelacion natural era una revelacion interior, y era necesario que la segunda fuese una revelacion exterior. En la primera, Dios habia hablado al espíritu del hombre por las ideas y las nociones que le habia comunicado; á su corazon, por los sentimientos que en él le habia impreso; á sus ojos, por el grande y magnífico espectáculo del mundo. Era preciso que en la segunda revelacion, dejando Dios subsistir siempre la primera, hablase todavía á los oidos de los hombres: permítaseme este modo de hablar; esto es, que era necesario, ó que Dios se hiciera visible á los hombres para instruirlos exteriormente por sí mismo, ó que los instruyese por enviados, encargados auténticamente de su parte de hacerlo por él, y en su nombre.

Era necesario que esta revelacion fuese capaz de imponer silencio al orgullo del espíritu humano, de reprimir su curiosidad y su natural inquietud, de fijar todas sus incertidumbres; esto es, que era preciso que se mostrase á los hombres de un modo tan claro y preciso todo lo que debian creer y practicar, que no les quedase ningun pretexto plausible para pensar ú obrar de otro modo que segun la regla de la revelacion.

Era preciso que la mision de los enviados de Dios cerca de los hombres (si Dios escogia este medio de ilus-

1 Obsérvese aquí de paso que la ley de Moises comenzó por la promulgacion solemne de la Religion natural. « Escucha, Israel: » tu Dios, es un solo Dios, etc. » lo que confirma lo que decimos de la necesidad de una revelacion hasta para la Religion natural; porque esta promulgacion fué una verdadera revelacion.

trarlos), fuese tan anténtico, y tan bien testificado, que nadie pudiera dudarlo. Era preciso que estos enviados se presentasen á los hombres con cartas credenciales, firmadas de la mano de Dios, y selladas con su sello. Quiero decir en esto, que era necesario que aquellos de quienes Dios se sirviera para dar al mundo una nueva revelacion, fuesen hombres del mas alto carácter y de la santidad mas eminente; que hicieran grandes milagros, y que los hicieran públicamente, y á la faz del universo; que hicieran grandes progresos, y que su predicacion obrase una verdadera revolucion en las ideas de los hombres.

Era necesario que fueran santos, porque de otra manera habrian sido indignos de la eleccion de Dios, y de la atencion de los hombres. Solamente los que practican la virtud pueden persuadirla á los hombres. Un hombre malo que la predica, no tiene autoridad sobre los espíritus.

Era necesario que hicieran grandes milagros. Si se hubieran contentado con exponer razones, los unos se habrian resistido á ellas por orgullo, los otros por prevencion; muchos no las habrian comprendido, y la mayor parte no las habria escuchado. Todo el mundo presta atencion á un milagro. Los milagros son un testimonio auténtico que Dios dá á la verdad, de lo que sus enviados dicen de su parte á los hombres. Los milagros son las cartas credenciales de los embajadores de Dios cerca de los hombres. Los milagros cortan todas las dificultades, é impiden toda contestacion. No hay nada que argüir á un hombre que, con una sola palabra, separa la mar para dar paso á todo un pueblo que atraviesa sus aguas suspendidas, ó que resucita un muerto de cuatro dias; ya en estos casos solo resta el someterse.

En fin, era necesario que los ministros de la revelacion hubieran tenido gran fortuna, y que su predicacion obrase una grande revolucion en las ideas de los hombres; porque dada para siempre esta revelacion, y no mirando menos á los hombres que poblarian la tierra en todos los tiempos futuros, que á aquellos que la poblaban actualmente, y siendo así para los unos como para los otros, era indispensable que tuviese todos los carac-

téres, no solo de un gran suceso, sino del mayor suceso que el mundo hubiese visto jamás: que no pudieran dejar de verlo en el tiempo que sucediese, ni olvidarle en los subsecuentes; era necesario que este suceso fuera de tal naturaleza, que pudiera citarse en todas las historias, y trasmitirse por la tradicion moral de generaciones en generaciones; que fuera una grande y principal época en los fastos del género humano; de suerte, que pudieran en todos tiempos mostrar su verdad á todos aquellos que tuvieran una sana razon, y traer así al conocimiento de Dios y de su culto á los que se habrian apartado de él, y fijar á todos los otros.

Vé ahora precisamente, mi querido Teótimo, la revelacion que los cristianos se precian de haber recibido de Jesucristo, á quien miran como el Mesías prometido por Dios á Adan, despues que hubo pecado; y es ya una consecuencia evidente, que si no deben crerlos sobre su simple palabra, á lo menos deben escucharlos con atencion, y pesar sus razones con gran cuidado; porque desde que está aprobado que la revelacion era necesaria en el sentido que dije arriba, está demostrado ser posible que haya sido dada. Seria una imprudencia notable rehusarse ostinadamente á escuchar á un gran pueblo que asegura la recibió despues de muchos siglos.

CATECISMO

DE LA CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la necesidad de una Religion revelada.

P. Vos habeis mostrado que hay una religion natural, que Dios grabó en el espíritu y en el corazon de todos los hombres; y yo advierto claramente que esto es así, al ver que encuentro en mí mismo los principios efectivos de esta Religion. ¿Es, pues, necesario seguir esta Religion, y no mas?

R. Es cierto que es preciso seguir la Religion natural, supuesto que fué dada á los hombres en todos los países y

para todos los tiempos. Es cierto tambien, que es menester atenerse á esta Religion, si Dios no la ha añadido nada; pero si Dios ha añadido alguna cosa á esta Religion por medio de la revelacion, los hombres están obligados á conformarse con lo que les ha revelado.

P. No lo dudo; pero la cuestion es saber: 1° ¿Si hay revelacion; 2° y si esta revelacion ha añadido alguna cosa á la Religion natural?

R. Sí: Dios ha dado á los hombres una revelacion; y si esta revelacion ha añadido alguna cosa á la Religion natural, es sobre lo que no os satisfaré en este momento. Todo lo que puedo deciros es, que la necesidad de la revelacion está demostrada.

P. ¿Cómo está demostrada la necesidad de la revelacion?

R. La necesidad de la revelacion está demostrada por los hechos. Porque es cierto que varios siglos antes de Jesucristo, la Religion natural se hallaba de tal modo oscurecida en todos los espíritus, por la supersticion, por la idolatría y las preocupaciones, que solo la revelacion habria podido hacer volver al género humano de su letargo y extravío. Esto es lo que todas las historias testifican.

P. Paréceme que vos no os poneis de acuerdo enteramente con vos mismo, porque habeis dicho que Dios habia grabado tan profundamente en el espíritu y en el corazon de todos los hombres los principios de la Religion natural, que ninguno de ellos ha podido jamás ignorarlos invenciblemente. Ahora, si jamás hombre alguno ha podido ignorar invenciblemente los principios de la Religion natural, ¿la revelacion, y sobre todo la revelacion de la Religion natural misma, no era necesaria?

R. Se sigue muy bien de tu razonamiento, que esta revelacion no ha sido jamás absoluta é indispensablemente necesaria; y así, no es esto lo que yo digo. Digo solamente que esta revelacion ha sido necesaria en este sentido: que era muy cierto que jamás el género humano hubiera vuelto de sus extravíos, sino con el socorro propicio de esta revelacion; y que sobre esto, lo pasado respondia de lo por venir.

P. ¿Cuáles han debido ser los caractéres de la reve-

lacion, si es cierto que Dios haya tenido piedad de los hombres, y que les haya dado una?

R. La revelacion, si Dios ha dado una á los hombres, ha debido tener tres caractéres principales: 1° Ha debido ser exterior; esto es, que ha sido necesario, ó que Dios se hiciera visible á los hombres para instruirlos por sí mismo, ó que los instruyera por medio de enviados que pudiesen probar auténticamente su mision. 2° Esta revelacion ha debido hacerse con la mayor publicidad, y sorprender de tal modo el sentido y el espíritu de los hombres que no pudiesen, ni desconocerla ni olvidarla. 3° Era forzoso que esta revelacion mostrase á los hombres de un modo tan claro y tan distinto todo lo que debian creer, y todo lo que debian practicar, que no les quedase pretexto alguno plausible para pensar y obrar diferentemente de esta revelacion.

P. ¿Ha dado Dios efectivamente esta revelacion?

R. Todo lo que sé sobre esto hasta ahora es, que los cristianos aseguran que Dios les ha dado esta revelacion por Jesucristo, y que me creo obligado á escuchar con atencion, y examinar maduramente las razones, sobre las cuales ellos se fundan.

PROEMIO

Para servir de introduccion á las Conferencias siguientes.

Hay en el mundo, mi amado Teótimo, un pueblo singular y distinguido de todos los otros por su Religion, por sus usos y costumbres. Este pueblo se mira como el mas ilustre de todos los pueblos, y todo el mundo conviene en que es muy ilustre y muy antiguo. Este pueblo, despues de haberse formado en Egipto, salió de allí, y fué á establecerse en la Palestina, que es una region situada en el Asia, despues de haber exterminado á sus antiguos habitadores. Este pueblo, despues de haber experimentado diferentes revoluciones, fué á su vez arrojado de tan hermoso país por los Romanos cerca de mil y ochocientos años, y se dispersó por todo el universo.

Todavía subsiste, y se le halla por todas partes. En medio de todos los movimientos que han agitado al género humano, despues de esta época : en medio de tantas revoluciones, por las cuales todos los otros pueblos se han mezclado de mil modos diferentes, y como perdido los unos en los otros; este pueblo, por un prodigio que asombra á cuantos lo reflexionan, se ha conservado en su Religion y en sus costumbres particulares. Él tiene grandes ideas de sí mismo, y grandes pretensiones que funda en los libros, donde están consignados todos sus títulos, y todos los monumentos de su historia; y de los cuales dice, que los cinco primeros llamados el Pentatéuco, han sido escritos por Moisés mismo, bajo cuya conducta salió del Egipto, por órden de Dios, para ir á tomar posesion del hermoso país que Dios habia prometido á sus padres. Él pretende sobre la fe de estos libros : 1º que despues de su salida de Egipto (que dice haber sido milagrosa), Dios le dió en el desierto una ley por el ministerio de Moisés, que era un hombre extraordinario; 2º que Dios le renovó entonces la promesa que habia hecho á sus padres de enviarle un profeta nacido en su seno, de una de sus tribus, el cual seria todavía mayor que Moisés, que todos aquellos que habian precedido á Moisés, y que debian venir despues de él; que este profeta, que ellos llaman Mesías, seria el libertador, el rey, el legislador, y el salvador de su nacion, y de todo el género humano.

Los cristianos, nacidos en el seno del judaismo, como todo el mundo sabe, y que en el principio eran judíos, convienen en todo lo que los judíos dicen, á pesar del aborrecimiento que reina entre estos dos pueblos, despues de mil y ochocientos años, y lo fundan en la autoridad de los libros de que acabamos de hablar; libros, que ellos han recibido de los judíos, y los mira como libros divinos, así como lo hacen los judíos. No hay entre estos dos pueblos mas contestacion, que sobre un solo punto; y estos son los mismos libros que, segun los dos partidos, deben ser los jueces de esta contestacion; porque los judíos pretenden que el Mesías que se les promete en sus libros no ha venido; y los cristianos, al contrario, aseguran que ha venido, y que Jesucristo es el autor de su Religion; fundando su asercion en pasajes

de los libros, tantas veces mencionados, que les parecian evidentes, y sobre los cuales se hallan fuertemente embarazados los judíos.

Despues de todo lo que hemos dicho sobre la necesidad de una Religion revelada, es evidente, mi querido Teótimo, que la contestacion que despues de tantos siglos separa á estos dos célebres pueblos que, por confesion de todo el mundo, tienen una idea mas perfecta que todos los otros pueblos del Sér supremo, de la Religion y de la moral, merece toda nuestra atencion, y que examinemos con todo el cuidado posible. 1° Si es cierto que Dios dió en otro tiempo una Religion á los judíos por el ministerio de Moisés. 2° Si es cierto que Dios prometio á los judíos este Mesías ó Salvador que ellos esperan. 3° Si este Mesías ha venido ya, ó si se espera que venga. 4° En fin, suponiendo que este Mesías haya venido, si es Jesucristo ú otro que él á quien debemos reconocer por el Mesías. Si descubrimos que los judíos tienen razon, nos haremos judíos : si hallamos que son los cristianos los que la tienen, abrazaremos el Cristianismo ; y en fin, si nos parece que estos dos pueblos se engañan, adoraremos á un solo Dios, segun las luces que tenemos, mientras que nos da otras.

Pero como son libros de los Judíos los que deben decidir todas estas cuestiones, antes de consultarlos, es menester saber si tienen todos los caractéres que deben tener para ser los jueces de esta grande contienda. Es necesario examinar : 1° si los libros de los judíos son auténticos; 2° si estos libros son divinos; esto es, si están escritos por órden ó por inspiracion de Dios; 3° si Dios ha dado verdaderamente una Religion á los judíos por el ministerio de Moisés, ó lo que es lo mismo, si la Religion de los judíos es divina; 4° si Dios ha prometido á los Judíos el Mesías que ellos esperan; 5° si el Mesías ha venido ; y si es Jesucristo ú algun otro, á quien debemos reconocer por verdadero Mesías.

CUARTA CONFERENCIA.

Sobre la autenticidad y la verdad de los libros de los Judíos, y del Antiguo Testamento.

Dos cosas tengo que mostrarte en esta Conferencia, mi amado Teótimo : la primera es, que los libros de los Judíos, ó del Antiguo Testamento, son auténticos; esto es, que son verdaderamente de los autores cuyos nombres tienen : la segunda es, que estos libros son verídicos; quiero decir, que los hechos ó sucesos consignados en estos libros, son ciertos é indubitables. La demostracion de estos dos puntos arrastra tras sí la de todos los otros, como presto lo verás; y esta demostracion es muy fácil hacerla.

Estos libros se dividen en libros históricos, libros proféticos y libros morales.

Los libros históricos son, el Pentatéuco, ó los cinco libros de Moisés; el libro de Josué, los Jueces, el libro de Ruth, los cuatro libros de los Reyes, los dos libros del Paralipómenon, el libro de Estér, el libro de Judith, el libro de Tobías, los libros de Esdras, el de Neemí y los dos libros de los Macabeos. No hablo de Job, porque no pertenece á la historia de los Judíos. Y advierte aquí de paso, Teótimo, que los libros proféticos del Antiguo Testamento son tambien históricos, tanto por causa de los hechos que en ellos se refieren, como por los que en ellos se suponen : que á su turno, los libros históricos son proféticos y morales, porque están llenos de instrucciones y predicciones divinamente inspiradas; y que en fin, los libros morales ellos mismos son históricos y proféticos, porque fuera de la instruccion, que es su fondo, la historia se trata perpetuamente en ellos, y en ellos se encuentran profecías muy señaladas. Así las escrituras del Antiguo Testamento forman un cuerpo donde todo está ligado, y donde todas las partes dependen la una de la otra, y se sostienen mutuamente como en el cuerpo humano.

Como los libros históricos del Antiguo Testamento son el cimiento de todos los otros, me paro en ellos principalmente, y considero primeramente los de Moisés, que es el primer historiador, el legislador y el mayor profeta de los Judíos.

Digo, pues, que estos libros son verdaderamente de Moisés, cuyo nombre tienen. ¿Cómo podria yo dudarlo, á menos que no quisiera dudar de todo? No es un particular, es una nacion entera la que me presenta estos libros, y la que me los presenta como libros que ella ha recibido de mano de Moisés mismo, y no como libros que ella ha encontrado en su casa, largo tiempo despues de la muerte de este hombre célebre, y que aseguran ser suyos. Todos los otros libros del Antiguo Testamento que forman una tradicion no interrompida despues de la muerte de Moisés hasta la reedificacion del templo, suponen siempre, y citan sin cesar los de Moisés. El libro de Josué, supone el de Moisés: el de los Jueces, supone los otros dos: los de los Reyes, suponen los tres primeros; y así seguidamente hasta la época que he indicado. Los libros de Moisés son el fundamento sobre el cual se eleva todo el edificio de la historia de los Judíos. Así veo todas las generaciones de este pueblo trasmitirse estos libros, como de mano en mano, hasta Jesucristo, y entregarlos al fin á los cristianos, tales y como los habian recibido de sus padres. Digo hasta Jesucristo, porque los vacíos que se hallan en los libros del Antiguo Testamento, despues de la reedificacion del templo, hasta los Macabeos, y despues de los Macabeos, hasta Jesucristo, son evidentemente sin consecuencia; puesto que de un lado son muy cortos, y que del otro están llenos ó suplidos por monumentos muy ciertos. Los Judíos de hoy viven segun la ley de Moisés: los judíos del tiempo de Jesucristo vivian segun la ley de Moisés; y así remontando hasta Moisés mismo, se encuentra siempre á los Judíos viviendo segun la ley de Moisés. Es evidente que los libros de Moisés son los que han formado la Religion, la policía y las costumbres de este pueblo. Bien veo por la historia de este pueblo, que él ha violado frecuentemente la ley de Moisés; pero no veo en ninguna parte que haya dudado de que esta ley

le fué dada por Moisés. Veo al contrario, que en todos los tiempos ha atribuido sus desgracias y desdichas á sus prevaricaciones contra la ley de Moisés: luego es imposible, Teótimo, que los libros que llevan el nombre de Moisés no sean suyos. Para sostener esta paradoja, seria necesario suponer que toda una nacion ha estado, durante un gran número de siglos, en un delirio jamás interrumpido, y contra el cual ningun miembro de esta nacion ha sabido jamás, ú osado reclamar, y esto no en materia de opinion, sino en materia de hechos; y tocante su propia historia, lo que es el colmo de lo absurdo.

¿Porqué los libros que llevan el nombre de Cicéron, de César, de Virgilio, de Horacio, de Ovidio, de Tito Livio y de Plinio, están tan universalmente reconocidos por de estos autores, que nadie forma sobre ello la mas pequeña duda? Es que estos autores, despues de haber compuesto estos libros, los pusieron en manos de sus contemporáneos; sus contemporáneos, en las de sus sucesores: y así seguidamente, sin interrupcion hasta nosotros. Si remonto á la regeneracion que me ha precedido, hallo á Cicéron, á César, y á los otros citados en todos los libros que esta generacion ha producido. Si voy á la que la ha precedido hallo lo mismo; y así en seguida, remontando hasta los autores mismos; de suerte, que no solo el siglo que vió á estos autores, sino todos los siglos que han pasado despues, deponen que estos libros son suyos. Todas las generaciones se reunen para decirme, ve ahí las Oraciones de Cicéron, ve ahí los Comentarios de César; y siento en mí mismo, que me es imposible el resistir á un testimonio de tan gran peso. Creo estos hechos como si los hubiera visto: son noticias que me vienen de muy lejos; pero confirmadas por tantas personas, que no puedo ponerlas en duda.

Ahora, yo debo con mayor razon pensar, tocante los libros de Moisés, como pienso con respecto á los de los antiguos que he citado. Así como un viajante colocado sobre una eminencia, en medio de un hermoso dia, extiende sus miradas hasta un pueblo ó hasta una colina que termina una bella perspectiva; del mismo modo,

desde el tiempo en que estoy, llevo las miradas de mi entendimiento hasta Moisés. Desde luego veo Judíos mezclados entre los cristianos, y casi entre todos los pueblos del mundo; y estos judíos tienen entre las manos los libros de Moisés: los cristianos tienen tambien los mismos libros, que aseguran haberlos recibido de los judíos poco despues de mil y ochocientos años, y á los cuales no tienen menos respeto que los mismos Judíos. Conducido por la mano de la historia, remonto de siglo en siglo hasta el tiempo de Jesucristo. Por todas partes encuentro Judíos y cristianos, y por todas partes tambien los libros de Moisés, igualmente preciosos y venerables al uno y al otro pueblo. Llegado al tiempo de Jesucristo, encuentro á los Judíos viviendo bajo la ley de Moisés; veo su templo, su altar, su sacerdocio, sus sacrificios, y sus demás ceremonias, practicadas segun el rito prescrito por Moisés. Allí tomo nuevos informes, consulto á los Griegos, á los Romanos, á los Egipcios, y á todos los pueblos vecinos de los Judíos, y todos deponen que los Judíos no han tenido jamás ni otra ley ni otro culto que el que le fué dado por Moisés. Hago mas: abro los libros de los Judíos, y encuentro en ellos una tradicion escrita conforme á la tradicion verbal de los mismos Judíos, y de los pueblos que los rodean. Esta tradicion escrita remonta hasta Moisés, sin ninguna interrupcion que pueda formar un vacío verdadero en la historia de un pueblo. En efecto, observo que Herodes, príncipe Idumeo, que reina en Judea, es el sucesor inmediato del último príncipe de la raza de los Macabeos. La autenticidad de los libros llamados de los Macabeos, y á los cuales toda la nacion de los Judíos da su aprobacion, se demuestra en esto mismo. Leo, pues, los libros de los Macabeos, y este último monumento me conduce hasta el último de los profetas. El último de estos profetas toca al tiempo de Neemí y de Esdras. Inmediatamente despues de Esdras, encuentro á Daniel, Ezequiel, Jeremías, Isaías, toda la serie de los reyes del pueblo de Dios, despues la toma de Jerusalen por Nabucodonosor y hasta Saul. Allí encuentro á Samuel, el último de los jueces del pueblo de Dios, y por Samuel y los otros jueces remonto hasta Josué, ministro de Moisés, y su primer sucesor en el gobierno del pueblo, que este

grande hombre habia sacado del cautiverio de Egipto. En todos estos monumentos, y en varios otros que no cito aquí, no solo se habla siempre de Moisés, de sus libros, de sus instituciones, de sus leyes, y del culto que dió al pueblo judáico, sino tambien suponen que Moisés, sus libros y su ley, son por todas partes como el fundamento de la obra que cada autor escribe. Se pudiera decir que este gran cuerpo de historia no fué comenzado por Josué, y continuado hasta los Macabeos, sino para acordar á cada generacion la persona y las leyes de este grande hombre, y hacerle vivir siempre en medio de su nacion. Veo tambien, que una de las principales miras de aquellos que escribieron estos libros, fué el mostrar por la serie de la historia de los Judíos, que Dios ha protegido ó abandonado siempre á este pueblo, segun ha observado ó abandonado la ley de Moisés. Que de estas dos fuentes han corrido siempre las prosperidades, y todas las desgracias de este pueblo. Y así en la historia del pueblo judáico, todo desciende de Moisés, y todo remonta á Moisés : todo se funda sobre Moisés : todo gira sobre Moisés ; y todo depende de Moisés y de sus leyes. Y por consecuencia, para poder sentar que Moisés no ha existido jamás, ó que no ha escrito los libros llamados el Pentatéuco, es menester comenzar por probar que no hay judíos, ó que jamás los ha habido.

Los que quieran decirme que yo no creo que los libros de Moisés son suyos, sino porque los hombres me lo han dicho, y que por consecuencia no estoy seguro de nada sobre esto, porque los hombres son capaces de engañar y de ser engañados, harán un razonamiento bien ridículo; porque les preguntaré, ¿porqué, pues, no han dudado ellos jamás, ni de la autenticidad de los Comentarios de César, ni de la existencia de la antigua Roma, que solo conocen por el testimonio de la historia? Los que se explican así, no consideran bastantemente, que si es fácil á un hombre el formar la idea de engañar á un pueblo entero, es imposible que un pueblo entero consienta dejarse engañar, sobre todo, tocante los sucesos que mas le interesan, y que son el fundamento de su Religion, de su policía, y de sus costumbres. Ahora, si los libros llamados de Moisés no son suyos, todo el pue-

blo judáico ha consentido dejarse engañar por el impostor que los ha supuesto, y con él todos los pueblos vecinos; y en fin, todos los cristianos, y esto durante una larga serie de siglos. Es, pues, muy cierto, mi querido Teótimo, que los libros llamados de Moisés son suyos, y que por consecuencia estos libros son auténticos, y como se prueba por las mismas razones, la autenticidad de los libros de Josué, de los Jueces, y de los otros libros del Antiguo Testamento : tambien es cierto que todos los libros del Antiguo Testamento son auténticos.

Acabas de ver que los libros de Moisés son auténticos, y ahora voy á mostrarte que estos libros son verídicos; esto es, que los hechos ó los sucesos que contienen son ciertos é indubitables.

Los sucesos que Moisés cuenta en el Pentatéuco, se dividen naturalmente en dos clases : la primera encierra los que Moisés asegura haber acaecido en los tiempos que le precedieron; y la segunda comprende los que dice sucedieron en su tiempo.

Los sucesos que Moisés cuenta como sucedidos en los tiempos que le precedieron, son la creacion del mundo, la desobediencia del primer hombre, y las consecuencias funestas de esta desobediencia; el diluvio, la confusion de las lenguas, la torre de Babel, la vocacion de Abrahan, la genealogía de este patriarca, la historia de su vida, la de Isaac su hijo, la de Jacob, hijo de Isaac, y la de José, hijo de Jacob.

Los sucesos que Moisés cuenta como acaecidos en su tiempo, son las plagas ó el azote con que Dios afligio á los Egipcios, para obligarlos á dejar salir al pueblo judáico de su país. El paso del mar Rojo por este pueblo, la publicacion de la ley sobre el monte Sinaí, etc.

Moisés debe ser creido en todo lo que refiere, como acaecido en los tiempos que le precedieron : es un hombre que escribe la historia de su familia, en el seno de esta misma familia, en medio de sus hermanos, y bajo su vista; nadie se atreve á contradecirle, ni aun piensa en ello. Su historia es, pues, muy fiel; porque si no lo hubiera sido, todo el mundo lo habria contradicho, y su nacion en cuerpo se habria sublevado contra él.

Cuando Dios hizo alianza con Abrahan, las primeras

tradiciones del género humano estaban todavía recientes y universalmente conocidas; pero tocaban el punto de ser oscurecidas. A fin de que no se perdieran enteramente, escogió Dios á Abrahan y á sus descendientes para hacer su pueblo. Es visible que este fué el designio del Señor. Abrahan y su posteridad respondieron á este designio, conservando fielmente el precioso depósito que se les habia confiado.

Mas : es evidente que una familia, con la cual habia Dios hecho alianza, que se miraba como la primera familia del mundo, que sabia que sus designios y destino eran muy grandes; es evidente, lo repito, que esta familia debia ser muy celosa de sus títulos y de los monumentos de su historia, conservándolos con el cuidado mas religioso; y así, sea que Moisés haya escrito sobre las memorias que sus padres habian dejado, ó sobre la tradicion que se habia perpetuado en su familia, despues de Abrahan hasta él, la verdad de sus relaciones no admite contestacion.

Los sucesos que Moisés cuenta eran muy antiguos, hasta en su tiempo, pues remontan hasta la creacion del mundo; esto es, á dos ó tres mil años antes que él. Sin embargo, puede decirse en un sentido, que estos sucesos eran muy recientes; porque entre Moisés y Abrahan habia pocas cabezas, y todavía menos entre Abrahan y Adan. La larga vida de los hombres de aquellos tiempos acercaba los sucesos mas apartados, mezclando, por decirlo así, los siglos unos con otros. Entre Moisés y Abrahan no se cuentan mas que tres generaciones : Tharé, padre de Abrahan, habia vivido sesenta y tres años con Noé : Noé habia vivido varios siglos con Matusalen; y Matusalen habia visto á Adan : ya ves que Moisés tocaba á Abrahan, Abrahan á Noé, y Noé á Adan.

La descripcion que Moisés hace de la creacion del mundo tiene el sello de la verdad. Yo me sorprendo, y conozco en ello que Dios ha debido proceder así en la formacion de esta grande obra. Jamás un hombre habria sido capaz por sí mismo de hacer hablar y obrar al Sér supremo con tanta sabiduría y tanta majestad. No se ha concedido ciertamente al entendimiento humano el poder urdir semejantes invenciones.

El carácter personal de Moisés le pone al abrigo de toda sospecha de haber querido engañar á su pueblo. Grande injenio, pero exento de toda ambicion y vanidad, jamás pensó en su propia gloria; siempre se ocupó de la de Dios. Jamás aduló á su nacion, porque no la amaba sino para hacerla buena y virtuosa. Aunque fué el libertador y el legislador de esta nacion, no dejó á sus descendientes autoridad alguna sobre ella. Despues de su muerte no tuvieron sus hijos clase alguna distinguida en su tribu, y no gozaron de privilegio alguno.

Los escritos de este grande hombre llevan en todas sus partes el sello de la sinceridad y buena fe, la modestia y el mas noble desinterés. No hallarás en ellos la menor señal, ni el menor vestigio del amor propio del escritor. Este se olvida tan enteramente de sí mismo, que al leerle no se piensa en él. No se vé en ellos una sola palabra que haya sido dictada por el deseo de hacerse notable por la lisonja, por la venganza, por el espíritu de sátira, ni por la parcialidad. Las grandes acciones de Abrahan, de Isaac, de Jacob, de José, y las maravillas de su vida; los crímenes de Esaü, el horrible incesto de Ruth, la conjuracion de los diez hermanos de José contra este santo jóven, están contados con el mismo candor, y el mismo aire de indiferencia. Cuenta sin ostentacion los hechos que honran á su pueblo, y no disimula los que le deshonran. No teme ajar la tribu de Ruben, señalando en su libro el incesto de este patriarca con una de las mujeres de su padre, y la maldicion, con la cual Jacob al morir le anatematizó á él y á su posteridad; ni la tribu de Juda, describiendo el incesto de este patriarca con Thamar su hijastra, el cual tuvo consecuencias tan vergonzosas, etc. Su estilo es el de un testigo que depone ante un juez. Ninguno de los autores profanos ha sabido escribir como él, porque ninguno ha estado exento como él de toda pasion y de todo interés. Ninguno de sus contemporáneos depone contra él. Nadie se atreve á quejarse de él. Su libro está recibido por su nacion, no solo sin contradiccion, sino con un soberano respeto; y yo veo que me deshonraria á mí mismo á mis propios ojos, si dudase un solo momento de la verdad de todo cuanto me cuenta un hombre semejante.

Pasemos ahora á las sucesos que Moisés cuenta, como sucedidos en su tiempo, y que él mismo asegura haberlos visto.

Este grande hombre cuenta que la familia de Jacob multiplicaba prodigiosamente en Egipto, y héchose un gran pueblo, Faraon, rey de Egipto, temió no se sublevase contra él, y se hiciese independiente en el canton quo habitaba. Tomó, pues, el partido que toma en semejante ocasion un príncipe malo y desconfiado. Oprimió á los Israelitas, practicó contra ellos toda clase de vejaciones y de crueldades durante muchos años. Dios tuvo piedad de este pueblo que le era grato. Escuchó sus gemidos y sus gritos. Apareciósе á Moisés mientras que pasaba los ganados de su suegro al país de Madian, donde se habia refugiado para evadirse de las pesquisas de Faraon. Le mandó volver á Egipto para librar á sus hermanos de la esclavitud en que gemian. Moisés obedeció: junta los ancianos del pueblo; les declara su mision, y prueba su verdad con milagros. Preséntase á Faraon con Aaron su hermano. Pide á este príncipe de parte de Dios, que permita al pueblo de Israel la salida de su reino con todo lo que posee, para ir á ofrecer sacrificios al Dios de sus padres en el desierto; y hace milagros para probar que es Dios quien le envia. Faraon desecha su peticion con altanería: Moisés, para forzar la resistencia de Faraon, aflige sucesivamente al Egipto con diez plagas ó azotes terribles; en fin, en una misma noche y en un mismo instante todos los primogénitos de todas las familias, desde el primogénito del rey, heredero de su reino, hasta el primogénito del mas oscuro y humilde de sus vasallos, fueron muertos, segun Moisés lo habia anunciado. Faraon cede á este golpe; y los Egipcios, espantados, obligan á los hijos de Israel á salir de su país. Pocos dias despues los persiguió Faraon con todas sus fuerzas y los alcanzó; luego que se hallaban en las orillas del mar Rojo, acampó á su vista, y á poca distancia de ellos. Una nube vino á colocarse entre los dos campamentos: Moisés manda de parte de Dios á las aguas del mar Rojo se separen: estas obedecen; y las corrientes suspendidas á derecha é izquierda, dejan libre un vasto camino. Un viento

abrasador, que sopló toda la noche, secó el fondo de la mar. Los Israelitas al amanecer pasan al otro lado. Faraon se atreve á perseguirlos, atravesando este camino, que no se habia hecho para él. Las aguas vuelven á caer sobre él y sobre su ejército; y hombres, caballos y carros fueron tragados y perecieron. Moisés, á la cabeza de su pueblo, se interna en un vasto y estéril desierto. Una columna de nubes dirige de dia su marcha ó fija su mansion. De noche esta misma columna se vuelve una columna de fuego que alumbra todo el campo de Israel. Faltan víveres al pueblo; Dios, para alimentarlo, hace caer el maná del cielo todos los dias, excepto el del sábado. Fáltale tambien agua; Moisés, por órden de Dios, hiere una roca con su vara, y sale de ella un raudal abundante que sigue al pueblo en su marcha.

Los prodigios obrados para alimentar á este pueblo duran sin interrupcion cuarenta años. Dios manifiesta á su pueblo su presencia sobre el monte Horeb ó Sinaí, por un espectáculo tan majestuoso como terrible. Les da su ley escrita sobre doce tablas de piedra: les prescribe en libros que dicta á Moisés el modo con que quiere que le adoren. Traza en el pormenor mas circunstanciado las ceremonias del culto que exige de ellos. Arregla tambien su policía. Al cabo de cuarenta años pasados en el desierto en medio de los prodigios mas estupendos, Moisés, por órden de Dios, introdujo su pueblo en la parte de la Palestina, situada al lado de acá del Jordan, con respecto á ellos, y la conquistó. El maná deja de caer. Moisés muere; y Josué le sucede.

Vé aquí en resúmen, Teótimo, los sucesos que Moisés cuenta como sucedidos en su tiempo. Tú preguntas tal vez, ¿cómo es posible creer cosas tan extraordinarias é inauditas? Pero estoy cierto de que luego que me hayas escuchado un momento, preguntarás: ¿cómo es posible el dejarlas de creer?

¿En qué tiempo refiere Moisés todos estos prodigios? En el tiempo mismo en que estaban sucediendo, y sorprendian todos los ojos y todos los entendimientos. ¿A quién cuenta Moisés estos prodigios? Al pueblo, en favor del cual los hacia en aquella actualidad. Su libro

no es mas que una memoria, sobre la cual apuntaba cada dia lo que el mismo pueblo veia en ese mismo dia.

Moisés habria sido el mas temerario y descarado de todos los hombres, si, no habiendo visto el pueblo ninguno de estos prodigios, hubiera osado el sostenerle que él los habia visto, y tomarlo por testigo de ello; y si no habiendo visto ninguno de estos prodigios este pueblo hubiera creido sobre la palabra de Moisés que este los habia visto, habria sido el mas simple y mas estúpido de todos los pueblos : un extravío semejante de juicio seria inconcebible en un solo hombre ; pero en un pueblo compuesto de dos millones de personas, seria el mayor de los prodigios.

Tú tienes de mí, Teótimo, toda la confianza que un jóven bien nacido debe tener de su preceptor. Si yo te cuento seriamente que tal dia, á tal hora mandé á las aguas del rio que se separasen, y que te pasé á pié enjuto al otro lado : que otro dia hice caer pan del cielo en tu presencia, para mantenerte ; ¿te creerias y y conocerias capaz de creerme? No, sin duda alguna. ¿Y qué sería, pues, si yo tuviera é hiciera iguales discursos á todo un pueblo?

¿Se dirá qué Moisés ha escrito su libro para hacer mas relevante la gloria de su pueblo, de concierto con este pueblo mismo? ¿Pero este concierto es posible entre dos millones de personas? ¡Cómo! ¿entre dos millones de personas no se ha encontrado una sola que haya gritado contra la impostura, y reclamado contra la mentira? ¿Qué digo? No solo nadie ha gritado contra la impostura, sino que esta nacion toda entera ha guardado tan fielmente el secreto de esta grande impostura, que ninguno de los contemporáneos de Moisés no lo ha revelado á ninguno de aquellos que le han sucedido; de suerte que todos los judíos que han sucedido á Moisés despues de su muerte hasta nosotros, han vivido en la persuasion mas íntima de la verdad de estas pretendidas imposturas.

Si Moisés escribió su libro para ensalzar la gloria de su pueblo, ¿porqué inserta en él tantos sucesos que lo deshonran? ¿Porqué le echa en cara con tanta fuerza, y hasta con dureza, sus murmuraciones y sus rebeldías

contra el Señor y contra él, sus idolatrías y sus impudicidades? ¿Porque le trata de pueblo ingrato, indócil, y de un carácter duro é indomable? ¿Se adula así á una nacion, y se concilian así los ánimos de todo un pueblo? ¿Se le dispone de este modo á escuchar y recibir mentiras evidentes, como si fueran verdades?

Por fundadas que se supongan las amargas reconvenciones que Moisés hace á su nacion, no habria sufrido esta que las insertase en su historia, si Moisés no hubiera tenido sobre ella toda la autoridad de un hombre que representa á Dios mismo; y jamás Moisés habria tenido esta autoridad sobre su nacion, si los milagros no la hubieran asegurado; y así la paciencia con la cual esta nacion ha soportado las reconvenciones de Moisés, la docilidad con que las ha recibido, y la religiosa veneracion que siempre ha tenido á sus libros, es la prueba incontestable de la verdad de sus milagros.

Vamos mas lejos, Teótimo: tomando Moisés sobre el pueblo de Israel toda la autoridad de un ministro de Dios vivo, y fundando siempre esta autoridad sobre los milagros que hizo, da á este pueblo un cuerpo completo de leyes eclesiásticas y civiles: estableció una jerarquía de sacerdotes: arregló la forma de los sacrificios, y de todas las partes del culto: prescribió una multitud de observancias religiosas, todas incómodas y muy duras: Moisés propuso esta ley al pueblo, y el pueblo la aprueba y la recibe: le ordena jurar solemnemente la observancia, tanto en su nombre como en el de sus descendientes; y el pueblo la jura: pronuncia contra este pueblo y contra sus descendientes las mas terribles maldiciones, y las imprecaciones mas espantosas, en caso de ser infiel á esta ley: este pueblo se somete á ello, suscribe, y las ratifica auténticamente: en fin, Moisés instituye fiestas para celebrar perpetuamente la memoria de los principales milagros que Dios ha hecho para este pueblo, y este pueblo las recibe.

Muere Moisés, su ley es violada frecuentemente por este pueblo inconstante, pero siempre reconocida y en vigor; y este pueblo está tan persuadido de la divinidad de esta ley que atribuye todos sus desastres á su inobservancia. Sobre todo lo expuesto, Teótimo, vé aquí

como razono. Si Moisés era un impostor, era un impostor conocido por tal de su nacion : 1º ¿Cómo un impostor conocido por tal, y por consecuencia mal hombre, ha podido concebir un plan de legislacion tan hermoso y tan digno de Dios? 2º ¿Cómo este impostor ha tenido atrevimiento para proponer su ley á un pueblo que le conocia por lo que era? 3º ¿Cómo este pueblo ha podido resolverse á aceptar esta ley? En fin, ¿cómo ha llevado durante tantos siglos el yugo de esta ley? Que me expliquen si pueden todos estos misterios.

¿Dirán que jamás hubo Moisés? porque este es el último recurso y atrincheramiento de la incredulidad. Pero si jamás ha habido Moisés, jamás ha habido tampoco Josué, jueces, reyes, templo, Macabeos, ni aun Judíos; porque en la tradicion de este pueblo está todo tan ligado, que es preciso ó que todo sea cierto, ó todo incierto. El libro de los Jueces supone los de Moisés; los de los Reyes suponen el de los Jueces; y así de todos los otros, como dije arriba.

Todo lo que hemos dicho antes del carácter personal de Moisés y del de sus escritos, vuelve aquí en toda su fuerza; y todo lo que aquí decimos sobre la verdad de los libros de Moisés se aplica tambien en toda su fuerza á los libros que han sido escritos despues de la muerte de este grande hombre. Nada hay, pues, en el mundo que esté tan evidentemente demostrado como la autenticidad y la verdad de los libros de Moisés, y de todos los otros libros del Antiguo Testamento.

CATECISMO

DE LA QUINTA CONFERENCIA.

Sobre la autenticidad y la verdad de los libros de Moisés, y del Antiguo Testamento.

P. Muy bien habeis mostrado la necesidad de una Religion revelada; mas en fin, ¿esta Religion existe?

¿Ha tenido Dios piedad de los extravíos del género humano? ¿Ha dado una revelacion á los hombres?

R. Los judíos y los cristianos aseguran que Dios les ha revelado su Religion.

P. ¿Cuál es la creencia de los judios sobre este punto?

R. Los judíos dicen que Dios les dió en otro tiempo una ley por el ministerio de Moisés, su enviado, y que les prometió enviarles en la serie de los tiempos otro profeta semejante á Moisés, á quien llaman el Mesías, y al que esperan todavía despues de tantos siglos. Fundan sus pretensiones en sus libros que llaman sagrados y divinos, y principalmente en los de Moisés mismo.

P. ¿Cuál es la creencia de los cristianos sobre este punto?

R. Los cristianos piensan en todo como los judíos, excepto sobre un solo punto; porque aseguran que el Mesías que los judíos aguardan ha venido; y que es Jesucristo, autor de su religion; y todavía lo fundan sobre los libros de los judios.

P. ¿Y qué pensais vos de la contestacion que hay entre estos dos pueblos?

R. Yo pienso que debo examinar con gran cuidado las razones alegadas por ambas partes, para saber cual es el partido que debo tomar.

P. ¿Habeis hecho este exámen?

R. A lo menos empecé á hacerlo con toda la aplicacion de que soy capaz.

P. ¿Cómo habeis procedido en este exámen?

R. Yo he examinado: 1° Si los libros de los judíos, y principalmente los atribuidos á Moisés, eran auténticos; esto es si eran verdaderamente de los autores cuyos nombres tenian; 2° Si estos libros eran fieles y verídicos; 3° Si eran divinos; 4° Si en estos libros prometió Dios á los judíos el Mesías que esperan; 5° Si este Mesías ha venido ó no.

P. ¿Creeis que los libros llamados de Moisés son verdaderamente suyos?

R. Sin duda lo creo firmemente, y me parece que seria una locura el dudarlo.

P. ¿Cuáles son las razones que os determinan á

creer que los libros que tienen el nombre de Moisés son suyos?

R. Creo que los libros que tienen el nombre de Moisés son verdaderamente suyos: 1º Porque veo que los judíos, en todos los tiempos y despues de su salida del Egipto, han tenido estos libros entre sus manos, y que han asegurado siempre que eran de Moisés. 2º Porque veo que estos libros están citados y supuestos en todos los otros libros de los judíos, los cuales hacen una tradicion histórica, seguida desde Moisés hasta Jesucristo: porque es evidente que la Religion, la policía, y las costumbres del pueblo judáico fueron formadas sobre estos libros; de manera que no puede ponerse duda en la autenticidad de estos libros, sino negando toda la historia de este pueblo: lo que seria una visible locura.

P. Pero despues de todo, son hombres los que nos aseguran que los libros que llevan el nombre de Moisés son de él, y los hombres pueden engañarnos.

R. Tambien son hombres los que nos aseguran que los libros que llevan los nombres de Ciceron, de César, de Tito Livio, son de estos autores, y sin embargo, nadie duda que sean suyos. ¿Pues porqué he de dudar yo que los libros que llevan el nombre de Moisés sean suyos? Un escritor puede sin duda concebir el designio de engañar á todo un pueblo; pero es enteramente imposible que todo un pueblo consienta en dejarse engañar del modo que suponeis lo fueron los judíos.

P. ¿Creeis que los libros de Moisés son verídicos: esto es, que no contienen hecho alguno que no sea muy cierto?

R. Sí: creo que todos los libros de Moisés son verídicos, y que no contienen hecho alguno que no sea muy cierto.

P. Moisés refiere sucesos que asegura haber acaecido en los tiempos que han precedido, y otros que tambien afirma sucedieron en su tiempo. ¿Qué prueba teneis de que los primeros son ciertos?

R. Yo creo que los sucesos que Moisés refiere, como acaecidos en los tiempos que le precedieron, son ciertos: 1º Porque esta parte de los escritos de Moisés no es otra cosa sino la historia de su familia misma, que escribió

á la vista de sus hermanos. 2º Porque el carácter personal de Moisés le pone al abrigo de toda sospecha de haber querido engañar. Moisés estaba enteramente exento de ambicion y vanidad. 3º Porque los escritos de este grande hombre llevan por todas partes el sello de la sinceridad, del candor y del mas perfecto desinterés.

P. ¿Pero cómo podia saber Moisés con una entera certidumbre los sucesos tan antiguos como los que refiere; porque su historia remonta hasta la creacion del mundo, siendo así que el tiempo todo lo oscurece?

R. Moisés podia saber muy bien los sucesos que refiere, aunque fuesen muy antiguos: 1º Porque entre Moisés y Adan no se contaba sino un pequeño número de hombres. Los hombres de entonces vivian mucho mas largo tiempo que viven los de ahora. Moisés casi tocaba á Noé, y Noé á Adan. Por otra parte, habiendo la familia de Moisés conocido y adorado siempre al verdadero Dios, desde el orígen del mundo habia conservado muy religiosamente las primeras tradiciones del género humano.

P. ¿Cuales son las razones que os determinan á creer que todos los sucesos que Moisés refiere como acaecidos en su tiempo son ciertos?

R. Creo que todos los sucesos que Moisés refiere como acaecidos en su tiempo son ciertos: 1º porque Moisés los escribió en el tiempo mismo que sucedieron; 2º porque los escribió en medio del pueblo en que sucedieron, y á su misma vista; 3º porque este pueblo no ha dudado jamás ni en los tiempos á los cuales se refieren, ni en los tiempos subsecuentes, que la relacion de Moisés no fuese muy fiel; 4º porque toda la historia de los judíos, que no es otra cosa de un extremo al otro, sino la continuacion de la obra comenzada por Moisés, atestigua la verdad de estos hechos, los cuales le sirven como de base: de manera que es preciso, de toda necesidad, ó creer todo lo que Moisés refiere, ó no creer nada de lo que refieren todos los demás: lo que seria una insigne locura.

P. Los prodigios que Moises refiere son tan extraordinarios y admirables que no parecen creibles.

R. Los prodigios serian increibles efectivamente, si no

estuvieran tan bien atestiguados; pero estando tan bien atestiguados, como lo están, es imposible á todo hombre que tenga un juicio recto no creerlos, con tanta mas razon como que nada se ve en estos prodigios que sea superior al poder de Dios, ó indigno de su majestad.

P. ¿Cómo se prueba la autenticidad y la verdad de los otros libros del Antiguo Testamento?

R. La autenticidad y la verdad de los otros libros del Antiguo Testamento se prueban por las mismas razones que muestran las de los libros de Moisés.

SEXTA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de los libros del Antiguo Testamento.

Despues de todo lo que hemos dicho en la conferencia precedente, conviene sin trabajo, mi querido Teótimo, en que los libros del Antiguo Testamento son verídicos; esto es, que los hechos que refieren son de una certeza tal, que no puede contestarse. Ahora es evidente, por esto solo, que estos libros son divinos. La primera de estas dos proposiciones arrastra tras sí la segunda, como su consecuencia necesaria.

No es menester tener tanta penetracion como tú tienes, para ver la trabazon que estas dos proposiciones tienen entre sí. Porque si los hechos referidos en los libros de Moisés son verdaderos, es, luego, cierto que Dios se apareció á Moisés en el país de Madian y que le mandó el irse á Egypto, para libertar su pueblo de la opresion en que gemia, y que le prometió de ayudarle con todo su poder. Es, luego, cierto que Moisés afligió al Egipto con diez plagas ó azotes terribles, para forzar al rey y á sus vasallos á poner en libertad al pueblo de Israel. Es, luego, cierto que este pueblo pasó el mar Rojo á pié enjuto á través de las olas, milagrosamente suspendidas. Es, luego, cierto que una columna de nubes precedia á este pueblo en su marcha, durante el dia; y que esta misma columna se cambiaba, durante la noche, en columna de fuego. Luego es cierto

que durante cuarenta años, el maná caia todos los dias del cielo para alimentar á este pueblo; y que un arroyo de agua viva, que salió milagrosamente de una roca, le seguia á todos sus campamentos. Luego es cierto que Dios dió una ley á este pueblo sobre el monte Sinaí, con el aparato mas terrible y majestuoso. Luego es cierto que Dios mandó á Moisés (como Moisés lo refiere) escribir todo lo que ha escrito, á fin de que este pueblo no se olvidase jamás de ello, etc.

Ahora, si todo esto es cierto, luego es tambien cierto que la Religion de los judíos es una Religion divina, supuesto que Dios mismo la dió á sus padres por el ministerio de Moisés: luego es cierto que los libros de Moyses son libros divinos, no solo porque contienen la relacion de las maravillas mas asombrosas, y que solo Dios podia obrar, sino tambien porque han sido escritos por expresa órden de Dios, y bajo la direccion de su espíritu; este razonamiento es tan convincente como sencillo. Nada pueden oponer á la fuerza invencible de esta prueba; y este razonamiento, como lo ves, obra con la misma fuerza sobre los libros de Josué, los de los Jueces, de los reyes y de los profetas.

Hasta aquí, Teótimo, hemos tenido á los libros de los judíos esta especie de respeto que se tiene á una historia tan fiel como interesante. Desde ahora tendremos á estos mismos libros un respeto religioso; no los miraremos ya como libros ú hombres llenos de probidad, que nos cuentan lo que han visto, sino como libros donde Dios mismo no habla por sus ministros; y honraremos estos libros como depositarios de la palabra de Dios.

Sin embargo, los libros de los profetas tienen un carácter de divinidad, que les es propio, y que importa hacértelo advertir. La profecía es la prediccion de un suceso que nos puede ser conocido sino de Dios; y por consiguiente los sucesos, que son los efectos necesarios de las leyes de la naturaleza, no pueden ser el objeto de la profecía. Así, cuando un astrónomo predice un eclipse de sol ó de luna, no es profeta por eso, porque el conocimiento que tiene del curso de los astros, le presta reglas infalibles para semejantes predicciones. Pero aquel que predice sucesos, que no son efecto necesario de las

leyes de la naturaleza, que nosotros conocemos, y que los predice claramente, es un verdadero profeta. Dios es quien le ha inspirado, y quien le ha revelado los secretos de lo futuro, los cuales nadie sino él conoce.

Ahora, los profetas Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y los otros han predicho sucesos que no estaban, ni podian estar en las leyes de la naturaleza que nosotros conocemos, y que por consecuencia no podian ser conocidos sino de Dios. Ellos los han predicho claramente, señalando con precision sus principales circunstancias: los han predicho en un tiempo en el cual no habia apariencia alguna de semejante cosa, y en el cual ni aun podia formarse sobre ello conjetura alguna. Sus predicciones se han verificado á la letra: la historia da fe de ello: luego eran verdaderos profetas, hombres inspirados por Dios, y por consecuencia sus libros son libros divinos.

Aquí pueden, Teótimo, preguntarnos, cómo los profetas podian ser reconocidos por tales, y hacer recibir sus predicciones como oráculos infalibles, puesto que de un lado los profetas no anunciaban sino cosas futuras, y que de otro, solo el mismo suceso es quien puede probar que quien lo anuncia es profeta. Antes del suceso todo es incierto y está suspenso. Dios, á quien nada se le oculta, tomó medios dignos de él para hacer reconocer á sus profetas, y para obligar á su pueblo á recibir y á conservar sus predicciones con el mas religioso respeto (este es un rasgo muy grande de su sabiduría infinita): desde luego les reveló cosas que debian suceder á poco tiempo; pero que no podian ser conocidas sino de él y les mandaba las anunciasen á su pueblo. Veian los sucesos, y creian. La mision del profeta era reconocida universalmente, y desde aquel momento entraba públicamente en posesion del carácter de hombre inspirado de Dios. Dios revelaba en seguida á este profeta sucesos mas apartados, y al mismo tiempo mas grandes y mas interesantes, como el cautiverio y libertad de su pueblo, la formacion de los grandes imperios, etc., y le mandaba los publicase. En fin, le hacia conocer la venida del Mesías prometido, las principales circunstancias de su vida y de su muerte, la gloria de su resurreccion, los

combates y las victorias de su Iglesia, etc. El cumplimiento de las primeras predicciones establecia la autoridad del profeta (estas eran, si puedo explicarme así, sus cartas credenciales) y ponia á todo el mundo en la precision de prestar fe á las segundas. El cumplimiento de las segundas predicciones en los tiempos precisos, señalado por el hombre de Dios, despertaba de un golpe la fe que el curso del tiempo podia haber debilitado, y daba al profeta un nuevo crédito sobre todos los espíritus, disponiéndolos á escuchar, y esperar con una perfecta confianza y plena certeza el cumplimiento de las últimas.

En Isaías tienes un ejemplo estupendo de lo que aquí dijo. Isaías se presenta al rey Ezechías, que estaba gravemente enfermo, y le anuncia de parte de Dios que va á morir. Ezechías derrama lágrimas, é invoca humildemente al Señor. Vuelve Isaías de parte de Dios, y le declara que sanará de su enfermedad, y vivirá todavía quince años; y para probarle la verdad de su prediccion hizo volver atrás al sol en presencia de todo el pueblo, y seguidamente curó al rey con un milagro. Ve aquí, pues, reconocido Isaías por un profeta y por un hombre inspirado de Dios, y así le escucharán con el mismo respeto que si Dios mismo hablase. El mismo profeta predijo en seguida el cautiverio de su pueblo en Babilonia, y su libertad por Ciro, llamado por su nombre mas de cien años antes de su nacimiento, y cuyas victorias describe magníficamente. En fin, él predijo los principales sucesos de la vida del Mesías y de su reino, ó mas bien escribió muchos siglos antes la historia del Mesías y de su Iglesia. ¿Cómo habrian podido reusarse á creer las segundas profecías de Isaías, despues de haber visto cumplirse las primeras; y cómo habrian podido resistirse á creer las últimas, despues de haber sido testigos del cumplimiento de las segundas?

Además de los caractéres de divinidad, que son propios de los principales libros del Antiguo Testamento, y que en todas sus partes brillan, hay otros que no conocen todos. Estos caractéres son poco conocidos de los hombres vulgares, que leen ordinariamente sin reflexion; pero los que tienen gran fondo de juicio los conocen, los

admiran, y quedan embelesados. Tú querrás sin duda que te los haga observar.

Yo encuentro el primero de estos caractéres[1] en el estilo de los autores sagrados. Estos han escrito sin amor propio, y son los únicos que han escrito así. En cuanto han escrito se ve que ellos no pensaban en sí mismos cuando escribian, y que solo se ocupaban de la verdad y de la gloria de Dios, de la instruccion y de la santificacion de los hombres. Se dirá, si me atrevo á explicarme así, que la verdad salia desnuda enteramente de su pluma para ir á colocarse en sus escritos.

No se percibe en los autores sagrados designio alguno de hacerse señalar, complacencia alguna con ellos mismos, ni el mas pequeño deseo de contentar su propio entendimiento ó el de sus lectores, dando á las cosas que dicen una vuelta natural ó ingeniosa. Todos estos defectos se ven y conocen en los escritos de los autores profanos, á pesar del cuidado que tienen de ocultarse. ¿Qué digo? Este mismo cuidado los descubre. Sale siempre de estos escritos yo no se qué olor de amor propio y de vanidad, que los que tienen el juicio delicado lo descubren muy bien. Los autores profanos hacen muchas reflexiones sobre las personas, sobre los sucesos y sus causas. Los autores sagrados no las hacen : los primeros quieren mostrar á sus lectores que piensan profundamente, y hacerles pensar como ellos ; los segundos están perfectamente exentos de estas dos debilidades.

Los autores sagrados son simples, sin estudio; y grandes y sublimes sin esfuerzos. Que lean los autores profanos que han sobresalido en estos dos géneros. Los Esopos, Fedros, Lafontaine en el primer genero. Los Homeros, Demóstenes, Cicerones, Corneille en el segundo. Los primeros tienen una sencillez hermosa : parece á primera vista que la misma naturaleza es la que habla. Pero que los examinen de cerca, y verán que su sencillez es el fruto del trabajo y de la combinacion. Los segundos se elevan con un vuelo impetuoso, y nos arrastran trás sí á una region desconocida; pero ellos se elevan con esfuerzo, y este esfuerzo se conoce mas ó menos

1 Estilo de la Escritura.

en todas las partes de sus obras. Se ve, por explicarme así, que su alma se agita por concebir maravillas que nos sorprendan, y nos admiren en sus escritos.

No, Teótimo, no se permite á los hombres el servirse del estilo de la Escritura, porque este es un estilo que Dios mismo se ha reservado. Los hombres pueden al leer los libros santos coger la idea de este estilo; pero luego que toman la pluma para imitarlo, esta idea se les escapa; porque el amor propio, sin que lo perciban, les arma lazos, en los cuales caen inevitablemente.

El segundo carácter[1] de divinidad que debo hacerte observar, amado Teótimo, en los libros del Antiguo Testamento, es la majestad con que hacen hablar y obrar al Sér Supremo. En ellos no hace ni dice nada Dios que no sea digno de él: siempre es el mismo, siempre es Dios, siempre es un Sér soberanamente libre é independiente; un Sér Todopoderoso, infinitamente sabio, infinitamente santo, infinitamente justo é infinitamente bueno. Mira á Dios criando el mundo, libertando su pueblo del cautiverio de Egypto, dándole su Ley, y formando sus costumbres en el desierto: hazte presente en espíritu á sus diferentes apariciones á Adan, á Noé, á Abrahan, á Moisés y á los otros: escúchale, hablando á los profetas y á su pueblo, y te admirarás de la majestad y la dignidad, con la cual este Sér supremo sostiene siempre su carácter: tú le hallarás respondiendo siempre perfectamente á la idea que nos ha dado de sí mismo, comenzando la obra de la creacion, y ordenando al mundo que saliera de la nada; y observa aquí, que los libros donde Dios representado de un modo que le caracteriza tan está bien, no son la obra de un solo hombre, sino de un gran número de hombres, los cuales han escrito sucesivamente durante varios siglos.

Todos estos hombres tenian, pues, el mismo espíritu, y este espíritu no podia ser sino el espíritu de Dios. Porque ¡oh Teótimo! solo Dios es quien puede pintarse á sí mismo, porque solo él se conoce perfectamente. No pertenece á los hombres el hacerle hablar ú obrar, segun la eminencia de su naturaleza. Ellos no pueden ha-

1 Dios habla y obra como Dios en la Escritura.

cer mas que trascribir sus palabras, y hacer la relacion de las maravillas de su poder, despues de haberlas visto. La ficcion en este género, y sobre todo una ficcion sostenida es absolutamente superior á su espíritu. ¿Quieres una prueba bien sensible de lo que aquí digo? Los autores paganos en sus escritos han hecho hablar y obrar frecuentemente á sus dioses; pero cómo? Como hombres. Las pinturas que hacen de las acciones de sus dioses, son á veces sublimes, y las acciones ellas mismas son ordinariamente pueriles. Compara á Homero, Sofocles, Eurípides, Virgilio, ¡qué ingenios! Compáralos, dije, con Moisés, David, Isaías y demás autores sagrados; los primeros te causarán compasion junto á los segundos: ¿de dónde viene esta diferencia? De que los primeros eran inventores, y los segundos historiadores: los primeros hacian hablar y obrar á sus dioses; y los segundos contaban lo que Dios habia dicho, y lo que habia hecho.

El tercer carácter [1] de divinidad, que percibo en los libros del Antiguo Testamento, es la santidad y la sabiduría de la ley de Moisés. Nadie ha podido negar jamás que los diez preceptos de esta ley no encierren todos los deberes del hombre hácia Dios, hácia sí mismo, y hácia sus semejantes. Las ceremonias del culto que los Judíos daban á Dios, eran muy augustas. Su policía era admirable. Si en el pormenor de las observancias que la ley prescribe hay algo que hiera nuestra delicadeza, es porque no conocemos bastantemente el carácter del pueblo Judáico, sus costumbres, sus necesidades, y todas las circunstancias en que se hallaba.

Que no digan aquí que la ley de Moisés es tan conforme á la razon, que no es extraño que un grande injenio, como el de Moisés, haya trazado el plan; porque yo preguntaré siempre, ¿porqué los Babilonios, los Egipcios, los Griegos y los Romanos, estos pueblos tan célebres, y en donde han visto tan grandes hombres en todo género, no han imaginado nada semejante, y ni aun nada que se le acerque? Preguntaré siempre; ¿porqué el pueblo que ha tenido un Homero, un Sócrates, un Platon, un Demóstenes

1 Santidad y sabiduría de la ley de Moisés.

y tantos otros no ha tenido tambien su Moisés? Preguntaré siempre, ¿porqué un pequeño pueblo, escapado del Egipto, confinado á un rincon del mundo, desconocido de todos los otros pueblos, excepto de sus vecinos; porqué este pueblo es el solo que haya tenido una idea justa de Dios, una ley santa, un culto puro, y una policía verdaderamente sabia! Vé aquí lo que yo preguntaré siempre, y vivo seguro de que no me responderan.

El cuarto carácter [1] de divinidad que brilla en los libros del Antiguo Testamento, es que el hombre parece siempre en ellos en presencia de Dios en la postura que debe estar; y este es, Teótimo, el mas grande y maravilloso carácter de la Escritura santa, y al mismo tiempo aquel al cual atienden menos. Observa como Abrahan, Isaac, Jacob, Moisés, Job, David, todos los profetas, todos los autores de los libros que llaman sapienciales, piensan de Dios: qué sentimientos tienen hácia Dios: cómo hablan á Dios, y no podrás menos de admirarte. ¡Qué respeto tan profundo á la grandeza de este Sér supremo! ¡Qué enajenamiento de admiracion, de reconocimiento y de amor! ¡Qué confianza en la bondad de Dios y en su misericordia! ¡Qué deseo de conocerle, de agradarle y de verle en el resplandor de su gloria! ¡Qué humildad, qué sumision á su voluntad, siempre justa y siempre santa! ¡Qué confesion sincera de la flaqueza del hombre, de su corrupcion, de su miseria, y de la necesidad que tiene de Dios! ¡Qué amargo sentimiento de haber ofendido á este Sér supremo, de haber violado su santa ley, y de haberle desagradado! ¡Qué ardiente deseo de volver á su gracia! ¡Qué celo de satisfacer á su justicia por la penitencia! Y este tono, si puedo explicarme así, está sostenido de un extremo á otro en el Antiguo Testamento. El modo con que el hombre habla á Dios en este libro admirable, me pinta á Dios tan grande como el modo con que Dios habla al hombre. Este espectáculo del hombre en presencia de Dios, es el mas grande espectáculo que la Escritura me presenta. ¿Quién es quien ha enseñado tan bien al pueblo judáico lo que

1 En la Escritura el hombre parece siempre en la presencia de Dios en la postura que le conviene delante de este Sér supremo.

Dios es relativamente al hombre, y lo que el hombre es relativamente á Dios? ¿Quién le ha enseñado á conocer y sentir toda la extension de los deberes del hombre hácia Dios sino Dios mismo?

Los libros de los paganos dan tambien aquí testimonio á la divinidad de los libros santos, por la fuerza del contraste que hay entre los unos y los otros. Es cierto que se encuentran de tiempo en tiempo en los libros de los paganos, sean poetas, sean historiadores ó filósofos, algunos de los sentimientos que acabo de circunstanciar; pero ninguno de estos sentimientos está explicado en ellos en toda su pureza: estos no son ordinariamente sino bosquejos débiles. La mayor parte de estos sentimientos, que son sin embargo tan justos, no se encuentran, ni aun se ve de ellos la menor traza. Las súplicas que dirigen á sus divinidades, son fastuosas: las alabanzas que les dan son ridículas, y siempre tienen en su presencia pretensiones insolentes. ¿De dónde puede venir tan gran diferencia entre los libros de los paganos, y los del pueblo judáico, sino de que los unos no tenian otra luz que la de la razon, oscurecida por las pasiones y preocupaciones, y de que los otros tenian la luz de la revelacion? Los primeros no veian sino débiles rayos del sol, escapados de tiempo en tiempo á través de las nubes espesas que cubrian sus cabezas, y los rodeaban por todas partes: los segundos, al contrario, veian el sol en todo su brillo, y gozaban continuamente de su gran luz.

Yo te exhorto, mi amado Teótimo, á que grabes profundamente en tu espíritu la idea que acabo de darte de los libros del Antiguo Testamento. Tú leerás estos libros cuando tu edad lo permita, y te empeñen á hacerlo los consejos de personas sabias, y si llevas á esta lectura intenciones rectas, si la haces con un corazon simple y perfectamente desinteresado, no solo convendrás en que los caractéres que te he hecho observar se hallan en estos admirables libros, sino que los verás brillar con un resplandor que te sorprenderá, y los sentirás de una manera la mas tierna y expresiva.

Concluyamos, mi amado Teótimo: los libros del Antiguo Testamento como que son libros incontestablemente divinos, se sigue de aquí, que nosotros debemos reci-

bir con una plena y entera sumision de espíritu todo lo que estos libros contienen, todas las maravillas referidas en ellos, todas las verdades reveladas en ellos, todos los preceptos que en ellos se dan, por ser todo esto evidente hasta el último extremo.

Seria un artificio grosero el pretender que estos libros han sido alterados por el curso de tantos siglos, ó por otras causas. Es evidente, que es absolutamente imposible que así haya sucedido. Porque, sin hablar aquí de la atencion religiosa, con la cual es constante que el pueblo Judáico ha velado en todos los tiempos en la conservacion de estos libros, digo simplemente que es mas claro que el dia que Dios ha dictado estos libros, á fin de que las maravillas de la creacion y otras maravillas de su poder se conservasen entre los hombres; á fin de anunciar al mundo el Mesías que debia enviarle para instruirle y santificarle; á fin de preparar los pueblos para la venida de este Mesías, y echar desde lejos los cimientos de la ley que debia dar. Era, pues, necesario que Dios velase en la conservacion de estos libros, y de su integridad, y que los preservase de toda alteracion, á lo menos esencial. Sin esto, estos libros no habrian podido jamás producir los efectos que esperaba de ellos. Claro es que Dios estaba mas interesado en la conservacion de estos libros que en la del mundo mismo, supuesto que el mundo no subsiste sino á fin de que lo que está predicho en estos libros pueda cumplirse.

Independientemente de todo lo que decimos aquí, es evidente que los libros que encierran toda la historia de un pueblo, todos los monumentos de su grandeza y toda su teología; que por otra parte están entre las manos de todo el mundo; que cada dia se leen, ya en las familias, y ya en las asambleas públicas de este pueblo; es, dije, evidente que un libro semejante no pudo sufrir jamás alteracion esencial, como lo mostraremos en otro lugar con mas extension,

CATECISMO

DE LA SEXTA CONFERENCIA

Sobre la divinidad de los libros del Antiguo Testamento.

P. Despues de lo que acabais de decir, no tengo duda sobre la autenticidad y la verdad de los libros de Moisés. Pero os resta por probar que estos libros son divinos.

R. Moisés tuvo todos los caractéres de un hombre enviado de Dios; y probó su mision al pueblo de Israel con los mas estupendos milagros. Por órden de Dios escribió los libros que llevan su nombre. Ahora, es evidente que los libros escritos por órden de Dios y por un enviado suyo son libros divinos : luego los libros de Moisés son libros divinos. El mismo razonamiento puede hacerse con respecto al libro de Josué, y á los siguientes.

P. ¿Cómo se prueba que los libros de los profetas son divinos?

R. Se prueba que los libros de los profetas son divinos, porque es evidente, por una parte, que los sucesos que ellos han predicho no podian ser conocidos sino de Dios; y por otra, que todas sus predicciones se cumplieron á la letra, tanto en cuanto al tiempo, como por las circunstancias que habian señalado.

P. ¿No encontrais otros caractéres de divinidad en los libros del Antiguo Testamento?

R. Yo encuentro todavía en los libros del Antiguo Testamento cuatro caractéres de divinidad que les son comunes, y de los cuales confieso que me siento movido. El primero es, que los autores de estos libros han escrito sin amor propio, y con una sencillez, y con un desinterés inimitables al hombre. El segundo es, que estos autores hacen hablar y obrar siempre á Dios de un modo verdaderamente digno de él. El tercero es, que el plan de legislacion contenido en estos santos libros, considerado en su todo, es visiblemente superior al entendimiento humano. El cuarto es, que en estos libros, el hombre parece siempre en presencia de Dios en la pos-

tura que debe estar ; esto es, siempre anonadándose en presencia de este Sér supremo.

P. ¿Qué consecuencia sacais de la divinidad de los libros del Antiguo Testamento?

R. De que los libros del Antiguo Testamento son divinos, concluyo, que debo recibir con una sumision perfecta todo lo que se refiere en estos libros, todo lo que en ellos se revela, y todo lo que ellos ordenan á los hombres.

P. ¿Pero los libros del Antiguo Testamento no están alterados? Ellos son bien antiguos, y ya se sabe que el tiempo lo altera y cambia todo.

R. Por antiguos que sean los libros del Antiguo Testamento, es imposible que hayan sido alterados, á lo menos en las cosas esenciales; porque Dios mismo, haciendo escribir estos libros para instruccion de los hombres de todos los países y de todos los siglos, es evidente que tomaba de su cuenta el velar sobre su conservacion y su integridad.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de la ley Mosáica.

La verdad y la autenticidad de los libros del Antiguo Testamento demuestran invenciblemente la divinidad de estos mismos libros ; y por otro lado la divinidad de estos libros se demuestra en ellos por sí misma. Dios, si puedo explicarme así, habla en ellos con un tono que le es propio ; y que le caracteriza tan bien, que no puede desconocérsele. Esto es, mi querido Teótimo, lo que hemos visto en la sexta Conferencia, y parece que quedaste plenamente satisfecho, y convencido de ello.

Ahora[1], es evidente que la divinidad de los libros del

1 Suplico al lector se acuerde aquí de que hemos mostrado en la Conferencia aparte, ó sea suelta, que jamás ha habido mas de una Religion, dada por Dios á los hombres. La Religion de Adan y de Noé, etc., la del pueblo Judáico y la del pueblo cristiano son la misma Religion. Y así, cuando se dice que los primeros hombres

Antiguo Testamento demuestra á su vez la divinidad de la ley Mosáica : porque estamos obligados , como se ha dicho, á creer firmemente todo lo contenido en los libros que reconocemos por libros divinos; esto es, libros que Dios ha dictado, y de quienes es propiamente autor; porque los que los han escrito no han hecho mas que llevarle la pluma. Negar alguno de los hechos referidos en estos libros, ó ponerlos en duda, seria acusar á Dios de mentira, ó sospecharle capaz de ella. Ahora, en los libros del Antiguo Testamento se dice que Dios dió al pueblo de Israel, en el desierto á donde lo habia conducido, una ley que está trazada por extenso en estos mismos libros : que esta ley fué promulgada con el mas brillante aparato; y que fué solemnemente aceptada por el pueblo, tanto en su nombre, como en nombre de sus descendientes. Todo el mundo sabe que los judíos no tuvieron jamás otra ley; y que aun despues de su dispersion en todas las naciones la conservan tal amor, que tiene algo de prodigioso, nazca de donde nazca. Es, pues, evidente que la ley de los judíos tiene á Dios por autor, y que es divina : la demostracion es

vivieron bajo la ley de la naturaleza, ó que no tuvieron otra ley que la ley natural, se habla impropiamente; y esto significa solo, que en aquel tiempo no habia Dios añadido á la ley natural sino muy pocos preceptos positivos. Del mismo modo se habla impropiamente cuando se dice la Religion de Adan, la Religion judáica y la Religion cristiana. Estas no son tres religiones, sino tres diferentes estados de la misma Religion.

El culto exterior que Dios prescribió á Adan y á los principales hombres, era mas simple, y mucho menos cargado de prácticas, que el que luego exigió del pueblo Judáico.

Dios dió á los Judíos un culto exterior, compuesto de un gran número de prácticas y ceremonias de Religion, las cuales no tocaban á los otros pueblos. Y en fin, Jesucristo mismo ha dado al pueblo cristiano un culto exterior, y ceremonias de Religion diferentes de las que Dios habia dado á los Judíos; pero estas diferencias de culto no constituian religiones esencialmente diferentes : sin embargo, como por la palabra Religion entienden frecuentemente las prácticas y las ceremonias del culto exterior que un pueblo ó una sociedad da á Dios; se puede en este sentido distinguir tres religiones : la de los primeros hombres, la de los Judíos y la de los Cristianos; pero este sentido es siempre impropio, como ya lo hemos notado.

completa, y así no diremos ya mas sobre este asunto.

Vé aquí[1], pues, una ley revelada, vas á decir, mi querido Teótimo; hemos hallado lo que buscabamos. Dios se ha dignado de hablar á los hombres: se ha hecho conocer de ellos: les ha mostrado el culto que exigia de ellos, y los ha instruido en todos sus deberes. Recibamos, pues, esta revelacion con un profundo respeto, y con demostraciones de júbilo y reconocimiento. Exámenes ulteriores sobre esto ofenderian á nuestro Criador. Dios manda: obedezcámosle. No hay que deliberar, es preciso hacernos judíos.

Estos serán sin duda, mi querido Teótimo, tus razonamientos; pero sufre que te detenga. Nosotros no tenemos todavía todas las luces que necesitamos para determinarnos. En efecto, por muy convencidos que estemos de que la ley de Moisés viene de Dios, no podemos hallarnos obligados á abrazarla, sino en tanto que estemos ciertos de que Dios ha dado esta ley para todos los pueblos, y que la ha dado para todos los tiempos; porque si Dios no ha dado esta ley sino para los judíos, los otros pueblos pueden dispensarse de sujetarse á ella, cuando fuera para todos los tiempos. Y cuando esta ley fuera para todos los pueblos, nadie estaba obligado á recibirla, si no era sino por un tiempo, y este tiempo habia acabado. Porque es claro que acabado este tiempo, esta ley queda derogada de pleno derecho. Espirando el último momento señalado para la duracion de esta ley, ella espira con él. Yo creo, mi querido Teótimo, que tú entiendes sin trabajo lo que

1 Hubo una ley revelada desde el origen del género humano: Adan mismo, antes de su caida, tuvo una revelacion que encerraba dogmas y leyes positivas. Despues de su caida tuvo la revelacion del Mesías: Abrahan, fuera de la revelacion de que el Mesías naceria de su posteridad, tuvo tambien para sí y para su posteridad la ley de la circuncision, y esta ley era asimismo una ley revelada. 1º Antes de la revelacion, dada al pueblo Judáico por ministerio de Moises, no habia habido revelacion dada á un pueblo entero. 2º No habia todavía habido un cuerpo completo de leyes reveladas en aquel tiempo. 3º Aquí se supone que Teótimo ignora las revelaciones que habian precedido á la que fué dada á los judíos por ministerio de Moisés; por esto es por lo que se escribe: ¡Veaso, pues, una ley revelada!

aquí digo. Ahora voy á probarte : 1° que la ley de Moisés no fué dada por Dios, sino para el pueblo de Israel, y no para los otros pueblos ; 2° que esta ley no fué dada á este pueblo, sino por un tiempo ; 3° que el tiempo de esta ley se acabó ; de donde resultará claramente que no es á esta ley á la que debemos adherirnos, sino á aquella que debia reemplazarla despues de su abolicion.

Digo, pues, en primer lugar que la ley Mosáica no fué dada por Dios á los Israelitas, sino para ellos, y no para todos los pueblos. Esto es lo que los libros santos señalan del modo mas expreso. En ellos vemos por todas partes, que uno de los principales designios del Señor [1], cuando dió esta ley á los judíos, fué el distin-

1 La intencion de Dios, dando al pueblo de Israel una revelacion mas clara y mas circunstanciada del Mesías, que las que habia dado precedentemente, era : 1° que los judíos conservasen entre ellos el precioso depósito de la fe del Mesías ; 2° que ellos hiciesen conocer el Mesías á las naciones vecinas, y á aquellas con las cuales se mezclarian en adelante, fuera por el comercio que con ellas tuvieran, fuera por su dispersion entre ellas, despues de la ruina de los dos reynos, de Judá y de Israel. Esta segunda intencion tuvo su efecto, á lo menos hasta un cierto punto ; porque muchos particulares de estas naciones idólatras conocieron al Mesías, y creyeron en él por medio de los judíos, y tambien todas las naciones supieron que los judíos esperaban un Salvador, á quien llamaban Mesías : lo que las disponia de léjos á recibir ellas mismas á este Mesías cuando viniese.

Dios no habia prohibido á los judíos el asociar á su Religion, é incorporar en su pueblo, sino á los Cananeos y á los Amalecitas. Ellos podian hacer prosélitos en todas las otras naciones ; y en efecto los hacian. Sin embargo, lo que se lee en el cuerpo de la Conferencia es muy cierto y verdadero. Dios queria que los judíos estuviesen enteramente separados de los otros pueblos, y para ello habia tomado las medidas mas justas. ¿Porqué habia obrado así ? Porque preveia que seria siempre mas fácil á los pueblos idólatras pervertir á los judíos, que á los judíos el convertir á estos pueblos. De esto dimanó, sin duda, la circuncision, varias impurezas legales, la distincion de los animales mundos é inmundos, que eran como un muro de separacion entre los judíos y los gentiles. Los gentiles despreciaban y aborrecian á los judíos. Los judíos miraban con horror á los gentiles ; les huian cuanto podian, ó no se acercaban á ellos, sino con precaucion, y como á gentes contagiosas. A lo menos,

guirlos de todos los otros pueblos, y separarlos de tal modo que jamás pudieran unirse á ellos, y mucho menos todavía confundirse con ellos; y Dios tomó por esto medidas tan justas, que han tenido su efecto hasta nuestros tiempos, en los que vemos que los judíos, aunque esparcidos en todas las naciones, forman por todas partes un pueblo aparte que nada tiene de comun con los otros.

No creas, Teótimo, sin embargo, que al dar Dios á los Israelitas una ley particular, y separándolos de todos los otros pueblos por esta ley, haya reprobado todo el resto del género humano. No, este no fué el designio de Dios. Este Sér supremo fué olvidado de las otras naciones; pero él no las olvidó jamás. Estas tenian la Religion natural que es la primera Religion, y como el fundamento de todas las otras, y podian arribar á salvarse, observando fielmente los preceptos de esta religion, segun lo hemos observado arriba. La Escritura nos da una prueba sin réplica de ello en la persona de Job [1]. Este grande hombre nació, vivió y murió en el seno de la gentilidad. Jamás practicó la ley de los Judíos, y sin embargo fué un gran santo, y uno de los mas célebres amigos de Dios. Dios quiso que su historia fuese insertada en el cuerpo de las santas Escrituras, y para ello tuvo dos razones, de las cuales fué la una la de presentar á los Israelitas un modelo de virtud, capaz de hacerles avergonzar de su infidelidad; y la otra, la de enseñar á todas las demás

el espíritu de la ley era el que obrasen así; y cuando descuidaron el seguirla en este punto, cayeron en los lazos de la idolatría. Así Dios, si me atrevo á explicar así, acudió á lo mas urgente; y no habiendo llegado todavía el tiempo de la conversion de los gentiles, trabajó principalmente en evitar la perversion de los judíos. Queria, sin duda, que los gentiles conociesen al Mesías prometido; pero no queria que los judíos, bajo pretexto de dar á los gentiles el conocimiento de este Mesías, se espusieran á perderla ellos mismos.

1 No pierdas de vista lo que se ha dicho en la Conferencia aparte sobre los medios que los hombres nacidos en el seno de la infidelidad, sea antes, sea despues de la venida de Jesucristo, han tenido siempre para llegar al conocimiento del Mesías, y obrar su salvacion. Job, que aquí se cita, es una prueba sensible de la verdad de los principios que hemos sentado sobre esto en esta Conferencia.

naciones, que ninguna de ellas quedaba excluida de salvacion. Es verdad que uno de los motivos que empeñaron á Dios á hacer alianza con los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, fué el preveer que bien presto todas las naciones darian en el escollo de la idolatría; pero su prevision no incomodaba la libertad de nadie. Las naciones abandonaron al verdadero Dios, porque ellas lo quisieron. Dios dió á Israel socorros mas abundantes que á los otros pueblos para preservarse de esta desgracia; pero jamás reusó á los otros pueblos los socorros necesarios. Amó á Israel con un amor de predileccion, y como á su hijo primogénito; pero no excluyó á ningun pueblo de su amor, porque todos los hombres son sus hijos.

Dije, en segundo lugar, que la ley de Moisés no se dió á los Israelitas sino por un tiempo, pasado una vez el cual, debia ser derogada. El término fatal de esta ley, si puede hablarse así, era el advenimiento del Mesías prometido desde el principio del mundo y autor de una nueva ley, y de una nueva revelacion mas clara y mas abundante, que debia publicarse en todo el universo; mediador de un testamento ó alianza, en la cual todas las naciones serian comprendidas, y que duraria hasta el fin de los siglos. Esto fué lo que el mismo Dios anunció á su pueblo en el tiempo que le daba su ley; haciéndole declarar por Moisés, que le enviaria en los siglos futuros un profeta semejante á Moisés; esto es, un legislador como él, pero de una ley mas santa y mas perfecta, y mandándole escuchar fielmente á este profeta y obedecerle en todo. Todos los libros sagrados del Antiguo Testamento están llenos de esta verdad, y por todos ellos resuena el anuncio del Mesías prometido.

Todos los que tienen algun conocimiento de las santas Escrituras descubren en ellas del modo mas sensible y mas admirable, que el único designio de Dios cuando se unió ó elijió el pueblo Judáico de un modo tan especial, fué el conservar en el la revelacion del Mesías, hecha á nuestros primeros padres despues de su caida, y que el destino de este pueblo fuera anunciar este Mesías á las naciones antes que pareciera, y mostrarles que pareceria, uniéndose en seguida á ellas, á fin de no formar

todas juntas sino un pueblo de Dios, y una misma Iglesia. Todo les hablaba del Mesías: su culto lo figuraba: sus profetas lo predecian: sus santos y sus héroes lo representaban; segun lo veremos mas ampliamente en adelante. Ellos tenian siempre entre las manos, y á la vista, si puedo valerme de esta expresion, el señalamiento ó filiacion de este libertador prometido á su nacion, y á todos los hombres; á fin de que cuando pareciera, pudieran ellos mismos conocerle, y mostrarle á los otros pueblos. Esta simple exposicion hace ver claramente, mi querido Teótimo, que en la intencion de Dios, la ley Mosáica no debia durar sino hasta el advenimiento del Mesías. Que venido este Mesías esta ley debia quedar abolida, como que habia cumplido ya su destino y ya no tenia objeto. Que el pueblo judáico, él mismo, debia desde este momento cesar (por su reunion con los otros pueblos de la tierra en la Religion del Mesías) de ser el pueblo de Dios de una manera especial; ó no ser mas, como ha sucedido, que un pueblo reprobado por haber desconocido al Mesías.

De todo lo que se ha dicho, mi querido Teótimo, ya ves que solo nos quedan tres cosas que examinar. 1° Si es cierto que Dios prometió á los Judíos, y á todo el género humano, este Mesías de que hablamos. 2° Si este Mesías ha venido segun lo afirman los cristianos, ó si se espera todavía, como pretenden los Judios. 3° Supuesto que haya venido el Mesías, si es Jesucristo, ó es otro este Mesías.

CATECISMO

DE LA SÉPTIMA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de la ley Mosáica.

P. ¿Qué pensais de la ley Mosáica?

R. Yo creo firmemente que la ley Mosáica es revelada por Dios, y por consecuencia divina.

P. ¿Cuáles son las razones que os empeñan á mirar la ley Mosáica como ley divina?

R. Vé aquí, en pocas palabras, las razones que me empeñan á mirar la ley Mosáica como una ley revelada y divina. Hemos demostrado claramente que los libros de Moisés son libros divinos; esto es, libros dictados por Dios. Es evidente por otra parte que debemos creer con una entera certeza todo lo que se refiere en los libros cuyo autor es Dios. Ahora en los libros de Moisés se refiere que Dios dió á los Israelitas en el desierto una ley cuyos pormenores están trazados en estos mismos libros, y que es la misma que los Judíos han tenido siempre, y tienen todavía: luego debemos creer con entera certeza que la ley de Moisés es una ley divina.

P. ¿Si la ley de Moisés es una ley divina, todos los hombres están obligados á recibirla?

R. Aunque la ley de Moisés sea una ley divina, todos los hombres no están sin embargo obligados á recibirla; porque esta ley no fué dada por Dios á todos los pueblos, sino solamente al pueblo judáico; y no fué dada á los Judíos sino por cierto tiempo.

P. ¿Cómo se muestra que la ley de Moisés no fué dada por Dios á todos los pueblos, sino solamente á los Judíos?

R. Se manifiesta que la ley de Moisés no fué dada por Dios á todos los pueblos, sino solamente á los Israelitas: 1° Porque Dios declara en la Escritura, que uno de los fines que se propuso al dar esta ley á los Israelitas, fué el de separarlos de todos los otros pueblos. 2° Porque es cierto, así por la confesion de todo el mundo, como por el ejemplo de Job nacido en el gentilísmo, que todos los otros pueblos podian salvarse observando la ley natural, como lo hemos dicho arriba.

P. ¿Cómo se prueba que la ley de Moisés no fué dada á los Israelitas sino por un cierto tiempo?

R. Se prueba que la ley de Moisés no fué dada á los Israelitas mismos sino por un cierto tiempo: 1° Porque Dios mismo se explicó así al dar esta ley. 2° Porque todos aquellos que han leido las santas Escrituras, saben que Dios no dió la ley Mosáica á los Israelitas, sino para perpetuar en ellos y por ellos, en el mundo, la fe del Mesías prometido; para preparar la venida de este adorable Mesías prometido, y para anunciarlo á las otras

naciones; de donde se sigue que el destino de esta ley debia ser necesariamente el durar hasta el advenimiento del Mesías, y acabarse luego que hubiese venido.

OCTAVA CONFERENCIA.

Donde se prueba que Dios habia prometido á los judíos y á todas las naciones un Mesías Salvador de los hombres, y que este Mesías ha venido.

Antes de entrar en materia, mi querido Teótimo, es necesario que yo haga acerca del lenguaje de la Escritura, ó mas bien acerca del lenguaje de Dios en la Escritura, algunas observaciones; por defecto de las cuales me contestarias, puede ser, el sentido que daré á algunos pasajes que he de citar en la serie de esta conversacion, y despues de las cuales estoi cierto de que nada te detendrá en los dichos pasajes.

Observa, pues, 1° que entre las profecías las hay de dos especies, las unas son claras, aun antes del suceso que distintamente anuncian, con sus principales circunstancias; y las otras no son claras sino despues del suceso. Estas se parecen, por servirme de la comparacion que he empleado ya, á la filiacion de un hombre; los que tienen esta filiacion en las manos, no pueden conocer á este hombre antes de haberle visto; mas luego que este hombre parece, la filiacion le hace conocer, y el hombre á su vez hace conocer con su presencia la verdad de la filiacion. Mil hombres pasan uno despues de otro delante de los que tienen este símbolo, ó mas bien este retrato, y al ver á cada uno de ellos, dicen: no es él: se presenta por fin, y dicen al instante: este es. Lo mismo sucede con las profecías de que hablo; antes del suceso, no se sabe lo que significan, ó á lo menos no se sabe sino confusamente; no se sabe mas sino lo que basta para no engañarse; despues del suceso se sabe ya sin poder dudarlo, que aquel era el suceso que se habia predicho.

Observa, en segundo lugar, que en los libros del Antiguo Testamento hay tambien tres especies de profecías

relativas al Mesías. Las unas hablan de él en términos claros y expresos : las otras lo manifiestan bajo de emblemas y figuras, y le caracterizan de una manera enigmática : las otras, en fin, tienen un sentido que conviene en parte al Mesías, y en parte al héroe que le representa. De aquí nacen tres reglas de crítica, todas sacadas en buen sentido. La primera es que debemos tomar á la letra todas las profecías que hablan del Mesías en términos claros y expresos : le segunda es que siempre que una profecía enigmática tomada á la letra no tiene un sentido razonable, ó no tiene ninguno : pero que tiene un hermoso sentido si se entiende del Mesías, es menester entenderla del Mesías; porque es evidente que todas las palabras de Dios deben tener un sentido, y un sentido digno de él. La tercera es, que cuando la Escritura habla de uno de estos héroes que representan al Mesías, de un modo magnifico para que lo que ella dice pueda convenirle, es menester atribuir al Mesías lo que no conviene á este héroe.

Graba profundamente en tu memoria, mi amado Teótimo, estas tres reglas; ellas son una de las principales llaves de la Escritura santa : y este libro divino será siempre un libro cerrado para aquellos que no tengan esta llave.

La primera cosa que debemos examinar es, si Dios habia prometido verdaderamente á los Judíos un Mesías que seria un legislador y su Salvador, y el de todos los hombres.

En el Génesis se refiere (cap. III), que nuestros primeros padres, violando en el Paraiso terrestre, por persuasion de la serpiente, la prohibicion que Dios les habia impuesto de comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal ; Dios se les apareció, los citó á su tribunal, é hizo comparecer á él con ellos á la serpiente. Antes de pronunciar la sentencia de Adan y de Eva, pronunció la de la serpiente, y en esta sentencia se hallan estas notables palabras : « Yo estableceré [1] una eterna enemistad » entre tí y la mujer, entre tu posteridad y la suya : un » dia llegará que ella quebrantará tu cabeza. »

Es evidente, Teótimo, que la serpiente no fué mas que

1 Primera revelacion general que ha podido conservarse por la tradicion vocal hasta Moisés, no solo en la familia de Abrahan, sino en todas las familias colaterales, y entre todos los hombres.

el instrumento de que se sirvió el demonio para tentar á Eva. La serpiente era entonces, como lo es ahora, un animal privado de la razon y de la palabra; pero el demonio se habia apoderado de su cuerpo, y la habia hecho hablar : la serpiente no era, pues, culpable; y no era á ella á quien se maldijo por estas palabras : « Un » dia vendrá que ella quebrantará tu cabeza : » sino á aquel cuya figura habia tomado despues de haber sido el instrumento de sus astucias. Díme, en efecto, ¿qué consuelo habria sido para nuestros primeros padres, despojados de la inocencia, y privados de todos los privilegios que formaban sus dotes, arrojados del paraíso terrestre, condenados al trabajo, al sufrimiento y á la muerte; qué consuelo habria sido para ellos el saber que un dia quebrantaria una mujer la cabeza de un vil y horrible reptil, semejante á aquel de quien el demonio se ha servido para perderlos? ¿Qué indemnizacion de su desgracia habrian podido hallar en una venganza tan remota y tan pueril? Es preciso, pues, convenir, en que las palabras del Señor tenian otro sentido que el que desde luego presentaban : que se dirigian al demonio; y que querian decir que en la serie de los tiempos, y despues de la revolucion de varios siglos, un hombre descendiente de Eva, y destinado por Dios para reparar su pecado, quebrantaria la cabeza de Satanás, representado en la serpiente; esto es, que romperia su cetro, anonadaria su dominacion tiránica, y libraria de ella al género humano; y este hombre es aquel á quien llamamos el Mesías. Así lo comprendieron nuestros primeros padres, y sus descendientes despues de ellos.

Poco tiempo despues del diluvio, los hombres que volvieron á poblar la tierra, empezaron á pervertirse, y á parecerse á aquellos que Dios acababa de exterminar. Las costumbres se corrompieron y la Religion se alteró. Desde el tiempo de Abrahan, la supersticion y la idolatría habian hecho ya grandes progresos, y el mal crecia siempre. Dios vió que las primeras tradiciones, que comenzaban ya á oscurecerse, serian borradas bien presto de la memoria de los hombres, y que apenas quedarian de ellas vestigios informes : que la fe del Mesías se perderia : y que él mismo seria desconocido. Llamó á Abra-

han [1], é hizo alianza con este gran patriarca, y le prometió que el Mesías naceria de él en la serie de los tiempos. Todas las naciones de la tierra, le dijo, serán bendecidas en vuestra posteridad. La misma promesa hizo á [2] Isaac, y en seguida á Jacob, siempre en los mismos términos.

Dícese en el Génesis, cap. 49, que el patriarca Jacob próximo á morir juntó sus hijos á su rededor, y anunció á cada uno de ellos el destino futuro de la tribu, cuyo vastago debia ser él. Cuando llegó á Judá, entre otras palabras proféticas, pronunció estas: « El cetro no será » quitado á Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta » que venga el que debe ser enviado y este será la ex- » pectacion de las naciones. » Palabras que designan visiblemente al Mesías, y que señalan tambien con precision, pero de un modo general, el tiempo en que parecerá en el mundo.

Dando Moisés la ley á los Israelitas en el desierto, les anuncia el Mesías de parte de Dios, como lo hemos dicho mas arriba. « El Señor vuestro Dios, los dijo, os susci- » tará un profeta como yo, de vuestra nacion, y de » entre vuestros hermanos, y á él escucharéis. » Ahora, es claro que estas palabras no pueden entenderse sino del Mesías porque: 1° Moisés no habla sino de un solo profeta, aunque sabia que Dios suscitaria un gran número de ellos entre los Israelitas. 2° Él habla de un profeta que será semejante á él: estos es, legislador como él, por donde le distingue de todo los otros profetas, cuyo ministerio se ciñó á llamar á los hijos de Israel á la observancia de la ley de Moisés, y á predecir lo futuro. 3° A él es á quien escucharéis, concluye Moisés; y por estas palabras insinúa que este profeta anunciará una nueva doctrina; que no solo hablará en nombre de Dios, como los otros profetas, sino tambien en su propio nombre. En fin, que luego que este profeta empezará á ha-

1 Segunda revelacion del Mesías, menos general que la primera, pero comun tambien á las dos familias que salieron de Abrahan, la de Isaac y la de Ismael, y sin duda, además, á la de Loth.

2 Tercera revelacion del Mesías, menos general que las dos primeras; pero comun tambien á las dos familias que salieron de Isaac.

blar, Moisés y la ley callarán en su presencia, y que no será necesario escuchar ya á nadie sino á él.

A medida que el tiempo señalado de toda eternidad en los consejos de Dios para la venida del Mesías, se acercaba, las profecias eran mas claras y mas circunstanciadas: mientras mas se adelantaba hácia su pueblo, si puedo explicarme así, el Redentor prometido desde el orígen del mundo, mas bien este pueblo distinguia sus rasgos que desde luego no habia visto sino de lejos y confusamente. David, Isaías, Jeremias, Ezequiel y Daniel, que desde la fundacion de la monarquía de los judíos se sucedieron hasta casi el fin del cautiverio de Babilonia, hablaron distintamente, y tan por menor de cuanto tenia relacion con el Mesías, que puede decirse que escribieron su historia con anticipacion. Y desde Daniel hasta el último de los profetas, las luces fueron creciendo siempre.

Daniel, cap. 9, señala claramente el número de años que debian pasarse desde el edicto dado para la reedificacion de la ciudad de Jerusalen, hasta la muerte del Mesías.

Los Judíos, de vuelta de su cautiverio de Babilonia, construyeron un nuevo templo sobre los cimientos del antiguo elevado por Salomon, y destruido luego por Nabucodonosor; y á la vista de este segundo templo, hizo nacer entre ellos dos sentimientos bien contrarios: los que no habian visto el primer templo, lloraban de alegría; y los que le habian visto, lloraban dedolor. En este momento el profeta Agéo se apareció en medio de la asamblea, y habló así en nombre de Dios: ¿ « Quién es de » entre vosotros el que ha visto esta casa en su primera » gloria? ¿Y en qué estado la ves ahora? ¿No parece á » tus ojos, como si no existiera, comparada con lo que » ha sido...? Pero no temas: ve aquí lo que dice el Señor » de los ejércitos: se pasará todavía algun tiempo: pe- » ro conmoveré el cielo y la tierra, la mar y todo el » universo: conmoveré los pueblos, y el deseado de » todas las naciones vendrá; y llenaré de gloria esta » casa, dijo el Señor de los ejércitos. La gloria de esta » última casa será todavía mas grande que la de la pri- » mera, dijo el Señor de los ejércitos: yo daré la paz » en este lugar. »

Es imposible entender estas palabras relativas á otro que al Mesías; y se ve claramente por estas mismas palabras, que el Mesías debia parecer en el segundo templo, y por consecuencia, venir al mundo antes que este templo se destruyera.

Malachías, el último de los profetas, ó mas bien Dios por su boca, se explica así, cap. 3: « Ve aquí que yo » envio mi ángel, y él preparará el camino delante de » mí, y al instante, el dominador de las naciones que » buscais, y el ángel del testamento que deseais, ven- » drá á su templo. Mírale, que viene, dijo el Señor. » En los dos últimos versículos del cuarto y último capítulo, anuncia al precursor del Mesías por estas palabras: « Ved aquí, que yo os enviaré al profeta Elías, antes » que el gran dia del Señor llegue; y el reunirá los co- » razones de los padres á los hijos, y los de los hijos á » los padres. » Estos últimos oráculos de Malachías fueron la utima voz de los profetas, y como el postrero anuncio del Mesías, los profetas callaron por respeto, delante de aquel que despues de haber hablado á los hombres por su ministerio, debia bien presto hablarles por sí mismo, como Isaías lo habia prometido. Toda la nacion Judáica quedó en la expectativa del advenimiento inmediato de su Salvador. Estuvieron atentos á todas las mundanzas que sucedieron en la constitucion del Estado, las cuales debian preceder este advenimiento tan deseado. Siempre tuvieron fijos los ojos hácia el lugar donde el Mesías debia nacer, y confrontaban todos los hombres extraordinarios que parecian con el retrato que la Escritura habia hecho de él.

Ya ves por tí mismo, mi querido Teótimo, que los mismos textos de la Escritura, en los cuales promete Dios al mundo el Mesías, prueban del modo mas evidente, que el Mesías vino muchos siglos ha. Seria cegarse voluntariamente el querer desconocer esta verdad. Jacob anuncia que el Mesías vendra cuando la tribu de Judá habrá perdido la soberanía; y la tribu de Judá cesó de gobernarse soberanamente luego que Herodes, príncipe Idumeo, fué hecho rei de Judea por los Romanos, cerca de 1800 años; y vemos en efecto en el evangelio, que los príncipes de los sacerdotes de la nacion Judáica trasladá-

ron desde luego á Jesucristo al tribunal de Pilatos y en seguida al de Herodes; y que habiéndoles propuesto Pilatos que le juzgaran ellos mismos segun su ley, le respondieron, que ellos no tenian poder para dar á nadie muerte.

Daniel señala que el Mesías será condenado á muerte en setenta semanas de años, á contar desde el dia en que el edicto para la reedificacion de Jerusalen será dado; esto es, en 490 años, á contar desde esta época. Ahora despues de esta época se ha pasado cinco veces este tiempo.

Agéo predijo que la gloria del segundo templo seria superior á la del primero; y que en el segundo templo daria Dios la paz al mundo. Malachías declara que el Angel del testamento, esto es, el Mesías vendria á este templo. Ahora este templo fué arruinado por los Romanos há cerca de 1700 años: luego es preciso que el Mesías haya venido, ó que las profecías sean falsas, y que olvidando Dios cuanto á sí se debe, haya engañado á los hombres del modo mas cruel.

CATECISMO

DE LA OCTAVA CONFERENCIA.

Sobre la promesa y el advenimiento del Mesías.

P. Habeis dicho que la ley de Moisés no fué dada por Dios sino para preparar los hombres, y particularmente al pueblo de Israel á la venida del Mesías, y que esta ley no debia estar en vigor sino hasta que el Mesías pareciese. ¿Creeis, pues, que Dios habia prometido el Mesías al mundo, y en particular al pueblo de Israel?

R. Sí: creo firmemente que Dios en las Escrituras del Antiguo Testamento habia prometido el Mesías al mundo, y en particular al pueblo de Israel.

P. ¿Qué pruebas teneis de la promesa que Dios habia hecho á todos los pueblos del mundo, y en particular al pueblo de Israel, de enviar el Mesías?

R. Se prueba por una multitud de pasajes de la Escritura relativamente al Antiguo Testamento, que Dios

habia prometido el Mesías á los judíos, y á todos los pueblos; y estos pasajes son tan claros, que es imposible desconocerlos.

P. Indicadme algunos de los pasajes del Antiguo Testamento donde Dios promete el Mesías.

R. Se encuentra la promesa del Mesías señalada claramente: 1° En el Génesis, cap. II, en la sentencia que allí pronunció Dios contra la serpiente, de la cual se habia servido el démonio para tentar á Eva, y que era la figura de este espíritu de malicia. 2° En el mismo libro, cap. XII, Dios promete el Mesías á Abrahan; y renueva esta promesa á Isaac, cap. XXII, y luego á Jacob, cap. XXVIII y XXX; muriendo Jacob, cap. XLIX, anuncia la venida del Mesías, antes que el cetro salga de la casa de Judá, Daniel, cap. IX, antes del término de 490 años; y Agéo, antes de la destruccion del templo. Malachías, á una época bien próxima, y á la cual parece tocaba.

P. ¿Las profecías que anuncian el Mesías, se han cumplido? ¿Y ha venido el Mesías?

R. Es evidente que las profecías que anuncian el Mesías se han cumplido, ó que son falsas. Ahora, estas profecías no pueden ser falsas, porque si lo fueran, Dios habria engañado al mundo, lo que no puede decirse, ni pensarse sin delito: luego el Mesías ha venido.

P. ¿Cómo probais que las profecías que anuncian el Mesías se han cumplido, y que por consecuencia ha venido el Mesías?

R. Pruebo que las profecías que anuncian el Mesías se han cumplido, y que por consecuencia ha venido el Mesías, porque es constante que Judá no tiene ya el cetro: que los 490 años de Daniel se han pasado cinco veces: que el segundo templo se destruyó mas ha de 1700 años; y que el término al cual tocaba Malachías, no ha podido estar señalado para mas de 2000 años despues de él.

NOVENA CONFERENCIA.

Donde se prueba que Jesucristo es el Mesías.

El Mesías prometido de Dios, desde el orígen del mun-

do ha venido, mi amado Teótimo : ya no nos es permitido, ni aun posible, dudarlo. Pretender que el Mesías no ha venido, es decir que las profecías que lo anuncian son falsas, y esto es acusar á Dios de haber engañado á los hombres.

Como en los designios de Dios, el objeto de la mision del Mesías era el atraer al mundo al conocimiento de Dios, de reconciliarlo consigo mismo y de establecer una paz eterna entre el cielo y la tierra; es claro que el advenimiento del Mesías ha debido hacerse con un grande brillo, y con tanta evidencia y certeza, que no pudieran desconocerle sino cegándose voluntariamente; y que el Mesías ha debido tener todos los caractéres mas señalados en las profecías, y tenerlos de un modo tan visible, que no hayan podido contestárselos de buena fe. Observa bien estas palabras; porque Dios no está obligado de manera alguna á hacer milagros para disipar las tinieblas que aquellos que temen la verdad crean á su rededor por orgullo ó por interés para no verla.

El Mesías, pues, debia mostrarse revestido de los caractéres que acabo de decir; sin esto no habrian podido conocerle, y Dios solo hubiera sido responsable de este error, y jamás habria podido hacer de ello un delito á los hombres, sin violar la justicia. Habria faltado á los hombres, y se habria faltado á sí mismo : el mayor de sus designios habria faltado por no haber estado concertado con la sabiduría necesaria.

Vamos á probar, mi querido Teótimo, que Jesucristo es el Mesías : que es tambien absolutamente imposible que lo sea otro que él. De manera, que si él no lo es, es menester decir que el Mesías no ha venido.

Si el Mesías no ha venido, todas las profecías que lo anuncian, son falsas : luego el Mesías ha venido. Sobre este razonamiento, que es de los mas simples, ha estribado toda la conferencia precedente.

Jesucristo tiene todos los caractéres del Mesías predicho por los profetas : luego Jesucristo es el Mesías. Sobre este otro razonamiento, que no es menos simple que el primero, girará toda la conferencia que empezamos ahora.

Sola una cosa, querido Teótimo, tenemos que hacer

para descubrir si Jesucristo es el Mesías, y esta es el confrontarle, explicándome así con la filiacion que Dios dió del Mesías en el Antiguo Testamento. Si todas las profecías se han cumplido en la persona de Jesucristo: si Jesucristo se parece faccion por faccion al retrato que dió Dios del Mesías en el Antiguo Testamento, es incontestablemente el Mesías. Si no se parece á este retrato, no es el Mesías.

Tomo, pues, el Antiguo Testamento en una mano, y el Nuevo en la otra; los profetas que han anunciado el Mesías, y los Evangelistas que han escrito la historia de Jesucristo: acerco la predicciones de los primeros á la narracion de los segundos, y encuentro que la semejanza es tan exacta, que nada deja que desear.

Entremos en materia, Teótimo: como esta conferencia será larga, la dividiré en varios artículos para aliviar tu memoria.

ARTICULO I.

Profecías tocantes al orígen del Mesías, al tiempo y al lugar de su nacimiento, cumplidas en Jesucristo.

Segun todos los profetas, el Mesías debia ser de la tribu de Judá, y en esta tribu, de la familia de David. Los Judíos lo han creido siempre, y lo creen todavía hoy. Esta era una de las mas constantes tradiciones de este pueblo; y esta tradicion estaba fundada sobre los mas claros testos de sus Escrituras. Ellos llamaban al Mesías el hijo de David por excelencia. El profeta Isaías no le designa de otro modo que por el nombre de vástago de Jessé, que era el padre de David.

Se ve [1], por las dos genealogías de Jesucristo, que san

1 Aquí pueden hacerse dos objeciones. La primera sobre la diferencia que se nota entre las dos genealogías que san Mateo y san Lucas nos han dejado, bajo el nombre de genealogías de Jesucristo. Porque san Mateo hace descender á san José de David por Nathan. San Mateo da tambien á Jacob por padre de san José, y san Lucas á Elí.

La segunda es, que los Evangelistas no han escrito sino la genealogía de san José, y que la genealogía de san José no puede ser la de Jesucristo, porque Jesucristo no nació de san José.

Mateo y san Lucas nos han dejado, que Jesucristo descendia del patriarca Judá, por David; y san Pablo en el epítome á los Hebreos, cap. VII, dice, que es notorio que Jesucristo era de la tribu de Judá.

Ya hemos observado que Jesucristo nació conforme á la profecía de Jacob, en el tiempo que la tribu de Judá acababa de perder la autoridad soberana por usurpacion de Herodes, príncipe Idumeo.

Ello es cierto por todos los cálculos que se han hecho, que Jesucristo nació hácia la semana 65 de las señaladas en la célebre profecía de Daniel. Y no es menos cierto que nació en Belen, pequeño lugar de la tribu de Judá, segun esta profecía de Micheas, cap. V, que no puede interpretarse sino del Mesías. «Y tú, Belen (á quien tam» bien llaman Ephrata), tú eres pequeño entre los pue» blos de Judá: pero de tí saldrá el que debe reinar en » Israel, cuya generacion es desde el principio de la eter» nidad. » Y vemos tambien en el Evangelio, que los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley, juntos por Herodes, declaran á este príncipe que el Mesías debia nacer en Belen, segun lo trae la profecía que acabamos de citar.

En el Evangelio encontramos que Jesucristo fué llevado al templo cuarenta dias despues de su nacimiento para ser presentado al Señor, segun la Ley: y que en esta ceremonia, el santo viejo Simeon y la profetiza Ana le reconocieron por el Mesías: que á la edad de doce años

Sobre la primera objecion es menester observar, que segun la ley de los judíos, cuando un hombre casado moria antes que su esposa sin dejar hijos, el hermano del muerto, ó su mas inmediato pariente, estaba obligado á desposarse con la viuda, y que los hijos que provenian del segundo matrimonio estaban reputados por hijos del muerto, y perpetuaban su nombre en la nacion santa; y que así eran sus hijos segun la ley. Siendo esto así, la dificultad desaparece, y es menester decir con san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustin, que san Mateo, en la genealogía de san Jose, le hace descender de David por los padres, segun la naturaleza, en vez que san Lucas le hace descender de David, por los padres, segun la ley.

Sobre la segunda objecion basta decir, que la santa Virgen, siendo no solamente de la misma familia que san José, y además, como se cree, su inmediata parienta, su genealogía era comun, y que al trazarla de la una se trazaba tambien la del otro.

fué á él á tomar asiento entre los doctores, á quienes asombró con la profundidad de su doctrina; y que durante el tiempo de su vida pública, fué á él varias veces para enseñar al pueblo, y así cumplió la profecía de Ageo y de Malachías, que hemos referido mas arriba.

Todas las profecías que miran al orígen temporal del Mesías, el tiempo y el lugar de su nacimiento se han verificado en Jesucristo.

En vano querrán decir sobre esto, que bastantes otros que Jesucristo nacieron en Belen bajo el reinado de Herodes, y cuando la tribu de Judá habia perdido la soberanía: que Jesucristo no fué el único presentado en el templo en aquel tiempo: que no fué el único que enseñó en el templo; y que no fué el único que nació en el curso de las setenta semanas señaladas en Daniel.

Convenimos en todo esto sin dificultad; pero tambien todo el mundo debe convenir en que de los textos combinados del Antiguo Testamento y del Evangelio, se deduce claramente que Jesucristo ha tenido los cinco primeros caractéres que el Mesías debia tener, segun las profecías, que son: ser de la tribu de Judá, y de la familia de David: haber nacido en Belen: nacer en el tiempo señalado por Jacob y por Daniel; y enseñar en el templo. Bástanos esto por ahora. Otros que el Mesías podian tener estos caractéres; pero el Mesías debia tenerlos necesariamente, y Jesucristo los ha tenido. Y este es ya un punto esencial, porque si no los hubiera tenido, seria constante por esto solo que no era el Mesías.

Voy mas allá, Teótimo, y pretendo que estos primeros rasgos de semejanza entre Jesucristo y el Mesías, anunciado por los profetas, prueban, sino directamente y por ellos mismos, á lo menos indirectamente y en razon de las circunstancias, que Jesucristo es el Mesías; porque en fin, el Mesías ha venido, y ya lo hemos demostrado, este Mesías es Jesucristo, ó alguno de sus contemporáneos. Esto es tambien evidente por todo lo que hemos dicho. Ahora, si alguno de sus contemporáneos es el Mesías, primeramente que nombren á este hombre. En segundo lugar, que nos manifiesten que ha tenido los cinco primeros caractéres del Mesías predicho por los profetas: que es el de la tribu de Judá, y en esta tri-

bu de la familia de David : que ha nacido en Belen cuando la tribu de Judá habia perdido la soberanía, y en el tiempo señalado en Daniel; y que ha parecido en el último templo de Jerusalen. ¿ Pero cómo lo harán, supuesto que ninguna historia, sea de los judíos, sea de los cristianos, no hace mencion de hombre alguno que haya tenido estos primeros rasgos de semejanza con el Mesías prometido en el Antiguo Testamento ? Dios, á cuya prevision nada se escapa, ha dispuesto de tal modo los sucesos, que todos los caractéres del Mesías que podian ser comunes á varios hombres se han hecho propios de Jesucristo por el hecho. Y á fin de que no pudiera tomarse á otro que á Jesucristo por el Mesías ; ha, si puedo explicarme así, borrado en todos sus contemporáneos todos los rasgos, por los cuales pudieran parecerle.

Volvamos á nuestro paralelo, Teótimo ; todavía no tenemos sino un lijero bosquejo del Mesías. Pero es un bosquejo hecho por uno de aquellos grandes maestros, cuyo pincel jamás se extravia, y que sin cesar añaden nuevos rasgos á los cuadros que han comenzado hasta que responden perfectamente á su idea ; pero que jamás borran ninguno. La continuacion de esta conversacion te convencerá plenamente de ello. Yo espero que me escucharás con un placer siempre nuevo, porque te descubriré siempre nuevas maravillas, y que experimentarás algo de semejante á lo que sucede á un viajero que desde un lugar elevado ve desde luego los primeros albores del dia, seguidamente los dulces fuegos de la aurora ; y en fin, el majestuoso brillo del sol que nace ; y á favor de esta inmensa luz, ve de una sola mirada todo el espectáculo de la naturaleza.

ARTICULO II.

Profecías tocantes al modo extraordinario con que el Mesías debia nacer; á la condicion temporal del Mesías, y á su carácter personal, cumplidas en Jesucristo.

El Mesías debia nacer de una Vírgen, segun las palabras de Isaías, cap. VII, 14. « El Señor mismo os dará un prodi- » gio. Una Vírgen concebirá, y parirá un hijo, que se lla- » mará Manuel. (En nuestra lengua, Dios con nosotros.) »

[1] Esta profecía se cumplió en Jesucristo, que por el mas asombroso y mas inaudito milagro, fué formado en el seno de la Vírgen María, por la sola obra del Espíritu santo, como se ve en san Mateo y en san Lucas, cap. I.

Habia sido predicho por Zacarías que el Mesías seria pobre, y que haria su entrada solemne en Jerusalen, como rey pobre: « Hija de Sion, enajénate de alegría, » exclama el profeta: Hija de Jerusalen, arroja gritos de » contento: ved aquí á vuestro rey, que viene á vos- » otras: este rey justo, que es el Salvador; él es pobre, » y está montado sobre una pollina, sobre el pollino de » la pollina. »

De este modo hizo efectivamente Jesucristo su entrada en Jerusalen, como lo traen los evangelistas; y en esto encontramos tambien que Jesucristo nació en un establo, y que durante los primeros treinta años de su vida, vivió de su trabajo; que durante los tres últimos no subsistió sino de las limosnas que le hacian. « Las rapo- » sas tienen sus madrigueras, decia él mismo, y los pá- » jaros del aire sus nidos; pero el hijo del hombre no » tiene donde reposar su cabeza. »

Isaías, á quien por excelencia puede llamarse el profeta del Mesías, porque habla de él en términos mas claros que todos los otros, y que entra en un gran pormenor de circunstancias; Isaías ha trazado con cuidado el carácter personal del Mesías por estas palabras, que se leen al cap. II. « Saldrá un renuevo de la raiz de Jesé, » y una flor nacerá de su raiz, y el espíritu del Señor se » reposará sobre él; el espíritu de sabiduría y de in- » teligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, » el espíritu de ciencia y de piedad, y será lleno del » espíritu de temor del Señor; no juzgara por los infor-

1 He creido poder incluir entre los caractéres del Mesías, que debia nacer de una Vírgen. 1º Era necesario que el Mesías tuviese esta pretension, y Jesucristo la tuvo. 2º Era necesario que esta pretension no fuera evidentemente desmentida; y tal es la pretension de Jesucristo: independientemente de los milagros que Jesucristo ha hecho para confirmar todo lo que decia de sí mismo, esta pretension está apoyada de todas las pruebas de que es capaz un hecho semejante. María, José, y todos sus parientes están persuadidos de esta verdad desde el nacimiento de Jesucristo, y dan testimonio de ello.

» mes de los ojos, y no condenará por oidas. » Y por estas otras palabras del cap. 42 : « Ve aquí, dice el Se- » ñor, mi servidor, cuya defensa tomaré. Ve aquí á mi » electo, en en el cual mi alma ha puesto toda su aficion ; » yo esparciré mi espíritu sobre él, y él hará justicia á » las naciones ; no gritará ; no tendrá miramientos por » las personas, y no oirán su voz en las calles ; no ha- » rá pedazos la caña cascada, y no apagará la mecha » que humea todavía. El juzgara en verdad ; no será » triste, ni precipitado, hasta que ejerza su juicio sobre » la tierra, y las naciones aguardarán su ley. »

Ve aquí á Jesucristo como nos le representan los evangelistas. Parece que este hombre Dios, Salvador de los hombres, haya sido formado sobre el retrato que Isaías habia hecho de él muchos siglos antes que pareciera; ó que Isaías mismo haya visto á este hombre Dios, y haya formado sobre él el retrato que ha hecho de su persona. Es constante que jamás el mundo, aun juzgando por las solas luces de la razon, no vió nada tan santo y tan perfecto como Jesucristo; la infinita pureza de sus costumbres, la profundidad de su doctrina y de su sabiduría, su imparcial equidad, su celo por la gloria de Dios y sus intereses, su desprendimiento de sus propios intereses; y sobre todo, de su propia gloria; su paciencia invencible, y su dulzura inalterable, lo colocan en una distancia infinita sobre todo lo que el género humano ha producido mas venerable; y cuando no fuera el Hijo de Dios, no dejaria por eso de ser el mas grande de los hombres : la eminencia del carácter personal de Jesucristo se hace conocer en todas sus acciones, y en todas sus palabras. En todo, es el mismo que Isaías representa el Mesías; tambien vemos en el Evangelio que Dios en dos ocasiones solemnes sobre la ribera del Jordan, y sobre el Tabor, declaró que Jesucristo era su hijo bien amado, y el objeto de todas sus complacencias; y mandó á los hombres que le escuchasen, para hacernos comprender que era aquel de quien Isaías habia hecho el retrato, y que él mismo era quien habia dictado á Isaías este retrato.

ARTICULO III.

Profecía tocante la predicacion del Mesías, tocante sus milagros; y las contradiciones que debia sufrir su doctrina, cumplidas en Jesucristo.

Isaías, cap. LXI: « El espíritu del Señor se ha reposado » sobre mí. » (El profeta hace hablar al Mesías.) « Por- » que el Señor me ha llenado de su uncion; me ha en- » viado para anunciar su palabra á los que son dulces; » para publicar el año de reconciliacion del Señor, y el » dia de la venganza de nuestro Dios; para consolar á los » que lloran. »

Los tres últimos años de la vida de Jesucristo fueron consagrados á la predicacion. Y precisamente fué con los pobres de su pueblo con quienes ejerció este ministerio. Todas las predicaciones giraban sobre dos puntos. Anunció á los hombres, que el tiempo de su reconciliacion con el Señor habia llegado, y les mostró su venganza pronta á desatarse contra ellos, si no querian reconciliarse con él. Vemos en san Lucas, cap. IV, que habiendo Jesucristo entrado en la Sinagoga en Nazaret, le presentaron el libro de Isaías, y que habiéndole abierto, leyó estas palabras: « El espíritu del Señor se ha reposado » sobre mí, y por esto me ha consagrado por su uncion; » y todo el resto del pasaje que acabamos de referir; y que habiendo cerrado el libro, comenzó su discurso de esta manera: « Hoy es cuando esta Escritura que acabais de » oir se ha cumplido: » para hacer comprender que él era aquel que Isaías habia retratado en este pasaje.

Isaías, cap. V: « Al principio Dios ha aliviado la tierra » de Zabulon y la tierra de Nephtalí; y al fin su mano se ha » hecho pesada sobre la Galilea de las naciones, que está » á lo largo de la mar, al otro lado del Jordan. El pueblo, » que caminaba en las tinieblas, ha visto una grande luz, » y el dia se ha levantado para aquellos que habitaban » en la region de la sombra de la muerte. » En esta profecía se ve que el Mesías debia comenzar á ejercer el ministerio de la predicacion en las tribus de Zabulon y de Nephtalí.

Y en san Mateo se lee, cap. IV, que dejando Jesucristo el lugar de Nazaret, fué á parar á Cafarnaum, pueblo marítimo sobre los confines de Zabulon y de Nephtalí, para que esta palabra de Isaías se cumpliese : « El país » de Zabulon y el país de Nephtalí, etc. »

Jesucristo, pues, predicó desde luego en la tierra de Zabulon y de Nephtalí, como Isaías lo habia predicho del Mesías; y así esta region fué iluminada con la grande luz de su Evangelio, y recibió el socorro espiritual que Dios le habia prometido. Pero despues Jesucristo pronunció maldiciones contra Bethzaide, Corozain y Cafarnaum, pueblos de aquellos cuarteles que no habian querido aprovecharse de sus predicaciones y de sus milagros, y descargó así su mano vengadora sobre esta misma region, que desde luego habia colmado de beneficios; de suerte, que nada falta al entero cumplimiento de esta profecía.

Isaías, cap. XXXV : « Dios mismo vendrá, y nos salvará : » entonces los ojos de los ciegos verán el dia; los oidos » de los sordos se abrirán; el cojo saltará como el ciervo; » y la lengua de los mudos será desatada. » ¿El Mesías debia hacer milagros?

El Evangelio cuenta que Jesucristo ha hecho los mayores milagros, y que ha hecho un infinito número; que los ha hecho como Dios; que los ha hecho para probar que él era el Mesías hijo de Dios; él mismo como su Padre.

Los profetas habian anunciado claramente que la predicacion del Mesías seria contradicha por los judíos, y que esto seria para desgracia suya. Isaías, III, 13 : « Dad gloria á la santidad del Señor de los ejércitos, que » él mismo sea vuestro temor y terror, y él se volverá » vuestra santificacion; y él será una piedra de tropiezo, » y una piedra de escándalo para las dos casas de Israel; » un lazo y un motivo de ruina á los que habitan en » Jerusalen; muchos de entre ellos tropezarán contra » esta piedra, caerán y se estrellarán, se engancharán » en las redes, y quedarán presos en ellas. »

Se ve que esta profecía tiene dos partes : 1° que el primer designio del Mesías debia ser la santificacion del pueblo judáico, para el cual era enviado principalmente; 2° que este designio debia en gran parte faltar por culpa de los Judíos. Ella se ha cumplido á la letra en cuanto á

estas dos partes; porque vemos en el Evangelio, por un lado, que un pequeño número de Judios reconoció á Jesucristo por el Mesías, y fué santificado por su gracia; y por otro se encuentra, que los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los doctores de la ley, y con ellos el mayor número de los habitadores de Jerusalen y de la Judea rehusaron constantemente el reconocerle por el Mesías, á pesar de su santidad y sus milagros: se elevaron altamente contra su doctrina: lo persiguieron á él mismo con un encarnizamiento, que fué mas allá de los furores ordinarios de los cuales son capaces los hombres: y al fin llegaron al extremo de hacerle morir en una cruz. Y así fué que este Hombre-Dios que habia venido á salvarlos, fué, por su culpa, un motivo de escándalo para ellos, y la ocasion de su ruina espiritual. Jesucristo se apropió á sí mismo todas las profecías que hemos citado en este artículo, en unas circunstancias donde el testimonio que él daba de sí mismo no podia ser sospechoso; porque en este momento, los hechos hablaban altamente en favor suyo; porque san Juan Bautista (como lo trae san Mateo, c. 11), noticioso en su prision de las obras maravillosas de Jesucristo, envió dos de sus discípulos á decirle de parte suya: « ¿ Sois » aquel que debe venir (esto es el Mesías), ó debemos » esperar otro? » Y Jesus le respondió: « Id á contar á » Juan lo que habeis oido, y lo que habeis visto; los » ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se han cura- » do, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evan- » gelio se predica á los pobres; y dichoso aquel que no » tomará de mí un motivo de escándalo y de caida. »

Tú ves, Teótimo, con qué exactitud se cumplió todo lo que los profetas habian anunciado tocante la predicacion y los milagros del Mesías, y tocante á las contradicciones que su doctrina debia experimentar de parte de los judíos: pasemos, pues, á otros objetos.

PROEMIO

Para servir de introduccion á los artículos siguientes.

Antes de referir las profecías relativas á la pasion, muerte y resurreccion del Mesías, las que anuncian la reprobacion del pueblo de Israel, y la vocacion de los gentiles á la fe, para compararlas en seguida con el Evangelio, segun el método que hemos seguido hasta aquí, es conveniente, mi querido Teótimo, que yo te dé algunas instrucciones, cuya importancia conocerás sin trabajo.

Apenas pecaron nuestros primeros padres, Dios tuvo compasion de ellos y de sus descendientes envueltos en su desgracia, y les prometió un Redentor, que por su intercesion poderosa reconciliaria el mundo con Dios, y cuyos méritos salvarian no solamente á todos los hombres que vendrian despues de él, sino tambien á todos los que le habian precedido, siempre que por su parte quisieran hacérselos útiles.

Esta promesa fué renovada, en términos todavía mas claros, á los patriarcas Abrahan, Isaac y Jacob, y seguidamente al pueblo judáico, de un modo aun mas expreso. El Mesías debia nacer de este pueblo, instruirlo, darle una ley mas santa y mas perfecta que la de Moisés, y comenzar por él la grande obra de la redencion general.

Haciendo el Señor esta promesa al pueblo de Israel, previó que este pueblo no pagaria sus beneficios sino con ingratitudes; que rehusaria el reconocer al Mesías, su Salvador; que lo renunciaria y le haria morir; y resolvió aceptar esta muerte, que el Mesías sufriria voluntariamente, aceptarla, dije, como una reparacion digna de él por los pecados de los hombres.

La prevision de Dios no dañaba á la libertad de los Judíos, supuesto que ella la suponia; y así, el crímen de los judíos no debia ser menos digno de castigo, aunque Dios lo hubiera previsto; y que debió servirse de él para

la ejecucion del mas grande designio que su misericordia pudo formar, que si no lo hubiera previsto, y no hubiera hecho uso alguno de él.

Dios resolvió pues el vengar sobre el pueblo judáico la muerte del Mesías; y para ello cambió, segun nuestro modo de concebir sus decretos, el primer órden de sus designios. La reprobacion del pueblo de Israel hasta el fin de los tiempos, se decretó. El pacto que Dios hizo con sus padres, quedó suspenso hasta allí. Los gentiles, ó las naciones idólatras, que no debian entrar en la nueva alianza sino despues de ellos, ocuparán su lugar, y entrarán en él antes que ellos. Dios hará brillar á sus ojos la luz del Evangelio. Ellos creerán, ellos se convertirán, y serán el pueblo del Mesías y su Iglesia. De este modo, los que debian ser los primeros quedarán los últimos; y los que debian ser los últimos, serán los primeros, segun el dicho de Jesucristo. Sin embargo, una pequeña porcion del pueblo de Israel tendrá la gran dicha de reconocer al Mesías; pero el cuerpo de la nacion permanecerá en su ceguedad. Jesucristo y los Apóstoles nos han descubierto esta série de designios de Dios; y el suceso nos lo ha hecho palpable, pero esto no bastaba, sobre todo, en los primeros tiempos.

En efecto, Teótimo, estos tres grandes acaecimientos, la muerte del Mesías para rescatar los hombres, la reprobacion de los Judíos por un tiempo, y la revocacion de los Gentiles en su lugar, son los tres grandes caractéres del Mesías; ellos encierran todo el misterio de su mision, y deciden la suerte del pueblo de Israel, y la de todos los otros pueblos.

Era, pues, necesario que estos tres caractéres del Mesías fuesen anunciados, del modo mas claro, por los profetas y que se manifestasen en el Mesías mismo del modo mas visible, cuando pareciese. Así se ejecutó, como vamos á hacerlo ver. Renueva tu atencion, Teótimo; hasta aquí te he dicho grandes cosas, y voy á decírtelas ahora mucho mayores.

ARTICULO IV.

Profecías, tocante la pasion, la muerte y la resurreccion del Mesías, cumplidas en Jesucristo.

Empecemos por la célebre profecía contenida en el cap. LIII de Isaías. Voy á leértela.

« ¿Quién es quien á creido en nuestra palabra, y á » quien el brazo del Señor se ha revelado? Él se levanta- » rá delante del Señor, como un arbolillo, y como un » renuevo que sale de una tierra seca: él no tiene her- » mosura, ni brillantez: nosotros le hemos visto: nada » tenia que atrajese la vista, y le hemos desconocido: » nos ha parecido un objeto de desprecio: el último de » los hombres; un hombre de dolor, que sabe lo que es » sufrir: su rostro estaba como escondido: él parecia » despreciable, y nosotros no le hemos conocido. Él ha » tomado verdaderamente sobre sí nuestras angustias, y » él mismo se ha cargado nuestros dolores. Nosotros le » hemos considerado como un leproso, como un hombre » herido de Dios y humillado: y sin embargo él ha sido » agujereado de llagas por nuestras iniquidades: ha sido » hecho pedazos por nuestros crímenes: el castigo que » debia procurarnos la paz, cayó sobre él; y nosotros » hemos sido curados con sus contusiones. Todos nos- » otros nos habíamos extraviado como ovejas errantes: » cada cual se habia desviado para seguir su propio ca- » mino; y Dios le ha cargado á él solo de la iniquidad de » todos nosotros. Él ha sido ofrecido porque él mismo lo » ha querido, y no ha abierto la boca. Él será condu- » cido á la muerte como una oveja que van á degollar: » callará, sin abrir la boca, como un cordero mudo » delante del que le esquila. Murió en medio de dolores, » condenado por los jueces. Quién referirá su genera- » cion? Porque él ha sido cercenado de la tierra de los » vivientes. Yo le he herido á causa de los crímenes de » mi pueblo: y el dará los impíos por el precio de su » sepultura, y las riquezas por recompensa de su muer- » te; porque él no ha cometido iniquidad, y la mentira » no ha estado jamás en su boca; pero el Señor le ha

» querido romper en su enfermedad. Si él entrega su » alma por el pecado, verá á su raza durar largo » tiempo: la voluntad de Dios se ejecutará felizmente » por su conducta; verá el fruto de lo que su alma ha- » brá sufrido, y será satisfecho de ello. Como mi ser- » vidor es justo, justificará con su doctrina á un gran » número de hombres, y él tomará sobre sí sus iniqui- » dades. Por esta razon yo le daré en partija una mul- » titud de personas, y él distribuirá los despojos de los » fuertes; porque ha entregado su alma á la muerte, y » ha sido incluido en el número de los criminales; por- » que ha llevado los pecados de muchos, y ha pedido » por los infractores de la ley. »

Hasta aquí, Teótimo, son las propias palabras de Isaías; pero antes que comparemos esta profecía con la historia de Jesucristo, hagamos una corta reflexion sobre estas palabras: « Él ha sido traspasado de llagas por nuestras » iniquidades. Él ha sido hecho pedazos por nuestros » crímenes, el castigo que debia procurarnos la paz, ha » caido sobre él; nosotros hemos sanado con sus contu- » siones. Dios le ha cargado á él solo de la iniquidad de » todos nosotros, etc. » Dije, Teótimo, que estas pala- bras y varias otras que se leen en esta profecía, carac- terizan tan únicamente al Mesías, que no es posible en- tenderlas relativas á otro sino á él. Aquel de quien habla Isaías, es la víctima que se ofrece á Dios por los pecados del género humano. No debiendo nada por sí mismo, está en estado de pagar, y paga en efecto por los otros. Dios recibe su sacrificio. Por la virtud de este sacrificio, los pecados son expiados y abolidos. Los hombres vuel- ven á entrar en gracia con Dios, etc. Ahora, si estas pa- labras no designan al Mesías, aquel á quien designan es incontestablemente superior al Mesías; él es, y no el Mesías el que es verdaderamente la esperanza de las na- ciones; y en él, y no en el Mesías, las naciones serán bendecidas. El Mesías no es, pues, ya el mas grande de los hombres; y desde luego las Escrituras mismas no son ya sino un caos donde todo está en confusion, y donde no se ve nada claramente, porque todo ello se contradice. En dos palabras, el Mesías debe ser el mas grande de los hombres. Ahora, aquel que es bastante

santo para ser digno de ofrecerse á Dios como la víctima de los hombres; bastante santo para santificar todos los hombres por el mérito de su sacrificio, es evidentemente el mas grande de los hombres. Luego él es el Mesías. Luego es tambien el Mesías que refiere la profecía que acabamos de leer.

Ahora, Teótimo, tomemos uno despues de otro los principales rasgos del cuadro ó del retrato que Isaías hace aquí del Mesías, y confrontémosle con el retrato que el Evangelio hace de Jesucristo.

La Profecía : « Él se levantará delante del Señor como un arbolito, y como un renuevo que sale de una » tierra seca. »

El Evangelio : « Jesucristo salió de la familia de David, en el tiempo que esta augusta familia habia caido » en la última oscuridad. »

La Profecía : « Él está sin hermosura ni brillantez » y todo lo que sigue hasta estas palabras : — « Nosotros le » hemos considerado como un leproso, y como un hombre herido de Dios, y humillado. »

El Evangelio : « Ved ahí á Jesucristo, segun nos le » manifiestan los Evangelistas en su pasion, ó mas bien, » como Pilatos le manifiesta al pueblo judáico, cargado » de todas las manchas, y de todos los oprobios que un » hombre puede sufrir, desgarrado por la mas cruel flagelacion; coronado de espinas; con el rostro como » escondido bajo las contusiones de las bofetadas que » ha recibido, y bajo las salivas de que le han cubierto; » agobiado de imprecaciones por los sacerdotes, y maldecido de todo el pueblo. »

La Profecía : « Fué puesto en el número de los malhechores. »

El Evangelio : *san Juan*, XVIII, 39. « Pilatos dijo á los » Judíos : Es la costumbre que os suelte un criminal en » la fiesta de la Pascua ; ¿quereis que os suelte al Rey » de los Judíos? Entonces se pusieron á gritar de nuevo » todos juntos : No queremos á este sino á Barrabás. » Ahora, Barrabás era un ladron. » — (San Marcos, XV, 28) : « Ellos crucificaron tambien con él á dos ladrones, » el uno á su derecha y el otro á su izquierda. »

La Profecía : « Él será llevado á la muerte como una

» oveja que van á degollar : permanecerá en silencio sin » abrir la boca, así como un cordero está mudo delante » del que lo esquila. »

El Evangelio : san Mateo, XXVI, 62. « Entonces, le- » vantándose el gran sacerdote, le dijo : Tú no respondes » nada á lo que deponen contra tí. Pero Jesucristo calló. »

La Profecía : « Él fué ofrecido, porque él mismo lo » quiso. »

El Evangelio, ó mas bien Jesucristo en el Evangelio : *san Mateo*, XX, 28 : « El hijo del hombre ha venido á » dar su vida por muchos. » *En san Juan*, X, 14 : « Yo » doy mi vida por mis ovejas : yo dejo la vida para vol- » ver á tomarla : nadie me la arrebata, sino que por mí » mismo la dejo : yo tengo el poder de dejarla y tengo » el poder de volverla á tomar. »

No bastaba que Jesucristo dijese que no moria sino porque queria morir, se necesitaba todavía que lo probase del modo mas convincente. Él sabia que los príncipes de los sacerdotes habian resuelto su muerte, y va á Jerusalen : sabia que debian ir á buscarle al huerto de las Olivas, para apoderarse de su persona, y va expresamente allí para que le prendan : ve llegar á los que venian á prenderle, y les sale al encuentro; y para hacerles conocer que bien lejos de tener ellos algun poder sobre él, él mismo tiene todo poder sobre ellos, al pronunciar estas dos palabras : « Yo soy, » los hace caer á todos en tierra.

La Profecía : « Todos nosotros estábamos extraviados » como ovejas errantes : cada uno se habia desviado » para seguir su propio camino, y Dios le ha cargado á » él solo la iniquidad de todos nosotros. »

El Evangelio, ó mas bien Jesucristo en el Evangelio : « Yo doy mi vida por mis ovejas : esta es mi sangre, la » sangre de la nueva Alianza, que será derramada para » muchos para la remision de sus pecados. » (San Mateo, XXVI.) Y todo el Nuevo Testamento está lleno de los testimonios que Jesucristo y sus discípulos rinden á la intencion de su sacrificio.

La Profecía : « Él ha pedido por los infractores de la » ley. »

El Evangelio : « Jesucristo en la cruz rogaba por los

» que le crucificaban : Padre, decia, perdonalos, porque » no saben lo que hacen. »

La Profecía : « Él dará los impíos por el precio de la » sepultura, etc. » Hasta el fin del capítulo.

El Evangelio : Muriendo Cristo en la cruz, convirtió uno de los dos malhechores que estaban crucificados á sus lados. El centurion que habia presidido el suplicio de Jesucristo, viendo el modo extraordinario con que murió, exclamó, que aquel hombre era verdaderamente hijo de Dios ; y varios de los espectadores de esta muerte se volvieron á sus casas dándose golpes de pecho. Pocos dias despues de su muerte, un gran número de judíos le reconocieron por el Mesías. Su Evangelio ha sido predicado en todo el universo : las naciones le han recibido : él ha disipado las tinieblas de la idolatría y de la supersticion : él ha hecho conocer al verdadero Dios en todo el universo, y ha producido una infinidad de santos.

Despues de haber visto con qué exactitud y precision se acuerda esta profecía con la relacion de los Evangelistas, ¿ no te sorprendes, mi querido Teótimo, de que Isaías se haya servido de lo pasado, en vez de lo futuro, y que haya hablado de la pasion del Mesías muchos siglos antes del suceso, como si hubiera ya sucedido? Este grande hombre, lleno del espíritu de aquel á quien todos los siglos están presentes, y para quien la duracion del mundo no es mas sino un punto donde todos los sucesos se reunen sin confundirse, veia á través del vasto espacio de tantos años, todo lo que anunciaba del Salvador, como si hubiera sido su espectador. Agreguemos á este cuadro, que Isaías acaba de hacer del Mesías, sufriendo y muriendo por los hombres, algunos rasgos, sacados del cap. L, 5. « El Señor, » mi Dios (el profeta hace hablar al Mesías) : el Señor, » mi Dios, me ha abierto los oidos, y yo no le he con- » tradicho ; yo no me he retirado atrás. Yo he abando- » nado mi cuerpo á los que me golpeaban las mejillas, » y á los que me arrancaban el pelo de la barba. No he » apartado mi rostro de los que me cubrian de injurias » y de salivas. He presentado mi cara como una piedra » muy dura. »

No es necesario citar aquí el Evangelio para manifestar la semejanza que se halla entre aquel de quien aquí habla Isaías y Jesucristo, puesto que los evangelistas refieren los ultrajes que Jesucristo recibió en su pasion, casi en los mismos términos de los cuales se sirve el profeta para describir los que el Mesías debia sufrir.

Tú no imaginas, sin duda, nada que esté tan claro como estas profecías; pues ve aquí sin embargo una aun mas clara. Es el salmo XXI de David. Este santo rey no entra, á la verdad, tan adentro como Isaías en las profundidades del misterio de la pasion de Jesucristo; pero tambien describe mas por menor las principales circunstancias de esta pasion.

Leamos, pues, el citado salmo XXI, el cual dice así [1]: « ¡ O mi Dios ! ¡ ó mi Dios ! echad sobre mí vuestras » miradas : ¿ porqué me habeis abandonado ? Mis peca» dos [2] son causa de que la salvacion esté bien lejos de » mí. Mi Dios, yo gritaré durante el dia, y vos no me » oireis; yo gritaré durante la noche, y no me lo impu» tarán á locura. Pero vos, vos habitais en el lugar santo; » vos que sois la alabanza de Israel. Nuestros padres han » esperado en vos; ellos han esperado, y vos los habeis » libertado; ellos han gritado hácia vos y han sido sal» vos; han esperado en vos, y no han sido confundi» dos. Pero yo, yo soy un gusano de la tierra, y no un » hombre : yo soy el oprobio de los hombres y el dese» cho del pueblo. Los que me veian, se burlaban todos » de mí, hablaban de mí *ultrajándome*, y ellos me in» sultaban meneando la cabeza. El ha esperado en el » Señor, decian ellos, que el Señor le liberte ahora; » que le salve, si es verdad que le ama. Es verdad, » Señor, que vos sois el que me ha sacado del vientre

1 El Evangelio trae que Jesucristo pronunció las primeras palabras de este salmo, y muchos creen que lo pronunció todo entero para aplicárselo á sí mismo.

2 Jesucristo no habla aquí de los pecados que él ha cometido, supuesto que era esencialmente impecable, sino de los pecados de todo el género humano, que se hicieron suyos, despues que se encargó de expiarlos, así como la deuda se hace propia, cuando se responde de ella.

» de mi madre, y que habeis sido mi esperanza desde
» el tiempo que mamaba de sus pechos : yo me arrojé
» entre vuestras manos al salir de su seno. Vos habeis
» sido mi Dios, desde que dejé las entrañas de mi ma-
» dre : no os aparteis de mí, porque la afliccion se
» acerca ; porque no hay persona alguna que me asista.
» Yo he sido rodeado de un gran número de bueyes
» nuevos, y sitiado par toros gordos : ellos abrian la
» boca para devorarme, como un leon arrebatador y
» rugiente. Yo me he esparcido como el agua; todos
» mis huesos se han salido de su lugar. Mi corazon en
» medio de mis entrañas ha sido semejante á la cera que
» se derrite. Toda mi fuerza se ha desecado como la
» tierra cocida al fuego, y mi lengua ha quedado pe-
» gada al paladar, y vos me habeis conducido hasta el
» polvo del sepulcro ; porque un gran número de per-
» ros me han rodeado : una asamblea de personas llenas
» de malicia, me han sitiado : ellos han horadado mis
» manos y mis piés, y han contado mis huesos : ellos
» se han aplicado á mirarme, y á considerarme : ellos
» han partido entre ellos mis vestidos, y han echado
» suertes sobre mi túnica. Pero vos, Señor, no alejeis
» de mí vuestra asistencia; aplicaos á defenderme. Li-
» brad mi alma de la espada ¡ ó mi Dios ! librad del
» poder del perro mi alma, que está abandonada ente-
» ramente. Salvadme de la boca del leon, y de los cuer-
» nos de los unicornios, en el estado de humillacion en
» que me hallo [1]. Yo haré conocer vuestro santo nombre
» á mis hermanos, y publicaré vuestras alabanzas en
» medio de la asamblea. Vos, que temeis al Señor, ala-
» badle : glorificadle, vosotros todos que sois la raza de
» Jacob. Que sea temido por toda la posteridad de Is-
» rael ; porque no ha despreciado ni desdeñado la hu-
» milde súplica del pobre ; y que no ha apartado de mí
» su rostro, sino al contrario, me ha oido cuando he
» clamado hácia él. Yo os dirigiré mis alabanzas en una

1 Toda la serie del salmo desde el versículo 23, hasta el fin, es una magnífica profecía de la resurreccion de Jesucristo, de la predicacion de su Evangelio en todo el universo, y de la conversion de los Gentiles.

» grande asamblea ; yo rendiré mis votos á Dios en pre-
» sencia de los que le temen. Los pobres comerán, y
» serán hartos ; y los que buscan al Señor, le alabarán.
» Sus corazones vivirán en toda la eternidad. La tierra,
» en toda su extension, se acordará de estas cosas, y
» se convertirá al Señor ; y todos los pueblos diferentes
» de las naciones, le adorarán en su presencia. Porque
» el reino y la soberanía es del Señor, y él es el que
» reinará sobre las naciones. Todos aquellos que se han
» engrosado con los bienes de la tierra han comido, y
» han adorado : todos los que descienden á la tierra,
» caerán en su presencia, y mi alma vivirá para él, y
» mi raza le servirá. La posteridad que debe venir, se
» declarará pertenecer al Señor ; y los cielos anuncia-
» rán su justicia al pueblo que debe nacer en adelante,
» al pueblo que ha sido hecho por el Señor. »

Ya ves desde luego, 1° que David, segun el estilo de los profetas, se sirve del tiempo pasado en lugar del futuro, como Isaías ; porque así como este veia lo por venir como si hubiera estado presente ; 2° él habla en primera persona, como si lo que predice le hubiera sucedido á él mismo. Esta figura pertenece tambien al estilo profético ; y ella conviene tanto mejor á David, como que el Mesías debia nacer de él ; 3° observa que hay en este salmo varias cosas que no pueden convenir á David en el sentido natural, ni en el figurado. David no fué jamás remojado con hiel y vinagre : jamás le horadaron los piés y las manos con clavos, etc. Si David hubiera dicho todas estas cosas de sí mismo en un sentido metafórico, la metáfora no solo seria atrevida y excesiva, sino tambien extravagante, y contraria á todas las reglas del lenguaje humano : lo que no puede suponerse en un rey que aparte de ser inspirado de Dios, era tambien uno de los mayores ingenios que el mundo ha visto.

Tomemos ahora, uno despues de otro, los versículos mas notables de este salmo, y comparémoslos con el Evangelio.

El Salmo : « Mi Dios, mi Dios, echad sobre mí una mirada ; ¿porqué me habeis abandonado ? »

El Evangelio : San Mateo, XXVII, 46 : « Y hácia la

» nona hora Jesucristo arrojó un gran grito diciendo : Mi » Dios, ¿porqué me has abandonado? »

El Salmo : « Yo soy un gusano, y no un hombre ; el » oprobio de los hombres, y el desecho del pueblo. »

El Evangelio : Jesucristo, como lo hemos notado ya en Isaías, recibió durante su pasion tantos insultos, y tan indignos tratamientos, que puede muy bien decirse, que fué harto de oprobios ; y este divino Salvador fué verdaderamente el desecho del pueblo, luego que Pilatos, habiendo propuesto á los judíos el libertarle, respondieron todos con grandes gritos : No queremos á este, sino á Barrabás.

El Salmo : « Todos los que me veian, se burlaron de » mí ; hablaban de mí, ultrajándome, y me insultaban, » meneando la cabeza : él ha esperado en el Señor, de- » cian : que el Señor le liberte : ahora que le salve, si » es verdad que le ama. »

El Evangelio : San Mateo, XXVII, 39 : « Y los que pa- » saban por allí le blasfemaban, meneando la cabeza.... » Los príncipes de los sacerdotes se burlaban tambien » de él, con los escribas y los senadores, diciendo : Él » pone su confianza en Dios : luego si Dios le ama, que » le liberte. »

El Salmo : « Ellos han horadado mis manos y mis » piés, y han contado todos mis huesos. »

El Evangelio : « Lo ataron á la cruz. » Por otros pasajes se ve, que fué con clavos ; este era por otra parte el modo mas comun de atar los criminales á la cruz : en esta violenta situacion, todos los huesos del Salvador se descoyuntaron de modo que podian contarse fácilmente.

El Salmo : « Ellos se aplicaron á mirarme, y á consi- » derarme. »

El Evangelio : Nos representa los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los senadores parados al pié de la cruz, como lo hemos visto, para insultar á Jesucristo, y por gozar de sus tormentos y de su muerte, la cual miraban como triunfo suyo. Todo el pueblo de Jerusalen estaba junto, al rededor de la cruz, para saciar sus ojos con este sangriento espectáculo.

El Salmo : « Ellos partieron mis vestiduras, y echa- » ron suertes sobre mi túnica. »

El Evangelio : San Juan, XIX, 23 : « Habiendo los » soldados crucificado á Jesus, tomaron sus vestiduras, » y las dividieron en cuatro partes, una para cada sol- » dado : tambien tomaron la túnica, y como no tenia cos- » tura y era tejida de alto abajo, dijeron entre ellos, no » la cortemos, pero echemos suertes á ver á quién toca ; » á fin de que esta palabra de la Escritura se cumpliese : » Ellos han partido entre ellos mis vestidos, y sobre mi » túnica echaron suertes. »

En el salmo LXIII, que tambien es una bella profecía de la pasion de Jesucristo, se lee al v. 26 : « Ellos me han » dado hiel por comida ; y en mi sed me han presen- » tado vinagre para beber. » En el Evangelio, segun san Mateo, XXVII, 34, se leen estas palabras : « Ellos me die- » ron á beber (á Jesucristo) vino mezclado con hiel ; » pero habiéndole gustado, no quiso beberle ; » y al cap. XIX de san Juan, v. 28 : « Despues de esto, viendo Jesus » que todo estaba cumplido, dijo : Tengo sed ; y como » habia allí un vaso lleno de vinagre, los soldados em- » paparon en él una esponja, y puesta en la punta de un » palo, con el hisopo al rededor, se la presentaron en » la boca. Jesus, habiendo tomado el vinagre, dijo : Todo » se ha cumplido. »

¿Si David hubiera salido del sepulcro para ser uno de los espectadores de la pasion de Jesucristo, habria podido ver mejor las principales circunstancias de esta pasion, que las vió muchos siglos antes ?

David é Isaías habian predicho tambien la resurreccion del Mesías. David por estas palabras del salmo XV, 10, que san Pedro y san Pablo han aplicado á Jesucristo, y que ciertamente no pueden convenir á David : « Mi » carne misma se reposará en la esperanza, porque vos » no dejareis mi alma en el infierno, y vos no sufrireis » que vuestro santo esté sujeto á la corrupcion. » Isaías por estas palabras del c. XI, 10 : « En aquel dia el renue- » vo de Jessé será expuesto como un estandarte delante » de todos los pueblos. Las naciones vendrán á ofrecerle » sus súplicas, y su sepulcro será glorioso. »

Todos los evangelistas atestiguan que Jesucristo resucitó al tercero dia despues de su muerte, y esta resurreccion, como lo mostraremos en su lugar, es el mas

averiguado y el mas estupendo de todos los milagros de este Hombre-Dios. El sepulcro de Jesucristo fué, pues, glorioso, porque su poder se hizo conocer del modo mas admirable, cuando él mismo se desató de los lazos de la muerte. El dia de su resurreccion fué el dia de su triunfo: él mostró evidentemente por este milagro, que no habia muerto, sino porque lo habia querido, y que él era verdaderamente el Mesías anunciado por los profetas.

ARTICULO V.

Reprobacion de los Judíos por haber muerto al Mesías.

Hemos visto, mi querido Teótimo, que todas las predicciones de los profetas, tocante la muerte del Mesías, se han cumplido á la letra en la persona de Jesucristo. Yo debo mostrarte tambien que los profetas habian anunciado que los Judíos harian morir al Mesías, y serian reprobados de Dios hasta el fin de los tiempos en castigo de este horrible atentado. Entre un gran número de profecías relativas á este suceso, no citaré sino la del cap. IX de Daniel, porque es todavía mas clara y mas decisiva que todas las otras.

Véla aquí toda entera:

« Atended á lo que voy á decir, dijo el arcángel » san Gabriel al profeta, y comprended esta vision. Dios » ha abreviado y fijado el tiempo de setenta semanas en » favor de vuestro pueblo, y de vuestra Ciudad Santa á » fin de que las prevaricaciones sean abolidas, que el pe- » cado encuentre su fin, que la iniquidad sea borrada, que » la justicia eterna venga sobre la tierra, que las visiones » y las profecías sean cumplidas, y que el Santo de los » santos sea ungido con el aceite sagrado : sabed, pues, » esto, y grabadlo en vuestro espíritu : desde la órden » que será dada para levantar de nuevo á Jerusalen, has- » ta Jesucristo, jefe de mi pueblo, habrá siete semanas, » y sesenta y dos semanas... Y despues de sesenta y dos » semanas, el Cristo será sentenciado á muerte, y el pue- » blo que le debe renunciar, no será su pueblo. Un pue-

» blo con su jefe que debe venir, destruirá la Ciudad » Santa : ella acabará por una total ruina, y la desolacion » que le ha sido predicha, sucederá al fin de la guerra : » él confirmará su alianza con varios en una semana, y á » la mitad de la semana, las hostias y los sacrificios serán » abolidos : la abominacion de la desolacion estará en » el templo, y la desolacion durará hasta la consumacion » y hasta el fin. »

Hagamos desde luego algunas observaciones sobre esta célebre profecía. 1° Las setenta semanas, de que aquí se habla, son semanas de años, segun lo hemos dicho en otra parte. Este modo de contar los años, está usado en la Escritura, y se hallan varios ejemplares de ello. La sinagoga no ponia duda en esto. Ahora, setenta semanas de años hacen cuatrocientos noventa años, y suputando los años corridos desde la ordenanza dada por Artaxerxes, á lo largo, para la reedificacion de Jerusalen y del templo, se ve que Jesucristo nació hácia la semana sesenta y cinco de las semanas, y que murió hácia la mitad de la setenta.

2° Luego que Jesucristo vino al mundo, viendo los Judíos por una parte que el cetro habia salido de la tribu de Judá, y que un príncipe extranjero reinaba sobre ellos; y por otra, que las setenta semanas señaladas por Daniel estaban acabándose, no dudaban de modo alguno que el Mesías pareciese presto. Ellos le esperaban por decirlo así, á todo momento, y estaban siempre en observacion para verle llegar.

El Mesías va á venir, decia la Samaritana á Jesucristo, como imbuida que estaba en esta opinion, y él nos lo enseñará todo. Luego que los Judíos veian parecer entre ellos cualquier hombre de un carácter eminente, pensaban que podria ser muy bien el Mesías; tenemos la prueba de esto en el Evangelio segun san Juan, donde vemos que los Judíos, tocados ó admirados de la santidad del Precursor de Jesucristo, le enviaron una diputacion solemne de sacerdotes y levitas para preguntarle si era él el Mesías.

3° Era tan constante entre los Judíos que el Mesías debia venir en el tiempo que hablamos, segun las profecías de Jacob y Daniel, que este pueblo desgraciado, re-

husando el reconocer por el Mesías á Jesucristo, que lo era verdaderamente, se formó sucesivamente diferentes Mesías, los cuales abandonaba uno despues de otro: porque era demasiado visible que ninguno de ellos lo era. En fin, llevados al extremo por los cristianos que los convencian de que Jesucristo solo podia ser el Mesías, tomaron el partido de decir, que el Mesías no habia venido todavía, y con esto se metieron en un nuevo embarazo. Porque, si el Mesías no ha venido, es menester decir que las profecías de Jacob y Daniel son falsas, y que Dios ha engañado al mundo.

Figúrate, Teótimo, ciertas personas puestas de centinela á la puerta de un pueblo para esperar á un hombre que debe llegar á él en un cierto curso de tiempo. A estas les ha dado una filiacion muy exacta de este hombre: velan noche y dia, teniendo siempre á la vista su filiacion. Llega este hombre; y sea distraccion, sea preocupacion, ó sea porque no quieren convenir entre ellos en la semejanza de este hombre, con la filiacion, estas centinelas no le reconocen, y no dan parte de su llegada. Sin embargo el tiempo se pasa; el término fatal llega; ellas deben, por decirlo así, este hombre al público; es menester que le representen; todo el mundo se lo pide: vélos aquí desconcertados; y en la confusion en que se encuentran, toman por el hombre que esperan á todos aquellos que con él tienen la mas lijerera semejanza, y lo anuncian como si fuera él. Lo creen desde luego. Todo está en movimiento en la ciudad: pero algunos momentos despues reconocen su error, y se burlan de ellos. En fin, el tiempo señalado pasó. Es constante que el hombre que se esperaba ha llegado, ó que jamás llegará. Sobre esto, los centinelas, para salir de embarazo, se ponen á contestar y pretender que la noticia que habian dado de la próxima llegada de aquel hombre era falsa. Pero ¿cómo podia serlo si Dios mismo la habia dado? Ve aquí, mi querido Teótimo, lo que ha sucedido á los Judíos. Pero entremos en la interpretacion de nuestra profecía. 1° Es evidente que esta profecía tiene por objeto al Mesías, en la cual está designado con los nombres de Cristo, jefe del pueblo de Dios, y de Santo de los santos.

2° Está demostrado, por los cálculos mas exactos, que Jesucristo nació en Belen, hácia la sesenta y cinco de las famosas semanas de años señaladas á Daniel por el arcángel san Gabriel, y que murió hácia la mitad de la setenta.

3° Jesucristo ha sido constantemente el mayor hombre que la Judea y el mundo entero hayan visto en aquellos tiempos, y el que se ha hecho mas célebre; y por consecuencia ha sido el mas digno de la eleccion de Dios para el gran ministerio de Mesías. Herodes y los Césares, que eran monstruos por sí mismos, ¿qué podian ser junto á Jesucristo, ó comparados con Jesucristo? No puede dársele por concurrente á san Juan Bautista; este reconoció á Jesucristo por el Mesías, y le adoró, declarándose indigno de desatarle las correas de sus zapatos, y puso toda su gloria en hacerle conocer.

4° « Despues de siete semanas, y sesenta y dos sema» nas, dijo el arcángel á Daniel, esto es, en la semana » setenta, el Cristo será sentenciado á muerte. » Jesucristo antes de su Pasion habia declarado varias veces, tanto en términos expresos, como en términos equivalentes, que él era el Mesías; y habia hecho sus milagros en prueba de su mision. El dia que le prendieron hizo esta declaracion del modo mas auténtico, en presencia del soberano Pontífice, y de los jefes de la nacion juntos para juzgarle. Vemos en san Mateo, XXVI, que habiéndole dicho el gran sacerdote: « Yo te conjuro por Dios » vivo, que nos digas: ¿Si tú eres Cristo, Hijo de Dios?» Respondió: « Tú lo dijiste; pero os digo que veréis des» de hoy en adelante al hijo del hombre sentado à la » diestra de la virtud de Dios, y viniendo sobre las » nubes del cielo. Entónces el gran sacerdote (continúa » el Evangelio) rasgó sus vestiduras diciendo: Ha » blasfemado, ¿que necesidad tenemos ya de testi» gos? Vosotros mismos acabais de oir la blasfemia: » ¿qué os parece? y ellos dijeron; Reo es de muerte. » Entónces le escupieron en la cara. » Se ve por toda la série de la historia de su Pasion, que los Judíos, abandonando todos los otros puntos de acusacion intentados contra Jesucristo, se fijaron en este, y que le hicie-

ron condenar á muerte por Pilatos, únicamente por haber declarado que él era el Mesías.

5º Segun la profecía, el fin del advenimiento del Mesías, y todo el fruto de su meditacion, era la abolicion de las prevaricaciones, el fin del pecado, la expiacion de la iniquidad, y el reino eterno de la justicia sobre la tierra. Jesucristo, como lo hemos mostrado ya, se ofreció como una víctima de expiacion por los pecados del mundo; ha abolido la prevaricacion y la iniquidad, y ha reparado plenamente con su muerte el ultraje que los pecados de los hombres habian hecho á Dios, y ha merecido para todos los hombres la gracia de la conversion. Si no se han convertido todos, no es por la insuficiencia de la redencion de Jesucristo, sino por su resistencia á la gracia. En fin, despues de la muerte de Jesucristo, la Justicia eterna se ha establecido sobre la tierra: siempre se ha visto en ella, y se ve todavía, una sucesion no interrumpida de justos y de santos.

6º « Las visiones y las profecías se cumplirán, dice » la profecía. » Ya hemos visto, y veremos todavía mas claramente en adelante, que todas las figuras de la Ley, todas las visiones, todos los oráculos de los profetas se referian á Jesucristo, y que se han verificado en su persona. Este Dios Salvador dijo al morir: Todo se ha cumplido. Y en este momento el velo del templo se rasgó de alto abajo, para señalar que todo lo que hasta allí habia estado oculto bajo el velo de las ceremonias que se practicaban en el templo, iban á descubrirse; y que todos los misterios encerrados, y como sellados en el Antiguo Testamento iban á salir á luz.

7º « Y en la mitad de la semana (habla de la semana » setenta) las hostias y los sacrificios serán abolidos. » La muerte de Jesucristo fué la Ley, que no debia durar sino hasta él porque ella lo figuraba así: la figura desapareció en presencia de la verdad, y por esto tambien el velo del Templo se rómpió por sí mismo de alto abajo en el momento que Jesucristo murió.

8º « Confirmó su alianza con varios en una semana. » En los primeros años que se siguieron á la muerte de Jesucristo, y hasta el cumplimiento de la semana setenta,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

muchos Judios, y entre ellos un gran número de sacerdotes, reconocieron á Jesucristo por el Mesías, y abrazaron el Evangelio, como habia sido predicho por los profetas. Así Jesucristo confirmó la alianza con ellos, porque les hizo entrar en la nueva Alianza conforme á las promesas que habia hecho en la antigua, cuyo objeto era el conducir á la nueva.

9° « El pueblo que debe renunciar el Cristo, no será su » pueblo; un pueblo con su jefe, que debe venir, destruirá la » ciudad y el santuario, ella acabará por una ruina total, y » la desolacion que les ha sido predicha, sucederá al fin » de la guerra : la abominacion de la desolacion estará » en el templo ; y la desolacion durará hasta la consu- » macion y el fin. »

Observa desde luego aquí, Teótimo, que Jesucristo se aplicó á si mismo esta última parte de la profecía, y todas las circunstancias que encierra, como se ve en el Evangelio, y que ha declarado, que todos los males anunciados á los Judíos por Daniel, caerian sobre este pueblo desgraciado en castigo de haber rehusado recibirle como Mesías.

Ahora esta última parte de la profecía se ha verificado con la mas asombrosa exactitud, al tiempo señalado desde luego por Daniel, y en seguida por Jesucristo. Pocos años despues de la muerte de este Hombre-Dios, y mientras que la generacion que le habia visto duraba todavía, los Romanos sitiaron á Jerusalen, la arruinaron de arriba abajo, el templo fué profanado, sequeado, y reducido á cenizas. La estatua de un emperador pagano fué elevada sobre sus ruinas. Todavía hace temblar la lectura de los autores contemporáneos que relacionan los males que los Judíos sufrieron, y de la carnicería que se hizo de ellos durante, y despues del asedio. Y estos autores no son sospechosos, supuesto que eran enemigos de los cristianos. Las deplorables reliquias de esta nacion se dispersaron por todo el universo, del cual se hicieron, y son todavía el juguete y el oprobio ; los sacrificios y las otras ceremonias de la ley cesaron ; el sacerdocio mismo fué abolido, porque las tribus fueron confundidas. No hay Judío alguno, despues de aquel tiempo, sepa si él es sacerdote, levita ó lego. Há diez

y ocho siglos que están en este estado de proscripcion, y no se ve apariencia alguna, ni tampoco posibilidad humana de su restablecimiento.

Yo apelo á la rectitud de tu razon y de tu corazon, Teótimo; ¿pueden hallarse relaciones mas perfectas que las que se ven entre la historia de Jesucristo y la profecía de Daniel? Si no supiéramos que esta profecía está entre las manos de los Judíos muchos siglos antes que Jesucristo pareciese en el mundo, ¿podríamos dejar de sospechar que habia sido compuesta sobre la historia de Jesucristo? Y si, por otra parte, el último suceso anunciado por esta profecía no estuviera expuesto á la vista do todo el universo, ¿no llegaríamos á creer que los historiadores se habian puesto de acuerdo con el profeta, conformando su relacion con sus predicciones para hacerlas mas maravillosas? Ve aquí, Teótimo, un razonamiento que creo capaz de vencer la resistencia del hombre mas determinado á no ceder, si la experiencia de todos los siglos no manifestara que los hombres son capaces de revolverse contra la mas grande evidencia. Es constante, por la historia, que la segunda parte de la profecía de Daniel, esta parte que anuncia la reprobacion del pueblo judáico, se ha cumplido literalmente: nosotros lo estamos viendo con nuestros mismos ojos. El templo no existe. La antigua Jerusalen no existe. Los Judíos están dispersos en todo el universo; ellos no tienen ni sacerdotes, ni sacrificios, ni altares. Ahora, el cumplimiento de la segunda parte de la profecía supone necesariamente el de la primera. El texto es formal. «El » pueblo que debe renunciar el Cristo, ó Mesías, no será » mas su pueblo.» Unicamente por haber renunciado el Mesías el pueblo judáico debia ser reprobado: luego ha renunciado el Mesías; nada hay mas claro.

Vuelvo al asunto, y digo: ¿Quién es aquel que el pueblo judáico, en el tiempo señalado en la profecía de Daniel, ha renunciado públicamente, y en cuerpo de nacion? Es Jesucristo. Entre los hombres que parecieron en aquel tiempo, ¿quién es aquel que por la grandeza de su carácter personal, era el mas digno de ser el Mesías? Es Jesucristo. ¿Quién es aquel que parece haber reunido en su persona todos los rasgos, con los cuales los

profetas habian formado el retrato del Mesías? Tambien es Jesucristo : luego Jesucristo es el Mesías : porque es absolutamente necesario que alguno de sus contemporáneos lo sea, y es evidente que ningun otro sino Jesucristo puede serlo.

Yo digo á los Judíos : En el tiempo del rey Sedecias, Jerusalen fué tomada y arruinada por Nabucodonosor. El templo de Salomon, que era la maravilla del mundo, tuvo la misma suerte que la ciudad. Los restos de la nacion, que habian escapado de los estragos de la guerra, fueron llevados cautivos á Babilonia; ¿porqué la mano vengadora de Dios se hizo tan pesada entonces sobre vuestros padres? Porque le habian abandonado por adorar los ídolos. Este crímen era ciertamente enorme. Observa sin embargo : 1º que este primer cautiverio no duró sino setenta años; 2º que durante este cautiverio, las tribus no se confundieron; 3º que al cabo de setenta años, llevó Dios á vuestros padres á la tierra de promision, como lo habia anunciado por sus profetas, en los términos mas consoladores, y que pintan mejor toda la ternura de un padre reconciliado con sus hijos.

Vuestro segundo cautiverio tiene caractéres mas asombrosos que el primero. 1º En el último sitio de Jerusalen, la cólera de Dios resplandeció contra vosotros de un modo mas visible que en el primero. 2º Vos os hallais dispersos en todo el universo despues de diez y ocho siglos. 3º Vuestras tribus están confundidas. 4º Dios no os envia ya profetas para consolaros. Vosotros no encontrais en los antiguos profetas sino maldiciones fulminadas contra vosotros, y el anuncio de un anatema que debe durar hasta el fin del mundo. 5º Sin embargo, cuando los Romanos vinieron contra vosotros á ejecutar los decretos de Dios, no erais idólatras. El Dios de Abrahan era el único Dios conocido en la Judea. ¿Qué habeis hecho, pues, y cuál es vuestro delito? Vedlo aquí, sin duda, en las palabras de Daniel : « El Cristo será sentenciado á muerte, y el pueblo que » debe renunciarlo, no será ya su pueblo. » En aquel tiempo, quiero decir, en el tiempo de vuestra última catástrofe, no hay otro pueblo que vosotros, que fuísteis

el pueblo de Dios : luego era á vosotros á quienes esta profecía se enderezaba. Ya no sois el pueblo de Dios, supuesto que Dios os ha despojado de todas las señales que caracterizaban su pueblo : luego es en vosotros en quienes se han cumplido esta profecía. Vosotros, pues, habeis renunciado aquel de quien erais el pueblo, y el que por consecuencia era vuestro Dios. Vosotros le habeis condenado á muerte. ¿ Cuándo consentísteis este atentado? Leed vuestra historia, recorred todos vuestros monumentos, y vereis que no ha podido ser sino cuando vuestros pontífices y vuestros senadores á vuestra cabeza, gritásteis en cuerpo de nacion : « No queremos á » Jesus, soltad á Barrabás; crucificad á Jesus. Que su » sangre caiga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. » Ved aquí la causa de la extremada diferencia que se encuentra entre vuestros dos cautiverios. En el primero fuísteis castigados como idólatras; y en el segundo, sois castigados como asesinos de vuestro Dios; todo está proporcionado, y los castigos corresponden á los delitos.

ARTICULO VI.

Segun las profecías, las naciones idólatras debian ser llamadas á la fe, en lugar de los judíos infieles : cumplimiento de estas profecías por Jesucristo.

Es, pues, evidente, mi querido Teótimo, segun todo lo que acabamos de decir, que el pueblo judáico fué reprobado de Dios por haber renunciado y hecho morir al Mesías, y es asimismo evidente que Jesucristo es el Mesías á quien renunció é hizo morir el pueblo judáico. Ahora, san Pablo nos enseña en la Epístola á los Romanos, c. II « : Que la caida de los Judíos ha sido la riqueza » del mundo, y su disminucion la riqueza de los genti- » les. » Esto es, que los gentiles ó las naciones idólatras que no conocian al verdadero Dios, han sido llamadas á la fe en lugar de los judíos reprobados á causa de su deicidio. En el primer designio de Dios, el Mesías era enviado principalmente para los judíos, que debian, por servirme de esta expresion, comunicarle en seguida á las naciones, sin despojarse de él, esto es, haciéndosele

conocer, é incorporándosele así, para no hacer con ellas sino un mismo pueblo de Dios.

El pueblo judáico ha dado en efecto el Mesías á los gentiles; pero esto ha sido abandonándole, y no simplemente communicándole. Las naciones idólatras han recibido el Mesías de los Judíos, no como un Salvador que estos partian con ellas, porque podia bastar á todo; sino como un Salvador, el cual no querian. El Mesías ha sido como una piedra preciosa arrojada, y pisada por los judíos que no hacian caso de ella, y recojida con codicia por las naciones que por fortuna conocieron todo su valor.

Esta sustitucion de los gentiles al pueblo de Israel, como el mas admirable carácter de la mision del Mesías; y en efecto, á la vez mas terrible y mas consolador de su advenimiento, debió ser predicha por los profetas del modo mas preciso, y ejecutarse en el tiempo señalado del modo mas visible, como se ha dicho arriba.

Tres puntos, pues, tenemos que probar: 1° que segun los profetas, los gentiles, ó las naciones idólatras, debian ser llamadas á la fe por el Mesías; 2° que estas debian ser llamadas á la fe en lugar de los Judíos reprobados; 3° que estas profecías se han cumplido con la mayor publicidad.

Ya hemos notado que Dios habia prometido á los patriarcas Abrahan, Isaac y Jacob, que todas las naciones de la tierra serian bendecidas en su posteridad; esto es, en el Mesías que naceria de ellos, y que muriendo Jacob, habia anunciado que el Mesías seria la expectacion de las naciones.

Todos los pueblos han anunciado la vocacion de los gentiles á la fe, y lo han hecho, no solo en los términos mas claros, sino tambien en los términos mas pomposos, mas magníficos, y que caracterizan de un modo muy tierno el amor de Dios para aquellos que parecia haber abandonado durante tantos siglos. No citaré sino un pequeño número de pasajes de Isaías, para evitar el ser demasiado difuso.

Cap. XLIX, 6. «El Señor me ha dicho (habla del Me» sías) poco es que me sirvais para reparar las tribus » de Jacob, y para convertir á mí los restos de Israel.

» Yo os establezco para ser la luz de las naciones, y la » salvacion que envio hasta las extremidades de la » tierra. »

Cap. LII, 14. « El parecerá (el Mesías) sin gloria » delante de los hombres, y en una forma despreciable » á los ojos de los hijos de los hombres. Él regará con » su sangre muchas naciones; los reyes callarán en su » presencia, porque aquellos á quienes no habia sido » anunciado le verán, y los que no habian jamás oido » hablar de él le contemplarán. »

Cap. LIX, 19. « Los que están del lado del occidente te- » merán el nombre del Señor, y los que están del lado del » oriente reverenciarán su gloria, cuando venga como » un rio impetuoso, cuyas aguas agita el soplo de Dios. » Luego que haya venido un Redentor á Sion, y á los de » Jacob que abandonen la iniquidad, dice el Señor, ve » la alianza que haré con ellos, dice el Señor; mi espí- » ritu que está en vos (habla al Mesías) y mis palabras, » que he puesto en vuestra boca, no saldrán de vues- » tra boca, ni de la boca de vuestros hijos desde el » tiempo presente hasta la eternidad, dice el Señor. »

Cap. LXVI, 19. « Yo levantaré un estandarte entre » ellos (los Judíos). Y enviaré á aquellos, de entre » ellos, que habrán sido salvos hácia las naciones, á » las mares, al África, á la Lidia, á los pueblos arma- » dos de flechas, á la Italia, á la Grecia, á las islas mas » apartadas, hácia aquellos que jamás han oido hablar » de mí, y no han visto mi gloria. Ellos anunciarán mi » gloria á los gentiles, y harán venir á todos vuestros » hermanos de todas las naciones, como un presente » para el Señor. »

Cap. LIV, 1. « Alégrate tú estéril que no pares, can- » ta cánticos de alabanzas, y arroja gritos de alegría, » tú que no tienes hijos, porque aquella que estaba » abandonada tiene ahora mas hijos, que la que tenia » un marido, dice el Señor; tomad un lugar grande » para enderezar vuestras tiendas: extended lo que po- » dais las pieles que las cubren; haced las cuerdas mas » largas, y que las estacas estén bien seguras. Os exten- » dereis á derecha y á izquierda; vuestra posteridad » tendrá las naciones por herencia, y ella habitará las » ciudades desiertas, etc. »

Cap. II, 2. « En los últimos tiempos, la montaña so-
» bre la cual será edificada la casa del Señor, será
» fundada sobre la altura de los montes, y se elevará
» sobre las colinas : todas las naciones acudirán á ella
» en tropas, y varios pueblos vendrán á ella diciendo :
« Vamos, subamos á la montaña del Señor, y á la casa
» de Jacob; él nos mostrará sus caminos, y nosotros
» marcharemos en sus senderos; porque la ley saldrá
» de Sión, y la palabra del Señor de Jerusalen. Él juz-
» gará las naciones, el Mesías, y convencerá de su error
» á muchos pueblos. »

Podria citar todavía, sobre este asunto, una multitud de pasajes de Isaías, y de otros profetas; pero los que acabas de oir bastan. En ellos ves que el Mesías, luz y salvacion del mundo, no debe ser enviado solamente para los Judíos, sino para todos los pueblos: que un pequeño número de Judíos, designados por las reliquias de Israel, reconocerán el Mesías, y recibirán su Evangelio : pero que una multitud innumerable de gentiles serán convertidos por aquellos que el Mesías habrá salvado de entre los Judíos y que recorrerán toda la tierra para llevar á todos los pueblos la grande nueva de la redencion del mundo : que las naciones idólatras todas enteras entrarán en la nueva alianza : que las naciones, figuradas tan noblemente en la mujer abandonada en otro tiempo y estéril, producirán una infinidad de santos y de predestinados : que de ellas se formará el nuevo pueblo de Dios y su Iglesia; que esta Iglesia extenderá sus conquistas por todas partes, y ocupará toda la faz de la tierra : que Dios estará siempre con ella : que ella será semejante á un templo magnífico construido sobre la eminencia de una montaña sentada sobre la de otras montañas, y que lo verán los lugares mas apartados, y las extremidades mismas de la tierra.

Ello es cierto, mi querido Teótimo, que segun los profetas, los gentiles ó las naciones idólatras, debian ser llamadas á la fe por el Mesías. Yo añado, que debian ser llamadas en lugar de los Judíos justamente reprobados á causa de su infidelidad.

La serie de los profetas que hemos referido hasta aquí, bastaria para hacer sensible esta verdad : 1° que

el Mesías ha sido prometido especialmente á los Judíos, y que vendrá primera y especialmente por ellos ; 2º que el pueblo judáico será reprobado por haber dado muerte al Mesías ; 3º que despues de la reprobacion de los Judíos, las naciones idólatras serán el pueblo de Dios. Es fácil de ver por la sola conexion que estas profecías tienen entre sí, que en los designios de Dios, las naciones idólatras sostituirán á los Judios para ser su pueblo. Pero no nos quedemos aquí, y demos pruebas expresas y directas de lo que proponemos.

Moisés, en el sublime y terrible cántico que pronunció, ó la víspera de su muerte, ó pocos dias antes, y que es el cap. xxxii del Deuteronomio, hace hablar así al Señor : « Ellos (el pueblo judáico) han provocado mis » celos adorando á los que no eran Dioses, y me han » irritado con la vanidad de sus suspersticiones. Y yo á » mi vez picaré sus celos escogiendo para pueblo mio » al que no lo era antes, y uniéndome á una nacion » insensata. »

Desde luego parece por el texto de esta profecía que los Judíos no debian ser reprobados sino por causa de sus idolatrías. Sin embargo no es así ; porque es constante en toda la historia de los Judíos, que, aunque este pueblo haya sido siempre castigado con severidad por sus idolatrías, este crímen solo no atrajo nunca sobre ellos de parte de Dios la sentencia de una proscripcion absoluta : en segundo lugar, porque jamás Dios escogió otra nacion para pueblo suyo á causa de las idolatrías de los Judíos. Es menester, pues, decir que esta célebre profecía no tuvo su entero cumplimiento hasta que los Judíos condenaron á muerte al Mesías. Dios, con motivo de este último delito, que era el mayor de todos, descargó sobre esta nacion ingrata el castigo de todos los que lo habian precedido, y á los cuales ponia el sello, y sobre todo á sus idolatrías.

Agreguemos á esta profecía la de Malachías, que fué el último de los profetas. Véase como Dios habla en ella á los Judíos. Cap. i, 10. « Mi afecto no está en » vosotros, dice el Señor Dios de los ejércitos, y no » recibiré presentes de vuestras manos, porque desde » el oriente al poniente mi nombre es grande entre to-

» das las naciones ; y en todas partes me hacen sacri-
» ficios , y ofrecen á mi nombre una oblacion pura ,
» porque mi nombre es grande entre las naciones, dice
» el Señor. »

Esta profecía , como lo ves , Teótimo , anuncia , á lo menos tan claramente como la de Moysés , la reprobacion de los Judíos , y la vocacion de los gentiles en lugar de este pueblo infiel. Así , el primero de los profetas acabó su ministerio cerca de los Judíos , y el último le comenzo anunciándoles la sentencia de su reprobacion , y la eleccion que Dios haria de otro pueblo para reemplazarlos.

Y nota aquí que Jesucristo , poco tiempo antes de su muerte , declaró á los Judíos en varias ocasiones que bien presto serian desechados de Dios , que llamaria las naciones en vez suya para hacer de ellas su pueblo. Es evidente que las parábolas que traen los cap. XXI y XXII de san Mateo , no tienen otro objeto sino figurar esta terrible sustitucion. Jesucristo se explica sobre ello al fin de la primera de estas parábolas , que concluye así : « Por esta causa os declaro , que el reino de
» Dios se os quitará , y será dado á un pueblo que pro-
» ducirá sus frutos. »

Se lee en las Actas de los apóstoles , cap. XIII , que san Pablo y san Bernabé , viendo que los Judíos establecidos en Antioquia de Pisidia se oponian obstinadamente á su predicacion , y se arrebataban hasta blasfemar contra el Evangelio , les dijeron con una firmeza digna de la grandeza de su ministerio , esta palabras que descubren toda la serie de los designios de Dios , y encierran abreviadamente todo lo que hemos dicho en este último artículo : « Vosotros érais los primeros á
» quienes era preciso anunciar la palabra de Dios ; pero
» supuesto que la desechais , y que os juzgais vosotros
» mismos indignos de la vida eterna , nosotros nos va-
» mos presentemente entre los gentiles , porque el Se-
» ñor nos lo ha mandado así. »

Todas las profecías que anunciaban la reprobacion de los Judíos á causa de su deicidio , y la vocacion de los gentiles en lugar de los Judíos , se han cumplido á la letra , y con tanta publicidad , que todo el universo ha sido

testigo de ello, y lo es todavía. Jamás se hizo en el mundo una revolucion tan súbita, tan universal y tan admirable como esta. Cincuenta dias despues de la resurreccion de Jesucristo, dia en el cual celebraban los Judíos una de sus mayores fiestas, poco ocupados de su deicidio segun las apariencias, y empezando ya á olvidar á Jesucristo: los apóstoles, que, segun la promesa de su divino Maestro, acababan ese mismo dia de recibir el Espíritu Santo, y de ser trasformados en nuevos hombres, salen de su retiro, y se manifiestan al pueblo de Jerusalen, que se junta en tropel al rededor de ellos, atraido de la novedad del espectáculo: ellos declaran á los Judíos, que Jesucristo, á quien condenaron á muerte, ha resucitado: que ellos le han visto, y han comido con él: que él era el Mesías prometido por los profetas: que él es el Salvador de Israel; y que ya no deben esperar otro. Jerusalen se conmueve, y con él toda la Judea: muchos Judíos, entre los cuales se distingue un gran número de sacerdotes, reconocen que Jesucristo es el Mesías, se convierten, entran en la nueva alianza, y forman la Iglesia naciente. Pero el cuerpo de la nacion resiste á los Apóstoles y los persigue. Las conversiones de los particulares se multiplican durante un pequeño número de años: pero por otro lado la resistencia del cuerpo de la nacion es cada vez mas inflexible y mas obstinada; las conversiones cesan. Esta nacion desgraciada se fija inmutablemente en su incredulidad, como lo habian predicho los profetas. Entonces los apóstoles y los primeros discípulos de Jesucristo se dirigen á las naciones idólatras, segun el mandato de Dios, y les van á llevar la luz del Evangelio: se atreven á emprender la sumision del mundo entero á la ley de Jesucristo, y no se espantan de las dificultades de tan grande empresa. Dividen entre sí los reinos y las provincias: se trasportan á la Italia, á la Grecia, á las islas, y á las regiones mas remotas y salvajes, y á los pueblos que no conocian á Dios, y no habian jamás oido hablar de él, como lo habia anunciado Isaías. Aunque perseguidos por todas partes con un extremo furor, hacen por todas partes los mas rápidos progresos, y antes de morir tienen el consuelo de ver á los cristianos formar una sociedad

inmensa. Entonces se cumplió este sublime y magnífico oráculo de Isaías, LXVI, 8 : « Quién ha oido jamás cosa » semejante? ¿ Quién ha visto cosa semejante? ¿ La » tierra produce su fruto en un solo dia? ¿ y todo un » pueblo es engendrado en un mismo tiempo? Y sin » embargo, Sion ha estado en trabajo, y ha dado á luz » sus hijos en un mismo tiempo. »

Vió, en efecto, el mundo con admiracion desde luego al pueblo judáico, y en seguida las naciones idólatras, producir repentinamente, y de un golpe, naciones enteras de fieles y de cristianos. Despues de la muerte de los Apóstoles, las conquistas del Evangelio no fueron interrumpidas : los reyes y los pueblos se coligaron en vano (como David lo habia predicho) para contener su curso. Dios se burló de sus proyectos insensatos. A pesar de todos sus esfuerzos se formaron por todas partes nuevas Iglesias; al oriente, al occidente, al mediodia, al septentrion, y en toda la extension del mundo conocido ; me parece que veo un grande incendio, cuyas chispas lleva á todas partes un viento impetuoso, y que de cada una de estas chispas se fomenta un nuevo incendio, porque todas caen sobre materias dispuestas á inflamarse. Así fueron los progresos del Evangelio; todo resistió, y todo fué vencido, y el mundo se vió en fin reducido á recibir el yugo de Jesucristo, el cual lleva todavía despues de tantos siglos. Yo no te digo aquí, Teótimo, mas que lo mismo que ven tus ojos, y sobre esto te pregunto, si crees de buena fe que sea posible ver otra cosa en los oráculos de los profetas que hemos citado, sino los grandes sucesos que acabo de describir ; ó ver en los grandes sucesos que acabo de describir alguna otra cosa, sino el cumplimiento de los oráculos de los profetas que hemos citado.

Concluyamos, Teótimo, y traigamos aqui desde luego en pocas palabras los puntos principales sobre los cuales ha girado toda esta Conferencia. 1º Es incontestable que Jesucristo , por cualquiera parte que se le considere , ha sido el mas grande de los hombres ; digo el mas grande por sus calidades personales , que son las únicas que hacen la verdadera grandeza del hombre. Aquellos á quienes el mundo llama grandes hombres ; aquellos hombres á quienes el mundo ha osado hacer,

no solo héroes, sino sus dioses, no son grandes sino de lejos, y por decirlo así, al primer golpe de vista; ellos parecen menos grandes á medida que desde mas cerca se les considera, y al fin acaban por parecer pequeños. Su grandeza, si puedo servirme de esta figura, se funde poco á poco, y se aniquila al fin á nuestra vista; y la admiracion se muda en desprecio. No sucede así con Jesucristo: mientras mas se le examina de cerca, mas se le admira; el ojo mas penetrante no descubre en él ni pasiones, ni defectos, ni debilidades; siempre se descubren en él nuevas perfecciones; lo que mil veces se ha visto en él, se cree verlo la primera vez; él crece, por decirlo así, y se hace grande sin cesar bajo nuestra vista.

2° Jesucristo ha hecho muy grandes milagros, y los ha hecho para probar que era el Mesías.

3° Es cierto, y acabamos de demostrarlo, que todas las predicciones de los profetas, tocante el Mesías, se han cumplido en Jesucristo; y esto con una precision tan exacta con respecto al tiempo, al lugar y al modo, que no deja nada que desear.

4° Jesucristo no se ha contentado con declarar públicamente, y con la mayor autenticidad, que él era el Mesías, sino que tambien en esta calidad de Mesías, se ha aplicado las figuras y las profecías del Antiguo Testamento; esto es, que ha declarado que él era aquel á quien representaban las figuras, que era aquel que anunciaban los profetas. De esto has visto ya varios ejemplos en la serie de esta Conferencia.

De que Jesucristo ha sido el mas grande de los hombres, se sigue que él ha sido entre todos los hombres el mas digno de ser el Mesías: de que Jesucristo ha sido entre todos los hombres el mas digno de ser el Mesías, se sigue que ha debido serlo; porque la eleccion de Dios no pudo recaer sobre otro que él; y de que ha debido serlo, se sigue que lo es; porque Dios obra siempre de un modo digno de él, y jámas hace sino lo que le conviene hacer.

De que Jesucristo ha hecho grandes milagros para probar que era el Mesías, se sigue tambien que lo era; porque una de dos, ó Jesucristo ha hecho milagros por su

propia virtud y poder, ó por la virtud y poder de Dios : si Jesucristo ha hecho estos milagros por su propio poder, luego es Dios ; porque solo Dios puede trastornar á su gusto todas las leyes de la naturaleza ; y si Jesucristo ha hecho estos milagros por el poder de Dios ; Dios, pues, ha confirmado con milagros el testimonio que Jesucristo daba de sí mismo cuando declaraba que él era el Mesías. Jesucristo es, pues, el Mesías ; de otro modo seria necesario decir que Dios ha prestado todo su poder á un impostor, para ayudarle á engañar al mundo : que ha hecho milagros para apoyar la impostura y darle crédito : que ha dado á un hombre que queria usurpar el sublime predicamento de Mesías, todos los medios mas infalibles de consumar su usurpacion : que ha sido el protector de la mentira ; todas consecuencias que horrorizan.

De que todas las predicciones de los profetas, tocante al Mesías, se han cumplido en Jesucristo con la mas admirable precision, en cuanto al tiempo, al lugar, y al modo, se sigue tambien que Jesucristo es el Mesías : la cosa habla por sí misma ; y por otra parte : 1° Es evidente que todas las predicciones del Mesías se dirigen á un solo hombre. 2° Si estas predicciones se hubieran verificado en dos ó mas hombres, habria, pues, dos ó mas hombres que tendrian todos los caractéres del Mesías, ó lo que es lo mismo, no habria Mesías cierto.

En fin, de que Jesucristo se ha aplicado á sí mismo las figuras y las profecías del Antiguo Testamento, tocante al Mesías, esto es, de que ha declarado que él era de quien hablaban estas figuras, y en quien estas profecías se han cumplido, se sigue que él es el Mesías. 1° Porque el suceso ha hecho ver que él se aplicaba con certeza estas figuras y estas profecías. 2° Porque para que se las aplicase con certeza, era preciso que conociese perfectamente el sentido de todas las figuras y de todas las profecías del Antiguo Testamento : conocimiento que ningun hombre habia tenido antes de él en este grado. 3° Era preciso que conociese claramente, no solo las disposiciones presentes de las voluntades de todos aquellos que debian concurrir á su pasion y á su muerte, sino tambien las disposiciones futuras de estas mismas voluntades. 4° En fin, era necesario que conociese claramente

todas las consecuencias que su muerte, su resurreccion, y la predicacion de los Apóstoles, tendrian, con respecto á los Judíos, y á los otros pueblos, y esto hasta el fin de los siglos. Porque él ha predicho todo esto, y todo lo que ha predicho ha sucedido. Ahora, es evidente que Jesucristo no podia tener todos estos conocimientos, si no fuera Dios, ó á lo menos, el mayor profeta que el mundo hubiera visto, y por consecuencia el Mesías.

Ahora, Teótimo, si de cada una de estas cuatro pruebas tomadas aparte se deduce claramente que Jesucristo es el Mesías prometido por Dios, ¿qué debe, pues resultar de estas cuatro pruebas reunidas, sino una evidencia tan grande, que es hablar débilmente el compararla con la luz mas clara del dia?

No nos ciñamos á las reflexiones que acabamos de hacer, por suficientes que sean para convencernos de que Jesucristo es el Mesías, y que ningun otro que él puede serlo. Tengo todavía cosas mas interesantes que decirte. Préstame toda la atencion que esté en tu mano.

El Mesías ha sido prometido de Dios desde el orígen del mundo; todos los profetas lo han anunciado: cada profeta ha dado algunos rasgos de este mediador entre Dios y los hombres: no puede suponerse concierto alguno entre ellos para formar este cuadro. Es cierto que ninguno de ellos sabia lo que le seria revelado á los que le sucederian. Un último profeta parece, y da, por decirlo así, los últimos rasgos del Mesías. Todos estos rasgos esparcidos en el gran cuerpo de las Escrituras del Antiguo Testamento, forman un retrato completo y acabado del Mesías; pero sea negligencia en meditar las Escrituras, sea prevencion, mala fe, ó sea defecto de luces, nadie en el pueblo judáico, ó casi nadie, sabe reunir todos estos rasgos para formar un solo y único cuadro con ellos, y para hacer con ellos un solo hombre. Jesucristo parece, y dice: Yo soy el Mesías. Yo me pongo á considerar de cerca á este hombre: yo le sigo desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte, y veo que todos los rasgos que componen el retrato del Mesías, y que están dispersos acá y allá en el Antiguo Testamento, vienen á colocarse sobre él, uno despues de otro. Todo se verifica, todo se cumple,

todo se explica en su persona ; él dice muriendo : Todo se ha cumplido ; y en efecto , en este preciso momento todo lo que miraba al Mesías hasta aquel punto , se cumple : mientras mas se compara á Jesucristo y á todos los sucesos que tienen relacion con él , con las profecías ; mientras mas se confronta el Evangelio y la historia eclesiástica con el Antiguo Testamento , mas y mas se descubre la perfecta semejanza de Jesucristo con el Mesías. No son solo ciertos particulares celosos de la gloria de Jesucristo los que descubren esta semejanza , sino naciones enteras , y todo el universo. Supon que Jesucristo no es el Mesías ; todo es tinieblas en la Ley , en los Salmos y en las profecías. Los libros santos no tienen ya sentido alguno , y es evidente que jamás lo tendrán. Supon que Jesucristo es el Mesías , la luz mas brillante se esparce sobre toda la Escritura ; la Ley , los Salmos y los profetas tienen el sentido mas hermoso , el mas magnífico y el mas divino. Así como el sol en el momento que se eleva disipa el velo que la noche habia echado sobre toda la naturaleza , y nos hace percibir de un golpe solo de vista todas las bellezas ; de este modo Jesucristo , pareciendo en el mundo , ha hecho desaparecer el velo que tenian las Escrituras , y nos ha hecho ver en ellas de una sola mirada toda la serie de los designios de Dios por la redencion del mundo ; y sin duda es por esta razon , por la que la Escritura le da el nombre hermoso de Oriente, ó Sol saliente.

¿ Dirán aquí que por casualidad los rasgos esparcidos en tantos libros diferentes , escritos por tan diversos autores , en tiempos tan remotos , y separados los unos de los otros , han venido á reunirse en Jesucristo ; que esto es uno de los efectos del mecanismo universal que no puede comprenderse ; uno de aquellos felices reencuentros de los cuales no puede darse ninguna razon particular , pero de los cuales se trasluce , no obstante , la razon general ?

Pero , ó Teótimo , esto es querer ser loco de propósito deliberado. El reencuentro fortuito de los átomos que Epicuro ha imaginado , y de los cuales dice que el mundo se ha formado , es una paradoja todavía menos ridícula , que la que propondrian razonando así. Jamás

entre los que llaman felices reencuentros, no se ha visto uno semejante á este, ni jamás se verá. Si Jesucristo no hubiera tenido sino dos ó tres rasgos del Mesías anunciado por los profetas, podrian atribuir á casualidad esta lijera semejanza; pero él los tiene todos: ¿qué digo? ningun otro que él, tiene ninguno. ¿Quién podrá jamás figurarse que tantos escritores que no se conocian entre sí, y de los cuales cada uno hablaba por casualidad (porque es preciso suponerlo así), quién podrá figurarse que estos escritores, dando el uno un rasgo, y el otro otro, hayan, por decirlo así, formado á Jesucristo todo entero; Jesucristo, dije, que no ha existido sino muchos siglos despues del último de los que le han pintado? ¿Quién podrá figurarse que los profetas han anunciado tan por menor la descendencia de Jesucristo, el tiempo, y el lugar de su nacimiento, todas las particularidades de su vida y de su muerte, las consecuencias de esta muerte, que se extiende á todos los siglos, por casualidad; cuando los oráculos de los profetas, tocante á Jesucristo, se cumplen todavía en nuestro tiempo y á nuestra vista; esto es, diez y ocho siglos despues de su muerte?

¿Se dirá que los Judíos han tratado cruelmente por juego á Jesucristo, como sus profetas habian predicho que el Mesías sería tratado? Pero este designio los hubiera puesto en contradiccion con ellos mismos; ellos habrian hecho expresamente un falso Mesías que habrian podido oponer al verdadero que esperaban en aquel tiempo. La ejecucion de este designio les era imposible. Hay en los profetas mil particularidades, tocante al Mesías, cuyo cumplimiento no dependia de ellos; y es evidente por la narracion del Evangelio, que en él no han tenido, ni podido tener parte alguna; y por otra parte, cuando fuera cierto que los Judíos habian concebido este designio tan atroz como extravagante, ¿como Jesucristo habria podido conocer este designio tan largo tiempo antes que fuese formado, si no hubiera sido Dios, ó ilustrado con la luz de Dios, si no hubiera sido verdaderamente el Mesías?

Considera, ó Teótimo, el estado presente del mundo, y el en que ha estado en otro tiempo. El mundo estaba

en otro tiempo sumergido en la idolatría y en la supersticion, y hoy está lleno del conocimiento de Dios; por todas partes tiene de este Ser supremo una idea conforme á la majestad de sus atributos, y por todas partes le adoran, y le rinden un culto digno de él. El mundo estaba en otro tiempo como sin ley, porque los primeros principios de la ley natural estaban oscurecidos en casi todos los entendimientos, y todas las nociones del bien y del mal moral se hallaban confundidas. Hoy dia una ley infinitamente pura y santa reina en el mundo; los hombres instruidos en esta ley conocen perfectamente á Dios, á sus semejantes, y á sí mismos. En otro tiempo el mundo estaba sin virtud, á lo menos perfecta; hoy dia se ven por todas partes hombres que son modelos completos de todas las virtudes. Me atrevo á decirlo; á pesar de la corrupcion de nuestras costumbres, se contarian hoy, puede ser, en una sola ciudad de las nuestras, mas hombres sin tacha, que los que hubieran podido contarse en otro tiempo en todo el imperio romano. La historia de la Iglesia nos manifiesta millones de hombres, cuya virtud, no solo ha sobrepujado la de los filósofos de la antigüedad pagana, sino hasta las ideas mismas de la filosofía; y un hombre nacido en un establo, y muerto en una cruz, es quien ha hecho esta grande revolucion en el mundo, este es Jesucristo.

Jesucristo ha sido, él mismo, infinitamente mas santo que todos aquellos á quienes su doctrina y su gracia han santificado: ha hecho milagros que nadie habia hecho antes que él, y nadie los ha hecho despues de él sino en su nombre: todas las naciones le reconocen por su legislador y su Salvador, y en esta calidad le adoran.

Pregunto sobre esto, si ¿el Mesías ha venido, ó no ha venido? Si se me responde que el Mesías ha venido, yo respondo á mi vez, que Jesucristo es el Mesías, supuesto que no hallo en toda la historia sino solo á Jesucristo que haya podido y debido ser el Mesías; que Jesucristo solo, que haya tenido todos los caractéres del Mesías. Si me responden que el Mesías no ha venido todavía, yo responderé á mi vez; pero cuando venga el Mesías, ¿qué hará que no haya hecho Jesucristo? ¿Será

mas santo que Jesucristo? ¿Hará mayores milagros? ¿Enseñará una doctrina mas sublime? ¿Dará una ley mas perfecta al mundo? ¿Dará mas gloria á Dios? ¿Formará mas santos? ¿Hará su nombre mas célebre y mas augusto? ¿No es visible que despues de Jesucristo, todo otro Mesías es ya inútil al mundo? En dos palabras, yo digo á los Judíos: cuando venga el Mesías que vosotros esperais, ó se parecerá á Jesucristo, ó no. Si no se parece á Jesucristo, tampoco se parecerá al Mesías de los profetas, y por consecuencia habrá de preferírsele á Jesucristo; y si el Mesías que esperais se parece á Jesucristo, no se sabrá cual deba ser preferido, y así no habra Mesías, porque habrá dos Mesías.

A todo lo que acabas de oir, Teótimo, no pueden oponer sino dos dificultades que desde luego se presentan al entendimiento de todo el mundo; pero son muy fáciles de resolver.

1. ¿Es bien cierto y constante todo lo que cuentan los evangelistas de Jesucristo?

2. Si todo lo que los evangelistas cuentan de Jesucristo es verdadero, ¿cómo los Judios han rehusado el reconocerle por el Mesías prometido á sus padres, cuando los caractéres de este Mesías brillaban tan claramente en su persona? ¿Cómo se han arrebatado hasta el punto de hacer morir en una cruz á este hombre tan santo, y que hacia entre ellos milagros tan estupendos y averiguados? No son estas dos cosas absolutamente inconciliables? Porque mientras mas cierto es lo que los evangelistas cuentan de la santidad, y de los milagros de Jesucristo, menos se comprende cómo los Judios han podido renunciarle y hacerle morir en una cruz; y mientras mas cierto sea que los Judíos han renunciado á Jesucristo haciendole morir en una cruz, menos se concebirá que lo que los evangelistas cuentan de su santidad y de sus milagros pueda ser cierto.

Lo repito sin embargo: nada es mas fácil que el responder á estas dos objeciones.

¿Es cierto todo lo que los evangelistas cuentan de Jesucristo? ¡O Teótimo! yo te pregunto á mi vez, ¿si todo lo que tú ves con tus ojos, existe en efecto, y si no puede ser así? Te pregunto si es cierto que el Evange-

lio de Jesucristo ha sido predicado y recibido en todo el universo : si es cierto que Jesucristo está reconocido por el Mesías en todas las naciones : si es cierto que el mundo es cristiano. Ahora, sabe, que todo lo que ves no puede ser cierto, sin que todo lo que los evangelistas cuentan de Jesucristo no lo sea tambien, porque de una parte todo lo que ves no es otra cosa sino el cumplimiento de lo que está predicho en el Evangelio, y de la otra es imposible que el mundo se haya hecho cristiano sin que le hayan demostrado que todo lo que el Evangelio cuenta de Jesucristo es verdadero.

Sin embargo, aunque es bien decisiva esta respuesta, no me contentaré con ella ; y en la primera Conferencia que tengamos, te mostraré que es imposible imaginar un libro que tenga caractéres mas expresivos de autenticidad, de verdad y de divinidad que el Evangelio. Pero si todo lo que los evangelistas cuentan de Jesucristo es cierto, ¿cómo los Judíos han rehusado el reconocerle por el Mesías que Dios habia prometido á sus padres, supuesto quo todo los caractéres de este Mesías brillaban tan visiblemente en su persona ? ¿Cómo se arrebataron hasta el punto de hacer morir en una cruz á este hombre santo, y que entre ellos hacia milagros tan estupendos y averiguados ?

1º Teótimo, los mismos Judios han convenido siempre, y convienen todavía, en que Jesucristo ha hecho muy grandes milagros, y que no obstante, le hicieron morir en una cruz. Estos hechos son ciertos por la confesion misma de aquellos que tienen mas interés en negarlos. Ahora, sabe, que cuando un hecho es reconocido por cierto, no es permitido preguntar ya si es posible ó verosímil.

2º La conducta que los Judíos tuvieron con Jesucristo, por horrible que sea, no es nada menos que contra toda verosimilitud.

Cuatro pasiones furiosas, y cuyo carácter es no excusar nada, animaban á los principales de entre los Judíos contra Jesucristo. La venganza, los celos, la ambicion, y la falsa política.

La venganza. Jesucristo habia varias veces quitado la máscara á la hipocresía de los sacerdotes, de los escri-

bas y de los fariseos, los cuales tenian la primera clase entre los Judíos, y daban movimiento á todo.

Los celos. Jesucristo tenia los votos de una gran parte del publo. Admiraban su profunda doctrina, su eminente santidad; sus milagros que hacia con una facilidad, que ella misma era el mayor de todos. Le miraban como un gran profeta. Su reputacion crecia siempre; y muchos creian que era el Mesías. Esta opinion se acreditaba todos los dias. ¿No era natural que unos hombres llenos de orgullo, como lo estaban aquellos de quienes hablamos, concibiesen unos celos rabiosos contra él, y que no viesen sus progresos sino con un mortal despecho?

La ambicion. Aquellos de quienes hablamos estaban bien lejos de querer por Mesías á un hombre pobre á quien consideraban muy inferior á ellos, y bajo cuyo gobierno nada habrian sido.

La falsa política. Ellos temian que movido el pueblo de sus milagros no se declarase de un golpe en favor suyo, no le pusiese sobre el trono, y que una revolucion semejante no atrajese contra la nacion las armas de los Romanos. En este temor se persuadieron á que era necesario el deshacerse de este hombre, y sacrificarle para librar la patria y la nacion.

Todos estos razonamientos juntos los determinaron á perder á Jesucristo; el negocio pedia celeridad: era menester superarle á viva fuerza, y no dar ni al pueblo ni al gobernador de la provincia, tiempo para reconocerse. En cuanto á las consecuencias que este negocio podia tener, no se inquietaban, porque se proponian salir de ellas como pudiesen. El punto principal era el consumarlo. Toman, pues, su partido de golpe, y como en el ímpetu de un primer movimiento. Aprovechan la primera ocasion que se presenta de apoderarse de la persona de Jesucristo. Le arrastran ellos mismos tumultuosamente á casa de Pilatos, y se ofrecen acusadores suyos. No pudiendo probar nada contra él, emprenden intimidar á su juez, y lo consiguen. Sublevan el pueblo contra Jesucristo, y le empeñan á pedir su muerte con grandes gritos. El débil Pilatos cede. Jesucristo fué entregado á sus enemigos y atado á una cruz.

Los jefes de la nacion judáica no sabian que Jesucristo era el Mesías y el rey de la gloria. Si lo hubieran sabido no le hubieran crucificado. Convengo en ello; pero si no sabian que era el Mesías, era porque no querian saberlo. Estos no podian ciertamente disimular, ni dejar de conocer que en este hombre habia algo de grande y de extraordinario. Pero en fin, un Mesías semejante á Jesucristo, no era de su gusto, y aunque él podia serlo, decidieron sin exámen alguno, que no era el Mesías.

Una vez declarados contra Jesucristo, creyeron que su gloria estaba empeñada, y que no podian ya retroceder, sin deshonor. Fueron, pues adelante resueltos á perderlo todo, y á perecer ellos mismos, si era necesario, antes que desaprobar su primer intento. Así hicieron los últimos esfuerzos para arrastrar el pueblo á sus designios, y al fin lo empeñaron á unirse á ellos para pedir la muerte de Jesucristo. Así recalcitraron contra los prodigios sucedidos al morir este Hombre Dios, y en seguida contra los milagros que sus Apóstoles hicieron para atestiguar su resurreccion y su mision divina. A estos los persiguieron con un increible encarnizamiento, é igualmente á los Judíos que habian convertido, y no reposaron hasta que lograron comunicar su furor á toda la nacion y fijarla en la incredulidad.

Esto no es un sistema, mi querido Teótimo; todo lo expuesto no es otra cosa sino el resultado de la relacion de los evangelistas; pero cuando fuera un sistema, es tan conforme al carácter del corazon humano, al genio de las pasiones de los hombres, y sobre todo de ciertos hombres, y representa tan bien su modo ordinario de obrar, que esto bastaria á hacer verosímiles todos los tratamientos que los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos hicieron á Jesucristo.

¡O Teótimo! tú no conoces todavía el corazon humano; el trato con los hombres, tus reflexiones sobre tí mismo, y sobre todo, la lectura de la historia te lo harán conocer en adelante. Verás que de todas las pasiones del hombre la mas violenta es el orgullo, y que en general, el mayor interés del hombre, y sobre todo de ciertos hombres, es el que llaman interés de gloria: que entre aquellos que llaman sabios, bellos espíritus, pero

sobre todo, grandes, hombres colocados, y hombres de estado, hay muy pocos que no se hallen dispuestos á sacrificarlo todo á este interés: que sobre todo, está en su carácter el no querer jamás no tener razon, y por una ilacion necesaria, no solo no decir jamás me he engañado, sino, no ceder jamás : jamas retroceder temiendo no digan que conocen se engañaron ; que quieren sostener un partido falso con cien otros partidos todavía mas falsos : que no quieren tener respeto alguno, ni al siglo presente, ni á los futuros : que quieren justificar la injusticia con otras mil injusticias, la violencia con otras violencias, y el crímen con otros crímenes : que quieren sublevarse contra la razon y la Religion, contra la justicia y la humanidad, contra todos los peligros, sean personales ó extraños : verás que los hay capaces de perder su casa, su patria, y de perderse ellos mismos antes que sufrir la vergüenza de decir: *yo me he engañado*. La historia te presentará mil ejemplos espantosos de lo que aquí te digo: y sobre estos ejemplos discurrirás así : los príncipes de los sacerdotes, y todos los jefes de la nacion de los Judíos, eran hombres llenos de orgullo y ambicion : luego debian estar celosos de Jesucristo, cuya gloria oscurecia la suya. Jesucristo habia quitado el velo á su hipocresía : luego debian aborrecerle. Ellos estaban celosos de Jesucristo, y le aborrecian, luego debian declararse altamente contra Jesucristo, y se declararon altamente contra Jesucristo. Debian, pues, perseguirle con furor hasta llegar al cabo de hacerle morir. Hicieron morir á Jesucristo : luego debian oponerse á los milagros verificados en su muerte, y á los de los Apóstoles, y hacer los últimos esfuerzos para atajar los progresos de su predicacion, temiendo, que si la nacion llegaba á reconocerle por el Mesías, no fuera mas claro que el sol, que ellos habian hecho morir al Mesías, y que por consecuencia eran los mas insignes desalmados.

A todo lo que acabamos de decir, añadimos todavía, que con motivo de varios pasajes de los profetas, donde se trata en términos magníficos del reino espiritual del Mesías, de la extension de su reino, y de las maravillas de su reino; los Judíos, que leian estos pasajes con ojos

fascinados por el orgullo y la codicia, se habian formado la idea de un Mesías que seria gran conquistador y gran rey; y que despues de subir al trono de sus padres, sujetaria todas las naciones, y las gobernaria con mucha sabiduría y mucha gloria. Ahora, ellos no veian nada en Jesucristo que respondiese á esta idéa. Él era pobre, humilde, modesto, y sin fausto. No era grande sino por su sabiduría y por su santidad. Este no era el Mesías que los Judíos querian; aunque fué el que Dios les habia prometido. Desecharon, pues, á Jesucristo, y arrojándole, le dieron, sin saberlo, el último y el mas distinguido de todos los caractéres del Mesías, y se atrajeron á sí mismos la terrible sentencia de proscripcion, que tantas veces les habia sido anunciada.

Yo hubiera podido citar, mi querido Teótimo, muchas otras profecías en el discurso de esta conferencia; y sobre todo, hacerte observar las relaciones admirables que se encuentran entre las figuras del Antiguo Testamento, y la historia de Jesucristo. Pero esto me habria empeñado en largos discursos que no habrias podido aguantar. Para suplemento de ello, me propongo poner en tus manos, cuando hayamos concluido nuestras conferencias, una pequeña coleccion de las profecías y de las figuras del Antiguo Testamento, con cortas explicaciones. Espero que leerás esta recopilacion con gusto, y que fortificará las felices impresiones que estas conferencias habrán hecho en tu espíritu y en tu corazon.

Al fin, mi querido Teótimo, hemos encontrado el Mesías que buscábamos; este Mesías que Dios habia prometido desde luego á nuestros primeros padres, y en sus personas á todo el género humano, y en seguida á Abrahan, Isaac y Jacob: que todos los profetas, desde Jacob mismo hasta Malachías, habian anunciado al pueblo judáico: que este pueblo habia figurado por sus sacrificios y sus ceremonias, y representado en sus santos y en sus héroes, este Mesías que esperaba el pueblo judáico, y deseaba despues de tantos siglos como su libertador: que desconoció sin embargo, cuando Dios se le envió, á quien persiguió, é hizo morir en una cruz, y á quien al crucificarle y rehusarle, con una obstinacion invencible, por Mesías, cedió, por decirlo así, á las nacio-

nes idólatras que le poseen cerca de diez y ocho siglos. Este Mesías es Jesucristo. Lo hemos demostrado : mientras mas se compara á este hombre venerable [1] con las profecías, mas convencidos quedamos de que él es el que ellas anuncian. La semejanza no puede ser mas perfecta. Y no habia otro sino aquel que habia trazado el retrato tantos siglos antes, que pudiera formar el original á quien este retrato representa tan exactamente. Todo lo que nos queda que hacer, querido Teótimo, es instruirnos en la vida y en la doctrina de este admirable Mesías, que Dios no ha dado menos al mundo para ser su Señor y su modelo, que para ser su Salvador : creer con una perfecta sumision de entendimiento, todo lo que nos ha revelado : practicar con una entera docilidad de corazon todo lo que nos ha mandado ; y tomar sus divinos ejemplos por regla de toda nuestra conducta. Esta es la última consecuencia que debemos sacar, tú y yo, de todo lo que se ha dicho en esta primera parte.

CATECISMO

DE LA NOVENA CONFERENCIA.

Donde se demuestra que Jesucristo es el Mesías predicho por los profetas.

P. El Mesías que los profetas habian aunciado, ha venido ; me veo obligado á convenir en ello. Pero, ¿quién es este Mesías? Si vos le conoceis, hacédmelo conocer, para que con vos le adore.

R. Nada hay mas fácil que el satisfaceros. Jesucristo, autor de la Religion cristiana, es el Mesías, anunciado por los profetas.

P. ¿Cómo habeis conocido que Jesucristo era el Mesías anunciado por los profetas?

R. He conocido que Jesucristo era el Mesías anunciado por los profetas, por la comparacion que he hecho de las predicciones de los profetas, tocante al Mesías, con

1 Me sirvo de este epíteto hablando de Jesucristo, porque no he probado todavía su Divinidad.

la historia de Jesucristo, contenida en el Evangelio. Porque haciendo esta comparacion, me he convencido de que todo lo que los profetas habian predicho del Mesías, se ha cumplido á la letra en la persona de Jesucristo, y de que nada de lo que los profetas habian predicho del Mesías, no conviene á ningun otro sino á Jesucristo, á lo menos en toda su extension.

P. Hacedme, pues, conocer desde luego las profecías que los profetas habian hecho en el Antiguo Testamento, tocante al Mesías, y luego me mostrareis por el Nuevo Testamento, que todas estas predicciones se han cumplido en Jesucristo.

R. Los profetas habian predicho : 1° el orígen temporal del Mesías, el tiempo, y el lugar de su nacimiento. 2° Habian predicho el extraordinario modo con que naceria el Mesías; cual seria su condicion temporal, y su personal carácter. 3° Habian predicho que el Mesías anunciaria á los pueblos la doctrina de la salvacion; que haria grandes milagros; que experimentaria grandes contradicciones por parte de su pueblo. 4° Habian predicho que el Mesías seria sentenciado á muerte por los Judíos, y que resucitaria. 5° Los profetas habian predicho que los Judíos serian reprobados de Dios por haber hecho morir al Mesías. 6° Los profetas habian predicho que las naciones idólatras serian llamadas á la fe en lugar de los Judíos infieles, y todas estas profecías se han cumplido literalmente en la persona de Jesucristo.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho el orígen temporal del Mesías, el tiempo, y el lugar de su nacimiento.

R. Los profetas habian predicho que el Mesías naceria en la tribu de Judá, y de la familia de David : así se ve en varios pasajes del Antiguo Testamento. Los Judíos designaban al Mesías por el nombre de hijo de David. Jacob, al morir, señaló el tiempo del nacimiento del Mesías por estas palabras : « El cetro no será quitado á » Judá [1], etc. » Daniel y Ageo lo han señalado de un mo-

1 Seria muy útil hacer aprender de memoria á los jóvenes las profecías enteras, cuyas primeras palabras se refieren en este Catecismo.

do todavía mas preciso. Micheas predijo que naceria en Belen.

P. Manifestadme que todas estas profecías se han cumplido en la persona de Jesucristo.

R. Veo por las dos genealogías de Jesucristo, que era de la tribu de Judá, y de la raza de David. Veo por el Evangelio, que nació en Belen, en la semana sesenta y cinco de las semanas señaladas por Daniel, cuando un príncipe extranjero reinaba en la triba de Judá.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho del modo mas extraordinario donde naceria el Mesías, su condicion temporal, y su carácter personal.

R. Isaías, cap. VII, habia anunciado que el Mesías naceria de una Vírgen; y Zacharías, que seria distinguido de todos los otros hombres, sobre todo por su dulzura, etc.

P. Manifestadme que todas estas profecías se han cumplido en la persona de Jesucristo.

R. Todos cuantos han leido el Evangelio, saben que Jesucristo nació de una Vírgen por sola la obra del Espíritu santo: que nació en un establo: que desde luego vivió de su trabajo, y en seguida de limosna: que todas las virtudes, y sobre todo la bondad y la dulzura, formaban su carácter.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho, que el Mesías predicaria la doctrina de la salvacion; que haria milagros, y que experimentaria grandes contradicciones de parte de los Judíos.

R. Encontrareis la primera prediccion en Isaías, cap. VI: la segunda en el mismo profeta, cap. XXXV; y la tercera aun en el mismo profeta, cap. VIII.

P. Mostradme que estas profecias se han cumplido en la persona de Jesucristo.

R. Todo el Evangelio hace fe que Jesucristo pasó los tres últimos años de su vida en los trabajos de la predicacion: que hizo los mas grandes milagros: que los sacerdotes, los fariseos, y los ancianos del pueblo judáico le fueron siempre contrarios, y le persiguieron cruelmente.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho que el Mesías seria muerto por los Judíos, y que resucitaria.

R. Para probar desde luego que los profetas habian predicho que el Mesías seria muerto por los Judíos, os traeré el cap. LIII de Isaías, y el Salmo XXI. Estas dos profecías contienen todas las circunstancias de la muerte del Mesías, de un modo tan claro y tan distinto, como si formaran la historia de un suceso pasado.

P. Recitadme primeramente el cap. LIII de Isaías.

R. Vedlo aquí palabra por palabra : «Quién es quien ha creido en nuestra palabra, etc. »

P. Hacedme en pocas palabras el análisis de este capítulo.

R. Vemos en el cap. LIII de Isaías, que el Mesías se entregará él mismo á la muerte por los pecados de los hombres; que los hombres serán curados por sus heridas: que sus sufrimientos y su muerte le harán el padre de una multitud de predestinados, etc.

P. Manifestadme que esta profecía se ha cumplido en la persona de Jesucristo.

R. Jesucristo declaró varias veces, antes de su muerte, que moriria, porque querria morir; y lo probó del modo mas convincente. Tambien declaró, que daria su vida por la redencion de los hombres. Calló en presencia de sus acusadores, de sus jueces y de sus verdugos. No rehusó ninguna afrenta, ni tormento alguno. Fué tratado como un famoso criminal, y no dijo una palabra para manifestar su inocencia. La muerte de Jesucristo le ha adquirido la Iglesia, y todos los justos que han sido y son todavia sus principales miembros.

P. Recitadme el salmo XXI.

R. « ¡O Dios! ¡ó mi Dios! etc. »

P. Haced en pocas palabras el análisis de este salmo.

R. Vemos, por este salmo, que una furiosa persecucion se levantará contra el Mesías : que le horadarán los piés y las manos : que todos los huesos serán dislocados por la violencia de los tormentos que le harán sufrir; que le insultarán en sus sufrimientos, que sus vestiduras serán divididas, y que echarán suertes sobre su túnica, etc.

P. Manifestadme que esta profecía se ha cumplido en la persona de Jesucristo.

R. Leemos en el Evangelio, que los príncipes de los

sacerdotes se coligaron contra Jesucristo, y juraron su muerte : que le hicieron atar á la cruz con gruesos clavos : que ellos estaban al pié de la cruz para insultarle, mientras que aguantaba los tormentos mas crueles : que los soldados que le habian crucificado, partieron entre sí sus vestiduras, y echaron suertes sobre su túnica, etc.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho que el Mesías resucitaría.

R. Isaías dice que el sepulcro del Mesías sería glorioso, David que Dios no sufriria que experimentase los ataques de la corrupcion.

P. Manifestadme que estas profecías se han cumplido en la persona de Jesucristo.

R. Todos los evangelistas cuentan que Jesucristo, despues de haber anunciado varias veces que resucitaria tres dias despues de su muerte, resucitó en efecto segun su palabra; y este milagro es el mas incontestable de todos los milagros, como lo veremos en su lugar.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho que los Judíos serian reprobados de Dios por haber hecho morir al Mesías.

R. La reprobacion de los Judíos, en castigo de haber hecho morir al Mesías, habia sido predicha por el profeta Daniel, cap. IX, del modo mas claro.

P. Recitadme esta profecía.

R. Vedla aquí toda entera : « Estad atento, etc. »

P. Haced en pocas palabras el análisis de esta profecia.

R. Vemos, por esta profecía, que el Mesías parecerá en el curso de setenta semanas de años, que deben correr desde el edicto que será dado para volver á edificar á Jerusalen, y que hacen 490 años : que los Judíos renunciaran el Mesías : que morirá en la semana setenta : que el pueblo que lo habrá renunciado, no será mas su pueblo : que la ciudad y el templo de Jerusalen serán destruidos : que el pueblo judáico será exterminado de su país; y que la desolacion de este pueblo durará hasta el fin de los siglos.

P. Manifestadme que todas estas predicciones se han cumplido en la persona de Jesucristo.

R. Es constante, por el Evangelio, por la historia eclesiástica, y por las historias profanas, que Jesucristo na-

ció en la semana sesenta y cinco de las semanas señaladas en Daniel : que los Judíos le renunciaron en cuerpo de nacion : que le hicieron morir, porque se habia dicho, y decia todavía el Mesías : que mientras que la generacion que habia visto Jesucristo duraba todavía, los Romanos sitiaron á Jerusalen, la arruinaron de arriba abajo, y el templo con ella : que los Judíos fueron dispersos en todo el universo, donde nosotros los vemos todavía aborrecidos, y despreciados por todas partes.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho que las naciones idólatras serian llamadas á la fe.

R. David, Isaías, y los otros profetas habian predicho varias veces, y en términos muy claros, que las naciones idólatras serian llamadas á la fe.

P. Recitadme una de estas profecías.

R. En el cap. LXVI de Isaías, v. 19, dice Dios : « Yo levantaré un estandarte entre ellos, etc. »

P. Mostradme que estas profecías se han cumplido despues del advenimiento de Jesucristo.

R. Despues de la muerte y la resurreccion de Jesucristo, los Apóstoles, y los otros discípulos, se dispersaron por todo el mundo conocido, para predicar el Evangelio. Atrajeron una infinidad de idólatras, y naciones enteras, al conocimiento, y al culto de Dios y de Jesucristo.

P. Hacedme ver que los profetas habian predicho que las naciones idólatras serian llamadas á la fe, en lugar de los Judíos reprobados.

R. La vocacion de los gentiles, ó naciones idólatras á la fe, en lugar de los Judíos reprobados, está claramente señalada en esta profecía de Moisés, en el Deuteronomio, cap. XXXII : « Ellos han provocado mis celos, etc.» Y en esta otra de Malachías, c. 1º, v. 10 : « Mi afecto no está en ellos, etc. »

P. Mostradme que esta profecía se cumplió despues de la venida de Jesucristo.

R. Vos lo veis con vuestros propios ojos. La nacion de los Judíos se obstina todavía en su incredulidad ; y la Iglesia de Jesucristo está compuesta de naciones idólatras, convertidas á la fe.

P. Convengo en que Jesucristo ha tenido todos los ca-

ractéres del Mesías predicho por los profetas. Pero, ¿es él solo el que los ha tenido?

R. Ninguno otro que Jesucristo ha tenido todos los caractéres del Mesías predicho por los profetas: los Judíos convienen en ello así como los cristianos. Hay mas porque los Judíos de hoy dia no pueden nombrar un solo hombre que haya tenido ni uno solo de estos caractéres; no de aquellos que han podido ser comunes al Mesías, y á varios otros; como el haber nacido en la tribu de Judá, de la familia de David, en el lugar de Belen.

P. Pero puede ser que todos los caractéres que debia tener el Mesías, segun los profetas, se hayan reunido por casualidad en la personas de Jesucristo.

R. Seria la locura mayor el imaginar que todos los rasgos con los cuales los profetas han formado el retrato del Mesías, se habian reunido dor casualidad en la persona de Jesucristo. Desde Jacob hasta Malachías, esto es, en el discurso de mas de 1200 años, los profetas han anunciado sucesivamente el Mesías. Ninguno de ellos le ha pintado todo entero; los unos no han dado mas que uno de estos rasgos, y otros han dado varios. Si cada uno de estos profetas ha sabido y comprendido todo lo que aquellos que los habian procedido habian predicho del Mesías; es cierto, á lo menos, que ninguno de ellos sabia lo que aquellos que les sucederian, predecirian; y así no ha podido haber entre ellos concierto alguno: luego si los profetas han formado entre todos ellos un retrato completo del Mesías, y si este retrato se encuentra ser el de Jesucristo; es sin duda, porque Dios mismo ha hecho á Jesucristo sobre este retrato despues de haber hecho este retrato sobre Jesucristo, á quien distintamente estaba viendo en los siglos futuros. Si otro que el Mesías hubiera tenido uno solo, ó á lo mas dos de los grandes caractéres del Mesías, sin tener al propio tiempo todos los otros, esta casualidad sorprenderia: pero que un solo hombre haya tenido todos estos caractéres, que los haya tenido del modo mas eminente, que los haya tenido exclusivamente, y que no obstante no sea el Mesías, esto es absolutamente imposible, ó es preciso decir, que no le queda á Dios medio alguno cierto de hacer conocer lo futuro á los hombres.

P. Supuesto que Jesucristo ha tenido de un modo tan sensible y tan expresivo, todos los caractéres del Mesías predicho por los profetas, ¿cómo los Judíos, que le vieron, no le reconocieron por el Mesías?

R. Los Judíos que vieron á Jesucristo, no le reconocieron por el Mesías, porque estaban ciegos de celos, de aborrecimiento, de ambicion, y de falsa política; y porque Jesucristo no respondia á la idea que ellos se habian formado en sí mismos de un Mesías conquistador.

P. ¿Qué consecuencia sacais de que Jesucristo es el Mesías predicho por los profetas?

R. De que Jesucristo es el Mesías predicho por los profetas, deduzco, que debo recibirle como tal, instruirme en su doctrina, creer todo lo que ha revelado, observar todo lo que ha mandado, y arreglar mi vida á sus divinos ejemplos.

SEGUNDA PARTE.

Donde se exponen los motivos de credibilidad que se sacan de los caractéres personales de Jesucristo, ó de Jesucristo considerado en sí mismo é independientemente de las relaciones que contiene con las profecías.

PROEMIO.

Para servir de introduccion á la segunda parte.

Cuando hubieras nacido Judío, mi querido Teótimo, musulman ó idólatra, lo que te he dicho hasta aquí bastaria para determinarte á abrazar el Cristianismo. He visto en tí, al fin de nuestra última conversacion, todas las señales de un hombre plenamente convencido de la divinidad de la Religion cristiana: esto no me ha sorprendido, conociéndote como te conozco. ¿Cómo habrias

podido rehusarte á la impresion de tantas pruebas evidentes? Bien persuadido estoy á que no me pedirias nada mas, si no te hubiera indicado, que aun me quedaban muchas cosas que decirte.

Tú te admirarás, pues, Teótimo, cuando te declare que mi intencion es, no que borres de tu memoria todos los conocimientos que te he dado, sino que suspendas el hacer uso de ellos por un cierto tiempo : que los mires como no tenidos, y que juzgues de las nuevas pruebas que voy á presentarte de la divinidad de la Religion cristiana, únicamente por su propia fuerza, ó si se quiere, por la fuerza que ellas por sí mismas tienen, independientemente de su relacion con aquellas que los han precedido ; en una palabra, que te comportes como un hombre que jamás ha oido hablar de Jesucristo, ni de los cristianos, ni de la Religion cristiana, y cuya instruccion comienza en este momento. Procura, Teótimo, ponerte en esta situacion.

Considera, pues, aquí á Jesucristo, como un hombre en quien todos los oráculos de los profetas, tocante el Mesías, se han verificado á la letra con la mas rigurosa exactitud, y que ha llevado sobre su persona, de un modo tan sensible y tan palpable, todos los caractéres del Salvador prometido de Dios, desde el orígen del mundo, que es imposible que no lo sea : sino considérale en sí mismo, considérale como un hombre que no es conocido sino por sí mismo, y de cuya venida no habia tenido el mundo noticia alguna antes que hubiese parecido : como un hombre, en fin, que cuando nadie pensaba, ni podia pensar en él, se ha manifestado en la Judea, y ha dicho á sus habitadores admirados : Yo vengo de parte de Dios, que me envia, á daros á vosotros, y á todos los hombres, una ley nueva mucho mas perfecta que la que Moisés dió en otro tiempo á vuestros padres en el desierto, y de la cual la de Moisés no ha sido sino una figura, y como un bosquejo. Vengo á reconciliar el mundo con Dios por mi mediacion, á rescatar los hombres con el mérito de mi muerte, á santificarlos y salvarlos por mi gracia, etc. Considera á Jesucristo bajo este solo punto de vista, y despues entra en el exámen de las pruebas que él ha dado de todo cuanto habia dicho, to-

cante su mision divina, y tocante los grandes objetos de esta mision, y te verás obligado á convenir en que él es todo lo que se ha dicho, y que es preciso necesariamente el creerle sobre su palabra, ó renunciar la buena fe y el buen juicio. Porque, lo digo con confianza, Teótimo, como el sol no tiene necesidad sino de sí mismo, y de la luz que emana continuamente de su seno para anunciar al mundo, y hacer conocer todo lo que es y lo que puede : como no puede vérsele sino por sí mismo ni conocerle bien sino en sí mismo : como luego que sube sobre el horizonte, se ve de un golpe todo lo que es ; el mas bello y mas grande de los astros del cielo, la antorcha del mundo, el alma y la vida de la naturaleza, que recibe de él toda su fecundidad ; del mismo modo Jesucristo no tiene necesidad sino de sí mismo para mostrar todo lo que él es, y todo lo que puede. Por la luz que de él emana, y la que hay en sí mismo, es por donde puede conocérsele bien; sus virtudes, su doctrina y sus milagros le manifiestan de un golpe, no solo como el primero y el mas grande de los hombres, sino como un Hombre Dios ; el alma del mundo de los espíritus, si puedo servirme de esta expresion ; la luz y la vida de las almas, y el principio de su fecundidad espiritual. No era necesario que se hiciese anunciar al mundo por sus profetas, bastaba que se manifestase ; y si se hizo anunciar tantos siglos antes de mostrarse fué, 1° y principalmente, porque queriendo salvar á todos los hombres, tanto á los que le precedieron, como á los que le han seguido, y que no pudiendo ninguno ser salvo sino por la fe en él, era necesario que fuese conocido á los unos por las profecías, y á los otros por sus propias obras. 2° Para inspirar al género humano el deseo de verle, y para consolarle en sus miserias con la esperanza de que un dia le veria.

Tú no has oido hablar jamás, mi querido Teótimo, de Jesucristo, del Cristianismo ni de los cristianos (porque no olvides, que así lo suponemos). Hoy te he conocido, y hoy mismo comienzo tu instruccion, á la cual no traes mas preparacion que un espíritu recto, un alma simple, y un corazon puro, y libre todavía de aquellas pasiones que disponen al hombre á sublevarse contra la verdad ;

porque la verdad es el enemigo irreconciliable de las pasiones.

Desde luego te leo los libros del Evangelio, y despues de esta lectura te pregunto qué piensas de lo que refieren estos libros. Puede ser que me respondas, que nada hay en el mundo tan maravilloso, y que jamás has visto, ni oido referir, cosas semejantes. Pero que sin embargo te cuesta mucho trabajo el creer todo esto, porque son cosas muy extraordinarias para ser ciertas. Yo vuelvo al asunto, y digo á mi vez : pero si yo te manifestara claramente que todo lo que se refiere en estos libros es exactamente cierto, constante y superior á toda contestacion y que las pruebas que hay de ello son tan concluyentes, que un hombre de buen juicio es imposible se resista á ellas, ¿qué dirias? Lo que yo diré, me responderás sin duda, será, que Jesucristo es sin dificultad el mayor hombre que el mundo haya visto : que era un hombre enviado de Dios á los otros hombres para su felicidad : que el don mas bello que Dios ha hecho jamás al género humano, ha sido el suscitarle este hombre maravilloso si en todo caso no fuera mas que un hombre. Tú has leido el Evangelio, Teótimo, y tú sientes en este momento, que lo que aquí dijo, es lo mismo que lo que en tí pasaria, si te hallaras en la situacion que te supongo.

Desde luego tenemos que examinar juntos, si estos libros del Evangelio, que no son otra cosa sino la historia de Jesucristo, tienen los caractéres que una historia debe tener para merecer nuestra creencia absoluta, la mas plena, la mas entera, y la mas universal. Este es el punto capital. Si se prueba, todo se tiene ; si no se prueba nada se tiene. Si no puede negarse la verdad de la relacion de los Evangelistas, Jesucristo ha sido por excelencia el enviado de Dios á los hombres : un hombre revestido de un carácter auténtico y público para enseñar los hombres, y darles una ley santa en nombre de Dios ; un hombre Salvador y Redentor de todos los hombres ; en fin, un hombre Dios mismo. Si la relacion de los evangelistas puede contestarse, todas las consecuencias que los cristianos sacan de ella, caen por sí mismas, todo el edificio de se Religion se arruina ; y Jesucristo no tiene

ninguno de los caractéres que los cristianos le atribuyen. Examinemos, pues, desde luego si la relacion de los autores del Evangelio es fiel, y hagamos este exámen con el mas escrupuloso cuidado.

PRIMERA CONFERENCIA.

Sobre la verdad, la autenticidad, y la divinidad de los libros del Evangelio, ó de la historia de Jesucristo.

Todos los caractéres de autenticidad, de verdad y de divinidad, que el género humano podia desear en un libro que encierra el depósito de los misterios que Dios ha revelado á los hombres, leyes que les ha dado, promesas que les ha hecho, beneficios que les ha dispensado, alianza que con ellos ha contraido, en una palabra, de toda la Religion: todos los caractéres de autenticidad, de verdad y de divinidad que el género humano podia desear en un libro que encierra estos sagrados y preciosos monumentos, se hallan admirablemente reunidos en los libros del Evangelio ó de la historia de Jesucristo. ¿Qué digo, Teótimo? estos libros, únicos en su especie, sin exceptuar ni los del Antiguo Testamento, encierran mas caractéres de autenticidad, de verdad y de divinidad, que los hombres podian desear; supuesto que encierran varios, de los cuales no habian jamás tenido los hombres idea alguna antes que estos libros parecieran, y tampoco la tendrian hoy si estos libros no existieran. Los hombres no tenian derecho de exigir de Dios todo lo que les ha dado en este género; y habrian debido contentarse con mucho menos. Esto es, Teótimo, lo que la série de esta conversacion te hará comprender de un modo igualmente capaz de instruirte, como de agradarte y de moverte.

Empezaré por probar que los libros del Evangelio son la historia mas verdadera, sea en el fondo, ó sea en sus pormenores, que jamás se ha escrito: que los hechos referidos en estos libros son de una certeza superior á la de los hechos consignados en las historias profanas, las

mas universalmente recibidas: y que en fin, nosotros podemos decir apenas, que lo que hemos visto con nuestros propios ojos, no sea tan constante, como lo que los evangelistas nos refieren de Jesucristo.

Y observa aquí, Teótimo, que para demostrar todo lo que los cristianos creen, tocante la persona de Jesucristo la divinidad de su mision, y los grandes objetos de esta mision, basta probar que los libros del Evangelio tienen una certeza histórica puramente humana, que los hace superiores á toda sospecha de suposicion ó de error: una vez hecha esta prueba, lleva consigo todos los otros puntos, como otras tantas consecuencias necesarias; porque es absolutamente imposible que los hechos referidos en el Evangelio sean ciertos, sin que estos puntos lo sean tambien. No me contentaré sin embargo con eso; sino que despues de haber demostrado que los libros del Evangelio son la historia mas fiel que ha visto el mundo, mostraré además, que los mismos libros han sido escritos por inspiracion de Dios.

ARTICULO I.

Pruebas de la verdad y de la autenticidad de los libros del Evangelio, sacadas de las reglas de la crítica.

1° Todo el mundo conviene, Teótimo, en que los libros del Evangelio nacieron con el cristianismo, y en que el cristianismo nació con estos libros. Dos apóstoles de Jesucristo, san Mateo y san Juan, han escrito dos: san Marcos y san Lucas, el primero, discípulo de san Pedro, y el segundo de san Pablo, han escrito los otros dos. En todos los siglos donde se encuentran cristianos, se les halla en posesion de estos libros. Estos libros han venido como de mano en mano desde el tiempo de los Apóstoles, hasta nuestro tiempo. Se les halla citados de siglo en siglo en todas las historias, y en todos los monumentos escritos desde los apóstoles, hasta nosotros. Se leen en estos monumentos, si puedo explicarme así, las actas auténticas, por las cuales trasmite cada generacion el depósito sagrado de estos libros, á la generacion siguiente. Esta tradicion no ha sido jamás desmentida

ni interrumpida; y como desde esta capital del reino puede cada uno remontar por el rio hasta su nacimiento y volver á bajar seguidamente desde su orígen hasta la capital, del mismo modo puede cada uno remontar fácilmente desde el tiempo en que estamos, hasta el orígen de la tradicion, de que hablamos, y volver á descender seguidamente desde el orígen de esta tradicion, hasta el tiempo en que estamos.

2º Los autores de las historias de Jesucristo, no solo eran contemporáneos de este Divino Salvador, y de los sucesos que refieren, sino que dos de ellos, san Mateo y san Juan, habian sido testigos de estos sucesos. Ellos afirman, tocante el Verbo de vida, sirviéndome de las palabras de este último, lo que han visto con sus propios ojos, lo que han oido con sus propios oidos, y lo que han tocado con sus propias manos. San Marcos y san Lucas han escrito cuando vivian aun los Apóstoles, y los primeros discípulos de Jesucristo, y con su aprobacion han publicado sus libros; y así tienen á lo menos la autoridad de historiadores contemporáneos.

3º Los evangelistas, á lo menos dos de entre ellos, han escrito su historia casi inmediatos á la muerte de Jesucristo, cuando los sucesos que refieren estaban recientes, cuando causaban el mayor ruido en la Judea, dividiendo todos los ánimos, y poniéndolo todo en movimiento. Ellos han escrito, ó en la Judea, como se cree de san Mateo, ó en un país donde estaban rodeados de Judíos. Ellos, pues, han escrito y publicado su historia en un tiempo en que los sucesos que refieren no podian ser ignorados, si eran ciertos, ni creidos, si eran falsos: en un tiempo en que todo el mundo se habria levantado contra ellos, y los habria convencido de impostores, si su relacion hubiera sido falsa[1]. Presentar sus libros á los

1 Cuando fuera cierto que san Mateo y los otros evangelistas no publicaron sus libros en la Judea, sino que se contentaron con ponerlos en manos de los Judíos convertidos, como estos formaban un gran número, sobre todo en Jerusalen, y que allí habia entre ellos muchos sacerdotes, es evidente que el razonamiento que aquí hago, tendria la misma fuerza; y por otra parte, como presto lo dirémos, los evangelistas no han compuesto sus libros sino de los

Judíos en los tiempos de que hablamos, era tomarlos á ellos mismos por testigos de los hechos que exponian en estos libros. Era decir á este pueblo: Ved ahí lo que vosotros sabeis tan bien como nosotros. Estos milagros se han obrado en medio de vosotros. Esta doctrina os ha sido predicada. Estas parábolas, y estas profecías, os han sido dirigidas por Jesucristo. Los evangelistas estaban bien seguros de que no podian ser contestados estos hechos; de otro modo habrian sido á la vez los hombres mas imprudentes é insensatos del mundo.

4° Los Judíos no se han atrevido jamás á oponerse á la verdad de los hechos contenidos en los libros del Evangelio[1], sin embargo de que se hallaban altamente interesados, desde su primer principio, á hacerlos pasar por falsos, ó cuando menos, por dudosos; porque tres cosas son aquí evidentísimas:

1° Que los evangelistas, y los primeros cristianos con ellos, no publicaban estos hechos sino para probar que Jesucristo era el Mesías.

2° Que estos hechos tenian por sí mismos una extrema fuerza para convencer á todo hombre de buena fe de que Jesucristo era verdaderamente el Mesías.

3° En fin, que los príncipes de los sacerdotes, los senadores del pueblo judáico, y la mayor parte de este pueblo, no querian á Jesucristo por Mesías, y que sobre esto habian tomado su partido, aunque les costase mucho.

¿Qué resulta de todo esto, Teótimo, sino que el solo partido que les quedaba á los Judíos en semejantes coyunturas, era el de negar altamente todo lo que los evangelistas y todos los cristianos con ellos publicaban, tocante á Jesucristo, y gritar que todo era falsedad é impostura? No lo han hecho[2]: luego es evidente que no han podido

hechos que habian predicado públicamente de viva voz, antes que los escribieran.

1 Es menester exceptuar el milagro de la resurreccion; pero veremos mas adelante, que el modo con que los Judíos niegan este milagro establece mas vien la verdad.

2 Vemos en el Evangelio, que los Judios entre los cuales vivió Jesucristo, no pudieron jamás dejar de reconocer la verdad de sus milagros. Estos milagros fueron la causa de que se resolvieran á

hacerlo. ¿Porqué no lo han podido? Porque todos estos hechos tenian la mayor publicidad en la nacion: todo esto habla por sí mismo.

Los apóstoles, los evangelistas, y todos los primeros cristianos, arguian así contra los Judíos. Jesucristo ha sido un hombre de la santidad mas venerable: ha enseñado una doctrina muy santa y muy sublime: ha hecho los mas grandes milagros, y los ha hecho para probar que él era el Mesías: luego era el Mesías.

¿Qué respuesta mas simple, mas corta, y mas decisiva que esta, podia darse á este argumento? Esta, sin duda: Jesucristo no ha hecho milagros: nada menos era que santo: su doctrina no tenia ninguno de los caractéres que vosotros le atribuís: nada hemos oido ni hemos visto de lo que publicais, y así sois impostores.

Los Judíos no han dado jamas esta respuesta; pero mira como se han explicado. Jesucristo no era el Mesías; sin embargo ha hecho milagros: luego no ha hecho estos milagros sino por el poder de los demonios. Razonamiento horrible, que no ofende menos el buen juicio, que la piedad, porque ponen en ello como principio lo que está en cuestion.

5° Los evangelistas, á lo menos dos de entre ellos, san Mateo y san Juan, habian sido los compañeros inseparables de Jesucristo, y por consecuencia estaban perfectamente instruidos en todo lo que le tocaba; y

hacerle morir; y sin embargo que espiraba en la cruz, le acordaban sus milagros para insultarle. « Él ha salvado á los otros, decian, y » no puede salvarse á sí mismo. »

Los Judíos de los tiempos posteriores á Jesucristo han confesado siempre, y lo confiesan hoy, que hizo grandes milagros. Y como los cristianos los han estrechado siempre por esta misma confesion á que reconozcan á Jesucristo por el Mesías, han respondido, no como sus padres, que Jesucristo habia hecho estos milagros en nombre de Beelzebud, príncipe de los demonios, sino porque habia hallado en el templo la verdadera pronunciacion de la palabra *Jehova*, que en la lengua hebrea es el nombre propio é incomunicable de Dios; y que habia obrado tantas maravillas por la virtud todo poderosa de este nombre; respuesta mas absurda, si es posible, que la primera, y á la verdad, no menos impía; como si lo Todopoderoso de Dios fuera esclavo de tres sílabas pronunciadas correctamente.

así, si los hechos con los cuales han compuesto la historia de Jesucristo son verdaderos, nadie mejor que ellos conocia la verdad; y si son falsos, nadie tampoco mejor que ellos conoció la falsedad. Sobre esto hago tres reflexiones, y digo : 1° Si los hechos de los cuales los evangelistas han compuesto la historia de Jesucristo son falsos, los evangelistas los inventaron. Ahora, esto es absolutamente imposible. No, Teótimo, no es permitido al entendimiento humano hacer semejantes invenciones. Aquel que hubiera imaginado el carácter de Jesucristo, que le hubiera hecho hablar, como ha hablado, obrar como ha obrado, y morir como ha muerto, seria él mismo un hombre tan extraordinario como Jesucristo. 2° Si los hechos de los cuales los evangelistas han compuesto la historia de Jesucristo son falsos, los evangelistas habian concertado desde luego su fábula con los otros discípulos de Jesucristo; ó á lo menos, los habian empeñado á adoptarla, despues de haber convenido en ello. Ahora, esto es tambien imposible. ¡Qué! entre tantos hombres, ¿no se habria encontrado uno siquiera que hubiera rehusado tan negra impostura? 3° Si los hechos de los cuales los evangelistas han compuesto la historia de Jesucristo son falsos, los evangelistas habian pues, determinado á todos los otros discípulos de Jesucristo á atestiguar su verdad delante de los Judíos, los Griegos, los Romanos y todas las naciones, y á morir antes que retractar su testimonio. Ahora, esto es tambien imposible : un furor semejante no se concibe en un solo hombre : ¿cómo, pues, se concebiria en millares de hombres?

6° Si los hechos de los cuales los evangelistas han compuesto la historia de Jesucristo son falsos, los evangelistas y los primeros discípulos de Jesucristo no tenian esperanza alguna de hacerlos pasar por verdaderos : no tenian interés alguno en hacerlos pasar por verdaderos; todos sus intereses se reunian para impedirles el formar el proyecto, igualmente criminal, que insensato, de hacerlos pasar por verdaderos. Ahora, los evangelistas, no solo han publicado estos hechos como verdaderos, sino que han muerto tambien para atestiguar su verdad : luego estos hechos son verdaderos. Que un hombre muera mas

bien que renunciar una opinion, que se ha formado, ó adoptado de otro, sea en materia de Religion, sea en materia de filosofía, de política ó gobierno, lo concibo muy bien, porque de ello se han visto mil ejemplares; pero que un hombre muera para atestiguar un hecho, que conoce ser falso, y en el cual no tiene interés alguno, siendo falso, yo no lo concibo, y esto jamás se ha visto.

7° Voy mas allá. Los evangelistas, antes de componer sus libros, habian anunciado en público todos los hechos que en ellos se contienen. Los anunciaban en público, mientras que componian sus libros; y continuaron haciéndolo así despues de haberlos compuesto. Los evangelistas no compusieron sus libros sino con el fin de que los siglos futuros no olvidasen jamás lo que habian dicho de viva voz. Estos libros son otras tantas recopilaciones de su predicacion. Ahora, cuando los evangelistas publicaban, por medio de la predicacion, los hechos que escribieron despues, eran tales las coyunturas, que no podian publicarlos, sin sublevar contra ellos todo el universo, y sin exponerse, como sucedió en efecto, á las persecuciones mas violentas, á las cadenas, á los oprobios, á los tormentos y á la muerte.

Ha sido, pues, preciso que los evangelistas fuesen otros tantos héroes, para atreverse á publicar estos hechos, por mas verdaderos que fueran: luego estos hechos son los mas verdaderos y mas incontestables de todos los hechos; porque, si estos hechos son falsos, para que los evangelistas se hayan atrevido á publicarlos, era preciso que fuesen otros tantos locos, y mas que locos. Porque, fuera de que publicándolos, en las coyunturas de que hablamos, estaban ciertos en que sublevarian contra ellos todo el universo, y se expondrian á las persecuciones mas violentas, á los oprobios, á los tormentos y á la muerte; hacian traicion á su conciencia, hacian el mayor ultraje al Sér supremo, contra el cual daban un testimonio falso, para servirme de las palabras de san Pablo; atraian sobre ellos sus mas temibles venganzas, y esto sin la esperanza de ser creidos de los hombres. ¡O Teótimo! todos los dias se ven hombres que sacrifican su deber á su reposo; el testimonio de su conciencia á la aprobacion de los hombres; su salvacion

á su vida; y sus intereses eternos á los temporales. Pero jamás se ha visto sacrificar á la vez, su reposo y su deber; la aprobacion de los hombres, y el testimonio de su conciencia, su vida y su salvacion, todos los intereses temporales, y los eternos, ni se verá jamás. Ahora es evidente que lo que decimos aquí de la predicacion de los evangelistas, debe decirse de la composicion de sus libros. En la suposicion de ser falsos los hechos contenidos en estos libros, esta composicion habria sido un segundo rasgo de locura, y un segundo crímen añadido á sus predicaciones, no menos inconcebible.

8° Aunque todos los evangelistas hayan escrito poco tiempo despues de la muerte de Jesucristo, no han escrito todos sin embargo en el mismo preciso tiempo, ni en el mismo lugar, ni en la misma lengua, ni en el mismo estilo. Se ve sensiblemente, en comparando los cuatro evangelios, que son cuatro obras compuestas por cuatro autores, de los cuales es cada uno original en su género, y que todos trabajaron independientemente el uno del otro. No colocan todos los mismos hechos con el mismo órden; y no los dicen en los mismos términos, ni con las mismas circunstancias; y sin embargo, jamás se contradicen. El estilo de cada uno de ellos tiene una sencillez admirable, y no obstante, ninguno de estos estilos se parece al de otro. De todas estas observaciones resulta claramente, que los cuatro evangelistas han compuesto cada uno su historia sin estar de acuerdo con los otros. Y de que los cuatro evangelistas han compuesto cada uno su historia sin concertarse con los demás, se sigue claramente, que cada uno de ellos estaba bien asegurado de la verdad de los hechos que referia. Jamás las cuatro historias de Jesucristo compuestas por los cuatro evangelistas, no habrian podido ser tan conformes como son, si cada uno de ellos hubiera inventado la suya; y jamás habrian podido ser tan diferentes, como se ve, si los cuatro evangelistas las hubieran escrito de concierto.

9° En fin, observemos aquí, que los evangelistas, que ciertamente escribian los hechos mas maravillosos que el mundo habia visto hasta entonces, y que jamás verá, entran en la relacion de estos sucesos de un golpe,

y sin haber dicho una palabra para preparar los ánimos á creerlos : que empiezan esta relacion como unas personas á quienes no se les ocurre siquiera que puedan oponerse á lo que exponen : que ponen á la cabeza de sus libros las épocas, bajo las cuales se contienen todos los hechos, cuya narracion emprenden ; épocas que forman el carácter del siglo en que ellos mismos escribian, y al cual dirigen inmediatamente la palabra, si puedo explicarme así. Ahora, pregunto sobre esto, ¿si se miente así, y si puede mentirse así sin ser tratado al instante de impostor por el público indignado? Pregunto, ¿si hay un hombre á quien sea posible contar á su nacion, y á todo su siglo, como notorios, unos hechos tan extraordinarios como los de que hablamos, cuando son falsos y supuestos? ó si es posible imaginar un siglo que sufra pacientemente un insulto semejante? Si los evangelistas comenzaron su relacion, y la han continuado con aquel aire de confianza que hemos dicho, es porque estaban bien ciertos de la verdad, y de la notoriedad de los hechos que contaban, y si su siglo no los ha contradicho, es porque no podia contradecirlos, porque en la suposicion de lo contrario, nadie concebiria jamás, ni la prodigiosa desvergüenza de los evangelistas [1], ni la prodigiosa estupidez de su siglo.

Concluyamos, Teótimo, de todo lo que se ha dicho hasta aquí, que juzgando los libros del Evangelio por las reglas de la crítica mas exacta y mas escrupulosa, deben mirarse como la historia mas auténtica y mas verdadera que se haya escrito jamás.

1 Este razonamiento tendria toda su fuerza si fuera cierto que S. Mateo y los otros evangelistas no confiaron sus libros sino á los cristianos : 1° porque entonces los cristianos componian un gran número, y la mayor parte, ó á lo menos muchos de estos cristianos, eran Judíos convertidos ; 2° porque se multiplicaban sin cesar, y por consecuencia los libros del Evangelio no podian dejan de ser bien presto conocidos de los Judíos y de los paganos.

ARTICULO II.

Pruebas de la verdad de los libros evangélicos, sacadas del carácter personal de los evangelistas.

Cuando una historia que contiene grandes sucesos [1] ha sido escrita y publicada por un autor contemporáneo; esto es, por un autor que cuenta lo que ha visto, ó lo que estaba reciente y conocido públicamente en su tiempo, y que nadie se ha opuesto, ni tachado de falsa su relacion, ni en el pueblo donde dice que pasaron estos sucesos, ni en los pueblos vecinos; esta historia es mirada universalmente como verdadera y digna de fe, haya sido su autor quien haya sido; porque entonces esta historia tiene el sello de la aprobacion del siglo en que se publicó; y es mirada como una informacion jurídica de los hechos que contiene, firmada de todos sus contemporáneos. Una historia que tiene este carácter, es menos la obra del que la ha compuesto, que del pueblo que solemnemente la ha confesado, y que por esta confesion, tiene como dicho á todas las generaciones que debian nacer de él, y todos los otros pueblos: ¡O posteridad, que nacerás de nosotros! ¡O pueblos que estais esparcidos en todo el universo! Nosotros os dirigimos este monumento, cuya verdad certificamos. Todo lo que este libro contiene, ha pasado entre nosotros, y lo hemos visto. Esta deposicion de todo un pueblo en favor de una historia, se ha mirado siempre como infalible, y jamás se ha visto sino locos (si acaso se ha visto alguno) que hayan dejado de prestar fe á una deposicion semejante.

Un libro que tiene este gran carácter, aunque hubiese sido escrito por un hombre sin costumbres y sin probidad, como Salustio, seria sin embargo acreedor, y ob-

1 En vano se diria aquí, que hablando con propiedad los evangelistas, no dieron sus libros al público, sino solo á los cristianos de su tiempo; porque, sea lo que fuere, es cierto por una parte que los evangelistas no escribieron sino los hechos que antes habian publicado, y que publicaban todavía de viva voz, y por otra, que los Judíos no desmintieron jamás estos hechos.

tendria la fe de todos los pueblos y de todos los siglos. La aprobacion que los contemporáneos habrian dado á la obra, supliria lo que faltase al escritor para ser creido; porque en este caso, el público seria mirado como el verdadero autor de la obra, y el escritor, como el secretario del público.

¿Qué confianza, pues, no debemos tener en la narracion de los evangelistas, cuando consideramos que no solo han sido hombres de una probidad irreprensible, sino tambien de una eminente santidad : que se han parecido perfectamente á aquel, cuya historia nos han dejado, quiero decir, Jesucristo : que su vida ha correspondido exactamente á su enseñanza? Se ha admirado en ellos el mas puro amor de Dios, la caridad mas tierna y generosa con el prójimo; el desprendimiento mas heróico de todos los bienes, cuya ambicion, la codicia y las otras pasiones, inspiran el deseo á los hombres. Jamás se vieron hombres mas justos, mas amigos de sus semejantes, mas sumisos á las potestades, mas modestos, mas castos y mas templados : estos eran completos modelos de todas las virtudes.

Sabemos que les llamaban sediciosos, perturbadores del reposo público, enemigos de los emperadores y del imperio, impíos y mágicos : que bajo estos pretextos se les ha perseguido con obstinacion, atormentado y hecho morir; pero tambien sabemos, que todas estas acusaciones querian decir, en dos palabras, que eran cristianos : que anunciaban el evangelio con un celo intrépido : que trabajaban sin cesar en hacer conocer á los paganos la vanidad de sus Dioses, y la impiedad del culto que les daban; y que hacian milagros. Jamás se les ha imputado accion alguna de aquellas que por todas partes son crímenes; porque son siempre opuestas á esta ley eterna, á la cual, ni las costumbres, ni la costumbre, no pueden derogar.

Las persecuciones que los evangelistas han sufrido por causa del Evangelio, son la prueba de su virtud; y su virtud misma es la prueba de la verdad de su relacion. La santidad del testigo da la principal fuerza á su testimonio, sobre todo, cuando este testigo se muestra determinado á morir mas bien, que desmentir los he-

chos sobre los cuales ha despuesto. Cuando veo á los apóstoles responder á los príncipes de los sacerdotes, que les prohiben anunciar á Jesucristo : «Nosotros no » podemos no publicar lo que hemos visto y oido : juz- » gad vosotros mismos si es justo obedecer á los hom- » bres, mas bien que á Dios. » Cuando los veo responder así con aquella modestia intrépida, que mejor me la figuro, que sé pintarla; confieso que me siento como forzado á entregarme á su testimonio. Y así, Teótimo, cuando los evangelistas fueran conocidos por hombres viciosos, nos veriamos obligados á prestar fe á su relacion, porque todo su siglo la ha aprobado, y es imposible que todo un siglo se engañe en esta materia; y cuando (por imposible) todo su siglo los hubiera desaprobado, deberíamos todavía creerlos, porque es imposible que hombres de un carácter tan eminente quieran engañar.

ARTICULO III.

Pruebas de la autenticidad, de la verdad y de la divinidad de los libros del Evangelio, sacadas del carácter de los escritos de los evangelistas.

Si se examinan los libros del Evangelio segun las reglas de una crítica sabia y exacta, es preciso confesar que no hay historia mas verdadera que la que contienen. Si se hace juicio de estos libros por el carácter personal de los que los han escrito, tambien es indispensable hacer la misma confesion. Esto es, mi querido Teótimo, lo que acabo de demostrarte, y te veo tan convencido de este importante punto, que podria dejarlo aquí; pero no lo haré sin embargo, porque no quiero quitarte nada de lo que puede contribuir á tu mejor instruccion.

Digo, pues, mi querido Teótimo, que todo hombre que lea con atencion los libros del Evangelio, y que por otra parte tenga bastante penetracion y profundidad de entendimiento para descubrir los caractéres propios de estos libros admirables, y para compararlos con todos los libros que el entendimiento humano ha producido, y conocer toda la diferencia que hay entre estos y aquellos, sentenciará sin vacilar, no solo que los libros evan-

gélicos son verídicos, sino tambien que son divinos, y que no han podido escribirse sino por autores inspirados de Dios. Sigue, pues, las observaciones que voy á hacer sobre estos libros, y te convencerás de que no digo todavía de ellos lo bastante.

1° Todo hombre que escribe una historia, quiere ser creido de sus lectores. Este sentimiento está en la naturaleza; pero el que escribe una historia llena de sucesos maravillosos, que en nada se parecen á lo que los hombres habian visto hasta entonces, teme mucho no ser creido, porque conoce que si no le creen le despreciarán, y le tratarán, no solo de hombre poco instruido, sino de hombre de entendimiento debil, nimiamente crédulo y visionario. Este segundo sentimiento no está menos que el primero en la naturaleza. El ser tratados de ridículos es lo que en todos tiempos han temido mas los hombres, y en todos tiempos tambien los autores han sido entre todos los hombres los que mas han temido el pasar por ridículos. ¿Qué hace, pues, un autor en el caso que hablamos, para evitar este inconveniente? Prepara hábilmente á sus lectores para recibir lo que va á referir en el género maravilloso; da pruebas, ó las promete; cita sus garantes, ó promete citarlos oportunamente, etc. Los evangelistas no toman ninguna de estas precauciones que descubren siempre á un escritor que desconfia de sí mismo, ó de su asunto, ó de sus lectores. La confianza que ellos tienen en la verdad, y en aquel en cuyo nombre la dicen al mundo, es tal, que ni siquiera les pasa por la idea el recurrir al arte para hacerla recibir, y aunque ponen á la cabeza de su historia la relacion del milagro mas asombroso, y al mismo tiempo mas secreto, que se haya jamás obrado : la Concepcion de Jesucristo por obra del Espíritu santo en el seno de una Madre siempre Vírgen; ni aun advierten á sus lectores, que los milagros que Jesucristo ha hecho en público, y que todo el mundo ha visto, son tan grandes, que deben dar crédito á aquellos de los cuales él mismo ha sido el objeto, aunque nadie los haya visto.

2° Los evangelistas (lo que voy á decir aquí, Teótimo, tú lo comprenderás, y lo conocerás mejor que hoy, luego que te halles en una edad mas formada, y hayas te-

nido algun comercio con los autores antiguos y modernos; pero desde ahora mismo puedes hacer juicio de ello hasta un cierto punto). Los evangelistas, dije, han escrito sin amor propio : no se ve en ellos vestigio alguno de esta debilidad. Ellos han sido perfectamente exentos, tanto del amor propio de autores, como del amor propio comun á todos los hombres. Todos los libros que conocemos, excepto los del Antiguo Testamento, son otros tantos monumentos del amor propio de los que los han escrito. Los libros del Evangelio son la obra maestra de la virtud contraria.

Todo hombre que compone un libro, se propone siempre principalmente dos cosas : 1° el obtener su propia aprobacion ; 2° el granjearse la de sus lectores. Quiere desde luego hacer un buen libro, pero quiere mas bien hallarlo tal, y sobre todo, desea que sus lectores le encuentren tal. Quiere poder darse á sí mismo el testimonio lisonjero de que ha hecho una obra perfecta ; y quiere que su siglo, y los siglos futuros, le rindan el mismo testimonio. Esta es la grande recompensa que espera de sus investigaciones y de sus meditaciones. Por una ilacion de este sentimiento, que algunos escritores célebres han sabido reducir á ciertos límites, pero del cual jamás escritor alguno ha podido despojarse enteramente; un escritor pone en movimiento todos los recursos de su ingenio para lograr la idea que se ha formado de hacer una obra perfecta. Dispone sus materias con el mejor órden : hace los mayores esfuerzos para reunir la sencillez con la nobleza del estilo : la brevedad y la precision con la claridad ; y la gracia, la elegancia y la armonía, con la fuerza y la vehemencia. Quiere hacerse creer, cita autoridades, raciocina y hace reflexiones. Quiere hacerse amar, y porque quiere hacerse amar, describe y pinta. Quiere mover, y porque quiere mover, hace entrar en todo aquello que su asunto lo permite, ciertos sentimientos dispuestos con la mayor habilidad. Sabe que el grande arte de un escritor, es el ocultar el arte mismo. Acabo, Teótimo, de trazarte en pocas palabras el carácter de todos los escritores que han parecido en el mundo despues que se componen libros; digo, de los grandes escritores en todo género de

aquellos que nos proponen por modelos, y que tienen el voto general de todos los siglos.

Los autores de los libros del Evangelio están perfectamente exentos de todas estas debilidades, de las cuales ningun otro escritor supo jamás libertarse. No puede imaginarse relacion mas sencilla y mas desnuda, que la de los evangelistas. En su historia, todo es hecho; jamás dicen ellos mismos nada. Allí no se halla una palabra que se haya puesto para llamar la atencion y sorprender el entendimiento : ninguna, para lisonjear el oido; y ninguna, para mover la pasiones. Jamás prueban, jamás sacan consecuencias, jamás hacen reflexiones, jamás adelantan conjeturas, ni jamás dicen ni hacen ver lo que piensan de los sucesos que refieren, ni de las personas que entran en la escena. Jamás admiran, jamás aprueban, jamás tachan, jamás se permiten una bufonada, y jamás se les ve juzgar las personas, ni sus intenciones, ni sus acciones. Ellos no hacen retratos, y jamás dudan. Dicen, se cree, se conjetura, parece, etc. son expresiones que en ninguna parte de sus libros se encuentran. Jamás se les ve admirados, ni indignados, ni acres, ni movidos de compasion, ni afectados de alguno de los sentimientos que dejan ver la parte que toma un historiador en los sucesos que refiere; y sin embargo, jamás historia alguna ha prestado tanto al sentimiento. En vano se buscaria en todos sus libros una palabra escogida, una vuelta de expresion buscada, un rasgo vivo y animado, una de aquellas sentencias que como de un solo golpe conmueven á la vez todas las potencias del alma, la imaginacion, la razon y el corazon; y jamás historia alguna ha presentado al entendimiento humano una materia mas susceptible de todos estos adornos. No puede decirse que el arte es admirable en los libros del Evangelio, ni que está en ellos muy oculto. Es menester decir que no hay arte en ellos, y que sin embargo son infinitamente superiores á todas las obras maestras del arte. Los libros del Evangelio son cuatro. Hay tanta diferencia entre estos cuatro libros, que es evidente haber sido compuestos por cuatro autores diferentes, que no estaban de concierto entre sí. Hay tanta semejanza entre estos cuatro libros, que es evidente

que fueron dictados por el mismo espíritu : el espíritu que ha dictado estos cuatro libros, no era ciertamente el espíritu de ninguno de los cuatro autores ; era, sí, el espíritu de Dios.

Si este amor propio de autor, del cual hemos hablado, y que hemos procurado caracterizar, no ha armado jamás lazo alguno á los evangelistas : ¿qué hombres eran estos evangelistas? Y si el amor propio de autor ha armado iguales lazos á los evangelistas que á los demás escritores : ¿qué hombres eran estos evangelistas, que jamás cayeron en ellos?

3° Los evangelistas no están exentos solamente de amor propio de autores , sino que lo están tambien de aquel amor propio que es comun á todos los hombres : nueva maravilla tan digna de admiracion como la primera.

Los evangelistas, á lo menos dos de entre ellos, san Mateo y san Juan , eran del número de los doce apóstoles que Jesucristo habia elegido para ser los cimientos de su Iglesia , y habian sido compañeros suyos inseparables desde el principio de su predicacion hasta su muerte. Por consecuencia debian , segun todas las reglas de la sabiduría humana , ó no decir nada de ellos mismos, ó hablar de un modo que justificase la eleccion que Jesucristo habia hecho de ellos. Fuera del respeto debido al juicio del Hombre-Dios , ¿ no era envilecer el ministerio de los apóstoles, y quitarle una parte de sus triunfos , el manifestarlos tan pequeños y tan despreciables como ellos lo han hecho ? Los evangelistas no han prestado el oido á ningun consejo de la prudencia de la carne.

Es la cosa mas asombrosa del mundo , para los que saben pensar, el tono con el cual los evangelistas, que he citado , hablan de sí mismos y de sus compañeros : con trabajo se hablaria con un aire tan indiferente de personas que nada nos tocasen , y á las que nada tocásemos. Ellos hablan de la oscuridad de su nacimiento , de sus defectos, de sus debilidades, de sus faltas las mas vergonzosas, como de cosas simplemente ligadas á los sucesos de Jesucristo, y como circunstancias de estos sucesos. El amor propio quiere que nos disculpemos cuando se puede, y que seamos los primeros á acusar-

nos cuando no podemos disculparnos. Por una conducta tan hábil, ó salvamos de nuestra gloria cuanto puede salvarse, ó nos indemnizamos de la gloria que hemos perdido, por la que adquirimos. Los evangelistas, hombres únicos en este punto, cuentan sus debilidades, sus defectos, y sus faltas mas groseras, sin disculparse, y sin acusarse. Concluyamos de esto, ó que los evangelistas no tenian amor propio (lo que es bien raro), ó que jamás cedian al amor propio, lo que aun lo es mas.

Cuando leo en el Evangelio que la mayor parte de los apóstoles eran pescadores, profesion vil y humilde; que el uno de ellos era publicano, profecion aborrecida entre los Judíos; que todos ellos tenian un entendimiento tan corto y tan pesado, que no comprendian los discursos mas claros de su Maestro; que algunas veces veian sin admiracion sus mas grandes milagros, y con una sangre fria que parecia tocar ya en estupidez: que habiendo Jesucristo mantenido en el desierto cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, que los apóstoles distribuyeron de su órden á esta gran multitud de gente, estos mismos apóstoles, entre cuyas manos se habian multiplicado tan prodigiosamente estos panes, no hicieron reflexion ninguna sobre este milagro, y no sacaron de él consecuencia alguna; de tal modo que en una ocasion semejante, no se hallaron menos embarazados é inquietos, acerca de los medios que podrian encontrarse para alimentar el pueblo que habia seguido á Jesucristo en el desierto; que poco tiempo despues de los dos milagros de la multiplicacion de los panes, habiéndoles advertido Jesucristo que desconfiasen de la levadura de los escribas y de los fariseos, tomaron tan groseramente este aviso, que iban á figurarse que Jesucristo les hacia reconvenciones indirectas sobre haber olvidado tomar y llevar pan con ellos. Cuando leo en el Evangelio la relacion de los celos que los Apóstoles tenian los unos de los otros, y las contestaciones que entre ellos se movian algunas veces sobre las clases y sobre la precedencia; cuando leo, en fin, que uno de ellos vendió á Jesucristo; que otro, que era el primero en su confianza, le negó tres veces públicamente; que todos le abandonaron y huyeron en el momento que le

prendieron en el huerto de las Olivas; cuando leo todas estas cosas en el Evangelio, me siento conmovido de una admiracion tal, que casi me pregunto á mí mismo si los apóstoles al escribir estas cosas sabian que hablaban de sí mismos. ¿Se vió jamás cosa igual á esta? Y ¿cómo podrá explicarse este misterio, sino diciendo que los evangelistas escribieron sus libros por el movimiento y bajo la direccion de aquel espíritu que ahoga el amor propio en el corazon de aquellos, cuyas plumas emplea en publicar sus maravillas?

4° Ve aquí, Teótimo, el último carácter de los escritos de los evangelistas, y al mismo tiempo el mas admirable, porque él es el mas inimitable al entendimiento humano. Quiero decir, la imparcialidad que reina desde un extremo al otro en estos escritos, y que jamás se desmienten.

Todo hombre que escribe una historia toma necesariamente parte en pro ó en contra del héroe de la historia, y de todos los personajes que entran en ella. Empieza por formarse una cierta idea de ellos sobre lo que ha visto, leido, ú oido decir de ellos, y en seguida los pinta siempre conformes á esta idea. Siempre los manifiesta segun los ha juzgado; ya buenos, ya malos, odiosos ó amables, y dignos de estimacion ó de desprecio. Si no dice siempre abiertamente lo que piensa, lo hace percibir con tanta habilidad, que el entendimiento del lector queda sorprendido mas vivamente. En dos palabras, todo historiador lleva necesariamente una cierta opinion tocante á los personajes que entran en su historia, y sobre todo, de aquel que representa en ella el principal papel. Todo historiador quiere que el juicio que ha formado de los personajes que entran en su historia, sea adoptado de sus lectores: y así, ningun historiador, ni es, ni puede ser absolutamente imparcial. Que un hombre escriba la historia de un héroe que ha visto, ó la de un héroe que ha existido dos mil años antes de él, siempre procederá del mismo modo. Tú encontrarás en tí mismo, Teótimo, la prueba de lo que aquí digo: no hay ninguno de tus condiscípulos de quien no te hayas formado una cierta idea, y tú hablas siempre de él, segun la idea que formaste de su persona. Si

tú escribes su vida, seguirás esta idea y no podrás dejar de seguirla.

Todo el mundo sabe que los evangelistas eran hombres santamente apasionados de Jesucristo, si me atrevo á servirme de esta expresion. Le amaban como á su Maestro, á su Salvador y á su Dios: estas tres palabras lo dicen todo. Es cierto que ellos han escrito sus libros para gloria suya; pero al mismo tiempo es cierto que esta es la menor prueba que le han dado de su amor y de su celo: ellos han recorrido todo el universo; se han expuesto á mil peligros; han sufrido las persecuciones, los tormentos y la muerte, por hacerle conocer y adorar.

Ponte en el lugar de los evangelistas; supon que has visto á Jesucristo, como ellos le habian visto; que le conoces como ellos le conocen; que le amas, como ellos le amaban, y que quieres escribir la historia de este Hombre-Dios, y escribirla para hacer pasar á tus lectores tus mismos sentimientos. ¿No conoces en tí mismo que esta historia estará llena de expresiones apasionadas; que en toda ella se dejará ver un escritor trasportado de admiracion, de amor y de celo por Jesucristo, de indignacion y de desprecio por sus enemigos; y que por mas que te esfuerces para reprimir estos sentimientos, se manifestarán sin que lo percibas en tu pluma? Desafio á todo hombre abandonado á sí mismo, al mas grande ingenio, y al mas simple, á que no escribe de otro modo, no solo una historia semejante, sino la misma historia despues de los evangelistas.

Ve aquí, Teótimo, cual seria la historia que esperarias de los evangelistas; pero de ningun modo es esta la que ha andado. Nada hay ciertamente tan extraordinario, y ni aun los mas grandes milagros me asombrarian tanto, como aquel aire de tranquilidad, sangre fria, indiferencia é imparcialidad, con el cual estos hombres, partidarios de Jesucristo, hasta emprenderlo todo y sufrirlo todo por su gloria, hablan de él, de sus enemigos, de sus jueces, de sus discípulos, de sus amigos, y de ellos mismos.

Un hombre que desde el fondo del Africa escribiese

á Francia á un amigo noticias en las cuales no tuviesen interés alguno ni el uno ni el otro, tendria trabajo en manifestar en sus cartas una imparcialidad tan absoluta, aun cuando no contase sino bagatelas: y si referia grandes sucesos, le seria enteramente imposible. Jamás se les sorprende con emocion en el alma: jamás se les ve afectados por las cosas que cuentan: dicen simplemente lo que saben, y allí se quedan. Ellos hablan de Judas, de los príncipes de los sacerdotes, y de Herodes, como de Jesucristo, esto es, con el mismo tono: hablan de los milagros de Jesucristo, del mismo modo que de sus sufrimientos; de su gloria, como de sus humillaciones; de su resurreccion, como de su muerte: lo dicen todo y nada hacen notar: no hacen reflexiones, y por mas que se les observe, ni aun las insinúan: (y sin embargo, ¿qué cosa hay mas natural, y al parecer, mas inevitable, que hacerlas, ó á lo menos insinuarlas sobre semejantes materias?) no hacen reflexiones: no las insinúan, ni sobre la profundidad de la doctrina de Jesucristo, ni sobre la precision y hermosura de sus parábolas, ni sobre la sabiduría y el buen juicio de sus respuestas, ni sobre la grandeza de sus milagros, ni sobre su prodigiosa paciencia en medio de los oprobios mas crueles, ni sobre el modo maravilloso con que murió. Tampoco las hacen, ni sobre la traicion de Judas, ni sobre las negaciones de san Pedro, ni sobre los furores de los príncipes de los sacerdotes, ni sobre la ceguedad del pueblo judáico, ni sobre la indigna debilidad de Pilatos. En una palabra, ellos no dicen nada en sus historias: jamás se manifiestan en ellas; y así, los hechos solo son los que en ellas hablan.

Hay en la vida de Jesucristo ciertos rasgos que, juzgándolos por las ideas que el entendimiento humano, que es un espíritu de orgullo, se forma de las cosas, son poco dignas de la majestad del Hombre-Dios. Por ejemplo, su huida á Egipto, sus combates contra el espíritu tentador, y su abatimiento en el huerto de las Olivas. Los evangelistas refieren estos hechos, como los otros, simple y desnudamente, y sin tomar la menor precaucion para impedir las impresiones poco ventajosas que pudieran hacer en el espíritu de sus lectores. Se diria

que estos hombres no han visto en los sucesos de la vida de Jesucristo sino los mismos sucesos, y que jamás han sabido ni apreciar estos sucesos, ni penetrar sus principios, ni preveer sus consecuencias; y que, en una palabra, su espíritu no ha ido mas lejos que sus ojos y sus oidos, si puedo valerme de esta expresion.

Ve aquí cual es la historia que los evangelistas nos han dado de Jesucristo. Tales son los caractéres de su narracion, que todos pueden reducirse al de la imparcialidad mas absoluta que puede concebirse.

Acuérdate ahora, Teótimo, que dos de estos evangelistas eran apóstoles de Jesucristo, y que los otros dos eran discípulos, el uno de san Pedro, y el otro de san Pablo: que todos amaban á Jesucristo como su Maestro, como su Salvador, y como su Dios, esto es, con el amor mas ardiente; y que el celo de su gloria, del cual estaban animados, les ha hecho emprender con peligro de su vida el someterle el universo.

Ahora te pregunto, Teótimo, si tú concibes como unos hombres tan apasionados de Jesucristo (es menester que me pases esta expresion), como lo eran los evangelistas, han podido hablar de él con este aire de indiferencia que reina en toda su historia, ó como unos hombres que han hablado de Jesucristo con este aire de indiferencia que reina en toda su historia, han podido ser tan apasionados suyos, como sabemos lo fueron. Sin embargo, estas dos cosas son igualmente ciertas. ¿Como, pues, los evangelistas han podido conciliarlas á un mismo tiempo? ¿Como habrian podido hacer lo que al entendimiento humano es evidentemente imposible, visto que ningun hombre antes que ellos lo ha hecho, ni lo ha hecho despues, si no hubieran tenido el espíritu de Dios?

Alguno se atreverá á decir sobre esto, que en el fondo es menester escribir la historia como los evangelistas la han escrito, porque la verdad se basta ella á sí misma; que la oscurecen en queriendo adornarla, y que la hacen sospechosa en queriendo probarla demasiado, etc.

Pero, 1°, Teótimo, digo á los que hacen esta objecion: Luego convenís en que los evangelistas estaban

seguros de la verdad de las cosas que han escrito; y supuesto que convenís en ello, estamos de acuerdo, porque no exijo mas.

2º Les pregunto, si los historiadores que han precedido á los evangelistas, y los que les han seguido ¿sabian que la verdad se basta ella á sí misma, ó no lo sabian? Si lo sabian, ¿cómo no han escrito con el mismo estilo que los evangelistas? Y si no lo sabian, ¿cómo lo han sabido los evangelistas? ¿De dónde les ha venido esta confianza en la verdad, sino de aquel que es la verdad misma? quiero decir de Dios. Luego es Dios quien los ha inspirado: luego sus libros son divinos.

Pero dirán, ¿cómo podemos saber si los libros de los evangelistas han llegado hasta nosotros en su primitiva pureza, y tan íntegros como salieron de las manos de sus autores? ¿Cómo han podido pasar estos libros por tantos siglos, y bajo la pluma de tantos copiantes, sin sufrir alteracion alguna?

Acuérdate sobre esto, mi querido Teótimo, de lo que te dije en nuestras primeras conversaciones, tocante la integridad de los libros del Antiguo Testamento, y haz su aplicacion á los libros del Evangelio. Todo lo que se ha dicho de aquellos conviene con mas razon á estos; Dios, á lo menos, estaba tan empeñado por la gloria de su sabiduría y de su bondad á preservar estos de toda alteracion esencial como aquellos.

Considera, además, que los libros del Evangelio estuvieron en las manos de todos los cristianos, en el momento que salieron de las de sus autores: que los cristianos han tenido siempre á estos libros la veneracion mas religiosa: que siempre los han mirado como libros santos y sagrados, como libros que contenian sus dogmas, sus leyes, su revelacion, y los títulos auténticos y primordiales de su Religion: que desde el orígen del cristianismo han sido leidos públicamente estos libros en las asambleas eclesiásticas de los cristianos: que desde el orígen del cristianismo han sido siempre estos libros, por excelencia, los libros de los cristianos, los libros de los sacerdotes y de los legos, de los grandes y del pueblo.

Ahora, libros que tienen este carácter, están al abrigo

de toda alteracion esencial. ¿Porqué? Porque el público los sabe de memoria á fuerza de haberlos leido ú oido leer; porque el público, que los mira como su mas precioso tesoro, guarda á vista, si puedo explicarme así, todos los textos que los componen. Es imposible que un hombre emprenda el quitar algo de estos libros, hacerles alguna adicion, ó mudarles alguna cosa de consecuencia, sin que el público, ó, si se quiere, la sociedad, á la cual pertenecen, no haga reclamaciones al instante contra esta empresa: luego es evidente que las alteraciones que han podido sufrir estos no son sino aquellas que pueden escaparse á la vigilancia pública de la sociedad, á la cual pertenecen, y por una ilacion necesaria, alteraciones absolutamente sin consecuencia.

Toda la serie de la historia eclesiástica prueba lo que aquí siento. Siempre que los herejes han querido añadir alguna palabra al texto del Evangelio, suprimirla, mudarla, ó leer de otro modo que la Iglesia le lee, algun testo, toda la Iglesia se ha elevado contra ellos, y esto, en todo el universo.

CATECISMO

DE LA PRIMERA CONFERENCIA

Sobre la autenticidad, la verdad, y la divinidad de los libros evangélicos.

P. Despues de todo lo que me habeis dicho, quedo convencido de que Jesucristo es el Mesías prometido de Dios desde el orígen del mundo, anunciado por los profetas, esperado y figurado por el pueblo judáico. En consecuencia de esta primera conviccion, creo firmemente que la religion de Jesucristo es una religion revelada y divina, que todos los hombres deben abrazarla y hacerse cristianos. Pero ¿no teneis todavía otras pruebas de la divinidad de la religion cristiana? Creo me las prometísteis.

R. Para probar que la Religion de Jesucristo, ó la Re-

ligion cristiana, es una Religion divina, basta, sin duda, manifestar que Jesucristo es el Mesías: pero no es esta prueba sola la que puede darse de la divinidad de la Religion cristiana. Hay otras muchas que son, á lo menos, tan fuertes como las otras, y de las cuales me persuado á que no podriais menos de sorprenderos.

P. Tengo un extremo deseo de conocer estas nuevas pruebas de la divinidad de la religion cristiana. No creo necesitarlas: pero la superabundancia de luces sobre una materia tan interesante y capital como esta, no puede dejar de serme muy útil. Os ruego, pues, no me oculteis nada de lo que sabeis.

R. Estoy pronto á satisfaceros, y vos podeis preguntarme.

P. Supuesto que os ofreceis á instruirme con un modo tan estimable, os ruego me digais ¿de dónde sacais estas nuevas pruebas?

R. Estas nuevas pruebas de la divinidad de la Religion cristiana, las saco de los caractéres personales de Jesucristo, y me atrevo á aseguraros que este hombre admirable no tenia necesidad de nadie para anunciarse al mundo, y convencerle de que él era el enviado de Dios, por excelencia, el Legislador y el Salvador de los hombres.

P. ¿Por dónde conoceis á Jesucristo?

R. Conozco á Jesucristo por los libros del Evangelio, que son su historia.

P. Pero ¿estais cierto de que esta historia de Jesucristo, que llamais el Evangelio, es una historia fiel?

R. La historia de Jesucristo es la mas fiel de todas las historias que conocemos, y la mas digna de nuestra creencia. Los libros del Evangelio son los libros mas auténticos, y los mas verídicos de todos los libros, y estos mismos libros son tambien libros divinos. Observad, no obstante, que cuando me explico así, no comparo los libros del Evangelio con los del Antiguo Testamento, sino con todos los otros libros: porque los libros del Antiguo Testamento, como lo hemos manifestado en otra parte, tienen caractéres tan evidentes de autenticidad, de verdad, y de divinidad, como los del Nuevo Testamento.

P. Luego teneis dos cosas que mostrarme: 1ª que los

libros del Evangelio son auténticos y verídicos; 2ª que estos libros son tambien divinos. Mostradme, pues, desde luego que estos libros son auténticos y verídicos; ¿ qué pruebas teneis de estos dos hechos?

R. Tengo ocho pruebas de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio. Cada una de estas pruebas tiene la misma fuerza que una demostracion en el género moral, y todas estas pruebas reunidas tienen una fuerza que me parece superior á todo.

P. ¿ Cuál es la primera prueba que teneis de la autenticidad y la verdad de los libros del Evangelio?

R. La primera prueba de la verdad y de la autenticidad de los libros del Evangelio es, que estos libros, por decirlo así, han nacido con el cristianismo, y el cristianismo con ellos : que los primeros cristianos que tuvieron estos libros entre las manos, y todos los que les sucedieron, han mirado estos libros como muy fieles; y que, en fin, estos libros han llegado hasta nosotros, como de mano en mano, por una tradicion no interrumpida jamás.

P. ¿ Cuál es la segunda prueba de la autenticidad, y de la verdad de los libros del Evangelio?

R. La segunda prueba de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio es, que dos de estos libros han sido escritos por dos apóstoles de Jesucristo; que habian visto todo lo que refieren; que los otros dos han sido escritos por dos discípulos de dos apóstoles; que estos cuatro evangelistas han publicado su historia en nombre, ó á lo menos, con el consentimiento de toda la sociedad de los primeros cristianos; que antes de escribir su historia, habian anunciado públicamente á Jerusalen, y á toda la Judea, los hechos que la componen; y que en fin, ellos eran todos cuatro de una santidad tan eminente, que los pone á cubierto de toda sospecha de haber querido engañar al mundo.

P. ¿ Cuál es la tercera prueba de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio?

R. La tercer prueba de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio es, que los evangelistas hanpublicado su historia poco tiempo despues, y casi inmediatamente despues de la muerte de Jesucristo; esto es,

en un tiempo donde los sucesos que refieren estaban públicamente reconocidos por verdaderos ó por falsos; por consecuencia, en un tiempo donde todo el mundo los habria acusado de impostores, si estos hechos hubieran sido falsos, y que, sin embargo, nadie ha desmentido su relacion.

P. ¿Cuál es la cuarta prueba de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio?

R. La cuarta prueba de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio es, que los Judíos, que no querian á Jesucristo por Mesías, y que por consiguiente estaban soberanamente interesados en oponerse á la verdad de los hechos publicados por los evangelistas, jamás se atrevieron á oponerse sino á uno solo, que fué la resurreccion de Jesucristo, y que en el modo con que se oponen á este único hecho, afirman mas su verdad.

P. ¿Cuál es la quinta prueba de la autenticidad y la verdad de los libros del Evangelio?

R. La quinta prueba de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio es, que es imposible que un cuerpo de historia que tiene caractéres tan singulares y tan auténticos como el Evangelio, y en donde todo está tan bien enlazado, sea una invencion del entendimiento humano. El entendimiento humano no inventa así.

P. ¿Cuál es la sexta prueba de la autenticidad y la verdad de los libros del Evangelio?

R. La sexta prueba de la autenticidad y verdad de los libros del Evangelio es que es imposible que los cuatro evangelistas se hayan coligado para componer las cuatro historias de Jesucristo, é imposible al mismo tiempo, que cada uno de ellos haya inventado la que tiene su nombre; porque si cada evangelista hubiera inventado su historia, jamás estas cuatro historias habrian podido ser tan semejantes como son; y si los cuatro evangelistas hubieran concertado juntos sus cuatro historias, jamás serian tan diferentes como son: por otra parte, los cuatro evangelistas han publicado sus historias en nombre de todos los discípulos de Jesucristo; esto es, como que no contenian mas que los hechos conocidos y predicados por todos los discípulos de Jesucristo: luego si no refieren sino fábulas, ¿cómo no se ha encontrado

alguno de estos discípulos que los haya desmentido?

P. ¿Cuál es la séptima prueba de la autenticidad y verdad de los libros del Evangelio?

R. La séptima prueba de la autenticidad y verdad de los libros del Evangelio es, que todos los apóstoles, los Evangelistas, y con ellos todos los primeros cristianos, han muerto ó se han manifestado prontos á morir para atestiguar la verdad de los hechos contenidos en el Evangelio; porque es evidente, que estos hechos son los mismos que aquellos que los apóstoles, los mismos evangelistas, y los primeros cristianos publicaban altamente, y á viva voz. Sobre lo cual adviértanse dos cosas. Primeramente, que si los hechos contenidos en el Evangelio son falsos, los apóstoles y los evangelistas no podian tener interés alguno en hacerlos pasar por verdaderos; 2ª que por verdaderos que sean estos hechos, y por mas interés que hayan podido tener los apóstoles y los evangelistas en hacerlos creer, ha sido necesario, sin embargo, que ellos fuesen otros tantos héroes para publicarlos con riesgo de su vida. Esto es evidente por sí mismo; dedúzcase, que si se supone á un tiempo que los hechos que los apóstoles y los evangelistas han publicado son falsos, y que los mismos apóstoles y evangelistas han muerto en testimonio de la verdad, se hace una suposicion absolutamente imposible; pues es evidente que la naturaleza humana no gobierna un furor semejante.

P. ¿Cuál es la octava prueba de la verdad y autenticidad de los libros del Evangelio?

R. La octava prueba de la verdad y de la autenticidad de los libros del Evangelio es el aire, y si me atrevo á explicarme así, el tono de confianza con el cual los evangelistas comienzan sus historias, poniendo á la cabeza de sus libros las épocas que son, con respecto al pueblo judáico, los caractéres del siglo en el cual han acaecido los sucesos que cuentan, y sin tomar precaucion alguna para preparar los ánimos de sus lectores á creer las cosas maravillosas é inauditas que van á contar, lo que los califica de hombres que tienen una entera confianza en la verdad de su relacion, y que ni aun imaginan que puedan contradecirlos.

P. Habeis probado la autenticidad y la verdad de los libros del Evangelio, y resta ahora me manifesteis que estos libros son divinos; esto es, que han sido escritos por inspiracion de Dios.

R. La divinidad de los libros del Evangelio no es menos fácil de probar, que su autenticidad y su verdad. Estos admirables libros tienen cuatro caractéres grandes, que los distinguen tan eminentemente de todos los que son obra del entendimiento humano, que es imposible que este entendimiento los haya dictado; de lo que debe concluirse que han sido dictados por el espíritu de Dios.

P. ¿Cuál es el primer carácter de divinidad que notais en los libros evangélicos?

R. El primer carácter de divinidad que hallo en los libros evangélicos es la asombrosa confianza que los evangelistas han tenido en la verdad : ellos publicaban una historia llena de sucesos singulares, extraordinarios, inauditos, y contrarios á todas la leyes de la naturaleza: y sin embargo no han dicho ni una palabra para preparar sus lectores á creerlos: ¡qué seguridad! Y ¿de donde les venia sino de Dios?

P. ¿Cuál es el segundo carácter de divinidad que hallais en los libros del Evangelio?

R. El segundo carácter de divinidad que hallo en los libros del Evangelio es, que no se encuentra en estos libros admirables vestigio alguno de aquel amor propio que llaman amor propio de autores; ellos exponen los hechos que componen su historia, simple y desnudamente, y sin añadir nada de su parte; ellos no dicen nada de ellos mismos; dejan hablar á los hechos; no se halla en todos sus libros un solo rasgo que denote haber querido agradar á sus lectores, hacerse admirar ni aprobar de ellos, inspirarles un cierto modo de pensar, ni inclinarlos hácia este ó aquel sentimiento.

P. ¿Cual es el tercer carácter de divinidad que hallais en los libros evangélicos?

R. El tercer carácter de divinidad que hallo en los libros evangélicos es, que no se encuentra en estos admirables libros vestigio alguno del amor propio comun á todos los hombres. Los evangelistas hablan de sus defec-

tos, de sus debilidades, y de sus mas vergonzosas faltas, con un aire tan indiferente, que pudiera decirse que no saben que estas cosas que cuentan, pertenecen á ellos mismos. Jamás se les ve, ni acusarse, ni disculparse. Ellos se manifiestan á sus lectores como son, y los dejan que piensen como quieran acerca de sus personas.

P. ¿Cuál es el cuarto carácter de divinidad que notais en los libros del Evangelio?

R. El cuarto carácter de divinidad que noto en los libros del Evangelio es la admirable imparcialidad con la cual los evangelistas, que se sabe haber sido apasionados de la gloria de Jesucristo, hasta emprenderlo todo, y sufrirlo todo por hacerle adorar, han escrito sin embargo su historia. El conciliar estas dos cosas es un verdadero milagro. Si no se hace juicio de las disposiciones de los evangelistas, con respecto á Jesucristo, sino por las señales que de él nos dan en su historia, será imposible absolutamente saber cómo piensan de él. No se encuentra en ella ni una palabra que parezca dicha á propósito para hacerle admirar ó amar. Hablan de sus enemigos, y de sus perseguidores, como de él : no se halla una palabra destinada á excitar contra ellos el aborrecimiento, ó el desprecio del lector. En fin, los sucesos de la vida de Jesucristo, que á los ojos del orgullo humano parecen poco dignos del Hombre-Dios, los cuentan tan simplemente y con tan pocas precauciones, como aquellos donde resalta toda su grandeza.

P. Convengo en que los libros evangélicos tienen los cuatro caractéres que acabais de exponer. Pero, en fin, ¿por dónde podeis juzgar que estos caractéres son divinos?

R. Lo juzgo así, porque no habiendo producido jamás el entendimiento humano, ni antes, ni despues de los evangelistas, historia alguna que tenga ninguno de estos grandes caractéres, es evidente que estos libros sobrepujan á todo cuanto el espíritu humano puede producir, y por consecuencia son la obra del espíritu de Dios.

P. Llevad á bien que os haga todavía una pregunta. ¿Cómo podeis saber si estos libros del Evangelio han llegado hasta nosotros, sin haber sufrido alteracion alguna, á lo menos esencial, despues de tantos siglos de haber

sido escritos, de haber pasado por tantas manos y por tantas plumas?

R. Bien seguros estamos de que los libros del Evangelio han llegado hasta nosotros sin sufrir alteracion alguna, á lo menos considerable, porque es evidente que esta alteracion fué siempre imposible, habiendo los cristianos mirado siempre estos libros como los depositarios de la revelacion divina; y así, es claro que debieron velar para su conservacion é integridad con el mayor cuidado; y toda la historia eclesiástica da testimonio de que así lo hicieron.

PROEMIO

Para servir de introduccion á las conferencias siguientes.

Dos cosas hemos manifestado en la Conferencia precedente : 1° que los libros del Evangelio son la mas auténtica y fiel de todas las historias; sea considerando esta historia en su todo, ó en sus pormenores ; 2° que estos mismos libros han sido escritos por inspiracion de Dios. Confesados y reconocidos una vez estos dos puntos, resulta de ellos, que debemos á los libros del Evangelio todo nuestro respeto y toda nuestra creencia, y que ya no nos es permitido poner en duda nada de cuanto contienen.

Ya no se trata, pues, entre tú y yo, sino de leer con atencion estos libros venerables, de comparar sus principales textos, de profundizar su sentido, de sacar las consecuencias que nacen de ellos mismos, y de formar sobre ellas la opinion que debemos tener de Jesucristo y de todo lo que tiene relacion con él. La antorcha tenemos en la mano; abramos solamente los ojos, y dirijamos nuestras miradas atenta é imparcialmente á los objetos que su luz nos descubre.

Toda la historia de Jesucristo, así como los evangelistas nos la han dado, se reduce á tres puntos capitales. Lo que Jesucristo ha sido, lo que ha dicho, y lo que ha hecho; ó si se quiere, las calidades personales de Jesu-

cristo, su doctrina, sus obras y sus milagros. Las calidades personales de Jesucristo son tan eminentes y admirables, que es evidente que Jesucristo ha sido el hombre mas digno de la eleccion de Dios para ser el ministro de una nueva revelacion, y de una nueva ley. La doctrina de Jesucristo, puede dividirse en dos partes; el dogma, que encierra lo que debemos practicar, es tan santo y sublime, que es evidente que es digno de Dios. Los milagros de Jesucristo, sea que se les considere en ellos mismos, ó con respecto á las circunstancias que los han acompañado, son tales, que resulta evidentemente de ellos, no solo que Jesucristo ha sido enviado de Dios para instruir á los hombres y salvarlos, sino tambien, que es un Hombre-Dios.

Ve aquí, mi querido Teótimo, los grandes y maravillosos objetos que nos presenta la historia de Jesucristo, los cuales voy á hacerte observar en ella, tanto como se necesita para tu instruccion. Esta será la materia de varias Conferencias, que, con la precedente, formarán el total de esta segunda parte de nuestras conversaciones.

SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la grandeza personal, ó sobre las perfecciones de Jesucristo.

Aun cuando desde mi niñez no me hubiera acostumbrado á mirar á Jesucristo como mi Salvador y mi Dios; cuando yo no debiera nada á Jesucristo, y nada esperase de él, ni hubiera Jesucristo hecho milagro alguno, no dejaria por eso de ser el objeto de mi admiracion y de mi mas profundo respeto. Mucho trabajo me costaria el dejar de adorarle. Su sabiduría y sus virtudes son todavía mas superiores al hombre, que sus milagros.

No, Teótimo, no es bastante el decir que Jesucristo ha sido el mas grande de los hombres que el mundo haya visto, es menester decir que ha sido infinitamente superior á todas las ideas que el entendimiento humano ha

podido formarse por sí mismo de la grandeza del hombre; es menester decir, que si la eminencia del carácter de Jesucristo considerada en sí misma y sola, no demuestra absoluta é invenciblemente que él es Dios: ella demuestra á lo menos, que si hay un Hombre Dios, Jesucristo es quien lo es: ella demuestra, que si es cierto que Dios ha querido hacerse hombre, ha debido tomar el carácter de Jesucristo, y manifestarse al mundo como Jesucristo ha sido. Escúchame con atencion, Teótimo, y haz juicio por tí mismo de la fuerza que tienen las pruebas que presentaré.

Toda la grandeza del hombre consiste en la perfeccion de la razon, que yo llamo aquí sabiduría, y en la perfeccion de su voluntad, ó de su corazon, que llamo santidad. Todas las otras ventajas, háyalas apreciado como haya querido la preocupacion y la vanidad, no contribuyen nada á la verdadera grandeza del hombre; porque este puede, póseyéndolas todas, ser muy pequeño y muy despreciable; y puede ser muy grande y muy venerable, sin poseer ni una sola: todos los hombres están de acuerdo sobre esto.

Ahora, Teótimo, yo quiero hacerte ver que Jesucristo no solo ha soprepujado en sabiduría y en santidad á todos los hombres que han parecido en el mundo antes y despues de él, sino que tambien ha llenado toda la idea que el entendimiento humano pudo formarse por sí mismo, de la perfecta sabiduría, y de la perfecta santidad, y que él ha sido tambien mucho mas superior que esta idea.

ARTICULO I.

Sabiduría de Jesucristo.

La sabiduría de Jesucristo se manifiesta con el mayor brillo en su doctrina, obra maestra de equidad, de razon y de buen juicio (de esto haré la materia de una Conferencia aparte): ¡qué verdad, qué precision, qué claridad no se halla en los preceptos de este gran legislador! Yo siento que este es el tono que un Dios oculto bajo la forma de un hombre debe tomar hablando á los hombres.

No siento menos este tono divino en las máximas, ó en las sentencias que salen de la boca de Jesucristo : en ellas descubro caractéres de los cuales mi entendimiento queda tanto mas admirado, cuanto me parece imposible el reunirlos. Estas máximas están tomadas, y de tal modo llenas de buen juicio, que se adoptan, y nos rendimos á ellas, desde que se oyen pronunciar; y al mismo tiempo son tan nuevas, que jamás se oyen pronunciar la primera vez sin sorprenderse : son tan claras, que no puede dejarse de comprenderlas : tan verdaderas que no pueden desecharse : tan simples y naturales, que están al alcance de los entendimientos mas comunes; y tan grandes y tan bellas, que son la admiracion de los mayores ingenios : ellas encierran, en pocas palabras, las mas importantes instrucciones que jamás hayan sido dadas á los hombres. Mientras mas se meditan, mas se admiran. Estas adorables máximas convienen á todos los hombres : ellas son una luz amiga de todos los ojos, y un alimento propio de todos los entendimientos. « ¿ Qué » sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su » alma ? Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro co- » razon. La boca habla de la abundancia del corazon : » á cada dia basta su pena, etc. »

He observado, mi querido Teótimo, que escuchas siempre con un nuevo placer la lectura de las parábolas de Jesucristo; estos apólogos sagrados hacen en tí la impresion que esta clase de relaciones acostumbran hacer en los de tu edad. Tu razon crecerá con tus años, y entonces serás infinitamente mas conmovido de ellos, que lo que ahora lo estás; porque conocerás mas distintamente sus bellezas. ¡ Qué hermosura no se halla en estas parábolas! ¡ qué sencillez en su narracion! ¡ qué conformidad en las alegorías! ¡ y qué solidez en su moral!

Acuérdate ahora de la parábola del hijo pródigo, de la de la semilla, de la del ecónomo infiel, de la del padre de familia, que envia en diferentes horas del dia varias tropas de trabajadores á su viña, y que al fin del dia los recompensa á todos igualmente, de la de diez vírgenes, etc.

Todo cuanto los antiguos y los modernos han escrito mas excelente en este género, es nada en compara-

cion de las parábolas de Jesucristo. Estos autores han pensado tanto en entretener á los hombres, como en instruirlos : Jesucristo, solo pensó y se ocupó en instruirlos, y jamás pensó en entretenerlos. Aquellos se propusieron principalmente el pintar lo ridículo de la conducta de los hombres. Jesucristo no ha combatido sino sus vicios. Aquellos trabajaron en hacer á los hombres prudentes de la prudencia del siglo; esto es, en hacerlos sútiles, dispuestos, desembarazados y hábiles para evitar los lazos que les arman, y para armarlos ellos á los otros. Jesucristo no ha trabajado sino para hacer á los hombres prudentes de aquella prudencia que consiste en el temor de Dios, en no esperar sino en él, en preferir la obligacion á todo, en sacrificarlo todo por la salvacion, y en no tener otra sutileza, que ser justos é irreprensibles. La moral de aquellos autores es frecuentemente frívola, y á veces perniciosa : la de Jesucristo es siempre seria y santa : sus parábolas encierran siempre grandes lecciones, dignas del mas grande de todos los maestros.

Pero lo que da á las parábolas de Jesucristo un mérito, que no solo las hace superiores á cuantas aquellos autores mas ponderados han escrito en este género, sino todavía á todo aquello que el entendimiento humano puede imaginar es, que ellas son á un mismo tiempo teológicas, proféticas y morales, y que muy frecuentemente nos presentan al mismo tiempo bajo el mismo símbolo la imágen de los designios de Dios sobre los hombres, la de los sucesos futuros mas interesantes para la Religion, y en fin, la de nuestros principales deberes; y esto con un arte tan maravilloso, que todas las particularidades de la alegoría convienen igualmente bien á estos tres grandes objetos [1]. Tambien noté, Teó-

1 El Espíritu Santo habia hecho predecir por los profetas que el Mesías hablaria en parábolas. Este debia ser uno de los caractéres del Mesías; y los evangelistas dicen que no hablaria jamás al pueblo sin proponerle alguna parábola.

Este modo de instruir tiene muchas ventajas sobre los otros : él es el mas proporcionado al comun de los talentos; él los ata sin fatigarlos; él graba en ellos mas profundamente la verdad que

timo, que estabas agradablemente sorprendido, cuando se te leian las respuestas de Jesucristo á los que le ha-

siempre enseña, bajo de imágenes agradables. Por todas estas razones parece que era él que el Hombre Dios debia adoptar.

No conciben fácilmente todos los hombres las máximas generales, y la mayor parte de ellos es poco capaz de hacer su aplicacion á los casos particulares y á las diferentes coyunturas en que se encuentran en el discurso de su vida : mucho menos pueden conservar en su memoria una larga serie de máximas generales, ver sus ligazones, y sacar de ellas consecuencias prácticas. La parábola suple todo esto : la fábula sorprende desde luego agradablemente la imaginacion con su novedad y con su singularidad : el entendimiento descubre seguidamente, con un placer delicado, la precision de las relaciones que se hallan entre esta fábula, y la máxima ó la verdad que quiere inculcarse : el auditorio ó el lector lleva consigo esta fábula, la considera, la compara varias veces con la verdad de quien es el símbolo : cada vez está mas encantado de la semejanza que percibe entre la una y la otra ; y así se imprimen las dos en su memoria de un modo indeleble.

En todos los tiempos se han empleado las parábolas en la instruccion de los hombres, y siempre se ha practicado con el mas feliz suceso. Este modo de instruir pide, en el que se sirve de él, mucho juicio y un entendimiento muy justo y muy profundo. Es menester que la semejanza entre el símbolo, y la verdad que quiere representarse por este símbolo, sea exacta, á lo menos en lo que hace el objeto principal de la comparacion, y fácil de percibirse.

Por esta parte, sobre todo, las parábolas de Jesucristo merecen toda nuestra admiracion. Porque, en estas parábolas, no solo la historia ó el símbolo tiene una exacta semejanza, segun todas sus circunstancias, con el principal objeto de la comparacion ; sino tambien que el mismo símbolo se aplica de una vez á muchos objetos, todos grandes igualmente, y dignos de Dios, y conviene á cada uno con la misma precision, segun todas las circunstancias. El primer objeto de estas parábolas es, el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra por la predicacion del Evangelio, sus progresos y sus frutos maravillosos : el segundo es, la reprobacion de los Judíos por causa de su ingratitud, y la vocacion, en su lugar, de los gentiles : y el tercero, la enseñanza de la virtud.

Apenas hay una de estas parábolas de Jesucristo que no se refiera á estos tres objetos, y que no convenga igualmente bien á cada uno. Esto es lo que claramente se vé en la parábola del padre de familia, que desde luego envia sus criados, y en seguida á su hijo hácia aquellos á quienes ha arrendado su viña, y que los matan despiadadamente uno despues de otro : en la del rey, que tiene un gran

cian preguntas capciosas para embarazarle y sacar de su boca alguna decision de la cual pudieran hacerle un crímen. Tal fué la que dió á los fariseos, que habian conducido á sus piés á una mujer sorprendida en adulterio, á fin que la juzgase; la que dió á los Herodianos, que le preguntaron si era permitido á los Judíos pagar el tributo al César. Pero cuando hayas considerado estas respuestas con ojos mas ilustrados que los que tienes hoy, las admirarás mucho mas.

Te admirarás de la prontitud con la cual Jesucristo desenreda las mas ocultas intenciones de sus enemigos y de sus envidiosos, de la presencia de espíritu, de la sangre fria, de la nobleza y apacible tranquilidad con la cual les responde; de la destreza infinita, con la cual, saliendo él mismo de embarazo, los envuelve súbitamente en los lazos que le han armado. Sin responder á sus preguntas de un modo doctrinal, las resuelve en una sola palabra; y esta palabra es una gran sentencia que

festin para las bodas de su hijo, y que viéndose desdeñado por los que desde luego habia convidado, hace llamar en su lugar á los pobres y los enfermos de toda especie: en la del hijó pródigo, reconocido de sus yerros y figura de los gentiles, y de su hermano mayor, celoso de la acogida que le hace el padre comun, y figura del pueblo judáico: en la de los dos hermanos, de los cuales promete el uno desde luego á su padre el ir á trabajar á su heredad, y sin embargo no hizo nada; y el otro rehusa desde luego el ir á ella, y sin embargo va á ella seguidamente: en la parábola del padre de familia, que envia á su viña diferentes tropas de obreros á diferentes horas del dia, y hace dar á todos el mismo salario al fin del dia: en la del caritativo Samaritano, figura de Jesucristo, á quien los Judios llamaron con este nombre odioso, y que ha curado las llagas de los gentiles representados por este hombre salido de Jerusalen; esto es, que habia abandonado el culto del verdadero Dios, y se habia vuelto la presa de los ladrones; esto es, de los demonios. Todas las parábolas que acabamos de indicar, y casi todas las otras, son á un tiempo teológicas, proféticas y morales; y sea que se las entienda en el sentido teológico, ó en el sentido profético, ó en el moral, la alegoría es siempre tan justa, tan felizmente sostenida, y conviene tan bien á su objeto, segun todas sus particularidades, que se evidencia que solo un hombre inspirado de Dios pudiera reunir en un mismo símbolo, y bajo un mismo punto de vista, tantas instrucciones diferentes.

encierra las mas profundas lecciones. « Que aquel de » entre vosotros, dijo, que se halle sin pecado, le arroje » la primera piedra. — Dad al César, dijo á los segundos » despues de haberse hecho enseñar una moneda de este » príncipe con su busto, dad al César lo que es del César, » y á Dios lo que es de Dios. » En el momento que Jesucristo pronunció estas palabras, quedan sus enemigos cubiertos de confusion; mas no se irritan contra él, porque no es él, sino la sola verdad quien los confunde. Me atrevo á decirlo; Teótimo: para responder con tanta sabiduría, era preciso haberse preparado desde toda eternidad.

Las exhortaciones de Jesucristo no son menos dignas de nuestra admiracion y de la de todos los hombres, que sus preceptos, sus máximas, sus parábolas y sus respuestas. Una elocuencia divina resplandece en ellas: allí reina una fuerza de persuasion á la cual nadie puede resistirse. Tú crees que él toma sus razonamientos de tu entendimiento: tan pronto consientes en ellos, que casi lo ejecutas indeliberadamente. El momento en que llegan á tus oidos es siempre el mismo en que los concibes y los apruebas. Escucha á este divino orador, exhortando á los hombres á abandonarse á los cuidados paternales de la Providencia: « No os afaneis por saber donde en- » contrareis que comer para mantener la vida, ni de » donde os han de venir los vestidos para cubrir vuestro » cuerpo. ¿No es mas la vida que el alimento; y el » cuerpo, que el vestido? (¿Cómo, pues, aquel que os » ha dado la vida y el cuerpo podria rehusaros el alimento » que la una necesita, y el vestido que es necesario al » otro?) Ved las aves del cielo, que ni siembran, ni » siegan, ni allegan en trojes; y dales de comer vuestro » Padre celestial. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que » ellas? Y ¿quién de vosotros, pensando, puede añadir » un codo á su estatura? Y ¿porqué os afanais por el » vestido? Considerad como crecen los lirios del campo; » no trabajan, no hilan. Dígoos, pues, que ni Salomon » en toda su gloria fué cubierto como uno de estos. Y si » Dios viste de esta suerte el heno del campo que hoy » existe, y mañana es metido en el horno, ¿cuánto mas » á vosotros, hombres de poca fe? No os acongojeis,

» pues, diciendo, qué comeremos; ó qué beberemos, ó
» con qué nos cubriremos; porque las gentes se afanan
» por estas cosas, y vuestro Padre sabe que teneis nece-
» sidad de ellas. Buscad, pues, primeramente el reino
» de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán
» añadidas. Y así, no andeis cuidadosos sobre el dia de
» mañana: porque el dia de mañana cuidará de sí mismo:
» bástale al dia de mañana su afan. » S. Mateo, cap. VI, 25.

Escuchemos todavía á este divino Salvador, exhortando á los hombres á pedir, y esperarlo todo de la bondad de Dios, á quien invocan en sus necesidades. S. Lucas, cap. II, 2. « ¿Quién es entre vosotros el padre
» que diese á su hijo una piedra, cuando le pidiese pan,
» ó que le diese un escorpion, pidiéndole un huevo?
» Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dá-
» divas á vuestros hijos, ¿cuanto mas, vuestro Padre
» celestial dará espíritu bueno á los que se lo pidie-
» ren? »

Por malos que sois por vosotros mismos y de vuestro fondo, sois sin embargo buenos para vuestros hijos: vosotros los amais; sus necesidades os inquietan y compadecen: sus súplicas tienen sobre vuestros corazones un poder, el cual no sabeis resistir; siempre les dais lo que les conviene. ¿Pues con cuanta mas razon, Dios, que es vuestro Padre, no se dejará mover de vuestras necesidades y vencer de vuestras súplicas: Dios, que por su naturaleza, y de su fondo, es la misma bondad? Él ha criado en vuestros corazones el amor que teneis á vuestros hijos: pues ¿cómo no lo habia de encontrar en el suyo? ¿Creeis que os haya hecho mejores que él lo es? Ve aquí, Teótimo, lo que yo entiendo en esta admirable exhortacion de Jesucristo: ¿hay algo en el mundo mas verdadero, mas hermoso, mas sensible y mas persuasivo que ella? Y ¿quién es quien no conoce que un Dios hombre debia litigar así cerca de los hombres, la causa de sus atributos?

Acabemos este primer artículo, querido Teótimo, con algunas observaciones generales sobre los caractéres de la elocuencia de Jesucristo. En estos discursos, este Dios Hombre es tan verdadero, tan sencillo, tan familiar y

tan sensato, que cualquiera que ya tiene el primer grado de razon es capaz de entenderle. Es tan grande, tan sabio, tan profundo y tan lleno de sentido, que asombra á los mayores ingenios. Por poco talento que se tenga, se le concibe; y si se tiene mucho, se le admira: él es proporcionado á los entendimientos mas limitados; y al propio tiempo, es superior á los talentos mas sublimes.

En los discursos de Jesucristo nada ves que indique fausto y ostentacion, porque no tiene orgullo. Nada ves en ellos que huela á afectacion, ni en la eleccion de las palabras ni de las figuras, porque no tiene vanidad, ni trata de hacerse admirar: nada que sea dicho para agradar á los hombres, porque no es su adulador: nada que sea dicho para sorprender agradablemente su imaginacion, porque no trata de divertirlos: nada que huela á sátira, porque se compadece demasiado de los males de los hombres para jugar con ellos. Todos los discursos de Jesucristo me pintan un hombre que solo habla á lo hombres para enseñarles á ser buenos y dichosos, y que los ama con el amor mas puro y mas desinteresado. Su elocuencia es sublime, pero este sublime es el del buen juicio: esto es, el que produce el efecto mas pronto, el mas universal, y el mas durable, porque es imposible contradecirle, creyendo encontrar cada uno en sí mismo lo que el buen juicio ha dictado á los otros; aquel de quien menos se desconfia, porque no quiere ser sospechado ni de pasion, ni de interés, ni de artificio; aquel que no debe sus sucesos favorables sino á la verdad, y por consecuencia, aquel que debia caracterizar la elocuencia de la verdad encarnada.

Bastantes años há, mi querido Teótimo, que leo el Evangelio y que contiemplo en él á Jesucristo (este libro admirable fué puesto en mis manos, por fortuna mia, desde mi primera adolescencia), y puedo asegurarte que cada dia estoy mas admirado de la grandeza de este hombre adorable: él es siempre nuevo para mí, y creo siempre verle la primera vez: todos los dias descubro en sus discursos algun nuevo rasgo de razon y de sabiduría, que todavía no habia visto: cada una de sus palabras es un tesoro: el cuerpo de su doctrina es como

una mina de un metal precioso que aun no se ha agotado, aunque se ha estado sacando de ella diez y ocho siglos, y que jamás será agotada. Todo es en él verdadero, todo hermoso y todo juicioso : la razon mas pura brilla en él por todas partes : nada puede añadírsele : nada puede quitársele : todo es necesario y nada falta ; es, en fin, la obra maestra de aquel que solo hace obras perfectas , esto es, de Dios.

ARTICULO II.

Santidad de Jesucristo.

Haber manifestado que Jesucristo ha sido el mas sabio de los hombres, y un hombre perfectamente sabio, es, mi querido Teótimo, haber probado que ha sido tambien el mas santo de los hombres, y un hombre perfectamente santo. Esta segunda asercion no solo se hace probable, establecida la primera, sino que resulta tambien absolutamemte cierta. Sabe, Teótimo, que en el hombre, contituido como lo está, los vicios del corazon oscurecen siempre las luces del entendimiento, aunque jamás las apagan enteramente : que en aquellos cuyo corazon está corrompido, jamás es pura la razon : que por consecuencia la perfecta virtud es inseparable de la perfecta razon ; y que ninguno puede ser sabio, con esta sabiduría completa y absoluta, á la cual nada falta, sin ser al mismo tiempo santo con aquella santidad sin mancha, que nada deja que desear. Un hombre que no es perfectamente santo, no sabrá tener idea siquiera de la perfecta santidad. Un hombre semejante no puede, ni formarse á sí mismo ni por consiguiente, presentar á los otros hombres, una imágen de la virtud, que la represente como es, y que tenga todos sus rasgos. Las pasiones y los vicios que corrompen la voluntad del hombre (sobre todo el orgullo), pervierten siempre su razon, y le dan ideas falsas en materia de moral. De las pasiones nacen los errores morales, particulares y públicos. Las pasiones son las que en todos tiempos y en todas partes han engendrado aquellas preocupaciones

monstruosas que convierten el vicio en virtud y la virtud en vicio, y ponen á los hombres en la dura necesidad de ser malos, ó de deshonrarse, porque los hombres quieren siempre poder decirse á sí mismos que son buenos, y por una ilacion necesaria de este sentimiento, se esfuerzan en trasformar en virtud el vicio que les agrada.

Por talento que tenga un hombre vicioso que emprenda pintar la virtud, sus vicios, sin que lo advierta, conducirán su pincel y arrojarán sobre su cuadro rasgos que le desfiguren. Esto es lo que ha sucedido á aquellos filósofos que la antigüedad pagana ha ponderado tanto, y á quienes ha elevado hasta los cielos. Los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, los Cicerones y los Sénecas, todos han errado el retrato de la virtud, y todos ellos le han desfigurado. Sus pinturas están llenas de bellezas y de lunares: en ellas se ve al lado de los rasgos que la razon ha dado, los que las pasiones y las preocupaciones han prestado, y así son monstruosas. Lo mismo que sucedió á los filósofos de la antigüedad pagana, sucede tambien á los filósofos de nuestros dias. ¿Porqué esos tan grandes talentos no han podido jamás hacer un retrato perfectamente semejante de la virtud y de la santidad? Porque no las han conocido. ¿Porque no las han conocido? Porque no estaban en ellos. Jesucristo ha tenido la verdadera idea de la perfecta santidad: luego ha tenido y poseido la perfecta santidad. Su razon no fué jamás oscurecida con nublado alguno; y su corazon no fué pues turbado con pasion alguna: así fué perfectamente santo. Él ha sabido pintar la virtud con todos los rasgos que la caracterizan, y la idea de ella la tomó de sí mismo.

Lo que aquí digo, Teótimo, es superior ahora á tus alcances; pero cuando la experiencia de los hombres, y sobre todo el estudio de tu propio corazon te habrán instruido, percibirás claramente su verdad. Aunque, despues de todo, no debamos por razonamientos sino por hechos hacer juicio de la santidad de Jesucristo, debemos formar su retrato por sus aciones, y él es quien debe prestarnos los rasgos que le caractericen. Para hacer juicio de lo que él es, es necesario manifestarle. Tomemos pues el Evangelio en la mano para estudiar en él á Jesucristo;

pero acordémonos siempre de que está escrito: « Que » ninguno conoce al Hijo, sino el Padre: así como nin- » guno conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel á quien » el Hijo habrá querido revelárselo. »

Nosotros no conoceremos perfectamente á Jesucristo sino en el cielo: allá le veremos como es: allá dirigiremos nuestras miradas hasta lo mas íntimo de su alma, cuyas riquezas todas desplegará á nuestro ojos.

Me ceñiré en esta segunda parte de nuestra conversacion á hacerte observar los caractéres propios y singulares de la virtud, ó de la santidad de Jesucristo: aquellos caractéres que distinguen eminentemente á este hombre venerable de todos los demás hombres. Estas observaciones serán para tí como una introduccion al estudio de Jesucristo: ellas te pondrán en estado de notar en él mil rasgos de grandeza y de santidad, los cuales te sorprenderán de una manera tanto mas agradable, cuanto tú mismo los habrás descubierto. Las verdades que encontramos nosotros mismos, nos causan siempre un placer mas sensible que las que otros nos presentan. Así como los bienes que hemos adquirido por nuestra industria nos lisonjean mas que los que tenemos por la liberalidad de otro, porque nos parece que son mas bien nuestros.

1º Luego que Jesucristo se manifiesta, quedamos como sorprendidos y deslumbrados con el brillo de su santidad. Desde luego se ven resaltar en él estas primeras virtudes, que son como el cimiento de toda santidad, quiero decir, el amor de Dios y del prójimo. ¡Qué respeto tan profundo á Dios, á quien siempre llama su Padre! ¡qué dependencia de su voluntad! ¡qué celo de su gloria! ¡qué inmenso deseo de hacerle conocer, y procurarle adoradores! Jamás hombre alguno amó á los hombres con un amor tan puro, tan sincero y tan desinteresado, como Jesucristo. ¿Qué cosa puede imaginarse que sea comparable al celo con el cual los ha instruido? ¿A la bondad con que los ha socorrido? ¿á la paciencia con que los ha aguantado? La inocencia de sus costumbres, su moderacion, su desprendimiento, su aversion á todo lo que huele á fausto y á vanagloria, igualaron á sus demás virtudes. Jamás poseyó bienes

algunos, jamás se atribuyó autoridad alguna, y rehusó la corona.

Varias veces se le vió enternecido, hasta verter lágrimas sobre los males de los hombres, pero jamás se le vió reir. Alguna vez descansaba, jamás se divertia, y nunca se vió en su exterior cosa alguna que descubriese un hombre que queria hacerse observar.

2° Figúrate un hombre que manifiesta en su aire y en todos sus modales una noble sencillez, y cierta dignidad dulce, que no se percibe sino luego que se le observa de cerca: que es modesto sin afectacion: grave sin altaneria: discreto y reservado sin ficcion: afable y popular sin bajeza: igualmente incapaz de lisonjear á los hombres y de ofenderlos: pronto siempre á hacerles bien, y sin prevalerse jamás contra ellos del bien que les ha hecho; y ve ahí el retrato de Jesucristo. Bajo estos rasgos me le pinta la primera ojeada que echo sobre él.

3° Pero cuando le examino con mas atencion, y le estudio con mas cuidado, veo en él cosas tan grandes que quedo admirado. No solo no descubro en él vicio alguno, pero ni aun puedo descubrir ninguno de aquellos defectos de carácter de los cuales no hay hombre alguno que se halle exento; ninguno de aquellos primeros movimientos que en todos los hombres se anticipan á la razon algunas veces, y manifiestan que su virtud no esta siempre vigilante, que no está prevenida, y que á veces se deja sorprender.

4° La hermosura y la pureza del corazon de este hombro venerable, la grandeza y la elevacion de su alma se dejan conocer en todo cuanto dice, y en todo cuanto hace. Se ve que lo sublime de su virtud es su estado natural; que jamás necesita, como los demás hombres, recogerse en sí mismo, resistir á las pasiones para practicar, en las ocasiones mas difíciles, la mas heróica virtud; que es sabio sin estudio, templado, moderado paciente, libre é intrépido sin esfuerzo. Todo está en él en su justa proporcion; todo en el verdadero medio que la razon enseña, y que nadie puede encontrar. Jamás se le ve, como sucede á los demás hombres, arrojarse á un extremo para evitar otro. Todo lo que ha dicho,

ha sido precisamente lo que debia decir; y todo lo que ha hecho ha sido precisamente lo que debia hacer. Jamás se le halla defecto; y todo en él sale de su manantial.

No puede imaginarse virtud mas verdadera, mas franca, mas libre, mas independiente, mas superior á toda preocupacion y consideracion humana, á todo temor, á toda esperanza, y á todo interés de la especie que sea. Cuando desafia á los Judíos á que le convenzan de pecado, me veo obligado á creerlo, porque ya me ha convencido de que es impecable.

Es cierto que Jesucristo ha tenido enemigos; pero ¿era posible que no los tuviera? Siendo los hombres lo que son, ¿puede alguno ser grande hombre y gran santo impunemente? Los malos aborrecen á los buenos porque son buenos; y despues de lo que la historia nos enseña, jamás me espantaré de que lo que debia hacer adorar á Jesucristo, le haya hecho crucificar.

Ve aquí, Teótimo, los caractéres generales de la santidad de Jesucristo, justificados en toda la serie de la relacion de los evangelistas. Hagamos resaltar ahora algunos rasgos particulares.

5° Verás en el Evangelio, si le lees con cuidado, que Jesucristo ha dado á los hombres constituidos en dignidad, como los reyes, sus ministros, los sacerdotes y los grandes del mundo, todo lo que es debido al carácter de que estaban revestidos. Pero verás en él al mismo tiempo, que jamás les ha dado nada de mas: tambien verás que jamás ha elogiado ni los talentos, ni la grandeza, ni las riquezas, y que solo ha elogiado la virtud; y en fin, verás en él que ha hecho conocer en toda su conducta, que lo que mas estimaba y honraba en el hombre, era el hombre mismo, y la dignidad de la naturaleza humana. Sabe, Teótimo, que esta virtud es la mas rara de todas.

6° Tambien notarás en el Evangelio, que Jesucristo no ha hecho jamás otros milagros que los que eran dignos de un Hombre Dios: que ningun milagro hizo por castigo: que su poder fué solo el instrumento de su bondad, y que jamás ha hecho milagros, sino por dos motivos dignos de un Hombre Dios. Siempre era para

socorrer á los desgraciados, para hacer glorificar á su Padre celestial, y para probar la divinidad de su mision; y jamás motivo humano alguno influyó en estas acciones divinas.

Los fariseos le piden con un tono imperioso, que haga parecer un prodigio en el cielo. Este es un desafío que le hacen, queriendo tentarle, y probar su poder. ¿Es, pues, el orgullo quien pide este prodigio? ¿Habria, pues, podido creerse que el orgullo lo hacia? y Jesucristo lo rehusa.

Sus discípulos, indignados contra una ciudad de Samaria que habia rehusado el recibirle, quieren que haga caer fuego del cielo sobre este pueblo ingrato. La venganza era la que solicitaba este milagro, y habria podido creerse que la venganza le obrase. Jesucristo desecha con indignacion la súplica de sus discípulos, y les responde: «Vosotros no sabeis á qué espíritu sois llamados, » porque el Hijo del hombre no ha venido para perder » los hombres, sino para salvarlos. »

Cuando Jesucristo fué conducido delante de Herodes, Herodes se alegró mucho, porque habia mucho tiempo que deseaba conocerle, y verle hacer un milagro. Una pura curiosidad del rey era la que hacia desear á Herodes este milagro. Jesucristo no la satisfizo, pues no hizo el milagro que Herodes deseaba, mas hizo otro. Calló en su presencia, y no respondió ni una palabra á sus preguntas. Quiso mas bien pasar por insensato, que por adulador; y enseñó con este ejemplo á los ministros de su Evangelio, que no deben emplear los talentos que han recibido del cielo, sino en la instruccion y conversion de los reyes, y jamás en sus pasatiempos.

Se ha dicho que la virtud no es heróica, sino cuando reune los dos *extremos*[1] de virtudes opuestas, como la

1 Amigos sabios, y cuya opinion respetaré siempre, han notado que las palabras *extrema* y *extremidad*, que empleo aquí, hablando de la virtud heróica, no convienen, porque estas palabras explican ordinariamente en nuestra lengua un exceso vicioso. Sin embargo, me he determinado á dejarlas: 1° porque está muy bien dicho en nuestra lengua, « *extrema* bondad, *extrema* paciencia, *extrema* » dulzura, etc.; » 2° porque es fácil de ver que yo no empleo estas dos palabras sino para señalar el grado mas heróico de la virtud.

extrema justicia, y la *extrema* bondad. Esta observacion es verdadera. Nada es mas difícil á los hombres, que el reunir estos dos *extremos*. Los hombres casi nunca tienen una virtud en grado eminente, sino á expensas de la virtud opuesta : el que es muy justificado, es ordinariamente duro; y el muy prudente es, por lo regular, lento y timido, etc.

Jesucristo es el solo hombre que ha reunido todos los *extremos* de las virtudes opuestas. El Evangelio nos presenta mil ejemplares, cuya lectura reflexionada te hará conocer toda su grandeza. Saquemos algunos de los mas notables.

¿Quieres ejemplos de *extrema* bondad, dulzura y benignidad? Represéntate á Jesucristo presidiendo el juicio de la mujer hallada en adulterio; conversando con la Samaritana junto al brocal del pozo de Jacob; haciendo en casa de Simon el fariseo la apología de la pecadora de la ciudad; convidándose él mismo en casa de Zaqueo, etc. Repasa en tu memoria todo lo que ha dicho y todo lo que ha hecho en estas ocasiones. Toda la caridad que podemos concebir en un Dios hombre para salvar los hombres, ¿no está brillando á tus ojos? ¿Hay algo mas grande, y que mas conmueva que esta conducta de Jesucristo? ¿No reconoces en estos rasgos el Buen Pastor, y el Padre del Hijo Pródigo? ¿No te ves obligado á convenir en que Jesucristo se ha pintado él mismo en estas dos parábolas?

¿Quieres ejemplos de *extrema* fuerza y libertad? Represéntate la noble intrepidez, con la cual Jesucristo se eleva tantas veces contra los escribas y fariseos : les

Grado, mas allá del cual, nada mejor puede concebirse; 3° porque despues de haberlo reflexionado mucho, no he podido hallar en nuestra lengua expresion alguna que mejor pintase á Jesucristo, y que respondiese mas perfectamente á la idea que él nos da de sí mismo en toda la serie de su vida, y sobre todo en su pasion. En efecto, él ha reunido habitual y constantemente estos heróicos *extremos* de virtudes opuestas; ha hecho al mismo tiempo, y en las mismas circunstancias, actos heróicos de estas virtudes. Suplico, pues, al lector me perdone estas expresiones si no las aprueba enteramente, y considere que en un objeto tan extraordinario, las expresiones atrevidas merecen mas gracia que en todos los demás.

echa en cara su hipocresía, sus desórdenes secretos, el sacrílego abuso que hacian de todo lo mas santo que habia en la religion, y la temeraria impiedad con la cual destruyen la ley con las interpretaciones que la daban. ¿No son estos unos rasgos brillantes de un celo intrépido, que ninguna consideracion humana puede contener ni debilitar?

Y reflexiona, 1° que los pecadores que Jesucristo ha tratado con tanta caridad, no podian nada, humanamente hablando, para él ni contra él; que aquellos contra quienes se elevó con tanta fuerza, lo podian todo para él y contra él, humanamente hablando, porque eran hombres públicos y acreditados, lo removian todo á su gusto, y todo temblaba delante de ellos. Eran los dueños de la reputacion y de la vida de Jesucristo, y podian á su gusto ó hacerle recibir como el Mesías, ó hacerle desechar como un impostor. Así Jesucristo se elevó contra los desórdenes, con una libertad intrépida en las coyunturas terribles, donde el respeto humano reduce al silencio los hombres mas esforzados, y les hace olvidar todo lo que deben á Dios; y él no ha manifestado sino caridad y dulzura en estas coyunturas, donde los hombres mas cobardes no manifiestan ordinariamente sino altanería y dureza, no piensan sino en lo que pueden contra los hombres, y olvidan todo cuanto deben á la humanidad.

Observa, en segundo lugar, que los pecadores, á quienes Jesucristo no ha mostrado sino bondad, eran pecadores de pura flaqueza, ó á lo menos, pecadores humillados y penitentes, y por consecuencia, de aquellos que nosotros decidiríamos que Dios debia perdonar, si nos fuera permitido dar leyes á su justicia; y que los pecadores á quienes Jesucristo no mostró sino indignacion, eran pecadores de pura malicia: hombres malos por principios y sistema, capaces de cometer los mayores crímenes, y de sostenerlos altamente; y por consecuencia, pecadores contra los cuales pronunciaríamos altamente que Dios no debe hacer jamás gracia, si nos fuera permitido el poner límites á su misericordia.

Pero, mi querido Teótimo, para ver la suprema virtud en todo su esplendor, es menester considerar á Jesucristo

muriendo. En su pasion es donde este hombre venerable ha manifestado toda la hermosura, toda la fuerza y toda la grandeza de su alma. En vano buscaríamos en las historias un solo hombre que pueda comparársele. Todo cuanto el mundo ha admirado de mas grande, es inferior á él en una distancia infinita. Toda virtud se eclipsa : toda santidad desaparece en presencia de la suya. No, así no se sufre, y así no se muere, no siendo mas que un simple hombre.

No es mi designio el presentarte aquí un cuadro seguido de la pasion de Jesucristo. Todo cuanto te diré de ella, se hallará comprendido en estas cuatro palabras que encierran los cuatro grandes caractéres que distinguen la virtud de Jesucristo de toda otra virtud. Él ha reunido la *extrema* ibertad, con el *extremo* abandono de su causa : la *extrema* paciencia, con la *extrema* dignidad. Despues que me hayas oido sobre esta materia, vuelve á leer con atencion en el Evangelio la historia de la pasion de Jesucristo, y verás brillar en ella estos caractéres, únicos de la santidad de este Hombre Dios, de un modo tan estupendo, que tu entendimiento quedará asombrado.

Extrema libertad. Mira como Jesucristo habla á los judíos en el momento que se apoderan de su persona en el huerto de las Olivas : al príncipe de los sacerdotes que le pregunta sobre su doctrina, y sus discípulos : á aquel oficial atrevido que le da una bofetada : al príncipe de los sacerdotes que le manda, en nombre de Dios, declarar si él es el Mesías : á Pilatos en el interrogatorio que sufrió ante él. Represéntate bien las palabras de Jesucristo y las circunstancias en que las dijo. Figúrate otro hombre en su lugar, y pregúntate á tí mismo si es posible á un hombre, que se halla en una situacion tan terrible, conservar tanta presencia de espíritu, tanta tranquilidad y una libertad tan intrépida.

Extremo abandono de su causa. Sócrates, que es mirado como el mas grande de los hombres que la religion no ha formado, Sócrates, acusado injustamente, habla á sus jueces, que eran enemigos suyos, con una libertad que ha asombrado todos los siglos. Pero en fin, por defender su inocencia, habla así : Jesucristo no dijo una

palabra siquiera para defender la suya. ¿No lo hacia porque le faltaban razones? ¿A Jesucristo, cuya vida era tan pura, la doctrina tan santa, y los milagros tan sobresalientes? ¿Son las palabras? No, que era el mas elocuente de los hombres? Era el valor? Tampoco, porque él mismo vino á meterse entre las manos de sus enemigos, atreviéndose á declararles que él era el Hijo de Dios, aunque sabia que en esta declaracion pronunciaba su sentencia de muerte : luego no ha sido, ni por pusilanimidad, ni por desesperacion, sino por pura grandeza de alma, el no haber dicho Jesucristo una palabra siquiera en su defensa. Él ha juntado el abandono mas heróico de su causa á la mas heróica libertad, contentándose con no confesarse culpable, porque era inocente. Jamás dijo que era inocente, porque su Padre celestial queria que se dejase sentenciar como culpable.

Extrema paciencia. Jesucristo calla hecho presa de tantas injusticias y violencias, de las mas negras calumnias, atroces insultos, ultrajes inauditos, y entregado á una muerte ignominiosa; y es mudo como un cordero delante del que le esquila. No se le ve reclamar ni los derechos de la justicia tan abiertamente violados contra su persona, ni el respeto debido á la naturaleza humana tan indignamente hollado. Ni una palabra de queja ó murmuracion, ni un solo suspiro se le escapa. La indignacion, la cólera, el desprecio, ni pasion alguna se descubre ni en sus ojos, ni en su rostro, ni en su porte ; de modo, que parece no hallarse conmovido, porque todo es en él tranquilidad. Se diria que solo es espectador de los males que sufre. Pero ¿quién podria ver un espectáculo semejante sin emocion? y así se diria que, cuando sufre los males mas violentos, se halla en su estado natural. Esto es ya demasiado para un hombre; pero aun no es bastante para Jesucristo. Pide por sus enemigos, pide gracia para ellos, y los disculpa.

Extrema dignidad. ¡Cuánta grandeza, ó Teótimo, hay en el silencio de Jesucristo! ¡cuán elocuente es! ¡cuántas cosas dice á los que saben entenderlo! Te exhorto á meditarlo bien, y te anuncio que mientras mas lo medites, mas sorprendido y asombrado quedarás. Este silencio venerable es el triunfo de Jesucristo. Por este

silencio se manifestó sobre todo su virtud superior á toda virtud.

La apología que Sócrates hace de sí mismo delante de sus jueces, todo lo que dice á sus amigos, antes de tomar el fatal brevaje, tocante la sumision á las leyes, el desprecio de la vida, y la inmortalidad del alma, todo esto me pinta un grande hombre. El silencio de Jesucristo me pinta un hombre superior al hombre mismo. Veo en los hermosos discursos de Sócrates, que ha querido parecer constante. Veo en el silencio de Jesucristo que no ha querido sino serlo. Veo en los hermosos discursos de Sócrates que, no pudiendo salvar su vida, ha querido á lo menos poner su reputacion á cubierto. Veo en el silencio de Jesucristo que su virtud ha sido superior á la pérdida de su vida, y á la de la reputacion. Veo en los hermosos discursos de Sócrates que, no pudiendo hacer justos á sus jueces, no ha pensado sino en sufrir con paciencia su injusticia. Una sola palabra que Jesucristo hubiera dicho en favor de su inocencia, habria disminuido en mí la idea de su virtud. Su silencio llenó en toda su extension toda la idea que pude formarme de su virtud, y sobrepujó tambien esta misma idea. El silencio de Jesucristo es, pues, sublime; y este hombre admirable no solo ha sido *extremamente* paciente, sino que tambien ha permanecido con una *extrema* dignidad.

Ve aquí, mi querido Teótimo, á Jesucristo como yo me le represento. En leyendo el Evangelio, tu le verás en él, sin duda, todavía mas grande; pero me atrevo á esperar que, si encuentras muchos rasgos que añadir á la pintura que hago de él, no encontrarás ninguno que borrar.

Tu te hallarás obligado á convenir en que Jesucristo no solo ha estado exento de todo vicio, sino tambien de todo defecto y de toda debilidad; en que ha tenido todas las virtudes: en que las ha poseido de un modo tan eminente, que ha dejado muy atrás, con una distancia infinita, á todos los grandes hombres que le han precedido y que le han sucedido; en que ha tenido el carácter de santidad que convenia propiamente á un Hombre Dios; de suerte que, si es cierto que Dios haya querido hacerse hombre, ha debido serlo como Jesucristo lo ha

sido : en que en él, es necesario buscar la verdad : en que él es el modelo de todos los hombres de cualquiera condicion que sean, y en cualquiera situacion que se hallen : proporcionado á todos, superior á todos : á quien cada uno puede imitar, sin poder igualarle : que se parece á aquellas obras maestras de arquitectura, de pintura y de escultura, que nada puede igualarlas, porque son superiores á todo, y á las cuales se comparan todas las demás obras, para hacer juicio de su hermosura, segun se acercan á ellas mas ó menos.

Además es preciso convenir, en que ninguna virtud particular ha hecho el carácter de Jesucristo, porque las ha poseido todas en el mismo grado, que es el grado supremo : en que no puede definírsele por ninguna virtud particular, como se define á casi todos los grandes hombres : en que su definicion debe presentar la idea de todas las virtudes, y en que su verdadero nombre es, *el santo*.

CATECISMO

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la sabiduría y la santidad de Jesucristo.

P. Me hallo plenamente convencido de la autenticidad, de la verdad, y de la divinidad de los libros evangélicos. Miro como incontestable todo lo que los evangelistas refieren de Jesucristo, y admiro á Jesucristo. Pero si quisiérais comunicarme las reflexiones que habeis hecho sobre la vida de este Hombre maravilloso, le admiraria mas sin duda, porque le conoceria mejor. Ruégoos, pues, desde luego, me digais en general, lo que resulta en vuestro espíritu de la totalidad de los hechos que componen la historia de Jesucristo; y cuál es la última consecuencia que creeis debe sacarse de estos hechos comparados juntos.

R. Despues de haber leido la historia de Jesucristo con toda mi atencion; despues de haber comparado jun-

tos, con el cuidado mas escrupuloso, los hechos maravillosos que componen esta historia, veo claramente: 1º que Jesucristo ha sido verdaderamente un hombre enviado de Dios; 2º que él mismo era Dios: de lo cual me veo obligado á concluir, que la religion que él ha dado al mundo es una religion divina.

P. ¿Querríais enseñarme cómo habeis reconocido estas cosas, por la sola lectura del Evangelio?

R. Lo haré con gusto. Yo estudié en el Evangelio el carácter personal de Jesucristo, medité su doctrina, examiné sus milagros, y de todas estas cosas careadas y comparadas juntas, saqué las consecuencias que ya he anunciado.

P. Empecemos, pues, por el carácter personal de Jesucristo. ¿Qué idea os habeis formado de él, segun el Evangelio?

R. No es possible á un hombre que ha leido la historia, el leer el Evangelio, con alguna atencion, sin declarar que Jesucristo ha sido el hombre mas grande, en todos los sentidos, que el mundo haya visto, y que ningun hombre jamás se le ha acercado, ni en su sabiduría, ni en su santidad.

P. ¿Por dónde haceis juicio de la sabiduría de Jesucristo?

R. Hago juicio de la sabiduría de Jesucristo, por sus preceptos, por sus máximas, por sus parábolas y por sus exhortaciones.

P. ¿Qué es lo que habeis admirado en los preceptos de Jesucristo?

R. He admirado en los preceptos de Jesucristo la equidad, la santidad, la claridad, y la venerable autoridad con que están enunciados.

P. ¿Qué es lo que habeis admirado en las máximas de Jesucristo?

R. En las máximas de Jesucristo he admirado la sencillez junta con la profundidad. Estas máximas son tan verdaderas, que es preciso adoptarlas luego que se entienden: son tan nuevas, que jamás se entienden la primera vez sin admirarse; y son tan bellas, que jamás se olvidan, oidas una vez.

P. ¿Qué admirais en las parábolas de Jesucristo?

R. Admiro en las parábolas de Jesucristo, la hermosura de la invencion; la sencillez de la relacion, la utilidad y la santidad de la moral; y tambien he observado, que estas parábolas tienen todas las bellezas reales de los apólogos de los autores mas ponderados, sin tener sus defectos; pero lo que mas me ha admirado en estas parabolas, es que son á un tiempo teológicas, proféticas y morales, y que vemos en ellas á la vez, la imágen de nuestros deberes, y el símbolo de los sucesos futuros mas interesantes para la religion, y la serie de los designios de Dios sobre los hombres.

P. ¿Qué es lo que admirais en las respuestas de Jesucristo?

R. He admirado en las respuestas de Jesucristo una presencia de espíritu inalterable, una penetracion que jamás se desmiente, y una sencillez que tiene todas la ventajas del arte mas fino, para desenredar y desatar todos los lazos, confundir á los que los han armado, y darnos las mas grandes lecciones, confundiéndolos.

P. ¿Qué es los que habeis admirado en las exhortaciones de Jesucristo?

R. He admirado en las exhortaciones de Jesucristo mucha grandeza, bajo un aire simple: una fuerza de verdad y de buen juicio que no se ve en parte alguna, y que hace que sea imposible el contradecirle; y yo no sé qué uncion secreta que nos mueve á pesar nuestro.

P. Dadme una idea general de la elocuencia de Jesucristo.

R. La elocuencia de Jesucristo es verdaderamente sublime; pero este sublime es el del buen juicio; esto es, el que tiene su efecto mas pronto, mas universal y mas durable; porque cada uno cree ver en sí mismo lo que el buen juicio ha dictado á los otros; el que jamás es sospechoso de pasion ni intéres; y en fin, el que debe todos sus progresos á la verdad sola, etc; por consecuencia, el que debe caracterizar la elocuencia de la verdad encarnada.

P. Lo que me habeis dicho de la sabiduría de Jesucristo, me hace formar desde luego una alta opinion de su santidad, porque concibo que quien es perfectamente sabio, debe ser al mismo tiempo perfectamente santo:

así como ninguno puede ser perfectamente santo, no siendo al mismo tiempo perfectamente sabio. Sin embargo, me hareis un gran favor si quereis comunicarme las reflexiones que habeis hecho acerca de la santidad de Jesucristo.

R. Jesucristo mismo se retrata en el Evangelio en la sola serie de sus acciones. Cuando uno estas acciones, como otros tantos rasgos, se hace de ellas un cuadro cuya hermosura me arrebata y admira. Confieso que mi razon no habria podido jamás formarse por sí misma la idea de un hombre tan completo; y no obstante, por una especie de maravilla, nada veo en él que mi razon no apruebe, y á lo cual no consienta; esto es, sin duda, porque este gran modelo de santidad rectifica y depura mi misma razon, disipando con su presencia los nublados de las pasiones y de las preocupaciones que la oscurecian.

P. Os ruego que entreis en algunos pormenores sobre las virtudes de Jesucristo.

R. Si se quisieran extender los pormenores, irian hasta lo infinito. Si lees el Evangelio con atencion é imparcialicad, su lectura te enseñará mas que mis mas dilatados discursos: hay en este género, como lo sabes, una infinidad de causas que mas bien se conocen que se explican. Solo te diré que mientras mas se estudia á Jesucristo, mas se ve brillar en él la verdadera grandeza: en vano se buscaria la virtud que forma su carácter, porque en él son iguales todas las virtudes, porque todas ellas están en grado supremo: nada se encuentra en este hombre venerable que pueda llamarse, en sentido ninguno, falta, debilidad ó defecto, ni aun de aquellos que llaman defectos de carácter, de los cuales no fué jamás exceptuado hombre alguno.

P. ¿Querriais hacerme notar en pocas palabras lo que particularmente distingue la santidad de Jesucristo de la de los demás hombres?

R. Cuando leo el Evangelio con atencion, veo que la santidad sublime y heróica ha sido el estado natural de Jesucristo. Nunca tiene necesidad de violentarse para practicar los actos de virtud mas difíciles. Jamás una virtud le impide el libre ejercicio de otra, como sucede

á los mas de los hombres ; siempre le hallo en un justo medio. Todo lo que ha dicho , y todo lo que ha hecho , es precisamente lo que debia decir ó hacer en aquellas circunstancias. Él es el solo hombre que haya reunido en sí mismo el heroismo de las virtudes opuestas.

P. Os ruego me presenteis algunos ejemplos de todo eso.

R. Tu encontrarás todo lo que te digo bien admirablemente señalado en la historia de la Pasion de Jesucristo : allí es en donde parecen todas las virtudes en toda su grandeza. Se ve que Jesucristo , en este último acto de su gloriosa vida (si me atrevo á explicar así), ha juntado la *extrema* libertad con el *extremo* abandono de su causa ; y la *extrema* paciencia con la *extrema* dignidad. Entre tantos inocentes perseguidos como el mundo ha visto , no hay uno siquiera que pueda comparársele : Sócrates no le llega , y me atrevo á decirlo , es mas que un hombre el que sufre y muere como ha sufrido y muerto Jesucristo.

P. ¿Qué consecuencia sacais de todo lo que me habeis hecho conocer de la grandeza personal de Jesucristo ?

R. Habiendo sido Jesucristo como nos lo pintan , concluyo : 1° que Jesucristo ha sido evidentemente el hombre mas grande y mas digno de la eleccion de Dios, para ser el legislador y el modelo de los hombres ; 2° que si es cierto que Dios ha querido hacerse hombre , como lo creen los cristianos , es evidente que ha debido ser como Jesucristo ha sido : de donde se sigue que , si hay un Dios Hombre , Jesucristo lo es. Yo podria llevar tal vez mas lejos las consecuencias ; pero por ahora me detengo aquí , porque esto me basta y no puede contestárseme.

TERCERA CONFERENCIA.

Sobre la moral de Jesucristo.

Lo que se ha dicho en la Conferencia antecedente , tocante la sabiduría y la santidad de Jesucristo , te ha

dispuesto, sin duda, mi caro Teótimo, á escuchar con el mas vivo interés lo que te diga en esta sobre su moral.

Tú no esperas nada de este hombre venerable, que no sea digno de él. ¡Eh! ¿Qué hombre fué mas capaz de dar jamás al género humano leyes justas y verdaderamente útiles, sino aquel en quien se ha visto brillar la soberana razon? ¿Que hombre mereció jamás que el género humano se sometiese á sus leyes, sino aquel en quien se vió resplandecer la soberana santidad? Me atrevo á decirlo: cuando los hombres no conocieran perfectamente toda la hermosura y toda la utilidad de las leyes de Jesucristo, deberian recibirlas únicamente por respeto á su autor; y sin embargo, estas leyes son tan bellas y tan útiles, que los hombres deberian someterse á ellas de comun acuerdo por causa solamente de su hermosura y de su utilidad, aunque ignorasen su autor.

Sí, Teótimo, cualquiera que conozca bien, por una parte el fondo del hombre, sus facultades, sus inclinaciones y sus necesidades; y por otra, las relaciones que los hombres tienen con Dios, y las que tienen entre ellos; en fin, si puedo explicarme así, las relaciones que cada hombre tiene consigo mismo: cualquiera, dije, que conozca bien todas estas circunstancias de la naturaleza y de la condicion de los hombres, se verá obligado á convenir en que la ley, ó la moral de Jesucristo, responde á ellas con tanta precision, y pone al hombre en el órden, relativamente á todas estas circunstancias, de modo que es imposible á Dios mismo el concebir un plan de legislacion mas sabio, mas hermoso y mas completo; de donde deducirá necesariamente, ó que Jesucristo era Dios, ó á lo menos (lo que nos basta en este momento) que estaba lleno del espíritu de Dios. Entremos en el exámen de esta ley.

El hombre es un ser compuesto de un cuerpo organizado y de un alma espiritual é inmortal, estrechamente unida al cuerpo para gobernarle; ó si quieres que me sirva de la definicion universalmente recibida: el hombre es un animal racional. El hombre, como dotado de razon, es capaz de conocer la verdad y de

distinguir el bien y el mal, y en esta misma calidad tambien es libre; esto es, que es dueño de sus determinaciones y de sus elecciones, y sobre todo, tiene el poder de abrazar el bien, desechando el mal, ó de abrazar el mal, desechando el bien, segun lo hemos explicado en otra parte. Ve aquí cual es la naturaleza del hombre.

El hombre debe á otro su existencia, y no existe por sí mismo. Dios es, esto es, el Sér eterno é infinito en perfecciones, quien le ha criado, ó que le ha hecho de la nada, en cuanto al cuerpo, y en cuanto al alma. Ve aquí el principio del hombre.

Dios ha criado al hombre para su gloria (quiero decir, la gloria de Dios), y para dicha del hombre mismo; ó para servirme de los términos de tu Catecismo, Dios ha criado al hombre para que le conozca, le ame, y le sirva en este mundo, y luego le posea en el otro. Ve aquí el fin del hombre.

Por último, Dios ha criado al hombre para vivir sobre la tierra, en sociedad con sus semejantes, y para hacer esta sociedad mas necesaria, mas estrecha y mas dulce, ha hecho nacer todos los hombres de uno solo; de suerte, que todos son hermanos y no forman sino una familia esparcida sobre toda la superficie de la tierra. Ve aquí el estado temporal del hombre.

Aquí concibo claramente dos cosas, Teótimo, y creo que tú las concibes tambien como yo. La primera es, que era preciso que Dios diese una ley al hombre: la segunda, que esta ley debia necesariamente contraerse á las cuatro circunstancias de la condicion del hombre que acabo de exponer. Quiero decir, que esta ley debia ser digna de su autor, proporcionada á su naturaleza, conforme á su fin, y conveniente á su estado; ó para explicar las mismas ideas en otros términos, esta ley debia poner al hombre en el órden con respecto á Dios, con respecto á él mismo, y con respecto á sus semejantes. Ahora, es evidente, que el hombre no podia estar en el órden con respecto á Dios, sino amándole en Dios; con respecto á él mismo, sino amándose como ser racional, criado para servir á Dios en este mundo, y poseerle en el otro; y con respecto á sus semejantes, sino

amándolos bajo las mismas relaciones que á él le obligan á amarse á sí mismo : de donde resulta, que toda la legislacion divina debe necesariamente consistir en arreglar y prescribir estos tres amores, que no son sino uno en el fundo, como lo manifestaremos mas adelante.

Supuestos estos principios, mi querido Teótimo, digo que la ley ó la moral de Jesucristo llena del modo mas perfecto estos tres objetos.

El amor que esta ley nos manda tener á Dios, es verdaderamente digno de este Sér supremo. Esta ley arregla del mas sabio modo el amor que cada hombre debe tenerse á sí mismo; y el amor que esta ley prescribe á cada hombre para sus semejantes, es perfectamente proporcionado á los vínculos y relaciones que los hombres tienen entre sí.

En fin, esta ley manifiesta á los hombres los medios mas seguros para conservar y perfeccionar en ellos mismos estos tres amores. Esto es lo que voy á demostrar en varios artículos separados.

ARTÍCULO I.

En el cual se demuestra que la ley de Jesucristo se reduce toda á los tres amores que se han citado arriba.

Encontramos en el Evangelio de san Mateo, XXII, 36, que habiendo un doctor de la ley propuesto á Jesucristo esta cuestion : « Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento » de la ley? Le respondió Jesucristo : Ve aquí el pri- » mero de todos los mandamientos : Escucha, Israel : el » Señor tu Dios es el solo Dios; y tú amarás al Señor » tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con » todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas : este » es el primer mandamiento; y vé aquí el segundo que » le es semejante : Tú amarás al prójimo como á tí mis- » mo. No hay mandamiento alguno mas grande que es- » tos : toda la ley y los profetas se encierran en estos » dos mandamientos. »

Ve aquí, Teótimo, los tres amores de los cuales hemos hablado mas arriba, el amor de Dios, el amor de nosotros mismos, y el amor de nuestros semejantes,

bien claramente designados en la ley que Dios dió en otro tiempo á los Judíos por el ministerio de Moisés, y que Jesucristo adopta y publica aquí nuevamente en cuanto á estos dos primeros mandamientos. Ve tambien, que segun Jesucristo, estos tres amores son el fundo y como la sustancia de toda la religion, y que toda ella está encerrada en estos tres amores.

Observa aquí : 1° que el primero y el tercero de estos amores son cada uno el objeto de un mandamiento expreso ; pero no se manda expresamente el segundo, que es el amor de nosotros mismos, sea porque es evidente á todo hombre que quiere reflexionar, que no puede amar á Dios sin amarse á sí mismo, ni amarse á sí mismo con un amor bien ordenado, si no ama á Dios ; sea porque siendo en nosotros el amor de nosotros mismos un amor necesario, que nace con nosotros, y del cual no podemos despojarnos, no habia necesidad de prescribirlo, sino solo arreglarlo.

Observa, en segundo lugar, acerca del mandamiento de amar á Dios, que este mandamiento gira mas bien sobre la fuerza, la extension y los efectos, que sobre el fondo y la sustancia de este amor; porque es mucho mas fácil al hombre ignorar como debe amar á Dios, que ignorar que debe amarle.

Observa, en tercer lugar, tocante el mandamiento de amar al prójimo, que este mandamiento era absolutamente necesario, porque aunque sea muy cierto que nosotros no podemos amar á Dios, si no amamos á los hombres, criados á su imágen, y que son nuestros hermanos; sin embargo, si Dios no hubiera declarado que estos dos amores son inseparables, la mayor parte de los hombres, ciegos de pasion, se habrian persuadido en mil ocasiones á que podian separarlos, y amar á Dios con todo su corazon, mientras aborrecian mortalmente al prójimo.

Observa, en fin, tocante la forma del segundo mandamiento, que estas palabras : « Amarás á tu prójimo » como á tí mismo, » no significan que debemos al prójimo un amor igual, sino solo un amor semejante al que nos tenemos á nosotros mismos. El órden quiere que nosotros nos prefiramos á nuestros semejantes, á lo

menos en el caso de la igualdad de los intereses, como lo mostraremos mas abajo.

Tal es, Teótimo, el fondo de la ley ó moral de Jesucristo, y tú ves que esta ley consiste en mandar, y arreglar los tres amores de los cuales hemos hablado ya tantas veces, que son el amor de Dios, el amor de nosotros mismos, y el amor de nuestros semejantes.

Pero dirán: ¿Luego siendo esto así, la ley de Jesucristo es absolutamente la misma que la de Moisés, en cuanto á los preceptos morales, así como la ley de Moisés, en cuanto á estos mismos preceptos, era la misma que la ley natural, y por consecuencia, la ley de Jesucristo no tiene mérito alguno particular; porque es una segunda promulgacion de la ley de Moisés, y nada mas?

Convengo, Teótimo, en que la ley de Jesucristo es la misma en el fondo que la de Moisés, en cuanto á los preceptos morales, pero Jesucristo, como lo verás fácilmente en la serie de esta Conferencia, y sobre todo, en la comparacion que algun dia harás del Antiguo Testamento con el Evangelio, ha hecho tres cosas que le dan verdaderamente el carácter de legislador, y que hacen que su ley, como él mismo lo dice, es una nueva ley: 1° Él ha derogado todo aquello que en la antigua ley podia ser para el hombre, aunque siempre por culpa suya, un pretexto, ó un motivo de amar á Dios con un amor menos puro; de amarse á sí mismo con un amor menos discreto; y de amar á sus semejantes con un amor menos universal, menos sincero, y menos activo. 2° Ha explicado en un pormenor mas grande que Moisés lo habia hecho, las obligaciones que nos impone en la práctica el amor de Dios, el amor de nosotros mismos, y el amor de nuestros semejantes; en fin, se aplicó con un particular cuidado á enseñar al hombre, sea por sus preceptos, ó sea por sus consejos, los medios de conservar y perfeccionar en sí mismo estos tres amores. Bajo estas relaciones, la ley de Jesucristo es una nueva ley, aunque sea tan antigua como el mundo; en este sentido, es una ley diferente dela de Moisés, aunque sea la misma; porque ella es, con respecto á la ley de Moisés, lo que un cuadro acabado, y

alque el pintor ha dado la última mano, con respecto á un bosquejo. Que es lo que Jesucristo ha querido darnos á entender, cuando ha dicho (san Mateo, v, 17): « Yo no he venido para destruir la ley, sino para cum» plirla; esto es, para darle la última perfeccion. »

Guardémonos bien, sin embargo, mi querido Teótimo, de deducir de allí, que la ley que dió Dios en otro tiempo al pueblo judáico por ministerio de Moisés no era buena, porque seria una blasfemia. La ley de Moisés era como debia ser, con respecto al carácter y á las necesidades del pueblo judáico, y á los designios que Dios tenia sobre este pueblo, como seria fácil el demostrarlo. Esta ley tenia desde luego toda la perfeccion que debia tener en las circunstancias en que fué dada, y por consecuencia, era verdaderamente digna de Dios: que debe manifestar principalmente su sabiduría, proporcionando los medios que emplea al fin que se propone, y dando á sus obras aquella hermosura completa, que consiste en la justa proporcion que las partes tienen con el todo. La ley que dió Dios en otro tiempo al pueblo judáico por ministerio de Moisés era, pues, perfecta: pero la que despues ha dado á todos los pueblos por ministerio de Jesucristo su único Hijo, es mas perfecta en el sentido que hemos dicho. Esto es, Teótimo, lo que voy á hacerte comprender, exponiéndote la doctrina de Jesucristo en punto á los tres amores de que hemos hablado; y que son, segun se ha dicho, el fondo de la Religion.

ARTÍCULO II.

Carácter del amor de Dios, segun la ley de Jesucristo.

El amor que Jesucristo nos manda tener á Dios responde á la idea que la razon y la fe nos dan de la suprema excelencia de este primer Sér, y de las relaciones que con él tenemos: « Escucha, Israel; el Señor, tu » Dios es el solo Dios, y tú amarás al Señor tu Dios » con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu » entendimiento, y con todas tus fuerzas. » Tú amarás al Señor. El hombre debe amar, primera y esencialmente á Dios por sí mismo, porque es Dios; esto es, por

causa de la excelencia infinita de su sér, etc.; y para servirme de los términos de tu Catecismo, porque es infinitamente bueno y amable en sí mismo. Tú amarás al Señor, tu Dios: el hombre debe amar á Dios, porque es su Dios; esto es, porque Dios le ha criado, porque Dios le ha colmado de bienes, y porque Dios es el bien que debe gozar durante toda la eternidad. Tú amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu entendimiento: el hombre debe consagrarse todo entero al amor de Dios. Este amor debe ser en él el amor dominante, superior á todo otro amor, que reine sobre todas sus fuerzas: de suerte, que Dios sea superior á todo, en el afecto y estimacion del hombre. Tú amarás al Señor, tu Dios, con todas tus fuerzas: el hombre debe amar á Dios con un amor activo, que se manifieste exteriormente, y produzca frutos por las buenas obras. El hombre, pues, referirá á Dios todo lo que tiene, todo lo que es, y todo lo que hace; será fiel á su ley, sumiso á las órdenes de su Providencia, dócil á sus inspiraciones, pronto siempre á emprenderlo todo, y á sacrificarlo todo por él.

El amor que el hombre debe á Dios es un amor digno de este Sér supremo; es, pues, un amor, por el cual ama á Dios por Dios mismo; sino única y exclusivamente, á lo menos primera y principalmente; de donde se sigue, que este amor debe ser un amor noble y generoso: que no depende en nada de las ventajas de la fortuna: que se sostiene en la indigencia mas universal, como en la abundancia: que hace que el cristiano esté siempre pronto á recibir de la mano de Dios, con una sumision perfecta, la pobreza y las riquezas, y las prosperidades y adversidades de la vida presente.

El amor que el hombre debe á Dios, es un amor digno de este Sér supremo; y por consiguiente un amor firme, constante, inalterable y capaz de sostener las mas terribles pruebas. Esta es la idea que Jesucristo da de él, en estas palabras (san Lucas, XIV, 26): « Si alguno » viene á mi, y no aborrece á su padre y madre, y mujer » é hijos y hermanos, y aun tambien su vida, no puede » ser mi discípulo. »

El amor que el hombre debe á Dios, es un amor digno

de este Sér supremo, y por consiguiente, un amor de celo. El que tiene este amor en el corazon, debe estar animado de una santa pasion por la gloria de Dios. Su grande interés entonces es el de Dios. La única mira de sus trabajos y de sus buenas obras será el procurar la gloria de Dios. Hará consistir toda su dicha en ser, si es necesario, la víctima de su fidelidad hácia Dios. Esto es lo que Jesucristo nos enseña por estas palabras (san Mateo, v, 16): « Ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, » de modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen » á vuestro Padre que está en los cielos; » y por estas otras (san Mateo, v, 11): « Bienaventurados sois cuando » os maldijeren y os persiguieren, y mintiendo dijeren » todo mal contra vosotros por mí : gozáos y alegráos, » porque vuestro galardon muy grande es en los cie- » los. »

En fin, el amor que el hombre debe á Dios, es un amor digno de este Sér supremo; y por consiguiente uno de los efectos necesarios de este amor, es inspirar al hombre un soberano horror al pecado : este horror producirá siempre en el cristiano, ó un vivo temor de cometer el pecado, ó un arrepentimiento amargo de haberle cometido, y le empeñará á velar sobre sí mismo continuamente, y á hacerse continuas violencias para preservarse del pecado, ó á abrazar las santas austeridades de la penitencia para castigarse. El Evangelio está lleno de estas verdades.

Tales son, mi querido Teótimo, los caractéres del amor que el hombre debe á Dios, segun la ley ó moral de Jesucristo. Convengo contigo en que Dios no podia exigir mas del hombre criatura suya. Pero por poco que quieras reflexionar y ser justo, convendrás conmigo tambien, en que el hombre no debe nada menos á Dios su Criador. Por este amor, que nace de la fe, y que es inseparable de la esperanza, adoramos á Dios en espíritu y verdad, y le rendimos aquel culto interior, que es el solo que admite, porque es el único digno de él : culto interior, que no excluye el culto exterior, supuesto que este procede necesariamente de aquel; así como la palabra, el gesto, y los diferentes movimientos de la cabeza y del cuerpo, proceden por sí mismos del pensamiento y del

sentimiento, segun lo hemos dicho en otra parte. Pero al mismo tiempo culto interior, que solo él puede dar precio al culto exterior: pues este solo no es otra cosa á los ojos de Dios, sino una ficcion que le ultraja, sino procede del interior.

ARTÍCULO III.

Caractéres del amor que el hombre se debe á sí mismo, segun la ley de Jesucristo.

El hombre se halla determinado, por su propia naturaleza, á amarse á sí mismo; y así es imposible que no se ame. Pero este amor puede ser ordenado ó desordenado. Cuando el amor que el hombre se tiene á sí mismo es ordenado, bien lejos de oponerse al amor de Dios, es un acto, y como una parte de este amor: pero cuando el amor que el hombre se tiene á sí mismo es desordenado, se vuelve en el corazon del hombre, el rival, y el mayor enemigo del amor de Dios: luego importaba mucho al hombre, el saber como debia arreglar el amor de sí mismo; y esto es lo que Jesucristo le ha enseñado de un modo verdaderamente digno de tan gran maestro.

De cuanto hemos dicho hasta aquí, mi querido Teótimo, se evidencia, que el amor que el hombre se tiene á sí mismo, no puede ser ordenado sino en cuanto se conforma con la naturaleza del hombre, con el fin del hombre, y con el estado ó condicion del hombre sobre la tierra. No necesita mas que un buen juicio para convenir en la verdad de todos estos principios.

1° El hombre, como lo hemos dicho mas arriba, se compone de un alma espiritual é inmortal, y de un cuerpo organizado. En cuanto al alma, es la imágen de Dios; pero en cuanto al cuerpo, se diferencia poco de los brutos. Luego es el alma la que tiene el primer lugar en el hombre, y el cuerpo el segundo. Y así, es evidente que el órden quiere que el hombre estime y ame principalmente en sí mismo lo que es mas excelente: que su primer cuidado sea el conservar y perfeccionar incesantemente en su alma la semejanza divina: mas ¿cómo? Con

el estudio y la práctica de la sabiduría. Que se persuada á que no hay interés mayor en este mundo, que el ser fiel á Dios, verdadero, bienhechor, moderado, etc.; en una palabra, tan bueno como puede serlo : que es su verdadera gloria y su verdadera felicidad. Esto es lo que Jesucristo nos manda en estas palabras : « Sed perfectos, » como vuestro Padre celestial es perfecto. » Que el hombre ame, sin embargo, su cuerpo; pero que le ame, si puedo explicarme así, salvo los derechos y la dignidad de su alma. Que el hombre conserve su cuerpo; pero como un instrumento que Dios ha dado al alma para ejercitar la virtud. Que tema mucho mas degradar su alma, que ofender su cuerpo. Que tambien esté siempre pronto á entregar su cuerpo á los tormentos y á la muerte, antes que manchar su alma con algun delito. Para hacernos comprender esta verdad, nos manda Jesucristo tener la prudencia de la serpiente. Cuando se halla atacado este reptil, expone todo su cuerpo á los golpes para salvar su cabeza. Así el hombre no debe hacer caso de la vida del cuerpo, cuando no puede conservarla sin detrimento de la pureza de su alma. Este es el modo con que el hombre, segun la ley de Jesucristo, debe amarse á sí mismo, relativamente á su naturaleza. El hombre ha sido criado para servir á Dios en este mundo, y despues verle y gozarle en el cielo. Y solo sirviendo á Dios, y sirviéndole con fidelidad en este mundo, puede el hombre merecer el poseerle en el cielo. Estas dos cosas son absolutamente inseparables. Ninguno poseerá á Dios en el cielo, sino aquel que le haya servido fielmente en la tierra. Cualquiera que haya servido á Dios fielmente en la tierra, le poseerá en el cielo. Y es necesario observar aquí, que aquellos que habrán sido rebeldes á Dios en la tierra, no serán privados solamente de las recompensas debidas á la virtud, sino que serán castigados con todos los suplicios que merece el crímen. El Evangelio está lleno de estas verdades tan consoladoras para los buenos, como terribles para los malos.

El cristiano, penetrado de estas verdades, convendrá con Jesucristo, en que nada sirve al hombre el ganar el mundo entero si pierde su alma; y desde este momento todos sus deseos se volverán hácia el cielo : no se ocu-

pará de otra cosa sino del cielo : no mirará sino al cielo ; no conocerá otros bienes sino la virtud y las buenas obras, por las cuales se merece el cielo : ni otro mal, sino el pecado, por el cual se pierde el cielo. Siempre se hallará dispuesto á perder todos los bienes, y sufrir todos los males del mundo, antes que cometer un solo pecado que le excluya del cielo. Para hacer conocer Jesucristo á sus discípulos toda la fuerza de estas obligaciones, les dijo : « No hagais tesoros en la tierra, donde la polilla y » el orin lo comen todo, y donde hay ladrones que desen- » tierran y roban. Pero haceos tesoros en el cielo, don- » de no hay ni polilla ni orin que pueda comer, ni ladro- » nes que puedan desenterrar y robar. Si vuestro ojo » derecho os escandaliza y hace caer, arrancáoslo y ar- » rojadle lejos de vosotros ; porque es mejor para vos- » otros que una parte de vuestro cuerpo perezca, que » no que todo vuestro cuerpo sea arrojado al infierno ; y » si vuestra mano derecha os escandaliza y hace caer, » cortadla, y arrojadla lejos de vosotros ; porque es me- » jor que perezca una parte de vuestro cuerpo, que no » que todo vuestro cuerpo sea arrojado al infierno. Yo os » digo á vosotros que sois mis amigos : no temais á » aquellos que matan el cuerpo, y que despues de ello » nada mas pueden haceros. Pero voy á enseñaros á » quien debeis temer. Temed á aquel, que despues de » haberos quitado la vida, tiene aun el poder de arrojar » al infierno ; á este, os digo otra vez, es á quien debeis » temer. » Así es como el hombre, segun la ley de Jesucristo, debe amarse á sí mismo con respecto á su fin.

3° En fin, el hombre fué criado para vivir sobre la tierra en sociedad con sus semejantes : cada hombre es, con respecto á la sociedad, lo que es un miembro con respecto al cuerpo ; y la sociedad es con respecto á cada hombre, lo que es el cuerpo con respecto á un solo miembro. De aquí resulta que cada hombre tiene derecho de preferir su propio interés personal al interés temporal de cada uno de sus semejantes ; á lo menos en caso de igualdad de estos intereses, y que debe preferir el interés temporal general de la sociedad á su interés personal en el mismo órden. Esto es lo que Jesucristo

manda por estas palabra : « Dad al César lo que es del César ; » porque en este pasaje es menester entender por César á aquel ó aquellos que representan las sociedades, y ejercen imperio en sus nombres, segun las diferentes constituciones de estas sociedades, como los reyes en las monarquías, los magistrados en las repúblicas, y los grandes en las aristocracías.

Pero el hombre no debe jamás sacrificar su salvacion eterna, ni al bien temporal de los particulares, ni al de la sociedad ; porque la salvacion de un solo hombre es infinitamente superior á todos los bienes temporales de la sociedad entera de los hombres ; porque la salvacion no está en el órden de los bienes que pertenecen á la sociedad temporal de los hombres : en fin, porque el hombre no puede hacer jamás el sacrificio de su salvacion, sino violando algun punto de la ley de Dios ; y porque es evidente, por el simple buen juicio, que jamás se permite hacer el mal para que suceda el bien ; que la primera obligacion del hombre es obedecer á Dios ; y que si un hombre pudiera con un solo pecado impedir la destruccion de todo el género humano, no debia cometerle : de donde resulta tambien, que un hombre no debe sacrificar su salvacion eterna para procurar la eterna salvacion de todo el género humano.

No obstante, como los hombres no solo están unidos entre sí con los lazos de la sociedad temporal, sino por los de la sociedad espiritual, y que deben amarse mutuamente, sobre todo con relacion á su salvacion, como futuros conciudadanos del cielo ; pide el órden que cada hombre, cuando esto es necesario, sacrifique todos sus intereses temporales y hasta su misma vida, no solo por la salvacion eterna de la sociedad, sino tambien por la de uno solo de sus semejantes ; porque es evidente que la vida de un hombre debe contarse por nada, en comparacion de la salvacion de otro hombre. Esto es lo que Jesucristo nos ha enseñado y mandó cuando dice en san Juan, cap. xv, 12 : « El mandamiento que os doy, es » que os ameis los unos á los otros, así como yo os he » amado. » Ahora, Jesucristo ha amado á todos los hombres, y á cada uno en particular hasta morir por su salvacion : luego así es como el hombre debe amarse á sí

mismo, segun la ley de Jesucristo, relativamente á su condicion temporal.

ARTÍCULO IV.

Caractéres del amor que el hombre debe á sus semejantes, segun la ley de Jesucristo.

Leemos en el cap. x del Evangelio de san Lucas, que habiendo declarado Jesucristo que el segundo mandamiento de la ley era este : « Amarás á tu prójimo como á tí mismo; » el doctor de la ley, que desde luego le habia preguntado, le hizo tambien esta pregunta : « Y ¿quién es mi prójimo? » Jesucristo le respondió con aquella bella é ingeniosa parábola del caritativo Samaritano que se halla en el mismo capítulo, y cuya moral ó consecuencia natural es, que todo hombre debe mirar á cada uno de sus semejantes como prójimo suyo; y así, segun la doctrina de Jesucristo, cada uno no debe amar solamente á sus padres, á sus aliados, á sus amigos, á sus bienhechores, y á sus conciudadanos, sino á todos los hombres sin excepcion; porque no hay ninguno de ellos que no haya sido criado como él para poseer á Dios; y ninguno que como él no haya sido redimido por la muerte del Hijo de Dios. Es cierto que cada hombre debe su predileccion á aquellos de sus semejantes, con quienes tiene, en el órden de la naturaleza, en el de la sociedad civil, ó en el de la religion conexiones mas inmediatas y mas estrechas; pero esta predileccion no debe jamás extenderse hasta el extremo de excluir de su afecto á ninguno de sus semejantes. Por esto ha querido Jesucristo, que cada uno pida en nombre de todos, y por todos. Padre nuestro que estás en los cielos, decimos por órden suyo, santificado sea tu nombre..... El pan nuestro de cada dia, etc.; y no, padre mio, que estás en los cielos. Cada hombre debe amar á todos, y á cada uno de sus semejantes con un amor justo, no causándoles detrimento ni sentimiento alguno; con un amor de caridad, haciéndoles todo el bien que pueda. Con respecto al amor de justicia, renueva Jesucristo los mandamientos del Decálogo, que miran al prójimo: con res-

pecto al amor de caridad, manda á cada hombre haga á los otros todo el bien que él quisiera le hiciesen : hace un precepto de la limosna, bajo cuyo nombre deben entenderse todos los socorros temporales que el hombre puede dar á sus semejantes.

Pero como cada hombre debe amar á sus semejantes, primera y principalmente en el órden de la salvacion, como ya se ha dicho, se manda á cada hombre pida por su prójimo, le instruya en la ley de Dios, le dé cuando pueda, y segun las reglas de la prudencia, correcciones útiles y buenos ejemplos. Todos estos deberes le están señalados en el Evangelio. Tema el hombre sobre todo el ser á sus hermanos ocasion de pecado. « ¡Ay de aquel » por quien venga el escándalo ! dice Jesucristo ; mejor » seria para este hombre que le atasen al cuello una pie- » dra de molino y le arrojasen al mar. »

En fin, el amor que la ley de Jesucristo prescribe á cada hombre hácia sus semejantes, no solo debe ser sincero y afectuoso, activo y benéfico, sino todavía paciente y capaz de soportar y perdonar las injurias mas crueles y multiplicadas. « Oísteis, dice Jesucristo (san Mateo, » cap. v), que fué dicho : Amarás á tu prójimo y abor- » recerás á tu enemigo. Mas yo os digo : Amad á vues- » tros enemigos : haced bien á los que os aborrecen, y » rogad por los que os persiguen y calumnian, para que » seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el » cual hace nacer su sol sobre los buenos y malos, y » llueve sobre justos y pecadores ; porque si amais á los » que os aman, ¿qué recompensa tendreis ? ¿Los publi- » canos no lo hacen tambien ? y si no saludais sino á » vuestros hermanos, ¿qué haceis en eso de mas ? ¿Los » gentiles no lo hacen tambien ? Pues sed vosotros per- » fectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto. » Y vemos en el Evangelio tambien que habiéndose acercado san Pedro á Jesucristo, y díchole : « Señor, cuan- » tas veces perdonaré á mi hermano cuando haya pecado » contra mí ? ¿será hasta siete veces ? » Jesucristo le respondió : « No os digo hasta siete veces, sino hasta se- » tenta veces siete veces. » Y á fin de que no creyésemos que el perdon de las injurias no es mas que un consejo, y no precepto, pronunció al instante la bella parábola,

que se lee en el mismo lugar, y la terminó por estas palabras : « De este modo os tratará mi Padre, que está en » los cielos, si cada uno de vosotros no perdona á su » hermano del fondo de su corazon. » No es esto todo; porque Jesucristo ha llevado las cosas hasta obligarnos á renunciar á todo perdon de parte de Dios, si no perdonamos á nuestros hermanos, y á hacer de ello delante de él nuestra declaracion auténtica cada vez que nos encomendamos á él, y le decimos : « Y perdónanos nuestras » deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deu- » dores. » Y á fin de que los hombres supiesen bien que nada les es permitido de lo que puede causar el mas mínimo perjuicio á la caridad fraternal, que debe reinar entre ellos, Jesucristo termina todos sus preceptos con este (san Mateo, cap. v, 21) : « Oísteis que fué dicho á » los antiguos : No matarás, y quien matare, reo será en » el juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja » contra su hermano, reo sera en el juicio; y quien di- » jere á su hermano raka, reo será en el concilio; y » quien dijere insensato, será reo del fuego del infierno. » Por lo cual, si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y » allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa con- » tra tí, deja allí tu ofrenda ante el altar, y ve primera- » mente á reconciliarte con tu hermano, y despues ven- » drás á ofrecer tu ofrenda. »

Puede ser, Teótimo, que estos últimos preceptos de Jesucristo, relativos al perdon de las injurias, y al amor de los enemigos, te parezcan muy duros : el deseo de vengarse es natural á todos los hombres : tú estás en una edad, en la cual la cólera se exalta fácilmente; y de tal modo, que por una fatal preocupacion, se cree quedar deshonrado en no vengándose : mas cuando hayas aprendido á conocer el corazon humano con el estudio del tuyo, verás que nada era tan necesario á los hombres como estos preceptos, sea para su salvacion eterna, ó sea para su felicidad temporal : entonces discurrirás así con todos los prudentes.

Es imposible á los hombres el ser justos en la venganza, y atenerse á una exacta proporcion entre las injurias que han recibido, y las satisfacciones que se toman de ellas, y así era necesario prohibir á los hombres

el vengarse. Es imposible á los hombres el no tratar de vengarse de una injuria recibida, cuando no la perdonan de todo corazon; y así era necesario mandar á los hombres que perdonasen de todo corazon las injurias recibidas. Cuando se aborrece al que nos ha injuriado, no se le perdona de todo corazon; y por lo mismo era necesario mandar á los hombres amar á cualquiera sin quererle bien, y hacerle bien cuando se puede; es decir, que era preciso mandar á los hombres hacer bien á sus enemigos; y este es el modo con el cual debemos amar á nuestros semejantes, segun la ley de Jesucristo.

Ve aquí, mi querido Teótimo, la ley que Jesucristo ha dado á los hombres de parte de Dios, de quien no solo se ha dicho siempre el enviado sino por su propio Hijo. ¿No te consideras obligado á admitir tanta sabiduría y equidad? ¿No convienes en que Dios mismo no podia formar un plan de legislacion mas conveniente á la naturaleza del hombre, á su último fin, y á su condicion temporal? Que así es verdaderamente como el hombre debe amar á Dios, amarse á sí mismo, amar á sus semejantes; que nada era mas digno de Dios que el dar al hombre una ley semejante: que nada es mas digno del hombre que el cumplirla: que el hombre no puede ser verdaderamente grande sino cumpliendo esta ley; y que será tanto mas grande cuanto la cumpla con mas perfeccion?

Pero Jesucristo no se ha contentado con enseñar á los hombres como ellos mismos debian amarse, y como debian amar á sus semejantes; sino que todavía les ha enseñado los medios mas seguros de conservar y perfeccionar en ellos estos tres amores. Esto va á ser la materia del artículo quinto.

ARTÍCULO V.

Donde se exponen los medios que Jesucristo ha enseñado á los hombres para conservar y perfeccionar en ellos los tres amores, de los cuales se ha hablado hasta aquí.

Aunque eres muy jóven, mi querido Teótimo, sabes ya por tu propia experiencia, que se levantan frecuen-

temente en aquella parte del alma, que llaman la parte inferior, movimientos prontos y violentos que preocupan la razon, y que son en nosotros como otros tantos instintos que nos guian al mal. Estos sentimientos son los que designamos con el nombre de pasiones. Ahora, entre estas pasiones hay cuatro principales, de las cuales nacen todas las otras, y son : el orgullo, la sensualidad, la codicia y la cólera.

El orgullo es en el hombre un amor desarreglado de su propia excelencia : este amor le inspira una estimacion injusta de sí mismo, una vana complacencia en sí mismo, y una loca admiracion de sí mismo : este amor hace que el hombre confie temerariamente en sí mismo, y todo lo presuma de sus fuerzas : lo impulsa sin cesar á querer elevarse sobre todos los demás hombres, y dominarlos : le lleva y arrastra á desear contra el órden la aprobacion, las alabanzas, el respeto, y hasta los homenajes de los otros hombres.

La sensualidad es en el hombre un deseo inmoderado de los placeres de los sentidos. Este deseo hace que el hombre se entregue á la molicie, al reposo y á los excesos de la mesa, y que busque las torpezas de toda especie, aun las mas deshonestas.

La codicia es un deseo desarreglado de las riquezas : esta pasion nace de las dos precedentes, de las cuales, por decirlo así, es el ministro ; porque con las riquezas se abre el orgullo la puerta á todos los honores, y el voluptuoso, compra todos los placeres.

En fin, la cólera es en el hombre un movimiento violento, que le lleva á desechar y alejar todo aquello que se opone á los deseos que las otras tres pasiones le han hecho concibir.

Aunque tú no tengas todavía, mi querido Teótimo, sino un conocimiento muy ligero de la historia ; sabes, sin embargo, que estas cuatro pasiones son las que han causado todos los males, de los cuales ha sido la tierra el teatro despues que los hombres la habitaron : que ellas la han manchado con mil crímenes, y la han inundado de sangre ; que ellas han llevado la destruccion á todas partes, y han hecho una infinidad de desgraciados. Un tiempo llegará, que verás con tus propios ojos

lo que solo sabes ahora por oidas : quiera el cielo que tu experiencia personal no se una á las extrañas experiencias para darte sobre este punto tristes y vergonzosas luces ; y que despues de haber visto mil ejemplos de los males que las pasiones acarrean al hombre, no seas tú mismo un ejemplo espantoso de ellas.

Mucho importa, pues, al hombre reprimir estas pasiones tan funestas á su inocencia, á su reposo y á su salvacion, las cuales se vuelven siempre sus tiranos, si no hacen á los hombres sus esclavos. La gran ciencia del hombre es el conocer la malignidad de estas pasiones, y no dejarse sorprender de ellas ; y la sola felicidad del hombre en este mundo, es la de hacerse dueño de estas pasiones y señorearlas. Todo el secreto de la salvacion, consiste para el hombre, en combatir continuamente estas pasiones, y no dejarlas jamás adquirir la victoria. ¡O Teótimo, cuán convencido estaba el Hombre Dios de estas verdades ! Porque si se examina con atencion el Evangelio, se ve que propiamente hablando, su moral no tiene otro fin, que enseñar á los hombres á conocer, á temer y á reprimir estas pasiones. Exhortaciones, parábolas, máximas, pero sobre todo, preceptos y consejos todo gira sobre ello.

Preceptos de Jesucristo tocante al orgullo.

El orgullo, mi querido Teótimo, es la mas injusta y la mas funesta de todas las pasiones, y sin embargo, es la mas natural al hombre : ninguno de ellos se halla enteramente exento de él. Esta es la sola pasion, entre todas, que el hombre aborrece y condena en todos los demás hombres, al paso que siempre la aprueba en sí mismo.

Para curar al hombre de esta pasion, era desde luego necesario hacerle conocer su injusticia, y vé aquí como Jesucristo ha procedido.

1° Declara y prueba á los hombres, que ellos nada tiene ni pueden por sí mismos, si Dios no les presta su ayuda, ó como autor de la naturaleza, ó como autor de la gracia. « ¿Quién de vosotros, dice en un pasaje, puede, » á fuerza de pensar, añadir un codo á su estatura? » Y en otro pasaje : « Vosotros no podeis volver blanco ó negro

» un solo cabello de vuestra cabeza.» Como si les dijera : ¡ O presuntuosos mortales, que tan temerariamente confiais en vuestras pretendidas fuerzas, y que os prevaleis de ellas tan insolentemente ! ¡ en qué pensais ! ¿ Puede por ventura alguno de vosotros levantar un codo á su altura ? ¡ Qué digo ! cualquiera de vosotros, ¿ puede siquiera mudar el color de uno de sus cabellos ? ¡ Eh ¡ Y ¿ cómo podriais añadir á vuestro cuerpo un miembro, ó un sentido mas ? Y si no podeis hacer en vuestro cuerpo la mas ligera mudanza, ni darle la mas mínima perfeccion que le falte, ¿ cómo podríais mudar vuestra alma, sea enriqueciéndola con alguna nueva facultad, sea dando á sus facultades mayor extension ó el menor grado de perfeccion ? Tal es el razonamiento que encierran las palabras de Jesucristo, que acabo de referir : palabras que dan un terrible golpe al orgullo humano ; pero era necesaria alguna cosa mas para abatir este monstruo. El hombre es libre, y sabe que lo es; y lo sabe, porque lo conoce, como lo hemos manifestado en otra parte. Sobre ello se persuade á que no tiene necesidad de nadie, sino de sí mismo, para ser bueno ó malo ; á que no debe la virtud sino á sí mismo; y á que no la tiene sino por sí mismo : á que le es tan fácil el levantarse de sus caidas, como caer, y pasar del vicio á la virtud, y de la virtud al vicio. Es un error del hombre el pensar así ; y este error le es tanto mas funesto, cuanto le es mas agradable y lisonjero. Jesucristo le desengaña por estas palabras, que jamás meditaremos bastantemente (san Juan, cap. xv, 4) : « Como el sar-» miento de la viña no podria llevar fruto por sí mismo » si no estuviera unido á la cepa ; así vosotros no podeis » llevar ninguno si no permaneceis en mí : Yo soy la » cepa de la viña, y vosotros los sarmientos. El que per-» manece en mí, y aquel en quien permanezco, lleva » mucho fruto ; pero vosotros no podeis nada sin mí ; » esto es, nada útil á la salvacion, nada que sea meritorio para la vida eterna, nada grande, nada pequeño ; y en fin, nada, como lo observa san Agustin, porque quien dice nada, todo lo excluye. Y en el cap. VIII del mismo Evangelio, se ve que habiendo Jesucristo pronunciado estas palabras : « Si permaneceis en mi palabra, sereis » verdaderamente discípulos mios, y conocereis la ver-

» dad, y la verdad os hará libres. » Como percibió que los Judíos murmuraban contra él, como si los hubiera tratado de esclavos, les dijo : « En verdad os digo, que » cualquiera que comete el pecado, es esclavo del pe- » cado ; » y añadió : « Si el Hijo (de Dios) os pone en » libertad, sereis verdaderamente libres. »

El hombre, pues, no puede sin la gracia de Jesucristo, ni libertarse de la esclavitud del pecado, ni practicar virtud alguna, á lo menos de un modo útil á la salvacion; porque el hombre puede, sin el socorro de la gracia, hacer acciones moralmente buenas, y tener tambien algunas virtudes morales ; pero fuera de que lo que él puede en este género, no sirve de nada para el cielo, lo que puede en este género no es gran cosa, y eso poco todavía se lo debe á Dios, como autor de la naturaleza, mucho mas que á él.

De este modo, Teótimo, Jesucristo ha hecho conocer á los hombres la injusticia y la locura de su orgullo; porque, ¿qué cosa mas injusta, mas insensata, que el tener vanidad de lo que no viene de nosotros, y no es nuestro?

Y á fin de que los hombres no olvidasen jamás estas verdades, los ha obligado Jesucristo á hacer todos los dias á Dios una confesion solemne de su flaqueza, de su miseria, de su extrema dependencia, y de la necesidad que tienen todos de su ayuda poderosa. « Hágase » tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan » nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdónanos nues- » tras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros » deudores, y no nos dejes caer en la tentacion; mas lí- » branos de mal. » De este modo ha ordenado Jesucristo á todos los hombres, que pidan ; á los reyes, como á los vasallos; á los ricos, como á los pobres; á los justos, como á los pecadores ; á aquellos que nacieron con felices inclinaciones hácia la virtud, como á los que nacieron con desgraciada inclinacion al vicio. El hombre, pues, no tiene absolutamente poder para los objetos de esta oracion, supuesto que tiene que pedirlos á Dios como de gracia. Y si el hombre no puede nada de esto, ¿ qué es lo que puede, y qué es él? ¿Qué resulta de estos principios, mi querido Teótimo? Que el hombre debe referir á Dios,

con un humilde reconocimiento, la gloria de todo lo bueno que hay en él, de todo lo útil que posee, de todo lo laudable que hace; y conocer que nada debe apropiarse de esta gloria, sin hacerse culpable de una usurpacion; y conocer que de ahí dimanan los preceptos admirables que Jesucristo nos ha dado en materia de humildad.

Precepto de huir las alabanzas de los hombres, hasta las mas merecidas, y para esto, ocultar á su vista todas las buenas obras que se practican, excepto aquellas que necesariamente deben manifestarse para edificacion pública (san Mateo, VI, 16): « Cuando ayuneis, no afecteis un aire triste, como los hipócritas que muestran un rostro abatido, á fin de manifestar á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que ellos han recibido su recompensa; pero cuando ayuneis vosotros, perfumad vuestra cabeza, y lavad vuestro rostro, á fin de que vuestro ayuno no parezca á los ojos de los hombres, sino á los de vuestro padre... Cuando diereis limosna, no hagais sonar la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las plazas públicas y en las sinagogas, para ser honrados de los hombres; sino que cuando deis limosna, no sepa vuestra mano izquierda lo que hace vuestra mano derecha. Cuando querais orar, entrad en un lugar retirado de vuestra casa, y cerrando la puerta, pedid á vuestro padre en secreto; y vuestro padre, que ve lo que pasa en secreto, os recompensará. »

Precepto de renunciar todo lo que huele á fausto y ostentacion, el deseo de atraer la atencion de los hombres, hacerse señalar de ellos, y atraer su admiracion ó su respeto, de distinguirse entre ellos, y sobre todo de elevarse sobre ellos (san Mateo, XXIII, 3): « Observad y haced todo lo que os dijeren (los escribas y los fariseos); pero no hagais lo que ellos hacen, porque dicen y no hacen. Ellos hacen todas sus obras por ser vistos de los hombres, y así ensanchan sus filacterias, y engrandecen sus franjas: aman los primeros lugares en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y ser saludados en el mercado, y que los hombres los llamen maestros; mas vosotros no querais ser llamados

» maestros, porque uno solo es vuestro maestro, y todos » vosotros sois hermanos. »

Precepto á los que la Providencia (que quiere que los hombres sean gobernados por otros hombres, sea en el órden temporal, ó sea en el espiritual) ha elevado sobre los otros, de mirarse no como sus señores, sino como los ministros de Dios cerca de ellos. ¿Qué digo? como sus servidores y sus esclavos (san Mateo, xx, 25): « Vosotros sabeis (dijo Jesucristo á sus apóstoles), que » aquellos que son príncipes entre las naciones, las do- » minan, y que los grandes las tratan con imperio. No » debe ser así entre vosotros sino que aquel que quiera » ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor; y » que aquel que quiera ser el primero entre vosotros, » sea vuestro esclavo; como el hijo del hombre no ha » venido para ser servido, sino para servir. »

En fin, precepto de sofocar en el corazon todo sentimiento de vana complacencia en sí mismo, por causa de las virtudes que se tienen, ó de las buenas obras que se hacen. « Cuando deis limosna, que vuestra mano » izquierda no sepa lo que hace vuestra mano dere- » cha; » y san Lucas, en xvii, 10: « Cuando hayais » cumplido todo lo que se os manda, decid: nosotros » somos servidores inútiles; nosotros hemos hecho lo » que teniamos obligacion de hacer, »

Tales son los preceptos de Jesucristo tocante la humildad; y estos preceptos, como lo ves, son otras tantas consecuencias directas de los principios que teneis establecidos sobre esta materia: á saber: que todo el bien que hay en el hombre viene de Dios; y que el hombre no es nada, nada tiene, y nada puede por sí mismo, sobre todo en órden á la salvacion y á la vida eterna. Y á fin de que los hombres atendieran mas á estos preceptos, y se esforzasen mas para cumplirlos, les ha declarado solemnemente, que su salvacion estaba unida á la humildad, y que la puerta de los cielos estaria eternamente cerrada al orgulloso. « En verdad os digo, que si » no os convertís, y os volveis como niños, jamás entra- » réis en el reino de los cielos; » y en otra parte: « Cual- » quiera que se eleve será abatido. »

Y observa que Jesucristo ha repetido estas últimas pa-

labras hasta tres veces, en tres ocasiones diferentes; y que en general no hay virtud alguna que este Hombre-Dios haya recomendado tan frecuente y fuertemente como la humildad, y de la cual nos haya dado tantos ejemplos.

No me admiro de que Jesucristo haya insistido tanto sobre este punto, y que haya mirado, por decirlo así, como un negocio capital, el combatir el orgullo de los hombres, persuadiéndolos á que sean humildes con sus lecciones y con sus ejemplos. Veo que desde que hay hombres, el orgullo ha turbado el mundo; y solo la humildad puede darle la paz. Veo que despues que hay hombres, el orgullo ha engendrado mayores crímenes que todas las otras pasiones juntas, y que puede ser no se haya cometido crímen alguno grande, en el cual no haya influido el orgullo. Y así no habia otro medio sino la humildad, para que reinasen sobre la tierra todas las virtudes.

Yo veo, por último, que el orgullo ha hecho todos los réprobos; y que solo la humildad podia hacer escogidos.

Vé aquí, mi querido Teótimo, una fiel exposicion de la doctrina de Jesucristo en órden al orgullo, y á la virtud opuesta á este vicio, que es la humildad. Esta doctrina, como has visto, comprende verdades de las cuales Jesucristo ha revelado las unas, y señalado las otras como preceptos. Las verdades son el cimiento de los preceptos; y los preceptos son las consecuencias necesarias de las verdades.

Confieso que á primera vista mi espíritu se inquieta contra estas verdades, porque no gusto de que me digan, que yo no soy nada, que yo no tengo nada, que nada puedo por mí mismo; y mucho menos, que de mi fondo soy malo y corrompido. Sin embargo, cuando yo me considero con atencion, y me estudio á fondo, me veo obligado á convenir, en que nada hay mas cierto; y en que si yo puedo absolutamente hacer algo bueno por mis propias fuerzas naturales, no puedo ciertamente hacerme enteramente bueno. Por otro lado, cuando vuelvo los ojos al rededor de mí, no veo otros hombres enteramente buenos, sino los humildes de corazon: esto es,

que creen que la virtud es un don de Dios, que la piden á Dios, que la refieren á Dios, y le dan toda la gloria. En fin, yo recorro toda la historia pagana, sin encontrar un solo hombre, no digo que haya sido humilde, pero que haya conocido siquiera la humildad; y así no hallo uno al cual pueda proponérsele como modelo de virtud. Hallo en la historia de los judíos, y en la de los cristianos millares de hombres que han sido modelos de virtud, y no hay ninguno de ellos, que no haya sido humilde. Deduzco, pues, de todas estas observaciones, que nada era tan necesario como los preceptos de humildad que Jesucristo ha dado á los hombres: y de que estos preceptos son necesarios á los hombres, infiero, que es cierto que los hombres no son mas que miseria, debilidad, ignorancia y corrupcion; porque es mas claro que la luz del dia, que si todo esto no fuera cierto, Dios no podria sin injusticia mandar á los hombres que fueran humildes.

Preceptos de Jesucristo tocante la sensualidad.

La segunda pasion que era menester reprimir en el hombre, es la sensualidad, ó si se quiere aquella inclinacion natural que arrastra á todos los hombres á buscar los placeres de los sentidos, y hacer consistir su felicidad en semejantes placeres: inclinacion violenta á la cual mueve la primera vista del objeto poderosamente, á la cual enciende mas y mas la reflexion, á quien el mas pequeño recuerdo despierta: que turba la razon, que viene á parar en una especie de furor y frenesí, que obliga al hombre á hacerse la mas terrible violencia para resistirla; y que una vez abandonado á ella, casi no es ya dueño de si mismo.

Para empeñarnos á resistir esta pasion, Jesucristo declara desde luego (san Mateo, II, 12): « Que el reino » de los cielos padece fuerza, y los que se hacen fuerza » lo arrebatan; » esto es, aquellos que resisten vigorosamente á la inclinacion de la naturaleza. « Él nos exhorta » (san Mateo, VII, 13) á entrar por la puerta estre- » cha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino » que lleva á la perdicion, y muchos son los que entran

» por ella. » Seguidamente nos advierte, « que tengamos » cuidado con nosotros, no sea que nuestros corazones » se hagan pedazos con el exceso de las viandas y del » vino. » Y nos da en estas palabras el precepto de la templanza. A este precepto añade tambien el de la penitencia; precepto que dirige á todos los hombres sin excepcion por justos que sean; pero precepto sin embargo, mas rigoroso para los pecadores, que para los justos; para aquellos que han cometido grandes crímenes, que para los que solo han cometido faltas lijeras. En fin, para grabar mas profundamente estos preceptos en nuestro entendimiento y en nuestros corazones, Jesucristo nos representa en una terrible parábola al rico malo, condenado á los tormentos del infierno, por haber pasado su vida entregado al lujo y á la glotonería.

En fin, Jesucristo ha dado, por decirlo así, el último golpe á la pasion de que hablamos. 1° Reduciendo á los hombres á la necesidad de elegir, ó el matrimonio, ó la absoluta castidad, por estas palabras, que se hallan en san Mateo, v, 28: « Pues yo os digo, que todo aquel » que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya » cometió adulterio en su corazon con ella. » 2° Luego queriendo que el matrimonio volviese á los términos de su primera institucion, derogando la poligamia y el divorcio, tolerados el uno y la otra hasta allí: ha elevado todavía este contrato, tan venerable ya á los ojos de los que saben pensar, á la augusta dignidad de Sacramento, á fin de que los esposos aprendiesen á respetarse mutuamente, á mirar su estado como santo, á tener presente que ellos son los instrumentos y los ministros de la providencia divina, que ha querido hacer nacer los hombres los unos de los otros, para unirlos á todos con vínculos mas dulces y mas estrechos, y á no apartarse jamas del fin que ella se propuso uniéndolos entre sí.

Preceptos de Jesucristo tocante la codicia.

Con respecto á la codicia, que es la tercera pasion, á la cual era necesario poner un freno, tú tienes todavía presente en la memoria lo que hemos dicho al explicar

los caractéres del amor de Dios, á lo cual es necesario añadir todavía estas terribles palabras de Jesucristo (san Lucas, cap. VI) : « Mas ¡ay de vosotros los ricos, » porque teneis vuestro consuelo en este mundo! » y estas otras : « Mas fácil es á un camello el entrar por el » ojo de una aguja que á un rico el entrar en el reino de » los cielos. » Lo que, segun la interpretacion de Jesucristo, debe entenderse de los ricos que ponen su confianza en sus riquezas. Y en fin, estas otras palabras (san Mateo, cap. V) : « Bienaventurados los pobres de espí- » ritu, porque de ellos es el reino de los cielos. »

Con respecto á la cólera, nada tengo que añadir á lo que ya tengo dicho al explicar los caractéres del amor del prójimo.

Tales son, mi querido Teótimo, los preceptos que Jesucristo ha dado á los hombres para que repriman las cuatro pasiones principales; estas pasiones terribles y poderosas, que bien puedo llamarlas los cuatro grandes resortes, que todo lo remueven en el mundo moral : que son los manantiales emponzoñados de todos los crímenes que los hombres cometen, y de todos los males que sufren; y los que hasta ahora han desterrado del mundo la inocencia y la paz, y con ellas toda dicha verdadera.

A estos preceptos tan santos y saludables, Jesucristo ha añadido tambien consejos, que pueden reducirse á cuatro, y cuya sabiduría y utilidad te manifestaré despues de haberlos expuesto.

Consejos de Jesucristo.

Contra el orgullo : consejo de renunciar los honores y la gloria del mundo por abrazar la oscuridad, la humillacion y el desprecio. Yo encuentro este consejo claramente señalado en estas palabras del Salvador, en san Lucas, XIV, 8 : « Cuando fueres convidado á bodas, no te » sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro » convidado mas honrado que tú.... Pero cuando fueres » llamado vé, y siéntate en el último puesto. Aprended » de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encon- » trareis el descanso de vuestras almas. ¿Sabeis lo que » yo acabo de hacer (san Juan, XIII, 12)? Vosotros me

» llamais Maestro y Señor; y bien decís, porque lo soy. » Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, » vosotros tambien debeis lavar los piés los unos á los » otros. »

Contra la sensualidad: consejo de renunciar al matrimonio para consagrarse á la castidad absoluta y perpetua. Encontramos en el Evangelio segun san Mateo este consejo, propuesto en términos figurados y enigmáticos, mas sin embargo muy inteligibles. San Pablo lo ha explicado de una manera mas proporcionada á tu edad, por estas palabras del cap. VII de la primera epístola á los Corintios: « En cuanto á las vírgenes, yo no he recibido » mandamiento del Señor; pero ved aquí el consejo que » yo doy, como ministro fiel del Señor, por la miseri- » cordia que ha tenido de mí. Yo creo, pues, que es ven- » tajoso al hombre el no casarse. »

Contra la codicia, ó el amor de las riquezas: consejo de renunciar á toda propiedad, y á toda posesion en este mundo, para vivir, á ejemplo de Jesucristo, en una estrecha pobreza. Tú encontrarás este consejo en la respuesta que Jesucristo dió á aquel jóven, que habiéndole asegurado que habia observado siempre con fidelidad los mandamientos de Dios, le preguntaba, qué le quedaba que hacer? « Si quieres ser perfecto, le dijo nues- » tro Señor, vé y vende lo que tienes, dálo á los pobres, » y tendrás un tesoro en los cielos: despues ven y si- » gueme. »

En fin, contra la cólera: consejo de no defenderse contra la violencia y las injustas empresas del prójimo. Oísteis que fué dicho: « Ojo por ojo, y diente por dien- » te, dijo Jesucristo (san Mateo, V, 38). Mas yo os digo, » que no os resistais al mal; antes si alguno te hiere en » la mejilla derecha, párale tambien la otra. Y aquel que » quiere pleitear contigo y llevarte la túnica, suéltale » tambien la capa. Y si alguno te precisare á ir mil pa- » sos, vé con él otros dos mil mas. »

Sabiduría de los consejos de Jesucristo.

Yo confieso, Teótimo, que los consejos de Jesucristo me parecen á primera vista bien duros, y que me es-

pantan. ¡Qué! me digo á mí mismo, para ser cristiano, ¿es menester renunciar todo placer, toda alegría, toda satisfaccion, y despojarse de los sentimientos mas naturales, dejar de ser hombre y morir, por decirlo así, antes de la muerte?

Ve aquí los primeros pensamientos que se despertaron en mi espíritu á la vista de los consejos de Jesucristo; mas luego que hice callar el murmurio del orgullo y de las pasiones, y examiné á sangre fria y con entera imparcialidad estos consejos, descubrí en ellos la mas profunda sabiduría, y me vi obligado á mirarlos como la mas bella parte de la moral de Jesucristo.

Desde luego observo que aquel que dijo á sus discípulos: « Tomad el último puesto, » él mismo ha establecido en su Iglesia pastores y jefes para mandar á los simples fieles, y gobernarlos en el órden espiritual: que aquel que dijo: « Que hay dos eunucos, que se han » hecho tales por el reino de los cielos; » ha honrado las bodas con su presencia y con su primer milagro, y ha elevado el matrimonio á la dignidad de sacramento: que aquel que dijo: « Vé, y vende todo lo que tienes, y dálo » á los pobres, » se alojó por preferencia en casa de Zaqueo, que poseia grandes bienes, y lo declaró hijo de Abraham, aunque era publicano: que aquel que dijo: « No resistas al que te trata mal, » ha declarado, que el segundo mandamiento de la ley era este: « Amarás á tu » prójimo como á tí mismo; » y no: mas que á tí mismo: deduzco de los cuatro medios de que hablamos, para combatir las cuatro grandes pasiones, y adquirir la perfeccion de las virtudes opuestas, que no son mandamientos sino consejos; porque de otro modo Jesucristo se contradeciria.

En segundo lugar observo que si todos los hombres abrazasen estos consejos, la desolacion, y hasta la ruina total del mundo, serian los efectos de este celo indiscreto. El primero introduciria en él la anarquía: el segundo interrumpiria al instante la poblacion, y seria como el sepulcro del género humano; y el tercero y el cuarto entregarian los buenos al furor de los malos.

Todo esto se comprende sin trabajo, y se siente aun mejor. Concluyo, pues, de esta segunda observacion que

estos consejos, en la intencion misma de Jesucristo, no son sino para muy pocas personas. ¿Porqué los ha dado Jesucristo? me dirán: para responder á esta pregunta, examino desde luego cual ha sido el fin principal que Jesucristo se ha propuesto al dar estos consejos, y veo que ha sido para reprimir mas eficazmente las cuatro pasiones, de las cuales he hablado mas arriba. Yo considero en seguida el genio de estas pasiones, y descubro, por lo que por mí mismo pasa, y pasa al rededor de mi, y en todo el mundo, despues de habitado por los hombres, que estas pasiones tienen dos caractéres principales: ellas son, á la vez, seductoras y tiránicas, pues tienen una infinidad de artificios, de vueltas, y de sutilezas para introducirse en el corazon del hombre, y una infinidad de medios para mantenerse en él: es muy fácil hacerse esclavo de ellas, y es muy difícil sacudir su yugo. Yo sé que hay un medio entre los extremos del vicio y de la virtud; y así la moderacion es el medio entre el ayuno y abstinencia, y la destemplanza en el comer y beber: la castidad conyugal es el medio entre la virginidad y el libertinaje: la moderacion en el deseo de adquirir, es el medio entre la codicia y la pobreza voluntaria; en fin, la defensa legítima es el medio entre la venganza, que nada perdona, y la paciencia, que todo lo sufre sin resistencia; pero tambien sé, que es difícil al hombre el hallar este medio en la práctica, y mucho mas difícil el fijarse en él constantemente. Es, si me es permitido usar de esta comparacion, como querer ponerse y mantenerse en equilibrio sobre un punto. Esto no es imposible, pero mil veces se hará la prueba sin fruto.

Supuestos estos principios, me es evidente que Jesucristo, que conocia, sin duda mejor que nosotros, el genio de nuestras pasiones, debia hacer consistir la suprema virtud del hombre en la *extrema* humildad, en la *extrema* mortificacion de los sentidos, en el *extremo* desprendimiento de las riquezas, en la *extrema* paciencia, y en la *extrema* dulzura. ¿Porqué? porque solo arrojándose el hombre á estos *extremos* de virtud, si me es permitido hablar así, puede infaliblemente evitar el *extremo* de los vicios opuestos; el *extremo* orgullo, la *ex-*

trema sensualidad, la *extrema* codicia, la *extrema* cólera ó á lo menos, todo orgullo, toda sensualidad, toda codicia, y toda cólera.

Me es evidente, que dando Jesucristo estos consejos á los hombres, les ha enseñado los medios mas infalibles para asegurar su salvacion, que es, en el fondo, su único y gran negocio, y para cuya consecucion, nada que hagan será demasiado.

Me es evidente, que estos consejos (aunque los practicasen pocas personas, y aunque ninguna los practicase) serian, sin embargo, útiles á todos los hombres; porque la vista de estos consejos hace conocer mejor la fuerza de los preceptos, inspira un gran temor de violarlos, un celo mayor para cumplirlos, y contienen en la humildad á aquellos cuya virtud es demasiado débil para ir mas allá de este cumplimiento.

En fin, me es evidente, que la vista de los consejos de Jesucristo es un manantial de valor y consuelo para los que por la desgracia de su extraccion, ó por otras causas, se hallan en la necesidad de practicar las obras, que son el objeto de los consejos; para los pobres, para los que pasan la vida en la oscuridad y dependencia, para los que se ven reducidos á sufrir la injusticia y la vejacion, sin osar quejarse; y el número de estos es infinito.

Todo esto es evidente, mi querido Teótimo; y por una ilacion necesaria de todo ello, tambien es evidente, que todos los consejos de Jesucristo están llenos de una profunda sabiduría, la cual no podremos admirar jamás bastantemente.

Reflexiones sobre la legislacion, ó la moral de Jesucristo.

Acabo, mi querido Teótimo, de presentarte una pintura fiel de la moral de Jesucristo: mientras mas estudies esta moral, mas convencido quedarás de que es una obra maestra de razon, de equidad y sabiduría. Esta moral forma un cuerpo de legislacion tan perfecto, que nada puede añadírsele, ni quitársele: elle enseña al hombre todos sus deberes hácia Dios, su Criador y su Señor ab-

soluto ; hácia sus semejantes y hácia sí mismo : conviene á los hombres considerados en cuerpo, y como formando diferentes sociedades entre ellos, y á cada uno en particular, en todas las situaciones en que sea posible hallarse ; y es á proposito para todos los países, y para todos los tiempos.

Luego que se examina de cerca esta moral, es preciso convenir en que su autor ha debido tener el conocimiento mas profundo de todo el hombre, de su entendimiento y de su corazon ; de sus pasiones, de sus debilidades, de todos sus males, y de los remedíos que debian aplicárseles ; del verdadero fin del hombre, y de los medios para los cuales era necesario conducirle á él. Es evidente, que cuando los hombres se conformen con esta moral, serán tan buenos y tan dichosos, hasta en este mundo, como pueden serlo, segun la condicion de su naturaleza.

Represéntate tú, mi querido Teótimo, un pueblo de verdaderos cristianos ; esto es, un pueblo compuesto de hombres, que todos amen á Dios como á su padre, y que se amen los unos á los otros como hermanos : en donde no formen todos sino un corazon y un alma : donde no tengan todos sino un mismo interés, caminando todos á un mismo fin, que es la salvacion : donde todos marchen con un movimiento comun hácia el propio término, que es el cielo : donde ninguno de ellos jamás haga ceder la ley á la pasion, al interés personal, al interés general, al interés de la eternidad, al del tiempo (porque así seria un pueblo de verdaderos cristianos) : ¿no es cierto, Teótimo, que un pueblo semejante, seria un espectáculo muy grande para el mundo, para los ángeles y para los hombres : que mereceria la veneracion de los demás pueblos, y que seria el mas hermoso de todos los pueblos ?

La paz, que es el mas dulce fruto de la caridad, fijaria su residencia enmedio de este pueblo amado del cielo. Jamás se oirian en él los gritos espantosos de la discordia, porque en él no se verian injusticias, violencias, celos, ni rivalidades. Allí no se hallarian desgraciados verdaderos, porque no se encontrarian hombres malos. Los bienes serian bienes puros, y los males no serian

males; porque la caridad haria comunes todos los bienes, y todos los males. Me atrevo á decirlo, Teótimo: cuando no hubiera mas vida que esta, cuando el destino de los hombres se limitara á la tierra, todos los pueblos deberian abrazar la ley de Jesucristo.

Pero me dirá alguno de los hombres de nuestro siglo, que se creen espíritus fuertes, porque tienen valor de combatir las verdades mas demostradas, que no se conocen ellos mismos, y que se atreven á juzgar á Dios: Estamos de acuerdo en que un pueblo de verdaderos cristianos seria á un mismo tiempo el mas sabio y mas dichoso de todos los pueblos; pero, 1º este pueblo no ha existido jamás, y segun las apariencias, no existirá jamás. 2º El mayor número de los pueblos que han abrazado la ley de Jesucristo no la practica.

Como yo no leo en lo futuro, mi querido Teótimo, y Dios no ha comunicado sus designios acerca del mundo, no puedo saber si algun dia se verá un pueblo de verdaderos cristianos, ni si el mayor número de cristianos serán buenos cristianos; pero sé que Dios es infinito en poder y bondad, inagotable en medios y recursos, y que hay en los tesoros de su misericordia (como lo dice la Escritura) remedios infalibles para sanar no solo los males morales de cada hombre, sino los de naciones enteras, y los de todo el universo: yo adoro y apruebo todo lo que ha hecho, y todo lo que hará; y aconsejo á los que hacen estas pueriles objeciones que me imiten. Este es el partido mas sabio, y el mas seguro de todos.

Yo sé, en segundo lugar, que con la mayor temeridad del mundo adelantan que jamás ha existido un pueblo de verdaderos cristianos. Este pueblo ha existido, Teótimo: los primeros cristianos eran este pueblo, igualmente santo y dichoso, que acabo de pintar. Las actas de los apóstoles dan fe de ello: todo el mundo conoce que no ha mucho tiempo que ha existido un pueblo semejante, el cual era la admiracion del universo.

Pero quiero convenir en que jamás se ha visto, ni se verá, un pueblo entero de verdaderos cristianos: ¿qué se sigue, pues, de aquí? ¿La ley que Dios ha dado al mundo por Jesucristo es menos bella, menos

santa, menos útil por sí misma, porque todos los pueblos no la han recibido, y porque entre los que la han recibido, la mayor parte no arregla á ella su conducta? ¿debia Dios dejar de mandar á los hombres que fueran buenos, porque preveia que la mayor parte de ellos se obstinarian en ser malos? ¿debia Dios dejar de enseñar á los hombres los medios de ser dichosos, porque preveia que la mayor parte de ellos se obstinarian en ser desdichados? ¿No debia Dios dar á los hombres otras leyes sino sus pasiones, porque preveia que el mayor número de ellos no seguirian otras? Si esto es así, que pregunten, pues, tambien, porque ha grabado Dios la ley natural, hasta en el fondo del corazon de los hombres; porque es constante, por todas las historias, que esta ley ha sido siempre violada por el mayor número de los hombres.

¡O Teótimo! Dios todo lo prevee, pero su prevision no debe atarle las manos; porque esta prevision no ata las voluntades de sus criaturas. Dios todo lo prevee, pero su prevision no debe impedirle el dar leyes en Dios; esto es, leyes dignas de él, por su sabiduría y santidad, sean sus progresos los que fueren; porque es mas claro que el dia, que si los hombres quebrantan las leyes de Dios, no es porque Dios ha previsto que las quebrantarian; sino que, al contrario, Dios ha previsto que los hombres quebrantarian sus mandamientos, porque debian quebrantarlos, usando mal de su libertad.

Jamás recibirán todas las naciones la ley de Jesucristo, y entre las que reciban esta ley, solo será el menor número el que la observará. Consiento en ello; ¡y bien! en esta suposicion misma, Dios habrá dado siempre á los hombres una ley digna de él; en esta misma suposicion, el pequeño número de siervos de Dios le honrará de una manera mas digna de él. La virtud selecta de estos cristianos hará sus últimos esfuerzos, y se elevará hasta lo sublime. Los combates que se verán obligados á declararse á sí mismos, los ostáculos que tendrian que superar, las contradicciones y las persecuciones que les será necesario sufrir, harán de ellos otros tantos héroes; en vez que si el ejemplo universal los hubiera animado y sostenido, no habrian sido sino unos hombres ordinarios.

Mientras menos hombres buenos haya en el mundo, los habrá mas excelentes : mientras menos santos, mas grandes santos. La fidelidad constante é inalterable del pequeño número, indemnizará al Sér supremo de la falta de todo el resto del universo; y en fin, la fidelidad constante é inalterable de este pequeño número, tendrá mas merito, y será recompensada mas magníficamente.

Pero todavía dicen, si entre los pueblos que han recibido la ley de Jesucristo, no la practica el mayor número, ¿no se sigue de aquí, que el pequeño número que la observa, debe ser bien desgraciado? No, Teótimo, no se sigue eso; porque 1º las desgracias temporales (y tú lo verás algun dia con tus propios ojos) alcanzan igualmente á los malos y á los buenos. Los malos persiguen á los buenos, pero tambien se persiguen ellos á sí mismos; y si la virtud tiene sus trabajos, el vicio tiene tambien sus amarguras. Ahora, desgracia por desgracia, es sin duda mejor ser hombre de bien desgraciado, que pícaro desgraciado. 2º Los malos son mas desgraciados en este mundo que los buenos, porque lo son sin consuelo. En fin, solo los malos son verdaderamente desgraciados en este mundo; porque las ventajas que sacan de sus crímenes son poca cosa en comparacion de las calamidades que estos mismos crímenes les acarrean, y de los castigos que les están reservados en la otra vida.

Cuando estuviera decretado que todos los males de este mundo eran solo para los que viven segun la ley de Jesucristo, no titubearia en preferir la suerte del hombre que vive arreglado á ella, á la del hombre que vive sin mas ley que la de sus pasiones; porque, en fin, la razon enseña, que el primer bien del hombre es vivir segun la excelencia de su naturaleza, y ser tan virtuoso como debe serlo : que la virtud abandonada y perseguida, es preferible al vicio triunfante; y que vale mas ser hombre de bien desgraciado, que pícaro afortunado. Los mas célebres entre los filósofos paganos han envidiado la suerte de un Sócrates, de un Arístides, de un Régulo, de un Bruto, y ¿me será prohibido el envidiar la suerte de un mártir de Jesucristo, en comparacion del cual, los

hombres. Si este hombre venerable ha dado una ley, esta ley debe ser el apice de la razon, y de la equidad. Suplicoos, pues, desde ahora, me digais, ¿si es cierto que Jesucristo ha dado una ley al mundo?

R. Jesucristo ha dado una ley al mundo, y esta ley está señalada en los libros del evangelio.

P. Dadme una primera idea, y como un extracto de la ley de Jesucristo.

R. Toda la ley de Jesucristo está encerrada en estas palabras del c. XII de san Marcos, tomadas del antiguo Testamento : « Ve aquí el primero de todos los man- » damientos. Escucha, Israel : El Señor, tu Dios, un solo » Dios es : y amarás al Señor, tu Dios, de todo tu cora- » zon, y de toda tu ánima, y de toda tu fuerza. Este es » el primer mandamiento. Y el segundo, semejante » es á este : Amarás á tu prójimo como á tí mismo. » No hay otro mandamiento mayor que estos. Toda la » ley y los profetas se encierran en estos dos manda- » mientos. »

P. Yo admiro la hermosura de estos preceptos, y convengo en que son la base, y como el fondo de toda la legislacion divina; porque concibo muy bien, que todos los deberes del hombre se reducen á amar á Dios de todo corazon, como á su principio y á su fin : á amarse á sí mismo con un amor justo y bien arreglado; y á amar á su prójimo como á sí mismo. Pero tengo una pequeña objecion que haceros, y que tal vez os causará embarazo. Si toda la ley de Jesucristo esta encerrada en los dos preceptos que acabais de decir : la ley de Jesucristo, no es, pues, otra que la ley de Moisés; y siendo esto así, la ley de Jesucristo no tiene ningun mérito particular, y Jesucristo no es legislador, hablando propiamente, supuesto que no ha hecho otra cosa, sino promulgar de nuevo la ley de Moisés.

R. La ley de Jesucristo es la misma en el fondo que la de Moisés : considerada en cuanto á los preceptos morales lo concedo. Sin embargo, Jesucristo tiene con razon el título de legislador, y del mayor legislador de los legisladores; porque, 1° ha explicado mucho mas menudamente que Moisés, las obligaciones que nos imponen en la práctica el amor de Dios, el amor de nosotros mis-

mos, y el amor del prójimo. 2º Ha derogado todo cuanto en la antigua ley podia ser para el hombre (aunque siempre por su culpa) una ocasion de amar á Dios con un amor menos sabio; de amar á sus semejantes con un amor menos universal, menos sincero, y menos generoso; en fin, él se aplicó con un cuidado particular á enseñar al hombre los medios de perfeccionar en sí mismo estos tres amores.

P. Explicadme, pues, ¿cuáles son los caractéres del amor de Dios, segun la ley de Jesucristo?

R. Segun la ley de Jesucristo, el hombre debe amar á Dios, en Dios; esto es, por ser quien es, y sobre todas las cosas: debe dar á Dios el primer lugar en su estimacion y en su afecto: entregarse todo entero á su servicio por la práctica constante y fiel de sus mandamientos: estar siempre pronto á emprenderlo todo, á sufrirlo todo, y perderlo todo por Dios, hasta la vida; y esto sin otro interés, que el de agradarle en este mundo, y gozarle en el otro.

P. ¿No ha prometido Jesucristo alguna prosperidad temporal á los que aman á Dios, y le sirven fielmente?

R. No: Jesucristo no ha prometido prosperidad alguna temporal á los que aman á Dios, y le sirven fielmente, porque no ha querido que los hombres, por respeto á este premio, sean fieles á su Criador; y esta es una de las diferencias que se encuentran entre la antigua ley y la nueva.

P. ¿Luego Dios exige del hombre un amor bien puro, y bien heróico?

R. Confieso que Dios no podia exigir nada mas del hombre, que lo que exige; pero tambien debes tú confesar, que el hombre no debe menos á Dios.

P. ¿Cuáles son los caractéres del amor que el hombre se debe á sí mismo, segun la ley de Jesucristo?

R. Vé aquí los caractéres del amor que el hombre se debe á sí mismo, segun la ley de Jesucristo.

El hombre está compuesto de cuerpo y alma: segun el alma, ha sido criado á imágen y semejanza de Dios; y segun el cuerpo, difiere poco de los brutos. Ve ahí su naturaleza. El hombre fué criado para vivir en sociedad

Sócrates, Arístides, Régulos y Brutos no son nada, ni aun á los ojos de la razon!

Pero, dicen todavía, la moral de Jesucristo es bien dura; y yo digo á cualquiera que habla así, que defiende la causa de las pasiones; y pregunto á este hombre, si cree que las pasiones son justas; ó si piensa que son injustas. Si me responde que son justas, yo le entrego á la censura de su conciencia, y á la de todo el género humano, que le mira como un monstruo; y le desafio á que encuentre un medio mas propio para producir este efecto que la moral de Jesucristo.

Este es el lugar, mi querido Teótimo; donde podia extenderme sobre la admirable mudanza que la ley de Jesucristo ha hecho en el mundo, y sobre las ventajas sin número que el género humano ha recibido por esta ley; pero reservo el hablarte de ello hasta otra conversacion, contentándome ahora con hacerte observar aquí:

1° Que los pueblos mas célebres del universo, como Griegos y Romanos, fueron los primeros que recibieron la ley de Jesucristo, y que los pueblos que hoy dia la reciben, y que son muchos, son incontestablemente los mas sabios é ilustrados de todos los pueblos. Ahora esta opinion de tantos pueblos tan distinguidos, ¿no es un gran presupuesto, ó mas bien una demostracion de la belleza y santidad de la ley de Jesucristo?

2° Entre los pueblos que se han sometido á la ley de Jesucristo, el mayor número no la sigue: y sin embargo, este mismo gran número conviene en la divinidad de esta misma ley que le condena, y la aprueba. Necesario es, pues, que la divinidad de esta ley esté bien demostrada.

3° Entre los que han nacido cristianos, se encuentran un pequeño número que se subleva contra la ley de Jesucristo y se atreve á combatirla; pero en siguiendo de cerca á esos hombres atrevidos, bien presto se descubre el interés que á ello les impulsa.

Me atrevo á decirlo: la infamia de sus costumbres venga la ley de Jesucristo del desprecio que afectan hacer de ella, y se ve claramente que, dominados de un

orgullo inflexible, toman el partido de condenar la ley, mas bien que condenarse á sí mismos, y acusar á Dios de injusto, mas bien que convenir en que ellos son perversos.

4° En fin, se dice á esos mismos hombres, que es necesaria una ley en el mundo, y que ellos la den, pues que no aprueban la de Jesucristo; y responden, que es necesario seguir la ley natural. Pero como la ley de Jesucristo es el perfecto desenrollo de la ley natural, se sigue de aquí, que es menester necesariamente, ó recibir la ley de Jesucristo, ó desfigurar la ley natural, ó trastornar totalmente esta ley no queriendo recibir la de Jesucristo; y esto es lo que ha sucedido á los hombres de quienes hablamos; porque los unos han dado planes de legislacion natural, llenos de inconsecuencias, y en donde nada se sostiene; y los otros han reducido toda la ley natural, y todos los deberes del hombre, al interés personal. Parece que los primeros han querido mas bien ser inconsecuentes, que enteramente locos; y que los segundos han querido mas bien ser locos que inconsecuentes. Aquellos se han hecho la irrision de las gentes sensatas, y estos el horror del género humano; y todos han manifestado la verdad de este oráculo de san Pablo: El hombre no puede nada contra la verdad.

CATECISMO

DE LA TERCERA CONFERENCIA.

Sobre la hermosura, la existencia y la santidad de la ley de Jesucristo.

P. Siempre habia admirado á Jesucristo; pero despues que os he oido, le admiro mucho mas. Jesucristo ha sido un prodigio de sabiduría y de santidad. Convengo con vos: en que si Dios ha querido hacerse hombre, es evidente, que ha debido ser como ha sido Jesucristo: tambien convengo en que Jesucristo ha sido digno por su sabiduría y su santidad, de ser el legislador de los

con su semejantes : ve ahí su condicion temporal. El hombre, para amarse á sí mismo con un amor conforme á su naturaleza, debe preferir su alma á su cuerpo, y aplicarse principalmente á conservar y perfeccionar en su alma la semejanza divina, con el estudio de la sabiduría, y la práctica de la virtud : debe someterse el cuerpo al alma, y no el alma al cuerpo; estar pronto siempre á perder la vida del cuerpo por conservar la del alma, que consiste en la inocencia.

El hombre, para amarse á sí mismo de un modo conforme á su fin, debe preferir su salvacion á su fortuna, á sus placeres, á su honor y á su misma vida ; porque, ¿qué le serviria ganar todo el universo, si perdia su alma?

En fin, el hombre, para amarse á sí mismo con un amor conforme á su condicion temporal, debe preferir el interés general temporal de la sociedad á su interés particular, tambien temporal; pero jamás debe preferir á su propia salvacion el interés temporal de la sociedad, porque la salvacion de un hombre es superior á todos los bienes temporales de la sociedad, y debe preferir la salvacion de uno solo de sus semejantes, á todos sus intereses temporales, y hasta á su vida, porque la vida de un hombre no es nada en comparacion de la salvacion de un solo hombre.

P. ¿Cuáles son los cacactéres del amor que el hombre debe al prójimo, segun la ley de Jesucristo ?

R. Ve aquí los caractéres del amor que el hombre debe al prójimo, segun la ley de Jesucristo.

Este amor debe ser universal. Un cristiano debe mirar á todo hombre como prójimo suyo. Debe, sin embargo, una preferencia de amor á aquellos con quienes tiene relaciones mas estrechas ; como su padre y madre, su esposa, sus hijos, etc. Este amor debe ser santo por su motivo. El cristiano debe amar á su prójimo por el amor de Dios, cuya imágen es. Este amor debe ser sincero; esto es, que debe estar en el corazon, y no en los labios, y en las demostraciones exteriores. Este amor debe ser activo. El cristiano debe dar á su prójimo todos los socorros que dependan de él; sobre todo con respecto á la salvacion. Este amor debe ser paciente.

Un cristiano debe perdonarlo todo; le es permitido el defenderse, mas no el vengarse; en fin, este amor debe ser noble y generoso. El cristiano debe amar hasta á sus enemigos, y hacerles bien cuando puede, para hacerse semejante á Dios, que hace nacer el sol sobre los justos y los pecadores.

P. No puede concebirse una ley mas perfecta sin duda, y que haga mejor entrar á los hombres en el órden debido, que la de Jesucristo. Así es verdaderamente como el hombre debe amar á Dios, amarse á sí mismo, y amar á sus semejantes. Ya no os queda mas sino manifestarme cuales son los medios que Jesucristo ha enseñado á los hombres para conservar y perfeccionar en sí mismos el amor de Dios y el amor del prójimo, y para arreglar bien el amor de sí mismos.

R. Hay en el hombre cuatro pasiones principales : el orgullo, el amor del placer, y la codicia y la cólera. Estas cuatro pasiones, que nacen de un amor propio desordenado, combaten sin cesar en nosotros el amor de Dios y el amor del prójimo, como cada cual lo sabe; y por esto Jesucristo se aplicó con un particular cuidado á enseñar á los hombres los medios de debilitar y reprimir estas pasiones, y para ello ha empleado los preceptos y los consejos.

P. ¿Cuáles son los preceptos que Jesucristo ha dado á los hombres en órden al orgullo?

R. Despues que Jesucristo hizo conocer á los hombres la injusticia del orgullo, probándoles que ellos nada tienen por sí mismos, ni nada pueden, les declara que jamás entrarán en el reino de los cielos, si con su humildad no se vuelven semejantes á los párvulos : les manda que pidan cada dia á Dios, como otras tantas gracias que no les debe, todo lo que necesitan, tanto para el cuerpo como para el alma : les prohibe exaltarse sobre los otros, el procurar distinguirse y hacerse notables; y quiere, en fin, aun cuando hagan bien, que repriman todo sentimiento de vanagloria en el corazon, no mirándose jamás sino como siervos inútiles.

P. ¿Cuáles son los preceptos que Jesucristo ha dado á los hombres, tocante la sensualidad ó el amor del placer?

R. Para reprimir Jesucristo en los hombres el amor del placer, les ha mandado ir por el camino estrecho, y hacer una vida penitente; pero sobre todo, los ha puesto en la necesidad de elegir ó la castidad absoluta, ó la castidad conyugal, aboliendo la poligámia y el divorcio, tolerados en la antigua ley, y declarando que aquel que mire á una mujer con mal deseo ha cometido ya adulterio en su corazon.

P. ¿Cuáles son los preceptos qué Jesucristo ha dado á los hombres, con respecto á la codicia?

R. Para reprimir Jesucristo la codicia, ha mandado á los hombres se contenten con lo necesario para la naturaleza, y no pidan á Dios sino este necesario. Ha declarado bienaventurados los pobres de espíritu, y ha asegurado que es mas difícil al rico el entrar en el reino de los cielos, que á un camello el pasar por el ojo de una aguja.

P. ¿Cuáles son los preceptos que Jesucristo ha dado á los hombres relativamente á la cólera?

R. Jesucristo, para reprimir la cólera, ha mandado desde luego á los hombres que sofoquen hasta los menores movimientos de esta furiosa pasion. Les ha mandado que perdonen sinceramente y de todo corazon cuantas injurias hayan recibido. Los ha obligado á amar á sus enemigos, á pedir por ellos, y á que les hagan bien.

P. Habeis dicho que Jesucristo habia añadido consejos á sus preceptos, para ayudar á los hombres á reprimir mas eficazmente sus cuatro grandes pasiones. ¿Querreis referirme estos consejos?

R. Jesucristo ha dado á los hombres cuatro consejos para ayudarles á vencer sus cuatro grandes pasiones. Contra el orgullo : el consejo de renunciar los honores de este mundo, para dedicarse á la obscuridad y al desprecio. Contra la sensibilidad : el consejo de la castidad absoluta ó conyugal. Contra la codicia : el consejo de abrazar la pobreza voluntaria. Contra la cólera ó la venganza : el consejo de no defenderse contra la violencia y la injusticia.

P. Estos consejos me parecen bien duros.

R. Estos consejos no son duros; pues que no son mas que consejos, y á nadie obligan.

P. Pues, ¿porqué Jesucristo ha dado estos consejos?

R. Jesucristo ha dado estos consejos á los hombres para hacerles conocer mejor todavía la importancia de los preceptos, para enseñarles los medios mas cortos é infalibles de domar sus pasiones, y por varias otras razones que quedan expuestas en el cuerpo de la Conferencia.

P. Ya veo claramente que la ley de Jesucristo es la mas bella y mas santa de todas las leyes; porque es la mas proporcionada á la naturaleza del hombre, á su fin, á su condicion temporal, al carácter de su entendimiento y de su corazon. Viviendo el hombre segun esta ley, estará siempre en el órden: será tan grande y tan perfecto como puede serlo; y desde que se separe de esta ley, él mismo quedará degradado. Pero, ¿qué consecuencia sacais de esto?

R. La consecuencia que saco de todo lo dicho se presenta por sí misma á todos los entendimientos; siendo como es la ley de Jesucristo, entre todas las leyes, la que conviene mejor al hombre, y le introduce mejor en el órden por todos títulos. Esta ley es la mas santa y la mejor que Dios pudo dar al hombre: ella es, pues, la obra de Dios, porque solo Dios puede dar una ley digna de él. Aquel que dió esta ley, esto es Jesucristo, era, pues, Dios, ó á lo menos Dios estaba con él, y le inspiraba al dar esta ley.

CUARTA CONFERENCIA.

Donde se manifiesta que Jesucristo es un Dios Hombre.

En la Conferencia que tendremos hoy, mi querido Teótimo, me propongo manifestarte que Jesucristo es un Dios Hombre, y que adorándole como á tal los cristianos, no le rinden sino el culto que legítimamente le es debido.

Hemos echado los primeros cimientos de esta demostracion en las dos Conferencias precedentes: en la primera hemos dicho, que Jesucristo ha tenido toda la sabiduría y toda la santidad que pueden convenir en

un Dios Hombre; y en la segunda, que la ley que ha dado al mundo es digna de un Dios Hombre.

Si es cierto que hay un Dios Hombre, Jesucristo es este Hombre Dios.

Si un Dios hecho hombre diese un ley al mundo, es indudable que daria la que Jesucristo ha dado. Ve aquí las dos consecuencias que resultan claramente de estas dos Conferencias.

Sin embargo, todavía no nos es evidente que Jesucristo es un Dios; pero ya nos lo es, que la ley de Jesucristo es una ley que ha sido dada por inspiracion de Dios, y por consecuencia, una ley divina; porque no se necesita mas que un poco de buen juicio para convenir en que una ley que es bastante perfecta para ser la obra maestra de Dios mismo, jamás puede ser la obra del solo hombre; y por consecuencia, es evidente que Jesucristo ha sido á lo menos un hombre enviado de Dios á los otros hombres para instruirlos y revelarles sus designios ó su voluntad: un hombre, por el cual Dios ha hablado á los demás hombres, como por el órgano mas noble que pudo escoger para ello: un hombre, cuyas palabras debemos mirar como oráculos emanados de la boca de Dios. En fin, es evidente que nada encontramos, ni en la persona de Jesucristo, ni en su doctrina, que pueda impedirnos el mirarle como un Dios Hombre: nada que no convenga exactamente á un Dios Hombre: nada que no sea una completa prueba, á lo menos un principio de prueba de su divinidad; de suerte, que si yo establezco por pruebas directas é incontestables que Jesucristo es verdaderamente Dios, no solo no podrán encontrar en su persona, ni aun en su ley, nada capaz de debilitar estas pruebas, sino que todavía hallarán todo cuanto puede confirmarlos y conducirlos al último grado de evidencia.

Confieso, pues, mi querido Teótimo, que el Evangelio nos presenta en los milagros de Jesucristo pruebas tan claras y tan maravillosas de su divinidad, que despues de haberlas examinado, el solo partido que nos queda, es el prosternarnos delante de él para adorarle como Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra.

Y vé aquí cómo me explico. Es evidente, por la rela-

cion de los evangelistas, que Jesucristo ha hecho milagros que no pueden ser obrados sino por el poder de Dios; y tambien es evidente, por la relacion de los mismos evangelistas, que Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios. En fin, es evidente, por la propia relacion, que Jesucristo ha hecho estos para atestiguar que él era Dios. Es así, que es imposible que un hombre haga semejantes milagros con las mismas circunstancias, á menos que no sea Dios: luego Jesucristo es un Dios Hombre.

Este argumento es exacto, segun las reglas todas de la dialéctica. La consecuencia es, pues, evidente; y así no se trata ya sino de probar las proposiciones de donde se ha sacado, y ve aquí cómo procedo.

PRUEBAS DE LA PRIMERA PROPOSICION.

A SABER: QUE LOS MILAGROS DE JESUCRISTO NO HAN PODIDO OBRARSE SINO POR EL PODER DE DIOS.

Antes de entrar en materia, mi amado Teótimo, acuérdate de que en la primera Conferencia de esta segunda parte, se ha demostrado que los libros evangélicos son la historia mas auténtica y mas verdadera de todas las historias que conocemos, y que estos mismos libros tienen los caractéres de libros inspirados: que de allí hemos sacado esta consecuencia, que es bien justa y natural, que todos los hechos referidos en estos libros, son tan ciertos é incontestables, que no solo habria mala fe, sino extravagancia é impiedad, en negar alguno de estos hechos, ó ponerlo siquiera en duda. Ahora bien, los libros del Evangelio traen muchos milagros de Jesucristo: luego es cierto que Jesucristo ha hecho estos milagros.

Siendo esto así, se trata aquí desde luego de saber cuales han sido estos milagros; porque solo por la naturaleza de estos milagros, podemos hacer juicio de si son superiores á todo otro poder que no sea el de Dios.

Abro los libros evangélicos, y encuentro en ellos que Jesucristo ha curado, sin emplear socorro alguno del

arte, sino con una sola palabra (cuyo efecto ha sido tan entero como repentino), las enfermedades mas inveteradas y mas incurables, como son la paralisis, la hidropesía, la lepra, etc. ; que ha hecho oir y hablar á hombres que nacieron sordos y mudos ; que ha dado la vista á ciegos de nacimiento ; que ha lanzado con imperio los demonios de los cuerpos de los poseidos ; que le han visto andar sobre las aguas, serenar las tempestades, mandando con voz amenazadora á la mar que se calmase, y á los vientos que cesasen de soplar ; mudar el agua en vino ; que en una ocasion con cinco panes y dos peces, dió de comer á cinco mil hombres ; que en otra alimentó á cuatro mil, con siete panes y algunos pececillos; y que por un prodigio inaudito, los panes y los peces se reproducian entre las manos de los apóstoles, que los distribuian por su mandado. Yo veo, en fin, que Jesucristo ha resucitado varios muertos : uno en el momento que acababa de expirar ; otro mientras le enterraban, el tercero cuatro dias despues de sepultado, y cuando ya exhalaba un olor de cadáver. Tales son los milagros que Jesucristo ha hecho durante su vida mortal; y observa que muchos de estos milagros son milagros de creacion, si puedo explicarme así, como la multiplicacion de los panes, en la cual eran criados nuevos panes entre las manos de los Apóstoles, á medida que distribuian los primeros : la cura perfecta del ciego de nacimiento, en la cual formó Jesucristo repentinamente ojos en la cara de este hombre, á quien la naturaleza se los habia negado : la resurreccion de los muertos; y sobre todo, la de Lázaro, en la cual volvió Jesucristo la primera frescura á las carnes de este muerto, las cuales habian caido ya en la putrefaccion : restableció sus órganos interiores ; puso su sangre y sus humores en movimiento : les dió su primer equilibrio ; y en fin, volvió el alma al cuerpo, y la encerró de nuevo en él para gobernarle; y todo esto en un solo instante.

Ve aquí, mi querido Teótimo, los milagros que Jesucristo ha hecho públicamente á la vista de toda la Judea, durante su vida mortal : milagros de quienes los santos evangelistas han escrito la historia en un tiempo en que su memoria estaba todavía reciente, y en donde sus

pruebas y vestigios se hallaban en toda la Judea : milagros tan patentes, que los Judíos que habian visto á Jesucristo no dieron jamás por falsos, y que hasta los Judíos mismos de nuestros dias se ven obligados á confesar sobre el testimonio de sus mayores, aunque há diez y ocho siglos que sus padres los vieron : milagros estupendos en sí mismos, mas estupendos en sus circunstancias, y milagros, por último, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios.

Digo milagros que no pueden obrarse sino por el poder de Dios; en efecto, Teótimo, tanto cuanto es evidente que al establecer Dios leyes para el gobierno del mundo, se reservó el poder detener ó suspender su curso, tan evidente es tambien, que en sí solo quedó reservado: porque si Dios hubiera dejado este poder á alguna criatura, por ejemplo, al demonio, seria preciso decir que este espíritu maligno puede desarreglar á su gusto toda la obra de Dios, confundiéndolo todo en el mundo; lo que es absurdo. Todos los hombres conocen que solo Dios puede obrar ciertos milagros; y así, la primera impresion que hace un milagro semejante á los de Jesucristo en los que le ven, es el hacerles adorar á Dios, el cual manifiesta sensiblemente su poder á los hombres. La primera exclamacion que sale de su boca, es que el dedo de Dios está allí. En vano querrian todos los filósofos del mundo persuadir á un pueblo entero que ve salir á Lázaro del sepulcro, enterrado de cuatro dias, que esta resurreccion se ha hecho naturalmente por causas secretas y por un efecto del mecanismo universal, ó por casualidad, ú operacion del demonio. El pueblo en este caso los trataria de insensatos y de impíos.

Dejemos, pues, ciertos hombres de nuestro siglo, que se miran como espíritus fuertes, porque estos tienen la audacia de combatir las verdades mas palpables; dejémoslos, pues, gritar lo que quieran sobre esta materia y sobre otras muchas. Estos hombres atrevidos podrán muy bien probar al mundo, que no obstante su decantado entendimiento, no tienen buena fe, buen juicio, y puede ser que carezcan de uno y otro; pero jamás conseguirán quitar al mundo el buen juicio y la buena fe. Continuemos, pues, nuestra conversacion, sin dársenos

nada de lo que puedan decir, pues son inconsecuentes.

Jesucristo ha hecho milagros que no han podido obrarse sino por el poder de Dios: esta era mi primera proposicion, la misma que acabo de demostrar. La consecuencia que saco de esta proposicion es, que Jesucristo era Dios, o que á lo menos Dios estaba con él y en él, para obrar milagros.

SEGUNDA PROPOSICION.

JESUCRISTO HA HECHO SUS MILAGROS COMO DIOS.

Curar con una sola palabra, en un solo instante y del modo mas perfecto las enfermedades mas inveteradas y mas incurables: volver el oido á los sordos, la palabra á los mudos, la vista á los ciegos, y sobre todo á los ciegos, mudos y sordos de nacimiento, y siempre con la misma facilidad, la misma prontitud, y el mismo favorable efecto: lanzar los demonios de los cuerpos de los poseidos: cambiar la naturaleza de los elementos: resucitar muertos, y muertos enterrados despues de cuatro dias, experimentando ya los tristes efectos de la corrupcion; estos son prodigios que no pueden obrarse sino con todo el poder de Dios.

Esto es, mi querido Teótimo, lo que acabamos de probar, y por consecuencia, aquel que hace todos estos prodigios por un poder que le es propio, que está en él y de él: aquel que hace todos estos prodigios en su propio nombre, y como obrando por sí mismo: aquel que hace todos estos prodigios con una libertad perfecta y una entera independencia de todo socorro extraño: aquel que hace así todos estos prodigios, los hace como Dios. Esta consecuencia es incontestable, y yo creo, Teótimo, que tú lo conoces tan bien como yo; y en efecto, si por una parte se conviene, como es preciso convenir, en que semejantes prodigios no pueden obrarse sino por el poder de Dios, debe convenirse por otra en que aquel que obra tales prodigios por un poder que le es propio, ó

que es su propio poder, posee verdaderamente el poder de Dios, y en que, por consecuencia, él es Dios.

Ahora bien, es constante por la narracion de los evangelistas, que Jesucristo ha hecho todos los milagros que hemos referido, y otros infinitos que hemos omitido. Es constante, dije, que Jesucristo ha hecho todos estos milagros en su nombre, y como obrado por su propio poder : luego los ha hecho como Dios : luego es Dios.

Volvamos á los libros evangélicos, leámoslos con atencion y hallaremos en ellos pruebas claras y admirables de todo lo que aquí digo.

Veremos que Jesucristo ha hecho los milagros mas randes con una sola palabra.

En las bodas de Caná hizo observar la santísima Vírgen á Jesucristo, que faltaba el vino. Jesucristo mandó á los domésticos que llenasen de agua seis grandes hidrias. Obedecieron; y Jesucristo les dijo (san Juan, cap. II, 3) : *Sacad ahora.* Sacan en efecto, y el agua se halla mudada en excelente vino. Un leproso se arroja á los piés de Jesucristo, y adorándole, le dice : Señor, si vos quereis, podeis purificarme. Extendiendo Jesucristo la mano, le toca diciendo (san Marcos, cap. I, 41) : *Quiero : queda limpio;* y la lepra desapareció al instante. Un padre desolado presenta á Jesucristo su hijo, á quien el diablo, que le poseia, le hacia sordo y mudo. Jesucristo habla amenazando al espíritu impuro (san Marcos, cap. IX, 24) : *Espíritu sordo y mudo,* le dijo, *yo te mando que salgas de él, y no entres mas en él;* y el espíritu impuro salió al instante. Un dia, una violenta tempestad agitaba la barca donde Jesucristo estaba con varios de sus discípulos : hallábanse próximos á naufragar : Jesucristo dormia : le despiertan con grandes alaridos : se levanta : habla amenazando á los vientos, y dice á la mar : *Calla, enmudece* (san Marcos, cap. IV, 39); y al instante cesó el viento, y sobrevino una gran bonanza (san Marcos, cap. V, 41). *Niña, levántate : yo te lo mando :* de este modo resucitó á la hija de Jairo (san Lucas, cap. VII, 14). *Mancebo, á ti te digo : levántate :* así resucitó al hijo de la viuda de Naim, que llevaban al sepulcro (san Juan, cap. XI, 43). *Lázaro, sal afuera :* de esta manera resucitó á Lázaro, muerto y sepultado ya cuatro dias. ¿Pueden

obrarse milagros con mas facilidad, con mas imperio, y si me atrevo á decirlo, con un aire mas absoluto y mas independiente?

Este aire de libertad y de independencia se hace conocer en todo el Evangelio. Todo es fácil á Jesucristo. Todo sale de su manantial. En ninguna parte se percibe esfuerzo. Cuando obra las maravillas mas estupendas, está tan en su estado natural, como cuando no las hace. Todos los medios le son indiferentes, porque no tiene necesidad de ninguno, estando todo su poder en su voluntad. Ha hecho una infinidad de milagros sin emplear ningun medio. Los ha hecho por medios, que por sí mismos no podian servir al efecto que han producido. Los ha hecho por medios, que debian por sí mismos producir un efecto contrario (san Juan, cap. IX, 6): « Escupió en tierra é hizo lodo con la saliva y ungió con » el lodo los ojos del ciego, » y le vuelve la vista con esta uncion, capaz por sí misma de cegar á un hombre que hubiera tenido los ojos mas sanos del mundo. Jesucristo ha hecho una infinidad de milagros, con un solo acto de su voluntad manifestado exteriormente como ya lo hemos visto. Ha hecho otros infinitos con un acto de su voluntad, que no se manifestaba; y así fué como multiplicó los panes en el desierto: como sanó á una mujer, que doce años habia se hallaba padeciendo de un flujo de sangre que la consumia; y así sanó varias veces á tropas enteras de enfermos. En el Evangelio se ve que todos aquellos que solamente tocaban la orilla de sus vestiduras quedaban libres de todas sus enfermedades, fueran las que fueran.

Ahora bien, Teótimo, hacer milagros de este modo, y milagros tan grandes é inauditos, ¿no es hacerlos por un poder propio, el cual obra con una perfecta independencia? Y hacer milagros, y milagros semejantes por un poder propio, ¿no es hacerlos como Dios?

Se ve en la Escritura que Moisés, Josué, Elías, Eliséo y otros varios profetas, y en fin, los apóstoles han hecho milagros, y milagros, si quieren, tan grandes como los de Jesucristo; pero al mismo tiempo se ve que los han hecho como hombres, esto es, como instrumentos, de los cuales Dios se servia. Se ve que al hacer estos

milagros salian, por decirlo así, fuera de sí, impulsados del Espíritu Santo, que los habia embargado. Se ve, en fin, que despues de haber hecho estos milagros, no los atribuian sino á Dios.

No es así con Jesucristo, porque ha hecho milagros como dueño y obrando por sí mismo. Cuando hacia estos milagros, conservaba aquel aire de tranquilidad que caracteriza á un hombre que está en su estado natural, y que todo lo saca de su propio fondo. En fin, despues de haber hecho estos milagros, no los ha atribuido á nadie sino á sí mismo; y no ha hablado de ellos, sino como de sus propias obras. Tales son las diferencias esenciales que se advierten entre el modo con que Jesucristo y los santos hombres, de los cuales he hablado arriba, han hecho milagros. Con mucha verdad, pues, decia Jesucristo á sus apóstoles, hablando de los judíos (san Juan, xv, 24.) : « Si yo no hubiese hecho en ellos » obras que ninguno otro hizo jamás, no tendrian pe- » cado. » Porque para hablar en términos propios, y segun la verdad, es preciso decir de Moisés, de Josué, de Elías y de los otros, que Dios ha hecho por medio de ellos grandes milagros; y de Jesucristo, que él ha hecho grandes milagros.

Cuando digo que Jesucristo no ha atribuido sus milagros sino á sí mismo, no ignoro tampoco que los ha atribuido á Dios. Pero, ¿cómo los ha atribuido á Dios? Como á su Padre, como aquel con quien él no tenia sino un mismo poder, y una misma naturaleza : como á aquel con quien hacia todas sus obras por una misma é indivisible operacion. « Mi Padre, que permanece en mí » (decia á sus discípulos), es quien hace las obras que » yo hago. » Y hablando á los Judíos : « En verdad, en » verdad os digo, que el Hijo no puede obrar por sí mis- » mo, sino que hace lo que ve hacer al Padre; y todo lo » que el Padre hace, el Hijo lo hace tan bien como él. » Esto es que Jesucristo ha referido sus milagros á Dios su Padre, como á aquel con quien era un mismo Dios; lo que evidentemente era atribuirlos á sí mismo, supuesto que era decir, que él los obraba como Dios; luego es evidente, Teótimo, que Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios.

TERCERA PROPOSICION.

JESUCRISTO HA HECHO SUS MILAGROS PARA TESTIFICAR QUE ERA DIOS.

El método que seguiré en la prueba de esta tercera proposicion, será nuevo para tí, mi querido Teótimo, pero no dejará por eso de serte mas agradable. Este consistirá en una continuacion de aserciones que apoyaré en el texto del Evangelio, á medida que las vaya proponiendo. Cada una de estas aserciones será como un nuevo rayo de luz; y reunidos todos estos rayos, formarán el gran dia de la evidencia. Estas aserciones, por su encadenamiento y por la fuerza que se comunicarán mutuamente, producirán una de aquellas convicciones tan completas, que es imposible á un entendimiento recto el negarse á ellas. Pídote, pues, que escuches con atencion.

Primera asercion. Jesucristo ha hecho milagros que no pueden obrarse sino con el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios; y entre tanto que hacia estos milagros, daba leyes á los hombres con toda la autoridad de un Dios. El Evangelio nos ofrece una infinidad de pruebas (san Mateo, v, 21) : « Oísteis que fué dicho á los » antiguos : No matarás, y quien matare reo será en el » juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja » contra su hermano reo será en el juicio. » En el mismo capítulo se encuentra la misma forma de precepto, repetida hasta seis veces. Aquí da Jesucristo leyes, cuyo objeto es el reformar el interior del hombre y arreglar los afectos del alma. Las da á todo el género humano : las da en su propio nombre : luego las da con la autoridad de un Dios, porque solo pertenece á Dios el dar semejantes leyes, y darlas de esta manera. Escuchemos todavía á Jesucristo (san Lucas, xiv, 26 y 33) : « Así, » pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo » que posee, no puede ser mi discípulo. Si alguno viene » á mí y no aborrece (esto es, pospone) á su padre y » madre, y mujer é hijos, y hermanos y hermanas, y aun » tambien su propia vida, no puede ser mi discípulo. » (San Mateo, x, 37) El que ama á su padre ó á su madre

» mas que á mí, no es digno de mí. (Ibid. v, 39) El que » perdiere su vida por mí la hallará. (San Mateo, v, 11) » Bienaventurados sois, cuando os maldijeren y os per- » siguieren, y mintiendo dijeren todo mal contra vos- » otros por mí. Gozaos y alegraos, porque vuestro ga- » lardon es muy grande en los cielos, etc. » Jesucristo exige aquí de los hombres una preferencia de amor hácia él, que no puede ser debida sino á Dios. Solo por Dios debemos estar dispuestos á perder nuestros bienes, nuestros padres, nuestras madres, nuestro honor y nuestra vida; solamente por Dios debemos sacrificarlo todo, y sacrificarnos nosotros mismos. Y así es claro que Jesucristo ha dado estas leyes con la autoridad de un Dios.

Segunda asercion. Jesucristo ha hecho milagros que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y mientras que los hacia, se manifestaba abiertamente hijo de Dios. Jamás llama á Dios de otro modo, que su Padre, ó su Padre celestial. Él mismo se dice el hijo de Dios; y lo que hace observar bien, su hijo único : (San Juan, III, 16) « Dios ha amado » al mundo, hasta dar á su hijo único. » Ahora, es evidente que esta afectacion perpetua de llamar á Dios su Padre, y de decirse él mismo el hijo de Dios, y sobre todo el hijo único de Dios, es evidente, dije, que esta afectacion manifiesta que Jesucristo no queria que se le mirase como el hijo de Dios, solamente en el sentido segun el cual los justos son hijos de Dios; sino que tenia pretensiones mas altas, queriendo se le mirase como hijo de Dios en un sentido que le distinguiese de todos los demás justos, y por consecuencia en el sentido propio de esta palabra; esto es, que queria le mirasen como á Dios mismo. Pero, Teótimo, prestemos una atencion mas particular á estas palabras de Jesucristo : « Como el Padre » tiene la vida en sí mismo, del mismo modo ha dado al » hijo el tener la vida en sí mismo. Todo lo que hace el » Padre, el hijo lo hace tan bien como él. Si el hijo os » pone en libertad, sereis verdaderamente libres. »

Seria preciso necesariamente no tener idea alguna de las reglas del lenguaje humano, para dejar de convenir en que estos modosde hablar, *el Padre*, *el Hijo*, explican

una paternidad que toda entera se acaba en uno solo; y una filiacion que toda entera se concentra en uno solo, que es Jesucristo. Una filiacion, que ningun otro parte, ni puede partir con Jesucristo, y por consecuencia una filiacion que constituye á Jesucristo hijo de Dios, segun la naturaleza, hijo consustancial á su Padre, Dios como él, y el mismo Dios que él. Los Judíos no se equivocaron sobre esto. El Evangelio está expreso acerca de ello; y nosotros vemos, sobre todo en la historia de la pasion, que el senado de esta nacion declaró blasfemo á Jesucristo y digno de muerte, porque se habia declarado hijo de Dios, y que el punto principal de la acusacion que el senado mismo intentó contra él ante Pilatos fué, que se habia predicado el hijo de Dios.

Tercera asercion. Jesucristo ha hecho milagros que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y mientras que los hacia, se apropió el mayor de los atributos de Dios. La eternidad de Dios (san Juan, VIII, 58) : « En verdad, en verdad os » digo, que yo soy : antes que Abrahan naciese; y en el » mismo lugar, (v. 25). Yo soy el principio. » Y en el cap. XVII, 4 : « Yo te he glorificado sobre la tierra... ahora, » pues, Padre, glorifícame tú, en tí mismo, con aquella » gloria que tuve en tí, antes que fuese el mundo. » La inmensidad de Dios (en san Juan, VIII, 13) : Jesucristo declara que descendió del cielo, y que no obstante, está todavía en el cielo. El todo poder de Dios (san Juan, XV, 19) : « Todo lo que hace el Padre, el hijo lo hace tan » bien como él. » Y en otra parte : « Ninguno puede » venir á mí, si mi Padre, que me ha enviado, no le » llama á sí, y yo le resucitaré en el último dia. » En fin, la plenitud de la Divinidad, si puedo explicarme así, por estas palabras (san Juan, XIV, 6) : « Yo soy el camino, la » verdad y la vida. »

Cuarta asercion. Jesucristo ha hecho milagros que no pueden obrase sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y en tanto que los hacia, se hizo adorar como Dios. Varios ejemplos de esto se encuentran en el Evangelio; pero entre otros los dos siguientes : cuando Jesucristo hizo andar con él á san Pedro sobre las aguas, segun se refiere en el cap. XIV de san Mateo :

« Y luego que subieron al barco cesó el viento; y los que » estaban en el barco vinieron, y le adoraron, diciendo: « Verdaderamente eres Hijo de Dios. » (Y en otra parte): Habiendo sabido Jesus que los fariseos habian arrojado de su presencia al ciego de nacimiento que habia sanado, y encontrándole, le dijo: « ¿Crees en el Hijo » de Dios? » Este hombre le respondió: « ¿Quién es, á » fin de que yo crea en él? » Jesus le dijo: « Tú le has » visto, y aquel mismo es el que te habla. » Entonces le respondió: « Yo creo, Señor; » y prosternándose, le adoró.

Observa aquí, Teótimo, que en el Nuevo Testamento la palabra adorar, no explica jamás sino el culto de latría ó la adoracion, dicho propiamente, que solo se debe al Sér supremo.

Quinta asercion. Jesucristo ha hecho milagros que no podian obrarse sino por el poder de Dios, y ha hecho estos milagros como Dios, y al mismo tiempo que los hacia, declaraba abiertamente que él era Dios, y el mismo Dios que su Padre. Lee los capítulos v y vi del Evangelio de san Juan, y reconocerás al punto el lenguaje de un hombre que se trata como Dios, y que quiere ser reconocido como tal. En el cap. x, 30, leerás estas palabras: « Mi Padre y yo somos una misma cosa. » Y allí verás, que habiéndole oido los Judíos, tomaron piedras para apedrearle. Jesus les dijo: « Muchas buenas obras » os mostré de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais? » Respondiéronle los Judíos: « No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia; y porque » tú, siendo hombre, te haces Hijo de Dios. » En el cap. xxii, 44, leerás estas palabras: « El que cree en mí, no » cree en mí, sino en aquel que me ha enviado, y á aquel » que me ha enviado. » En el cap. xiv, 7, hace Jesucristo este discurso á sus discípulos: « Si me conociéseis á mí, » ciertamente conocierais tambien á mi Padre; y desde » ahora le conocereis, y le habeis visto. » Dícele Felipe: « Señor, muéstranos al Padre, y esto nos basta. » Dícele Jesus; « ¿Tanto tiempo há que estoy con vosotros, y no » me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve » tambien al Padre. ¿Cómo, pues, tú dices, muéstranos » al Padre? ¿No creeis que yo estoy en el Padre, y el

» padre en mí ? Las palabras que yo os hablo, no las » hablo de mí mismo. Mas el Padre, estando en mí, él » hace las obras. ¿ No creeis que yo estoy en el Padre, » y el Padre en mí ? Creedlo á lo menos por mis obras.» El cap. II de san Marcos trae, que estando Jesus en Cafarnaum, trajeron delante de él un paralítico á fin de que le sanase. Y cuando Jesus vió la fe de ellos, dijo al paralítico : « Hijo, perdonados te son tus pecados. » Y habia allí sentados algunos escribas, que pensaban en su interior de este modo : «¿Cómo este hombre habla así? » Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino solo » Dios? » Jesus, conociendo luego en su espíritu, que pensaban esto dentro de sí, les dijo : « ¿Porqué pensais » de ese modo, dentro de vuestros corazones? ¿Qué es » mas fácil, decir al paralítico : Perdonados te son tus » pecados, ó decirle : Levántate, toma tu cama, y anda? » Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene po- » der en la tierra de perdonar los pecados, dijo al para- » lítico, á tí te digo : Levántate, toma tu cama, y vete » á tu casa. » Y al punto se levantó él, y tomando su cama, fuése á vista de todos, etc.

Jesucristo, como lo ves, prueba aquí á los escribas que es Dios, por un argumento tanto mas convincente para ellos, como que está sacado de su propio principio. Ve aquí el argumento.

Segun vosotros, solo Dios puede perdonar los pecados; es así que yo puedo perdonar los pecados, y lo pruebo sanando á vuestra vista á este paralítico con una sola palabra : luego soy Dios.

No necesito, Teótimo, de exponer mas razones acerca de los pasajes que acabo de citar, para probar mi quinta asercion. Ellos son claros y dicen por sí mismos todo lo que se necesita para hacerla incontestable.

Sexta asercion. Jesucristo ha hecho milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y al mismo tiempo que los hacia, los citaba como pruebas de su divinidad. Tú acabas de ver un ejemplo bien señalado en la cura del paralítico. Vemos en el Evangelio (segun san Juan, v, 17) que los Judíos perseguian á Jesucristo porque hacia milagros el dia sábado. Jesucristo les dijo, para justificarse : « Mi

» Padre obra hasta ahora, y yo obro. Y por esto los Ju-
» díos tanto mas le querian matar; porque no solamente
» quebrantaba el sábado, sino porque tambien decia que
» era Dios su padre, haciéndose igual á Dios. Y así Jesus
» respondió, y les dijo : En verdad, en verdad os digo,
» que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo
» que viere hacer al Padre, porque todo lo que el Padre
» hiciere, lo hace tambien igualmente el Hijo. Porque el
» Padre ama al Hijo; y le demuestra todas las cosas que
» él hace... Porque así como el Padre resucita los muer-
» tos y les da vida; así el Hijo da vida á los que quie-
» re.... para que todos honren al Hijo como honran al
» Padre. »

Jesucristo dice aquí, que hace sus milagros con Dios su padre, y que Dios los hace con él por una misma accion. Dice que Dios su Padre hace milagros con él, para hacer conocer á los hombres que deben honrar al Hijo como honran al padre. ¿No es esto decir que sus milagros prueban que él es Dios?

Estando un dia los Judíos juntos al rededor de Jesucristo, le dijeron (san Juan, x, 24) : « ¿Hasta cuando
» nos acabas el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abier-
» tamente. » Jesus les respondió: « Os lo digo, y no me
» creeis : las obras que yo hago en nombre de mi Padre,
» estas dan testimonio de mí.... Mis ovejas oyen mi voz;
» y yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eter-
» na, y no perecerán jamás, y no las robará ninguno de
» mi mano... Mi Padre y yo somos una misma cosa. »
Ya ves que Jesucristo prueba aquí con sus milagros que es el Mesías enviado de Dios y que él es el mismo Dios que el que le ha enviado.

Añade á todos estos pasajes estas palabras de Jesucristo, que ya hemos citado : « ¿No creeis que yo estoy
» en el Padre, y el Padre en mi? Las palabras que yo os
» hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre, es-
» tando en mí, él hace las obras. ¿No creeis que yo estoy
» en el Padre, y el Padre en mí? Pues creedlo á lo menos
» por mis mismas obras. »

Este último pasaje manifiesta, como los antecedentes, que Jesucristo ha hecho estos milagros directamente para probar que él era Dios, y que él ha citado estos

mismos milagros como otras tantas pruebas incontestables de su divinidad.

Ahora, Teótimo, volvamos á tomar todas estas aserciones, unámoslas, y así se conocerá mejor su fuerza. Jesucristo ha hecho milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y al propio tiempo que los hacia daba leyes á los hombres con toda la autoridad de un Dios; y al mismo tiempo que hacia estos milagros, se decia abiertamente el Unigénito de Dios; y al mismo tiempo que los hacia se apropriaba los mas grandes atributos de Dios; y en tanto que hacia estos milagros se declaraba Dios, y el mismo Dios que su Padre, y se hacia adorar como Dios; y en fin, al mismo tiempo que hacia estos milagros, los citaba como pruebas de su divinidad. Estos son, Teótimo, hechos claramente señalados en el Evangelio, y por consecuencia hechos incontestables.

Ahora, supuestos estos hechos, consideremos con atencion la conducta que Dios tenia con Jesucristo mientras que todas estas cosas estaban pasando á la vista de toda la Judea. Jesucristo hacia los milagros mas estupendos é inauditos. Su designio al hacerlos era el hacerse reconocer por Dios, y no lo disimulaba. Ya le adoraban muchos Judíos, y todo el universo debia adorarle algun dia á causa de sus milagros. Dios, á quien nada se le oculta, veia todo esto y callaba. ¿Qué digo y callaba? favorecia con todo su poder los designios de Jesucristo, dejándole disponer á su gusto de toda la naturaleza; y aun no quedeba aquí, pues daba á Jesucristo la mas auténtica y solemne aprobacion. Dos veces hizo oir su voz desde lo alto de los cielos, parar declarar que Jesucristo era su Hijo muy amado, y para mandar á los hombres que le escuchasen: la primera vez sobre las riberas del Jordan; y la segueda sobre el monte Tabor. «Este es, dijo, mi Hijo, muy amado, en quien me com» plazco; escuchadle: de parte mia os habla, ó mas bien, » yo mismo os hablo por él: escuchadle como á otro yo » mismo. Escuchadle, sea que os revele misterios, sea » que os dé leyes: escuchadle, sea cuando os hable de » mí, sea cuando os habla de sí mismo, y recibid sus pa» labras como oráculos de la verdad eterna.»

¡O Teótimo! Dígolo con confianza; ó nada en el mundo es susceptible de demostracion, ó está demostrado por la serie de estos hechos, y por la trabazon necesaria que entre ellos tienen, que Jesucristo es Dios verdaderamente. Es menester, ó convenir en que Jesucristo es Dios, ó negar todos estos hechos, y para negar estos hechos; es necesario no admitir la certidumbre de ningun hecho, y precipitar la razon (si me es permitido usar de esta expresion) en el abismo del pirronismo universal.

Supongamos en efecto que Jesucristo no es Dios, sino solamente un hombre: ve aquí como discurro en esta suposicion. Si Jesucristo no es Dios, es, pues, un impostor, y el mayor criminal de todos los impostores; porque se ha predicado Dios, y se ha atrevido á hacerse adorar como Dios. Todo esto es evidente, pero por otra parte, si Jesucristo es un impostor, es un impostor contra el cual Dios no ha hecho jamás reclamacion alguna: un impostor, cuyos designios y empresas ha favorecido Dios con todos los esfuerzos de su poder: un impostor á quien ha aprobado solemnemente desde lo alto de los cielos: un impostor, en fin, que deja le adoren en todo el universo, despues de mil ochocientos y mas años, sin haber hecho columbrar á los hombres ni una sola vez durante el curso de tantos siglos, que el culto impío que le rinden le ofende. Todo esto es tambien evidente; y siendo así, Jesucristo, pues, es un impostor, de quien Dios ha sido y es el cómplice: un impostor, en cuyo favor Dios ha hecho traicion á todos los intereses de la divinidad: un impostor, por cuya gloria Dios se burla (despues de tantos siglos) de la buena fe de los hombres del modo mas bajo y mas indigno de él. Todas estas consecuencias horrorizan. Son otras tantas blasfemias, de las cuales se indignaria el mismo infierno. Todas estas consecuencias son sin embargo ciertas, si Jesucristo no es Dios: luego Jesucristo es Dios, ó no hay Dios.

Acabemos esta Conferencia, mi querido Teótimo, con una observacion sobre el carácter de Jesucristo, que es muy interesante, la cual te suplico no olvides jamás. Si Jesucristo es un puro hombre y nada mas, ó si es

Dios sin ser hombre, es un ente lleno de contradicciones inconciliables. El entendimiento humano se abisma, y se pierde en el estudio de este carácter único é inaudito. Es un enigma, es una quimera; pero si Jesucristo es á la vez Dios y Hombre, es el mas hermoso y mas bello conjunto que puede concebirse, y todas las contradicciones aparentes de su carácter se concilian. La razon queda satisfecha de lo justo de las relaciones que percibe en él, y nada mas desea.

Yo examino á Jesucristo con cuidado, y descubro en él una razon tan perfecta, una profundidad de doctrina, una sublimidad de virtud, que sobrepujan á todas las ideas que mi entendimiento pudo formarse por sí mismo en todos estos géneros. ¡Qué modestia! ¡qué humildad! ¡qué desprendimiento de sus propios intereses, y sobre todo, de su propia gloria! ¡qué celo por la gloria de su Padre! ¡qué sumision á la voluntad de este Padre adorable! Jesucristo sacrifica, por agradarle, su reposo, su honor y su vida; y para decirlo todo en una palabra, muere crucificado entre dos ladrones por obedecerle.

Yo considero todavía desde mas cerca á Jesucristo, y veo que este mismo hombre da leyes á los demás hombres, con un aire y un tono de Dios, se dice abiertamente Dios, se hace adorar como Dios, se dice igual á aquel mismo Dios á quien llama Padre, y el mismo Dios que él; de aquel mismo Dios, lo repito, á quien tambien llama algunas veces su Dios, que dice ser mas grande que él, y al cual obedece como un siervo.

Sobre esto me digo á mí mismo, si Jesucristo no es en el fundo sino un puro hombre, es sin duda á un tiempo el mas humilde y el mas soberbio de todos los hombres; el mas desprendido de su propia gloria, y el mas ambicioso; el mas sumiso, y el mas revoltoso; sumiso hasta la muerte de cruz, y revoltoso hastar querer colocarse en el trono de Dios, al lado de Dios, como igual suyo: mas ¿cómo puede ser todo esto á la vez? ¿Cómo dos vicios y dos virtudes enteramente contrarios, pueden formar el carácter habitual de un mismo hombre? ¿Cómo un mismo hombre puede ser constantemente en todo el curso de su vida un prodigio de humildad, y un

monstruo de orgullo, un prodigio de sumision y un monstruo de rebelion? ¿Se ha visto jamás esto? ¿Puede verse jamás.

Por una parte, si Jesucristo no es Dios, sin ser hombre, cómo se ha olvidado tanto á sí mismo, cómo se ha degradado hasta el punto de llamar á Dios, su Dios, y hasta obedecerle efectivamente como á su Dios? En dos palabras, si Jesucristo es un puro hombre, es un enigma inexplicable, porque es evidente que ha hablado y obrado como Dios. Si Jesucristo es solamente Dios, tambien es un enigma mas inexplicable todavía, porque ha hablado y obrado, obedecido y sufrido como hombre.

Pero si supongo que Jesucristo es Dios y Hombre á un tiempo, entonces todo se explica en él, todo se compone, y todas las contradicciones aparentes de su carácter se concilian. Veo que Jesucristo ha podido decir con verdad que su Padre era mayor que él, y que él era igual suyo; que él era su Dios, y el mismo Dios que él. Veo que Jesucristo ha sido todo lo que debia ser: que ha representado (permítaseme este modo de hablar) el personaje de Dios y el de hombre con toda la dignidad que convenia al uno, y con toda la humildad que convenia al otro. Mi razon lo aprueba: él es el mismo que debia ser segun concibo. De este modo quiero yo que un Dios sea hombre, y que un Hombre sea Dios.

CATECISMO

DE LA QUARTA CONFERENCIA.

Sobre la divinidad de Jesucristo, probada por sus milagros.

P. Jesucristo tuvo toda la sabiduria y toda la santidad que convienen á un Dios Hombre. La ley que Jesucristo ha dado al mundo es digna de un Dios Hombre. Habeis aclarado tanto estas dos verdades, que me es imposible el negarlas. Pero no es bastante: Vos me habeis prometido todavía manifestarme que Jesucristo es verdaderamente un Dios Hombre, y así os suplico me cumplais la

promesa. ¿Cómo probais que Jesucristo es verdaderamente un Dios Hombre?

R. Yo pruebo que Jesucristo es un Dios Hombre, con los milagros que ha hecho; y toda mi demostracion está encerrada en este razonamiento Jesucriso ha hecho milagros, que no podian obrarse sino con el poder de Dios. Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios: es así que es imposible que un hombre haga semejantes milagros, á menos que no sea Dios: luego Jesucristo es Dios.

P. Vuestro razonamiento es exacto. Admito la consecuencia que sacais de él; pero es preciso probar las proposiciones de las cuales la sacais y esto es lo que os suplico hagais. Manifestadme desde luego que Jesucristo ha hecho milagros que no pueden obrarse sino por el poder de Dios.

R. Jesucristo convirtió el agua en vino: muchas veces multiplicó un pequeño número de panes de un modo tan prodigioso, que bastaron para alimentar á millares de personas: sanó ciegos de nacimiento: resucitó varios muertos, y entre otros á Lázaro, que habia cuatro dias que estaba en el sepulcro, y cuyo cadáver comenzaba á corromperse: luego es evidente, que todo estos milagros y muchos otros que no cito, no pueden obrarse sino por el poder de Dios.

P. ¿No pueden ser estos milagros efectos de la casualidad, de las leyes de la naturaleza ó del poder del demonio.

R. Los milagros de Jesucristo no pueden ser efecto de la casualidad, porque la casualidad no es nada y lo que no es nada, no puede nada. Los milagros de Jesucristo no pueden ser efecto de las leyes de la naturaleza, porque han sido hechos contra esta mismas leyes. Los milagros de Jesucristo no pueden ser efecto del poder del demonio, porque es evidente, que Dios se ha reservado el poder parar ó supender el curso de las leyes de la naturaleza. Si hubiera dado este poder al demonio, este podria desarreglar á su gusto las obras de Dios, y confundirlo todo en el mundo; lo que no puede pensarse sin estar locos.

P. ¿Cómo probais que Jesucristo ha hecho estos milagros como Dios?

R. Lo pruebo con este razonamiento que está al alcance de todo el mundo. Los milagros que sesucristo ha hecho no pueden obrarse sino por el poder de Dios: luego aquel que hace semejantes milagros, obrando por su propio poder, los hace como Dios: es así que Jesucristo ha hecho estos milagros, obrando por su propio poder, luego los ha hecho como Dios.

P. Mostradme, pues, que Jesucristo ha hecho estos milagros, obrando por su propio poder.

R. El Evangelio nos ofrece una multitud de ejemplos, pero me contentaré con referiros dos de ellos. Habiéndose prosternado un leproso á los piés de Jesucristo, le dijo: «Señor, si vos quereis podeis sanarme.» Jesucristo le dijo: «Lo quiero, sé sano;» y al instante desapareció la lepra. Iban á enterrar á un mozo, Jesucristo detiene á los que le llevaban, y le dice: «Mancebo, levántate: » yo soy quien te lo digo;» y al momento se levantó lleno de vida.

P. ¿Cómo probais que Jesucristo ha hecho estos milagros para testificar que era Dios?

R. Lo pruebo por este otro razonamiento, que no es menos simple ni menos claro que el antecedente. Jesucristo ha hecho estos milagros, que no pueden obrarse sino por el poder de Dios. Ha hecho estos milagros como Dios, y mientras que hacia estos milagros, daba leyes á los hombres con toda lo autoridad de un Dios: se decia el Unigénito de Dios: se publicaba abiertamente Dios, y el mismo Dios que su Padre: se apropiaba los mas grandes atributos de Dios: se hacia adorar como Dios; y en fin, citaba estos milagros como prueba de su divinidad: es así que un hombre que hace los milagros que obró Jesucristo, y que los hace con todas estas circunstancias, no hace estos milagros sino para testificar que es Dios; luego Jesucristo ha hecho todos estos milagros para testificar que es Dios. Encontrareis la justificacion de todas estas aserciones que expongo en este mismo razonamiento, esparcida en todo el Evangelio.

P. Ya veo que Jesucristo ha hecho todos esto milagros para testificar que era Dios. Pero ¿qué inferís de esto?

R. Infiero de todo esto, que en efecto era Dios; por-

que es evidente, que si no hubiera sido Dios, no le habria prestado Dios su poder para hacer estos milagros.

P. Mientras que Jesucristo hacia estos milagros para testificar que era Dios, Dios prestaba su poder á Jesucristo para hacer estos milagros. Convengo en que esta es una fuerte razon para creer que Jesucristo es Dios. Sin embargo, quisiera que añadiéseis algo mas. Por ejemplo que Dios hubiese hecho conocer solemnemente que apoyaba las pretensiones de sesucristo.

R. Así lo ha hecho Dios, supuesto que en dos solemnes ocasiones ha declarado que Jesucristo era su Hijo muy amado, y á esta declaracion ha añadido un precepto expreso de escucharle á todos los hombres.

P. Pero si Jesucristo es Dios, ¿porque llama á Dios, su Dios? ¿porqué dice que su Padre es mas grande que él, y que ha recibido mandamientos de su Padre?

R. Y yo respondo: si Jesucristo es Hombre, ¿porqué ha dicho que su Padre y él eran una misma cosa? Ya veo en el Evangelio, que Jesucristo ha hablado y obrado como Hombre; y al mismo tiempo veo en él, que ha hablado y obrado como Dios. Deduzcamos de aquí, vm. y yo, que Jesucristo es Dios y Hombre, porque sin esto seria su carácter inexplicable.

QUINTA CONFERENCIA.

Donde se prueba la divinidad de Jesucristo, por el grande milagro de su resurreccion obrada por él mismo.

Los milagros que Jesucristo ha hecho durante su vida, prueban evidentemente que es Dios. Este, mi querido Teótimo, ha sido el asunto de nuestra última conferencia. Pero el milagro que hizo despues de su muerte, quiero decir, el de su resurreccion obrada por sí mismo y sin otro socorro que su propio poder, lo prueba con mas evidencia todavía: lo cual será la materia de la conferencia que tendremos hoy. Esta conferencia girará

toda entera sobre este razonamiento, que es muy simple, y al alcance de todo el mundo.

El que se resucita á sí mismo, y por su propio poder, es Dios. Jesucristo se ha resucitado á sí mismo, y por su propio poder : luego Jesucristo es Dios.

La primera proposicion de este razonamiento es incontestable : y en efecto, nadie la contesta, ni los Judíos, ni los paganos, ni los nuevos filósofos; porque desde que un muerto se resucita á sí mismo, esto es, que él mismo se vuelve á la vida y reune su alma á su cuerpo, los cuales habia separado libremente, es evidente que se resucita por su propio poder : de otro modo no seria él mismo el que se resucitaba, sino que seria resucitado por otro : es así que la resurreccion de un muerto no puede obrarse sino por el poder de Dios, segun lo hemos demostrado en la Conferencia precedente, luego un muerto que se resucita á sí mismo posee el poder divino, y por consecuencia es Dios; porque solo Dios posee el poder divino. Ya no se trata de otra cosa, sino de hacer ver que Jesucristo se ha resucitado á sí mismo ; si este hecho está probado, es incontestable que Jesucristo es Dios. Nadie habrá que lo dude.

Ahora, digo, que de todos los milagros de Jesucristo no hay ninguno tan evidentemente probado como el de su resurreccion obrada por sí mismo. Adelanto mas y no temo decir, que la resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo, es el mas constante y mas averiguado de todos los hechos consignados en todas las historias que conocemos.

Para establecer esta asercion, tengo á las manos tres pruebas : cada una de por sí es una demostracion ; pero unidas todas, y por la fuerza que recíprocamente se comunican, forman la demostracion mas invencible de todas las demostraciones; y así es necesario indicarlas desde luego.

Primera prueba. La resurreccion de Jesucristo obrada par sí mismo está demostrada en la sola prediccion que de ella hizo el mismo Jesucristo antes de su muerte.

Segunda prueba. La resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo está demostrada en la relacion de los evangelistas, considerada como puramente histórica.

Tercera prueba. La resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo está demostrada en el testimonio que los apóstoles y demás discípulos de Jesucristo dieron de ella desde luego á los Judíos, y seguidamente á todo el universo.

ARTICULO I.

Resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo, demostrada por la prediccion que de ella hizo el mismo Jesucristo antes de su muerte.

Es constante, segun la relacion de todos los evangelistas, mi querido Teótimo, que Jesucristo antes de morir habia anunciado varias veces, no solo á sus discípulos privadamente, sino tambien á los Judíos públicamente, que tres dias despues de su muerte resucitaria por su propia virtud: que habia anunciado esta resurreccion como un milagro decisivo para probar la divinidad de su mision y de su persona, como un milagro que daria una nueva fuerza y un nuevo peso á todos los que le habian precedido, y que seria como su confirmacion auténtica; en fin como un milagro, despues del cual no tuvieran los Judíos nada mas que pedir para su perfecto convencimiento, haciéndose enteramente inexcusables, si no creian en él.

Como Jesus iba á Jerusalen (dice san Mateo, xx, 17), llamó aparte á sus discípulos, y les dijo: « Ved que va» mos á Jerusalen, y el Hijo del hombre será entregado » á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y » le condenarán á muerte. Y le entregarán á los genti» les para que le escarnezcan y azoten, y crucifiquen, » y el tercero dia resucitará. »

Nada puede desearse que sea mas claro y mas formal que esta prediccion. El mismo evangelista trae al cap. xii, 38, que habiendo dicho á Jesucristo algunos de los escribas y de los fariseos: « Maestro, quisiéramos que nos hi» cieses ver algun prodigio; » Jesucristo les respondió: « Esta nacion corrompida y adúltera pide un prodigio, » y no le será dado otro sino el del profeta Jonás, por» que como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el

» vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estara » tres dias y tres noches en el corazon de la tierra. »

Aquí vemos dos cosas: 1º Que Jesucristo declara á los Judíos que Jonás, tragado por una ballena, milagrosamente conservado durante tres dias en el vientre de este enorme pescado, que al cabo de este tiempo lo arrojó sobre la costa del mar, habia sido la figura de su muerte, de su sepultura y de su resurreccion;

2º Que Jesucristo presenta á los Judíos el milagro de su resurreccion como un signo ó un prodigio por excelencia; esto es como una prueba auténtica de la divinidad de su mision y de su persona.

Escucha todavía estas palabras de Jesucristo, relacionadas en el cap. xx de san Juan, v, 17: « Yo dejo mi vida » para volver á tomarla. No me la quita ninguno: mas » yo la doy por mí mismo; poder tengo para dejarla, y » poder tengo para volver á tomarla. » Estas palabras, como se ve, no dejan oscuridad alguna en los entendimientos. Jesucristo dice limpiamente que sus enemigos no pueden quitarle la vida, y en consecuencia de esta notoriedad, el dia siguiente al de su muerte, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos fueron juntos á Pilatos, y le dijeron (segun se ve en el cap. xxvii de san Mateo): « Señor, nos acordamos, que dijo aquel » impostor, cuando todavía estaba en vida. Despues de » tres dias resucitaré. Manda, pues, que guarden el se- » pulcro hasta el tercer dia, no sea que vengan sus » discípulos y le hurten, y digan á la plebe: resucitó de » entre los muertos; y será el postrero error peor que » el primero. » En adelante haremos un grande uso de este paso de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos. Bástanos saber ahora que él prueba dos cosas, á saber: 1º que es cierto que Jesucristo habia anunciado públicamente que él resucitaria al tercer dia despues de su muerte; 2º que los príncipes de los sacerdotes y los fariseos comprendian muy bien que si la resurreccion de Jesucristo sucedia, seria un milagro, despues del cual no seria ya posible negar que él era el Mesías, pues que temian que la sola opinion de esta resurreccion, si llegaba á esparcirse y á acreditarse, no le hiciese mirar como el Mesías por todo el pueblo

judáico; y así hicieron de este milagro el mismo juicio que los cristianos, atribuyéndole la misma fuerza y el mismo peso.

Es pues constante, mi querido Teótimo, que mucho tiempo antes que Jesucristo muriera, habia anunciado su resurreccion; que la habia anunciado varias veces, y en público; que la habia anunciado, señalando el dia preciso en que sucederia; que la habia anunciado, como que debia ser la obra de su sola voluntad; que la habia, en fin, anunciado como el milagro mas á propósito para probar que él era el Mesías, y para confirmar todo lo que habia dicho de sí mismo.

Ahora digo, que esta admirable resurreccion sucedió; y la primera prueba que doy de ella, es la prediccion misma que Jesucristo hizo antes de su muerte. Sí, Teótimo, este razonamiento: Jesucristo habia predicho su resurreccion..... luego Jesucristo ha resucitado: este razonamiento, que desde luego parece una paradoja, y hasta algo mas de una paradoja, si se quiere; este razonamiento es una verdadera demostracion. Jamás consecuencia alguna estuvo tan ligada á su principio como la consecuencia de este razonamiento. De suerte que nosotros deberiamos creer la resurreccion de Jesucristo, aunque no tuviéramos mas prueba que la prediccion que él hizo de ella antes de su muerte.

Aclaremos ahora este razonamiento. Pídote, Teótimo, que peses con la mayor atencion las reflexiones que voy á hacer, y sobre todo que comprendas bien la ilacion y el conjunto de estas reflexiones. Estoy cierto en que entonces resultará en tu entendimiento una conviccion tan plena, que no podrás resistirte á ella.

1° Cuando Jesucristo predecia su futura resurreccion, hacia á vista de toda la Judea los milagros mas estupendos é inauditos. Arrojaba con imperio á los demonios de los cuerpos de los poseidos; mandaba á los vientos y á la mar que se hicieran dóciles á su voz; sanaba las enfermedades mas inveteradas y mas incurables; resucitaba los muertos, y muertos de cuatro dias, cuando empezaban á corromperse; y en fin (nota bien esta circunstancia), hacia todos estos milagros y otros mil por su propio poder, como latamente lo hemos probado en

la Conferencia precedente : luego es evidente, segun todos los principios de la buena filosofía, que el milagro con el cual resucita un hombre á otro es tan grande como aquel con el cual se resucita uno á sí mismo, aunque el segundo sea mas raro que el primero. No es mas difícil ciertamente á un hombre el volver á hacer entrar su propia alma en su cuerpo, que la de otro en el de este otro. Lo segundo parece tambien mas difícil que lo primero, porque parece que cada sér tiene naturalmente mas poder sobre sí mismo que sobre otro. Si Jesucristo ha resucitado á Lázaro por su propio poder, tenia, pues, el poder de resucitarse á sí mismo; y seria ridículo decir que Jesucristo habia perdido este poder con su muerte; porque es mas claro que el dia, que estando este poder en su sola voluntad, la cual nada tenia de comun con su cuerpo, la muerte no podia ejercer su imperio sobre él.

2° Al leer los Evangelios has observado sin duda que Jesucristo jamás anunciaba su muerte, fuese á sus discípulos privadamente, fuese en público á los Judíos, sin anunciar al mismo tiempo su resurreccion. Pero observa todavía (pues, segun las apariencias, no lo has hecho) que hablando Jesucristo á los Judíos de su muerte, jamás les habla de las circunstancias de esta muerte; y que jamás habla á sus discípulos de su muerte, sin descubrirles sus principales circunstancias. Les declara que uno de entre ellos le entregará á los Judíos, y designa á este pérfido : les declara que los Judíos le entregarán á los gentiles para que le crucifiquen; y que antes de padecer y sufrir este cruel y vergonzoso suplicio, será azotado : que le escupirán á la cara y que le escarnecerán é insultarán. Los apóstoles se hallaban advertidos de todas estas particularidades de la pasion y muerte de su divino Maestro largo tiempo antes del suceso; pero los Judíos, que debian hacerle sufrir todas estas indignidades, ni sabian nada, ni podian saberlo. En el Evangelio se ve que estos habian conspirado contra Jesucristo, y que su partido estaba tomado de hacerle morir; pero nada habia determinado, ni tocante al tiempo, ni al modo con que ejecutarian este designio. La denuncia de Judas, y la oferta que este

traidor les hizo, sin que lo hubiesen previsto, de entregarle, los determinó de un golpe; aprovecharon esta ocasion que les pareció buena, temiendo no se presentase otra; y atropellaron toda consideracion relativa á su religion, la cual les obligaba á esperar, para consumar su proyecto, que pasase el tiempo en que se hallaban que era la Pascua. Tambien se ve en los mismos evangelistas que todo se hizo tumultuariamente en esta sangrienta tragedia, y que no se habia premeditado nada, excepto el designio general de perder á Jesucristo. Cada escena de esta pasion fué una escena improvista para los mismos que la ejecutaban, y lo mismo para los simples espectadores, la cual á todos los habria sorprendido extrañamente, si hubieran sido capaces de mirarla á sangre fria. Determináronse súbitamente, segun los diversos incidentes que produjo el movimiento en que estaban los espíritus. La pasion de estas gentes se arrebató hasta el extremo del furor, segun las declaraciones que presentaba el momento presente. Ve aquí lo que leemos en los evangelistas. Sin embargo, todo le que Jesucristo habia descubierto á sus apóstoles sobre este particular fué ejecutado tan puntualmente por los Judíos y por los gentiles, que habria podido decirse que Jesucristo se habia puesto de acuerdo con ellos, y que á cada uno le habia dado su papel, si se me permite este modo de hablar.

No habia Jesucristo predicho solamente todas las circunstancias de su pasion y de su muerte, sino que habia anunciado tambien todos sus efectos y todas sus consecuencias. Habia declarado que, en castigo de la incredulidad y de la ingratitud de los Judíos, Jerusalen seria sitiada, tomada y destrozada por el hierro y el fuego, y trastornada de alto á bajo; que el templo tendria la misma suerte, y no quedaria en él piedra sobre piedra; que los Judíos se dispersarian en todas las naciones; que su Evangelio seria predicado en todas partes; y que aunque perseguido en todas partes, en todas ellas haria progresos. Todas estas predicciones se cumplieron, y se cumplirán todavía á nuestra vista.

Los hechos que acabo de exponer son incontestables,

mi querido Teótimo, y nadie los contradice. Ahora pregunto sobre esto á todo hombre que tiene entendimiento y un alma imparcial, ¿ cuál es la razon que podria hacer creer, que habiéndose cumplido todas las profecías de Jesucristo en órden á su pasion y á su muerte, y las consecuencias de la una y de la otra, no se ha cumplido la de su resurreccion? Pregunto todavía á este hombre, si puede imaginar una razon probable de esta excepcion, y le desafío á que no la halla.

¡Qué! Teótimo, Jesucristo ha predicho una multitud de sucesos singulares y extraordinarios, de los cuales eran los unos próximos mas sin apariencia, y los otros remotos de muchos siglos, y todos dependian del libre concurso de la voluntad de una multitud infinita de hombres. Entre estos sucesos señaló tambien su propia resurreccion. Todo lo demás ha sucedido segun lo ha predicho; ¿ pero su resurreccion no se ha verificado? ¿ Es esto creible, ni puede imaginarse?

Pero voy mas adelante, y ve aquí un razonamiento sin réplica: Jesucristo, como acabo de decirlo, ha predicho durante su vida una multitud de sucesos singulares y extraordinarios, de los cuales unos estaban próximos, mas sin apariencia, y los otros estaban distantes de muchos siglos; y todas estas predicciones se han verificado. Prediciendo Jesucristo los sucesos de que acabo de hablar, predijo tambien su propia resurreccion; y esta prediccion (supóngolo así por un momento) no ha tenido efecto. Insto, y digo: solo Dios, ó aquel á quien Dios ilumina con su luz, puede conocer infaliblemente los sucesos futuros que dependen del libre concurso de las voluntades humanas. Luego Jesucristo se hallaba asistido del espíritu de Dios, cuando predecia tantos sucesos que se han cumplido. Entre los sucesos que Jesucristo ha predicho se encuentra su resurreccion y no se ha cumplido; luego Jesucristo era impulsado por el espíritu del demonio á hacer esta prediccion. Es así que es constante que Jesucristo predijo este suceso al mismo tiempo que los otros: luego Jesucristo era á un propio tiempo el órgano de Dios y el del demonio: era en aquella occasion el mas grande de los profetas, y el mas insigne impostor. Por la mas sacrílega de todas las pre-

varicaciones, se servia de la verdad de Dios para acreditar las mentiras del demonio. No, Teótimo, no hay un hombre entre los nuevos filósofos que sea capaz de mirar sin asombro semejantes absurdos. Convengamos en que Jesucristo resucitó.

3º Jesucristo antes de morir habia declarado solemnemente á los Judíos que si moria, era porque lo queria así. « Yo dejo mi vida para volver á tomarla, les decia, » nadie me la arrebata ; mas yo la dejo por mí mismo. » Yo tengo poder para dejarla y poder para volverla á » tomar. » Jesucristo declara por estas palabras que morirá libremente, y que resucitará con la misma libertad. Jesucristo ha cumplido la primera parte de esta prediccion, ya lo hemos visto en otro lugar. Trasportase al huerto de las Olivas, donde sabe que han de ir á prenderle ; se presenta delante de sus enemigos ; los echa por tierra con una sola palabra, y seguidamente se entrega á su discrecion. Arroja un gran grito despues de haber sufrido tormentos capaces de aniquilar al hombre mas robusto y de reducirlo á una extrema debilidad ; y muriendo pronuncia estas palabras : « En tus manos, » Señor, encomiendo mi espíritu. » Ahora, si Jesucristo ha cumplido la primera parte de la profecía de que hablamos, es evidente que ha debido cumplir la segunda, y que ha resucitado por un solo acto de su voluntad. así como murió por otro acto de su voluntad. Porque nadie concebirá jamás que ha podido ser tan imprudente . que se haya entregado voluntariamente á la muerte , despues de haber anunciado su resurreccion, si no estaba bien cierto de que resucitaria.

4º Mientras que Jesucristo estaba en la cruz, y pocas horas antes que espirase, el sol se eclipsó. Este eclipse sucedió contra todas las leyes de la naturaleza ; pues este dia era el plenilunio, y este eclipse fué además total y universal ; de manera que las tinieblas de la noche se esparcieron sobre toda la superficie de la tierra. El senado romano fué tan sorprendido de este extraordinario fenómeno, que hizo se conservase su relacion en los archivos públicos, como lo trae Tertuliano hablando él mismo al senado. En el momento que Jesucristo expiró, acaecio un gran terremoto ; el velo del templo se rasgó

de alto á abajo; y en fin, despues de la muerte de Jesucristo, varios justos resucitaron y saliendo de sus sepulcros en cuerpo y alma, se aparecieron á una multitud de personas de Jerusalen.

Si Jesucristo es quien ha hecho todos estos milagros antes de su muerte, en su muerte y despues de su muerte, es visible que tambien ha podido hacer el de su propia resurreccion, y por consecuencia que lo ha hecho; y si el Dios que Jesucristo llamaba su Padre, es quien ha hecho estos milagros, es visible que él los ha hecho para testificar la santidad de Jesucristo, y para confirmar auténticamente todo cuanto Jesucristo habia dicho y hecho durante su vida: luego Dios ha hecho estos milagros para testificar las profecías de Jesucristo, y principalmente la de su resurreccion: luego estos milagros eran prendas seguras de la resurreccion de Jesucristo; ó es preciso decir que Dios los ha hecho para engañar al mundo, lo que es una blasfemia.

5º Ve aquí, Teótimo, la última reflexion á la cual te pido prestes toda tu atencion. Hemos visto en la Conferencia precedente, que los milagros que Jesucristo obró antes de su muerte habian sido, ya por sí mismos, y ya por la fuerza que sacaban de las circunstancias que los acompañaban, pruebas incontestables de su divinidad; porque estos milagros eran de tal naturaleza, que no podrian obrarse sino por el poder de Dios, porque Jesucristo hizo estos milagros como Dios, y porque Jesucristo hizo estos milagros para testificar que era Dios. ¿Qué se sigue de aquí? Tú lo ves sin duda, Teótimo; se sigue, que si Jesucristo no hubiera anunciado antes de morir su resurreccion, y que en efecto no hubiera resucitado, en esta suposicion sus milagros habrian conservado toda su fuerza, y todas las pretensiones de Jesucristo habrian quedado en su integridad. Siempre seria cierto que Jesucristo ha sido un Dios Hombre. Todo cuanto podemos deducir de su no resurreccion (permíteme este modo de hablar) es que, despues de la muerte de Jesucristo, Dios se separó de la naturaleza humana de la cual se habia revestido por un cierto tiempo.

Pero habiendo Jesucristo anunciado su resurreccion del modo mas expreso y afirmativo, desde entonces el efecto

de sus milagros quedaba suspendido hasta el cumplimiento de esta prediccion; de suerte que si, como es imposible, Jesucristo no hubiera resucitado, el solo hecho de su no resurreccion habria debilitado todos sus milagros precedentes, y habria sido decidido, por esto solo, que Jesucristo no era Dios. Lo que aquí digo es muy claro, y creo que lo comprendes perfectamente.

Segun estas observaciones sostengo, Teótimo, que es un absurdo suponer que Jesucristo haya anunciado su resurreccion sin estar cierto de que resucitaria efectivamente; porque si Jesucristo sabia que no resucitaria, anunciando su resurreccion, y anunciándola tan afirmativamente como lo hacia, arruinaba todo el efecto de sus milagros precedentes, les quitaba todo su peso, ponia en su reputacion un lunar irreparable, se cubria de un oprobio eterno; acababa este hombre tan sabio la mas bella y la mas ilustre carrera que jamás se vió por un rasgo inconcebible de locura, y acababa su vida colocándose él mismo en la clase de los impostores y bufones: en vez que callando acerca de su resurreccion futura, dejaba sus milagros en toda su fuerza, se aseguraba en todos los siglos sucesivos, no solo la veneracion que es debida al mayor de los profetas, sino tambien los homenajes debidos á Dios: luego es un absurdo (y lo repito) suponer que Jesucristo haya anunciado su resurreccion futura sin estar cierto de que resucitaria: luego Jesucristo resucitó: luego debemos creer la resurreccion de Jesucristo, aunque no tuviéramos mas prueba de ella que su prediccion. Pero cuando Jesucristo no hubiera predicho su resurreccion, nosotros deberíamos creerla sobre el testimonio que nos dan los evangelistas.

ARTICULO II.

La resurreccion de Jesucristo demostrada por la relacion que de ella hacen los evangelistas, considerada como puramente histórica.

Los cuatro evangelistas cuentan que Jesucristo resucitó al tercero dia despues de su muerte, y que aquel dia

se apareció lleno de vida á varias personas. Vé aquí como refiere este gran suceso S. Mateo, XXVII y XXVIII : «Y » cuando fué noche vino un hombre rico de Arimathea » llamado José [1], etc. »

En esta narracion, como lo ves, reina una sencillez, un candor, un aire de sinceridad y de buena fe, que convence al lector de la probidad del historiador y de la verdad de su relacion. Pero nada sorprende tanto como el modo con el cual expone san Mateo el indigno y pueril medio que emplearon los príncipes de los sacerdotes para sofocar las pruebas de la resurreccion de Jesucristo. ¿Qué campo mas hermoso podian ofrecerle los autores de esta impostura, para hacerlos tan ridículos como odiosos? ¿Qué ventaja no tenia contra ellos? ¿Qué no podia decir acerca de aquellos testigos dormidos, que habian depuesto sobre lo que habia pasado durante el sueño, y cuya deposicion habia sido recibida? ¿Qué reflexiones no podia hacer sobre una contradiccion tan vergonzosa, tan manifiesta y tan absurda al mismo tiempo? Pues, sin embargo, no emplea el menor rasgo de sátira, la menor reflexion, dice lo que ha pasado, y á ello se ciñe solamente.

Las relaciones que hacen los otros tres evangelistas de la resurreccion de Jesucristo, todas tienen los mismos caractéres. Leámoslas, pues, mi querido Teótimo.

Relacion de san Marcos, desde el v. 42 del c. XV, hasta el fin del cap. XVI.

Relacion de san Lucas, desde el v. 50 del c. XXIII, hasta el fin del cap. XXIV.

Relacion de san Juan, desde el v. 38 del cap. XIX, hasta el fin del último capítulo.

Ya ves, Teótimo, que las diferentes relaciones de la resurreccion de Jesucristo han sido dictadas por la buena fe y el candor. Ninguna se encuentra que contradiga á las otras y ninguna se parece exactamente á otra.

El fondo de estas cuatro relaciones es el mismo, pero la forma no lo es. Cada evangelista hace mencion de alguna particularidad, que han omitido todos los otros; y ninguno de ellos refiere en términos iguales, ó del mismo

1 Lee estos dos capítulos enteros.

modo, las particularidades que otro ha referido. El estilo de cada una de estas relaciones es original, y propio del escritor que la ha hecho; y así no pueden acusar á los evangelistas de haberse concertado entre sí, y mucho menos sospechar que inventaron los hechos que componen sus cuatro relaciones. Digo mas todavía: el entendimiento humano no finge de este modo. Los evangelistas eran hombres simples, como se ve en sus mismos escritos; pero aunque hubieran sido los mayores ingenios de su siglo, no habrian jamás podido inventar una historia de la resurreccion como la que nos han dejado. No puede imputarse á los evangelistas el haber hermoseado sus relaciones. Nada se ve en ellas que huela á retórica, nada que anuncie el designio de realzar la gloria de su Maestro: todo es en ellas simple é inocente: no pueden decirse los hechos mas naturalmente, y con un aire mas verdadero: la verdad misma no podria decir de otro modo las mismas cosas. En fin, no puede pretenderse que los evangelistas han pecado contra la verosimilitud. En esta última parte de su obra, ó de su historia, los caractéres de Jesucristo, de los apóstoles y de los otros discípulos están conservados perfectamente. Lo que ellos cuentan de la resurreccion y de las diferentes apariciones de Jesucristo es maravilloso; pero esto mismo está perfectamente combinado con lo que habian dicho de su nacimiento, de su vida y de su muerte. Todo es digno de Jesucristo, todo lo representa; y todo hace conocer que es él verdaderamente. De este modo un Dios Hombre, que habia sufrido voluntariamente la muerte para rescatar el género humano, debia resucitar, y debia manifestarse despues de su resurreccion, como se ve en los Evangelios; y me atrevo á decir que ningun otro escritor observó mejor que ellos el decoro.

Estas observaciones generales, relativas al modo con que los evangelistas cuentan la resurreccion de Jesucristo, serian mas que suficientes para convencer á todo entendimiento razonable de la verdad de esta resurreccion. Sin embargo, Teótimo, consiento en que suspendas todavía tu juicio, si puedes conseguirlo. Las pruebas que me quedan que darte son tan palpables, que estoy cierto de que te someterás á ellas.

De todos los milagros de Jesucristo, el de la resurreccion es el único que negaron los Judíos en aquel tiempo, y lo niegan todavía, como lo observé en otra parte; pero la vuelta que han tomado para oscurecer este gran suceso, demuestra su realidad del modo mas convincente. Presta atencion á las reflexiones que voy á hacer, y á las consecuencias que sacaré de ellas.

1° Siendo la resurreccion de Jesucristo el único milagro de este Dios Hombre que niegan los Judíos, y que pretenden hacer pasar por falso, siendo así que confiesan todos los otros, deben hallarse en estado de manifestar que este milagro no ha sucedido; de otro modo habria derecho para sospecharlos, ó encaprichados, ó extravagantes de entendimiento ó de interés; porque en fin, los milagros de Jesucristo, que han precedido á su resurreccion, son por sí mismos un gran presupuesto de esta resurreccion.

2° Yo veo en efecto que los Judíos, y sobre todo, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, tenian un grande interés en hacer pasar por apócrifa la resurreccion de Jesucristo. Este milagro es decisivo y sin réplica. Si Jesucristo resucitó, Jesucristo es el Mesías: si Jesucristo es el Mesías, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos han hecho morir crucificado al Mesías, y por consecuencia son los mas malos hombres que el mundo haya visto. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos tienen, pues, un grande interés en que Jesucristo no haya resucitado; y si Jesucristo ha resucitado, tambien tienen grande interés en hacer perecer las pruebas de su resurreccion. Y además, este interés es en ellos el interés de la pasion mas violenta é injusta; y por consecuencia, es un interés capaz por sí mismo de impulsarlos á toda especie de crímines, y sobre todo un interés capaz de cegarlos y empeñarlos á hacer valer las mas pequeñas razones de dudar, contra las mas fuertes de creer. Todo esto está en la naturaleza.

3° Observa que la resurreccion de Jesucristo, segun la refiere el Evangelio, esto es, esta resurreccion obrada por Jesucristo mismo, es no solamente un suceso maravilloso, sino tambien el mas extraordinario de todos los sucesos en el género maravilloso; y que con

respecto al carácter general del entendimiento humano, era mas fácil mil veces el oscurecer este suceso, y hacerle pasar por fabuloso, por mas cierto que fuera, que el hacerle pasar por verdadero si hubiera sido falso: de donde se deduce evidentemente, que si Jesucristo no hubiera resucitado, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos estaban muy seguros de impedir que su resurreccion fuese creida del pueblo judáico; y de quien habiendo resucitado este mismo Jesucristo, podian tambien esperar con mucha probabilidad que impedirian al pueblo judáico que creyese su resurreccion. Y por la razon de los contrarios resulta de los mismos principios, que si Jesucristo no hubiera resucitado, era absolutamente imposible á los apóstoles el hacer creer su resurreccion al pueblo judáico; y que aunque Jesucristo hubiera resucitado, debia naturalmente serles muy difícil el hacer creer esta resurreccion, por verdadera que fuera, á este mismo pueblo.

4° Hay mas. En la suposicion de que Jesucristo no hubiera resucitado, no habrian tenido los apóstoles interés alguno en publicar su pretendida resurreccion: ningun interés de reconocimiento, porque ya no debian nada á Jesucristo, que los habia engañado, anunciándoles que resucitaria: ningun interés de amor propio, porque Jesucristo los habia engañado con milagros evidentes; y cualquiera que ha sido engañado con milagros evidentes (si esto es posible), puede confesar sin vergüenza que ha sido engañado. Y en la suposicion de que Jesucristo habia resucitado efectivamente, los apóstoles tenian el mayor interés sin duda en publicar su resurreccion; pero este interés era un interés de justicia, un interés de reconocimiento, un interés de religion y un interés de amor propio y de honor; pero de un amor propio bien ordenado, y de un honor verdadero y bien entendido: en una palabra, este era el interés de la virtud, y por consecuencia un interés, que obrando en ellos segun su naturaleza, no debia inspirarles otra cosa que lo cierto, lo grande y lo heróico. En esta suposicion, seria una enorme injusticia el creer que los apóstoles han usado de la menor superchería, á menos que no estuviera demostrada.

Graba profundamente en tu entendimiento estas observaciones, mi amado Teótimo, como principios tanto mas ciertos, cuanto han sido sacados de la naturaleza de las cosas y del carácter del corazon humano. Haremos su aplicacion á la materia de que tratamos despues que hayamos vuelto á leer la historia de la Resurreccion de Jesucristo, segun san Mateo.

San Mateo, XXVII, 57 : « Y cuando fué noche, vino un » hombre rico de Arimathéa, llamado José, el cual era » tambien discípulo de Jesus. Este fué á Pilatos y pidióle » el cuerpo de Jesus. Pilatos entonces mandó que se le » entregasen. Y tomando José el cuerpo, envolvióle en » una sábana limpia, y metiéndole en un sepulcro suyo » que aun no habia servido, y habia hecho abrir en una » peña, puso otra piedra grande á la entrada del sepulcro » y fuése. María Magdalena y la otra estaban allí sentadas » enfrente del sepulcro ; mas al otro dia, que es el que se » sigue al de la Parasceve, los príncipes de los sacerdo- » tes y los fariseos vinieron á una á Pilatos, diciendo : « Señor, nos hemos accordado que dijo aquel impostor » cuando todavía estaba en vida : despues de tres dias » resucitaré. Manda, pues, que guarden el sepulcro hasta » el tercero dia, no sea que vengan sus discípulos y le » hurten, y digan á la plebe : Resucitó de entre los muer- » tos ; y será el postrero error peor que el primero. Y dí- » joles Pilatos : Guardas teneis ; id y guardadle como sa- » beis. Fueron, pues, ellos ; y para asegurar el sepulcro » sellaron la piedra y pusieron guardas. Mas en la tarde » del sábado, al amanecer el primer dia de la semana, » vino María Magdalena y la otra María á ver el sepulcro, » cuando de improviso se sintió un gran terremoto, » porque un ángel del Señor descendió del cielo ; y » llegando revolvió la piedra y sentóse sobre ella : su » rostro brillaba como un relámpago, y sus vestiduras » eran como la nieve. Y por miedo de él espantáronse » los guardas, y quedaron como muertos. Mas el án- » gel, tomando la palabra, dijo á las mujeres : No tengais » miedo vosotras, porque sé que buscais á Jesus, el que » fué crucificado. No está aquí, pues resucitó así como lo » dijo. Venid y ved el lugar en donde estaba depositado » el Señor ; é id luego, y decid á sus discípulos que re-

» sucitó : mirad que os espera en Galilea : allí le vereis : » ya os lo he avisado de antemano. Y salieron al punto » del sepulcro con miedo, y con gozo muy grande, y » fueron corriendo á decirlo á sus discípulos. Y Jesus » encontróse con ellas, y díjoles : Dios os guarde : y » ellas llegaron á él y abrazáronle los piés y le adoraron. » Entonces les dijo Jesus : No temais : id, decid á mis » hermanos que vayan á la Galilea, allí me verán. Y » mientras ellas iban, algunos de los guardas fueron á » la ciudad, y dieron aviso á los príncipes de los sacer- » dotes de todo lo que habia acaecido ; y habiéndose » juntado con los ancianos y tomado consejo, dieron » una gran suma de dinero á los soldados, diciéndoles : » Decid que vinieron de noche sus discípulos y le hurta- » ron mientras que nosotros estábamos dormiendo. Y si » llegare esto á oidos del presidente, nosotros se lo ha- » remos creer, y no tendreis que sentir por ello. Ellos » tomaron el dinero, y lo hicieron conforme á la instruc- » cion que les habian dado. Y esta impostura, que se di- » vulgó entre los judíos, dura hasta hoy dia. »

Aquí tienes, Teótimo, dos relaciones de un mismo suceso diametralmente opuestas. San Mateo dice que Jesucristo salió del sepulcro al tercero dia despues de su muerte ; pero que salió resucitado. Los Judíos convienen tambien en que salió del sepulcro el mismo dia ; pero llevado por sus discípulos, que le robaron mientras que la guardia estaba sepultada en el sueño. ¿En qué lado está la verdad ? Esto es lo que es preciso examinar con la mas seria atencion. Aquí veo desde luego que dos cosas son ciertas : la primera, es que Jesucristo, desde la mañana del tercero dia despues de su muerte, no se encontró ya en el sepulcro donde le habian puesto : la segunda es que Jesucristo habia salido del sepulcro, ó del modo que el evangelista lo cuenta, ó del modo que los Judíos lo aseguran : no hay medio, porque es tan claro como la luz del dia, que si los Judíos hubieran podido decir alguna otra cosa mas verosímil que lo que han dicho acerca del modo con que Jesucristo salió del sepulcro, no hubieran dejado de hacerlo. Siendo esto así, si yo demuestro, como voy á hacerlo, que es imposible que el cuerpo de Jesucristo haya sido robado

por sus discípulos, como pretenden los Judíos, quedará demostrado que Jesucristo resucitó, segun lo cuenta san Mateo.

Desde luego siento, mi amado Teótimo, que los hombres menos perspicaces perciben sin trabajo que cuanto dicen los Judíos relativamente al robo pretendido del cuerpo de Jesucristo hecho por sus discípulos, tiene todo el aire de una fábula. Despues de las precauciones que los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habian tomado, de acuerdo con el gobernador de la Judea para impedir este robo, habia cuatro medios infalibles de convencer á todo el universo de que Jesucristo no habia resucitado. El primero era el de manifestar públicamente su cadáver despues de haber expirado el tercero dia despues de su muerte. El segundo, probar que sus discípulos habian robado el cuerpo á viva fuerza, á pesar de la resistencia de los soldados romanos que custodiaban el sepulcro. El tercero, probar que los soldados romanos habian dejado robar el cuerpo de Jesucristo á sus discípulos, despues de haber sido ganados por ellos. El cuarto, probar que los soldados encargados de guardar el sepulcro, abandonando su puesto, habian dado lugar á los discípulos de Jesucristo para que, aprovechándose de su ausencia, consiguieran su designio. Cada uno de estos medios era decisivo; y segun las observaciones que hemos hecho mas arriba, es mas evidente, que si los príncipes de los sacerdotes y los escribas hubieran tenido alguno de ellos, no habrian dejado de hacerlo valer; porque tenian un interés capital en impedir que el público creyese que Jesucristo habia resucitado. Jamás será dudable que unos hombres de este carácter, despues de haber adelantado lo que adelantaron, hayan titubeado un solo momento en sacrificar la vida de algunos soldados romanos al grande interés que en ello tenian: luego está demostrado, que si los príncipes de los sacerdotes no hicieron valer ninguno de estos cuatro medios, fué porque todos les faltaron á un tiempo. ¿Porqué no manifestaron al pueblo el cuerpo de Jesucristo? Porque habia desaparecido. ¿Porque no dijeron que los discípulos de Jesucristo habian robado su cuerpo, despues de haber forzado la

guardia? Porque si hubiera sido así, hubiera habido un combate sangriento, y no se vió una gota de sangre. ¿Porqué no dijeron que los soldados romanos habian dejado robar el cuerpo de Jesucristo á sus discípulos, despues de haberse dejado ganar de ellos? Porque, en este caso, no habrian dejado los soldados romanos, para salvar su de vida, declarar al gobernador y á todo Jerusalen lo que habia pasado. Enfin, ¿porqué no dijeron que habiendo abandonado su puesto los soldados romanos se habian aprovechado de su ausencia los discípulos de Jesucristo para robar su cuerpo? Por la misma razon, como cada cual lo ve, de manera que, por necesidad, los príncipes de los sacerdotes y los senadores tomaron el partido de empeñar á los soldados romanos en publicar por todo Jerusalen, que mientras ellos dormian, habian robado los discípulos de Jesucristo el cuerpo de este. Recurrieron á este expediente, porque nada mejor hallaban en una coyuntura tan embarazosa. Este expediente era miserable, y tambien tenia sus peligros: bien lo conocian, pero por un lado el tiempo lo ejecutaba; y no habia que escoger; y por otro unos hombres colocados y revestidos de una autoridad sagrada y pública, que los hacia á un mismo tiempo respetables y temibles, creyeron les seria fácil acreditar en el público la fábula que habian imaginado, y apaciguar, en caso de necesidad, al gobernador de la provincia, el cual estaba tambien interesado en hacer desaparecer las pruebas de la resurreccion de un inocente, á quien él mismo habia enviado al suplicio contra todas las luces de su conciencia. El ruido que los príncipes de los sacerdotes y los senadores hicieron esparcir en Jerusalen era absolutamente inverosímil; mas era uno de aquellos efugios, de los cuales saben muy bien aprovecharse los gobiernos en semejantes coyunturas, para engañar al pueblo estúpido, que nada profundiza, y que asegurando á las personas sensatas en el juicio que tenian formado de las cosas, les imponen tambien la necesidad de callar.

En efecto, mientras mas se reflexiona sobre este pretendido robo del cuerpo de Jesucristo, mas convencido se queda de que es absolutamente quimérico, y que no

fué imaginado sino por la urgente necesidad en que se hallaban de encontrar otro efugio, y por la imposibilidad en que estaban de forjar otro que fuera verosímil; porque 1º, por la confesion de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, es imposible probar este robo. ¿Quién depone de este robo? Los soldados romanos que habian mandado para guardar el sepulcro. ¿Qué dicen estos soldados? Que el cuerpo de Jesucristo fué robado mientras que ellos dormian. Pero si dormian cuando los discípulos de Jesucristo robaban su cuerpo, ni lo vieron ni pudieron ver nada. Y si no lo vieron, ¿qué pueden testificar? En punto á testigos, un hombre dormido no se diferencia de un muerto, como todo el mundo lo sabe. ¿No es menester haber perdido no solo el juicio sino el pudor, para hacer valer la suposicion, de unos testigos, que, por su misma confesion, estaban dormidos cuando se estaba ejecutando el hecho del cual dan testimonio?

2º Yo sostengo, y voy á demostrarlo, que los discípulos de Jesucristo no tuvieron jamás, ni pudieron tenerle, el designio de robar el cuerpo de su maestro, porque al fin estos hombres eran simples y groseros; pero despues de todo, no eran locos, y es preciso que lo hubieran sido para concebir solamente semejante pensamiento. ¿Por qué razon habrian pensado los discípulos de Jesucristo robar su cuerpo? Seria sin duda para divulgar la especie de que habia resucitado. Pero para esto era necesario que el robo se hiciese tan secretamente, que no se hubiese podido probar jamás, ni sospechar tampoco. Pregunto ahora, si, estando el sepulcro de Jesucristo tan bien guardado como estaba, podian sus discípulos concebir la menor esperanza de robar el cuerpo sin que nadie lo conociera.

Por otra parte, es constante, segun la relacion de todos los evangelistas, y la declaracion que los príncipes de los sacerdotes hicieron á Pilatos, que Jesucristo habia anunciado varias veces antes de su muerte, que resucitaria al tercero dia despues de ella. Siendo esto así, ó los discípulos de Jesucristo estaban persuadidos á que resucitaba, ó lo dudaban, como lo insinúa el texto del Evangelio, ó se habian persuadido á que no resucitaria.

Si estaban persuadidos á que Jesucristo resucitaria, es evidente que no tenian otro partido que tomar, sino esperar tranquilamente el tercero dia, como un dia de triunfo para su maestro y para ellos. Robándole, todo lo perdian. Este robo habria sido un obstáculo invencible para probar la resurreccion. Si los discípulos de Jesucristo dudaban de su resurreccion futura, es tambien evidente que, en este caso, debian aguardar al tercero dia por las mismas razones. Hurtando el cuerpo de Jesucristo, nada podian ganar, y podian perderlo todo. Puede ser que resucite, debian decir: puede ser tambien que no resucite; pero sea que resucite, ó que no resucite, si llegamos á robarle, ¿cómo podrémos hacer creer que ha resucitado? En fin, si los discípulos de Jesucristo estaban persuadidos á que no resucitaria, entonces debian mirarle como un hombre que los habia engañado, ó voluntaria ó involuntariamente; y en esta su posicion, Jesucristo no les importaba nada. El solo partido que tenian que tomar era el de deplorar su suerte y la suya, callarse y ocultarse, no fuera que les sucediera algo peor.

3° Cuando los discípulos de Jesucristo hubieran podido concebir el designio de robar á su maestro, jamás habrian tenido valor para ejecutarlo. Casi todos ellos eran hombres sacados de la nada: componian un pequeño número en Jerusalen: los observaban de cerca; á lo menos tenian motivos para creerlo, y veian el brazo temible del poder eclesiástico y civil, levantado sobre su cabeza, y pronto á descargar sobre ellos al menor movimiento que hicieran. Es cierto, por otra parte, que eran almas débiles las suyas. Cuando prendieron á su maestro en el huerto de las Olivas, todos huyeron. Pedro le negó tres veces; y despues de la catástrofe de su maestro, nos los representa el Evangelio temblando, y consternados, y, por consecuencia, muy distantes de atreverse á emprender nada.

4° Cuando los discípulos de Jesucristo hubieran tenido valor bastante para intentar la ejecucion del designio consabido, es evidente que jamás lo habrian realizado. Solo eran once los que estaban juntos en Jerusalen (si acaso estaban juntos). Junto al sepulcro de Jesucristo

habian colocado una guardia fuerte de soldados romanos. Estos soldados tenian sin duda órdenes expresas de estar alerta el tercero dia, que era el dia crítico y decisivo; y este era el dia que los discípulos de Jesucristo debian robar su cuerpo. Si el robo se hubiera hecho antes ó despues, no hubiera sido de consecuencia para las dos partes. Pregunto ahora, ¿si es presumible siquiera que doce pescadores hayan podido forzar una guardia de soldados romanos? Apenas habria sido el partido igual entre soldados, pero pescadores contra soldados, es evidente que la ventaja estaba enteramente á favor de estos.

En fin, cuando los discípulos de Jesucristo hubieran podido robar el cuerpo de su maestro, no lo habrian jamás podido verificar sin despertar á los soldados que guardaban el sepulcro. Este sepulcro estaba tallado en una roca: una sola piedra cerraba su entrada: esta piedra era de un grueso enorme: el Evangelio lo especifica. El sello de los príncipes de los sacerdotas estaba puesto sobre esta piedra; y así era indispensable pasar por medio de los soldados, romper el sello, volcar la piedra, entrar en el sepulcro, salir con el cuerpo de Jesucristo, y todo esto apresuradamente. Pregunto todavía, ¿si todos estos movimientos pueden hacerse sin ruido, y sin un ruido capaz de despertar á unos hombres que dormian con un sueño ordinario y natural?

Luego está demostrado, mi querido Teótimo, que el cuerpo de Jesucristo no fué robado por los discípulos del sepulcro donde le habian puesto; y como, en razon de las circunstancias, es absolutamente necesario que haya sido robado, ó que Jesucristo haya resucitado, queda demostrado que Jesucristo resucitó.

Este suceso memorable para siempre, manifiesta claramente, mi querido Teótimo, que bien lejos de poder contra Dios cosa alguna la prudencia humana, Dios, por el contrario, lo puede todo contra la humana prudencia, pues, cuando quiere hace servir al cumplimiento de sus designios todos los artificios y sutilezas que la prudencia humana pone en ejecucion para desvanecerlos. Si los príncipes de los sacerdotes no hubieran hecho guardar con extremo cuidado el sepulcro donde estaba depositado

el cuerpo de Jesucristo, no estaríamos tan seguros como lo estamos, de la resurreccion de este Dios Hombre. Podrian decirnos siempre, que tal vez el cuerpo de Jesucristo fué robado por sus discípulos; pero habiendo sido custodiado por soldados romanos el sepulcro donde fué puesto hasta el tercero dia despues de su muerte, y no habiéndose hallado en este sepulcro el cuerpo de Jesucristo, desde la mañana del tercero dia, es evidente que salió de él por una resurreccion gloriosa.

ARTICULO III.

La resurreccion de Jesucristo demostrada por el testimonio que los apóstoles dieron de ella desde luego á los Judíos, y en seguida á todas las naciones.

Cincuenta dias despues de la resurreccion de Jesucristo, los apóstoles y varios otros discípulos que habian estado ocultos en Jerusalen hasta este dia, salieron de su retiro; y habiendo parecido en el público, declararon altamente que Jesucristo habia resucitado. Sobre este grande y asombroso paso de los apóstoles, y sobre las consecuencias que tuvo, voy ahora á discurrir, mi amado Teótimo: él abre un espacioso campo á las reflexiones mas interesantes, y me persuado á que me escucharás con un placer extremo, si, ayudado de la gracia de Dios, tengo la dicha de producir bien lo que concibo y siento sobre esto. Pero antes de entrar en materia, es necesario que leamos juntos los cinco primeros capítulos del libro de las Actas de los apóstoles; y tú leerás particularmente el resto de este admirable libro.

Lee, pues, los indicados capítulos. El contenido de estos cinco capítulos que acabamos de leer, se reduce á los puntos siguientes; á saber: que Jesucristo resucitado ya, se apareció varias veces á sus discípulos en el espacio de cuarenta dias, y que los convenció con pruebas de toda clase, de la verdad de su resurreccion: que el quadragésimo dia despues de su resurreccion, subió á los cielos en su presencia y á su vista, despues

de haberles prometido que en breve les enviaria el Espíritu Santo : que en efecto, diez dias despues de su Ascension á los cielos, los apóstoles y varios otros discípulos, recibieron el Espíritu Santo, y fueron instantáneamente mudados en otros hombres. Entonces celebraban en Jerusalen la fiesta de Pentecostés, que era una de las grandes solemnidades del pueblo judáico, y la ciudad estaba llena de Judíos extrangeros, que habian venido á ella de todas las partes del mundo conocido. En este dia los apóstoles, con san Pedro á su cabeza y otros varios discípulos, se presentaron juntos en público con grande intrepidez. Un gran concurso de gente se juntó al rededor de ellos, atraido de la novedad del espectáculo. San Pedro toma la palabra en nombre de todos los discípulos, y declara á los Judíos que Jesucristo, á quien han hecho condenar á muerte por Poncio Pilatos, ha resucitado : que él y todos los que veian con él, eran testigos de esta resurreccion : que han visto á Jesucristo, le han oido, han comido y bebido con él : que subió á los cielos en presencia suya : que este mismo Jesucristo es el Mesías prometido por Dios á Abrahan y á los otros patriarcas : que el pueblo de Israel no debe esperar otro; y que en fin, la remision de los pecados y la salvacion eterna no pueden obtenerse sino por Jesucristo, único Salvador del mundo. San Pedro y los otros apóstoles hicieron una multitud de milagros á vista de todo Jerusalen, en nombre de Jesucristo, para probar su resurreccion. Convirtieron á muchos Judíos, y entre otros un gran número de sacerdotes, los cuales reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Los príncipes de los sacerdotes y los senadores del pueblo judáico no dejaron nada que hacer para tapar la boca á los apóstoles, pero todo fué inútil. Estos continuaron publicando la resurreccion de Jesucristo con la misma intrepidez que la vez primera : no se espantaron, ni de las prohibiciones, ni de las amenazas que les hicieron, ni de las persecuciones que les suscitaron, ni de las penas que les impusieron. Desde Jerusalen se esparcieron, luego en el resto de la Judea, y desde la Judea, en todo el universo ; y aunque perseguidos furiosamente en todas partes, hicieron; no obstante, grandes conquistas

Jesucristo, y antes que muriesen, formaba ya el crisanismo una sociedad inmensa.

Tú ves por tí mismo, mi querido Teótimo, que si la relacion de san Lucas, autor del libro de las Actas de los apóstoles, es fiel, resulta evidentemente que Jesucristo resucitó. Aquel á quien tantos milagros tan grandes, tan inauditos hasta entonces, y obrados en un pequeño espacio de tiempo, y como á la vez para justificar la resurreccion, no le dejarán convencido de la verdad de esta resurreccion, no mereceria el nombre de hombre, á lo menos si, para ser hombre, es necesario tener la razon por patrimonio.

Para negar la resurreccion de Jesucristo, es preciso, pues, tratar de falsa la narracion del libro de las Actas de los apóstoles; y sostener que este libro no es mas que un tejido de fábulas: porque si esta narracion es fiel y conforme á la verdad, es evidente que Jesucristo resucitó; mas ¿cómo un entendimiento recto y depejado podria dudar que esta narracion es fiel? Todo lo que hemos dicho en la primera Conferencia de esta segunda parte sobre la autenticidad, la verdad y la divinidad de los libros evangélicos, conviene perfectamente al libro de las Actas de los apóstoles, como que no es otra cosa sino una continuacion del libro de los Evangelios, que ha sido compuesto por san Lucas, uno de los cuatro evangelistas, y testigo ocular de todo lo que ha escrito. Este libro tiene los mismos caractéres que los libros del Evangelio: el mismo candor, la misma imparcialidad en la narracion, la misma simplicidad y la misma sencillez en el estilo. Él se escribió en el mismo tiempo que acaecieron los sucesos que refiere, ó cuando estaban todavía recientes. La prueba de ello, es que siempre se le halla entre las manos de los cristianos, remontando desde nuestro tiempo hasta el de Poncio Pilatos. Está demostrado por las mismas razones que hemos expuesto, hablando de los libros del Evangelio, que el libro de las Actas de los apóstoles no sufrió jamás alteracion alguna considerable; y es constante que jamás los Judíos, ni los que habia cuando pareció este libro, ni los de los tiempos posteriores, hicieron reclamacion alguna contra el contexto de este libro: luego se evi-

dencia que es muy fiel, porque los Judíos, que han negado siempre la resurreccion, y que la niegan todavía, no habrian dejado por cierto de negar tambien los milagros y otros hechos que prueban esta resurreccion, si les hubiera sido posible.

No insistiré mas sobre todos estos puntos, porque me propongo volver á ellos en el curso de esta Conferencia cuando lo exija el asunto; y por otra parte, estamos tan ricos de pruebas, que podemos, sin perjuicio de causa, abandonar algunas y no cuidar de dar á otras toda la fuerza y claridad que tienen.

Cuatro hechos son constantes, mi querido Teótimo, y confesados de todo el universo: 1° que Jesucristo tuvo discípulos, y entre ellos doce mas distinguidos que los otros, á quienes él mismo dió el nombre de apóstoles; 2° que algunas semanas despues de la muerte de Jesucristo, los apóstoles[1] publicaron altamente en Jerusalen y en toda la Judea, y seguidamente en todo el universo que su divino Maestro habia resucitado, y que ellos le habian visto lleno de vida, etc.; 3° que los apóstoles persuadieron esta resurreccion á un gran número de Judíos, y á un mayor número de gentiles, de tal modo, que antes de su muerte formaban ya los cristianos una sociedad inmensa; 4° que los cristianos de todos los tiempos, empezando desde el primer orígen del cristianismo hasta nuestros dias, no solo han creido la reurreccion de Jesucristo, sino que han mirado además el dogma de esta resurreccion como el punto capital de su fe, y como el cimiento de toda su religion. En efecto, como Jesucristo ha probado definitivamente con su resurreccion (explicándome así) la divinidad de su mision y de su persona, es evidente que todo el edificio de la religion cristiana se eleva sobre la resurreccion de Jesucristo; de manera que si Jesucristo no ha resucitado, todo este edificio cae y se arruina por sí mismo. Estos cuatro hechos, lo repito, Teótimo, son constantes por confesion de todo el mundo, y jamás se ha encontrado, ni Judíos, ni paganos, ni filósofos, ni herejes que se hayan atrevido á negarlos.

1 Entonces no quedaban sino once de la creacion de Jesucristo; pero san Matías habia sido puesto en lugar de Judas por los apóstoles.

En esta suposicion, digo : segun estos cuatro hechos, no pueden formarse sino tres hipótesis ó suposiciones, relativamente á la resurreccion de Jesucristo. La primera, es que Jesucristo resucitó verdaderamente al tercero dia despues de su muerte, como lo habia anunciado : que despues de su resurreccion se apareció varias veces á sus discípulos durante el curso de cuarenta dias ; y que, en fin, al cabo de ellos subió á los cielos en su presencia.

La segunda, es que los apóstoles creyeron de buena fe que habian visto á Jesucristo resucitado, aunque no fué nada, y solo vieron una fantasma que los alucinó : que publicaron seguidamente esta resurreccion soñada, con la misma sencillez que la habian creido : que á fuerza de repetirla, y repetir que habian visto á Jesucristo, lo hicieron creer tambien á muchos Judíos, y á un número crecido de gentiles, y estos á otros : que habiendo llegado esta falsa persuasion á comunicarse y extenderse de unos en otros, y pasado así de una ciudad á otra, al fin ha ocupado el mundo entero, que tambien se ha hallado cristiano por la mas singular de todas las casualidades. En esta suposicion, los apóstoles, como se ve, han sido hombres inocentemente engañados y engañadores, y nada mas.

La tercera suposicion, es que habiendo compuesto los apóstoles entre ellos la fábula de la resurreccion de Jesucristo, la publicaron en Jerusalen, y seguidamente en todo el universo como una historia verdadera : que tuvieron talento y dicha para hacerse creer ; y que de aquí nació la religion cristiana, por los mismos progresos y el mismo favor de la casualidad que hemos dicho arriba. En esta suposicion han sido los apóstoles impostores y malvados. Tú sonries, Teótimo, porque aunque jóven y poco instruido todavía, te hallas como sorprendido de la extravagancia y ridiculez que adviertes en estas dos últimas suposiciones : suspende no obstante el juicio un poco tiempo; y á fin de conocer mejor la fuerza de los razonamientos que voy á hacer, pórtate como una persona que duda y necesita ser convencida.

Confieso, pues, y voy á probarlo con la última evidencia, que de las tres suposiciones que acabo de hacer, la segunda y tercera son extravagantes y absolutamente

insoportables: que por consecuencia es preciso atenerse á la primera, cuya verdad se demuestra luego que las otras dos son reconocidas por falsas.

Discutamos desde luego sobre la segunda suposicion, y veamos si puede juzgarse ó sospecharse con alguna verosimilitud que los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo que han dado testimonio de su resurreccion han sido hombres engañados, que han creido de buena fe haber visto resucitado á Jesucristo, aunque así no era.

Observemos sobre esto, Teótimo, 1° que no hay nada en el mundo mas difícil de creer que la resurreccion de un muerto, porque tampoco hay nada en él mas maravilloso ni mas extraordinario. Los hombres, en general, no prestan fe á esta clase de hechos sino cuando los ven, ó los ven atestiguados por testigos oculares y libres enteramente de toda tacha y sospecha. En este género, no son los ignorantes y los idiotas mas fáciles de persuadir que los hombres de entendimiento y los sabios. En virtud de este principio sacado del buen juicio y de la experiencia, debíamos suponer que los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo no han creido lijeramente que habia resucitado, á menos que no tuviéramos pruebas de lo contrario.

Observemos en segundo lugar que es constante, segun la relacion de los evangelistas, que los apóstoles (aunque Jesucristo les hubiese anunciado varias veces que resucitaria al tercero dia) no estaban dispuestos á creer la resurreccion sobre su palabra: que querian otras pruebas; pruebas de hecho, pruebas claras y palpables: que querian, en una palabra, que Jesucristo mismo, resucitado ya, les trajese la noticia de su resurreccion. En el Evangelio se ve que durante los tres primeros dias despues de la muerte de Jesucristo, los apóstoles y los discípulos permanecieron en la incertidumbre y en la perplexidad: los discípulos de Emaus se lo dieron á entender así con sencillez al mismo Jesucristo cuando se les apareció en forma de caminante. Tambien se ve en él, que, cuando las santas mujeres vinieron á decir á los apóstoles que Jesucristo habia resucitado, y que

ellas le habian visto, los apóstoles trataron de vision y sueño cuanto les contaron. Se ve en él, además, que habiéndose aparecido Jesucristo á los apóstoles en ausencia de santo Tomás, este no quiso jamás prestar fe á lo que le dijeron, protestando altamente que nunca creeria que Jesucristo habia resucitado, sino viéndole con sus propios ojos, y metiéndole el dedo en las llagas de sus manos y sus piés, y su mano en la del costado; y que persistió en su incertidumbre, á pesar de cuanto pudieron decirle, hasta que el mismo Jesucristo le hubo dado todas las pruebas que exigia de su resurreccion. En él se ve, por último, que Jesucristo, antes de subir á los cielos, hizo á todos los apóstoles reconvenciones, porque no habian querido creer á los que les aseguraban que habia resucitado, y que le habian visto. Hé aquí lo que se ve en todo el Evangelio; y aparte de todos los caractéres de verdad que se observan en este libro sagrado, cada uno conoce en sí mismo que no hay nada en el mundo mas verosímil que todas estas particularidades, porque están perfectamente en la naturaleza, y que cada cual se da testimonio á sí mismo de que no hubiera creido la resurreccion de Jesucristo sin haber tenido pruebas convincentes de ella.

Luego es evidente que si los apóstoles se persuadieron á que Jesucristo habia resucitado, no fué lijeramente, y sin haber tenido pruebas de ello. Si me preguntas, qué pruebas son estas, te responderé, que eran las diferentes apariciones de Jesucristo explicadas en los libros evangélicos y en las Actas de los apóstoles. Esto es tambien evidente en la suposicion que discutimos; porque, por una parte, segun la suposicion que discutimos, los apóstoles han creido de buena fe que Jesucristo habia resucitado y no han sido otra cosa sino hombres engañados; y, por otra, es cierto que los apóstoles mismos y los discípulos son los autores de los libros sagrados, en donde están expresas las diferentes apariciones de Jesucristo: luego estas apariciones explicadas en los libros evangélicos y en las Actas de los apóstoles, son tambien ciertas; porque si no lo fueran, se evidenciaria que los apóstoles no habrian creido de buena fe que Je-

sucristo habia resucitado, y ya no seria menester mirarles como hombres engañados sino como engañadores; lo que es contrario á nuestra hipótesis.

Todo, pues, está reducido aquí á saber si las diferentes apariciones de Jesucristo, relacionadas en los cuatro libros del Evangelio, y en el de las Actas de los apóstoles, fueron reales, ó imaginarias solamente : si los apóstoles vieron verdaderamente á Jesucristo, ó si solo creyeron verle, cuando lo que tenian delante de los ojos no era mas que una fantasma que los alucinaba. Ahora, Teótimo, sostengo yo que no puede convenirse en que los apóstoles tuvieron por ciertas las apariciones relacionadas en el Evangelio y en las Actas de los apóstoles sin confesar al mismo tiempo que estas apariciones fueron reales y no imaginarias : que fué el mismo Jesucristo á quien vieron los apóstoles, y no una fantasma que se burlaba de ellos; y que tratar de visionarios á los apóstoles es la mas descabellada y loca de todas las visiones.

En efecto, mi querido Teótimo, tú y yo concebimos muy bien, y todos los hombres lo hacen tambien como nosotros, que un hombre sobresaltado de terror pánico, agitado de alguna pasion violenta, por efecto de un repentino deslumbramiento, ó por otras mil causas naturales, puede creer que una persona que ha conocido cuando está vivia se le ha aparecido despues de su muerte, sobre todo si se estimaba mucho ó aborrecia á esta persona; como, por ejemplo, su padre, su esposa, su amigo, su rival, su enemigo, ó su tirano. Mil ejemplares consignados en las historias, y lo que nos sucede á todos cuando dormimos, prueban que el poder de la imaginacion llega hasta allí. La turbacion de todas las facultades del alma y de todos los sentidos los precede, los acompaña y los sigue. Jamás los que tienen estas apariciones ven de un modo neto á los que se les aparecen; jamás se acuerdan bien distintamente de lo que han visto. Rara vez suceden estas apariciones en pleno dia, y todavía suceden mas rara vez, sobre todo uniformemente, á mas de una persona á un mismo tiempo.

Pero que mas de cien personas del uno y otro sexo, todas diferentes en edad, carácter y complexion, vean habitualmente, durante el espacio de cuarenta dias, á un

hombre resucitado, en pleno dia, tan presto estando todas juntas, y tan presto separadas; que todas le vean de la misma manera, y siempre bajo su forma natural, y en los mismos términos que le habian visto antes que muriese: que este hombre resucitado les habla, y tiene con ellas discursos perfectamente conformes á todo cuanto les habia dicho antes de su muerte: que les enseña sus llagas, que se las hace tocar, que se pasea, que come y bebe con ellas y en su presencia: y que, sin embargo, todas las apariciones de este hombre sean puramente fantásticas; esto es, Teótimo, lo que no concebimos ciertamente, ni tú, ni yo, ni ningun hombre de este mundo: y desafio á que hallen en ninguna historia un solo ejemplo de una ilusion tan constante y tan universal de todos los sentidos, sucedida toda á un tiempo á tantas personas.

Vé aquí, sin embargo, lo que es preciso que digan sucedió á los apóstoles y á los otros discípulos de Jesucristo, en la suposicion, bajo la cual razonamos ahora. No exagero nada: cuanto acabo de decir se lee, palabra por palabra, en los libros del Evangelio y en las Actas de los apóstoles.

En vano recorrerian el mundo entero para encontrar doce personas tocadas de una misma manía: si sucediera en alguna parte que doce personas fueran tocadas súbitamente y todas juntas de una misma manía, que todas estas personas se imaginasen que veian una misma fantasma, y que la veian de un mismo modo, esto se miraria como un prodigio. La noticia de este fenómeno, tan vergonzoso para nuestra naturaleza, se comunicaria á todo el universo: y ¡querrian que mas de cien personas, hombres y mujeres, todas con un entendimiento sano y un juicio perfectamente libre, hayan podido imaginar que veian á Jesucristo, que le oian, que le tocaban, que conversaban y comian con él, sin que Jesucristo mismo estuviese presente delante de ellas: y esto no en la oscuridad de la noche, sino en pleno dia: no en un rápido instante, sino durante cuarenta dias enteros! Si esto es posible, no es otra cosa, sino el trastorno universal de casi todas las leyes de la naturaleza: si esto sucedió, es un milagro, y puede ser el mayor de

todos los milagros. Si los apóstoles, las santas mujeres, y los otros discípulos de Jesucristo han sido cuarenta dias el juguete de una fantasma, es necesario decir que el milagro de ilusion ha sido á lo menos tan grande como el milagro de la resurreccion.

Ahora, milagro por milagro, es evidente que el simple buen juicio, la equidad y el respeto debido al Sér supremo, deben determinarnos á creer el milagro de la resurreccion, y desechar el milagro de ilusion. El primero no es mas difícil en sí mismo que el segundo : el primero es una continuacion natural y necesaria de otros mil milagros que le habian precedido ; y el segundo no tiene ni puede tener motivo alguno razonable, y que contente á un hombre juicioso. El primero es digno de la majestad y santidad de Dios : y el segundo deshonra á este Sér supremo, pues que no habria sido hecho sino para inducir á error á los hombres. El primero deja en su integridad todas las leyes generales que Dios ha establecido para gobierno del mundo físico, pues que no es mas sino una excepcion pasajera y sin consecuencia, de una sola de aquellas leyes, y el mismo milagro no perjudica ciertamente á las leyes generales, con las cuales gobierna Dios el mundo moral : el segundo, al contrario, se opone visiblemente á las leyes generales con las cuales se gobierna el mundo físico ; porque es una excepcion durable y constante de la mayor parte de estas leyes, que las hace dudosas y sospechosas, y este mismo milagro aniquila una de las principales leyes, con las cuales gobierna Dios el mundo moral ; quiero decir, la fidelidad de la relacion de los sentidos, que es el primer principio de la certeza de los hechos, de tal manera que, si es cierto que el milagro de ilusion de que hablamos, ha sido hecho, es cierto al mismo tiempo, por una consecuencia necesaria, que nosotros no tenemos seguridad de nada, porque si mas de cien personas, durante cuarenta dias, han podido ver tan presto juntas, y tan presto separadas á Jesucristo resucitado, oirle, hablarle, comer y beber con él, y esto en pleno dia, y todas del mismo modo siempre, sin que Jesucristo hubiese resucitado efectivamente, ¿ quién nos ha dicho que todos nuestros sentidos no nos engañan, y engañan siempre? Si to-

dos los sentidos pueden, durante cuarenta dias, engañar mas de cien personas con falsas apariencias, tambien pueden engañar á cuarenta mil, y á cuarenta millones, durante cuarenta mil años, y si se quiere, durante cuarenta millones de años. No es mas fácil lo uno que lo otro; y si esto es así, ¿sé yo si ha habido una república romana, un Julio César y un Ciceron? ¿sé yo si hay una ciudad de París ó de Londres? ¿sé yo tampoco si hay un sol y unos astros? Todo lo que ciertamente sé es, que yo existo; pero si todo lo que yo llamo el cielo, la tierra, el género humano, el mundo, universo, son cosas reales, ó son solamente un inmenso fantasma que por todas partes me rodea, es lo que ignoro perfectamente.

Semejantes á estos, mi querido Teótimo, son los absurdos que nacen de la suposicion sobre la cual discurrimos. No puede realizarse esta hipótesis, sin admitir todos estos absurdos. Y observa de paso, que los que dijesen que esta larga ilusion, en la cual se supone aquí que los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo han estado durante cuarenta dias, nada tenia que no fuese natural, darian con esto mismo una nueva fuerza á nuestros argumentos; porque en ese caso seria mas evidente todavía, que nosotros no tenemos principios ciertos para hacer juicio de la fidelidad de las impresiones de nuestros sentidos: que no tenemos seguridad de ningun hecho: que todo lo que aparece fuera de nosotros, no existe tal vez sino en nuestra imaginacion: que toda nuestra vida no es tal vez mas que un sueño, y todas las historias inmensas recopilaciones de sueños de todo el género humano; y que, en fin, Dios no ha criado al hombre sino para engañarle.

En dos palabras, Teótimo, la resurrecion de un muerto es una cosa posible. No hay un solo hombre, entre los que admiten la existencia de un Dios Criador del mundo, que se atreva á negar esta proposicion. Si la resurreccion de un muerto es posible, la de Jesucristo lo es tambien; y si la resurreccion de Jesucristo es posible, puede suponerse que Jesucristo recucitó efectivamente. Supongamos, pues, por un momento que Jesucristo resucitó: en esta suposicion, pregunto, si Jesucristo podia dar á sus apóstoles y á sus otros dis-

cípulos pruebas mas convincentes de su resurreccion que apareciéndoseles lleno de vida en su estado natural, y como le habian visto siempre, y esto durante el espacio de cuarenta dias. No sin duda. Vuelvo al asunto y digo : ó las apariciones de Jesucristo á sus apóstoles y á sus otros discípulos fueron reales, ó solo fueron imaginarias y fantásticas. Si fueron reales, luego Jesucristo resucitó ; y si fueron imaginarias y fantásticas, luego Dios hizo, ó á lo menos permitió en esta ocasion para acreditar la mentira, todo cuanto habria podido hacer para confirmar la verdad.

Los adversarios de la Religion, mi querido Teótimo, se ven obligados á abandonar la segunda suposicion (de la cual acabamos de demostrar lo ridículo y absurdo), para rebatir la tercera, y decir que los apóstoles, de concierto con los otros discípulos de Jesucristo, compusieron la fábula de la resurreccion de su comun Maestro, y la publicaron seguidamente en Jerusalen, y desde allí en todo el universo, segun se ha dicho antes; pero tomar este partido, es arrojarse en un precipicio para evitar otro, como lo vas á ver ahora.

La tercera suposicion que hemos hecho, mi querido Teótimo, y que es menester examinar ahora es, que no habiendo resucitado Jesucristo como lo habia anunciado tantas veces, los apóstoles y los otros discípulos compusieron entre ellos la fábula de la resurreccion : que todas las apariciones de Jesucristo, su ascension á los cielos, la venida del Espíritu Santo sobre ellos ; en una palabra, toda esta parte de la relacion de los Evangelios y de las Actas de los apóstoles, relativa á la resurreccion de Jesucristo, es invencion suya : que ni los apóstoles, ni los discípulos vieron tal cosa, ni la vió tampoco ningun hombre de este mundo : que los apóstoles y los discípulos, compuesta ya por ellos esta fábula, segun lo hemos dicho, formaron el vasto y asombroso designio de publicar desde luego en la Judea, y seguidamente en todo el universo, esta resurreccion supuesta como muy verdadera, y hacer adorar á Jesucristo como Dios desde luego por los judíos, y luego por los otros pueblos : que llevaron esta empresa inaudita, con un valor tambien inaudito, y que tuvieron la dicha que todo el mundo ve,

la cual es asimismo mas inaudita que su mismo valor. Acúerdate ahora, de que estos apóstoles y estos discípulos de quienes hablamos, eran pescadores y hombres de nada. ¿Qué dices, Teótimo? ¿qué impresion hace en tu espíritu la primera ojeada de esta suposicion? Parece que te hallas sorprendido, y no me respondes sino con una irónica sonrisa, cuyo sentido entiendo muy bien. ¡Ah! ¿qué será, pues, cuando yo haya expuesto claramente todas las circunstancias de esta grande pretendida impostura? Entonces admiraremos ambos todo el poder de la casualidad, á aquel Dios de los nuevos filósofos que ha hecho, segun ellos, lo que apenas podríamos concebir que hubiera podido hacer el Dios soberano, criador del cielo y de la tierra, si no lo viéramos con nuestros propios ojos; ó mas bien entonces podremos á nuestro gusto y eleccion, ó reir como hombres de lo ridículo y extravagante que tienen los extravíos de estos pretendidos sabios, ó deplorar y compadecer como cristianos, lo que estos mismos extravíos tienen de funesto para ellos y para todos los que los escuchan.

Entremos, pues, en los pormenores : siento desde luego, Teótimo, y voy á probarlo, que no puede recibirse la hipótesis que aquí examinamos, sin admitir diez paradoxas, á cual mas absurda y que todas juntas forman como un laberinto de absurdos y de contradicciones palpables, donde el entendimiento humano se pierde sin poder encontrar jamás el desenredo.

Primera paradoja. Los apóstoles, de concierto con los otros discípulos de Jesucristo, han imaginado, dicen, la fábula de la resurreccion de su Maestro en los mismos términos que se lee en los libros del Evangelio y en el de las Actas de los apóstoles, y despues la han publicado en todo el universo como una historia verdadera. Y yo pregunto á los que hablan así, ¿cuál es el interés que determinó á los apóstoles y á los discípulos á inventar esta grande impostura? ¿Es un interés de Religion? Pero la Religion aborrece la mentira, el fraude y la impostura. ¿Es un interés de codicia? Pero los apóstoles y los discípulos fueron los hombres mas desprendidos de las riquezas : los primeros lo habian dejado todo por seguir á Jesucristo, y los segundos lo vendieron todo por imitar

á los primeros. Ninguno de ellos se formó un establecimiento sobre la tierra. ¿Es un interés de tranquilidad y de reposo? Pero ellos pasaron toda su vida en contínuos viajes, en la agitacion de las persecuciones, en los peligros y sobresaltos. ¿Es un interés de gloria personal? Pero ellos no recogieron otro fruto de sus predicaciones, sino contradicciones, oprobios y suplicios; y por otra parte, ¿qué gloria hay en ser apóstol de la mentira? ¿Es el interés de la gloria de su Maestro? Pero si Jesucristo no habia resucitado, despues de la promesa que habia hecho, es evidente que ellos no le debian ya sino aborrecimiento, por haberlos burlado, ó desprecio, viendo que él mismo se habia engañado y alucinado.

Segunda paradoja. Pero dirán, esta empresa de los apóstoles, fué en ellos efecto del entusiasmo en que Jesucristo los habia puesto, y del fanatismo que les habia inspirado; porque en nuestro tiempo, estas dos palabras, *fanatismo* y *entusiasmo,* se han hecho de un gran valor para explicarlo todo : ellas y la casualidad lo han hecho todo en el mundo, segun nuestros nuevos filósofos. Pero 1º yo pregunto ¿de qué modo habia Jesucristo hecho caer á los apóstoles en el entusiasmo y en el fanatismo? Sin duda era con sus milagros : luego Jesucristo habia hecho los milagros que constan en el Evangelio; y si Jesucristo habia hecho estos milagros, luego hizo tambien el de su resurreccion como lo hemos manifestado arriba. 2º Yo apelo á la buena fe de todo hombre imparcial, para probar que los apóstoles y los discípulos de Jesucristo compusieron entre ellos la fábula de su resurreccion : ¿basta suponer para ello que todos, y todos juntos, fueron embargados de este pretendido *entusiasmo* y *fanatismo?* ¿No seria preciso alegar sobre esto hechos, y hechos bien caracterizados? 3º Convengo en que nada hay mas fácil en el mundo, ni mas cómodo al mismo tiempo, que decir con sangre fria afectada, ó con un tono decisivo el *entusiasmo,* el *fanatismo.* Esta respuesta es corta, y dispensa toda reflexion y todo exámen de hechos; pero debe convenirse conmigo en que nada es mas difícil que el explicar este *entusiasmo* y este *fanatismo :* ve ahí mas de cien personas, hombres y mujeres, toda gente de nada, ignorantes y groseros, de quienes el

fanatismo y el *entusiasmo* se apoderan de repente en el acceso de su piadoso ó impío delirio, llámenle como quieran, y forman el mas grande designio que jamás monarca alguno haya formado. El designio, digo, de persuadir al mundo que un hombre muerto en una cruz habia resucitado por su propia virtud, y que este es el Dios soberano á quién deben adorar todos los hombres, no tienen esperanza alguna de conseguirlo. A un tiempo arriesgan su reposo, su honor, su libertad, su vida y su salvacion eterna. Nadie puede aclarar el interés que los mueve á formar este inconcebible proyecto. Ellos lo forman sin embargo, y hacen mas, que es el ejecutarle. El mismo *entusiasmo* que los habia inflamado, cuando estaban juntos, continua impulsándolos, cuando separados por las mas vastas regiones y por los inmensos espacios de los mares, y á todos los impulsa de un mismo modo, á todos inspira el mismo ardor, la misma actividad, la misma constancia, y todo esto hasta su último suspiro. ¡O poder del *fanatismo!* ¡O virtud incomprensible del *entusiasmo!* Ve aquí lo que es menester explicar; mas no es eso todo: prepárate para nuevas sorpresas.

Tercera paradoja. Los apóstoles y los discípulos de Jesucristo eran gentes de nada, sin letras, sin cultura de entendimiento, y quieren que estos hombres hayan inventado cuanto se halla en el Evangelio y en las actas de los Apóstoles relativamente á la resurreccion de Jesucristo; y pregunto yo 1º ¿cómo unos hombres de este carácter han podido imaginar hechos tan maravillosos, tan bien circunstanciados y tan verosímiles á un tiempo, con respecto á lo restante de la historia de Jesucristo? ¿cómo pudieron escribirlos con un estilo tan natural, tan simple, tan sencillo, tan exento de todo artificio y sutileza? porque, en fin, ellos debian desconfiar á un tiempo tanto de su asunto como del público, y de ellos mismos. Y todo escritor que desconfia de su asunto, de sus lectores y de sí mismo, imprime, por decirlo así, sus desconfianzas en sus escritos, y esto como á pesar suyo. Palía ciertas cosas, hermosea otras: á veces es oscuro de propósito: se conoce que quiere engañar á sus lectores; en una palabra, se le descubre porque se ve que se oculta: luego ¿de dónde viene, ó de qué procede que

nada se ve de todo esto en las diferentes relaciones que los apóstoles y los discípulos de Jesucristo han escrito de su resurreccion? ¿Nada que huela á desconfianza, nada que no respire la sinceridad, la buena fe y la mayor seguridad? Pregunto en tercer lugar ¿cómo los apóstoles y los discípulos de Jesucristo, siendo lo que hemos dicho, y como lo hemos pintado, han sabido dar á las diferentes apariciones de Jesucristo (que ellos han imaginado) tanta grandeza y dignidad, que no hay hombre de razon que no conozca que de este modo debia salir de su sepulcro un Hombre Dios, muerto voluntariamente por la salvacion del género humano? ¿que de este modo debia hablar y obrar despues de haber salido de él? ¿cómo han tenido el arte de enlazar tan bien los sucesos de la resurreccion de Jesucristo con los de su vida y su muerte, que es evidente que esta última parte de su historia es hecha por las que la han precedido, y forma con ellas el todo mas completo que puede imaginarse? Luego es una gran locura pretender que los apóstoles y los discípulos han inventado esta última parte de la historia de Jesucristo, á menos que no pretendan al mismo tiempo que la inventaron toda; y pretender que la han inventado toda, es la locura mayor de todas las locuras, como lo hemos manifestado en otra parte.

Cuarta paradoja. Los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo eran unos hombres sin firmeza ni valor, como lo prueba el Evangelio, y lo hemos dicho mas arriba; y, por otra parte, tenian unos entendimientos limitados y groseros, como acabamos de decirlo. Pues ¿cómo se atreverian á formar una empresa, cuya ejecucion exigia unas almas mas firmes y mas intrépidas que las de Alejandro y César, y al mismo tiempo unos ingenios mas vastos y mas fecundos en recursos, que los de estos héroes tan ponderados? ¿Cómo el mismo apóstol que habia negado á Jesucristo vivo, en presencia suya, ante los príncipes de los sacerdotes; cómo, cómo este mismo apóstol habria tenido la constancia de anunciar á estos mismos príncipes de los sacerdotes, que habian sido testigos de sus negaciones y de sus blasfemias, la resurreccion de Jesucristo, sabiendo no obstante que no habia resucitado? Los apóstoles eran hombres sin elo-

cuencia, y, por otra parte, no tenian nada de lo que puede ó suplir la elocuencia, ó favorecer los esfuerzos; sin nacimiento, sin crédito, sin autoridad, sin consideracion; ¿cómo, pues, se atreverian á formar un proyecto cuya ejecucion pedia un don de persuasion infinitamente superior á aquel con que los Sócrates, los Platones, los Demóstenes y los Cicerones, se hicieron admirar de todo el universo? En fin, no habiendo resucitado Jesucristo, como lo trae la hipótesis sobre la cual discurrimos, y queriendo sin embargo los apóstoles, de acuerdo con los discípulos, y contra todas las luces de su conciencia, persuadir su resurreccion á todo el universo, es claro 1° que su empresa era una empresa puramente humana, que, por consecuencia, no podia tener efecto sino por medios humanos, y todos los medios humanos les faltaban absolutamente. 2° Esta empresa era la mas temeraria de todas las empresas, porque de nada menos se trataba que de abolir todas las religiones del mundo, y, por consecuencia, los apóstoles debian estar bien ciertos de que tendrian contra ellos todos los pueblos de la tierra. 3° En fin, esta empresa era la mas criminal de todas las empresas; esto era, hablando con propiedad, una conjuracion contra el mismo Dios, á quién los apóstoles querian dar un rival en la persona de Jesucristo, y, por consecuencia, debian estar ciertos de tener á Dios contra ellos. ¿Cómo, pues, entre tantos hombres no se halló uno siquiera que se espantase ó de la multitud de dificultades, ó de lo grande de los peligros, ó de la enormidad del crímen que iba á cometer? ¿ni uno siquiera que cediese ó á sus remordimientos, ó á sus sobresaltos : ni uno siquiera que se apartase de este proyecto, y que se desprendiese de sus cómplices? En una palabra, ¿cómo pasó este proyecto de una voz unánime y sin contestacion en un consejo de ciento y veinte personas?

Quinta paradoja. No habiendo resucitado Jesucristo, y habiendo formado los apóstoles y discípulos, concertados entre sí, y contra su propia evidencia, el proyecto de publicar su pretendida resurreccion, todo los empeñaba á dispersarse desde luego en los diferentes cantones de la Judea, y sobre todo en los parajes donde Jesucristo habia hecho mas milagros, y en donde era

mas venerado su nombre; á hacerse en ellos prosélitos secretamente, y á no atacar á Jerusalen (si puedo explicarme así) hasta que se hallasen en estado de hacerla temblar. De este modo se fortifica en las tinieblas una cábala antes de llegar á manifestarse. Todo, pues, debia obligar á los apóstoles á tomar este partido : lo corto de su número, la poca consideracion de que gozaban, y el aborrecimiento todavía vivo de la sinagoga y del pueblo judáico contra su Maestro. ¿No es evidente que publicando desde luego en medio de Jerusalen y todos juntos que Jesucristo habia resucitado, se exponian al mas inminente y manifiesto peligro de ser todos arrestados al instante, y condenados á muerte, y á ver ahogado en su propia sangre en el momento de nacer, ó, á lo menos, de aparecer su proyecto? Pues, ¿porqué tomaron este último partido? Suplico se me dé una razon de ello que tenga alguna verosimilitud.

Sexta paradoja. Si es cierto que los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo compusieron entre sí la fábula de la pretendida resurreccion de Jesucristo para publicarla seguidamente en todo el universo, como una historia verdadera, ¿porqué entre tantas personas no se ha encontrado una siquiera que haya revelado este secreto, ni aun en medio de los tormentos mas crueles? Y lo que todavía admira mas, ¿porqué no se ha hallado uno siquiera que lo haya confiado á su padre, á su esposa, á su amigo íntimo, ó á alguno de aquellos que habia empeñado en su partido? ¿Cómo ha permanecido este secreto tan profundamente sepultado en tantos corazones, que no puede citarse hecho alguno, no digo que prueba positivamente, sino que dé el menor motivo de conjeturar ó sospechar que los apóstoles y los discípulos hayan querido engañar al mundo? ¡Ah! qué almas las de los apóstoles y las de los discípulos! y sin embargo eran hombres del desecho del pueblo, ignorantes y groseros.

Sétima paradoja. Cuando leo el libro de las Actas de los apóstoles, las Epístolas de san Pedro, de san Pablo, de san Juan, de Santiago y de san Judas, veo que los apóstoles anunciaban la resurreccion de Jesucristo y su divinidad, como hombres que hablan de lo que han

visto, de lo que han oido, y de lo que han tocado, para servirme de la expresion de uno de ellos; esto es, con la mayor seguridad. Yo no noto, ni en sus discursos, ni en su conducta, ningun extravio, ningun artificio, ningun disimulo, ninguna duda, ni embarazo alguno. Veo, sí, además, que toman sobre sus discípulos una autoridad que no puede convenir sino á hombres que saben que son enviados de Dios; y, en efecto, no titubean para decirque lo son. Este tono de autoridad divina se hace conocer en todas las Epístolas de los Apóstoles; y, sin embargo, estos apóstoles saben muy bien, como se supone, que no predicaban sino mentiras é imposturas; y no obstante, estos eran, á excepcion de san Pablo, hombres ignorantes y groseros : y yo pregunto sobre esto, ¿cómo unos hombres de este carácter han podido tener tanta confianza en la mentira, como otros habrian tenido en la verdad? ¿Cómo unos impostores han podido tomar, hablando á los cristianos de la Iglesia naciente, este tono de autoridad que cada uno conoce no conviene sino á los enviados de Dios, y sostenerle siempre?

Octava paradoja. El libro de las Actas de los apóstoles, las Epístolas de san Pedro, de san Pablo, y de los otros; todos los monumentos de los primeros tiempos del cristianismo que han llegado hasta nosotros, testifican que los apóstoles predicaron el Evangelio en todo el universo, sobre el mismo plan, y esto hasta su muerte, sin que jamás se haya notado la menor variedad entre la enseñanza de los unos y los otros. Por todas partes contaban de un mismo modo el nacimiento, la vida, la muerte y la resurreccion de su Divino Maestro; por todas partes anunciaban al mismo Dios, criador del cielo y de la tierra, subsistiendo en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu santo. En todas partes proponian los mismos misterios : en todas partes daban las mismas reglas de costumbres : en todas partes establecian el mismo culto y disciplina para gobierno de la Iglesia. Lo que Pedro enseñaba en Roma, Santiago lo enseñaba en Jerusalen, Juan en Efeso, Tomás en las Indias, etc. Todo lo que aquí digo es tan constante, que cuando despues de la muerte de los apóstoles quisieron ciertos hombres in-

quietos y orgullosos sustituir sus propias opiniones á la doctrina general del Evangelio, jamás se necesitó para confundirlos otra cosa, sino compararlas con los concilios y las tradiciones que los apóstoles habian dejado en las Iglesias que habian fundado. Estas tradiciones eran unas mismas en todas partes, y sobre ellas se formaban decisiones auténticas é irrevocables.

No solamente los doce apóstoles predicaron por todas partes el Evangelio sobre el mismo plan; pero lo mas admirable, y que te pido lo consideres bien, es que jamás se vió en ningun apóstol orgullo alguno, nada que huele á fausto, á ostentacion ó deseo de distinguirse de sus colegas. Jamás autoridad alguna fué á un tiempo tan modesta, tan dulce y firme, como la que cada uno de ellos ejercia. Jamás se vió en ninguno de ellos ni la menor sombra de vanidad ó de ambicion. Todo lo que se llama celos, rivalidad, deseo de prevaler y sobresalir, estuvo desterrado siempre de este venerable colegio. Todos de un comun acuerdo dieron á Pedro el primer lugar y la primera autoridad : Pedro, durante su vida, conservó su lugar y su autoridad, sin pensar en prevalerse de ella, y sin que nadie imaginase el contestársela. Cuanto aquí digo, Teótimo, lo confiesa todo el universo.

Sin embargo, en la suposicion que examinamos, los apóstoles no eran otra cosa sino una tropa de falsarios é impostores : formaban lo que llaman un partido y una cabala, y en materia de religion, una secta. ¿De dónde, pues, nace que jamás se vió entre ellos nada de lo que caracteriza lo que llaman partido, secta y cabala? ¿Cómo la mas inquieta y turbulenta de todas la pasiones, que es el espíritu de secta y de partido, que los animaba, no produjo jamás entre ellos, ni division, ni rivalidades, ni contestaciones? ¿Cómo esta pasion inquieta y turbulenta que los impulsa á remover todo el universo, y á turbar el reposo de todos los pueblos, los mantiene á todos en la mayor paz? ¿Cómo, en fin, esta pasion inquienta y turbulenta los determinó á todos, y esto hasta el fin de su vida, á enseñar precisamente por todas partes la misma doctrina, á obrar con tanta sabiduría y constancia, y tan acordes y uniformes en la ejecucion

del vasto designio que habian concebido? Pues yo pido otra vez que me den una razon suficiente de este fenómeno, ó mas bien prodigio moral, si me es permitido hablar así.

Nona paradoja. Ya hemos observado que los apóstoles publicaron en todo el universo la resurreccion de Jesucristo, no solo con el mayor valor é intrepidez, sino tambien con aquel tono de sinceridad y confianza que jamás podrá concebirse, que tantos y tales hombres, como sabemos eran los apóstoles, hayan podido sostener durante toda su vida; pues que apenas concebimos que un solo hombre pudiese en semejantes circunstancias tomarle y sostenerle ni un instante. Notemos todavía sobre esto, que estos mismos apóstoles fueron al mismo tiempo los maestros, y los modelos de la virtud mas pura. Nada es mas hermoso y mas admirable que su moral, si no son sus ejemplos. Cuando se examinan las lecciones que daban á los fieles, se halla en ellas un buen juicio, una precision, y una dignidad que asombran y encantan el entendimiento. Todo inspira en sus escritos el mas profundo respeto al Sér supremo, de quien dan las mas grandes ideas, la sumision mas perfecta á las potestades que gobiernan el mundo, á aquellas potestades que tan cruelmente los perseguian, y la caridad mas tierna y generosa con todos los hombres. En cualquiera estado y situacion que se halle el hombre, siempre encontrará en estos libros divinos la verdadera pauta de sus deberes : todo hombre que se arregle á sus preceptos, perfeccionará su conducta. Pero su vida asombra todavía mas que su doctrina : todo cuanto mandan á sus discípulos, ellos lo practican excelentemente. Siempre se ve en ellos unos hombres simples, modestos, humildes, pacíficos, llenos de rectitud y sinceridad; incapaces de mentir y sutilizar; siempre prontos á hacer bien á todos, y sufriéndolo todo con paciencia de todo el mundo : castos, templados, desprendidos de todo, y sobre todo de su propia gloria hasta lo sumo; sin tener por acá en el mundo otras pretensiones sino hacer conocer á Dios á los hombres, reconciliarlos con él, contando por nada su reposo, su honor y su vida, siempre que puedan procurar la gloria de Dios, haciéndole cono-

cer á los hombres, y la salvacion de los hombres, reconciliándolos con Dios.

Estos fueron los apóstoles, y sin embargo, en la suposicion que examinamos, estos apóstoles no eran mas sino una tropa de impostores y falsarios. Eran otros tantos testigos falsos, y los mas dignos de castigo y mas criminales de todos los testigos falsos, supuesto que levantaban un falso testimonio al mismo Dios, publicando descaradamente en todo el universo, que Jesucristo habia resucitado, no siendo así: eran, en fin, una tropa de malvados é impíos, todos conjurados á un tiempo contra Dios, á quien querian dar un rival en la persona de Jesucristo: contra su patria, en la cual querian abolir el culto y las leyes; y contra todo el género humano, á quien querian hacer adorar á un hombre crucificado.

Habla con sinceridad, Teótimo: ¿imaginas ó concibes que los apóstoles hayan podido reunir en sí mismos tantas condiciones: practicar constantemente todas las virtudes, y no tener ninguna: dar las mas bellas lecciones y mas grandes ejemplos, siendo profundamente malos y corrompidos: ser á la vez prodigios de santidad, y monstruos de malicia é impiedad: emplear todo lo que la doctrina y los ejemplos tienen de mas persuasivo para acreditar la mentira: burlarse con desvergüenza del género humano, y consolarse de todos los males que podian atraerse, siempre que lograran engañar: burlarse, en fin, de su propio reposo, de su propia vida, de su misma salvacion, y estar contentos con vivir miserables, morir en los tormentos, y caer despues de su muerte en manos de un Dios vengador, siempre que al morir viesen triunfante la impostura? No, Teótimo, tú no concibes que todas estas contradicciones hayan podido juntarse á un mismo tiempo en los apóstoles. Y sin embargo, si se supone que Jesucristo no ha resucitado, y que los apóstoles publicaron en todo el universo contra su misma evidencia su resurrecion, es preciso admitir todas estas contradicciones.

Decima paradoja. Si los apóstoles no fueron sino una tropa de impostores y falsarios, que sabiendo que Jesucristo no habia resucitado, fueron impulsados á publicar su resurreccion en todas las naciones, ó por el celo fa-

nático de la gloria de su maestro, ó por adquirirse ellos mismos un cierto nombre; ó en fin, por cualquiera otro motivo mas extravagante todavía, y sugerido por una imaginacion singular y artificiosa: si esto es así, ¿qué dirémos de los milagros que los apóstoles hicieron á la vista de todo Jerusalen para testificar la resurreccion de Jesucristo? ¿De estos milagros que vemos estampados en el libro de las Actas de los apóstoles, y cuya verdad jamás han osado negar los Judíos mismos? ¿Qué dirémos de los milagros consignados en toda la historia eclesiástica, que desde diez y ocho siglos á esta parte es la historia de la mayor parte del género humano? Porque, como lo observa san Agustin, siendo la resurreccion de Jesucristo el fundamento de la fe de los cristianos, todos los milagros que estos han hecho, han tenido por principal objeto el probar esta resurreccion. ¿Qué diremos, lo repito, de aquellos milagros que han sido testificados por hombres los mas distinguidos por la grandeza de su alma, por la hermosura de su ingenio, por la profundidad de su sabiduría, por la santidad de su vida, los Agustinos, los Ambrosios, los Tertulianos y otros mil; por los emperadores y los reyes, por las ciudades y los pueblos enteros, los cuales aseguran solemnemente haberlos visto? ¿Aquellos milagros reconocidos, confesados y celebrados universalmente entre los cristianos: aquellos milagros, que despues de la primera predicacion de los apóstoles, hasta nuestros dias, jamás han faltado en la Iglesia católica, y jamás se han visto sino en la Iglesia católica: aquellos milagros que no solo están mezclados en todas las historias de las naciones cristianas, con los demás sucesos, sino que están de tal modo entrelazados (si me es permitido decirlo así), con estos sucesos, y tan estrechamente unidos é incorporados, que frecuentemente son las circunstancias principales; de suerte, que no pueden desatarse los milagros de estos sucesos sin mutilarlos y lacerar, por decirlo así, todo el cuerpo de la historia, y hacerle desconocido? Insisto, mi querido Teótimo, ¿qué diremos de aquellos milagros, todos hechos para probar la resurreccion de Jesucristo?

Si confiesan la verdad de estos milagros; confiesen,

pues, al mismo tiempo que Jesucristo ha resucitado, ó que se atrevan á decir que despues de diez y ocho siglos, Dios trabaja por todas partes y con todas sus fuerzas en acreditar la mentira y la impostura, lo que es el colmo de la impiedad.

¿Dirán que estos milagros son tambien supuestos, como el de la resurreccion? Pero si es así, ya no hay nada cierto. Quememos todos los libros, destruyamos todos los monumentos de los tiempos pasados, no creamos nada de lo que nuestros padres declaran haber visto, y no creamos ni lo que vemos; porque al fin la noticia de nuestros ojos no es mas segura que la de nuestros oidos. Si nuestros oidos nos engañan nuestros ojos pueden tambien engañarnos. Neguemos la providencia, y por una ilacion necesaria, la existencia de Dios, y vivamos entregados al acaso, supuesto que el acaso es el solo Dios que gobierna el mundo, y precipitémonos con los ojos cerrados en el abismo del pirronismo universal. ¿Cómo puede creerse, ó que tantos pueblos que han compuesto la Iglesia católica desde diez y ocho siglos á esta parte, han creido ver milagros sin que se hayan hecho entre ellos, ó que estos mismos pueblos, no habiendo visto milagros, se han atrevido á testificar solemne y públicamente que los habian visto? ¿Quién podrá concebir jamás que la no existencia de los milagros (permíteme este modo de hablar), siendo cierta entre tantos y tan diferentes pueblos por sus costumbres y sus caractéres, no haya sido jamás universalmente reconocida, ó que reconocida universalmente, jamás haya sido confesada? ¿Quién podrá concebir jamás, que tantos pueblos se hayan obstinado durante tantos siglos, no solo en citar sus milagros á los pueblos que se hallaban fuera de su sociedad y en glorificarse de ellos como de otras tantas pruebas de la divinidad de sus religion, sino que hayan tenido siempre el mismo lenguaje entre ellos, si en efecto no ha habido milagros entre ellos? ¿Es posible que la mitad del mundo haya representado seriamente esta ridícula comedia, y esto por espacio de tantos siglos?

Deduzcamos, Teótimo, que la tercera suposicion, segun la cual los apóstoles habrian sido unos hombres artificiosos y embusteros, que en seguida de un acuerdo

hecho entre ellos, hubieran publicado en todo el universo la resurrecion de Jesucristo, aunque convencidos de lo contrario, es, á lo menos, tan absurda é incapaz de sostenerse como la segunda, segun la cual habrian sido los apóstoles unos hombres engañados, que se hubieran figurado haber visto á Jesucristo resucitado, no habiendo sido esta pretendida resurreccion sino un fantasma que los alucinaba, y que, por consecuencia, debemos abandonar esta tercera suposicion, así como hemos desechado la segunda, adoptando simplemente la narracion de los libros del evangelio y de las Actas de los apóstoles, tocante á la resurreccion gloriosa de Jesucristo, nuestro Salvador, y mirando esta dichosa resurreccion como el hecho mas cierto y mejor probado que jamás hubo, y, por consecuencia, como una demostracion invencible de la divinidad de Jesucristo.

Pero sobre esto dicen nuestros nuevos filósofos, estos hombres á quienes los hechos que establecen la divinidad de la religion de Jesucristo no parecen jamás bien probados, porque han jurado que Dios no tendrá nunca razon contra ellos: si es cierto que Jesucristo resucitó al tercero dia despues de su muerte, ¿porqué no se apareció, resucitado ya, sino á sus Apóstoles y á un corto número de sus otros discípulos? ¿Porqué no se manifestó públicamente en pleno dia en Jerusalen, y en los pueblos de la Judea que habia recorrido durante su primera vida, y en donde era conocido de todo el mundo? Por sí mismo debia hacerlo, pues habia declarado altamente que resucitaria al tercero dia despues de su muerte. Lo debia hacer por los Judíos, á quienes no podia atraer y confundir sino por este medio: tambien debia hacerlo por todo el género humano, al cual habria convertido infaliblemente la publicidad de su resurreccion; y, por otra parte, ¿qué le costaba el dar esta prueba mas de su resurreccion?

Esta objecion no es nueva, mi querido Teótimo; los filósofos del paganismo la hicieron en otro tiempo á los cristianos, y es una gloria sin duda para ellos que los filósofos de nuestros dias la hayan hecho revivir despues de tantos siglos. Esta objecion presenta muy desde luego algo de especioso; pero examinándola de cerca, se

descubre toda su debilidad, y se ve que á un mismo tiempo es injusta, temeraria, ridícula y dictada por la mas insigne mala fe.

1º Esta objecion está llena de injusticia, porque es evidente que esta trasformacion repentina de los apóstoles en otros hombres por la operacion del Espíritu santo : los milagros asombrosos que estos hicieron en Jerusalen, en el resto de la Judea, y en todo el universo para probar la resurreccion de Jesucristo : la constancia con que dieron testimonio de esta resurreccion delante de los Judíos y de los idólatras, sin que los tormentos ni la muerte los hiciese titubear : la multitud infinita de conversiones que hicieron, el celo que inspiraron á los que habian convertido, el cual los determinaba á morir antes que renunciar á Jesucristo, en fin, esta perpetuidad de milagros obrados en la Iglesia desde los Apóstoles hasta nuestros dias, y siempre para confirmar la fe de la resurreccion de Jesucristo ; es evidente, dije, que por todas estas maravillas está tan invenciblemente probada la resurreccion de Jesucristo como lo habria estado por todas las apariciones de este Dios Hombre, que hoy se atreven á reclamar, y lo está de un modo mas digno de Dios.

2º Esta objecion no es menos temeraria que injusta; porque en fin, la resurreccion de Jesucristo está demostrada, y demostrada ya, todo hombre debe creerla, y ninguno tiene derecho de exigir mas de Dios. Este Sér supremo no tiene obligacion de dar á los hombres todas las pruebas posibles de la resurreccion de su Hijo, sino pruebas evidentes, como lo ha hecho, capaces de convencer á los entendimientos rectos y despejados. Dios no debe nada al orgullo de los hombres, ni á sus pasiones, no debe nada á su vana curiosidad, ni al capricho de su imaginacion fantástica y extravagante. Y sobre todo ¿cuando los débiles y miserables mortales han adquirido el derecho de pleitear y sutilizar con Dios? ¿Desde cuándo han adquirido el derecho de prescribirle el modo con el cual debe hacerles creer lo que él quiere? Las pruebas que Dios ha dado de la resurreccion de su Hijo, han convencido á los mas hermosos ingenios, y hombres mas sabios que el mundo ha visto desde el

nacimiento del Cristianismo: los Tertulianos, los Cipria-nos, los Orígenes, los Eusebios de Cesarea, los Grego-rios Naciancenos, los Basilios, los Crisóstomos, los Jeró-nimos, los Ambrosios y Agustinos. Estas mismas pruebas han convencido á los Constantinos, Teodosios, y otros innumerables grandes reyes : ellas han hecho millones de mártires : ellas han convertido el mundo entero ; y así no debe hombre alguno desechar estas pruebas como insuficientes; porque es el colmo de la locura pretender que el mundo se ha hecho cristiano sin razon ; y al mis-mo tiempo, es el colmo del orgullo el no ceder á unas razones que han convertido al mundo.

3º La objecion que combatimos es soberanamente ridícula; porque si preguntas porqué no se manifestó Jesucristo en Jerusalen y en las otras ciudades de la Ju-dea despues de su resurreccion; yo preguntaré á mi vez, ¿porqué no se manifestó tambien en todos los pue-blos, en todas las ciudades, en todas las aldeas, en todas las cabañas, y á cada hombre en particular; y porqué no ha repetido estas apariciones de generacion en ge-neracion? San Pedro y los otros apóstoles, ¿tenian mas derecho que yo de ver á Jesucristo resucitado? Así obli-garia á Dios á pasar por todo cuanto quisiera prescri-birle, y á hacerse el esclavo y el juguete de mis fanta-sías, para obtener mi creencia.

Digamos, pues, que esta objecion es dictada por la mala fe mas insigne, y que solo prueba la determinacion en que están los que la hacen de no rendirse á prueba alguna; y yo voy á convencerlos. Supongamos, por un momento, que Jesucristo, despues de su resurreccion, se manifestó públicamente, y en pleno dia, desde luego en Jerusalen, y seguidamente en lo restante de la Judea, ¿Qué habria resultado de esto? Una de dos cosas; ó la nacion entera de los Judíos se habria convertido, ó se ha-bria obstinado en su incredulidad. Si la nacion entera se hubiese convertido, no tendríamos ya Judíos despues de diez y ocho siglos, y entonces nuestros adversarios no dejarian de decir, que jamás hubo Judíos : que este pue-blo es un pueblo fabuloso, como el de las Amazonas : que las escrituras que nos dan como de los Judíos, han sido fabricadas á golpe seguro por los cristianos. Si la

nacion entera de los Judíos no se hubiese convertido, estos mismos adversarios deducirian de ello que todas las apariciones de Jesucristo eran supuestas; porque dirian, si Jesucristo despues de su resurreccion se hubiera manifestado públicamente en Jerusalen y en lo restante de la Judea, se habria convertido ciertamente la nacion entera de los Judíos. Los milagros de Moisés fueron hechos en presencia de un gran pueblo. Estos milagros fueron los mas asombrosos del mundo. Estos milagros duraron cuarenta años. Toda la historia de los Judíos testifica estos milagros, y sin embargo nuestros adversarios no los creen. Tan cierto es que los hombres son capaces de resistirse á la mas grande evidencia, por el orgullo y por el interés, y que el mismo Dios no puede probar nada á aquel hombre, determinado ya una vez á no decir jamás : *me he engañado.*

CATECISMO

DE LA QUINTA CONFERENCIA.

Sobre la resurreccion de Jesucristo.

P. Convengo en que Jesucristo ha hecho los mayores milagros, en que los ha hecho como Dios ; en que los ha hecho para probar que era Dios; y así no puedo dudar de la divinidad de Jesucristo. Sin embargo, Jesucristo murió, y murió en una cruz, y no concibo como un Dios pudo morir, y mucho menos todavía, morir con una muerte tan infame. Os confieso que estas contrariedades confunden mi entendimiento, y que no puedo conciliarlas.

R. Pues nada hay mas fácil de conciliar que estas contrariedades aparentes. Jesucristo era Dios y Hombre á un tiempo, segun lo hemos demostrado. Como Hombre podia morir, y murió en efecto; pero como Dios, era esencialmente inmortal, y jamás la muerte tuvo imperio sobre él : por otra parte, Jesucristo murió como como Dios Hombre, y resucitó al tercero dia, ó mas

bien, él mismo se resucitó con el mismo poder con que habia resucitado á otros.

P. Mostradme, ¿cómo Jesucristo murió como Dios?

R. Jesucristo antes de morir habia predicho varias veces su muerte y sus principales circunstancias, y murió en efecto del mismo modo que lo habia anunciado. Jesucristo habia declarado que él era dueño de dejar la vida, ó de volverla á tomar á su voluntad : que nadie le quitaria la vida, sino que él la daria libremente por la redencion de los hombres; y vemos en el Evangelio efectivamente, que habiendo llegado su hora, fué él mismo delante de sus enemigos, se hizo conocer de ellos, y se entregó en sus manos, despues de haberlos echado por tierra con una sola palabra, para hacerles conocer su debilidad : vemos en él tambien, que despues de haber sufrido tormentos capaces de aniquilar al hombre mas robusto, y reducirle á un extremo desfallecimiento, murió arrojando un gran grito ; en él, pues, vemos últimamente, que en el momento de morir hizo los mas grandes milagros, é hizo estremecer el mundo entero. ¿No es esto morir como Dios?

P. Concedo que esto es morir como Dios ; pero de que Jesucristo murió como Dios, ¿qué inferís?

R. Infiero que tenia poder para resucitarse.

P. La consecuencia es justa : pero siempre queda que probar, que Jesucristo se resucitó á sí mismo.

R. Ved aquí como demuestro que Jesucristo se resucitó á sí mismo. Jesucristo tenia poder de resucitarse á sí mismo : lo concedeis. Es así que Jesucristo antes de morir habia anunciado varias veces que él se resucitaria á sí mismo : luego Jesucristo se resucitó á sí mismo. Podria probaros por otras muchas razones, que habiendo Jesucristo anunciado su resurreccion, era necesario que se verificara.

P. Os pido me digais esas razones, porque deseo hallarme instruido sobre este punto esencial de nuestra fe, cuanto me sea posible.

R. Alabo vuestro celo, y bendigo á Dios que os le inspira : ved aquí, pues, las razones que deseais en dos palabras.

1° En el mismo tiempo que Jesucristo predecia su

resurreccion, predecia tambien todas las circunstancias de su muerte, y todos los grandes sucesos que debian ser las resultas de su muerte. Las predicciones de Jesucristo tocante las circunstancias y las resultas de su muerte, se han verificado á la letra : luego la de su resurreccion se ha verificado tambien. No siendo así, seria necesario decir, que Jesucristo fué á la vez, y en el mismo instante, el órgano del espíritu de verdad; y el del espíritu de mentira; el mas grande de los profetas, y el mas insigne impostor, lo que visiblemente es absurdo.

2° Al mismo tiempo que Jesucristo predecia su resurreccion, hacia por su propio poder milagros que eran tan grandes como el de su resurreccion misma; v. gr. el de la resurreccion de Lázaro : luego tambien ha hecho el milagro de su propia resurreccion, pues que se habia empeñado en ello.

3° Si Jesucristo no hubiera resucitado en efecto despues de haber anunciado su resurreccion, habria destruido todo el efecto de sus milagros precedentes : se habria cubierto de un oprobio eterno; y por inconsecuente se habria colocado en la clase de los impostores. igual imprudencia no puede ciertamente concebirse de un hombre semejante : luego cuando Jesucristo anunció su resurreccion, bien cierto estaba de que resucitaria; y así se verificó.

P. Estas razones son bien fuertes : sin embargo, quisiera algo mas, y que la resurreccion de Jesucristo no solo fuese probada con razonamientos, sino tambien con hechos evidentes. Los razonamientos convencen á pocas personas : pero todo el mundo se ve obligado á rendirse á la evidencia de los hechos.

R. Convengo con vos en lo que decís, y esperaba ciertamente á que habláseis así. Sabed, pues, que la resurreccion de Jesucristo está probada por hechos los mas incontestables. Estos hechos son, primeramente, las precauciones que tomaron los príncipes de los sacerdotes de acuerdo con Pilatos, para que el cuerpo de Jesucristo no fuese robado de su sepulcro; porque vemos, que habiendo ido á casa de Pilatos los príncipes de los sacerdotes, le pidieron el permiso de custodiar el sepulcro de

Jesucristo hasta el tercer dia : que Pilatos se lo concedió; y que en consecuencia pusieron el sello sobre la piedra que cerraba el sepulcro, dejando allí una guardia de soldados romanos. Lo cierto es que el cuerpo de Jesucristo no pudo ser robado. Por otra parte es cierto que este cuerpo venerable no se encontró en el sepulcro la mañana del tercer dia : luego salió de él resucitando. Estos hechos son, en segundo lugar, las diferentes apariciones de Jesucristo á sus apóstoles y á sus otros discípulos, apariciones sucedidas en pleno dia, y en las cuales los apóstoles y los otros discípulos vieron á Jesucristo en su estado natural, y en los mismos términos que le habian visto antes de su muerte : le oyeron hablar, le tocaron, tuvieron la dicha de comer con él; apariciones en fin, que se repitieron varias veces durante cuarenta dias. Habeis leido los libros del Evangelio y el de las Actas de los apóstoles, y sabeis que no digo nada que no traigan estos libros divinos.

P. Todo esto es cierto : sin embargo tengo ciertas dudas que os suplico me aclareis. 1º Yo encuentro en el Evangelio, segun san Mateo, que los soldados que guardaban el sepulcro de Jesucristo, publicaron en Jerusalen que mientras ellos dormian, robaron el cuerpo sus discípulos. ¿Quién nos ha dicho que no pasó así, y por qué hemos de creer mas bien á san Mateo, que á los soldados romanos?

R. ¿Cómo no veis que el rumor que los soldados romanos, ganados por los príncipes de los sacerdotes, esparcieron en Jerusalen, tocante el pretendido robo del cuerpo de Jesucristo hecho por sus discípulos, no fué sino un pretexto de que se valieron, porque no tenian nada mas verosímil que decir? Porque, 1º es evidente que si los discípulos de Jesucristo robaron su cuerpo mientras que los soldados dormian, estos soldados no podian tener conocimiento alguno de semejante robo, ni podian tampoco dar testimonio de él. 2º Este hecho es tan imprudente como absurdo; porque está demostrado, por todo lo que se ha dicho en el cuerpo de la Conferencia, que los apóstoles no pudieron jamás pensar en semejante robo : que cuando hubieran pensado en verificarle, jamás hubieran tenido valor para ejecutarle; y

que cuando hubieran tenido valor para intentarle, jamás hubieran podido conseguirlo. Para lograr esta empresa, era preciso atravesar la guardia, romper el sello que estaba puesto en la piedra que cerraba el sepulcro, sacar el cuerpo, despues de haber volcado esta piedra, que era de un grueso enorme, y llevarle pasando otra vez por medio de la guardia. Yo pregunto á todo hombre de buen juicio, si todas estas operaciones pueden hacerse sin ruido, y sin un ruido capaz de despertar á unos hombres que duermen con otro sueño que el de la muerte.

P. Concedo desde luego este punto : pero ¿es bien cierto que Jesucristo se apareció realmente á sus discípulos tres dias despues de su muerte? Puede ser que estos hombres no viesen á Jesucristo, sino solamente un fantasma que los alucinase; porque, en fin, su imaginacion estaba acalorada, y cada cual sabe muy bien lo que puede una imaginacion exaltada. Ella reproduce todo lo que hemos visto : nos representa los objetos mas distantes : resucita muertos; y cria, por decirlo así, lo que jamás ha existido. Las historias nos representan una infinidad de ejemplos semejantes.

R. Si se nos dijera que un solo discípulo de Jesucristo le ha visto, ó creido ver resucitado, ó que varios de sus discípulos le han visto, ó creido ver una ó dos veces en instantes rápidos, y como se ve un relámpago, vuestra objecion no seria inverosímil; pero son los doce apóstoles los que vieron á Jesucrísto, y con ellos las santas mujeres, y un gran número de otros discípulos. Ellos le vieron estando juntos, y estando separados; todos le vieron en su forma natural, y todos de la misma manera. Estas apariciones se repitieron varias veces durante el curso de cuarenta dias, y por lo mismo tuvieron tiempo mas que suficiente, y todos los medios mas indefectibles para asegurarse de que era él. Jesucristo se prestó á todas las pruebas que quisieron hacer de la realidad de su resurreccion, y hasta á las mas indiscretas. En fin, todos ellos fueron testigos oculares de su ascension á los cielos. Si todas estas cosas sucedieron solamente en apariencia, ciertamente esta larga ilusion de los apóstoles y de los discípulos era un milagro, y un milagro (me

atrevo á decirlo) tan grande, á lo menos, como el de la resurreccion. Ahora, milagro por milagro, es claro que todo debe determinarnos á creer el de la resurreccion, que es conforme á los atributos de Dios, mas bien que el de la ilusion, que los deshonra todos.

P. Ya veo que no hay apariencias de que los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo se hayan engañado en punto al hecho de su resurreccion. Si tantas personas hán creido ver durante cuarenta dias á Jesucristo resucitado, es porque en efecto le vieron; y como muy bien lo habeis observado, si no hubieran visto, oido y tocado sino á un fantasma, esta larga ilusion de todos sus sentidos, seria un trastorno de todas las leyes de la naturaleza, mas estupendo todavía que la misma resurreccion de Jesucristo. Pero si los apóstoles no han podido ser engañados? es imposible que hayan sido engañadores? Y si han podido serlo, ¿quién nos ha dicho que no lo han sido? quién nos ha dicho que todo lo que refieren los Evangelios de la resurreccion de Jesucristo y de sus apariciones, no es una pura fábula compuesta por los apóstoles? Nada veo en todo esto que repugne, porque no hay fraude ni impostura de que los hombres no sean capaces.

R. Y yo pregunto á mi vez, ¿quién nos ha dicho que todo lo que cuentan las historias tocante la conjuracion formada contra Julio César, no es una pura fábula compuesta por los historiadores? Sonreis, ¿es por mi respuesta, ó por vuestra objecion? Porque en fin, está demostrado que la resurreccion de Jesucristo está mas testificada y por consecuencia mas averiguada, que la conjuracion que se formó contra Julio Cesar. No hay impostura que los hombres no sean capaces de concebir y proyectar. Convengo en ello; pero al mismo tiempo sostengo que los hombres no ejecutan jamás los proyectos inicuos que han formado, siempre que tienen evidencia de que el suceso que quisieran es imposible. Ahora, en la suposicion de que Jesucristo no hubiera resucitado, era evidente á los apóstoles la imposibilidad de hacer creer al mundo su resurreccion. ¿No es menester haber renunciado, no solo toda buena fe, sino tambien todo buen juicio, para decir que un pequeño número de hom-

bres groseros y tímidos, sin cultura de entendimiento, sin nacimiento y sin crédito, se atreverian á formar el vasto y asombroso proyecto de trastornar la religion de su país, y todas las religiones del mundo, para hacer adorar á todo el universo un hombre crucificado, despues de haberle persuadido á que este hombre se resucitó á sí mismo: que estos hombres, estando tan ciertos como lo estaban de que Jesucristo no habia resucitado, formaran no obstante este proyecto con el mayor concierto: que no se espantaran, ni de la multitud de las dificultades, ni de la magnitud de los peligros á que se exponian: que emprendieran la ejecucion de este proyecto con el mismo concierto que le habian formado, y con una constancia inalterable aunque tuvieran contra ellos á los hombres que engañaban; á Dios, á quien ultrajaban; y á su conciencia, á la cual hacian traicion: y que, en fin estos mismos hombres destituidos de todo socorro, y reducidos á ellos mismos, consumaran sin embargo este mismo proyecto, que todo el poder de los reyes, toda la prudencia y habilidad de los políticos, toda la sutileza de los filósofos, y toda la elocuencia de los oradores reunidos, y obrando con un comun esfuerzo, no habrian podido verificar jamás; de tal modo, que dejaran moribundo el mundo cristiano, ó próximo á estarlo? Ved aquí, no obstante, las paradojas, ó mas bien absurdos, que es menester admitir, si se supone que los apóstoles engañaron al mundo anunciándole la resurreccion de Jesucristo.

P. Todo lo que acabais de decir, hace mucha fuerza; pero, sin embargo, me cuesta todavía trabajo el suscribir á ello; porque, en fin, resulta de todo lo que habeis expuesto, que la resurreccion de Jesucristo no está probada sino por el testimonio de los apóstoles, y así me parece que se necesita algo mas sobre esto.

R. Difícil estais ciertamente de convencer; pero, á Dios gracias, tengo con qué contentaros. Considerad desde luego que no son solamente los Apóstoles, sino tambien muchos de los otros discípulos de Jesucristo, los que han testificado su resurreccion, como testigos oculares de ella: que estos apostoles y estos discípulos fueron los hombres mas santos que el mundo ha visto:

que ningun interés humano, de ninguna especie, los movió á publicar la resurreccion de Jesucristo; y que, en fin, ellos sufrieron los tormentos y la muerte, mas bien que retractar el testimonio que habian dado de ella; y así la resurreccion de Jesucristo es el hecho mas bien probado de todos, sea que se considere el número ó la calidad de los testigos, ó el desinterés y la constancia heróica de su testimonio.

P. Disimulad mi impertinencia; pero yo querria que Dios hubiera confirmado con milagros el testimonio que los apóstoles y los otros discípulos dieron de la resurreccion de Jesucristo: esta última prueba acabaria de convencerme.

R. Supuesto que quereis milagros no os faltarán. Los apóstoles y los discípulos de Jesucristo hicieron una infinidad de ellos en Jerusalen y en el resto de la Judea, para confirmar el testimonio que daban de la resurreccion de Jesucristo. Estos milagros constan en el libro de las Actas de los apóstoles, y los Judíos no se atrevieron jamás á contestar su verdad. Los apóstoles, y los discípulos de Jesucristo no son los únicos que han hecho milagros: una infinidad de ellos se vió en los primeros siglos de la Iglesia, cuando eran mas necesarios, y despues se han visto en todos tiempos; y estos milagros son tan auténticos y tan bien probados, que para dudarlos es menester dudarlo todo.

P. Confieso que no puedo resistirme á la fuerza de vuestros argumentos; sin embargo, es menester que os proponga todavía una objecion que se me ocurre en este momento. Supuesto que Jesucristo resucitó (porque ya no lo dudo), y que queria que su resurreccion fuese conocida de todos los Judíos y del mundo entero, ¿por qué no se apareció despues de su resurreccion en Jerusalen y resto de la Judea públicamente, y en pleno dia? Este milagro hubiera convertido infaliblemente á todos los Judíos; y en seguida los Judíos convertidos, habrian ellos mismos convertido á todo el universo. Confieso que esta objecion incomoda mi entendimiento, y así os pido me la resolvais, á fin de que sobre ella no me quede niebla alguna.

R. Vuestra objecion presenta desde luego algo de

especioso; pero en examinándola de cerca, se forma otro juicio que á primera vista, porque digo á mi vez: supuesto que Jesucristo queria que su resurreccion fuera conocida de todo el universo, ¿porqué no se manifestó en todo el universo, en todas las partes donde habia hombres, y á cada hombre en particular? ¿Porqué no repitió estas apariciones de generacion en generacion? ¿Porqué vmd. y yo no hemos visto á Jesucristo? ¿Es porque los apóstoles tenian mas derecho de verle que nosotros?

Dios ha dado al género humano pruebas de la resurreccion de Jesucristo, capaces de convencer á todo hombre sencillo y de buena fe; supuesto que queria convertir á todo el mundo le debia convertir, y nada mas debia, porque Dios no debe nada á la orgullosa curiosidad de los hombres: por otra parte, los milagros que Dios no ha cesado de hacer desde los apóstoles hasta nosotros para establecer y confirmar la fe de la resurreccion de Jesucristo, son pruebas tan claras y palpables de esta resurreccion, de como lo habrian sido las frecuentes apariciones de este Dios Hombre, que parece que exigís.

Decís que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente, y en pleno dia en Jerusalen y en las otras ciudades de la Judea, todos los Judíos se habrian convertido. Yo no sé lo que hubiera sucedido; pero sé muy bien, que si todos los Judíos se hubieran convertido, los adversarios de la Religion cristiana publicarian hoy que jamás hubo Judíos: que este pueblo es un pueblo fabuloso, y su historia una novela; y que si todos los Judíos no se hubieran convertido, estos mismos hombres sostendrian, que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente en Jerusalen, y en lo restante de la Judea despues de su resurreccion, todos los Judíos se habrian convertido infaliblemente, y de esto deducirian que Jesucristo no se manifestó jamás despues de su resurreccion, ni en Jerusalen, ni en otra parte; y que esta pretendida resurreccion no era otra cosa sino un cuento y una pura invencion, hecha de propósito.

Quedemos, pues, vmd. y yo bien persuadidos á que Dios mismo no tendrá jamás razon con esta especie de

hombres, porque han jurado no confesar jamás que se han engañado.

SEXTA CONFERENCIA.

Sobre los misterios de la Religion cristiana.

En el capítulo 1° del Evangelio de san Juan, se refiere, que habiendo san Felipe, que fué uno de los primeros discípulos que se unieron á Jesucristo, encontrado á Nathanael, le dijo : « Hemos hallado á aquel de quien » Moisés ha escrito en la ley, y que los profetas han » predicho, y es Jesus de Nazareth. » Que en seguida llevó á Nathanael á Jesus : que Nathanael, que era un verdadero Israelita, sin disfraz ni artificio, creyó en Jesucristo desde que le vió y oyó hablar.

En este rasgo de la vida de Jesucristo, tú ves sin duda con gusto, mi querido Teótimo, la imágen de lo que ha pasado entre tú y yo. Jesucristo, por una gracia superior á todo mi reconocimiento, me llamó desde luego á sí. Lleno de gozo, porque le conocia y vivia bajo sus santas leyes, deseaba que fuese conocido tambien de tí (porque siempre te he amado tiernamente), y creia aumentar mi propia dicha, comunicándotelo. Yo te he llevado á este divino Maestro; tú le has visto, y has creido en él sin titubear, porque tenias la misma rectitud de entendimiento, y el mismo candor que Nathanael.

Nosotros, pues, podemos hoy, mi amado Teótimo, exclamar con un enajenamiento de alegría santa, y felicitándonos mutuamente : ¡al fin hemos hallado al Mesías de quien Moisés ha escrito en su ley, y á quien los profetas anunciaron, y es Jesus de Nazareth!

Sí, Jesucristo de Nazareth, Hijo único de María en el tiempo, y segun la carne, es verdaderamente el Mesías, Hijo de Dios en la eternidad, y segun la naturaleza divina. Nosotros le reconocemos por tal por su sabiduría y por su santidad, que son la sabiduría y la santidad de un Dios Hombre : por la ley que ha dado á los hombres, que tiene todos los caractéres de una ley emanada de

Dios : por sus milagros sin número hechos para probar que era Dios ; en fin, por el gran milagro de su resurreccion, obrada por sí mismo, donde brilla todo el poder de Dios. Estamos muy ciertos que el Verbo de Dios, Dios mismo, y el mismo Dios que su Padre, se ha hecho Hombre, y ha habitado entre los hombres, en calidad de hombre semejante á ellos. Nuestros padres le vieron en la fe, y nosotros mismos le hemos visto tambien en la fiel historia que nos ha dejado de su vida ; le hemos visto, y nos ha parecido lleno de gracia y de verdad : su gloria ha brillado á nuestra vista, y esta gloria era verdaderamente la del Unigénito del Padre.

Siendo Jesucristo Dios, mi amado Teótimo, su doctrina es por consecuencia la doctrina de un Dios, y nosotros debemos recibirla con todo el respeto y sumision debidos á Dios. Esta admirable doctrina encierra misterios que deben ser la regla de nuestros pensamientos en el órden de la religion y de los preceptos que en el mismo órden deben arreglar nuestras acciones : misterios que exceden nuestra razon, y no pueden penetrarse por su santa oscuridad ; pero que por otra parte no tienen oposicion alguna con las inclinaciones de nuestro corazon ; preceptos que contrastan todas las inclinaciones de nuestro corazon, pero que nuestra razon aprueba, y en los cuales, á pesar nuestro, admiramos toda la sabiduría divina que incluyen : misterios que no podemos creer, sino imponiendo un silencio absoluto al orgullo y á la curiosidad de nuestros entendimientos ; y preceptos que no podemos cumplir, sino volviéndonos contra las pasiones mas amadas de nuestros corazones.

Admira aquí de paso, mi querido Teótimo, los admirables manejos que Dios ha tenido con los hombres : él podia, sin duda, darles preceptos contrarios á un tiempo á sus pasiones y superiores á su razon ; esto es, preceptos cuya conveniencia con la naturaleza, su condicion y su fin, no hubieran podido ver, y habrian tenido obligacion de observarlos. Pero este gran Dios, que dispone de los hombres con una especie de respeto por su debilidad y por su libertad, no ha querido que en la observancia de su ley, tuviesen que combatir á un tiempo contra su razon y contra su corazon, y así ha esparcido

las mas vivas luces sobre los preceptos que cada dia debemos cumplir, y en el pormenor de todas nuestras acciones, dejando tinieblas impenetrables sobre los misterios que basta creer, y cuya creencia no cuesta nada á nuestro corazon.

Pero volvamos á la materia. Que los hombres estén obligados á someterse á los preceptos divinos que contradicen sus pasiones, cuando por otra parte aprueba su razon estos preceptos, es en lo que todo el mundo está de acuerdo. Seria, no digo locura, sino un furor brutal el oponerse á este principio. Cualquiera que contestase este principio, que es el fundamento de la moral y que fué siempre recibido, no solo en los pueblos idólatras civilizados, sino hasta en los pueblos salvajes; cualquiera, dije, que se opusiera á este principio, no mereceria ser llamado hombre.

La cuestion es, pues, saber solamente, si debemos creer los misterios que Dios ha revelado, aunque sean incomprensibles á nuestra razon. Esta es, dije, la cuestion, no entre tú y yo, ni otro hombre de un sano juicio y de un corazon sencillo, sino entre los cristianos y los nuevos adversarios del cristianismo.

En efecto, mi amado Teótimo, convencido como lo estás, por pruebas las mas evidentes de que Jesucristo es Dios, ve aquí cómo debes argüir, y has argüido en efecto. Los misterios de la Religion cristiana son incomprensibles: nuestra razon se pierde en ellos: nosotros no podemos ver su fondo y formarnos de ellos ideas claras; pero Dios los ha revelado, y de que es Dios quien los ha revelado, ningun hombre puede dejar de creerlo sin haber sentado desde luego el principio, ó que Dios se engañó á sí mismo, ó quiso engañar al mundo. Ahora, siendo Dios infinito en sabiduría y santidad, uno y otro son igualmente imposibles; y seria hacer el último ultraje á este Sér supremo, el hablar así de él. Todo hombre, y yo particularmente, tiene una obligacion indispensable de creer ciegamente estos misterios. Ve aquí, Teótimo, cómo has discurrido, y sobre este razonamiento, que es tan concluyente como simple, has sometido tu entendimiento al yugo de la fe. Jamás olvidaré lo que me dijiste acerca de esto, despues de nuestra última conversacion:

habia en tu aire, en tu tono de voz, en todas tus acciones un no sé qué de vivo y animado, y tan tierno é ingenuo que fuí conmovido hasta el fondo de mi corazon. Tú sabes que no pude contener mis lágrimas, porque me pareció en aquel momento que tu persuasion aumentaba la mia. Jamás me sentí con tanta fe como entonces, y puedo decir en cierto modo : que entonces me volviste cuanto habias recibido de mí. Quiera el cielo, mi amado Teótimo, que toda tu vida conserves la admiracion y el respeto de que te ví entonces penetrado por Jesucristo, y que en tu último aliento creas en él, le adores y le ames como lo hiciste en aquel momento.

Todo está hecho por lo que mira á tu personal convencimiento; y la cuestion, si el hombre debe creer los misterios de la Religion cristiana, por incomprensibles que son, está perfectamente resuelta para tí y para todo hombre de buena fe; y así, lo que me propongo en la Conferencia de hoy, no es el convencerte de que debes creer los misterios de nuestra santa Religion, sino el manifestarte la mala fe y la locura juntamente de ciertos filósofos de nuestros dias, que pretenden que la incomprensibilidad de estos misterios los autoriza á no creerlos; y que, bajo este pretexto, desechan toda la Religion cristiana, como que enseña cosas increibles. Mi idea es, dije, el manifestarte la mala fe y la locura de esos hombres soberbios, y de ponerte en estado, si alguna vez tropiezas con ellos, de responder á sus frívolas objeciones; y por esta razon probaré, 1° que los misterios de la Religion cristiana, aunque sean superiores á la razon humana, no son, sin embargo, contrarios á la razon, ó para explicarme en otros términos, que no son absurdos, sino solo incomprensibles ;

2° Que lo incomprensible de estos misterios, no seria una razon para negarlos absolutamente, aunque el mismo Dios no los hubiera revelado;

3° Que en la suposicion de que Dios los ha revelado, lo incomprensible de ellos no es tampoco para los hombres un pretexto plausible para dudar de ellos.

4° Que estos misterios, por razon de su incomprensibilidad, dan á la Religion cristiana un carácter de divinidad que sin ello no tuviera. Esto tiene un cierto aire

de paradoja; pero suspende tu juicio, y presto verás que no lo es;

5º Que siendo estos misterios el fundamento de una Religion tan grande, tan santa y tan augusta, que solo Dios pudo trazar su plan, se sigue claramente que estos mismos misterios vienen de Dios.

Tú mismo ves, Teótimo, cuan grande es este asunto: no me es permitido esperar que lo trataré con proporcion á su grandeza; pero sí espero que con la gracia de Dios, lo que diré esparcirá nuevas luces en tu entendimiento, dará un nuevo grado de viveza á tu fe, y te inspirará un justo desprecio de aquellos hombres que no combaten la Religion cristiana, sino porque humilla el orgullo de su entendimiento y condena la corrupcion de su corazon.

Seguiré en esta Conferencia un método enteramente diverso del que he seguido hasta aquí. Introduciré un cristiano y uno de los nuevos filósofos en disputa sobre los misterios de la Religion cristiana. Tú, Teótimo, serás el juez de esta disputa; pesarás las razones que se aleguen por una y otra parte, y luego sentenciarás con imparcialidad. He creido que este nuevo modo de manejar los puntos importantes de que aquí se trata, podria recrearte agradablemente, instruyéndote sólidamente, y que sacarias tambien la ventaja de aprender de qué modo debes defender tu santa Religion, si acaso alguno de estos pretendidos filósofos se atreve á combatirla en tu presencia. La disputa va á abrirse al instante: acuérdate, pues, Teótimo, que eres juez, y presta en consecuencia toda tu atencion.

El Filósofo. Convengo en ello: la Religion cristiana tiene sobre todas las demás religiones, á lo menos en ciertas cosas, ventajas que no pueden contestársele. ¡Qué hombre el autor de esta Religion! ¡qué sabiduría, qué santidad han resplandecido en él! Es cierto que jamás tuvo semejante: yo me siento penetrado por él del mas profundo respeto y veneracion. Poco me falta para adorarle. Nada es tan sublime como la moral de esta Religion, nada es tan puro, y nada es tan conforme al buen juicio y á la recta razon. Si todos los cristianos arreglaran á ella su conducta, serian hombres perfectos y la gloria

de la humanidad; pero en fin, esta Religion tiene tambien sus defectos.

El Cristiano. ¡Eh! señor filósofo, ¿cuáles son los defectos de la Religion cristiana?

El Filósofo. Los misterios que obliga á creer esta Religion; porque estos misterios chocan á la razon y son evidentemente absurdos. Pongamos por ejemplo el misterio de la Trinidad. ¿Cuántos Dioses hay? Uno. ¿Cuántas Personas hay en Dios? Tres: el Padre, el Hijo, y el Espíritu santo. ¿El Padre es Dios? Sí. ¿El Hijo es Dios? Sí. ¿El Espíritu santo es Dios? Sí. ¿Luego son tres Dioses? No; porque estas tres Personas no hacen sino un solo Dios. Ya veis que yo no he olvidado mi catecismo.

Ved, pues, aquí el misterio de la Trinidad; y sobre él os pregunto por una parte, si puede decirse mas claramente que tres no son mas que uno, en la exposicion del misterio de la Trinidad; y por otra, si hay en el mundo cosa mas absurda que decir que tres no son sino uno. Es así que yo no debo creer lo que es absurdo y contradice abiertamente la razon: luego no debo creer el Misterio de la Trinidad.

El Cristiano. Confieso, señor filósofo, que esta objecion deslumbra en cierto modo, y esto no debe sorprender á nadie. Vos teneis mucho entendimiento, y la materia es á próposito para emplearle. Yo espero, sin embargo, responderos de un modo capaz de contentar á todo hombre que de buena fe busque la verdad. Solamente os suplico no me interrumpais, sobre todo con cuestiones extrañas de la materia que tratamos.

Empecemos por distinguir tres especies de proposiciones: proposiciones evidentes, proposiciones absurdas ó contradictorias, y proposiciones incomprensibles. Establezco aquí esta division de proposiciones, porque ella basta para nuestro asunto.

Una proposicion es evidente cuando nuestro entendimiento ve claramente que las dos ideas que la componen se unen y se identifican, por servirme de los términos de la escuela; y así estas proposiciones: *Dios es bueno: Dios es justo: el todo es mayor que la parte*, son proposiciones evidentes.

Una proposicion es absurda y contradictoria, cuando

el entendimiento ve claramente que las dos ideas de que se compone se combaten y excluyen mutuamente; y así estas proposiciones: *Dios es cruel*: *Dios es injusto*: *la parte es igual á su todo*, son proposiciones absurdas.

Una proposicion es incomprensible, cuando es imposible á nuestro entendimiento, el ver la correlacion ó identidad de las dos ideas que la componen: tales son estas: *Un sér que no ha existido jamás, puede recibir la existencia*: *un sér que existe, puede caer en la nada.* Tal seria tambien esta para vos y para mí, si hubiéramos estado siempre fuera de este mundo, y fuera de nuestros cuerpos: *Un sér compuesto de espíritu y de materia es posible.*

Nosotros no somos dueños, ni de asentir á una proposicion absurda y contradictoria, ni de dejar de asentir á una proposicion evidente.

Todo el mundo conviene en ello. En cuanto á las proposiciones que son simplemente incomprensibles, dos cosas son ciertas. La primera, es que nosotros no estamos obligados á recibir como verdaderas las proposiciones de este tercer género, á menos que por otra parte no tengamos pruebas de su verdad, equivalentes á las pruebas ideales que nos faltan. La segunda, es que jamás tenemos derecho para negar absolutamente las proposiciones del mismo género, á menos que en defecto de pruebas ideales, no tengamos por otra parte pruebas ciertas de su falsedad; porque en fin, de que no veamos que dos ideas se avienen é identifican, no se sigue que se combaten y excluyen mutuamente; y de que no veamos que dos ideas se combaten y se excluyen mutuamente, no resulta que se concilien é identifiquen. Todo esto, si no me engaño, es muy claro. Ahora, señor filósofo, yo sostengo que esta proposicion: *Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta union de esencia, de naturaleza ó de sustancia*: yo sostengo, dije, que esta proposicion es una proposicion del tercer género que señalé en mi division; esto es, que ella es pura y simplemente incomprensible: que por consecuencia vos no podeis negar absolutamente esta proposicion (esto es, desechar el misterio de la Trinidad), á menos que no tengais por otra parte pruebas de que es falsa,

y que teneis obligacion de admitirla (esto es, de creer el misterio de la Trinidad), si en defecto de pruebas ideales, teneis por otra parte pruebas ciertas de que es verdadera.

Si os dijeran que tres Dioses no son sino uno, ó que tres Personas no son mas que una, estas dos proposiciones serian contradictorias y absurdas, porque reunia cada una dos ideas que se excluyen mutuamente. *Tres Dioses, y un solo Dios : tres Personas, y una sola Persona.* Estas dos proposiciones serian del mismo género que esta : *El todo no es mayor que su parte;* pero os dicen : *que tres personas no hacen sino un solo Dios.* Ahora es claro, 1° que vos no podeis demostrar que esta proposicion tiene contradiccion en los términos, porque cuando hablando de la Trinidad se dice *Unidad*, esta palabra *Unidad* recae sobre la sustancia, y no sobre las Personas; y cuando se dice *Trinidad,* la palabra *Trinidad* recae sobre las Personas, y no sobre la sustancia; y así estas dos palabras *Unidad* y *Trinidad,* no se dicen la una ni la otra bajo la misma relacion y en el mismo sentido. 2° Es claro, que aunque tengais alguna nocion de la esencia divina, no conoceis esta esencia adorable á fondo, para pronunciar con certeza, que no puede admitir tres Personas, y que no teneis una idea bastante clara de lo que nosotros llamamos *Persona* relativamente al Ser divino, para pronunciar con certeza que tres Personas repugnan al Sér divino.

Esta proposicion, lo repito : *Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza, de sustancia* : esta proposicion, pues, es simplemente una proposicion incomprensible; y por consecuencia lo es en virtud de los principios ya establecidos. 1° Vos no teneis derecho para negarla absolutamente precisamente por causa de su incomprensibilidad : no tendríais este derecho sino en tanto que os fuera demostrado, que nada es cierto sino lo que pudierais comprender, y estoy bien cierto que no os desconocereis hasta el punto de llevar vuestras pretensiones tan arriba. 2° En virtud de los principios ya establecidos, debeis recibir esta proposicion como verdadera; esto es, creer el misterio de la Trinidad, si en defecto de pruebas

ideales, teneis por otra parte otras pruebas de la verdad de esta proposicion. Imitemos aquí vos y yo á un ciego de nacimiento, al cual nos parecemos tan perfectamente. Este ciego no ve ni el cielo ni el sol que brilla en él con tanta claridad. Todo lo que él puede decir por si mismo es, que ni ve el cielo, ni ve el sol, y seria un temerario si dijera mas, y pronunciase absolutamente que no habia cielo ni sol. Pero cuando los hombres, entre los cuales este ciego vive, le dicen de concierto que hay un cielo y un sol; que ven el uno y el otro, y que se pasman del espectáculo que ofrecen á sus ojos, él los cree sobre su palabra, aunque no tiene idea alguna de las cosas que le cuentan, y seria un loco si no las creyese. Portémonos, pues, del mismo modo, señor filósofo: este es el solo partido que sensatamente podemos abrazar.

El Filósofo. Decís que los misterios de la religion cristiana no presentan al entendimiento ni contradiccion ni absurdo: esta bien; pero por vuestra misma confesion, estos misterios son á lo menos incomprensibles. Ahora esto me basta, y os declaro que jamás me harán comprender que debo creer lo que no comprendo.

El Cristiano. Me parece, señor filósofo, que no estais enteramente de buena fe, cuando me proponeis esta segunda objecion, despues de la respuesta que he dado á la primera; pero sea lo que fuere, no tengo reparo en daros nuevas luces.

Vos decís que no quereis creer los misterios de nuestra religion, porque no podeis comprenderlos; pero si os manifiesto que hay una infinidad de cosas que no comprendeis mejor que estos misterios, y que vos creeis sin embargo tan firmemente, que os seria imposible formar una duda séria de su existencia, ¿no os veríais obligado á confesar, que el rehusaros á creer estos misterios, únicamente porque no los comprendeis, no es mas que un capricho y una obstinacion? Porque en fin, ello es mas claro que el dia, que este razonamiento: *Yo no comprendo, luego no debo creer,* se extiende á todo, ó no vale nada.

Vos decís: yo no debo creer sino lo que puedo comprender; y yo digo á mi vez, pues no creais nada, señor filósofo, de cuanto veis: no creais nada de lo que en vos

pasa : no creais, ni vuestra propia existencia, porque nada de esto comprendeis.

Digo que nada comprendeis de todo lo que veis. Este mundo que habitais, y de quien sois parte, está incesantemente expuesto á vuestros ojos: vedlo ahí : de su existencia y de la vuestra no podeis dudar. Ahora, pretendo yo, y voy á demostrároslo, que no comprendeis cómo existe este mundo.

Vos convenís en que el mundo no es eterno, y en que él no se hizo á sí mismo : tambien convenís en que este mundo no es la obra del acaso, ó del concurso fortuito de los diferentes cuerpos que le componen. Todas estas hipótesis encierran absurdos tan chocantes, que os habeis visto reducido á abandonarlas. (Ya no digo mas sobre estas hipótesis, mi amado Teótimo, porque lo he refutado en la primera Conferencia de la primera Parte.) Siendo esto así, teneis obligacion de reconocer que el mundo es obra de un Sér eterno y todopoderoso, infinito en inteligencia y sabiduría, porque así como es evidente que el mundo debe tener una causa de su existencia, así lo es tambien claramente que no ha podido tener otra.

Vos, pues, creeis, con los cristianos, que Dios ha criado el mundo; pero concebís bien, ¿cómo no existiendo el mundo, ni nada del mundo existiendo tampoco, ni por la materia, ni por la forma, el mundo salió de la nada á la primera órden que Dios le dió? ¿Concebís, cómo en un solo instante, y por un acto solo de su voluntad, Dios ha criado el cielo, la tierra, la mar, con todo lo que encierran? Respondedme de buena fe : ¿concebís todo esto? No, no lo concebís : vos no teneis idea alguna de la infinita eficacia de la voluntad de Dios : vos no teneis idea alguna de la relacion necesaria que hay entre el acto eterno, por el cual ha querido Dios que el mundo existiese en el tiempo, y la existencia real y efectiva del mundo. Vos no comprendeis cómo en virtud de esta palabra de Dios : *Fiat lux : Húgase la luz*, la luz brilló al instante. Vos no concebís tampoco cómo existe el mundo. Sin embargo, lo repito, vos no podeis dudar la existencia del mundo. Confesad, pues, que no comprender, no es siempre una razon para no creer.

Vos no comprendeis cómo es posible que el mundo exista : añadid, que no comprendeis mejor las leyes que le gobiernan. El mundo, dice la Escritura santa, este mundo que Dios ha hecho jugando, es un problema que ha propuesto á los hombres. Este problema no está resuelto todavía, ni jamás lo estará. Todos los ingenios grandes que ha producido el género humano, se han ejercitado en este grande objeto, sin adelantar nada. Cada filósofo ha querido construir un mundo, y todos estos mundos se han arruinado como edificios fabricados sobre arena. Han opuesto razonamientos á razonamientos, conjeturas á conjeturas, observaciones á observaciones y sistemas á sistemas. En esta guerra, que llamanos la guerra de los sabios, y que el Espíritu santo llama una guerra de ignorancia : en esta guerra, que dura despues de tantos siglos, cada uno de los combatientes ha conseguido la victoria sobre todos los otros, y ha sido vencido por ellos á su vez, porque cada uno ha demostrado los errores de sus adversarios, sin hallar ninguno la verdad : y si nuestra presuncion fuera capaz de ceder, convendríamos en fin en que el hombre es hecho para contemplar el mundo, para admirarle y gozarle, y no para conocerle.

¡Eh! ¿cómo conoceriamos nosotros el mundo, siendo unos débiles mortales, cuando la menor criatura de las que le componen excede á nuestra inteligencia? ¿Qué viene á ser, señor filósofo, la luz que nos alumbra? ¿Qué es el aire que respiramos? ¿Qué es la tierra que nos sostiene? Otros tantos misterios para vos, para mí y para todos los hombres. Ved aquí una gota de agua, un grano de arena y una poca de yerba : ya veis que no busco medios de poneros en embarazo, y que tomo por casualidad lo que cae entre mis manos. Decidme lo que es esta gota de agua, este grano de arena, y esta poca de yerba. Hacedme conocer su naturaleza íntima y todas sus propiedades. Ponedme en estado de decir, yo comprendo esta gota de agua, este grano de arena y esta poca yerba. ¿Quereis, para trabajar en estos grandes objetos, un siglo? ¿quereis dos? ¿quereis mil? Yo os los doy, y desafiándoos á que no adelantais nada ; y tambien hago el mismo desafío á todos los filósofos juntos. Es muy cierto, señor filósofo, que vos no comprendeis nada

de lo que veis, y por una ilacion necesaria es cierto, que el no comprender no es siempre una razon para no creer.

¡Eh! ¿Qué será si os manifiesto que vos no os comprendeis á vos mismo, ni comprendeis nada de lo que en vos pasa?

¿Podríais vos, señor filósofo, decirme cómo se ha formado vuestro cuerpo en el seno de vuestra madre? ¿cómo ha entrado vuestra alma en vuestro cuerpo? ¿cómo estos dos séres tan opuestos han podido unirse tan estrechamente, mezclarse y confundirse de tal modo el uno con el otro, que no son sino un mismo todo? ¿Qué es vuestra alma? ¿dónde está? ¿cómo subsiste? vos pensais, ¿qué es el pensamiento? vos sentís, tan presto placer, tan presto dolor, ¿qué es el dolor, qué es el placer? vuestros ojos ven los colores, ¿por qué ven vuestros ojos? ¿qué son los colores que ven vuestros ojos? ¿qué sabeis vos sobre todo esto? Lo que saben los mas estúpidos; esto es, nada, nada absolutamente. Sin embargo, vos existís: veos aquí delante de mí. Habeis jamás dudado lo que en vos pasa, ¿porqué no lo comprendeis? El misterio de vuestra existencia: ¿os ha hecho jamás dudar de vuestra existencia? Convenid, pues, en que el no comprender, no es siempre una razon para no creer. ¡Qué, señor filósofo, el mundo es un misterio para vos! ¡Cada una de las criaturas que componen este mundo es un misterio para vos: vos sois tambien un misterio para vos mismo, y quereis comprender á aquel Sér supremo y eterno, que ha hecho el mundo, y os ha hecho á vos mismo de la nada!

El Filósofo: Es cierto que no concibo cómo el mundo ha podido y debido existir en virtud de un solo acto de la voluntad de Dios; pero, en fin, yo veo el mundo, yo le habito, yo gozo de él, y su existencia admira continuamente todos mis sentidos. Yo sé por otra parte, que el mundo no es eterno: que él no ha podido hacerse á sí mismo, ni ser la produccion del concurso fortuito de los séres que le componen; y de aquí concluyo evidentemente que es Dios quien lo ha hecho de la nada.

Yo no conozco el fondo y la naturaleza íntima de ninguno de los séres que componen el mundo; pero estoy

continuamente rodeado de estos séres. Yo los tengo delante de mis ojos y entre mis manos : ellos están sometidos á todos mis usos. Yo no concibo ni el fondo de mi propio sér , ni nada de lo que pasa en mi ; pero tengo conocimiento de mi sér y de sus modificaciones. Yo no tengo conocimiento alguno ideal de ninguna de esas cosas; pero en defecto de estos conocimientos, tengo las pruebas de hecho, las pruebas de sentimiento, las pruebas de experiencia, y estas pruebas me bastan. Que me den otras semejantes ó equivalentes del misterio de la Trinidad, y estoy pronto á creerle.

El Cristiano. Vuestra respuesta es de un hombre que tiene buen juicio, y disputa de buena fe : ella me asegura la victoria, y me alegro de ello, mas por vos que por mí, porque os importa mucho mas ser el vencido, que á mí el vencedor; y os anuncio que bien presto estaremos acordes, y que en un momento creereis el misterio de la Trinidad, y todos los otros misterios tan firmemente como yo los creo.

Vos concebís que el misterio de la Trinidad es simplemente incomprensible : vos concebís tambien que hay una infinidad de cosas que no podemos comprender , y que sin embargo nos vemos obligados á creer ; porque si por una parte no podemos concebir su posibilidad , tenemos por otra pruebas ciertas de su existencia ; en consecuencia de esta doble confesion , vos prometeis creer el misterio de la Trinidad, por incomprensible que sea, si os doy pruebas ciertas de la existencia de este misterio. Ahora voy á daros una prueba cierta é infalible de la existencia del misterio de la Trinidad ; una prueba que no solo es equivalente á una demostracion directa é ideal, sino tambien á todas las pruebas de este género.

El Filósofo. Vos prometeis mucho , y no sé si podreis cumplir vuestra palabra en toda su extension : veamos , pues, esta prueba , en la cual teneis tanta confianza , y anunciais con un aire tan triunfante.

El Cristiano. Vedla aquí : ¿ no estais convencido de que Dios debe ser creido de los hombres en el testimonio que les da él mismo tocante su naturaleza , su sér , su modo de existir ; y finalmente tocante sus obras ? Si , sin duda, vos lo estais de este principio ; porque para

negarle, seria preciso suponer, ó que Dios no se conoce á sí mismo, ni sus propias obras, lo que seria una horrible blasfemia, ó que Dios puede dar á los hombres un testimonio falso tocante su naturaleza, ó la de sus obras, lo que seria una blasfemia mas horrible todavía; ó en fin, que los hombres, aunque convencidos de la veracidad infinita de Dios, tienen no obstante el derecho de no recibir el testimonio que les da tocante su propio sér, ó tocante sus obras, á menos que no les dé ideas netas de las cosas que les revela, y que no se las haga comprender; lo que seria á un tiempo el colmo de la impiedad, y el último grado de la locura. Es así que Dios ha declarado á los hombres del modo mas auténtico : *Que él existia en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza ó de sustancia :* luego vos debeis creer : *Que Dios existe en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza ó de sustancia*, quiere decir, que debeis creer el misterio de la Trinidad, aunque es incomprensible.

El Filósofo. Los hombres están obligados á creer todo lo que Dios les revela. Es así que Dios ha revelado á los hombres, *que él subsistia en tres Personas perfectamente distintas, en una unidad de esencia :* luego los hombres están obligados á creer *que Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad.* Ved aquí vuestro razonamiento. La tercera proposicion de que se compone este razonamiento resulta claramente de las otras dos : concedo; pero para que esta tercera proposicion sea verdadera, es necesario que las otras dos sean ciertas y demostradas; y hay una que no lo está. Vos decís que los hombres están obligados á creer ciegamente todo lo que Dios les revela. Estoy muy persuadido de ello : añadís, que Dios ha revelado á los hombres, que existia en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia; y yo no lo creo. Probadme, pues, que Dios ha dado á los hombres la revelacion de que hablais. ¿ En qué tiempo, en qué país y de qué manera se ha manifestado Dios á los hombres, para declararles este misterio? ¿ En qué términos ha hecho esta declaracion? ¿ A quién la hizo? ¿Fué á un pue-

blo entero, ó á un corto número de hombres? ¿Dónde están los monumentos que testifican esta grande revelacion? ¿Estos monumentos son auténticos ó sospechosos? ¿Merecen ser creidos de las naciones? Ved aquí, pues, lo que debeis demostrar.

El Cristiano. Os respondo, señor filósofo, con estas palabras de san Juan: « El Verbo se hizo carne, y habitó » entre nosotros, » para instruirnos y revelarnos los secretos y la voluntad de su Padre. Si: él Verbo de Dios, la segunda persona, de esta santa y augusta Trinidad, que los cristianos creen y adoran, se hizo hombre sin dejar de ser Dios, y este Dios hombre es quien nos ha declarado que Dios subsistia en tres personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de naturaleza.

Vos sonreis de mi respuesta, y bien veo que la mirais como una pomposa paradoja; mas espero que cuando la haya desenvuelto, jusgareis distintamente. Vos habeis oido hablar de los libros del Evangelio, y tal vez los habreis leido. Vos sabeis que estos libros son mirados por los cristianos como su título primordial, y como el monumento auténtico de la revelacion que han recibido de Dios. Estos libros no son otra cosa sino la historia de Jesucristo. Ahora voy á demostrar: 1° que esta historia es la mas verdadera, la mas auténtica, y mas fiel en el todo y en sus partes de cuantas jamás se han escrito; 2° que los libros del Evangelio son libros divinos, esto es, libros escritos por inspiracion de Dios; 3° que siendo esto así, se sigue que todos los hechos consignados en estos libros son incontestables, y que por consecuencia Jesucristo ha sido el mismo que los libros del Evangelio nos lo manifiestan; 4° que Jesucristo no puede haber sido como los libros del Evangelio nos lo representan, si no era Dios: luego Jesucristo es Dios; 5° que Jesucristo nos ha revelado el misterio de la Trinidad, y todos los otros misterios de la Religion cristiana: luego es Dios mismo quien ha revelado estos misterios.

El Filósofo. Demostradme las cinco proposiciones que acabais de sentar, y me hago cristiano; pero acordaos que es menester demostraciones. Empezad: vedme aquí ya pronto á escucharos.

El Cristiano. Digo, pues, desde luego, señor filósofo, que los libros del Evangelio son la mas verdadera historia, la mas auténtica, y la mas fiel en su todo y en sus partes que jamás se haya escrito, etc. Aquí es menester probar, mi amado Teótimo, la primera proposicion, y en seguida las otras cuatro, como nosotros lo hemos hecho en la segunda parte de nuestras Conferencias. Supongamos, pues, que el cristiano que habla en este diálogo ha probado estas cinco proposiciones, y escuchemos al filósofo.

El Filósofo. Todo lo que acabais de decir tiene mucha fuerza, mi entendimiento al oirlo se ha conmovido vivamente. Cuando yo me burlaba de la credulidad de los cristianos, que trataba ciertamente de pueril, no conocia por cierto las razones sobre las cuales está fundada su fe; hoy les hago mas justicia, y poco falta (tanto me habeis conmovido) para que crea lo que ellos creen. Pero todavía quiero, y me tomo algunos dias para reflexionar lo que me habeis dicho. Luego vendré á buscaros, y á daros parte de mi resolucion. Sin embargo, os suplico tengais la bondad de responderme hoy á algunas objeciones, de las cuales me parece que me habeis hecho conocer la debilidad de antemano, y de las que no puedo no obstante hallar la resolucion. Este es un resto de oscuridad que permanece al rededor de mi entendimiento: la luz de la verdad comienza á disiparle; pero no le disipa enteramente. Ved aquí la primera de estas objeciones.

Los misterios de la Religion cristiana son incomprensibles; este es un principio. Siendo estos misterios incomprensibles, son superiores á la razon; los cristianos convienen en ello. Es así que todo lo que es superior á la razon, es contra la razon: luego los misterios de la Religion son contra la razon; y de aquí pregunto si es justo obligar á entes racionales á creer cosas contra la razon.

El Cristiano[1]. Esta objecion no es nueva para mí.

1 *Nota.* Todo lo contenido entre estas palabras: « Esta objecion » no es nueva para mí, » y estas; « porqué, pues, los cristianos, » que dan principio á la segunda objecion, parecerá tal vez superior

¿Cuántas veces no la he oido proponer? Ella ha hecho en mí toda la impresion que ha podido hacer; porque frecuentemente he reido de su extravagancia, y otras veces tambien me ha causado vergüenza el ver que deshonra á la humanidad. Yo sostengo que esta objecion no puede dimanar sino de personas que han jurado no dejarse jamás convencer de la verdad. La desesperacion de nuestros filósofos la hizo nacer, y ella es el último esfuerzo de su mala fe.

Observemos desde luego que este principio: « Lo que » es superior á la razon, es contra la razon, » es nuevo. No encontrando nuestros nuevos filósofos en los antiguos principios, aquellos principios recibidos en todos tiempos, y en todos los pueblos; aquellos principios que son la luz comun de los entendimientos, y los fundamentos de la lógica ó del raciocinio; no encontrando nuestros nuevos filósofos, dije, en ninguno de aquellos principios con que combatir con éxito la religion, han tomado el partido de formarse principios absurdos. Ellos sacan de estos principios todas las consecuencias que

al alcance de muchas personas jóvenes. En este caso podrán contentarse con hacerles leer la respuesta abreviada que pongo aquí, que es muy clara, y encierra todo el fondo de la respuesta grande.

El Cristiano. Acabo de haberos convenir en que hay una infinidad de cosas que la razon de los hombres no puede comprender, y que sin embargo, esta misma razon les obliga á creerlas. Por otro lado, el simple buen juicio os convence que nada es incomprensible á la razon de Dios. Así este pretendido axioma, con el cual hacen tanto ruido en nuestros dias, y del cual se aplauden como de un raro descubrimiento: « Todo lo que es superior á la razon, » es contra la razon, » no es en el fondo otra cosa sino un juego de entendimiento, que nada significa; porque cuando se dice que » todo lo que es superior á la razon, es contra la razon; » ó quieren hablar de la razon de Dios, ó de la razon del hombre. Si quieren hablar de la razon del hombre, esta proposicion es absurda, porque el mundo presenta á los hombres evidentemente una infinidad de misterios superiores á su razon, y que esta misma razon les obliga á admitirlos; y si quieren hablar de la razon de Dios, esta proposicion es tambien absurda, porque suponen que hay cosas superiores á la razon de Dios, lo que choca de frente las primeras nociones que tenemos de este sér Supremo.

El Filósofo. Porque, pues, los cristianos, etc.

quieren, porque los han imaginado para poder sacar estas consecuencias : de que sucede que el principio nace de la consecuencia, cuando la consecuencia debe nacer del principio. Estos señores hacen lo que un hombre que definiera al hombre : « un animal de dos piés, » sin plumas, » para poder deducir de ello, que un gallo desplumado es un hombre. ¿Hay en el mundo cosa mas ridícula y mas extravagante?

Pero examinemos este principio : vos vais á ver que he dicho con mucha razon, que este es el último esfuerzo de la mala fe de los filósofos de nuestros dias.

Todo lo que es superior á la razon, es contra la razon. Distingamos desde luego la razon tomada en general, la razon por esencia, la razon del Sér infinito, esto es, de Dios, y la razon de los séres particulares, como el hombre.

La razon por esencia, ó la razon de Dios, es infinita é infalible. Es infinita, porque Dios conoce todo lo que es, todo lo que ha sido, todo lo que será, y todo lo que puede ser. Es infalible, porque Dios ve clara y distintamente todas las relaciones que todos los séres existentes y posibles tienen y pueden tener entre sí, y no puede engañarse en el juicio que forma, tocante estas relaciones. « Él es la luz misma, y en él no hay tinieblas; todo está » desnudo y descubierto delante de sus ojos. »

La razon del hombre es limitada y defectuosa. Es limitada, porque el hombre conoce pocas cosas, y no ve las relaciones que las mismas cosas que conoce tienen entre sí. Es defectuosa, porque el hombre puede engañarse, y engañarse en efecto muy frecuentemente en los juicios que hace, tocante las relaciones que tienen entre sí las cosas que conoce. Puede por falsos juicios, ó unir ideas que se excluyen las unas á las otras, ó separar las que se identifican, como han hecho los que han creido que el mundo era Dios, ó aquellos que han propalado que Dios no tiene la presencia de los sucesos que dependen de causas libres.

Por lo que acabo de decir se evidencia, que nada es superior á la razon por esencia, ó á la razon de Dios, y tambien se evidencia que debe haber, y en efecto hay, una infinidad de cosas superiores á la razon de los séres

inteligentes, particulares ó criados, y sobre todo á la del hombre, que es el mas limitado de estos séres. El hombre no tiene sino ideas imperfectas de las cosas que conoce, y hay una multitud innumerable de ellas, que de ningun modo conoce; esto es, de las cuales no tiene idea alguna. Todas estas cosas son absolutamente, ó á lo menos con ciertos respectos superiores á la razon del hombre. Los ojos de su entendimiento, así como los de su cuerpo, llegan ó alcanzan á una cierta distancia, y abrazan un cierto número de objetos, los cuales ve de un modo mas ó menos distinto, y mas allá de esta distancia no descubre ya nada.

Así, cuando se dice en el primer miembro del principio que disputamos: *Todo lo que es superior á la razon*, la razon de que quiere hablarse, no es, ni puede ser, la razon del hombre; ó si se quiere hablar de la razon por esencia, de la razon de Dios, se dice un absurdo; porque, lo repito, es evidente que nada puede ser, ni es superior á esta suprema razon.

Examinemos ahora el segundo miembro de este principio, y comparémosle con el primero.

Todo lo que es superior á la razon, es contra la razon. ¿Qué es lo que es *contra la razon?* Sin duda lo que repugna, lo que es contradictorio, lo que se compone de ideas que una á otra se excluyen, como, *el todo es igual á su parte*, *un Dios sin bondad*. Estas proposiciones y todas las otras del mismo género, son contra la razon. Digo contra la razon por esencia, ó la razon de Dios, y al mismo tiempo contra la razon del hombre. Volvamos á nuestro principio, esto es, al principio en cuestion.

Todo lo que es superior á la razon, es contra la razon En el primer miembro de este principio la palabra *razon*, no puede entenderse sino de la razon del hombre, segun lo hemos demostrado mas arriba; y así es preciso entender este principio como si se dijera: *Todo lo que es superior á la razon del hombre, es absurdo y contradictorio*. Ahora, esta proposicion no solamente es falsa, sino tambien extravagante; porque hay una infinidad de cosas que son superiores á la razon del hombre, las cuales no obstante son muy verdaderas y muy ciertas: de tal modo, que el hombre mismo, que no las comprende, sin

embargo, se ve obligado á creerlas. Esta proposicion es tambien impía en su supuesto, porque supone que nada es cierto sino lo que está demostrado tal para el hombre; es decir, que lo que el hombre comprende, y por consecuencia, que lo que el hombre no comprende, Dios mismo no puede comprenderlo.

¿Qué quieren decir nuestros nuevos filósofos cuando sientan como un principio, *que todo lo que es superior á la razon es contra la razon?* ¿Es que es contra la razon del hombre el creer lo que es superior á su razon, y que Dios mismo no puede obligar al hombre á creer las cosas que le revela, cuando estas cosas son superiores á su razon?

¡Pero qué! ¿El hombre no está obligado á recibir el testimonio de Dios, á creer á este Sér supremo sobre su palabra, á menos que no se abata hasta suministrarle las pruebas de lo que afirma? Si el Sér supremo exigiera del hombre semejante deferencia á su autoridad, atropellaria sus derechos y seria injusto; seria un tirano. ¡Qué insolencia! ¡qué blasfemia! ¿y son hombres los que hablan así?

Luego está demostrado 1º que nada es superior á la razon de Dios; 2º que una infinidad de cosas son superiores á la razon del hombre, sin dejar por ello de ser ciertas; 3º que no es contra la razon del hombre, y mucho menos contra la razon de Dios, que el hombre crea las cosas superiores á su razon; 4º que la razon de Dios y la razon del hombre se reunen para decir al hombre que debe creer ciegamente las cosas que están mucho mas allá de su razon, cuando Dios le da de ellas testimonio; porque el testimonio de Dios es de tanto peso como todas las demostraciones juntas. Siendo esto así, ya veis que este principio imaginado de nuestros nuevos filósofos: *Todo lo que es superior á la razon, es contra la razon,* no es otra cosa sino un tejido de absurdos, y que yo lo he caracterizado muy bien cuando dije que era el último esfuerzo de su mala fe.

El Filósofo. Pero en fin, la razon es una, y por consecuencia la razon de Dios y la razon del hombre no son dos razones sino la misma razon, y por una ilacion necesaria, lo que es segun la razon del hombre, es segun la

razon de Dios : lo que es superior á la razon del hombre es superior á la razon de Dios ; y lo que es contra la razon del hombre es contra la razon de Dios.

El Cristiano. Todo esto es como si dijérais : El agua de una fuente es la misma agua que la del océano ; la luz de un rayo de una línea de diámetro es la misma que la del sol ; luego pueden regarse y fertilizarse otras tantas tierras con el agua de una fuente, como con toda el agua del océano ; pueden verse tantos objetos, y verse distintamente con un rayo de una línea de diámetro, como pueden descubrirse con toda la luz del sol. La comparacion no es todavía exacta; porque la proporcion del agua de una fuente con la del océano, y la proporcion de un rayo de línea de diámetro, con toda la luz del sol, son de pequeño á grande, en vez que la proporcion de la razon del hombre con la razon de Dios, es de lo finito á lo infinito.

Cuando dicen que la razon es una, se entiende que una proposicion demostrada verdadera por un principio evidente, no puede ser demostrada falsa por otro principio evidente ; porque los principios no se contradicen : de que resulta que la fe no es contraria á la razon humana ; es decir, que las verdades reveladas no combaten á las que conocemos con la luz natural.

En este sentido es una la razon ; pero por otra parte, como lo he dicho, hay una diferencia infinita entre la razon de Dios y la razon del hombre. Dios todo lo conoce : el hombre no conoce casi nada : Dios ve distintamente todas las relaciones que todas las cosas tienen entre sí : el hombre no percibe sino un pequeño número de las relaciones que tienen entre sí las cosas que conoce, y frecuentemente percibe estas relaciones de un modo confuso. Dios juzga infaliblemente de la naturaleza de las relaciones que todas las cosas tienen entre sí : el hombre puede engañarse, y frecuentemente se engaña en los juicios que forma tocante las relaciones que entre sí tienen las cosas que conoce. Así el hombre da en mil errores, se llena de mil preocupaciones, saca mil consecuencias falsas y temerarias ; en una palabra, el hombre, este animal racional, falta á la razon á cada momento.

Cuando los hombres conozcan los verdaderos límites de su razon : cuando no formen ningun juicio fijo y sólido, sino con el socorro de la luz de la evidencia : cuando sepan dudar á propósito, y suspender sus juicios; cuando adoren con un profundo respeto la suprema razon de Dios, y se sometan humildemente á la autoridad de esta razon infalible : entonces la razon del hombre será en un sentido la misma razon que la de Dios, porque entonces los hombres usarán de la facultad de raciocinar que Dios les ha dado, como Dios ve que deben usar de ella, y como quiere que usen.

¡ Cosa asombrosa ! todos los libros de aquellos hombres que llamamos sabios, están llenos de protestas que hacen de su ignorancia. Por todas partes leo, y oigo decir, que nada es mas débil y mas limitado que el entendimiento del hombre ; que nuestra razon es oscura ; que no sabemos nada; que todo lo que saben los mas sabios es, que no saben nada ; que mientras mas se adelanta en la carrera de las ciencias, mas convencido se queda de que no se sabe nada ; y estos mismos hombres que lloran su ignorancia en términos tan magníficos, estos hombres que vemos admirarse ellos mismos de su profunda ignorancia, estos hombres se atreven á sublevarse insolentemente contra la ciencia de Dios, para servirme aquí de las palabras de san Pablo : se atreven á sostener á Dios, que lo que dice no es, y no puede ser : quieren someterle á darles las pruebas de ello ; y tienen la temeridad de decirle, que no creerán, si no ven y comprenden lo que les revela. ¿Puede aliarse tanta presuncion contanta debilidad?

El Filosofo. ¿ Porqué, pues, los cristianos (esta es mi 2ª objecion) dicen que para creer los misterios de la Religion, debe el hombre renunciar su razon ? ¿ Qué significa este lenguaje ? Si el hombre está obligado á renunciar su razon para creer los misterios de la Religion, estos misterios no contradicen la razon ; y si estos misterios no contradicen la razon, es evidente que los cristianos se contradicen á sí mismos, cuando dicen que el hombre está obligado á renunciar su razon para creerlos.

El Cristiano. Esta objecion no hace honor, permitid-

me que lo diga, ni á la precision de entendimiento, ni á la buena fe de aquellos que la hacen, y de quienes la habeis tomado. Ella gira sobre dos equivocaciones, que son muy fáciles de desenredar. 1° Los cristianos no dicen simplemente que el hombre está obligado á renunciar la razon para creer los misterios de la Religion; sino que está obligado á renunciar su razon, lo que es muy diferente. 2° Cuando los cristianos dicen que el hombre está obligado á renunciar su razon para creer los misterios de la Religion, toman en un sentido figurado estas palabras: *renunciar su razon.*

Todo lo que esta proposicion, *El hombre, para creer los misterios de la Religion, está obligado á renunciar su razon*, significa en su boca, es que, para creer los misterios de la religion, debe el hombre renunciar la curiosidad de su razon, que todo lo quiere saber y profundizar: al orgullo de su razon, que afecta una ridícula independencia; y la presuncion de su razon, que le persuade á que lo que no comprende ni ve no puede ser cierto.

Ved aquí, señor filósofo, en qué sentido dicen los cristianos que el hombre está obligado á renunciar, no la razon, sino su razon, para creer los misterios de la Religion; pero por otra parte estos mismos cristianos no renuncian así su razon, sino porque ella misma les prescribe esta renuncia. La sumision con la cual creen los misterios mas impenetrables, es una sumision racional, sirviéndome aquí de las palabras del apóstol san Pablo; esto es, una sumision para la cual la razon les presta los motivos, y motivos, no solamente probables y plausibles, sino enteramente evidentes. Lo que creen es oscuro para ellos, pero ven claramente que deben creerlo; no ven lo que creen, pero saben que Dios lo ha revelado, y esto les basta para creerlo tan firmemente como si lo vieran, porque están ciertos de que la palabra de Dios tiene ella sola mas peso que todas las demostraciones juntas. Así, cuando yo renuncio mi razon para creer los misterios de la Religion, la renuncio, porque la misma razon me manda que lo haga. Yo me sirvo de mi razon para examinar las pruebas de la revelacion: yo examino los hechos, y los comparo entre sí:

yo peso y aprecio los testimonios; yo llevo por todas partes la antorcha de la mas severa crítica; y cuando de este exámen resulta que Dios ha revelado verdaderamente al mundo los misterios de la Religion cristiana, me someto sin vacilar, y los creo. ¿Puede procederse mas sabiamente? Yo camino en pos de mi razon hasta donde puede conducirme, y cuando la abandono, lo hago por consejo suyo, y para ponerme en manos de una guia infinitamente mas segura, la cual no puede jamás extraviarse, ni extraviarme.

El Filósofo. Pero, en fin, ¿porqué ha querido Dios someter los hombres á creer misterios impenetrables? ¿Porqué ha querido reducir su razon á tan duro cautiverio?

El Cristiano. Os respondo, en primer lugar, que Dios no tenia obligacion de llamaros á su consejo, ni tomar vuestro parecer tocante las leyes que tenia que daros: que él mismo sabe porqué ha querido poner vuestra razon bajo el yugo de la fe, y que debe bastaros que él lo sepa: que vos sois su criatura, y no su juez: que debeis adorar la conducta que tiene con vos, y no examinarla curiosamente: que todo lo que os manda os debe parecer sabio, por la sola razon de que es él quien lo manda, supuesto que es la sabiduría misma; y que si no le obedeciéseis sino porque lo que os manda os parece sabio, entonces os hacíais superior á él, y no obedeceríais en el fondo sino á vos mismo.

Os respondo, en segundo lugar, que para gloriasu ya, ha querido Dios someteros á creer misterios impenetrables; porque era propio de la grandeza de Dios, el prescribiros lo que debíais creer del mismo modo que lo que debíais practicar, dominando así tambien vuestra razon y vuestra voluntad. Cumpliendo, á pesar de la repugnancia de vuestro corazon, y la rebelion de vuestros sentidos, los preceptos que Dios os ha dado para que fuesen la regla de vuestras acciones, honrais á Dios como suprema Santidad. Creyendo, á pesar de las oposiciones de vuestra razon, los misterios que Dios os ha revelado, le honrais como Soberana verdad. Así el hombre todo entero está como inmolado á Dios en la Religion cristiana. Él inmola su entendimiento, por la

fe; su corazon, por el amor; su voluntad, por la aceptacion de los preceptos; y su cuerpo, por la práctica de todas las buenas obras: y de todo esto resulta claramente, que una Religion donde Dios propone al hombre misterios incomprensibles, es mas digna de Dios que una Religion donde no los propusiera; y por consecuencia, que la primera Religion es mas perfecta y tiene un carácter de divinidad mas que la segunda; de donde se sigue por última análisis, que bien lejos de que la incomprensibilidad de los misterios sea una razon para desechar la Religion cristiana, ella es, por el contrario, una razon mas para recibirla.

El Filósofo. Nada mas tengo que objetar, pero como ya os lo he dicho, necesito algunos dias para reflexionar todo lo que he oido: despues de este término volveré á buscaros para participaros mi última resolucion.

El Cristiano. Cuando gusteis: y espero de la rectitud de vuestro entendimiento, y todavía mas de la gracia de Dios, que es quien puede disipar enteramente vuestras preocupaciones contra la Religion cristiana, que os abrigareis en su seno. En tanto que así se lo suplico por mi parte, suplicádselo vos tambien por la vuestra. A Dios, señor filósofo: la noticia mas agradable que podeis traerme, será la de vuestra mudanza.

Vuelvo á tí, mi amado Teótimo; ¿ qué piensas de la disputa que acabas de oir? ¿ En favor de quien sentencias? Pero ¿ Porqué te lo pregunto? Tus miradas y tu aire me lo dicen bastantemente. Tú has notado, sin duda, que bajo el nombre de cristiano que he introducido, probé cuatro de las proposiciones que senté; á saber:

1° Que los misterios de la Religion cristiana no son contrarios á la razon;

2° Que la incomprensibilidad de estos misterios no seria una razon para negarlos absolutamente aunque Dios no los hubiera revelado;

3° Que en la suposicion de que Dios ha revelado estos misterios, su incomprensibilidad no es tampoco para los hombres un pretexto plausible para dudar de ellos;

4° Que los misterios, por la misma razon de ser incomprensibles, dan á la Religion cristiana un carácter de divinidad que sin esto no tendria.

Luego no me queda ya mas que demostrar, sino que siendo los misterios el fundamento de una Religion tan grande, tan santa, tan augusta, que es evidente que solo Dios pudo concebir su plan, se sigue de aquí claramente, que los mismos misterios son otras tantas verdades divinas.

Ahora, Teótimo, vuelvo á seguir mi primer método, dirigiéndote la palabra.

Un viajero encuentra en Egipto, ó en cualquiera otra region, un edificio antiguo, que despues de un gran número de siglos se ha conservado tan bien, que parece todavía nuevo. Parece que el tiempo, que todo lo destruye, le ha respetado á causa de su hermosura. Este edificio se eleva hasta las nubes, y occupa por su base un vasto terreno: mientras mas de lejos se le mira, mas aturde los ojos; y cuando se le ve de cerca, sorprende todavía mas el entendimento, que habia admirado la vista: es una obra maestra de regularidad y de magnificencia. Despues de haber contemplado largo tiempo el todo de este grande edificio, nuestro viajero considera sus partes una despues de otra y no halla ninguna de la cual no admire la belleza. Vuelve así varias veces de las partes al todo y del todo á las partes, y siempre su admiracion es la misma. No se cansa de examinar este vasto y soberbio monumento; y obligado al fin á retirarse de él, lleva su imágen por todas partes en el entendimiento. Este monumento da una grande idea, así del arquitecto que ha concebido semejante idea, como del poder del rey, ó del pueblo que lo ha hecho construir. Parece que este arquitecto ha querido desafiar á todos los arquitectos futuros á no imaginar nada semejante; y parece que este pueblo ó este rey ha querido desafiar á todos los reyes y á todos los pueblos á no ejecutar nada que se le parezca. Si esto es así, no se han engañado; porque el viajero, de quien hablo, ha recorrido toda la tierra, y confiesa que no ha visto nada que pueda compararse á este edificio.

Tú comprendes, Teótimo, sin trabajo, que desde la primera mirada que arroja nuestro viajero sobre este maravilloso edificio, hace juicio de lo que está oculto bajo de tierra, por lo que parece sobre ella, y que no duda

que los cimientos, que no puede ver, serán de una profundidad y firmeza proporcionados á la altura y solidez de los muros que ve.

La aplicacion de esta especie de parábola á la materia que tratamos, es fácil de hacer, y ella misma se presenta al entendimiento. Este edificio tan vasto, tan elevado, tan regular y tan magnífico, es la Religion de Jesucristo. Los fundamentos de este edificio, son los misterios que sirven de base á esta Religion. El viajero eres tú, Teótimo, y lo son todos los hombres, cuyo recto y simple juicio sabe discernir las cosas justamente. Cuando consideramos atentamente la Religion de Jesucristo, nos parece tan grande, tan santa y tan augusta, que no podemos dejar de admirarla, ni dejar de confesar que solo Dios ha podido concebir su plan. Ahora, los misterios son los fundamentos de la Religion de Jesucristo. Concluyamos, pues, que estos misterios, por ocultos é incomprensibles que sean á nuestro entendimiento, son sin embargo otras tantas verdades divinas; porque seria á un tiempo el colmo de la locura y el de la impiedad, decir que la verdad de Dios está fundada sobre la mentira; que Dios ha elevado el edificio de su Religion sobre falsas suposiciones, y ha edificado sobre quimeras.

No se trata ya mas que de desenvolver las partes de este razonamiento; y para hacerlo con órden expondré desde luego en pocas palabras los principales misterios de la Religion cristiana. Te presentaré seguidamente un plan fiel de esta Religion: despues de esto, te demostraré que solo Dios pudo concebir este plan; y de ello concluiré, que siendo los misterios el fundamento de este plan de Religion, son por consiguiente otras tantas verdades divinas. Procuraré proporcionarme á tu edad, tanto cuanto la profundidad de la materia me lo permita, y den de sí mis fuerzas.

CORTA EXPOSICION

DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS DE LA RELIGION CRISTIANA.

Primer misterio. Dios subsiste en tres personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de naturaleza: estas personas son, el Padre, el Hijo, yel Espíritu santo. El Padre no es, ni criado, ni hecho, et engendrado, ni procedente de otra persona. El Hijo es engendrado del Padre solo, de toda eternidad. El Espíritu santo procede de toda eternidad, del Padre, y del Hijo, por una misma operacion indivisible, y como de un solo principio. Estas tres personas tienen la misma naturaleza, la misma esencia, la misma divinidad: son consustanciales y perfectamente iguales en todas las cosas. Así, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu santo es Dios, y con todo eso no hay sino un Dios. No hay mas que un Dios, y sin embargo el Padre, el Hijo, el Espíritu santo son tres personas distintas; porque la persona del Padre no es ni la persona del Hijo, ni la persona del Espíritu santo; la persona del Hijo no es ni la persona del Padre, ni la persona del Espíritu santo: la persona del Espíritu santo no es ni la persona del Padre, ni la persona del Hijo.

Segundo misterio. El Hijo de Dios, esto es, la segunda persona de la Trinidad, se hizo hombre, tomando un cuerpo y un alma semejantes á los nuestros; de suerte, que de la union del Hijo de Dios con este cuerpo y esta alma, no se formó sino un todo físico. Este adorable compuesto es Jesucristo, en el cual están unidas la naturaleza humana y la naturaleza divina, sin confusion, y distintas sin separacion. Así, en Jesucristo hay dos naturalezas, pero no hay mas que una sola persona, que es la persona del Verbo, ó del Hijo de Dios. Así, Jesucristo es Dios y Hombre todo junto; Dios perfecto, Hombre perfecto. Así, en Jesucristo hay una comunicacion de atributos entre las dos naturalezas que le componen. Se dice de Jesucristo, que ha criado el mundo, que él es eterno, que es inmortal, que es impasible; y

tambien se dice que nació en el tiempo, que sufrió y murió. Se dice, hablando de Jesucristo, este Hombre ha criado el mundo, este Hombre es inmortal; y tambien se dice, este Dios nació de una Vírgen, este Dios murió; y todo esto se dice con verdad, en el sentido propio y natural de los términos.

Tercer misterio. Jesucristo, esto es Dios Hombre, ha sufrido y muerto por la redencion de los hombres; es decir, que se ofreció á Dios como una víctima de expiacion por los pecados del mundo, reparando á un tiempo por esta oblacion la injuria que los hombres habian hecho á Dios, y los males que se habian atraido ellos mismos, y reconciliando así el mundo con Dios.

Ve aquí los tres principales misterios de la Religion cristiana: el misterio de la Trinidad, el misterio de la Encarnacion, y el misterio de la Redencion. Mas arriba hemos dicho, que el misterio de la Trinidad no encierra contradiccion, ó á lo menos, que es imposible probar que encierra algunas; lo mismo sucede con los demás misterios. Pero por otra parte es evidente, que estos tres misterios son absolutamente incomprensibles al entendimiento humano. Jamás comprenderá el hombre en este mundo, ni cómo tres personas distintas, de las cuales cada una es Dios, no son sin embargo sino un solo Dios; ni cómo una de estas personas ha podido unirse tan estrechamente á la naturaleza humana, que de esta union no resultase sino un solo todo físico, una sola persona; y por consecuencia jamás comprenderá el hombre en este mundo, cómo puede ser cierto en el sentido propio, y segun la fuerza natural de los términos, que Dios ha sufrido, y ha muerto; porque es evidente, que la incomprensibilidad del misterio de la Encarnacion refluye toda entera sobre el misterio de la Redencion, si me atrevo á explicarme así; expongamos ahora el plan de Religion, del cual son el fundamento estos tres misterios.

PLAN DE LA RELIGION CRISTIANA.

Dios crió el primer hombre y la primera mujer, despues de haber criado el mundo para ellos; los crió en el estado de la gracia santificante, con todos los privilegios que hemos notado en otra parte, y que no eran debidos á su naturaleza[1]. Los colocó en el paraíso terrestre, que habia adornado con todo lo mas bello que la naturaleza produce; les permitió alimentarse de todos los frutos que este jardin delicioso ofrecia con abundancia, excepto del fruto del árbol llamado *de la ciencia del bien y del mal*, del cual les prohibió comer, bajo las mas terribles penas, pero las mas justas. Exigia de ellos esta lijera privacion, como un homenaje que debian á su soberanía sobre ellos, y como un acto de reconocimiento á los beneficios que habian recibido de él. Nada era mas facil á nuestros primeros padres, que el observar esta ley, y nada debia parecerles mal dulce que ella.

Sin embargo, la quebrantaron: llevan la mano al fruto del árbol fatal; comen ambos de él, Eva seducida por el demonio y Adan por complacer á Eva. Las amenazas del Señor tienen su efecto desde el momento de cometer el pecado. Adan y Eva son despojados de la gracia santificante y de todos los privilegios que la acompañaban; y por un juicio impenetrable de Dios, pero justo, toda su postoridad fué envuelta en su desgracia. Perdiéndose ellos mismos, han perdido á todo el género humano. Todos los hombres que procederán de Adan y Eva serán contagiados de su pecado: nacerán hijos de cólera; sujetos á la corrupcion y concupiscencia, condenados á duros trabajos, á los sufrimientos y á la muerte, y decaidos de la esperanza de la vida eterna.

Dios pudo dejar á nuestros primeros padres y á todo el género humano en el abismo de males donde estaban sumergidos; pero quiso mas bien hacer gracia, que usar del rigor de sus derechos; quiso mejor criar un nuevo mundo con las ruinas de aquellos que habia infestado Satanás, que dejarle perecer. El espíritu infernal habia

1 Véase la primera parte. Conferencia aparte.

triunfado de él; por otra parte, el pecado de Eva era efecto de la debilidad de su espíritu; el de Adan lo era de la debilidad de su corazon; y en fin, los descendientes del uno y otro estaban condenados por el pecado de uno solo, como lo dice san Pablo. Dios tuvo en consideracion todo esto, y se resolvió á perdonar; mas queria hacerlo como Dios; esto es, despues de haber recibido una justa satisfaccion; y esta era la dificultad.

Ten cuidado, Teótimo: Dios podia abandonar todos sus derechos; podia reconciliarse con los hombres, sin exigirles otra reparacion del pecado, sino aquella de que son capaces por sí mismos; pero entonces habria hecho con ellos una paz poco ventajosa; su misericordia se habria manifestado con todo su esplendor, pero á expensas de su justicia. En esta reconciliacion Dios lo habria perdido todo, y los hombres todo lo habrian ganado. Dios podia castigar á los culpables segun sus méritos; pero entonces la justicia se habria manifestado sola, sin dejar lugar alguno á la misericordia. Ahora, Dios queria hacer brillar su misericordia, sin perjudicar los derechos de su justicia, y queria ejercer su justicia, sin atajar la efusion de su misericordia.

¿Y bien? ¿Cómo conciliar estos dos grandes intereses? ¿Cómo acordar juntos los dos atributos de Dios, y los mas opuestos en apariencia: la justicia, que pide la venganza; y la misericordia, que solicita el perdon?

Porque de un lado el hombre pecador no podia satisfacer á Dios por sí mismo, porque todos los homenajes de que es capaz el hombre, sean de la especie que fueren, son debidos á Dios, independientemente del pecado, y precedentemente á todo pecado; siendo Dios el fundo del ser del hombre, todo lo que nace de su fundo es tambien de Dios. Ahora no pueden pagarse dos deudas, y satisfacer de una vez dos deberes con los homenajes que no responden sino á una sola de estas deudas, y á uno solo de aquellos deberes.

Por otro lado, ninguna criatura inteligente, por perfecta é inocente que quieran suponerla, no podia, no siendo sino pura criatura, satisfacer á Dios por el hombre pecador, porque toda pura criatura debe á Dios, por sí misma, todo cuanto puede. Una criatura que hubiera ofrecido

á Dios, para reparacion de los pecados del hombre, los homenajes de que era capaz se habria quedado insolvente con respecto á ella misma; habria presentado á Dios, en pago de la deuda del hombre, un bien que era ya de Dios, y esto habria sido emplear lo ya empleado.

Por otra parte, la injuria que la criatura hace á Dios por el pecado, debe medirse por la grandeza de Dios, y por consecuencia es infinita. La gloria que á Dios da la criatura con todos sus homenajes, debe medirse por la bajeza del hombre, y por consecuencia es nada; y así ningun homenaje de la criatura puede reparar pecado ninguno de ninguna criatura. En examinando de cerca cuanto aquí se dice, se halla conforme á la razon natural.

Sigo el asunto. El hombre no hallaba nada en sí mismo que poder ofrecer á Dios por precio de su redencion; y así no podia reconciliarse con Dios sino por la intercesion de un mediador. El mediador del hombre no podia ser una pura criatura, porque los homenajes de esta son insuficientes para la reparacion del pecado; y así era necesario que fuese Dios el mediador del hombre; pero por otro lado, un puro Dios no podia ser mediador del hombre, porque un puro Dios no puede ni rendir homenaje, ni ofrecer satisfacciones.

La funcion de mediador entre Dios y los hombres era, pues, á un tiempo ya superior á un puro hombre y ya inferior á un puro Dios. Un puro hombre no era digno de entrar en esta grande empresa, y era indigno de Dios el encargarse de ella.

Luego no habia sino un Dios Hombre que pudiera hacerse mediador entre Dios y los hombres, porque solo él podia expirar el pecado en rigor, reparando la injuria que este hace á Dios. Era, pues, necesario que el mediador fuera á un tiempo Dios y Hombre, á fin de que reuniendo en su persona la naturaleza que habia hecho la ofensa, y la que la habia recibido, pudiera manejar los intereses de la una y la otra: era necesario que fuese Hombre, á fin de que esta cualidad le llenase de ternura y compasion por sus hermanos: era necesario que fuese Dios, á fin de que la ternura y compasion que tendria por sus hermanos no le hicieran olvidar el celo que debia tener por la

gloria de su Padre : era necesario que fuese Hombre, para encontrar en sí mismo la materia del sacrificio que su padre exigia : era necesario que fuese Dios, á fin de poder santificar y consagrar esta materia : era necesario que fuese hombre, á fin de poder pedir, de humillarse, de sufrir y morir ; y era necesario que fuese Dios, á fin de poder dar un precio infinito á sus súplicas, á sus humillaciones, á sus sufrimientos, y á su muerte.

Así se explicaba san Pablo, cuando despues de haber manifestado en la Epístola á los Hebreos que la ley antigua no habia tenido sino ceremonias imperfectas é impotentes, y que con todos sus sacrificios no habia podido abolir jamás el pecado, ni hacer perfectos los hombres, segun la conciencia, concluye de este modo su discurso : « Necesitábamos, pues, un pontífice que fuese santo, » inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas » elevado que los cielos. »

Dios escogió aquel medio admirable, que siendo el único que puede satisfacerlo todo, es tambien propio por sí mismo para hacer brillar sus atributos en toda su plenitud. La Encarnacion del Verbo fué resuelta en el augusto consejo de la Trinidad. El Hijo de Dios se hará hombre en la plenitud de los tiempos, para redimir los hombres. Dios anuncia esta gran nueva á Adan y á Eva para endulzarles la amargura de la sentencia que pronunció contra ellos despues de su pecado. Y ya en vista de los méritos futuros de este Salvador, da á los dos culpados la gracia de la penitencia : los purifica de su pecado : los reconcilía con él ; y los restablece en los privilegios esenciales de su primer estado.

Las mismas gracias fueron preparadas á todos los hombres procedentes de Adan y Eva, antes que el Salvador pareciese en el mundo. A todos serán ofrecidas : todos tendrán socorros sobrenaturales, suficientes para obrar la salvacion por la fe en el Salvador prometido de Dios, y todo esto en vista todavía de los méritos futuros de este mismo Salvador.

Dios no permitirá jamas que la fe del Salvador prometido al mundo se pierda enteramente entre los hombres. Se lo promete de nuevo á Abrahan, á Isaac, y á Jacob. Lo revela de un modo todavía mas claro y mas circuns-

tanciado al pueblo judaíco, descendiente de estos tres grandes patriarcas, segun lo hemos dicho en su lugar.

Los tiempos predichos llegaron, Dios, segun lo habia anunciado por el profeta Agéo, se prepara á conmover el cielo y la tierra, la mar, y todo el universo; va á commover todos los pueblos; va á criar un nuevo órden de cosas que medita, y cuyas disposiciones hace despues de cuatro mil años, va á formar un nuevo mundo, ó mas bien va á dar al mundo su mas bello adorno y su última perfeccion por la formacion de Jesucristo. Las nubes, segun la sublime expresion de Isaías, van á hacer llover el justo por excelencia, la tierra va á hacer nacer su Salvador. El Verbo eterno é increado, que es la imágen perfecta de la bondad del Padre, y el espejo completo de todas sus perfecciones, en el cual el Padre se contempla todo entero, y que él mismo estaba todo entero en el seno del Padre, desciende al seno de la Vírgen María, y allí se reviste de un cuerpo mortal, formado por obra del Espíritu santo. El Verbo se hace hombre.

En el momento de su encarnacion, que es el de su entrada en el mundo, ofrece su mediacion á Dios su Padre por los hombres. « Vos no habeis querido, le dice, hos» tia ni oblacion, pero vos habeis formado un cuerpo. » Vos no habeis aceptado los holocaustos ni los sacrifi» cios por el peccado..... Vedme aquí, yo vengo, segun » está escrito de mí en el libro, para hacer, ó Dios, vues» tra voluntad [1]. »

Dios acepta la mediacion de Jesucristo; la acepta libremente, así como Jesucristo la habia ofrecido sin tener obligacion de ofrecerla. El grande asunto de la reconciliacion del género humano con Dios se trata entre Dios y el Dios Hombre. Dios exige que Jesucristo nazca en un establo; que pase los primeros treinta años de su vida en la oscuridad; que consagre sus tres últimos años á la predicacion de la ley evangélica; que muera en una cruz, y que cumpla todo lo que los profetas han predicho de él. A este precio será el Redentor del mundo, y le serán dadas todas las naciones, como su con-

1 Salmo XXXIX, 7. — Epíst. á los Hebreos, X, 5.

quista y su herencia; á este precio se le promete un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Jesucristo acepta las condiciones que su Padre le propone, y él le pide á su vez, por precio de sus sufrimientos y de su muerte, la abolicion de los pecados de los hombre, su reconciliacion con Dios, su restablecimiento en los derechos y privilegios de que estaban privados; y todo esto en la forma mas propia para dar grandes caractéres á su redencion, haciendo brillar con el mayor esplendor los atributos de su Padre. Todo cuanto pidió Jesucristo, se le concedió: el tratado quedó concluido, y ve aquí las principales cláusulas.

1º Todas las naciones son dadas á Jesucristo como un bien que debe comprar con su sangre y su vida. Está establecido jefe de la naturaleza humana, primogénito de todas las criaturas, Rey de los reyes, Señor de los señores, y todo poder se le ha dado en los cielos y en la tierra. Él gobernará el mundo con un imperio absoluto, y al fin de los siglos le juzgará.

2º El mundo le es dado á Jesucristo para que le salve, Jesucristo morirá, pues, por todos los hombres en general, y por cada uno en particular, y por su muerte merecerá para todos los hombres en general, y para cada uno en particular, la gracia que hace los justos, y la gloria que hace los escogidos. Así como todos los hombres han pecado en Adan, así todos los hombres serán justificados por Jesucristo. Como todos los hombres murieron en Adan, todos los hombres resucitarán en Jesucristo. Como todos los hombres se perdieron por Adan, todos los hombres serán salvos por Jesucristo; es decir, que la gracia santificante, la resurreccion dichosa y la gloria eterna, serán preparadas y ofrecidas á todos por los méritos de Jesucristo; y que ninguno de los que se perderán no podrá imputar su pérdida sino á sí mismo.

3º Todos los hombres que han precedido á la venida de Jesucristo, han recibido ya la gracia en vista de sus méritos. Todos los santos que el mundo ha visto desde Adan, deben su santificacion y su salvacion á Jesucristo: pero despues de su muerte, la gracia se esparcirá sobre todo el género humano con mas abundancia que antes.

Los unos, es cierto, serán mas favorecidos que los otros en la distribucion de este don celestial ; pero todos tendrán á lo menos el necesario, y ninguno podrá quejarse de haber sido abandonado.

4° Los hombres que correspondan fielmente á las primeras gracias de Jesucristo, las recibirán mas abundantes : luces mas claras brillarán á sus ojos : sus corazones serán tocados de sentimientos mas vivos ; su voluntad será movida mas fuertemente ; y así será, que por su libre cooperacion á las gracias actuales, que les serán dadas gratuitamente por los méritos de Jesucristo, se dispondrán á recibir sucesivamente la fe, la esperanza y la caridad, virtudes sobrenaturales é infusas, puro don del Espíritu Santo, que derramará gratuitamente en sus almas, y que ellos mismos recibirán y conservarán libremente.

5° Fe, esperanza, caridad : tres virtudes sobrenaturales, que encierran toda la Religion, y que unidas constituyen la santidad del hombre en el estado. La fe, por la cual cree el hombre todo lo que Dios ha revelado por Jesucristo, es el fundamento de la esperanza, por la cual el hombre espera de Dios todos los bienes que Jesucristo le ha merecido. La fe y la esperanza son el fundamento de la caridad, por la cual el hombre ama á Dios sobre todas las cosas. Estas virtudes son separables en un sentido ; porque puede tenerse la fe sin la esperanza, y la una y la otra sin la caridad. Pero en otro sentido estas virtudes son inseparables ; porque no se puede tener ni la caridad, no teniendo al mismo tiempo la esperanza y la fe, ni la esperanza, si no se tiene la fe ; pero estas virtudes son siempre virtudes distintas la una de la otra, hasta en los justos.

6° Desde el momento que el hombre está santificado por la infusion de la caridad, se borran todos sus pecados. El Espíritu santo, que es el Espíritu de Jesucristo, toma posesion de su alma para habitar en ella ; y así, animado este hombre del Espíritu de Jesucristo, es su miembro vivo : ya no es él el que vive, sino Jesucristo vive en él. El está revestido de Jesucristo ; y porque este hombre es el miembro vivo de Jesucristo, tambien es en esta calidad hijo adoptivo de Dios y heredero de su

reino. La resurreccion bienaventurada y la gloria eterna le son debidas á título de justicia, en virtud de la estrecha union que tiene con Jesucristo, la cual por sí misma y por su naturaleza, lleva todos estos derechos y todos estos privilegios; esto es, que todo esto es debido á Jesucristo en la persona de sus miembros vivos.

Porque este hombre es miembro vivo de Jesucristo, todas las acciones que hace por movimiento del Espíritu de Jesucristo, que habita en él, merecen la vida eterna á título de justicia; porque entonces es Jesucristo quien obra en él; esto es, quien pide, quien sufre, y quien hace buenas obras en él; porque Jesucristo ha adoptado las acciones que sus miembros vivos hagan por movimiento de su Espíritu, y ha querido que fuesen reputadas suyas. Bajo estos respectos deben tener y tienen en efecto un mérito infinito. La santidad de los justos es, pues, una comunicacion de la de Jesucristo, y la gloria de los escogidos será como una extension y como una trasfusion que se hará en ellos de la de Jesucristo. Así, todos recibimos de la plenitud de Jesucristo, de la plenitud de su gracia en este mundo, y de la plenitud de su gloria en el otro.

7° No todos los hombres llegarán á la justificacion, porque no todos se aprovecharán de las primeras gracias. No todos los justos perseverarán en la justicia, porque no todos querrán perseverar.

Es cierto que todas las gracias son dadas gratuitamente á los hombres, y que no hay ninguna que no sea un puro don de la misericordia de Dios y de Jesucristo; pero al mismo tiempo no hay hombre alguno á quien Dios no dé gracia suficiente para obrar su salvacion. Es cierto que Dios no debe á nadie, ni tampoco á los mas justos, la gracia que hace perseverar en la justicia; pero esta gracia, que pone el colmo á todas las otras, no se rehusará jamás á los que la pidan con humildad. Dios no abandonará jamás al justo, si él no se abandona primero.

La gracia de Jesucristo lo hace todo en el hombre[1];

1 Entiéndase en el órden sobrenatural, y relativamente á la salvacion; porque el hombre puede tambien con sus solas fuerzas na-

mas tambien con el hombre es ella la que enseña el bien : ella es la que determina al bien : ella obra en nosotros la buena voluntad y la buena accion. Por la gracia conoce el hombre sus deberes, por la gracia ama sus deberes, y de la gracia recibe el poder llenar sus deberes, y por la gracia llena en efecto sus deberes ; en fin, por la gracia persevera el hombre en sus deberes. Sin embargo, el hombre es siempre libre bajo la accion de la gracia ; obedece á la gracia, porque quiere obedecerla ; y resiste á ella, como dueño perfectamente de lo uno y de lo otro. La gracia lo hace todo en él, y por él, y él mismo lo hace todo por la gracia, y con la gracia.

Así aquellos que hacen bien, no pueden gloriarse de ello ; y los que hacen mal, no pueden atribuirlo sino á ellos mismos. Así los que se salvan deben su salvacion á Jesucristo, y los que se pierden son ellos solos la causa de su pérdida. Así los meritos de los santos son verdaderos méritos, pero debidos á la gracia de Jesucristo. Los deméritos de los pecadores son verdaderos deméritos, pero no tienen otro principio que su mala voluntad. Así Dios, coronando en el cielo los méritos de los santos, corona sus propios dones ; y castigando en el infierno los crímenes de los pecadores, no castiga sino su propia maldad.

8° No hay peccados irremisibles, por enormes y multiplicados que sean, y así el mas grande pecador debe siempre esperar, si se aparta del pecado. No hay vida pasada tan santamente que asegure infaliblemente la salvacion ; y así el mas justo debe humillarse bajo la mano poderosa de Dios, y obrar el bien con temor y temblor.

9° Jesucristo, pues, ha restablecido á los hombres en la adopcion divina, de la cual el pecado de Adan los habia hecho caer ; pero la segunda adopcion es mucho mas gloriosa y augusta para los hombres, que la primera ; porque en calidad de miembros vivos de Jesucristo Dios y Hombre, no haciendo con él sino un cuerpo místico, y un solo todo moral, son hijos adoptivos de Dios ;

turales, y sin el socorro de la gracia, tener virtudes morales, y hacer acciones moralmente buenas, pero inútiles para la salvacion.

de suerte, que esta segunda adopcion es en ellos, como lo dice el príncipe de los apóstoles, una paticipacion de la naturaleza divina.

10° La redencion de Jesucristo no solo es llena y entera, sino tambien superabundante. Sin embargo, todos los hombres serán concebidos en pecado original, todos nacerán contaminados de este pecado; y además, todos los hombres, hasta despues todavía de que el pecado original haya sido borrado en ellos por el sacramento instituido para ello por Jesucristo, llevarán aun en la carne el aguijon de la concupiscencia: los movimientos turbulentos de las pasiones agitarán sus sentidos, y turbarán sus almas; porque es preciso que cada hombre sienta, desde su entrada en el mundo, la necesidad que tiene de la redencion de Jesucristo: porque es preciso que cada hombre sienta en todos los movimientos de su vida la necesidad que tiene de la gracia de Jesucristo: porque es preciso que el poder de la gracia de Jesucristo sobresalga en las victorias que hará ganar á sus miembros vivos sobre todas las pasiones: porque es preciso que los miembros de Jesucristo, siempre en guerra con el demonio, con el mundo, y con su propia carne, siempre luchando contra las tentaciones y los obstáculos, honren á Dios por el heroismo su virtud, tanto cuanto puede ser honrado por puras criaturas.

11° Aunque la redencion de Jesucristo sea plena, y hasta superabundante, el hombre pecador no podrá jamás volver á entrar en gracia con Dios, si no se convierte; esto es, si no se arrepiente de su pecado sinceramente, y del fondo de su corazon; y siempre será necesario que este arrepentimiento tenga por motivo á un Dios ofendido por el pecado; porque es contra la naturaleza de Dios el reconciliarse con la criatura que no aborrece su pecado, ó que no le aborrece sino por motivos extraños á Dios, y en los cuales no tiene Dios parte alguna.

Será necesario, además, que el hombre pecador expie sus pecados por las obras trabajosas de la penitencia; porque es preciso que el hombre pecador contribuya con todo lo que pueda á la reparacion de su pecado; porque no es justo que el castigo del pecado caiga todo entero

sobre el jefe, que es inocente, y que los miembros, que son los solos culpados, queden exentos.

Hasta los mas justos están obligados á hacer penitencia : porque no hay justo que no peque : porque no hay justo que no esté expuesto á pecar, y porque la penitencia no es menos el preservativo, que el remedio del pecado : porque es necesario que los miembros de Jesucristo se hagan semejantes en este mundo á su divino jefe para poder parecerlo en el otro : que partan en este mundo sus humillaciones y sus sufrimientos, para poder partir en el otro su gloria y su felicidad. Así, Jesucristo no murió para dispensar á los hombres de combatir en la tierra, sino para darles el valor y fuerza que necesitan para vencer en el combate. Jesucristo no murió para dispensar á los hombres de hacer buenas obras, sino para santificar sus buenas obras, y darles un valor que no pueden tener por sí mismas. No murió para dispensar á los hombres de la obligacion de hacer penitencia, sino para hacer su penitencia meritoria y agradable á Dios. Así, Jesucristo ha pagado la deuda que los hombres habian contraido pecando; pero á condicion de que por su parte darian cuanto estuviese en sus manos. Así los miembros de Jesucristo cumplen con sus buenas obras y con sus sufrimientos, lo que en algun modo falta á la Pasion de su jefe, como lo dico san Pablo.

12º Desde la prevaricacion del primer hombre, y por una ilacion funesta de esta prevaricacion, el pecado se ha extendido sobre la tierra como un horrible diluvio de aguas corrompidas y mortíferas. Despues de la muerte de Jesucristo y por un feliz efecto de esta muerte, la gracia se ha derramado sobre la tierra como una inundacion de aguas saludables y vivificantes. Se verán formarse de un golpe pueblos enteros de santos y escogidos. Allí donde el pecado habia sido abundante, la gracia será superabundante, como dice san Pablo. Jesucristo dará la gracia por sí mismo inmediatamente; pero la comunicará tambien por los sacramentos que instituirá. Estos sacramentos, en número de siete, serán como otras tantas fuentes, siempre abiertas, de donde los hombres podrán sacar la santificacion y la salvacion. Cada uno de estos sacramentos conferirá á los que los

reciban dignamente una gracia particular, que responderá á un cierto fin; y todos juntos responderán á todas las necesidades de la Iglesia, y á todas las de cada fiel.

El mas admirable de estos sacramentos será el de la Eucaristía, en el cual Jesucristo mismo se encerrará todo entero bajo los símbolos del pan y del vino. Así Jesucristo habitará hasta el fin de los siglos en medio de los hombres, rescatados por él, para honrarlos con su augusta presencia, para recibir sus homenajes, para consolarlos y protegerlos en persona, en el lugar de su destierro, por ser el lugar de la comunicacion entre su Padre y ellos; pero sobre todo, será para darles su carne y su sangre, en calidad de alimento espiritual de sus almas, y unirse así á ellos del modo mas íntimo.

13º Jesucristo, pues, alimentará sus miembros de sí mismo, y ellos le comerán como una víctima inmolada para ellos; porque la Eucaristía será á un tiempo un sacramento y un sacrificio, sacrificio en el cual Jesucristo mismo se ofrecerá cada dia á su Padre, por el ministerio de los sacerdotes de la nueva ley, y este sacrificio sacará toda su virtud del sacrificio de la Cruz, y será el mismo sacrificio, pero ofrecido de un modo no sangriento. En este sacrificio, Jesucristo se ofrecerá á Dios con sus miembros, y sus mismos miembros le ofrecerán á su Padre, y se ofrecerán con él por las manos de los sacerdotes. Así, el sacrificio ofrecido una vez por todos y en nombre de todos, pero en presencia de un corto número, será renovado cada dia, á fin de que cada uno pueda asistir á él, y ratificarle en su propio nombre, y participar de la víctima inmolada para él. Así, Jesucristo estará á un mismo tiempo en los cielos y en la tierra. Estará en el cielo como abogado de los hombres, para interceder por ellos con su Padre; y estará en la tierra como víctima de los hombres, para inmolarse cada dia á su Padre por ellos. Estará en los cielos para preparar tronos de gloria á sus miembros que combaten en la tierra. Estará en la tierra para socorrerlos poderosamente en sus combates y asegurarles la victoria. Estará en los cielos para poner en posesion de la vida eterna á aquellos miembros suyos, que dejan la tierra despues de haber salido victoriosos del último combate. Estará

en la tierra para dar con su cuerpo y su sangre la prenda y el gusto anticipado de la vida eterna á los que despues de haber vencido están todavía destinados á nuevos combates. Así, Jesucristo será todo para los hombres.

14° En fin, Jesucristo, despues de su resurreccion, y antes de subir á los cielos, echará los cimientos de su reino espiritual ó de su Iglesia en la tierra. Establecerá en este reino pastores y doctores, á los cuales comunicará diferentes grados de poder, todos los cuales estarán subordinados á un jefe, que será en la tierra su teniente y su vicario, el pastor de todo el rebaño, y de los mismos pastores. Las funciones de estos pastores y de estos doctores serán, instruir, gobernar y santificar el pueblo de Jesucristo. Instruirán con la predicacion de la palabra divina, con la interpretacion de las santas Escrituras, con las sentencias que darán para terminar las contestaciones que se levanten en el reino de Jesucristo tocante la creencia : gobernarán por las leyes que den para prescribir la forma del culto público, para arreglar las costumbres del pueblo cristiano, para mantener una justa subordinacion entre las diversas clases de fieles que compongan este pueblo; y santificarán por la administracion de los sacramentos que se les confiará.

Jesucristo, despues de su ascension á los cielos, enviará su Santo Espíritu á su Iglesia. Este Espíritu estará en medio de ella para dirigirla invisiblemente hasta la consumacion de los siglos. Se reposará sobre los pastores y sobre sus ovejas. Sobre los pastores para inspirarles lo que deben predicar, lo que deben decir, y lo que deben ordenar. Sobre las ovejas para hacerlas dóciles á la predicacion, á las decisiones y á las ordenanzas de los pastores. Así, la enseñanza y la legislacion del cuerpo de los pastores, siempre conformes á la verdad y á la justicia bajo la direccion del Espíritu de Cristo, serán siempre recibidas con sumision por la impresion del mismo espíritu. Así habrá siempre una verdadera Iglesia, que será el fundamento y la columna de la verdad, la cual, por la pureza de su fe, la majestad de su culto, la santidad de sus leyes, y las virtudes que serán practicadas por sus hijos, será digna de ser reconocida

de todas las naciones para ser sola, esta esposa sin mancha y sin defecto, que Jesucristo ha adquirido con su sangre preciosa.

Ve aquí, mi amado Teótimo, un plan fiel de la Religion de Jesucristo, y muy bien ves por tí mismo que este plan está fundado sobre los misterios, y depende enteramente de ellos. En este plan hay alguna cosa oscura é impenetrable al entendimiento humano : preciso es convenir en ello; pero tambien es preciso convenir en que la luz de Dios brilla en él por todas partes con tanta claridad, que no es posible mirarle como una invencion del entendimiento humano.

Figúrate lo que sucede algunas veces en un dia de tempestad, cuando el sol penetra de un golpe las nubes que le ocultan á nuestros ojos : un torrente de luz se escapa súbitamente al través de un conjunto de tinieblas. Este primer instante es como una mezcla del dia mas brillante y la mas oscura noche. Nada hay mas admirable; y cuando el sol se manifiesta todo entero en medio de un cielo puro y sereno, no hace una impresion tan viva es nuestros sentidos y en nuestra imaginacion como en aquel caso. Aquí sucede lo mismo : al traves de las tinieblas esparcidas en toda la Religion, Dios se manifiesta con tanta gloria y majestad, que no puede desconocérsele, ni dejar de adorársele con un religioso temblor.

Tú has notado ya sin duda, por tí mismo que en este plan de Religion, todos los atributos de Dios, su grandeza infinita, su poder, su sabiduría, su misericordia, su justicia, su bondad y su independencia se manifiestan del modo mas sensible y mas admirable ; que cada uno de estos atributos obra con toda la fuerza que es propia, y segun su verdadero carácter; y esto con un concierto tan admirable, que ninguno de estos atributos es oscurecido por otro alguno. A la vista de este acuerdo de los atributos de Dios, exclamó en otro tiempo David en un enajenamiento profético : « La justicia y la mise-» ricordia han venido á encontrarse la una y la otra, y » se han dado mutuamente el ósculo de paz. »

Tratemos, Teótimo, de penetrar todavía mas adelante, tanto cuanto nuestras débiles fuerzas lo permitan, en

las profundidades de los designios de Dios; pero que siempre sea con respeto, con sumision y con un santo temblor. Hay una curiosidad orgullosa que Dios reprueba, y castiga cegando á aquellos en quienes la advierte; y hay otra tambien humilde, que Dios aprueba en sus siervos, la cual recompensa comunicándoles preciosas luces.

Consideremos desde luego que en el plan de religion que acabamos de exponer, es un Dios Hombre el adorado, el Pontífice y la víctima de Dios. Dios recibe de Dios Hombre los homenajes que responden perfectamente á la excelencia y á la sublimidad de su sér. Dios recibe, por la inmolacion que Dios Hombre le hace de sí mismo, un sacrificio que repara abundantemente toda la ofensa que todos los pecados de los hombres han hecho á su gloria. Tan grande como es Dios, no puede aspirar á mas que á estos homenajes. Tan santo y tan severo como es Dios, no puede exigir nada mas que este sacrificio. Dios recibe por Jesucristo todo el honor y gloria que merece por su grandeza; todas las satisfacciones que le son debidas por los pecados de los hombres, y el justo precio de todos los beneficios que puede dispensar al género humano. Puede, pues, dejar caer decentemente de sus manos los rayos vengadores de que se habia armado para castigar á los pecadores, y puede derramar con dignidad sobre todos los hombres todas las riquezas de su misericordia.

Antes de la encarnacion del Verbo, Dios no era sino el Dios de los hombres y de los ángeles, el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, el Dios de los ejércitos, el Dios del cielo y de la tierra: estos eran sus mas bellos nombres y sus títulos mas augustos. Despues de la encarnacion del Verbo, Dios es el Dios de Dios Hombre. Por el cumplimiento de este misterio no se ha hecho Dios mas grande que era; pero su grandeza se ha manifestado en todo su esplendor. Cuando veo á Dios Hombre prosternado delante de Dios para adorarle, inmolándose en una cruz para satisfacer á Dios, me siento agoviado bajo el peso de esta suprema Majestad, á quien una tan gran víctima puede ofrecerse sin degradarse.

El Verbo eterno es una misma cosa ; esto es, una misma naturaleza con su Padre. El hombre con quien el Verbo eterno se ha unido, se ha hecho, por esta union inefable, una misma cosa; esto es, una misma persona con el Verbo. Jesucristo, pues, es de la misma naturaleza que Dios, y es tambien de la misma naturaleza que los hombres ; y así los hombres han contraido la mas estrecha union con Dios, y entre ellos por el Verbo encarnado. ¡ Qué gloria para la naturaleza humana el tener un jefe tan augusto ! ¡ Qué motivo tan urgente de amar á Dios, y de amarse los unos á los otros, son para los hombres las relaciones que tienen con Dios, y entre ellos por Jesucristo !

Los hombres, á no considerar sino su condicion natural, no eran mas sino las criaturas y los esclavos de Dios; y si se considera el estado al cual el pecado los habia reducido, no eran sino los enemigos de Dios, los objetos de su aborrecimiento y las víctimas de sus vengazas. En virtud de la union que los hombres han contraido con Jesucristo por los misterios de la Encarnacion y Redencion, se han hecho hijos adoptivos de Dios, y herederos legítimos de su reino, porque en virtud de esta union son miembros de Jesucristo, Hijo único de Dios.

Considerados los hombres en su condicion natural, no podian ofrecer á Dios sino homenajes de ningun valor, sacrificios sin virtud y un culto estéril; los hombres, en virtud de la union que han contraido con Jesucristo por los misterios de la Encarnacion y Redencion, honran á Dios de un modo digno de él, porque los homenajes que presentan á este Sér supremo, los sacrificios que le ofrecen, y el culto que le dan, son ennoblecidos y consagrados por Jesucristo, cuyo espíritu está en ellos para animarlos.

Considerados los hombres en su condicion natural, no teniendo otro lugar junto á Dios que el de simples criaturas racionales, no podian ser santos sino de una santidad natural. No siendo santos los hombres sino de una santidad natural, no podian merecer por sus virtudes sino una recompensa puramente natural : todas sus pretensiones se limitaban á esto.

Los hombres, en virtud de la union que han contrai-

do con Jesucristo por los misterios de la Encarnacion y de la Redencion, union que los hace miembros de este Dios Hombre, tienen junto á Dios la augusta clase de hijos, y en esta calidad de hijos son santos de una santidad sobrenatural, y por consecuencia merecen por sus virtudes la recompensa de los hijos, que es la herencia del Padre.

En una palabra, no formando el jefe y los miembros sino un mismo todo y un mismo cuerpo, se sigue de aquí que todo es comun entre ellos. Todo lo que pertenece al jefe pertenece á los miembros; y todo lo que pertenece á los miembros pertenece al jefe: sus intereses son indivisibles: sus personas son inseparables; y no hay para el jefe y para los miembros sino una misma suerte y un mismo destino. Iguales al jefe deben ser los miembros: donde está el jefe, allí deben estar los miembros: la vida del jefe es la vida de los miembros: los méritos del jefe son los méritos de los miembros; y la patria, la gloria y la dicha del jefe son la patria, la gloria y la dicha de los miembros.

Así, consintiendo Dios en la union de su Verbo con la naturaleza humana, ha elevado los hombres á la clase mas sublime á que podian subir: los ha hecho tan grandes y tan santos como podian serlo: les ha dado los derechos mas magníficos y las mas altas esperanzas; pero al mismo tiempo ha hecho todo esto de un modo tan gratuito, con tanta majestad é independencia, que no ha dejado á los hombres motivo alguno de llenarse de orgullo, ni de prevalerse de sus ventajas.

Recapitulemos en pocas palabras todo lo que se ha dicho. El Verbo se hace hombre, y por este medio se une estrechamente á los hombres.

El Verbo hecho hombre, ó Jesucristo, es el lazo sagrado que une á Dios con los hombres, y á los hombres entre sí.

Jesucristo adora á Dios, y se inmola á él con los hombres, y los hombres á su turno adoran á Dios y se inmolan á él por Jesucristo.

Jesucristo adora á Dios y se inmola á él con los hombres, y en los hombres. Los hombres á su vez adoran á Dios, y se inmolan á él con Jesucristo y en Jesucristo.

Dios ama á los hombres en Jesucristo y por Jesucristo. Los hombres á su vez aman á Dios, y se aman entre sí por Jesucristo y en Jesucristo.

En fin, Jesucristo glorifica á Dios por sí mismo y por los hombres, y Dios á su vez corona eternamente á Jesucristo, ya en su propia persona, y ya en los hombres que son sus miembros.

Todo, pues, se reduce á la unidad en este magnífico plan de la Religion. El mundo es para los hombres, los hombres son para Jesucristo, y Jesucristo es para Dios. El mundo está sanctificado por los hombres; los hombres están santificados por Jesucristo, y Jesucristo está santificado por la uncion de la Divinidad. Los hombres son una misma cosa con Jesucristo, y Jesucristo es una misma cosa con Dios. Todos los beneficios de Dios corren sobre los hombres por el conducto de Jesucristo. Todos los homenajes de los hombres suben al trono de Dios por la interposicion de Jesucristo. Por Jesucristo se derrama de arriba toda la gracia sobre los hombres : por Jesucristo se da á Dios todo honor y gloria. Así Jesucristo es el centro de todo, y Dios es el principio y el término de todo : así Dios es todas las cosas en todos, en tiempo y eternidad : así Jesucristo crucificado, que es un escándalo para los Judíos, y una locura para los gentiles, es en efecto la fuerza y la sabiduría de Dios mismo ; así el misterio de la Cruz, que siempre ha parecido, y parecerá siempre á los espíritus soberbios de este siglo, la locura de Dios mismo, como lo dice san Pablo, es infinitamente superior á la mas profunda sabiduría de los hombres : así el mundo, que no habia sabido reconocer la sabiduría de Dios en la creacion, donde se manifiesta de un modo tan pasmoso, se ha visto al fin obligado á admirarle en el misterio de la Cruz y en la obra de la redencion, que no presenta á primera vista sino una insigne locura.

Vé aquí, lo repito, mi querido Teótimo, el plan de la Religion cristiana. Hay en este plan una mezcla de luz y de oscuridad ; pero me atrevo á decirlo, así como luego que Dios dió su ley al pueblo judáico sobre el monte Sinai, la nube tenebrosa que le cubria no hacia menos sensible su presencia que los relámpagos, los truenos,

los rayos, los remolinos de llamas y el terrible son de la trompeta celeste, que salian sin cesar de en medio de esta nube; del mismo modo no se manifiesta Dios menos sensible en lo que este plan de religion encierra de misterioso é incomprensible al entendimiento humano, que en lo que este mismo plan le presenta mas claro y perceptible. Reina en este gran sistema de teología una majestad que eleva al alma, la llena de las mas altas ideas y de los mas nobles sentimientos. Todo es grande en él, y todo lleva el sello de la Divinidad. Hay entre las partes que componen este sistema una armonía tan perfecta que de ella resulta el todo no solamente mas regular, sino tambien el mas magnífico y mas sublime: es una obra maestra de las mas profundas combinaciones. Aquel que no conoce en este sistema alguna cosa superior al hombre está privado de todo sentimiento. Mas entremos en algunos pormenores.

Notemos en primer lugar (todo lo que voy á decir aquí, Teótimo, no lo comprenderás bien, hasta que el estudio de la filosofía, el de tu alma y sus facultades, y el de las lecturas reflexionadas, te hayan dado la madurez de razon y los conocimientos que hoy no tienes). Notemos, dije en primer lugar, que este gran sistema de teología que Jesucristo ha dado al mundo es de tal naturaleza, que es evidentemente imposible que sea invencion del entendimiento humano. ¿Porqué? Porque es evidente que el entendimiento humano no ha podido sacar jamás este sistema, ni de aquel fondo de ideas y de nociones puramente intelectuales que Dios le comunica como autor de la naturaleza, las cuales contienen los principios de la religion natural, y los de las ciencias y artes, ni de aquel tesoro de imágenes que se forma en él de los diferentes objetos que percibe por los sentidos. En una palabra, los hombres no han podido hallar jamás ni en su entendimiento, ni en su memoria, nada que puedan poner en ejecucion para formar este gran sistema; porque ninguna de las ideas que entran en este sistema les ha sido dada por la naturaleza, y porque nada experimentan en sí mismos que se parezca á este sistema.

En vano nos hablan de las invenciones del entendi-

miento humano : en vano nos dicen que hay entendimientos criadores. Cuando se explican así, hablan muy impropiamente. El entendimiento del hombre compara las ideas que recibe de Dios : percibe sus conveniencias ó sus oposiciones : descubre la trabazon y la consecuencia ; pero no se da á sí mismo ideas nuevas. El entendimiento del hombre encuentra en esta multidud de imágenes, que le cercan, los sentidos materiales siempre prontos , de los cuales forma á su gusto una infinidad de cuadros mas ó menos regulares, mas ó menos risueños , ó mas ó menos extravagantes ; pero no se da á sí mismo ninguna imágen nueva. Así compara el entendimiento del hombre, así junta, compone y finge ; pero no inventa.

El paganismo ha tenido sus teólogos : estos eran los filósofos y los poetas ; todo el mundo conviene en ello.

Lee los libros de los filósotos , y verás en ellos que cada cual ha dado al mundo alguna observacion , que cada uno ha introducido en el mundo muchos errores nuevos : verás tambien que ninguno de ellos no ha dado al mundo alguna idea nueva : que todo lo que han descubierto en sus profundas meditaciones de cierto y sólido, tocante la existencia, la naturaleza y los atributos de Dios , tocante lo que son los hombres con respecto á Dios , y lo que es Dios con respecto á ellos, es lo que cada hombre encuentra en sí mismo desde que quiere reflexionar. Los filósofos no han enseñado nada á los hombres : les han acordado lo que ya sabian , ó mas bien se lo han hecho advertir. Verás en fin en ellos, que cuanto han pensado los filósofos, sea cierto ó sea falso, relativamente á la Religion , no tiene semejanza alguna con el gran sistema de teología que Jesucristo ha dado al mundo.

Lee los poemas griegos y latinos : lo maravilloso reina en ellos por todas partes ; pero este maravilloso tiene dos caractéres que son inseparables de ello ; porque, primeramente está lleno de indecencia, degrada la divinidad, haciéndola ridícula y despreciable ; y en segundo lugar, todo este maravilloso está tomado de la naturaleza : la naturaleza es su fundamento : lo que vemos todos los dias es lo que ha dado la idea ; en una palabra,

todo está compuesto de este fundo de imágenes que los sentidos trasladan al entendimiento. Basta saber que los hombres nacen los unos de los otros para hacer nacer tambien los dioses unos de otros, y dar á cada uno de ellos un padre y una madre. Basta conocer el oro y el leño, un hombre y un árbol para imaginar la metamorfosis del leño en oro, y del hombre en árbol. Hállanse en el almacen de la imaginacion, si puedo explicarme así, materiales para construir el carro del sol, los de Neptuno, Anfitrite, Juno y Venus, y formar sus horribles Ciclopes. Todo esto está sacado de aquel fondo, y de aquel tesoro de imágenes, de lo cual he hablado tantas veces; y todo esto no tiene todavía semejanza alguna con el plan de Religion que Jesucristo ha dado al mundo; y parece que Dios no ha permitido que el entendimiento humano se ejercitase durante muchos años en meditar y fingir, sino para convencer á todos los hombres de que el plan de la Religion cristiana no puede ser una invencion, ni un descubrimiento del entendimiento humano; de que estas ideas tan sublimes de un Dios hecho Hombre, y muerto en una cruz para reconciliar los hombres con Dios, y darles con este Sér supremo las relaciones mas íntimas, para hacerlos capaces de honrar á Dios de un modo digno de él, para hacerlos participantes de la naturaleza de Dios, de la santidad de Dios, de la gloria de Dios, de la felicidad de Dios; de que estas ideas tan sublimes, que componen el fondo de la Religion de Jesucristo, son tanto mas superiores á las ideas del hombre, cuanto el hombre mismo es inferior á Dios.

Notemos, en segundo lugar, que este gran sistema de teología, del cual los mas sublimes y profundos ingenios, los Homeros, los Sócrates, los Platones, los Aristóteles y los Cicerones no tuvieron jamás la menor idea, ha sido dado al mundo por un solo hombre : que este hombre es Jesucristo : que el mismo Jesucristo, que ha dado al mundo este gran sistema de teología, fué á un tiempo el mas excelente modelo de sabiduría y de santidad que haya visto el mundo : que durante su vida llenó toda la Judea de milagros : y que despues de haber muerto en una cruz, se resucitó á sí mismo : que este mismo Jesucristo, que ha dado al mundo este gran

sistema de teología, es el autor de un cuerpo de moral que es tan santa, tan sabia, y tan proporcionada á las necesidades de los hombres, que los hombres se ven obligados á convenir en que Dios mismo no podia concebir nada mas perfecto en este género. Este sistema de teología debe, pues, tener los mismos caractéres que se han observado con admiracion en la persona, en la moral, y en las obras de Jesucristo : de otro modo seria necesario decir que este mismo Jesucristo ha producido á un tiempo maravillas que aturden el entendimiento, y monstruos que le espantan : que por las primeras ha manifestado que era Dios, y por los segundos, que era menos que hombre : que ha dado un cuerpo de Religion cuya moral es divina, cuando los dogmas son absurdos; y que, sin embargo, por el reencuentro mas extravagante, la moral de esta Religion, que es todavía divina, está estrechamente ligada á los dogmas que son absurdos; y que estos dogmas mismos, que son absurdes, son, no obstante, los fundamentos necesarios de esta moral, que es toda divina.

Conclusion. El plan teológico de la Religion cristiana es evidentemente divino. Los misterios son el fundamento de este plan : luego los misterios, por impenetrables que sean al entendimiento humano, son otras tantas verdades divinas : porque, lo repito, seria á un mismo tiempo ó el colmo de la locura, ó el colmo de la impiedad, el decir que la verdad de Dios está fundada sobre la mentira, que Dios ha elevado el edificio de la Religion sobre falsas suposiciones, y que ha edificado sobre quimeras.

CATECISMO

DE LA SEXTA CONFERENCIA

Sobre los misterios de la religion cristiana.

P. Jesucristo es Dios : vos lo habeis probado tan claramente, que me veo obligado á convenir en ello. Si Je-

sucristo es Dios, debemos, pues, creer todo lo que él ha revelado y practicar todo lo que ha mandado. Esta consecuencia me parece tambien evidente; pero confieso, sin embargo, que los misterios de la Religion cristiana aturden de tal modo mi razon, que me cuesta trabajo el creerlos.

R. Conviniendo por una parte en que Jesucristo es Dios, y por otra en que es Jesucristo quien ha revelado los misterios de la Religion cristiana, es evidente que debeis creer tambien que estos misterios son otras tantas verdades incontestables; porque para dudarlos, seria necesario suponer, ó que Dios se ha engañado á sí mismo, ó que ha querido engañar á los hombres, y lo uno y lo otro horroriza.

P. Conozco toda la fuerza de este razonamiento; pero en fin, los misterios de la Religion cristiana me parecen otros tantos absurdos, y no veo en ellos otra cosa sino contradicciones.

R. Los misterios de la Religion cristiana no son absurdos, ni encierran ninguna contradiccion manifiesta: ellos son simplemente incomprensibles.

P. Pongamos por ejemplo el misterio de la Trinidad. Un solo Dios en tres personas: ved aquí este misterio. Ahora, decir que tres personas no son sino un solo Dios, ¿no es decir que tres no son sino uno? Y decir que tres no son sino uno, ¿no es una contradiccion, y un absurdo manifiesto?

R. Os engañais: seria contradiccion, y por consiguiente un absurdo manifiesto, decir que tres Dioses no son sino un solo Dios, y que tres personas no son sino una persona; así como seria tambien un absurdo manifiesto, decir que tres hombres no hacen mas que uno solo, ó que uno solo hace tres; pero no hay absurdo manifiesto en decir, que tres personas no hacen sino un solo Dios; porque en fin, no es negar precisamente, y en términos formales de una cosa, lo que se afirma de la misma cosa, segun se ha manifestado en la Conferencia.

P. Está bien: los misterios de la Religion cristiana no son sino incomprensibles; pero yo os declaro al mismo tiempoque esto me basta para no creerlos.

R. ¿ Creeis, por ventura, que no debeis creer mas que lo que comprendeis?

P. Así lo pienso sin duda.

R. Pues bien, no creais nada de cuanto veis á su rededor, ni nada de lo que experimentais dentro de vos. No creais tampoco ni hasta vuestra existencia: porque os declaro que no comprendeis nada de todo esto.

P. ¿ Yo no comprendo nada de todo esto?

R. No, no comprendeis nada. El mundo os rodea por todas partes : vedlo ahí. ¿ Cómo existe el mundo? Vais á responderme, porque Dios lo ha criado; pero yo os pregunto todavía, si comprendeis ¿ cómo Dios ha criado el mundo, ó si os parece, cómo en virtud de un solo acto de la voluntad de Dios, el mundo ha salido de la nada? Veis la luz : pues decidme ¿ qué cosa es la luz? Experimentais tan presto placer, y tan presto dolor: definid el placer, definid el dolor. Teneis un alma : ¿ qué viene á ser esta alma ? ¿Pensais ? ¿ qué cosa es el pensamiento? Yo podria llevar este pormenor hasta lo infinito; pero esto seria superfluo. Ahora, si creeis todas estas cosas sin comprenderlas, ¿ porqué no habeis de creer los misterios de la religion, aunque no los comprendais?

P. Hay una gran diferencia entre los misterios de la naturaleza, y los de la religion. Yo no tengo ninguna prueba ideal de la posibilidad de la existencia del mundo : yo no tengo nocion clara de la naturaleza del mundo, ni de la de los séres que le componen; y no conozco mejor mi propio ser y mis propias modificaciones; pero en fin, yo veo el mundo y gozo de él : yo conozco, y siento que existo, y tengo experiencia de mis propias modificaciones; y esto me basta, y debe bastarme ciertamente.

R. Muy bien: es decir, ¿ que creis lo que no comprendeis, cuando, en defecto de pruebas ideales, teneis por otra parte pruebas equivalentes?

P. Eso mismo es.

R. No necesito mas, y sostengo que, segun vuestra respuesta, estais obligado á creer todos los misterios de la Religion cristiana, aunque no los comprendais; porque en defecto de pruebas ideales, teneis por otra parte

una prueba de la existencia de estos misterios, la cual es equivalente á todas las pruebas ideales.

P. ¿Y cual es esta prueba?

R. La palabra de Dios, que ha revelado estos misterios; porque es evidente, que siendo Dios la verdad misma, ni puede engañarse ni engañar sus criaturas.

P. Pues, ¿porqué nos dicen que es menester renunciar nuestra razon para creer los misterios de la Religion?

R. Fácil es de ver que, explicándose así, se habla impropiamente, y que todo lo que quiere decirse es, que para creer los misterios de la Religion, debemos renunciar el orgullo y la curiosidad de nuestra razon.

P. Pero ¿porqué ha querido Dios obligar á los hombres á creer unos misterios que no comprenden?

R. No os hago ver que esta cuestion es temeraria, y me contento con deciros que Dios, para gloria suya, ha querido someteros á creer misterios incomprensibles; porque era propio de su grandeza el prescribiros lo que debeis creer, así como lo que debeis obrar, y el dominar de este modo sobre vuestra razon y sobre vuestra voluntad.

TERCERA PARTE.

DONDE SE DEMUESTRA LA DIVINIDAD DE LA RELIGION CRISTIANA, POR EL MODO CON QUE FUÉ ESTABLECIDA Y SE CONSERVA EN EL MUNDO, Y POR LA MUDANZA QUE EN ÉL HA HECHO.

PROEMIO.

Esta tercera parte de nuestras Conferencias te presentará un grande espectáculo, mi amado Teótimo: el mundo convertido y hecho cristiano por los apóstoles, esto es, la mas admirable revolucion que jamás se vió, obra-

da por medios que parece no tienen, y que no tienen por sí mismos, en efecto, proporcion alguna con el efecto que han producido.

Dios habia prometido el mundo al Mesías, y el Mesías al mundo. Habia prometido el mundo al Mesías como su conquista y su herencia; y habia prometido el Mesías al mundo como su luz y su Salvador. Los libros del Antiguo Testamento están llenos de estas promesas: tú has leido las mas notables en las dos primeras partes de nuestras Conferencias. Estas promesas son tan claras y precisas, que no es posible padecer equivocacion en cuanto á su objeto: son tan positivas y absolutas, que no puede formarse la menor duda de su futuro cumplimiento, y es fácil ver que este cumplimiento no está ligado á ninguna condicion, y que Dios lo toma de su cuenta. Son tan frecuentemente repetidas y en términos tan variados, que sensiblemente se percibe que Dios no quiere que el pueblo que es su depositario, y al cual miran particularmente, pueda olvidarlas, ó perderlas de vista un solo momento; en fin, están explicadas en términos los mas pomposos, los mas magníficos y los mas tiernos. Dios, si es permitido hablar así, no es jamás mas elocuente, que cuando anuncia al mundo su Mesías. No puede oírsele sin enajenamiento: parece que este Sér supremo triunfa anticipadamente representándose á sí mismo, en un porvenir apartado de muchos siglos, el mundo renovado por el Mesías. Cuando se lee á Isaías y á los otros profetas, tan presto se diria que Dios no soporta el género humano sino con la esperanza de verle algun dia santificado por el Mesías; tan presto, que no aspira sino al momento de ver todas las naciones, ilustradas por el Mesías, adorar de concierto la majestad de su nombre; levantar hácia él en todas las partes de la tierra las manos puras, y ofrecerle un sacrificio solo digno de él, y el único capaz de agradarle; y tan presto, en fin, que está impaciente por abrir los tesoros de su misericordia, para derramarlos sin medida sobre los hombres en consideracion al Mesías.

Dios se debia á sí mismo el cumplimiento de estas magníficas promesas: lo debia al Mesías; esto es, á Jesucristo, y lo debia al género humano. Los que han medi-

tado la Escrituras, saben que la publicacion y el establecimiento de la Religion de Jesucristo en el mundo, y la conservacion de esta Religion hasta la consumacion de los siglos, es el fin de todas las obras de Dios en el tiempo. Todo va á parar allí. Despues del pecado de Adan, no ha subsistido el mundo sino para ser santificado algun dia, y presentado á Dios seguidamente por el Mesías, cómo una oblacion igualmente digna, así de quien la ofrezca, cómo de aquel á quien se le ofrezca. Si la religion de Jesucristo no hubiera sido anunciada y recibida en el mundo; si, despues de haber reinado en él un cierto número de siglos, hubiera sido abolida, ó por la violencia de las persecuciones, ó por los cismas y las herejías, ó, en fin, por aquellas debilidades y aquella decadencia insensible por las cuales el tiempo arruina todos los establecimientos y todas las obras de los hombres, Dios habria hecho en detrimento suyo, para disponer el mundo á recibir el Mesías, todos los preparativos de que hemos hablado mas arriba. Le habrian acusado de no haber tenido poder para acabar la mayor de sus obras, ó de no haber tenido constancia para mantenerla en su integridad, y asegurarle una duracion eterna. Le habrian comparado con irrision á un hombre que echa los cimientos de un vasto y soberbio edificio, lo levanta hasta una cierta altura, y despues lo abandona, ó porque no tiene bastantes fondos para conducirle á su perfeccion, ó porque se disgusta de su empresa por capricho y ligereza.

Dios era demasiado celoso de su gloria para dar lugar á semejantes acusaciones; pero no era bastante que estableciese y conservase en el mundo la religion de Jesucristo: era todavía necesario que lo hiciera como Dios; esto es, que era necesario que en la grande obra del establecimiento y de la conservacion de esta religion, la mano de Dios pareciese sola; y esto de un modo tan notable y tan admirable, que todos los hombres se viesen obligados á reconocerle en ella, y que ninguno de ellos se atreviera jamás á querer partir con él la gloria.

Tales son, Teótimo, los grandes caractéres del establecimiento y conservacion de la religion cristiana, y de la asombrosa revolucion que ha obrado en el mundo; y

yo sostengo sin temor de ser impugnado, que este establecimiento, esta conservacion y esta revolucion, son tres maravillas, que por sí mismas, é independientemente de todo lo que hemos dicho hasta aquí, dan á la religion cristiana un carácter de divinidad que no puede ser desconocido, sino cegándose voluntariamente. Esta será la materia de las dos conferencias que componen esta tercera parte.

PRIMERA CONFERENCIA.

Donde se manifiesta la divinidad de la religion cristiana por la maravilla de su establecimiento.

Los apóstoles, mi amado Teótimo, es decir, doce hombres oscuros y sin nombre, que Jesucristo habia llamado por la mayor parte de las orillas del mar de Galilea, donde ejercian la vil profesion de pescadores, para hacerlos discípulos suyos y asociarlos á sus trabajos, son los que han convertido el mundo, y le han hecho cristiano de idólatra que era.

Cincuenta dias despues de la muerte de Jesucristo salieron estos hombres de repente de su retiro, parecieron todos juntos en medio de Jerusalen, y publicaron altamente que Jesucristo habia resucitado: que él era el Mesías y el Salvador que Dios habia prometido á su pueblo; y que Israel no debia esperar otro. De Jerusalen se esparcieron en el resto de la Judea, y de allí en todo el universo para anunciar á Jesucristo; y desde luego se le hicieron conocer á una infinidad de Judíos, y seguidamente á una multitud de idólatras. Antes de su muerte formaba ya el cristianismo una sociedad inmensa. Aquellos que sucedieron á los apóstoles en el gobierno de las Iglesias que habian fundado, fundaron otras, y llevaron adelante con tanto valor y perseverancia la obra que los apóstoles habian comenzado, que al cabo de trescientos años se llenó el mundo de cristianos, y los mismos emperadores romanos, que hasta entonces habian per-

seguido el cristianismo, le abrazaron. Estos hechos son conocidos de todo el universo.

Sentado esto, Teótimo, para juzgar si el establecimiento de la Religion cristiana es obra de Dios ó de los hombres, debemos trasladarnos al tiempo de los apóstoles, y considerar cual era entonces el estado del mundo : cual era en todos los pueblos la disposicion de los espíritus con respecto á esta Religion : si esta disposicion era favorable ó contraria : si, siendo los apóstoles lo que eran, tenian, segun las reglas de la prudencia humana, algun motivo de esperar salir bien de la empresa de hacer recibir esta Religion; ó si, segun las reglas de esta misma prudencia, no tenian ninguno, y no debian esperar otra cosa sino quedar burlados en sus esperanzas del modo mas vergonzoso y funesto para ellos. Porque si los apóstoles, segun las reglas de la prudencia humana, debian salir bien de su empresa, los progresos que han hecho son solo naturales. El establecimiento de la Religion cristiana en el mundo es obra de los hombres : este es uno de aquellos sucesos que pudo prever un político hábil; y si, segun las reglas de la prudencia humana, la empresa de los apóstoles no debia tener efecto, el establecimiento de la Religion cristiana en el mundo es evidentemente obra de todo el poder y sabiduría de Dios. Es un suceso que los mas profundos ingenios jamás habrian imaginado : es la creacion de un nuevo mundo.

Ahora, si me traslado al tiempo de los apóstoles, veo que entonces todos los pueblos de la tierra, excepto uno solo, que era el mas pequeño y mas despreciado de todos (el pueblo judáico), eran idólatras. Digo todos los pueblos : los pueblos mas sabios y civilizados, como los Griegos, los Romanos y Egipcios : los pueblos mas bárbaros y mas salvajes, como los Galos, los Germanos, y los habitadores de las islas Británicas. Veo en segundo lugar, que en cada uno de estos pueblos era tan antigua la idolatría como el pueblo mismo : no sabian cuando habia comenzado, ó mas bien creian que no habia tenido principio. Veo en tercer lugar, que el culto que cada pueblo daba á sus dioses, era muy sincero : estaban apoderados de un respeto religioso en presencia de sus

dioses : tenian una superior idea de su poder y de su majestad : nada temian tanto como el irritarlos : y nada que deseasen mas ardientemente que el tenerlos propicios. Atribuian á su proteccion todas las prosperidades del Estado, y todas las de los particulares : y todas las calamidades á su cólera y á su venganza. Esta persuasion era igualmente profunda y universal. Los mas grandes reyes, los mas ilustres capitanes, los mas sabios políticos, los mas célebres filósofos adoraban á los dioses de su país con la misma buena fe, si puede emplearse aquí esta expresion, que el pueblo mas grosero y mas estúpido : ó mas bien, todos los hombres eran igualmente estúpidos en este punto. Toda la historia da testimonio de lo que aquí digo : y por otra parte, la cosa habla altamente por sí misma. Es absolutamente imposible que una nacion entera adore exteriormente sobre todo, durante muchos siglos, unos dioses que desprecia en su corazon, y que ella se dé á sí misma el frio é insípido espectáculo de un culto religioso, donde no ve nada razonable, y que pueda interesarle.

Convendré sin trabajo, si se quiere, en que entre esta multitud infinita de ciegos habia algunos hombres que veian claro : que quedaban todavía en el mundo algunos hombres sabios, á quienes el delirio universal no se habia comunicado, y que reconocian que no habia sino un solo Dios, criador del cielo y de la tierra : pero el número era bien pequeño, y ninguno de ellos se atrevió jamás á levantarse contra el error público. Ninguno de ellos tuvo jamás valor para reclamar los derechos del Sér supremo, tan indignamente atribuidos á las mas viles criaturas. Al morir Sócrates encomendó á su esposa el sacrificar un gallo á Esculapio : y la última palabra de este hombre, que el mundo pagano ha mirado siempre como su oráculo, fué una horrible traicion de la verdad.

Lee las oraciones de Ciceron contra Clodio, contra Verres : con qué fuerza, con qué vehemencia, con qué arrebatamiento de celo (si puedo explicarme así) este poderoso orador echa en cara al uno la profanacion de los misterios de los dioses, y al otro la de sus templos y sus simulacros. Jamás los Bossuet, los Bourdaloue han habla-

do contra las profanaciones del mas augusto de nuestros sacramentos con mas calor, y con un tono tan firme y persuasivo; en una palabra, de un modo mas capaz de producir en las almas aquellos sentimientos de indignacion y de asombro que naturalmente excita la vista de los mayores crímenes cometidos contra la Majestad Suprema.

Tú deduces sin duda de esto, Teótimo, que Ciceron era uno de aquellos hombres de quienes habla san Pablo, que habiendo conocido á Dios, no le han honrado como Dios; y tienes razon. Pero tú debes deducir tambien, que los Romanos estaban muy persuadidos de la majestad de los dioses que adoraban, de la santidad de sus templos y de sus misterios, supuesto que este orador tan juicioso como sublime, emplea todos los recursos de su ingenio en pintar con los mas negros colores los atentados de Clodio y de Verres, haciendo conocer toda su atrocidad. Sin esta persuasion y el conocimiento que Ciceron tenia, sus discursos habrian sido pueriles, y su auditorio se habria burlado de él, porque habria creido que Ciceron se burlaba de él.

Todas las historias están llenas de hechos que justifican la adhesion, no sé si deba decir furiosa ó necia de todos los pueblos á sus supersticiones, por ridículas ó extravagantes que fuesen. En el Antiguo Testamento se ve que los Babilonios y el gran Ciro adoraban un Dragon de enorme magnitud, y que, Daniel habiendo muerto á este monstruo reptil, Ciro, que habia consentido en este pretendido deicidio, no pudo salvar su vida del furor del pueblo sino abandonándole la del Profeta, á quien arrojaron al lago de los leones, donde Dios le preservó por un milagro de ser devorado por aquellos crueles animales.

Los Egipcios, aquel pueblo tan nombrado por su sabiduría, adoraban, no solo los animales mas viles, sino los mas horribles, como los ibis, los gatos y los cocodrilos. Habiendo los soldados romanos muerto ó herido un gato por descuido, el pueblo de la ciudad donde acaeció este atentado se amotinó contra ellos y los hizo pedazos. Todos los esfuerzos del rey, y todo el terror del

nombre romano, no pudieron salvar á aquellos desgraciados : era preciso que la muerte del gato fuera vengada, no obstante cuanto pudiera suceder.

El toro Apis, que era de la misma raza que todos los toros, pastando y rumiando como los otros toros; este toro, dije, porque no se cansa uno de decirlo, era una de las mas grandes divinidades de los Egipcios. Ciertas manchas que le distinguian le elevaban á tan alto grado. Nada puede igualar la pompa de las ceremonias con las cuales ponian á este afortunado animal en posesion de su nueva dignidad, cuando, despues de haber recorrido todo el país, al fin le habian hallado : los homenajes que le rendian : los cuidados que tenian de asegurarle un largo reinado, la consternacion en que todo el Egipto estaba sumergido cuando sus dias eran amenazados, y sobre todo cuando moria; en fin, el aparato igualmente augusto y lúgubre de sus exequias.

Cuando se leen estas cosas en las historias, ó cuando se oyen contar, dan ciertamente gana de reir, como á tí, Teótimo, te sucede ahora; pero en reflexionándolas un poco nos hallamos consternados, y no podemos menos de deplorar la vergonzosa debilidad y los prodigiosos extravíos del entendimiento humano. ¡Ah! y ¿qué viene á ser nuestra razon abandonada á sí misma?

Todos los pueblos, sin excepcion, tenian la misma opinion de la majestad de sus dioses y el mismo celo para vengar su gloria ofendida. Tú has visto en el libro de las Actas de los apóstoles, cap. XIX, que advirtiendo el pueblo de Efeso que las predicaciones de san Pablo desengañaban á muchas personas del falso culto de Diana que era su gran diosa, repentinamente se enfureció. En un instante se llenó toda la ciudad de gritería y de tumulto; la sedicion fué tan violenta que puso en cuidado á los magistrados, á quienes costó mucho trabajo el apaciguarla. Es, pues, constante, Teótimo, no solo que cuando los apóstoles comenzaron á predicar el Evangelio, todos los pueblos de la tierra eran idólatras, sino tambien, que lo eran por conviccion y de corazon; que miraban verdaderamente como Dios todo lo que nombraban así; que el culto que daban á sus dioses era por su parte muy sincero y muy serio, y que estaban extre-

mamente adictos á este culto, el cual miraban como el primero y mas santo de sus deberes.

Todo eso es cierto, puede ser que diga alguno de nuestros nuevos filósofos. Sin embargo, por otra parte, la religion de los paganos era tan absurda y tan ridícula, chocaba tan visible y groseramente con los primeros principios del buen juicio, que no es de extrañar la hayan al fin abandonado. Si fueron los apóstoles los que los desengañaron, no les hicieron hacer otra cosa que lo que ellos habrian hecho por sí mismos un poco despues. ¿Era difícil, de buena fe, hacer comprender á los hombres que olvidaban todo lo que debian á la dignidad de su naturaleza, y se degradaban ellos mismos ofreciendo sus inciensos y sus homenajes á una multitud innumerable de dioses de todo sexo, de toda edad, y si puede decirse, de toda profesion : á dioses nacidos los unos de los otros, al modo de los hombres, y las mas veces frutos vergonzosos del desarreglo de aquellos á quienes debian su existencia : á dioses cargados de mil crímenes y notados de mil infamias ; á dioses, en fin, que habrian pasado por los últimos de los hombres, si en la opinion pública no hubieran sido sino hombres? ¿Era difícil hacer comprender á los hombres que olvidaban todo lo que debian á la dignidad de su naturaleza, y que se degradaban ellos mismos prosternándose neciamente delante de viles cuadrúpedos y de espantosos reptiles para adorarlos? No, sin duda, esto no era difícil. Lo que me admira, no es que el género humano haya vuelto de su error, sino que haya caido en él : que en él haya permanecido tanto tiempo ; y confieso que no puedo adivinar la causa. No ha sido necesario que me tengan largos discursos para probarme que solo hay un Dios, criador del cielo y de la tierra. Cuando me propusieron esta verdad, fué tan prontamente recibida de mi entendimiento, como si me hubieran hablado de una cosa que ya sabia. Ahora, yo juzgo de los paganos por mí mismo, porque ellos eran hombres tambien como yo ; y jamás me persuadiré á que hubiese sido muy difícil el hacerles comprender lo que yo he comprendido con la mayor facilidad. Digan lo que quieran, el género humano no dejó la idolatría, sino porque era imposible

el profesarla siempre. Si los apóstoles han tenido alguna parte en esta revolucion, no han hecho mas de lo que otros habrian hecho tan bien como ellos. El error del género humano eran tan grosero en este punto, que bastaba decirle una palabra para hacerle conocer su engaño, obligarle á avergonzarse y hacerle retroceder en el momento.

Ve aquí un bello discurso, mi amado Teótimo, pero enteramente desnudo de sentido y de razon : escucha como discurro yo á mi vez, contra el pretendido filósofo que acabas de oir.

Vos deducis, señor filósofo, de que el culto que los pueblos idólatras daban á sus falsas é infames divinidades era absurdo ; que los pueblos no podian estar íntimamente persuadidos de la necesidad de este culto ; pero yo he demostrado por los hechos que los pueblos idólatras estaban profundamente persuadidos de la necesidad del culto que daban á sus divinidades, aunque todas eran falsas é infames ; de lo cual concluyo que este culto les parecia muy justo y muy racional, y esta consecuencia es evidentísima. Vos no persuadireis á nadie que un pueblo entero pueda practicar durante muchos siglos una religion que cree falsa y contraria á la razon. ¿Qué digo? vos no os persuadireis á vos mismo : no se arguye, señor filósofo, contra los hechos probados ; no se dice : Eso no puede ser, cuando todas las naciones gritan desde todas las partes del mundo, así ha sido, y nosotros lo hemos visto.

Cuando los apóstoles comenzaron á predicar el Evangelio, todos los pueblos de la tierra, á excepcion del pueblo judáico, eran idólatras, y lo eran desde tanto tiempo que ninguno de ellos conocia la primera época de su idolatría, y no se acordaba de haber adorado en otro tiempo á un solo Dios : luego el género humano tenia entonces la mas violenta inclinacion á la idolatría : luego habia cedido á esta inclinacion con una extrema facilidad. ¿De dónde venia al género humano esta funesta inclinacion ? Yo no lo sé. Todo lo que sé es, que mientras mas violenta es la pasion ó inclinacion que arrastra á una nacion al error, mayores deben ser los esfuerzos que se hagan para atraerla á la verdad. Todo lo que sé es, que

no es fácil hacer entender la razon á una nacion que se engaña, supuesto que cada dia cuesta mas trabajo el desengañar á un solo hombre. Y así, yo hallo en la facilidad con la cual el género humano cayó en la idolatría, la razon que en ella le fijó durante tantos siglos, y veo en la perseverancia del género humano durante tantos siglos en la idolatría, la razon que en ella le hubiera hecho permanecer hasta el fin de los siglos, si Dios no hubiera hecho brillar á sus ojos una nueva luz. Vos decís que habeis comprendido sin trabajo que solo hay un Dios, criador del cielo y de la tierra; y sobre esto preguntais, porque habria sido difícil el haber hecho concebir esta verdad á los paganos; porque, en fin, nosotros no tenemos mas entendimiento que ellos; y yo digo: ha sido muy difícil hacer concebir á los paganos, como presto lo probaré, que no hay mas que un solo Dios, criador del cielo y de la tierra; y sobre esto pregunto, ¿cómo habeis vos concebido tan prontamente esta verdad? porque, en fin, los paganos no tenian menos entendimiento que nosotros. ¿No será porque habeis nacido en tiempos mas felices, y cuando el sol de justicia se habia levantado sobre la tierra y habia disipado la ilusion de los prestigios? No lo dudeis, señor filósofo, esto mismo ha sido. Arguyendo como argüis, os olvidais de que la verdad se manifiesta mas presto y con mucha mas limpieza, á un hombre exento de preocupacion que á un hombre preocupado.

La persuasion en que estaban los paganos tocante la existencia de sus dioses y la legitimidad del culto que les daban, era una persuasion de pura preocupacion, y no de razon: convengo con vos en ello; pero vos estais obligado á convenir conmigo, en que por eso no era fácil el destruirla. Las preocupaciones nacionales son por todas partes, como lo sabeis y lo decís frecuentemente, la soberana razon de los particulares; porque ellas son la razon pública; ellas dominan todos los espíritus, doman todas las almas; se las recibe en la especulacion, y se las sigue en la práctica como primeros principios contra los cuales no es permitido ni hablar, ni obrar. ¿Dónde se encuentran hombres de un entendimiento bastantemente recto para desenredar la falsedad de las pre-

ocupaciones de su nacion? ¿Dónde se encuentran, sobre todo, almas bastantemente intrépidas para despreciar abiertamente en la práctica las preocupaciones de su nacion, que desaprueban en la especulacion? La preocupacion de los duelos ó desafíos, que vemos reinar entre nosotros, es igualmente contraria á la razon y á la Religion. Es á la vez una preocupacion bárbara é impía. Las naciones cristianas, hasta las mas humanas é ilustradas, están todavía preocupadas sobre este punto; y entre las que lo miran con horror, que acaso es el mayor número, apenas hay una, no obstante, que no se conforme con esta preocupacion en la práctica, como con una ley justa é inviolable. Todos los dias se les ve sacrificar su vida y su salvacion á esta extravagante preocupacion, y querer mas bien morir reprobados que vivir deshonrados en la opinion de sus conciudadanos, que la miran como insensata. Tal es la fuerza de las preocupaciones nacionales. Tal es el temible imperio que ejercen sobre sus espíritus y sobre sus corazones.

Ahora, señor filósofo, es evidente, que entre las preocupaciones de este género, la de la idolatría ha sido en su tiempo la mas fácil de adquirir, y la mas difícil de dejar. Digo la mas fácil de adquirir: cuando el mundo era pagano, al nacer cada hombre se encontraba rodeado de ídolos, de idólatras y de idolatrías..... Los primeros nombres que aprendian á pronunciar los niños eran los de los dioses. Los primeros sentimientos que les inspiraban eran la veneracion y el temor de los dioses. No les hablaban sino de la grandeza del poder y de la bondad de los dioses. Iniciaban sus manos débiles y temerosas á quemar inciensos sobre los altares de los dioses. Formaban sus cuerpos á doblarse delante de los simulacros de los dioses para adorarlos. A medida que crecian en edad, lo que habian aprendido por lecciones domésticas, se confirmaba por ejemplos públicos. Veian á los grandes, á los señores, á los guerreros, á los sabios de su nacion, y á los reyes mismos, tan persuadidos como el pueblo mismo de la majestad soberana de sus dioses, y animados por su culto del propio celo que ellos. Así, desde el momento que un hombre abria los ojos para ver la luz del dia, hasta que la muerte venia á cerrárselos, los ejemplos se unian á las lecciones para arras-

trarlo á la idolatría, y la seduccion entraba en su alma por las puertas de todos los sentidos.

La preocupacion de la idolatría no solo era entre todas las preocupaciones la mas fácil de adquirir, sino la mas difícil de deponer. ¿Porqué? Porque la idolatría favorecia todas las pasiones: semejante á aquellos políticos que han visto alguna vez subir al trono, al cual ellos no se atrevian á subir, príncipes débiles, sin talento y sin virtud, para reinar ellos mismos bajo el nombre de semejantes sombras de reyes; el género humano se habia hecho dioses, bajo cuyo imperio pudiese seguir con libertad todas las inclinaciones de su corazon. Los hombres, por decirlo así, habian divinizado sus propias pasiones, para poder satisfacerlas sin remordimiento. Cada uno de los dioses que adoraban era el protector de algun vicio; porque no habia ninguno de los dioses que adoraban, del cual no fuese algun vicio su carácter. Una licencia desenfrenada reinaba en todas las fiestas que celebraban en honor suyo, y la lubricidad era una parte de su culto. Bajo el imperio de semejantes dioses se cometian públicamente, y eran vistos á sangre fria, los crímenes que mas horrorizan é inquietan la naturaleza. Las naciones no se avergonzaban casi nada de ello; podria haberse dicho que ya no habia principio alguno para hacer distincion entre el vicio y la virtud. Una religion tan cómoda no podia dejar de tener grandes atractivos para el hombre, á quien nada es tan dulce como el hacer todo lo que quiere.

Agreguemos, señor filósofo, á todo lo dicho, que la idolatría en cada pueblo era la religion del Estado, y estaba estrechamente unida á su constitucion: que siendo esto así en todas las naciones, los príncipes, los magistrados y el pueblo debian temer que la introduccion de una religion nueva, y sobre todo de una religion tan opuesta á la antigua, como aquella, no podia levantarse sobre las ruinas de esta, sin causar en el estado turbaciones capaces de trastornarle.

Siendo, pues, las disposiciones de los ánimos en todos los pueblos las que acabo de representar, es mas claro que el dia, señor filósofo, que cuando los apóstoles hubieran sido los ingenios mas grandes y los hom-

bres mas elocuentes de su siglo, jamás habrian podido esperar, segun las reglas de la prudencia humana, desimpresionar al mundo del culto de los ídolos y atraerle al conocimiento y á la adoracion de un solo Dios; y que los apóstoles siendo lo que eran, y las disposiciones de los ánimos siendo tambien, por otra parte, en todas la naciones las que acabo de decir, era absolutamente imposible á los apóstoles, segun las reglas de prudencia humana, el convertir, no digo á un pueblo solo, pero ni á una ciudad.

Aquí, señor filósofo, hablan altamente los hechos en apoyo de mi razonamiento: todas las historias testifican que los emperadores romanos y todos los reyes y pueblos del mundo se opusieron con todas sus fuerzas á los progresos de la Religion cristiana, por razon de Estado y por adhesion á la religion antigua; y que cuando despues de trescientos años de persecucion los emperadores romanos, vencidos por le fuerza de la verdad, abrazaron al fin la Religion cristiana, su conversion dió un terrible golpe al paganismo, pero no le aniquiló. Los cristianos se multiplicaban por todas partes; pero la idolatría se mantenia siempre, y el mundo estuvo todavía largo tiempo medio dividido. Veo que mucho tiempo despues de la conversion de los emperadores el senado romano, aquel senado compuesto de las primeras cabezas y de los hombres mas sabios del imperio, pidió frecuentemente á estos mismos emperadores, tan presto el restablecimiento del culto de los dioses, y tan presto el del altar de la victoria. Veo, sobre todo, que hasta el quinto siglo de la Iglesia, los paganos de aquel tiempo atribuian al cristianismo todas las calamidades públicas, la desolacion y la decadencia del imperio, y que estaban íntimamente persuadidos á que todos los males que caian de todas partes sobre Roma eran efectos de la venganza de los dioses á quienes Roma habia abandonado: hasta este punto los paganos estaban convencidos de la verdad y santidad de su religion: hasta este punto la preocupacion de la idolatría, que sin embargo era ridícula é insensata, dominaba con imperio en sus almas; y hasta este punto eran idólatras de alma y corazon.

Luego está demostrado, señor filósofo, que cuando

la empresa de los apóstoles no hubiera tenido otro objeto que el de desengañar los pueblos idólatras de sus ridículas supersticiones para atraerlos al culto de un solo Dios, siendo los apóstoles lo que eran, y las disposiciones de los ánimos en todos los pueblos idólatras las que he representado, debian los apóstoles, segun todas las reglas de la prudencia humana, dar al traste del modo mas miserable y no coger otro fruto de su celo y de sus trabajos sino ultrajes, suplicios y una muerte vergonzosa; que cada uno de ellos debia esperar que todos aquellos cuya conversion emprendia, cerrarian los oidos á sus exhortaciones, como si fueran blasfemias, y se volverian, como sucedió en efecto, sus denunciadores ante los jueces y magistrados.

Sin embargo, mi amado Teótimo (porque ya es tiempo de que, despues de haber refutado al pretendido filósofo que introduje en la Conferencia, vuelva otra vez á tí); sin embargo, mi amado Teótimo, no solo se trataba de sacar el mundo de las tinieblas de la idolatría y de la supersticion, sino que era preciso hacerle cristiano; y esta segunda parte de su empresa era incomparablemente mas difícil que la primera.

Era preciso, dije, volver el mundo cristiano; esto es, que era preciso hacerle recibir una Religion que obliga al hombre á cerrar los ojos y creer firmemente sin titubear, ni permitirse la menor duda ni razonamiento, misterios incomprensibles, y que por lo mismo que son incomprensibles deben parecer absurdos; misterios infinitamente superiores al alcance de la razon, y que por ser superiores á la razon deben parecer contrarios á la razon. Un Dios hecho hombre, un Dios y hombre muerto en una cruz, un Dios Hombre encerrado todo entero en la Eucaristía bajo las especies de un pan que ya no existe, la resurreccion futura de los muertos, el juicio universal, etc.

Era preciso hacer el mundo cristiano; esto es, que era preciso hacerle recibir una ley que obliga al hombre á adorar como su Salvador y su Dios á un hombre crucificado. ¡Adorar á un hombre muerto en una cruz! ¡Qué proposicion para hacerla al mundo: á este mundo dominado del orgullo: á este mundo, á cuyos ojos ha sido

y será siempre mas vergonzoso el suplicio que el crímen : á este mundo, á cuyos ojos un malvado que escapa del suplicio que merece, conserva casi siempre el honor que el inocente castigado injustamente pierde sin remedio! Este mundo, para el cual un hombre muerto en una cruz era entonces un objeto de desprecio y horror, ¿qué debia, pues, pensar de un Dios muerto en una cruz? Se admirarán con razon de que el mundo haya adorado á Júpiter adúltero é incestuoso ; mas deben admirarse de que haya adorado á Jesucristo crucificado, porque (lo sostengo) un Dios cargado de crímenes herirá siempre menos el orgullo de los hombres, que un Dios cubierto de oprobios.

Era preciso hacer el mundo cristiano; esto es, que era preciso hacerle recibir una religion que obliga al hombre á combatir contínuamente sus pasiones, aquellas pasiones que el hombre corrompido mira como la vida de su alma, y la fuente de su dicha ; una religion que manda el ser humildes, que ordena el desprendimiento, la castidad, la penitencia, el perdon de las injurias y amar á los enemigos; una religion que quiere que el hombre mire la tierra como su destierro y el cielo como su patria : que renuncie, á lo menos de corazon, todos los bienes temporales, aquellos bienes que ve con sus ojos, que tiene en sus manos, que le parecen tan proporcionados á su naturaleza que cree no tener un corazon sino para desearlos, y unos sentidos sino para disfrutarlos : que renuncie, dije, aquellos bienes que están presentes, que conoce, y de los cuales tiene experiencia, por unos bienes futuros de quienes no tiene ni la idea, ni el sentimiento, que están colocados en otro mundo, donde será necesario que vaya á buscarlos despues de su muerte, y que nada tienen de comun con lo que los ojos ven, los oidos oyen, y el corazon y los sentidos experimentan en este.

Tal es, Teótimo, la religion que era preciso hacer recibir al mundo, despues de haberle desimpresionado de aquellas falsas divinidades á las cuales tenian un apego y un celo que parecian prodigiosos, como lo hemos manifestado mas arriba. Ahora es notorio á todo el universo que los apóstoles han hecho estas dos cosas tan

difíciles, y hasta imposibles, no solo á hombres como eran los apóstoles, sino á hombres de la mayor autoridad y del mas vasto ingenio : que persuadieron al mundo á que abandonase el culto de aquellas falsas divinidades, y que han hecho recibir al mundo la Religion cristiana.

¿Cómo ha de explicarse este prodigio? ¿Se dirá que los apóstoles eran unos poderosos ingenios, que tenian en la mano, por decirlo así, el destino de las naciones, que sabian, cuando querian, remover todo el universo y hacerle mudar la faz? Pero esta pretension se halla desmentida en la historia. Varias veces lo he dicho y lo repetiré todavía, porque no sabré inculcarlo bastantemente : los apóstoles eran hombres oscuros, simples, ignorantes y groseros, sin riqueza, autoridad, ni crédito : hombres mas capaces por sí mismos de ser seducidos, que á propósito para seducir : de aquellos hombres que no son nada á los ojos del mundo, y que son sacrificados siempre, sin consecuencia, á la seguridad pública, porque nada se teme de sacrificarlos.

¿Se convendrá en que los apóstoles eran hombres oscuros, simples, ignorantes y groseros? pero para convertir el mundo, era preciso hacerle abandonar la preocupacion de la idolatría, y determinarle á abrazar la Religion cristiana : para hacer al mundo abandonar la preocupacion de la idolatría, era preciso demostrar su falsedad : para determinarle á abrazar la Religion cristiana, era preciso demostrar su verdad. Ahora pregunto yo, ¿si unos hombres como eran los apóstoles, podian hacer estas dos cosas?

¿Atribuirán la conversion del mundo á los milagros que hicieron los apóstoles? Pero entonces el establecimiento de la Religion cristiana será obra de Dios, y nos concederán todo lo que preguntamos.

¿Negarán que los apóstoles hayan hecho milagros? Pero, fuera de que no pueden negarse los milagros de los apóstoles sin tachar de falsas todas las historias, es evidente, como lo dice san Agustin, que la conversion del mundo obrada sin milagros seria el mayor de todos los milagros[1].

1 Todo hombre que quiera escuchar su propria razon, convendrá

Aquí, Teótimo, oigo gritar al rededor de mí á los filósofos de nuestros dias : *El acaso, el acaso, el entusiasmo, el fanatismo.* El acaso ha hecho el mundo cristiano. ¡ Eh qué ! ¡ por todas partes el acaso ! El orgullo humano llevado al extremo, ¿ se meterá cada dia mas y mas en este caos tenebroso, para ocultarse de las solicitaciones de la verdad ?

Pero, ¿ cómo el acaso inspiró á los apóstoles la determinacion de emprender la conversion del mundo, y al mismo mundo la de resolverse á convertirse, abrazando desde luego unos sentimientos tan contrarios á todos los que están en la naturaleza ? ¿ Cómo el acaso no fué jamás desconcertado por los contratiempos que durante tantos siglos debian á cada momento arruinar su empresa ? ¿ Cómo el acaso ha seguido tanto número de siglos, y en medio de tantos embarazos de toda especie, un paso tan constante y tan bien sostenido para llegar á su fin ? ¿ Cómo el acaso se ha sostenido con tanta intrepidez contra tantos obstáculos y dificultades ? ¿ Cómo ha luchado tan largo tiempo, ya contra el poder de los reyes, y ya contra las preocupaciones de los pueblos, hasta que al fin ha vencido los unos y las otras ? ¿ Cómo, en un combate que ha durado tantos siglos, el acaso ha dado constantemente la victoria á la ignorancia y á la grosería sobre la elocuencia y la sabiduría ? ¿ á la pobreza, sobre la riqueza ; á la bajeza, sobre la grandeza ; á la paciencia, sobre los tormentos ; á la debilidad, sobra la fuerza ; al pequeño número, sobre la multitud : á doce pescadores, sobre todo el universo ? ¡ O poder ! ¿ O sabiduría del *acaso,*

en que es imposible persuadir al mundo que un hombre muerto en una cruz es Dios, que es menester rendirle todos los homenajes debidos á la suprema Majestad, someterse á sus leyes, por duras que sean, y morir por él, sino demostrando estas verdades con la última evidencia. Es así que estas verdades no pueden ser demostradas por los razonamientos, sino por los milagros : luego los apóstoles han hecho milagros, supuesto que han persuadido al mundo que un hombre muerto en una cruz era Dios ; que es menester rendirle todos los homenajes que son debidos á la Majestad suprema ; someterse á sus leyes, por duras que sean, y morir por él.

si el acaso ha hecho todo esto! á él es á quien adoro: él será mi Dios desde ahora.

Pero entremos en el pormenor de los hechos. Demostré en otra parte que los apóstoles no fueron movidos de ningun interés humano; esto es, de ningun interés de pasion para anunciar al mundo la resurreccion y la divinidad de Jesucristo; y ahora añado:

1° Que los apóstoles no tuvieron ningun socorro humano para hacer salir bien su empresa;

2° Que en esta empresa tuvieron que vencer todos los obstáculos humanos;

3° Que emplearon para verificar esta empresa medios que naturalmente debian producir un efecto enteramente contrario. Vengamos ahora á la prueba.

Digo que los apóstoles no tuvieron ningun socorro humano para salir bien de su empresa. ¿Qué es lo que hace efectivos los grandes designios, mi querido Teótimo? Es la elocuencia que persuade, las riquezas que seducen y corrompen la autoridad y el crédito que imponen, y la fuerza que somete. Ahora, los apóstoles no tenian ningun socorro de estos: lo he dicho y lo vuelo á repetir; estos eran en la mayor parte pescadores; esto es, hombres de la hez del pueblo; pobres, ignorantes, groseros, de un entendimiento simple y limitado, que no gozaban en el mundo de consideracion alguna. Eran hombres, cuyo aire, lenguaje y modales anunciaban la humildad de su cuna, y que bastaba verlos y oirlos hablar para desdeñarlos. El Evangelio nos los muestra por todas partes como acabo de pintarlos, y todo el mundo conviene en que este era su carácter.

Luego los apóstoles no tenian nada en sí mismos de lo que puede hacer efectiva una grande empresa; y por otra parte la empresa de los apóstoles era la mayor empresa que jamás pudieron formar los hombres; porque se trataba en esta empresa de hacer renunciar á todos los pueblos del mundo el culto de sus divinidades, aquel culto que era tan antiguo entre ellos, y por el cual tenian tanto celo y un apego tan obstinado.

1° Se trataba de empeñar el género humano á adorar á un hombre muerto en una cruz, como su Salvador y su Dios.

2º Se trataba, por último, de hacer recibir al mundo una religion llena de misterios, que parecen contrarios á la razon, y unos preceptos que sublevan las pasiones y los sentidos.

Figúrate, Teótimo, que tienes la elocuencia de los mas sublimes oradores, la sutileza de los mas grandes filósofos, la habilidad de los mas profundos políticos, unido todo al poder de los Césares. ¿Te habrias atrevido á esperar el haber hecho que el mundo, segun estaba en los tiempos de los apóstoles, adorase á un hombre muerto en el suplicio mas infame: que le adorase, dije, seriamente, y del fondo del corazon, y como al Dios Soberano, criador del cielo y de la tierra? ¿Te habrias atrevido á esperar el hacer recibir al mundo una religion dada por Jesucristo crucificado, una religion que manda creer al hombre lo que no comprende, esperar lo que no conoce, practicar lo que le disgusta, amar lo que su naturaleza le hace aborrecer, aborrecer lo que ella le hace amar, renunciarse á sí mismo, y llevar cada dia su cruz? No, sin duda.

Ahora, lo que los mas sublimes oradores, los mas sútiles filósofos, los mas profundos políticos, los Césares, y todos los reyes de la tierra no hubieran jamás intentado emprender; lo que jamás habrian podido ejecutar, obrando todos juntos de comun acuerdo, y con el mayor concierto; doce hombres de la hez del pueblo, venidos del fondo de la Palestina y de las riberas del mar de Galilea, lo emprendieron y lo consiguieron, á pesar de la elocuencia de los oradores, de la sutileza de los filósofos, de la habilidad de los políticos, y del poder de los Césares; en una palabra, aunque les hubieran opuesto todos los obstáculos humanos, como vamos á verlo.

Sí, Teótimo, los apóstoles tuvieron que combatir las oposiciones de todo el universo coligado contra ellos y contra su doctrina. La persecucion fué declarada el mismo dia que anunciaron por la primera vez á Jesucristo en Jerusalen. Vemos en las Actas de los apóstoles que el Sanhedrin junto les prohibió varias veces con terribles amenazas el predicar á Jesucristo: que los hizo azotar con varas: que Santiago y san Esteban fueron sentenciados á muerte: que san Pedro fué puesto en ca-

denas: y que por todas partes contradecian los Judíos su predicacion, y oponian cuantos obstáculos podian á la conversion de los gentiles.

La persecucion que los apóstoles sufrieron en Jerusalen y en todo el resto de la Judea, no fué sino un preludio de la que el mundo entero les preparaba, la cual no tardó en verificarse. Inquietos los imperadores romanos con las conquistas del Evangelio, todo lo pusieron en movimiento para atajar sus progresos. Se publicaron leyes, y el anatéma se fulminó contra los cristianos en todo el imperio. No habia seguridad para ellos: los vejaban por todas partes y de todas las maneras. Su religion, que no se dignaban examinar, era mirada como ridícula, impía, abominable y funesta al género humano. Se veian expuestos á un tiempo á las violencias de la autoridad pública y al desprecio é irrision de los particulares. Cometian contra ellos las mayores crueldades sin miramiento y sin piedad. Los destierros, las prisiones, las confiscaciones de bienes, los azotes y los desprecios de toda especie, no fueron sino ligeros ensayos de los males á los cuales los reservaban, y que les hicieron sufrir en efecto. No se contentaban con emplear en ellos los suplicios que las leyes decretaban contra los mas grandes crímenes, como los potros, las torturas, las cruces, el fuego y el diente de las bestias feroces. Inventaron mil tormentos inauditos, cuya sola idea hace estremecer la naturaleza. A nadie se exceptuaba: no se tenia respeto alguno, ni al nacimiento mas ilustre, ni á la virtud mas reconocida: no se compadecian, ni de los mas tiernos infantes, ni de los ancianos mas venerables, ni de las vírgenes mas honestas é interesantes. Los paganos estaban mas sedientos de la sangre de los cristianos, que las bestias feroces á quienes servian de presa.

El suplicio de un cristiano era el espectáculo mas agradable que podia dárseles: un cristiano era en su opinion la víctima mas agradable que podia inmolarse á los dioses para apaciguarlos. Por todas partes llevaban consigo el aborrecimiento público, segun la prediccion de Jesucristo. El amigo idólatra denunciaba ante los jueces á su amigo cristiano: el criado á su amo: el padre

al hijo : el hijo á su propio padre : la esposa al esposo, y el esposo á la esposa. Los mayores enemigos de los cristianos eran aquellos que les estaban mas unidos por los vínculos mas sagrados, ó mas bien desde que un hombre era cristiano perdia, segun el juicio de los paganos, todos los privilegios de la naturaleza humana, y creian no deberle otra cosa sino ultrajes y suplicios. Sin embargo, los cristianos, instruidos por los apóstoles, y animados de su ejemplo, sufrian los oprobios y los tormentos, no solo con paciencia, sino con alegría ; no solo sin quejarse de sus perseguidores, sino bendiciéndolos y pidiendo por ellos. La paz reinaba en su corazon ; veíase pintada una dulce serenidad en su semblante, y sus lenguas entonaban cánticos de alegría. Oíaseles sin cesar, en medio de sus tormentos, tributar gracias á Jesucristo por haberlos juzgado dignos de sufrir por él. Repetian continuamente su santo nombre, y se comprendia que estaban muertos, cuando este nombre adorable no salia ya de su boca.

Una persecucion tan universal y tan atroz debia sin duda aniquilar los cristianos y el cristianismo : todo lo contrario sucedió. Mientras mas perseguian á los cristianos mas se multiplicaban, y mas aumento y fuerza tomaba el cristianismo ; y la misma persecucion era la que producia este efecto. La sangre derramada de un solo cristiano era una semilla fecunda que producia otros mil. Una sola chispa, á pesar de todas las precauciones que habian tomado para apagarla, habia causado un grande incendio, el cual se comunicaba de una en otra á todas las partes del imperio : se extendia de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, no solo á pesar de los esfuerzos que hacian para contener su curso, sino por efecto de estos mismos esfuerzos. Los cristianos estaban en todas partes, en los campos, en las ciudades, en los ejércitos, en el senado, y hasta en los palacios de los Césares : mas de una vez se vió á los espectadores de los tormentos de los mártires, asombrados de su constancia mas que humana, exclamar repentinamente, y decir que eran cristianos, y ofrecerse ellos mismos á los verdugos para ser inmolados con aquellas santas víctimas. Viéronse verdugos que ellos mismos se

prosternaban delante de las víctimas que acababan de sacrificar con sus manos, presentar intrépidamente sus cabezas para ser inmolados á su turno por otras manos. Los emperadores y todo el universo estaban asombrados de ello hasta un punto inexplicable, sin saber á qué atribuir este prodigio.

Todo lo que digo, Teótimo, está testificado en las historias. Todo el universo está todavía lleno de monumentos de la crueldad de los emperadores romanos y de la paciencia de los mártires. Todas las historias atestiguan que Roma, y las otras ciudades del imperio, fueron otros tantos teatros donde la fe de los cristianos se representó, combatió contra los tormentos y triunfó. Por todas partes corria á mares la sangre de los mártires, y puede decirse que todo el imperio se inundó de ella.

Pero dirás tal vez, sin duda, una persecucion tan furiosa empezó bastante tarde, ó se acabó demasiado presto; y esto fué lo que salvó á la Religion. Si la persecucion hubiera comenzado antes que el cristiano hubiera tenido tiempo de cobrar fuerzas, lo hubiera infaliblemente sofocado en su cuna; y si hubiera durado largo tiempo, al fin lo hubiera abolido. Sin duda los emperadores se cansaron de atormentar á los cristianos, antes que los cristianos se hubiesen cansado de sufrir los tormentos.

Seria engañarse groseramente, mi amado Teótimo, el pensar así. Mas arriba hemos hecho ver, que la persecucion contra los cristianos comenzó con el cristianismo, y es constante por otra parte que duró hasta el reinado de Constantino el Grande, esto es, trescientos años. Dios quiso hacer conocer á los emperadores y á todos los reyes de la tierra, que no los necesitaba para establecer y mantener su Religion en el mundo; que su brazo le bastaba para ello. Este Sér supremo creyó que era propio de su gloria el no llamarlos á la fe, sino despues de haberlos convencido por una experiencia de muchos siglos, que pudiéndolo ellos todo contra los cristianos, no podian nada contra el cristianismo; y que su vocacion era mas bien una gracia que les hacia, que un beneficio que dispensaba á su Iglesia.

Luego es cierto, Teótimo, que los apóstoles, en la

ejecucion de su empresa, tuvieron que superar todos los obstáculos humanos; á lo que añado, que los medios de que se valieron para consolidar esta empresa admirable, debian, por su propia naturaleza, producir un efecto contrario, y arruinarla sin recurso.

1º Los apóstoles sabian muy bien, que en todos los países adonde llevasen el Evangelio, los príncipes y los pueblos se levantarian contra ellos furiosamente desde que conocieran que la antigua religion seria combatida. « Yo os envio, les habia dicho Jesucristo, como ovejas » en medio de los lobos : os arrojarán de las sinago- » gas : os perseguirán de ciudad en ciudad : sereis odio- » sos por causa de mi nombre; y cualquiera que os » haga morir creerá hacer un sacrificio á Dios. » Los apóstoles sabian esto por Jesucristo; y por otra parte, la cosa hablaba por sí misma : luego la prudencia humana queria que empezasen á anunciar secretamente el Evangelio, y que no hablasen del reino de Dios á los particulares sino al oido : que esperasen para dar un golpe á tener un partido capaz de sostenerse por sí mismo. Sin embargo, el dia de Pentecostés se aparecieron todos juntos en medio de Jerusalen, y se pusieron á publicar altamente, que aquel mismo Jesucristo que los Judíos habian hecho morir en una cruz pocos dias antes, habia resucitado, y era el Mesías; esto es, que desde el primer paso cometieron una de aquellas faltas capitales, que segun las reglas de la humana prudencia, debian perderlo todo, como lo hemos manifestado en otra parte; y vemos todavía que san Felipe tuvo la misma conducta en Samaria, y san Pablo en Atenas y otras partes.

2º La prudencia humana exijia que los apóstoles, sus cooperantes y sus primeros sucesores recibiesen en la Iglesia, indiferentemente y sin eleccion, á todos aquellos que quisiesen entrar en ella, porque para ellos era un punto capital el hacerse prontamente un partido. La multitud de los que componen un partido impone respeto á los pueblos, causa á los príncipes grandes sobresaltos, da seguridad á los que entran en él, y por este medio se hace un poderoso atractivo para multiplicarse. Sin embargo, jamás los apóstoles, sus cooperantes y sus pri-

meros sucesores, recibieron en la Iglesia sino á hombres en quienes descubrian señales de una conversion sincera. Toda la historia eclesiástica da testimonio de que en los primeros siglos del cristianismo no daban regularmente el bautismo á los que lo pedian con las mas vivas instancias, sino despues de haber examinado mucho tiempo antes su fe para asegurarse de que estaban en estado de sufrir el martirio, y que las experiencias y pruebas no fueron jamás mas rigurosas que cuando estaba la persecucion mas encendida.

La prudencia humana pedia que en los principios de la Iglesia se anunciase el Evangelio con alguna modificacion : que se disimulase, á lo menos, hasta un cierto punto la preocupacion y la debilidad de aquellos á quienes querian atraer al cristianismo. ¿Qué aparencia habia de hacer sin esto muchas conversiones, en un tiempo que la cuchilla de la persecucion estaba levantada por todas partes sobre las cabezas de los cristianos? Sin embargo, los apóstoles propusieron siempre el Evangelio en toda su severidad é intolerancia, á los que querian atraer al cristianismo. Jamás fué admitida persona alguna al bautismo, sino despues de haber prometido que viviria segun la fe, que la profesaria delante de los tiranos, y que moriria antes que renunciarla. Y en aquellos felices tiempos la recepcion del bautismo fué mirada siempre como un deseo solemne del martirio.

4° La prudencia humana exigia que en los primeros tiempos del cistianismo, cuando la naciente Iglesia, débil por sí misma, se hallaba tambien combatida con tanta violencia, el gobierno eclesiástico fuera muy dulce y muy moderado; que cerrasen los ojos sobre ciertos puntos y ciertas prevaricaciones, á lo menos sobre aquellas que podian recibiruna interpretacion favorable. Con la severidad y con las penas no se fija á los hombres en un partido que han seguido libremente, y al cual se arrimaron por los vínculos de su voluntad; que pueden perderlo todo permaneciendo en él, y ganarlo todo abandonándole. No obstante, el gobierno eclesiástico no se manifestó jamás mas firme y mas severo, que cuando el fuego de la persecucion estaba mas encendido por todas partes y amenazaba consumir hasta las menores reli-

quias del cristianismo. Todo el mundo sabe que en los tiempos de que hablamos, no solo los cristianos cobardes que, á la primera órden de los jueces, ofrecian incienso á los ídolos, sino tambien aquellos que, vencidos por la violencia de los tormentos, renunciaban á Jesucristo, y los que habian pedido certificaciones de abjuracion aunque en efecto no hubiesen abjurado, se sometian á la penitencia pública; que solo á este precio podian reconciliarse con la Iglesia, y que esta penitencia era tan larga y tan rigurosa, que se diferenciaba poco del martirio [1]. En fin, la prudencia humana exigia á lo menos, que cuando los cristianos se vieran en estado de hacerse temer, por el número y por los jefes que podian elegirse, se armasen para su propia defensa. El ceder al mas fuerte es precision; pero es una locura el dejarse degollar, sin resistencia, del mas débil; y por otra parte, muerto por muerto, es siempre mas glorioso morir con las armas en la mano, que en un cadalso. Los cristianos tenian la justicia de su parte; su causa era la de Dios, y á Dios hacian la guerra en sus personas. ¿No podian autorizarse con el ejemplo de los Macabeos, que parecia hecho para ellos? Si los cristianos hubieran sido vencedores, ¿qué progreso no habria hecho el cristianisme, pudiéndole profesar libremente, cuando tanto se ha extendido durante la persecucion? y si hubieran sido vencidos, qué mas habrian tenido que sufrir hasta entonces? Todo, pues, podian ganarlo, sublevándose, y nada podian perder. En fin, armándose en defensa de su religion, harian el servicio mas visible á Dios, al imperio y á los emperadores. A Dios, cuya gloria vengaban; al imperio, cuyos mejores sujetos conservaban; á los emperadores mismos, impidiéndoles el derramar arroyos de sangre inocente, sin dar por otra parte el menor golpe á su verdadera y justa autoridad.

¡Qué cúmulo de razones! y sin embargo, Teótimo, durante trescientos años de persecucion, ninguna razon

1 Todo lo que se encuentra en este pedazo, representa lo que los primeros cristianos podian decirse á sí mismos, no como razones verdaderas y sólidas, sino como pretextos especiosos; pero ninguno de ellos les pasó jamás por la idea.

de estas les pasó jamás por la idea, ni á los apóstoles, ni á sus cooperantes, ni á sus sucesores, y en fin, á ningun cristiano.

« Que todo hombre, decia san Pablo á los cristianos » de Roma, se someta á las potestades superiores, por- » que no hay potestad que no venga de Dios : y él es » quien ha establecido todas las que existen en la tier- » ra... Dad, pues, á todos lo que les es debido; el tribu- » to á quien debeis el tributo; los impuestos á quien » debeis los impuestos; el temor á quien debeis temer; » el honor á quien debeis honor. » Y á Timoteo : « Os » conjuro ante todas cosas, que hagan súplicas, ple- » garias, votos y acciones de gracias por todos los » hombres, por los reyes, y por todos aquellos eleva- » dos en dignidad, á fin de que vivamos sosegados y » tranquilos en toda especie de piedad y honestidad. » « Hermanos mios (decia san Pedro á los fieles dispersos » en las provincias del Ponto, de Galacia, de la Capadocia, » del Asia y de la Bitinia) : no os sorprendais cuando Dios » os pruebe en el fuego de la afliccion, como si una cosa » extraordinaria os sucediera; pero alegraos mas bien de » que participais de los sufrimientos de Jesucristo, á fin » de que seais tambien colmados de alegría en la ma- » nifestacion de su gloria. Bienaventurados sois, si su- » frís injurias y deshonras por el nombre de Jesucristo; » porque el honor, la gloria, la virtud de Dios y su espí- » ritu reposan sobre vosotros; pero que ninguno de vos- » otros sufra como homicida, ó como ladron, ó como de- » tractor, ó como envidioso del bien de otro; que si » sufre como cristiano, no se averguence de ello, sino » que glorifique á Dios. » « Nosotros sufrimos (añadia san » Pablo escribiendo á los Corintios), nosotros sufrimos » el hambre, la sed, la desnudez, y los malos tratamien- » tos : nosotros trabajamos con mucha pena con nues- » tras propias manos : se nos maldice, y bendecimos : » nos persiguen, y sufrimos : nos dicen injurias y res- » pondemos con plegarias : somos mirados hasta ahora » como la basura del mundo y como las inmundicias » desechadas de todos. »

Tales eran las lecciones y los ejemplos que daban los apóstoles á los primeros fieles : luego estaban bien dis-

tantes de inducirlos á la rebelion, cuando querian que mirasen las injurias, las difamaciones, los tormentos, y la muerte por Jesucristo como su gloria y su felicidad.

Estas santas lecciones y estos heróicos ejemplos de los apóstoles hicieron tan poderosas impresiones en el corazon y en el espíritu de sus discípulos, que durante trescientos años de la persecucion mas cruel y mas intolerable que jamás se vió, no se oyó hablar en el imperio de sedicion alguna excitada por los cristianos; jamás gobernador alguno de provincia, ni magistrado de ninguna ciudad, los acusó de haber hecho el menor movimiento contra el Estado. Toda la historia eclesiástica me enseña, que los cristianos pedian sin cesar por la prosperidad del imperio y de los emperadores: que pagaban los tributos con la exactitud mas religiosa: que eran los mas intrépidos soldados de sus ejércitos; y que, en fin, los emperadores no tuvieron vasallos mas fieles. Siempre se les vió amar á sus mayores enemigos, como ellos se amaban entre sí, abandonarles sus bienes sin resistencia, no responder á sus injurias sino con el silencio, ó dándoles bendiciones, y á sus mas crueles tratamientos, sino con acciones de gracias y beneficios. Cuando la persecucion calmaba un poco, practicaban con sosiego su Religion; mas cuando se encendia, los unos huian á países extranjeros, los otros se encerraban en los bosques y desiertos, ocultándose en los huecos de las rocas, los otros esperaban en sus casas que fueran á conducirlos al martirio. Sin embargo, todos se esforzaban á atraer sobre ellos los socorros del cielo con sus súplicas, sus ayunos, sus gemidos y sus lágrimas. Se exhortaban los unos á los otros á sufrirlo todo por aquel que habia sufrido por ellos la muerte de cruz; y cuando llegaba el momento del sacrificio, recibian el golpe mortal, bendiciendo á un tiempo la mano que los inmolaba á Dios, y á Dios, porque los habia juzgado dignos de ser inmolados por él.

Y en fin, para que no se dijera que los cristianos no tenian paciencia sino por necesidad, escucha como Tertuliano, que florecia en el segundo siglo, habla al senado en su Apologético: «Nosotros llenamos todo el

» imperio, las ciudades, las plazas fuertes, los arrabales, » las tribus, las decurias, los ejércitos, el senado, el pa- » lacio, las plazas públicas. No os dejamos sino los tem- » plos de los dioses : allí solo no se ven cristianos. » Como si les hubiera dicho, conocemos nuestras fuerzas, pero no queremos servirnos de ellas, porque conocemos nuestra ley. Nuestra paciencia no es como tal vez la imaginais, una paciencia de debilidad y abatimiento, sino una paciencia de fe. Nos dejamos degollar como corderos, porque creemos que es mas glorioso y mas útil para nosotros el morir que el matar.

Así pensaban los cristianos. La legion Tebana dió una prueba ilustre de esta verdad bajo el imperio de Maximino. Esta legion se componia toda de fieles. Habiendo mandado el emperador con pena de muerte, si no obedecian, que hiciesen sacrificios á los dioses del imperio, le respondieron intrépidamente : nosotros somos soldados vuestros, y en esta calidad os debemos el servicio militar; pero al mismo tiempo somos siervos de Dios, y en esta calidad no podemos adorar sino á el. Disponed de nuestra vida como os parezca : nosotros tenemos las armas en la mano, y sabremos servirnos de ellas; pero no será sino contra los enemigos del imperio : no experimentareis resistencia alguna de nuestra parte. La órden bárbara de hacer pedazos la santa legion fué dada y ejecutada. Entonces se vió á aquellos fieros guerreros esperar, y recibir á sangre fría la muerte, que frecuentemente habian llevado á las filas enemigas; arrojaron las armas, y se presentaron en este estado á los golpes de sus camaradas hechos ya sus verdugos. Seis mil y seiscientos soldados, todos de un valor experimentado, se dejaron degollar como un solo hombre, y un mismo dia vió entrar en el cielo un ejército entero de mártires.

Pero, Teótimo, nada manifiesta mejor cuan profundamente estaban grabados en el corazon de los cristianos los sentimientos de los cuales hablo, como lo que pasó bajo Juliano Apóstata. Este príncipe habia sucedido á muchos emperadores cristianos. Cuando subió al trono todas las leyes eran favorables á los cristianos, y él mismo habia recibido el bautismo. Persiguió, no obstante,

la Religion, y esta persecucion tuvo el carácter singular, de que siendo menos sangrienta que las otras fué sin embargo mas terrible, porque fué mas artificiosa. Los cristianos podian gloriarse de que, desde Constantino, su Religion era la Religion del imperio, y así estaba estrechamente unida á su constitucion; que Juliano habia recibido la púrpura á condicion de proteger esta religion, y que bajo de ella los pueblos se le habian sometido; pero estos no conocieron ninguno de estos pretextos para sublevarse. Juliano inmoló cuantas víctimas quiso, y derramó toda la sangre que le pareció. Los cristianos de entonces así como los de los reinados de Domiciano y de Diocleciano, no imaginaron otro medio de hacer calmar la persecucion, que el de orar y sufrir; por este ejemplo eternamente memorable, enseñaron á todos los cristianos de los siglos futuros, que jamás hay razon legítima para sublevarse contra los príncipes perseguidores de la Religion, y que el cristianismo debe mantenerse por los mismos medios que fué establecido, que son la oracion y la paciencia.

Recopilemos en pocas palabras, mi querido Teótimo, todo lo que se ha dicho hasta aquí. Los apóstoles formaron la mayor empresa que los hombres formaron jamás. Ellos no tenian por sí mismos nada de lo que puede hacer efectiva una empresa semejante. Tuvieron para ejecutarla que superar todos los obstáculos humanos. Los medios que emplearon para verificarla debian, segun todas las reglas de la prudencia humana, oponerse á ella sin recurso. Sin embargo, los apóstoles convirtieron á la fe una infinidad de judíos y de idólatras. Por su muerte, componian ya los cristianos una sociedad inmensa. En el curso de trescientos años que duraron las persecuciones, el cristianismo se extendió por todas partes. Entonces los emperadores, vencidos por la fuerza de la verdad, recibieron el bautismo, y con esta última victoria, Jesucristo se vió dueño de todo el universo.

¡Asombrosa revolucion, donde el poder, la sabiduría y la majestad suprema de Dios brillan de un modo tan sensible, que no hay hombre de buena fe y libre de preocupacion, que no sea tocado y sorprendido de ella!

Escuchemos, Teótimo, como se explica san Pablo sobre esto en su Epístola primera á los Corintios, cap. 1: « La » palabra de la fe es una locura para los que se pier- » den; pero para los que se salvan; es decir, para nos- » otros, ella es la virtud de Dios. Por eso está escrito: » yo destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé » la ciencia de los sabios. ¿Qué se han hecho los sa- » bios? ¿Qué se han hecho los doctores de la ley? ¿Qué » se han hecho aquellos talentos curiosos de este siglo? » ¿No ha convencido Dios de locura la sabiduría de este » mundo? Porque viendo Dios que el mundo, con la sa- » biduría humana, no le habia conocido en las obras de » la sabiduría divina, le plugo el salvar por la locura de » la predicacion á los que creyesen en él. Los judíos pe- » dian milagros, y los gentiles buscaban la sabiduría; y » para nosotros, nosotros predicamos á Jesucristo cru- » cificado, que es un escándalo para los Judíos, y una » locura para los gentiles; la cual es sin embargo la » fuerza de Dios, y la sabiduría de Dios para los que » son llamados, sean Judíos ó gentiles; porque lo que » parece en Dios una locura, es mas sabio que la sabidu- » ría de todos los hombres; y lo que en Dios parece de- » bil, es mas fuerte que la fuerza de todos los hombres. » Considerad, hermanos mios, quienes, son de vosotros » los llamados á la fe; hay pocos sabios, segun la carne, » pocos poderosos y pocos nobles. Pero Dios ha esco- » gido los menos sabios, segun el mundo, para confun- » dir los sabios: ha escogido los flacos, segun el mundo, » para confundir los poderosos: ha escogido los mas » viles y los mas despreciables, segun el mundo, y lo » que era nada, para destruir lo mas grande que hay, » á fin de que ningun hombre se glorie delante de » él. »

Palabras profundas que nos enseñan, que el fin que Dios se propuso en la eleccion de los medios, por los cuales ha establecido en el mundo la Religion cristiana, ha sido asombrar y confundir el orgullo del entendimiento humano. ¿Y cómo? obligando á los hombres á conocer y confesar altamente, que la redencion del mundo obrada por los misterios del Hijo de Dios hecho Hombre, y muerto en una cruz, es la obra maestra de

la sabiduría del mismo Dios: reduciendo los hombres á la necesidad de hincar la rodilla delante de Jesucristo crucificado para adorarle como su Dios, y el autor de la salvacion: no empleando otro medio exterior y sensible para obrar estas maravillas, sino la predicacion de doce hombres, pobres, viles y despreciables segun el mundo: llamando desde luego á la fe, por la predicacion de estos doce hombres, todo cuando habia en el mundo mas flaco y mas despreciable, para atraer á ella en seguida por estos mismos, todo lo que en él hay mas grande y mas poderoso; de suerte, que habiendo sido conducido todo en el establecimiento de la religion contra todas las reglas de la sabiduría humana, y aparentemente por un consejo lleno de locura, todo ha prosperado sin embargo.

Segun las ideas del entendimiento humano, era una locura en Dios el enviar su Unigénito á la tierra para hacerse hombre y morir en una cruz para la redencion de los hombres: segun las ideas del entendimiento humano, era una locura en Dios el querer obligar el mundo á creer que el Hijo único de Dios se habia hecho hombre efectivamente, y que habia muerto en una cruz por la redencion de los hombres. En fin, segun las ideas del entendimiento humano, era una locura en Dios el querer que doce pescadores persuadieran estos misterios al mundo; ó para hablar como san Agustin, tres cosas eran absolutamente increibles: era increible que Dios hubiese querido hacerse hombre, y morir en una cruz por la salvacion de los hombres: era increible que el mundo pudiese creer que Dios se habia hecho hombre, y habia muerto en una cruz por la salvacion de los hombres: era increible que doce pescadores pudiesen hacer creer jamás al mundo, que Dios se habia hecho hombre, y que habia muerto en una cruz por la salvacion de los hombres; y de estas tres paradojas la última era la mas increible. Sin embargo, todas tres cosas sucedieron. Dios se hizo hombre, y murió en una cruz por la salvacion de los hombres. El mundo lo ha creido y lo cree todavía, y doce pescadores son los que lo han hecho creer al mundo; y lo que debe parecer mas asombroso al mundo es, que este mismo mundo se ve obligado á confesar

que el medio que Dios escogió para atraerle á la fe de estos misterios, quiero decir, á la predicacion de doce pescadores; este medio, dije, no solo tan singular é inaudito, sino tan insensato tambien en apariencia, es la invencion de una sabiduría infinita; que se ve obligado, lo repito, á confesar esta verdad, porque la ve claramente y está demostrada.

En efecto, Teótimo, supongamos que Dios hubiese comenzado por llamar á la fe, sea por sí mismo, sea por ministerio de los ángeles, sea por algun milagro, á los Césares y con ellos á los grandes y los ricos, á los filósofos, sabios y políticos de Roma; y es evidente que todo el imperio habria seguido su ejemplo, á lo menos exteriormente, y la conversion del mundo hubiera sido obra de un momento.

Pero en primer lugar, en esta suposicion, los Césares y con ellos los grandes y los ricos, los filósofos, los sabios y los políticos de Roma se habrian atribuido altamente, y como de pleno derecho, toda la gloria de la conversion del mundo; habrian pretendido que Dios y Jesucristo les eran deudores de todos los homenajes que recibian; y en todas las partes donde hubieran plantado la cruz, habrian enarbolado al lado de ella sus propios trofeos, para advertir á los pueblos que ellos eran los que los habian sometido á Dios y á Jesucristo.

2º El mundo mismo habria mirado su conversion, no como obra de Dios sino de los hombres. ¿Es maravilla, habrian dicho, que los grandes y los ricos, los sabios y los políticos arrastren tras sí á los ignorantes y á los idiotas? ¿Es maravilla, sobre todo, que los reyes vuelvan como quieran al espíritu de los pueblos? ¿No se ha visto esto en todos tiempos? El mundo se ha prestado siempre, y siempre se prestará con una ciega impaciencia á todo cuanto pueda agradar á sus señores, porque estos son sus verdaderos dioses.

En vano me esforzaria para representar que la conversion de los Césares y de los primeros hombres de Roma fué obra de Dios. Inútil me seria el referir milagros y apariciones: igualmente se burlarian de mí que de mis pretendidos milagros y apariciones, y me responderian que no es menester mas que un charlatan ó un sueño

que habiendo Dios empleado doce pescadores, hombres pobres, ignorantes y groseros para volver el mundo cristiano, todo hombre se ve obligado á convenir en que la Religion cristiana no fué establecida sino por la proteccion de Dios, y en que ha subsistido en todos los entendimientos por su propia verdad.

Toda la gloria de esta grande revolucion pertenece, pues, á Dios solo, y ningun hombre puede pretender el partirla con él. Los reyes de la tierra, los grandes y los ricos no pueden atribuírsela. Todo el mundo sabe, y ellos mismos lo saben, que han empleado, los unos todo su poder, y los otros todos sus talentos, para sofocar en su cuna la Religion cristiana : que no ha estado en su mano el que el mundo no saliese jamás de las tinieblas, de la idolatría y de la supersticion; y que ellos han sido los últimos que abrazaron el cristianismo, y los únicos que le persiguieron.

Los pequeños y los pobres, los ignorantes y los idiotas no tienen mas derecho que los reyes y los grandes, que los sabios y filósofos, para atribuirse la gloria de esta grande revolucion, y no se la atribuyen en efecto. Cuando entran en sí mismos, y consideran lo que ellos son, y lo que pueden, se ven obligados á convenir en que no tenian nada de lo que era preciso tener para formar, sostener y consumar una empresa tan extraordinaria : que solo han sido instrumentos de aquel Sér supremo, á quien todos los medios son indiferentes para ejecutar las mayores cosas porque no necesita ninguno.

CATECISMO

DE LA PRIMERA CONFERENCIA

Sobre la maravilla del establecimiento de la religion cristiana en el mundo.

P. Vos habeis demostrado la divinidad de la religion cristiana por la divinidad de su autor, que es Jesucristo, tambien habeis demostrado la divinidad de esta religion

por sus propios caractéres; esto es, por la sublimidad de sus dogmas, y por la santidad de su moral; pero me habíais prometido el demostrar igualmente la divinidad de esta religion, por la maravilla de su establecimiento, y así espero tendreis á bien el cumplir vuestra promesa.

R. El establecimiento de la religion cristiana en el mundo, es la mas estupenda de todas las maravillas: la mano omnipotente de Dios está señalada de un modo tan sensible en este establecimiento, que es imposible á un hombre de buena fe el no reconocerla en él.

P. Eso es lo que os suplico me expliqueis en pocas palabras.

R. 1° La mayor empresa que los hombres hayan podido intentar jamás es la de hacer al mundo cristiano, de idólatra que era.

2° Los apóstoles, que formaron esta empresa, no tenian nada en sí mismos de lo que podia asegurar su éxito.

3° Los apóstoles tuvieron que superar en la ejecucion de esta empresa todos los obstáculos humanos.

4° Los medios que los apóstoles emplearon para salir bien de su empresa debian por su propia naturaleza producir un efecto enteramente contrario, y arruinarla sin recurso.

5° Sin embargo, los apóstoles han hecho el mundo cristiano: cuando murieron formaba ya el cristianismo una sociedad inmensa. Todos estos hechos son constantes, y por consiguiente es tambien constante que el establecimiento de la religion cristiana en el mundo es la mayor maravilla que se ha visto, y la obra de Dios solo.

P. Si todos los hechos que suponeis son constantes, la consecuencia que sacais es muy justa: pero es preciso probar estos hechos, y esto es lo que os ruego. Demostradme, pues, desde luego, que la mayor empresa que los hombres intentaron jamás, ha sido la de volver cristiano el mundo de idólatra que era.

R. Es evidente que la empresa de hacer el mundo cristiano tenia dos objetos: el primero, hacer renunciar á todos los pueblos de la tierra la idolatría; y el segundo,

que habiendo Dios empleado doce pescadores, hombres pobres, ignorantes y groseros para volver el mundo cristiano, todo hombre se ve obligado á convenir en que la Religion cristiana no fué establecida sino por la proteccion de Dios, y en que ha subsistido en todos los entendimientos por su propia verdad.

Toda la gloria de esta grande revolucion pertenece, pues, á Dios solo, y ningun hombre puede pretender el partirla con él. Los reyes de la tierra, los grandes y los ricos no pueden atribuírsela. Todo el mundo sabe, y ellos mismos lo saben, que han empleado, los unos todo su poder, y los otros todos sus talentos, para sofocar en su cuna la Religion cristiana : que no ha estado en su mano el que el mundo no saliese jamás de las tinieblas, de la idolatría y de la supersticion; y que ellos han sido los últimos que abrazaron el cristianismo, y los únicos que le persiguieron.

Los pequeños y los pobres, los ignorantes y los idiotas no tienen mas derecho que los reyes y los grandes, que los sabios y filósofos, para atribuirse la gloria de esta grande revolucion, y no se la atribuyen en efecto. Cuando entran en sí mismos, y consideran lo que ellos son, y lo que pueden, se ven obligados á convenir en que no tenian nada de lo que era preciso tener para formar, sostener y consumar una empresa tan extraordinaria : que solo han sido instrumentos de aquel Sér supremo, á quien todos los medios son indiferentes para ejecutar las mayores cosas porque no necesita ninguno.

CATECISMO

DE LA PRIMERA CONFERENCIA

Sobre la maravilla del establecimiento de la religion cristiana en el mundo.

P. Vos habeis demostrado la divinidad de la religion cristiana por la divinidad de su autor, que es Jesucristo, tambien habeis demostrado la divinidad de esta religion

por sus propios caractéres; esto es, por la sublimidad de sus dogmas, y por la santidad de su moral; pero me habíais prometido el demostrar igualmente la divinidad de esta religion, por la maravilla de su establecimiento, y así espero tendreis á bien el cumplir vuestra promesa.

R. El establecimiento de la religion cristiana en el mundo, es la mas estupenda de todas las maravillas: la mano omnipotente de Dios está señalada de un modo tan sensible en este establecimiento, que es imposible á un hombre de buena fe el no reconocerla en él.

P. Eso es lo que os suplico me expliqueis en pocas palabras.

R. 1° La mayor empresa que los hombres hayan podido intentar jamás es la de hacer al mundo cristiano, de idólatra que era.

2° Los apóstoles, que formaron esta empresa, no tenian nada en sí mismos de lo que podia asegurar su éxito.

3° Los apóstoles tuvieron que superar en la ejecucion de esta empresa todos los obstáculos humanos.

4° Los medios que los apóstoles emplearon para salir bien de su empresa debian por su propia naturaleza producir un efecto enteramente contrario, y arruinarla sin recurso.

5° Sin embargo, los apóstoles han hecho el mundo cristiano: cuando murieron formaba ya el cristianismo una sociedad inmensa. Todos estos hechos son constantes, y por consiguiente es tambien constante que el establecimiento de la religion cristiana en el mundo es la mayor maravilla que se ha visto, y la obra de Dios solo.

P. Si todos los hechos que suponeis son constantes, la consecuencia que sacais es muy justa: pero es preciso probar estos hechos, y esto es lo que os ruego. Demostradme, pues, desde luego, que la mayor empresa que los hombres intentaron jamás, ha sido la de volver cristiano el mundo de idólatra que era.

R. Es evidente que la empresa de hacer el mundo cristiano tenia dos objetos: el primero, hacer renunciar á todos los pueblos de la tierra la idolatría; y el segundo,

persuadirle á que abrazase la religion de Jesucristo. Ahora, estas dos cosas eran en extremo difíciles,

Todas las historias testifican, que cuando los apóstoles comenzaron á predicar el Evangelio, todos los pueblos de la tierra, excepto el pueblo judáico, eran idólatras: que creian haberlo sido siempre: que eran muy celosos de la gloria de sus dioses: que el culto que les daban era muy serio de su parte; y que este culto era en cada pueblo la religion del estado. Esto supuesto, debia ser muy difícil, y casi imposible absolutamente, no solo á hombres ordinarios, sino hasta á los mayores hombres en todo género, el desimpresionar los pueblos del falso culto de sus divinidades. Y en efecto, ¿cómo podrian destruir preocupaciones tan antiguas, tan universales, y tan profundamente grabadas en todos los espíritus? A lo que todavía es menester añadir, que la idolatría favorecia todas las pasiones del género humano; y que por la misma razon, debia tener los mayores atractivos para los hombres. Sin embargo, no se trataba solo de desimpresionar los pueblos del culto de sus falsas divinidades, sino que era tambien indispensable el persuadirlos á abrazar la Religion cristiana, esto es, una religion que obliga á los hombres á creer misterios incomprensibles, en los cuales su razon se pierde: á adorar como su Dios, á un hombre crucificado: á crucificarse ellos mismos por la renuncia de todas las pasiones de su corazon, y á estar siempre despuestos á morir en defensa de su fe. Ahora, ¿qué cosa puede darse mas difícil y mas imposible, que el hacer recibir una religion semejante á unos hombres orgullosos, sensuales, y llenos de amor propio por ellos mismos, y por todos los bienes de este mundo?

P. Convengo en cuanto habeis dicho; pero ¿cómo (por lo mismo) el mundo se ha vuelto cristiano?

R. El mundo se ha vuelto cristiano por la predicacion de doce apóstoles. que eran los doce principales discípulos de Jesucristo.

P. ¿Luego estos apóstoles eran al mismo tiempo los hombres mas poderosos, y los mas grandes ingenios del mundo?

R. Nada de eso. Los apóstoles, en la mayor parte

eran pescadores, que Jesucristo habia llamado á sí de las riberas del mar de Galilea ; eran hombres pobres, ignorantes y groseros : no gozaban en el mundo consideracion alguna ; y no tenian tampoco autoridad alguna.

P. Pero ¿es cierto que los apóstoles eran lo que acabais de decir, y que han sido ellos los que han convertido el mundo?

R. Los apóstoles se manifiestan por todas partes en el Evangelio los mismos que he retratado, y nadie se ha atrevido jamás á negar que no fuese así su carácter. Por otra parte conviene tambien todo el mundo en que los Apóstoles convirtieron á la Religion cristiana una multitud prodigiosa de Judíos y de idólatras ; y en que cuando murieron habia cristianos casi en todo el mundo conocido.

P. Convengo en que los Apóstoles no tuvieron pos sí mismos nada de lo que era necesario para hacer cristiano al mundo de idólatra que era ; pero tambien puede ser que cuando comenzaron á predicar el evangelio, el acaso hiciera que el mundo estuviera dispuesto á escucharlos favorablemente ; sea por el amor de la novedad, natural á todos los hombres, ó sea por alguna otra razon : ellos se aprovecharon de ello tan felizmente, que hicieron conquistas por todas partes, y el mundo se vió cristiano cuando menos lo esperaba.

R. Todas estas conjeturas están desmentidas por todas las historias. Desde que los apóstoles comenzaron á anunciar á Jesucristo, todo el universo se elevó contra ellos, los Judíos, los Griegos, los Romanos y los bárbaros. Todos los apóstoles fueron víctimas de su celo por Jesucristo : inmolaron con ellos una multitud infinita de discípulos suyos, y de discípulos de sus discípulos : por todas partes les hicieron una guerra implacable y en todas las ciudades se veian correr arroyos de sangre cristiana, de modo que puede decirse que el imperio romano fué como inundado de ella.

P. Me haceis temblar, Sin duda una persecucion tan violenta paró repentinamente el curso de la religion cristiana.

R. Nada menos que eso. El cristianismo se extendió por todas partes, no solo á pesar de la persecucion, sino

tambien por la persecucion. Mientras mas cristianos inmolaban, mas eran los que se hacian cristianos. La sangre de un solo mártir era una semilla fecunda que hacia retoñar otros mil. Los emperadores y el mundo estaban pasmados de ello, y no sabian á qué atribuir este prodigio.

P. Pero puede ser que la persecucion contra los cristianos empezase demasiado tarde, y cuando el cristianismo estuviera tan extendido, que no fuera posible el abolirle.

R. Olvidais que acabo de decir, que la persecucion contra los cristianos empezó el mismo dia que los apóstoles anunciaron á Jesucristo por la primera vez en Jerusalen, y que cada dia se hizo mas violenta, á medida que el cristianismo se extendia mas.

P. Veo que la persecucion de los emperadores romanos contra los cristianos fué muy violenta; pero puede ser que durase poco, y esto seria lo que salvó la religion. Sin duda los emperadores se cansaron de atormentar á los cristianos antes que los cristianos se hubieran cansado de aguantar y sufrir los tormentos.

R. Todavía permaneceis en el error. La persecucion contra los cristianos duró trescientos años; y solo al cabo de este tiempo fué cuando Constantino el Grande, vencido por la sola fuerza de la verdad, se hizo él mismo cristiano. Dios permitió que los emperadores romanos persiguiesen la religion durante todo este tiempo, para convencerlos con su propia experiencia de que, pudiéndolo todo contra los cristianos, no podian nada contra el cristianismo; y que su vocacion á la fe era mas bien una gracia que les hacia, que un beneficio que procuraba á su Iglesia.

P. Lo que acabais de decirme me causa la mayor admiracion, y es un verdadero prodigio que la Religion cristiana haya hecho tan grandes progresos en el mundo, y se haya establecido en él, á pesar de tan larga y cruel persecucion. ¿Cómo los apóstoles, sus cooperantes y sus sucesores se gobernaron para hacer esta asombrosa revolucion, y qué medios emplearon?

R. Los medios que los apóstoles, sus cooperantes y sus sucesores, pusieron en ejecucion para convertir el

mundo. fueron precisamente los que, segun todas las reglas de la prudencia humana, debian producir un efecto enteramente contrario.

P. Hacedme el gusto de indicarme estos medios.

R. Vedlos aquí en pocas palabras. 1º La prudencia humana exigia que los apóstoles comenzasen anunciando secretamente el Evangelio; y sin embargo, empezaron anunciándole en público. 2º La prudencia humana pedia que los apóstoles, sus cooperantes y sus primeros sucesores, recibiesen en la Iglesia indiferentemente y sin distincion á todos los que solicitasen entrar en ella; porque les importaba el hacerse un partido prontamente; y sin embargo, no recibian en ella sino á los en quienes veian señales ciertas de una sincera conversion. 3º La prudencia humana queria que los apóstoles, sus cooperantes y sus sucesores, propalasen el Evangelio con cierto arte para no disgustar á los paganos; y sin embargo, propusieron siempre el Evangelio en toda su severidad y en toda su intolerancia; y en aquellos primeros tiempos, la recepcion del bautismo se miró siempre como una solemne suscripcion al martirio. 4º La prudencia humana exigia que en los tiempos de persecucion, el gobierno eclesiástico fuese mas moderado que en los de paz; y que tuviese ciertos disimulos sobre muchos abusos y prevaricaciones; y sin embargo, jamás el gobierno eclesiástico estuvo mas firme y fué mas severo que en los tiempos de persecucion. 5º En fin, la prudencia humana exigia que, cuando los cristianos se viesen con bastantes fuerzas para resistir á las potestades del siglo que los perseguian, se armasen en su propia defensa y en defensa de la religion; y sin embargo, no opusieron jamás á sus persecuciones, sino la paciencia mas invencible, ni los emperadores tuvieron tampoco jamás vasallos mas sumisos.

P. ¿Pero los cristianos no se vieron jamás en estado de sublevarse contra los emperadores romanos?

R. Desde el segundo siglo de la Iglesia se habian multiplicado tanto los cristianos, que estaban en estado de armarse poderosamente en defensa suya, y de hacer temblar á sus perseguidores, y ellos conocian muy bien

sus fuerzas. Tertuliano, que florecia en aquel tiempo, lo decia altamente al senado romano en su Apologético. Pero si los cristianos conocian sus fuerzas, mucho mejor conocian tambien lo que debian á su ley y no conocian otra gloria que la de morir por Jesucristo.

R. Pero dicen que los apósteles hicieron muchos milagros; y si es cierto, no es de maravillar que hayan convertido el mundo. Los milagros suplian abundantemente todo lo que les faltaba de talento y autoridad.

R. Los apóstoles hicieron efectivamente grandes milagros: nada es mas cierto; y para dudarlo, es menester tachar de falsas todas las historias. Sin embargo, vemos en nuestros dias hombres que se atreven á decir que jamás hubo milagros; pero no ganan nada, porque si los apóstoles no hicieron milagro alguno, la conversion del mundo, obrada sin milagros, es el mayor de todos; y entonces el establecimiento de la religion cristiana es obra de Dios; y si los apóstoles ¡hicieron milagros; hay, pues, milagros, y entonces el establecimiento de la religion cristiana es todavía obra de Dios.

P. Confieso que el establecimiento de la Religion cristiana, no solo es obra de Dios, sino la obra maestra del poder y sabiduría de Dios. Esta verdad brilla tan vivamente en mi entendimiento, que nada podrá oscurecerla; tambien me parece, que el medio que Dios ha elegido para convertir al mundo es el mas digno de él. Si se hubiera servido, ó del poder de los Césares, ó de la habilidad de los políticos, ó de la sutileza de los filósofos, ó de la elocuencia de los oradores para obrar esta grande revolucion; los Césares, los políticos, los filósofos y los oradores se habrian atribuido toda la gloria; en vez que, habiendo Dios empleado para convertir el mundo la simplicidad de doce pescadores, es mas claro que el dia que la gloria de esta grande revolucion no pertenece sino á él solo.

R. Piensas muy bien sobre esto. El designio que tuvo Dios no empleando sino doce pescadores para convertir el mundo, es en efecto el que acabas de exponer: el apóstol san Pablo lo declara expresamente por estas bellas palabras del capítulo primero de la primera

Epístola á los Corintios. « La palabra de la fe es una locura, etc.[1]. »

SEGUNDA CONFERENCIA.

Donde se demuestra la divinidad de la Religion cristiana por el milagro perpetuo de su conservacion.

Figúrate, mi querido Teótimo, un gran rio que atraviesa el océano de un cabo al otro, sin que las olas de este mar inmenso, siempre agitado de furiosas tempestades, puedan jamás ni detener su curso, ni mezclarse con sus aguas, alterando su cualidad. De este mismo modo, atravesando los movimientos violentos que desde la primera predicacion de los apóstoles no han cesado de agitar las naciones y todo el género humano; la Religion cristiana ha llegado hasta nuestros tiempos del mismo modo que Jesucristo la habia dado á los apóstoles, y los apóstoles mismos á sus primeros discípulos.

Ten cuidado, Teótimo, desde el tiempo de Constantino; esto es, cerca de trescientos años despues de la primera publicacion del Evangelio, la Religion cristiana fué la Religion dominante en el Imperio Romano. Esta Religion se extendia tambien entonces mas allá de los límites de este imperio, y Jesucristo veia bajo sus leyes pueblos que los Césares no habian podido someter jamás á su poder.

Ahora, es evidente que una Religion que en tan poco tiempo habia hecho tan grandes conquistas; y esto por medios tan extraordinarios, y tan opuestos al efecto que habian producido: que habia echado tan profundas raíces en el espíritu y en el corazon de los pueblos, y que por otra parte era tan santa y tan venerable por sí misma; es evidente, dije, que una Religion semejante debia sostenerse por sus propias fuerzas durante una larga serie de siglos, y hasta el fin del mundo tambien. La

1 Seria muy útil que los jóvenes aprendiesen de memoria este pasaje.

conservacion de la Religion cristiana, considerada bajo un cierto punto de vista, nada menos es que un milagro; es decir, que no es de maravillar que todavía haya cristianos, y pueblos tambien enteros de cristianos; porque, segun el curso de las cosas humanas, todo esto debia suceder. Nada hay en todo ello que un buen político no hubiera podido prever fácilmente.

¿Donde está el milagro de la conservacion de la Religion cristiana? Vélo aquí, Teótimo: está en que, á pesar de las revoluciones de los emperadores, de las herejías y los cismas, de los escándalos y la corrupcion de costumbres, de la ignorancia y de la barbarie de los siglos, la Religion cristiana se haya sostenido hasta ahora en su pureza primitiva: está en que siempre ha habido y haya todavía un gran cuerpo de sociedad cristiana, una Iglesia principal y dominante, á la cual no han podido jamás convencer de error alguno en su creencia, de ninguna anchura en su moral, de ninguna falsedad ni supersticion en su culto, de ninguna mudanza en su constitucion jerárquica, ni de vicio alguno en su gobierno general; en una palabra, una congregacion que puede probar con títulos auténticos conocidos de todas las naciones, que por una serie no interrumpida de Pastores desciende de los apóstoles que la fundaron, y que jamás ha sufrido que hiciesen el menor insulto al sagrado depósito de la revelacion divina que recibió de ellos.

Ve aquí, dije, en qué consiste el milagro de la conservacion de la Religion cristiana: milagro no menor que el del establecimiento de esta Religion, y que es mas interesante, porque nos presenta un espectáculo mas variado. Aquí Dios, ocultándose muy á menudo bajo el velo de las causas segundas, que él mismo pone en movimiento, hace brillar de mil modos diferentes los infinitos recursos de su poder y de su sabiduría. Durante el curso de diez y ocho siglos ha parecido que la Religion cristiana estaba sobre el punto de ceder á los combates que le declaran por todas partes: y sin embargo sale siempre victoriosa, sin saber frecuentemente cómo ha sido. Sobre esto, Teótimo, me propongo hablarte hoy.

Bien te harás cargo de que, para tratar esta materia á fondo y en toda su extension, seria necesario exponerte

todos los siglos de la Iglesia uno despues de otro, y esto no es posible. Me ceñiré, pues, á algunas observaciones generales, las cuales te exhorto tengas siempre presentes en tu entendimiento, cuando algun dia leas la historia eclesiástica, porque te servirán de mucho para sacar de esta lectura el fruto que debe esperarse.

Si uno de aquellos filósofos que vemos entre nosotros en tan gran número, se hubiera hallado en Jerusalen cuando los apóstoles publicaron allí por la primera vez el Evangelio, habria pronunciado sin detenerse que la Religion cristiana no saldria jamás de la Judea, donde habia nacido; y que despues de hacer allí algun ruido, y excitado algun tumulto, seria ahogada en la sangre de los que la predicarian, y de sus imprudentes sectarios; ó que si esta Religion hacia alguna tentativa para extenderse fuera de la Judea, seria en vergüenza suya: que todos los pueblos conjurados contra ella, la repelerian lejos de sus fronteras con tanto vigor como indignacion y desprecio. De este modo habria vaticinado nuestro filósofo; y no puede negarse, que segun todos los principios de la política humana, hubiera vaticinado bien; porque es evidente, que una Religion que amenazaba á todas las religiones del mundo, y que solo aspiraba á establecerse sobre sus ruinas: una Religion que se declaraba enemiga de los dioses de todos los pueblos de la tierra, que se proponia aniquilar, para hacer adorar en su lugar á un hombre crucificado; es evidente, lo repito, que esta Religion debia ver á todos los pueblos de la tierra armarse contra ella, y perecer sin recurso á manos de los esfuerzos de esta universal conjuracion.

Pero si este mismo filósofo hubiera vivido bajo el reinado de Constantino el Grande, cuando los cristianos se dividieron con tanto ruido sobre la consustancialidad del Verbo, habria vaticinado altamente que el cristianismo, despues de haberse sostenido durante trescientos años contra las persecuciones de los emperadores romanos, se arruinaria tarde ó temprano por sí mismo: que bien presto verian á los cristianos divididos en una infinidad de sectas, enemigas las unas de las otras, y encarnizadas siempre en destruirse mutuamente; y que, en fin, llegaria un tiempo en que el cristianismo no pre-

sentaria otra cosa sino un conjunto confuso de hombres, que solo se parecerian en el nombre, y de los cuales tendria cada uno su religion aparte. Este habria sido el segundo oráculo de nuestro filósofo; y este oráculo, así como el primero, habria sido dictado por la política mas ilustrada. Para convencerse de ello, basta reflexionar un momento sobre los misterios, y sobre la moral de la Religion cristiana; y en fin, sobre la constitucion del gobierno de esta Religion.

1° Los misterios de la Religion cristiana no tienen semejanza alguna con lo que vemos en el órden de la naturaleza; y son de tal modo inaccesibles á nuestra razon, que no podemos tener de ellos ni ideas claras, ni formar la menor conjectura; en una palabra, los misterios son absolutamente incomprensibles.

2° La moral de la Religion cristiana es una moral austera, y combate todas las pasiones: una moral de humilidad, de desprendimiento y de penitencia.

3° En fin, la constitucion del gobierno de la Religion cristiana es monárquica, templada por la aristocracia. En ella se ve un órden de primeros y principales pastores, que teniendo entre ellos una autoridad igual, son presididos por un jefe único, cuya autoridad es superior á cada uno de ellos. Este jefe es el pastor de todo el rebaño de Jesucristo, y de los mismos pastores; y por otra parte, la autoridad del cuerpo de los mismos pastores es una autoridad santa y sagrada, emanada inmediatamente de Dios: una autoridad independiente de todo poder temporal, y soberano en su género; en fin, una autoridad á la cual todos los cristianos, sin excepcion, y los reyes mismos, deben estar sometidos.

Sin embargo, por lo que mira á los misterios, el espíritu humano es fiero y presuntuoso, y no quiere creer sino lo que conoce, y así trata de fabuloso todo lo que no ha visto, y de absurdo lo que no puede comprender. El entendimiento humano es indócil, porque una vez que los hombres han adoptado un cierto modo de pensar, no hay razon que los convenza: la sola vergüenza de confesar que se engañaron, basta para fijarlos inmutablemente en el error. ¿Se vió jamás que un partido cediese á otro en las guerras de opiniones, rendir las ar-

mas y someterse al yugo? En fin, el entendimiento humano es curioso, amante de la novedad y de la singularidad, porque coloca su gloria en ensayar sus fuerzas contra la verdad conocida. Frecuentemente basta que una opinion sea ridícula, para que aquellos que se pican de bello ingenio la abracen, y basta que una vez la hayan abrazado, para que jamás la abandonen.

La moral de la Religion cristiana no encuentra menos oposicion en el corazon del hombre, que los misterios de esta Religion en su entendimiento. Esto es lo que cada uno puede reconocer en sí mismo, y no es menester extenderse sobre ello.

En fin, tocante la constitucion del gobierno de la Religion cristiana observa, 1° que la autoridad afecta á las grandes dignidades de esta Religion, sobre todo á la dignidad suprema, es la mas santa y mas venerable que hay en la tierra, y que todas estas dignidades son electivas, y no hereditarias; y de aquí deducirás sin trabajo, que las dignidades sagradas son muy á propósito para hacerse el objeto de las pretensiones de los hombres ambiciosos. Considera, en segundo lugar, que generalmente el genio de los príncipes es tal, que no pueden ver tranquilamente en sus Estados una autoridad que no es la suya, y mucho menos todavía, una autoridad á la cual ellos mismos están sometidos, aunque solamente en órden á la salvacion; é inferirás de todo ello, que la autoridad de los primeros pastores debió naturalmente hacer sombra, y causar celos á los reyes de la tierra.

Ahora, ¿qué debia resultar de todas estas contrariedades, sino que todos los misterios de la Religion cristiana fueran combatidos: que la moral de esta Religion lo fuera tambien frecuentemente, y casi por todas partes mal observada: que la corrupcion de las costumbres seria casi general: que se verian horribles escándalos: que estos se verian hasta en el lugar santo: que las facciones y las cábalas reinarian entre los cristianos para llegar á las dignidades sacerdotales: que los pastores se dividirian entre ellos: que los unos querrian apoderarse de la autoridad principal, y que los otros no querrian reconocerla: que por todas partes resonarian los ecos de las disputas y de las contestaciones: que el mundo cris-

tiano se veria lleno de turbaciones y tumultos, y hasta de guerra y carnicería; que varios príncipes (y puede ser que todos) se harian una máxima fundamental de arruinar la sagrada autoridad de los pastores, de sustraerse á esta autoridad, de atraérsela tambien toda entera á ellos mismos, de reunir así en su persona el imperio temporal y el imperio espiritual, y en su mano el cetro real y el cetro sacerdotal?

Es evidente, por el simple buen juicio, mi amado Teótimo, que la Religion cristiana, despues de haber experimentado todas las persecuciones extranjeras, de las cuales he hablado en la Conferencia precedente, debia ser el blanco de todas las persecuciones domésticas que acabo de decir, y de otras mil de que he hablado. Tambien es evidente, por el simple buen juicio, que, segun el curso ordinario de las cosas humanas, la Religion cristiana debia ceder á tantos combates del mundo que mas arriba he dicho.

Luego era preciso que Dios, para conservar la Religion cristiana, que era obra suya, hiciese uno de estos milagros, ó que hasta el fin de los siglos encadenase todas las pasiones de los hombres, para imperdirles el revolverse contra la Religion: ó que, aflojando la brida á todas las pasiones de los hombres, y entregando esta Religion á todos sus combates, la hiciese, no obstante, triunfar gloriosamente hasta el fin de los siglos: no habia medio entre estos dos milagros. Ahora, Dios, que era dueño igualmente de hacer el primero ó el segundo, porque nada es costoso á su poder, prefirió el segundo al primero porque era mas digno de él. Esto es lo que vamos á ver.

Abramos aquí, Teótimo, los fastos de la Iglesia, y veremos que, desde el nacimiento del cristianismo, el demonio suscitó doctores y apóstoles de la mentira, para oponerlos á los doctores y á los apóstoles de la verdad; y que mientras que estos esparcian en el mundo el buen grano de la sana doctrina, aquellos arrojaban en él, á manos llenas, la zizaña de los mas perniciosos errores, por servirme de la bella figura que Jesucristo mismo ha empleado en una de sus parábolas.

Luego hubo herejes desde que comenzó á haber cris-

tianos; y á medida que el cristianismo se extendia y perpetuaba, las herejías se multiplicaban tambien. A las herejías se agregaron los cismas, que desolaron ya las Iglesias particulares, y ya la Iglesia universal.

La fe se debilitó insensiblemente, la caridad se resfrió, el fervor se relajó, y se pervirtieron las costumbres. Se vió reinar en todos los órdenes del cristianismo una licencia escandalosa; por colmo de males, los emperadores y los reyes, emprendieron muy frecuentemente el colocar sus tronos en el santuario: quisieron decidir de la fe, arreglar el culto, disponer de todo en el gobierno de la Iglesia, y concentrar en su persona toda la potestad que el Hijo de Dios dió solamente á los apóstoles y á sus sucesores. ¿Qué crueldades no ejecutaron contra los pastores y contra el rebaño? Mas de una vez tuvo motivo la Iglesia para dudar si llamando Dios al cristianismo á los emperadores y á los reyes, habia querido dar á la Iglesia en sus personas, ó protectores para defenderla, ú opresores para darle que sufrir. Los Valentes, los Constantino Coprónimo y muchos otros, hicieron casi echar menos á los Domicianos y á los Dioclecianos. Este era, y todavía mas espantoso, el cuadro que la historia nos presenta de las tempestades que en todos los siglos se han levantado contra la Iglesia, en el seno de la Iglesia misma; y que por confesion de todos los sabios, debian naturalmente precipitarla en una ruina infalible.

Como no puedo entrar en el pormenor de los hechos sobre todos los puntos, me contentaré con hacer algunas observaciones acerca de las herejías.

Ya dije que hubo herejes desde que empezó á haber cristianos, y que á medida que el cristianismo se extendia, las herejía se multiplicaban tambien. No hay siglo que no haya producido una herejía. Todos los dogmas de nuestra fe, sin exceptuar el de la unidad de Dios, han sido combatidos. La presuntuosa y temeraria curiosidad del espíritu humano, quiso sondarlo todo hasta los abismos de la divinidad, y su orgullosa indocilidad no cedió jamás, ni á la razon, ni á la autoridad.

Ciertas herejías como el arianismo, el protestantismo y otras varias, hicieron de un golpe los mas asombro-

sos progresos. El veneno de la vibora no fermenta mas prontamente en las venas del hombre á quien muerde. La peste mas maligna no hace tantos estragos en tan corto tiempo. Vióse extender rápidamente por todas partes á estas herejías sus conquistas á lo lejos : llevarse de calle las provincias y los reinos ; y llenar el mundo cristiano de tumultos y divisiones. Al ver á los pueblos enteros correr como por efecto de un arrebatamiento repentino á alistarse bajo los estandartes de los heresiarcas, se hubiera dicho que el abandono de la opinion iba á ser general, y que la fe antigua se acababa.

No era solamente el pueblo ignorante y grosero el que así se arrojaba de tropel al partido de los rebeldes, sino los hombres mas capaces de dar crédito al error, por lo eminente de los puestos que ocupaban en la Iglesia y en el Estado, por su talento, sus luces y sus virtudes, á lo menos aparentes. Eran prelados, reyes y príncipes, doctores célebres y grandes ingenios ; en una palabra, hombres á propósito para arrastrar tras sí todo su siglo, y cuyo solo nombre parece llevar consigo la prueba de todo lo que adelantan. Hubo tiempos en los cuales era elevarse á la clase de bellos espíritus, el declararse á favor de la herejía ; supuesto que era abatirse á la condicion de los estúpidos, que no saben pensar por sí mismos, el mantenerse en la antigua creencia.

Todo, pues, se empleó para hacer prevalecer las nuevas doctrinas contra la antigua fe ; como la sutileza de la filosofía : todo lo mas escogido de la erudicion : todo lo persuasivo de la elocuencia : todo lo que la autoridad de la jerarquía y del carácter tiene de respetuoso : todo lo que las esperanzas mas lisonjeras tienen para seducir : todo lo que el temor mas terrible tiene para abatir y consternar : todo lo que las invenciones de la hipocresía y la simulacion tienen de mas especioso : y sobre todo todo lo que la violencia tiene de mas atroz. El furor de los reyes y de los emperadores, perseguidores del catolicismo, ha ido mas allá del de los reyes y los emperadores, perseguidores del cristianismo.

Veo tambien en la historia, que varias herejías han durado varios siglos, durante cuyo tiempo se han sostenido con lucimiento, han gozado tranquilamente de sus

funestas conquistas, han reinado con un imperio absoluto en los pueblos seducidos, han despreciado al abrigo de la proteccion de los reyes, la Iglesia Madre, de la cual se habian separado, teniendo derecho en la apariencia de prometerse una eterna estabilidad.

Hallo, en fin, que todas las herejías se han apoyado sobre razones especiosas, y sobre textos de los sagrados libros que parecian favorecerles. Los principios de la filosofía y la Escritura santa, han sido siempre como dos arsenales abiertos á todos los partidos rebeldes á la Iglesia, y no hay ninguno que no haya sacado de ellos armas para combatir sus dogmas: los principios de la filosofía, porque los dogmas de la fe no están encerrados en estos principios, ni dependen de ellos de modo alguno; porque todo lo que no está encerrado en estos principios, parece que se opone á ellos; porque estos dogmas son incomprensibles, y porque siempre se argumenta felizmente, á lo menos en la apariencia, contra lo que nadie comprende; la Escritura santa, porque en varios parajes es oscura, y porque un hombre de mala fe hace decir todo lo que quiere á estos pasajes oscuros, hallando en ellos lo que busca, aunque nada de lo que busca está en ellos.

De la exposicion que acabo de hacer, mi querido Teótimo, se evidencia que el concurso de todos estos principios de destruccion que parece encierra el cristianismo en su constitucion, y que en todos tiempos han obrado con tanta violencia, debian introducir en ella una confusion general: que desde muchos siglos debia ser incierto y problemático todo en la fé, en la moral y en el culto: que desde muchos siglos no deberia haber en el cristianismo ninguna autoridad reconocida, ninguna ley respetada, ni inviolable, ni interés comun alguno que uniese los particulares entre sí para hacer de ellos un solo pueblo, y un solo rebaño de Jesucristo. Es evidente, que desde muchos siglos, la suerte del cristianismo ha debido ser la de un reino desolado por la guerras civiles, en las cuales los diferentes partidos armados los unos contra los otros, y encarnizados hasta destruirse, son otras tantas pérdidas, las victorias que ganan y pierden el Estado sin recurso, bajo el pretexto de defenderle. Esta debia ser

la suerte de la religion cristiana. Todo hombre capaz de reflexionar profundamente, de ver los efectos en su causas y que lea con atencion la historia de la Iglesia, podrá en algun modo quedar convencido por sus propios ojos, de que en los diez y ocho siglos de la Iglesia, no se halla uno siquiera en el cual esta religion no haya debido perecer por sus divisiones intestinas.

Sin embargo, no ha sucedido así. En medio de este caos de herejías y de sectas de toda especie, de persecuciones, de escándalos y de cismas, veo una Iglesia principal y dominante, que se dice fundada por los Apóstoles, y que se manifiesta á las naciones rodeada de luz, cargada de trofeos, seguida de una multitud innumerable de mártires, de confesores y de vírgenes, teniendo en su mano los títulos auténticos de su orígen celestial, que nadie se atreve á contestar. Sigo á esta Iglesia de siglo en siglo, y observo :

1° Que ella es la que en todos tiempos se ha elevado contra todos los errores desde el momento en que han aparecido : que ha cogido á todos los herejes en el hecho de la innovacion, y ha dicho á cada uno de ellos : la doctrina que publicais hoy, no es la que ayer se enseñaba : nosotros no la hemos conocido jamás : ella es invencion vuestra.

Observo, en segundo lugar, que ninguno de los adversarios de esta Iglesia ha intentado jamás una acusacion semejante : que jamás se le ha sorprendido en el hecho de innovacion ; y que jamás ha podido nadie decirle, ni le ha dicho en efecto : vos mudais de creencia; lo que enseñais hoy, no es lo que ayer enseñabais. Es cierto que todos estos adversarios la han acusado de haber mudado la antigua fe; pero ninguno de ellos ha podido señalar la primera época de esta alteracion. Todos sus adversarios, sin excepcion, cuando se han levantado contra ella, la han encontrado en posesion de la doctrina que le contestaban ; y todos, antes de declararse contra ella, habian comenzado por creer lo que ella creia.

Observo, en tercer lugar, que esta misma Iglesia es la que ha condenado todas las doctrinas nuevas, y la que ha anatematizado á los que las habian inventado, á los que las habian abrazado, á los que las protegian, y á los que

las favorecian : que todas sus decisiones han sido siem pre irrevocables : que jamás han podido reducirla cambiarlas, ni á modificar su severidad : y que siem pre ha tenido el mismo lenguaje, porque siempre ha te nido la misma creencia. Lo que una vez ha pronun ciado lo ha pronunciado para siempre. En vano s coligarian todas las potestades de la tierra para obligarl á suprimir, ó mudar una sola palabra de sus decisiones Ella declara, contra los arianos, que el hijo de Dios e *consustancial* á su padre : defiende esta palabra *consus tancial*, como se defiende una fortaleza, que es la llav principal de un gran reino. Aunque esta palabra turb á todo el universo, no por eso la abandonará : sufrir mil persecuciones por esta palabra ; y en fin, esta pala bra consagrada por la eleccion que de ella ha hecho triunfará de todo el poder de los Césares, y resonar hasta el fin de los siglos en los templos de esta Iglesia.

Observo, en cuarto lugar, que esta Iglesia jamás h hecho paces, ni treguas, con los que se oponian á algu no de sus dogmas, ó que querian cambiar su jerarquía que jamás temor alguno, alguna esperanza, interés alg no de ninguna especie, ha podido reducirla á entrar co ellos en composicion. Ha visto repetidas veces separars de ella provincias y reinos enteros : ha gemido estas pér didas, y las ha llorado : pero ha querido mejor sufrirlas que aflojar en la verdad.

Observo, en quinto lugar, que esta Iglesia ha defen dido siempre los dogmas de la fe, que parecian meno importantes, con el mismo celo y el mismo vigor que lo que son evidentemente mas esenciales : varios empera dores poderosos emprendieron el abolir el uso y el cult de las santas imágenes : su pretension parece apoyars sobre textos formales del antiguo testamento. Por otr parte, ¿qué inconvenientes hay en pasarse sin imágenes ¿Donde está la necesidad de honrarlas? ¿Porqué un práctica, sin la cual no se deja de ser cristiano, divid todo el cristianismo? Pero ninguna de estas razone mueve á la intrépida Iglesia de la cual hablo : ella se opon como un muro de bronce á las sacrilegas empresas d Leon el Isauriano, y de sus impíos sucesores. El uso d las imágenes, y el culto relativo que se les da, es u

punto de su tradicion : lo conservará, pues, aunque todo lo pierda : millares de mártires derramarán su sangre por este dogma, tan lijero y pequeño en la apariencia ; y al fin se verá el mundo entero, y á los mismos emperadores, prosternarse delante de las imágenes de Jesucristo y de sus santos, para honrar á aquellos que representan.

Observo, en sexto lugar, que esta Iglesia no ha variado jamás nada, ni en los objetos, ni en las prácticas de su culto ; que jamás ha introducido mudanza alguna en la constitucion de su jerarquía, ni ha dejado alterar la pureza de su moral.

Es cierto, que segun los tiempos y las circunstancias ha sido mas ó menos severa con los pecadores ; pero siempre ha sido y es enemiga implacable del pecado ; siempre se ha elevado con una igual autoridad contra toda relajacion y contra todo rigor excesivo ; sus máximas en esta materia fueron siempre tan severas como el evangelio ; pero jamás lo fueron mas que el evangelio.

Observo, en sétimo lugar, que cuantas veces los emperadores y los reyes han querido meter la mano en el incensario, y atribuirse una autoridad que Dios no les ha dado, esta misma Iglesia se ha opuesto á sus empresas con intrepidez, y les ha dicho con noble y respetuosa libertad : sabed que Dios ha establecido dos potestades en la tierra, la potestad sagrada de los pontífices, y la de los reyes. La primera gobierna á los hombres en el órden de la salvacion, y la segunda en el órden civil. Estas dos potestades son independientes la una de la otra ; y deben, sin embargo, obrar de acuerdo. El rey no puede ser pontífice, así como el pontífice no puede ser rey. Los pontífices, como ciudadanos, deben obedecer á los reyes ; los reyes, como cristianos, deben someterse á los pontífices. A vosotros ¡ ó reyes ! os toca el defender el Estado de las invasiones exteriores, y arreglarlo en lo interior : el imponer los tributos, y el mantener, por medio de leyes justas, el equilibrio entre las diferentes clases de ciudadanos que le componen. A los pontífices pertenece el juzgar soberanamente, y en última instancia, todas las contestaciones que se fomentan en

la Iglesia tocante la fe ó la moral : arreglar la forma del culto divino : hacer, en el órden de la religion, leyes generales que obligan á todos los cristianos, sin excepcion, y que constituyen el régimen y la disciplina de la Iglesia ? recomendar incesantemente á los fieles, de quienes son pastores, el respeto debido á los reyes, cuyas personas sagradas son imágenes vivas de Dios en la tierra : el pagar el tributo fielmente, y sin murmurar : pedir por la prosperidad de sus reinos : obedecerles en todo lo que no es ofensa de Dios : y darles ellos mismos el ejemplo del cumplimiento de todos estos deberes. Véase aquí una de la primeras obligaciones de los pontífices, y por esta parte son los apoyos del trono. Velad incesantemente en vuestros estados sobre la conservacion de la fe : procurad con todo vuestro poder la observancia de las leyes eclesiásticas ; y ved aquí ¡ ó reyes ! vuestra primera obligacion, y el mas bello de vuestros privilegios. En este sentido, y no en otro, sois los protectores de la Iglesia y los pastores exteriores.

Observo, en fin, que esta Iglesia, que ya he llamado principal y dominante, ha sido siempre la mas extendida y la mas célebre de todas las congregaciones cristianas : que en ella es donde se han hecho todos los milagros : que por ella han combatido todos los mártires : que en su seno, y bajo sus leyes, se han formado todos los santos que ha venerado la antigüedad : que ella es la que ha llevado, y lleva todavía el Evangelio á todos los pueblos de la tierra. Las herejías han desaparecido una despues de otra : los cismas se han disipado : los imperios se han desvanecido ; y tantas revolucionesno han podido arrastrar la catástrofe de esta Iglesia. El trono de los Césares cayó, y el de san Pedro ha permanecido firme é inalterable ; y los pueblos bárbaros, de quienes Roma ha sido presa, han venido á parar en ser la conquista de esta Iglesia.

¿ De dónde ha venido á esta Iglesia tanta firmeza ? ¿ Quién es el que la ha inspirado esta noble confianza en sus fuerzas ? ¿ Quién es el que le ha hecho conocer que estaba cierta de salir vencedora de todos los combates que la han declarado ? ¿ Quién es el que ha abatido á sus piés todas las herejías ? ¿ Quién es el que ha disipado

todas las asechanzas de los pueblos y los reyes conjurados contra ella, si no es aquel que ha dicho : « Tú eres » Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las » puertas del infierno no prevalecerán contra ella; » y además : « El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras » no pasarán jamás; » y tambien : « Toda planta que no » haya sido plantada por mi Padre, será arrancada? » El primero y segundo de estos oráculos se han verificado hasta aquí en toda su extension. Todos los esfuerzos del infierno, durante diez y ocho siglos, no han podido prevalecer contra la Iglesia; y esta misma Iglesia no ha dejado perecer ninguna de las verdades, cuyo depósito la fué confiado por Jesucristo, ni ha dejado oscurecer una sola. El tercer oráculo se ha verificado hasta nuestros dias, tanto cuanto podia verificarse. ¿Dónde están aquellas antiguas herejías, cada una de las cuales, en su tiempo, hizo tanto ruido en el mundo, y causó en él tantas turbulencias, y sedujo tantos reyes y tantos pueblos? Ya no existen. ¿Qué se han hecho los arianos, los nestorianos, los maniqueos y tantos otros? Han desaparecido. Apenas se ven de ellos algunas miserables reliquias, semejantes á las ruinas de una ciudad á quien el hierro y el fuego han destruido, y que solo subsisten para anunciar á la posteridad la victoria del pueblo que la destruyó. No lo dudes, Teótimo, todas las herejías que todavía vemos en este mundo tendrán el mismo paradero que aquellas : perecerán á su turno : la verdad, contra la cual han esperado neciamente prevalecer, prevalecerá al fin contra ellas, permanecerá eternamente; de modo que no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor.

Así se ha cumplido, y se cumple todavía todos los dias, la célebre y magnífica profecía encerrada en el salmo segundo, por cuya lectura acabaremos esta conversacion.

Salmo II.

« ¿Porqué se han sublevado las naciones con un gran » ruido, y los pueblos han formado vanos designios? Los » reyes de la tierra se han opuesto, y los príncipes se » han unido contra el Señor, y contra su Cristo y su Un-

» gido. Rompamos, dicen ellos, los lazos y arrojemos » lejos de nosotros su yugo. El que permanece en los » cielos se reirá de ellos, y el Señor se burlará; entonces » les hablará en su cólera, y les llenará de turbacion en » su furor. Pero por mí, yo fui establecido rey en Sion, » su santa Montaña, á fin de que anuncie sus preceptos. » El Señor me ha dicho : Tú eres mi Hijo, hoy te he en- » gendrado. Pídeme, y te daré las naciones en herencia, » y extenderé tu posesion hasta las extremidades de la » tierra : tú las gobernarás con una vara de hierro, » y los romperás como el vaso del alfarero. Y vosotros » ahora, ¿ó reyes! abrid vuestros corazones á la inteli- » gencia : recibid las instrucciones de la verdad, vosotros » que juzgais la tierra : servid al Señor con temor y » temblor : abrazad estrechamente *la pureza* de la disci- » plina, por miedo de que el Señor no entre en cólera, y » perezcais fuera de la via de la justicia. Cuando en breve » su ira se enardecerá, dichosos todos aquellos que con- » fian en él. »

Este salmo es como el epílogo de la historia eclesiástica, y toda la historia eclesiástica no es otra cosa sino el desenrollo de este salmo; y tú ves por tí mismo que cuanto se ha dicho en esta Conferencia es su interpretacion.

Aquí, Teótimo, me preguntas, ¿cuál es esta Iglesia principal y dominante cuyo retrato se ha hecho? Y te respondo, que esta Iglesia es la que tiene por jefe al pontífice romano, único sucesor legítimo de san Pedro; la Iglesia católica, en cuyo seno hemos tú y yo tenido la dicha de nacer; y sobre esto me propongo hablarte dentro de unos dias.

CATECISMO

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la maravilla de la conservacion de la religion cristiana.

P. Convengo sin trabajo en que el establecimiento de

la Religion cristiana es milagroso, y, por consiguiente, una prueba incontestable de su divinidad; pero no puedo mirar como un milagro la conservacion de esta Religion hasta nuestros dias, porque nada veo en ella que no pudiera suceder, segun el curso ordinario de las cosas humanas.

R. Os engañais, y nada hay mas fácil que demostrar que la conservacion de la Religion cristiana, como yo la entiendo, es un milagro tan grande como el de su establecimiento.

P. Vos me habeis dicho que la Religion cristiana habia hecho progresos tan prodigiosos, que al cabo de trescientos años, esto es, bajo el reinado de Constantino el Grande, fué la Religion dominante en el imperio romano, y que se extendió hasta mas allá de los límites de este imperio. Es así que es evidente que una Religion tan extendida, debia sostenerse por sus propias fuerzas durante muchos siglos, y tambien hasta el fin del mundo; luego ¿dónde está el milagro de la conservacion de esta Religion?

R. Cuando dije que la conservacion de la Religion cristiana hasta nuestros dias es un milagro, no entendia por eso que fuera un milagro el que todavía hubiese cristianos en el mundo, sino que era un milagro que haya habido siempre y haya todavía en el mundo una gran congregacion de fieles cristianos, una Iglesia principal y dominante, que haya conservado y conserve la Religion cristiana en toda su pureza, y en los mismos términos que Jesucristo la dió á los apóstoles.

P. Yo no comprendo todavía bien vuestra respuesta, y así os pido me la expliqueis.

R. Voy á hacerlo. Sabeis que la Religion cristiana propone misterios incomprensibles, y que el entendimiento humano es naturalmente curioso, indócil, presuntuoso, amante de la novedad y de la singularidad. Sabeis que la moral de la Religion cristiana es austera y embarazosa, y que el corazon humano es vicioso y corrompido. Sabeis, por último, que la Religion cristiana encierra una jerarquía sagrada, á cuya autoridad deben someterse todos los hombres; y que los hombres aman naturalmente la licencia, la independencia, etc.

P. Todo eso lo sé; pero ¿qué sacais de ahí?

R. Deduzco de todas estas oposiciones, que debia suscitarse entre los cristianos una infinidad de contestaciones tocante los dogmas, la moral, el culto, la jerarquía sagrada y su autoridad, etc. : que estas contestaciones debian producir una infinidad de sectas; y que esta multitud infinita de sectas debian confundirlo todo en el cristianismo.

P. Me conformo; pero proseguid.

R. Hubiera sido, pues, un milagro que jamás hubiera habido contestacion alguna entre los cristianos, acerca de los misterios, la moral, la jerarquía, etc., supuesto que para esto habria sido necesario, que durante diez y ocho siglos, Dios hubiera puesto un freno á todas las pasiones de los hombres para que no se sublevasen contra la Religion.

P. Esto me parece demostrado; pero aguardo la continuacion.

R. Pero si Dios hubiera aflojado la brida á todas las pasiones de los hombres, hubiera entregado la Religion cristiana á todos sus combates; y sin embargo, en medio de estos combates, hubiera conservado siempre la pureza de esta Religion en una congregacion principal y dominante, y esta congregacion se hubiera preservado de todo error en la fe, y de toda relajacion en la moral, etc.; ¿no convenís en que este seria otro milagro tan asombroso como el primero?

P. No puedo negarlo; pero ¿qué sucedió?

R. Vedlo aquí. El cristianismo, durante diez y ocho siglos, se ha hallado continuamente agitado por las herejías, los cismas, los escándalos, las persecuciones, y las interpresas de las potestades seculares, como por otras tantas tempestades, y en medio de ellas se ha conservado en toda su pureza, y como acabo de decirlo, la Religion cristiana.

P. ¿Cómo probais que el cristianismo ha sido agitado durante diez y ocho siglos por las tempestades que acabais de decir?

R. Lo pruebo con toda la historia eclesiástica que hace fe, y estos hechos son tan conocidos que seria superfluo el entrar en sus pormenores.

P. ¿Cómo probais que la Religion cristiana se ha conservado hasta nuestros dias en toda su pureza en una Iglesia principal y dominante?

R. Lo pruebo, porque despues de la predicacion de los apóstoles hasta nuestros tiempos, ha habido en el mundo una Iglesia, que era la mas extendida de todas las Iglesias cristianas, y la única que estaba en estado de manifestar con títulos auténticos que habia sido fundada por los apóstoles. Una Iglesia que se ha elevado contra todas las herejías desde que han aparecido, y las ha condenado: que siempre ha tenido el mismo culto y la misma jerarquía: que ha resistido constantemente todas las interpresas de las potestades del siglo contra sus derechos sagrados, y á la cual no han podido jamás convencer de error alguno.

P. ¿Cuál es esta Iglesia?

R. Es la Iglesia que tiene por jefes á los pontífices de Roma, sucesores legítimos de san Pedro. Es la Iglesia católica, en cuyo seno hemos tenido vm. y yo la dicha de nacer; y con respecto á esta Iglesia, se ha cumplido el siguiente oráculo de Jesucristo: « Tú eres Pedro, y » sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del » Infierno no prevalecerán contra ella. »

TERCERA CONFERENCIA.

Donde se demuestra la divinidad de la religion cristiana por la admirable revolucion que ha hecho en el mundo.

El mundo, libre por Jesucristo de los errores mas monstruosos, é iluminado con las mas puras luces de la verdad; el mundo, santificado por Jesucristo, y adornado con las mas bellas virtudes; Jesucristo mismo, autor de esta grande revolucion, elevado al mas alto grado de gloria por el oprobio de la cruz, y hecho Rey y Dios del mundo; ve aquí, mi querido Teótimo, lo que va á ser la materia de la conversacion que hoy tendremos.

Tres hechos son ciertos y reconocidos de todo el universo. El primero es, que antes de la venida de Jesu-

cristo, todos los pueblos del mundo, excepto el pueblo judáico, estaban entregados á la idolatría mas vergonzosa, y á las supersticiones mas groseras y ridículas. Digo todos los pueblos del mundo, los pueblos de mas talento y civilizacion, como los mas bárbaros y mas salvajes; por ejemplo, los Griegos y los Romanos: aquellos pueblos, tan fecundos en talentos raros y excelentes; aquellos pueblos, que llevaron las ciencias y las artes al mas alto grado de perfeccion: aquellos pueblos, en fin, que han llenado el universo de monumentos inmortales de su ingenio y de mil obras maestras en todo género, que admiramos, que son nuestros modelos, y que desesperamos siempre de poder igualar.

El segundo hecho es, que despues que Jesucristo vino al mundo, y que los apóstoles predicaron su Evangelio, las naciones mas bárbaras y feroces, como los Galos, los Germanos, los Escitas, y los habitadores de las Islas Británicas, renunciaron toda idolatría y toda supersticion para adorar á un solo Dios, criador del cielo y de la tierra.

En fin, el tercer hecho, es que por la predicacion de los apóstoles ha hecho Jesucristo esta gran revolucion en las ideas, y en el culto de estas naciones.

Sí, Teótimo, Jesucristo es quien ha desterrado del mundo aquella multitud de divinidades, tan infames como ridículas, que adoraba despues de tantos siglos: quien ha destruido sus templos y sus altares, hecho pedazos sus simulacros, abolido su culto, y quien las ha hecho el oprobio y la irrision de las naciones de las cuales habian sido el terror por tantos siglos.

Jesucristo es quien ha dado á los hombres la sublime idea de un solo Dios, espíritu puro, eterno, independiente, que reune en la simplicidad de su sér todas las perfecciones posibles: que encuentra en sí mismo toda su gloria y toda su felicidad: que está en todas partes: que todo lo ve: que de todo dispone: que ha criado el mundo: que le hace subsistir, y que le gobierna con su sola voluntad.

Jesucristo es quien ha hecho conocer á los hombres la nobleza de su orígen, la excelencia de su naturaleza, la santidad de sus deberes, y la sublimidad de su fin: él

es quien les ha enseñado lo que deben á Dios, lo que se deben á sí mismos, y lo que deben á sus semejantes : él es quien les ha dado nociones tan bellas y tan luminosas de los principios de la ley natural, y de las consecuencias encerradas en estos principios, y quien ha grabado las unas y los otros tan profundamente en sus espíritus, que despues de diez y ocho siglos no han podido las pasiones ni oscurecerlas ni borrarlos.

¿De qué proviene que los mas grandes ingenios de la antigüedad pagana desconocieron al Sér supremo, ó no tuvieron de él sino ideas imperfectas, mezcladas de falso y verdadero, y, por consecuencia, ideas que le deshonraban? ¿De qué proviene que no tuvieron religion, ó que solo tuvieron una religion informe? ¿De dónde proviene que su moral tan ponderada no fué otra cosa sino una mezcla monstruosa de preceptos que la razon confiesa, y de máximas que detesta? En fin, ¿de qué proviene que sus opiniones sobre todos estos grandes objetos fueron siempre tan débiles y variables, que se ve en todos sus escritos que no sabian en el fondo á qué atenerse? Proviene de que Jesucristo no habia parecido todavía. Yo comparo los hombres que vivian en aquellos siglos desgraciados, á unos viajantes que se pusieron en camino á aquella hora de la mañana, en la cual los primeros rasgos del crepúsculo comienzan á penetrar las sombras de la noche. Aunque todos ellos tengan buena vista, nada ven distintamente, porque les falta la luz ; y así toman cada objeto que perciben, ya por una cosa, ya por otra, y casi nunca por lo que es efectivamente : ellos disputan contínuamente entre sí : cada uno ve, ó cree ver que su adversario se engaña ; y ninguno de ellos sabe si él mismo es el engañado.

¿De qué proviene, por el contrario, que hoy en todas las naciones, todos los hombres, hasta los mas groseros campesinos, tienen ideas tan puras, tan bellas y tan sublimes de la naturaleza del Sér supremo y de sus perfecciones, del culto que debe darle la criatura racional, de los grandes principios de la ley natural, y de sus consecuencias ; en una palabra, de todo lo que en el órden moral debe llamarse bueno ó malo, vicio ó virtud? ¿De qué proviene, que en todas las naciones, todas es-

tas ideas están impresas en todos los entendimientos con tanta limpieza, reinan en él con tanto imperio, producen una persuasion tan profunda, tan constante, tan universal y uniforme, que no puede comprenderse como en otro tiempo se han hallado naciones que hayan dado en los errores contrarios á estas ideas? ¿De dónde, pues, viene esta diferencia? De que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; de que Jesucristo, el verdadero sol de justicia, ha parecido en el mundo: de que las naciones que en otro tiempo andaban en las tinieblas, andan hoy con la luz del dia que Jesucristo hace brillar á sus ojos; y de que esta luz les manifiesta los objetos en su verdadera forma, en su justa magnitud, con sus colores naturales, en una palabra, como ellos son.

Ve aquí, Teótimo, lo que todas las historias afirman con respecto á esta grande revolucion, que se ha hecho en las ideas de los hombres de diez y ocho siglos á esta parte. No hay mas que hacer sino abrir los libros para quedar convencido de ello; y me atrevo á decir, que cuando nuestros nuevos filósofos quieran obrar de buena fe, se verán obligados á convenir en que ellos mismos deben á Jesucristo, de quien blasfeman, todo lo que queda todavía en sus entendimientos de nociones puras tocante la naturaleza y los atributos del primer Sér, tocante los homenajes que le son debidos, y en fin, tocante la regla de costumbres y las primeras leyes de la sociedad; porque, en fin, á pesar de la alta opinion que ellos tienen de sí mismos, no se atreverán jamás á mirarse y considerarse superiores á los Homeros, Sócrates, Platones, Aristóteles, Demóstenes, Cicerones, etc. ni á compararse tampoco con estos ingenios tan celebrados y tan dignos de serlo en su línea.

Con razon, pues, decia Jesucristo de sí mismo que él era la luz del mundo; y que san Juan añadia, que esta luz ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y brilla hasta en las tinieblas; supuesto que esta luz persigue á aquellos mismos que huyen de ella, penetra todas las nubes, en las cuales se envuelven por no verla, los obliga, á pesar suyo, á ver la verdad que aborrecen, y ejerce sobre ellos un imperio tanto mas glorioso para

ella, cuanto son mas grandes los esfuerzos que hacen para no verla.

Pero volvamos los ojos sobre otros objetos, mi querido Teótimo, y despues de haber contemplado el mundo, iluminado con la luz de Jesucristo, contemplémosle santificado por la gracia de este Dios Hombre.

Yo comparo un hombre que lee la historia de los pueblos idólatras á un viajero que atraviesa de un cabo al otro un país inmenso, donde no ve sino campos cubiertos de malezas y espinas, de rocas escarpadas, de horribles precipicios, de bestias feroces y espantosos reptiles, de pantanos, cuyas aguas, corrompidas desde muchos siglos, exhalan incesantemente negros y malignos vapores que oscurecen el dia, infestan el aire, y esparcen la muerte por todas sus inmediaciones. Sin embargo, en medio de todos estos horrores, este viajero encuentra de tiempo en tiempo objetos que paran su vista agradablemente, como un arroyuelo de agua pura y cristalina, y una pradera esmaltada de flores, cuya hermosura le alegra. Aquí hay árboles cubiertos de un hermoso follaje, y cuyas copas se elevan majestuosamente en los aires, y allí hay árboles cargados de frutas que coge con ansia seducido de su colorido, y las come con gusto; pero estas dejan al fin en la lengua y paladar, no sé qué impresion desagradable.

Ve aquí, Teótimo, una imágen natural del espectáculo que la historia profana presenta á un lector juicioso.

Entre todo lo que las pasiones abandonadas á sí mismas, y favorecidas tambien de la religion pública, pueden producir de crímenes é infamias de toda especie, yo encuentro en los pueblos paganos sentimientos honrados, bellas acciones, y hasta virtudes constantemente practicadas. Veo, sobre todo, entre los Griegos y los Romanos, hombres de una probidad distinguida; hombres fuertes y constantes en los infortunios; hombres bienhechores y generosos; hombres modestos en la prosperidad; hombres que se atreverian á preferir una honrada pobreza á todo el fausto de las riquezas; hombres de un valor tan sobresaliente, que ha admirado con razon á todos los siglos; y hombres animados del celo del

bien público y de la gloria de la patria, hasta el punto de ser sus víctimas, etc.

Pero al mismo tiempo observo que estas virtudes paganas fueron en tan corto número, que es una vergüenza para la humanidad, el encontrarse tan pocos que hayan tenido mas de una virtud; y ninguno que las haya tenido todas: que muchos de entre ellos deshonran grandes virtudes con vicios todavía mayores: que ninguno de ellos no tuvo ni la idea de la perfecta virtud, de aquella virtud que constituye la hombría de bien, y el hombre de bien en todos sentidos y en efecto. Cuando estudio en los monumentos de la antigüedad pagana el carácter de las virtudes paganas, ve aquí la idea que formo de ellas.

Veo 1º que los paganos en general creian sacar todas sus virtudes de su propio fondo, y no deberlas sino á ellos mismos; que las miraban como obra de su sola voluntad, y que erraban groseramente tocante el principio de la virtud. Veo 2º que los paganos no referian sus virtudes sino á ellos mismos, y que así erraban tambien groseramente tocante al fin de la virtud. El segundo de estos errores, como lo ves muy bien, nacia necesariamente del primero; porque si tus virtudes no vienen sino de tí, no son sino tuyas; no las debes referir sino á tí, ni practicarlas sino para tí.

Encuentro en la historia profana plegarias, sacrificios y ceremonias religiosas instituidas para obtener de los dioses prosperidades temporales; pero no encuentro en ellas, ni plegarias, ni sacrificios, ni ceremonias religiosas establecidas para obtener de ellos la virtud. Ni un solo pagano puede citarse que haya dicho jamás al dueño de los dioses: ¡ó Júpiter! dadme la caridad, la templanza, la paciencia en las desgracias de esta vida, la dulzura, la beneficencia; dadme un buen corazon. No se halla en los paganos ejemplo alguno de semejante peticion, ni jamás les pasó por la idea igual súplica. Los hombres, dice uno de sus mas célebres filósofos, piden á los dioses la victoria en los combates, estaciones favorables, abundantes cosechas, feliz suceso en sus empresas; ¿pero hay alguno que les haya pedido la sabiduría y la virtud?

Como creian los paganos que la virtud dependia de ellos, solo á ellos mismos la referian. Todo lo que se proponian al practicarla, era el merecer su propia aprobacion, sus propios aplausos, la estimacion y los aplausos de los otros: en una palabra, no buscaban en la práctica de la virtud, sino su propia gloria: y pensaban tan poco en honrar á los dioses, que creian por el contrario hacerse iguales á ellos por esta práctica.

Tal fué el carácter general de las virtudes paganas: eran virtudes soberbias y fastuosas; virtudes cuyo ejercicio fué casi siempre consagrado á la vanidad, y por consecuencia virtudes falsas generalmente; y sin embargo, estas virtudes, como las acabo de pintar, fueron todavía extremamente raras entre ellos.

Digo, Teótimo, que tal fué el carácter general de las virtudes paganas; y me explico así, para observar, que cuando siento que estas virtudes eran virtudes falsas, mi proposicion sufria alguna excepcion, y que los paganos jamás han estado tan pervertidos que no hayan podido, con las solas fuerzas de la naturaleza, concebir buenos sentimientos, hacer buenas acciones, y tener virtudes que mereciesen verdaderamente este nombre: pero todo lo que los paganos han podido en este género, pocos lo han ejecutado, y la historia, al contarnos sus bellas acciones, nos deja siempre columbrar el vicio secreto que las corrompia y las hacia degenerar.

Tal fué el mundo pagano con respecto á la virtud: contemplemos ahora el mundo cristiano. ¡Ah, Teótimo, qué espectáculo tan admirable, sea considerando los caractéres de la santidad cristiana, ó sea atendiendo á la multitud innumerable de santos que el cristianismo ha producido!

Convencido[1] por la fe de que el hombre no puede nada en órden á la salvacion por sus propias fuerzas naturales, y sin el socorro de la gracia de Dios; que todo don perfecto y excelente viene de arriba, y desciende del Padre de las luces; que aquel que desea adquirir la sabiduría, debe pedirla á Dios, que es el único que la posee propiamente, y quien la da al que le place; convencido,

1 Carácter de la santidad cristiana.

dije, de esta gran verdad, el verdadero cristiano levanta las manos al cielo, para pedir á Dios su propia santificacion; esto es la gracia de amarle sobre todas las cosas y observar fielmente su santa ley. Como sabe que las virtudes vienen de Dios, las refiere todas á Dios. Por buenas obras que haga, jamás se considera mas que un siervo inútil; y cuando la presuncion ó la vanidad quieren deslizarse en su corazon, las repele al instante por estas palabras del apóstol san Pablo: « Qué tienes que » no hayas recibido? Y si has recibido todo lo que tienes, » ¿ porque te glorias de ello como si fuera tuyo? »

El verdadero cristiano hace consistir la esencia de la santidad, y en un sentido toda la santidad, en el amor de Dios sobre todas las cosas. Su primera ley, y en un sentido, su única ley es esta: « Amarás al Señor tu Dios, » con todo tu espíritu, con todo tu corazon, con toda tu » alma, y con todas tus fuerzas. » Persuadido á que aquel que no tiene la caridad no es nada aun cuando hablara el lenguaje de los hombres y de los ángeles, cuando poseyera todos los talentos y todos los conocimientos, cuando hiciera obras dignas de la admiracion de todo el universo, cuando tuviera todas las otras virtudes en el grado mas eminente, si fuera posible: persuadido de este principio fundamental de su Religion, nada excusa de lo que puede encender en su corazon el fuego de la divina caridad: él consagra, él anima, él vivifica y ennoblece todas las demás virtudes con la caridad. Porque ama á Dios, se ama á sí mismo: porque ama á Dios, ama á todos los demás hombres que son sus semejantes, las imágenes y los hijos de Dios, como él: porque ama á Dios, es justo, bienhechor, paciente, desinteresado, etc.; y así, sin confundir las virtudes, y sin quitar á cada una de ellas su propio carácter, las reune todas en la caridad, y no hace en algun modo, de todas ellas, sino una sola virtud.

En fin, el verdadero cristiano refiere á Dios todas sus buenas obras, las cuales son como frutos de las virtudes que Dios ha criado en su corazon. Si da limosna, si sufre con paciencia las injurias, si llena los diferentes deberes de su estado, etc., lo hace por obedecer á Dios, por agradarle, por rendir homenaje á la soberanía de este

Sér supremo, por honrar sus atributos, y por hacer conocer á los hombres la grandeza de su nombre.

La santidad cristiana, mi amado Teótimo, es, pues, una santidad de la cual la gracia de Dios es el principio, y por consecuencia, es una santidad humilde, modesta, apartada de todo fausto, de toda ostentacion y de toda vanidad.

La santidad cristiana es una santidad cuya alma es Dios, y por consiguiente, es una santidad necesariamente verdadera, pura y sublime.

En fin, la santidad cristiana es una santidad que tiene por objeto la gloria de Dios, y por consecuencia, obra por su naturaleza noblemente: es desinteresada, vigorosa, y fecunda en acciones heróicas.

Luego la santidad cristiana es una santidad perfecta. Santidad perfecta, porque se forma del conjunto de todas las virtudes reducidas en cierto modo á la unidad, por la caridad que las liga estrechamente entre sí; dirige sus operaciones á un mismo objeto, y así se hace como su vida comun. Santidad perfecta, porque consagra el hombre todo entero á Dios, todo lo que es, todo lo que tiene, todo lo que puede, y todo lo que hace. En fin, la santidad perfecta, porque por la conformidad de pensamientos, de sentimientos, de voluntades, y de intereses que establece entre Dios y el hombre, une el hombre estrechamente á Dios, y así no hace, en cuanto es posible, sino una misma cosa de este Sér supremo y del hombre criatura suya.

Solo[1] despues que hay cristianos, ha visto el mundo hombres que han dado á Dios esta adoracion en espíritu y

1 Entre los Judíos se han visto los mismos modelos de virtud, que entre los cristianos; y esto debia ser así, supuesto que la religion judáica no diferia esencialmente de la religion cristiana, y que los verdaderos Israelitas eran cristianos anticipados. Pero: 1º estos grandes modelos de virtudes eran mucho mas raros entre los Judíos, que entre los cristianos; 2º no habiendo jamás sido los Judíos sino un pequeño pueblo confinado en un rincon de la tierra, sus virtudes no han podido darse á la espectacion del mundo entero, como las de los cristianos, y esto es lo que me ha empeñado á tomar la vuelta de expresion que aquí se ve, cuando digo: « Solo despues que hay cristianos ha visto el mundo, etc. »

verdad, por la cual la criatura racional hace homenaje á Dios de todo su ser, en reconocimiento de su soberanía sobre ella : hombres que íntimamente penetrados del sentimiento de su dependencia, no han tenido mas voluntad que la de Dios : han hecho de su ley la única regla de su conducta : no han temido sido á él : no han esperado sino en él : lo han bendecido en la adversidad y en la prosperidad; y han tomado siempre sin resistencia, bajo su adorable mano, todas las formas que ha querido darles.

Solo despues que hay cristianos, ha visto el mundo hombres á quienes el deseo de amar á Dios con mas pureza, de servirle con mas fidelidad, hacerse mas agradables á sus ojos, y mas dignos de él, ha empeñado á renunciar el mundo ; hollar todos los bienes y todas las esperanzas del siglo ; á separarse de todo aquello que les era mas grato en él ; á dar de mano á toda comunicacion con los hombres, para no ocuparse sino en meditar su santa ley ; en contemplar sus perfecciones adorables, y en cantar sus alabanzas.

Solo despues que hay cristianos, ha visto el mundo hombres que han emprendido mas por la gloria de Dios, que lo que los mas famosos conquistadores hicieron jamás por su propia gloria ; y que al través de mil peligros que hubiesen experimentado los Alejandros y los Césares sostenidos por su solo celo, han llevado el Evangelio á los climas donde los nombres de Alejandro y de César no se pronunciaron jamás, y á pueblos, cuyos nombres no conocieron jamás los Alejandros ni los Césares.

Solo despues que hay cristianos, ha visto el mundo hombres siempre prontos á sufrirlo todo por Dios : hombres capaces de resistir á todo el universo unido contra ellos, antes que hacer nada contra Dios : hombres que han probado con los hechos que podian decir con san Pablo : « ¿ Quién nos separará del amor de Jesucristo ? ¿ será la » afliccion ó los disgutos, el hambre ó la desnudez, los » peligros ó la persecucion, la espada ó la violencia ? » Segun está escrito : Todos los dias, nos degüellan por » vuestro amor, Señor ; nos miran como ovejas destina- » das á la carnicería ; pero entre todos estos males, per- » manecemos victoriosos por aquel que nos ha amado ;

» porque estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni » los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni » las cosas presentes, ni las futuras, ni la violencia, ni lo » mas alto, ni mas profundo, ni otra ninguna criatura po- » drá jamás separarnos del amor de Dios en Jesucristo » nuestro Señor. »

Solo despues que hay cristianos, ha visto el mundo hombres, desolados de arrepentimiento de haber pecado, encerrarse en los claustros, y oscurecerse en los desiertos : renunciar toda alegría, todo placer, todo consuelo : condenarse por toda la vida á los gemidos y á las lágrimas, á los sufrimientos y á la penitencia para desagraviar á Dios, y morir de arrepentimiento de haberle ofendido.

Solo despues que hay cristianos, ha visto el mundo hombres, por una parte elevados al colmo del poder y de la grandeza humana, y por otra del mayor talento y carácter mas eminente, buscar la oscuridad y el desprecio, y reducirse á la simplicidad de niños, para hacerse agradables á Dios; y otros, nacidos en la oscuridad y en la bajeza, simples, ignorantes y groseros, manifestar una grandeza de valor, y una elevacion de sentimientos, que los hacia capaces de despreciar la cólera poderosa de los reyes, y de despreciar tambien los tormentos y la muerte, antes que desagradar á Dios. En una palabra, solo despues que hay cristianos ha visto el mundo tantas veces, con asombro, la humildad mas sincera, aquella humildad que solo parece debilidad de espíritu y bajeza de alma, unida en el mismo hombre con la libertad mas intrépida, con el valor mas osado, y con la firmeza mas inflexible en la obligacion.

Ahora, Teótimo, me preguntarás sin duda, si entre los cristianos se han visto muchos de estos grandes modelos de santidad; y te respondo, que se ha visto una multitud innumerable : que el número inmenso de hombres apostólicos, de mártires, de santas vírgenes, de santos penitentes, de santos de toda especie, de todo sexo, de toda edad y de toda condicion, cuyas actas han llegado hasta nosotros, y forman inmensos volúmenes, no es nada en comparacion del de los santos, cuyos nombres y obras han caido en el olvido, y solo son conocidos de Dios : que no hay siglo que no haya sido

fecundo en santos de todo género de santidad : que no haya region, ciudad, ni cabaña que no haya producido muchos : que los ha habido en todos los tiempos, en todos los lugares : que tambien los hay en nuestro tiempo : que yo mismo los he visto, y veo todavía todos los dias ; y que si hay hombres que se atreven á decir que jamás los han visto, es porque hay hombres que no tienen ojos para discernir la verdadera virtud.

Ahora, si alguno se atreve á objetarme, que en todos los tiempos, si se exceptua el de la Iglesia naciente, que tampoco se libertó de toda reconvencion : que en todos tiempos, dije, se vió reinar entre los cristianos una horrible corrupcion de costumbres, de escándalos de toda especie, en una palabra, casi como en la idolatría, todos los crímenes y todos los vicios del paganismo ; responderé al que haga esta acusacion contra la Religion cristiana, que convengo en que semejante á un vasto campo, donde la zizaña se halla mezclada con el trigo, el reino de Jesucristo se compone de justos y de pecadores : que hay una infinidad de malos cristianos, y hasta mas malos que buenos : que se comete en el cristianismo una multitud de crímenes ; y tambien que en él se cometen mas crímenes que buenas obras se hacen ; pero al mismo tiempo le pediré que observe conmigo :

1° Que el paganismo no podia por sí mismo hacer otra cosa sino malvados, en vez que el cristianismo no puede hacer por sí mismo sino santos.

2° Que entre los cristianos se ha visto una infinidad de modelos perfectos de santidad, en vez de que entre los paganos no se ha visto jamás uno.

3° Que puede ser no se haya visto nunca un solo pagano que no haya tenido algun vicio, en lugar que puede ser no se haya visto jamás un solo cristiano que no haya tenido alguna virtud.

Sí, Teótimo, mientras que un hombre conserva la fe en su alma, la fe misma conserva en esta alma un cierto fondo de virtud : jamás esta divina semilla es enteramente estéril en ella : hace brotar mil pensamientos buenos en su entendimiento, y mil bellos sentimientos en su corazon ; reprime en mil ocasiones los asaltos de sus pasiones ; impide cometer mil crímenes : excita sin

cesar á hacer buenas obras; y le arranca muchas otras malas como á pesar suyo. Por mala que sea una infinidad de cristianos, no hay ninguno que no hubiera sido peor, si no hubiera sido cristiano. No hay cristiano, por malo que sea, que no se vuelva bien presto un santo, si obedece fielmente á las inspiraciones de la gracia, acompañándolas buenas obras, y siguiendo constantemente el instinto sagrado de la fe que le impulsa sin cesar á lo bueno.

La accion continua de la fe sobre los espíritus y los corazones de todos aquellos que han tenido la dicha de recibirla, es, mi amado Teótimo, la que poco á poco ha cambiado el carácter de tantas naciones, en otro tiempo tan duras, tan salvajes y tan crueles; la que las ha suavizado, y la que ha criado en sus corazones los tiernos sentimientos de la compasion, de la beneficencia y de la amistad. Despues que la luz de la fe ilumina nuestra patria, todos sus habitadores no son santos; pero si esta luz divina no la hubiera iluminado, sus habitadores no serian hombres siquiera.

Tal es, mi querido Teótimo, la revolucion que la Religion cristiana ha hecho en el mundo moral, esto es, en las ideas y en los sentimientos de los hombres: revolucion asombrosa, en comparacion de la cual todas las revoluciones que han acaecido en el mundo político por la formacion y la caida de los imperios, que la han hecho mudar de faz tantas veces, no son nada, ni merecen atencion alguna; y esta revolucion es obra de un solo hombre, nacido en un establo y muerto en una cruz; y este mismo hombre, autor de esta gran revolucion, se ha elevado al mas alta grado de gloria por el oprobio de la cruz, y se ha hecho el rey y el Dios del universo.

« Él mismo se humilló, decia san Pablo, haciéndose » obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; y por » esto Dios le ha elevado sobre todas las cosas, y le ha » dado un nombre superior á todo nombre, á fin de que » al nombre de Jesucristo todo doble la rodilla en el » cielo, en la tierra y en los infiernos, y que toda lengua » confiese que Jesucristo está en la gloria de su Padre. »

Cuando san Pablo pronunció este oráculo, no habia apariencia alguna humana de que debiera cumplirse ja-

más; sin embargo, nosotros vemos su cumplimiento con nuestros ojos. El nombre de Jesucristo es verdaderamente superior á todo nombre; superior á todos los nombres de todos los filósofos y de todos los sabios; superior á los nombres de todos los reyes y de todos los conquistadores; y superior á todos los nombres de todos los grandes hombres que jamás el mundo ha admirado. En todas las naciones se pronuncia este augusto nombre con un respeto religioso; en todas partes resuena este nombre; y las bendiciones que le dan en las ciudades, en los campos, y hasta en las montañas y los bosques, es un concierto sublime, cuya armonía se forma del conjunto de una infinidad de voces.

Las naciones esperan en Jesucristo, como lo habia predicho el patriarca Jacob: á él es á quien miran como su Redentor y como su Dios: millares de mártires han derramado su sangre y dado su vida por él. Todavía, en nuestros dias, hombres llenos del espíritu que en otro tiempo animó á los apóstoles, van á llevar su nombre hasta las extremidades de la tierra y bajo climas los mas espantosos. Su celo no se detiene ni por los vastos mares, ni por las montañas inaccesibles, que sirven de barrera á la ambicion de los conquistadores; y su valor intrépido desprecia los peligros, que la codicia mas emprendedora no se haya tal vez atrevido á arrostrar. Una multitud de naciones obedece sus leyes: él cuenta con adoradores en los pueblos mas salvajes: los mismos señores del mundo se humillan delante de él, y se glorían de ser sus siervos. La cruz, en la cual expiró cargado de maldiciones y anatemas de un pueblo furioso; aquella cruz que fué tan largo tiempo el objeto de horror para los hombres, es hoy el objeto de su veneracion y de su culto. Nosotros la vemos enarbolada en las ciudades y en los campos, para señalar que por ella Jesucristo ha conquistado el mundo sobre las ruinas de los templos del demonio, para manifestar que por ella Jesucristo ha triunfado de ellos, los ha despojado de su poder y arrojado de su antiguo dominio; en fin, sobre la frente misma de los reyes, para hacer conocer que Jesucristo los ha sometido por ella á sus leyes.

De este modo, Teótimo, este oráculo que pronunció

Jesucristo pocos dias antes de su muerte: «Cuando seré » elevado de la tierra, atraeré todas las cosas á mí, » de este modo, dije, se ha verificado este oráculo diez y ocho siglos há, y se verifica tambien hoy á nuestra vista. Un dia llegará, en el cual tendrá su perfecto cumplimiento. Veránse naciones enteras entrar una tras otra en la Iglesia de Jesucristo, y someterse al imperio de este Dios y Hombre. Llegará un tiempo [1] (á lo menos tengo motivo de esperarlo) en que no habrá en todo el universo sino un solo Dios y un solo Cristo, y en el cual la idolatría y la supersticion serán desterradas del mundo, las herejías destruidas, los cismas abolidos, todos los pueblos reunidos en una misma fe, en una misma esperanza, en un mismo culto, bajo una misma autoridad visible, que es la del soberano pontífice, vicario de Jesucristo, y del cuerpo de los primeros pastores, sucesores de los apóstoles. Llegará un tiempo en el cual todas las naciones del universo levantarán sus manos puras al cielo, y adorarán de concierto á Dios Padre, que ha criado el género humano: al Hijo de Dios hecho hombre, que le ha rescatado con su sangre: al Espíritu santo, que le ha santificado; y á la beatísima eterna Trinidad todopoderosa, que es un solo Dios, y á quien todo honor y toda gloria son debidos de parte de todas las criaturas por los siglos de los siglos.

Apresurémonos nosotros, mi amado Teótimo, á esforzar nuestros votos y súplicas, para que se efectúe esta dichosa revolucion, despues de la cual todo el género humano adorará á Dios con un mismo espíritu, que es el espíritu de Jesucristo, y el mundo se volverá un templo digno de este Sér supremo; y entretanto tributemos rendidas gracias á Jesucristo, porque, despues de tantos siglos, ha iluminado nuestra patria con la luz del

1 « A lo menos tengo motivo de esperarlo. » No es dogma de nuestra fe, que algun dia todos las naciones se convertirán á Jesucristo, y que no verá Dios sobre la tierra sino cristianos católicos. Por esta razon me contento con decir, que tengo motivo de esperar. Pero tampoco es dogma de nuestra fe, que esta conversion general no sucederá jamás: tambien en los libros santos hay muchos textos que dan motivo á conjeturar que sucederá; y por esta razon digo, que tengo motivo de esperarlo, etc.

Evangelio; y sobre todo, porque al favor de esta luz admirable nos ha atraido á sí al uno y al otro. Unámonos inviolablemente á este divino Salvador, y coloquemos toda nuestra gloria y toda nuestra dicha en pertenecerle.

Yo sé, Teótimo, que estas son tus disposiciones presentes: me has dado tantas pruebas de esta verdad, que seria una injusticia el dudarlo. Todo lo que me queda que desear es, que perseveres hasta el fin de tus dias en tan santas disposiciones, y cree que formo este deseo únicamente por tu felicidad.

No olvides jamás, Teótimo, el modo con que he procedido contigo: si ha tenido todo el carácter de celo por causa del tierno amor que te profeso, tambien ha tenido todos los de la buena fe, á causa del respeto que me debe la verdad. Tú sabes que no he tratado de sorprenderte con razonamientos sútiles, ni de deslumbrarte con una elocuencia escogida: que he hecho callar aquel espíritu del cual debe desconfiarse siempre, por hacer hablar el buen juicio que jamás es sospechoso á nadie. No son ciertamente invenciones de una imaginacion tan atrevida como fecunda las que te he contado: no es un sistema, cuyos principios he criado y dispuesto con arte para hacerles responder á mi entento: no son conjeturas dadas por descubrimientos: son hechos que te he expuesto con sus pruebas y sus circunstancias principales, puestos en su verdadera ilacion, y de los cuales he sacado las Conferencias que de ellos mismos se deducen. Estos hechos son los mas ilustres, y al mismo tiempo los mas auténticos é incontestables de todos los hechos: ellos forman una cadena de tradicion no interrumpida, que se extiende desde el orígen del mundo hasta nuestros dias: tienen entre sí una trabazon estrecha y necesaria, y todos se contraen á un mismo punto. En todos estos hechos, Dios es ó el único, ó el principal actor: siempre es él quien obra por sí mismo, ó por hombres que ha autorizado y han recibido de él su mision; y en fin, el resultado necesario de todos estos hechos reunidos es, que la Religion cristiana no solo es obra de Dios, sino la mas grande de sus obras, á la cual todas las otras se refieren.

Tú has visto en la primera parte de nuestras Conferencias, que Dios prometió á nuestros primeros padres un Salvador ó Mesías, que sacaria su orígen de ellos, y que libertaria á los hombres del poder del demonio : que algunos siglos despues del diluvio, cuando las primeras tradiciones comenzaban á oscurecerse, Dios escogió á Abraban y á su posteridad para perpetuar la fe del Mesías en el mundo, que prometió á aquel santo patriarca que el Mesías seria uno de sus descendientes, y que renovó esta promesa á Isaac y á Jacob.

Jacob moribundo, anuncia que el Mesías vendrá cuando la tribu de Judá habrá perdido la autoridad soberana. Despues de la muerte de Jacob se formó el pueblo judáico en Egipto, y allí fué perseguido por los reyes del país. Dios suscitó á Moisés para librarle de la esclavitud en que gemia. Este grande hombre prueba su mision con una multitud de prodigios que aturden á los Judíos y á los Egipcios. Vencidos estos por el terror, consienten la partida de los Judíos que salen de Egipto bajo la conducta de Moisés. Este los lleva á desiertos espantosos, en donde Dios los mantiene cuarenta años con el maná que cada dia hace caer del cielo para ellos. Moisés anuncia al pueblo judáico, que en la serie de los tiempos Dios les enviará un profeta semejante á él, esto es, un legislador como él, pero de una ley mas excelente; y les manda eschucharle y obedecerle en todo. Habla del Mesías. En fin, él da á este pueblo, de parte de Dios, un culto religioso, cuyas ceremonias todas figuran al Mesías.

Estando el pueblo judáico en la Palestina, tiene Dios cuidado de enviarle profetas que despierten en él la fe y la esperanza del Mesías. Mientras mas se acercaba el tiempo de parecer el Mesías, mas se multiplicaban los profetas, y eran mas claras y circunstanciadas sus profecías : hablan de él, y de cuanto tiene relacion con él, como si le hubieran visto; y puede decirse, que cuando pareció el Mesías, su historia estaba ya formada muchos siglos antes.

He traido las mas notables de estas profecías, y sobre todo la de Daniel. Esta célebre profecía y la de Jacob moribundo cotejadas, indican claramente que el tiempo

en que el Mesías debia parecer era necesariamente el del reino de Herodes, príncipe Iduméo, sobre la Judea.

El pueblo judáico y los pueblos vecinos no lo dudaban, y todas aquellas regiones estaban llenas de la expectacion del Mesías.

Precisamente en aquel tiempo fué cuando Jesucristo nació en Belen, ciudad de Judea, de una Vírgen descendiente de David, conforme á las profecías.

Jesucristo ha sido incontestablemente el hombre mas grande y mas santo que ha visto el mundo; y por consecuencia el mas digno de la eleccion de Dios, para llenar el augusto ministerio de Mesías. Esta eleccion no podia recaer sino en él, y así debia Jesucristo ser el Mesías; por otra parte ha reunido Jesucristo en su persona todos los caractéres del Mesías predicho por los profetas, y él es el único que los ha reunido. Todo lo que los profetas habian anunciado tocante el nacimiento del Mesías, tocante su condicion temporal, su doctrina, sus milagros, su santidad, su muerte y su resurreccion, en fin, tocante la predicacion de su Evangelio y el establecimiento de su Iglesia; todo, todo se ha verificado en Jesucristo del modo mas literal y maravilloso. Luego Jesucristo es incontestablemente el Mesías, y si Jesucristo es el Mesías, todas las naciones debian recibirle como su doctor, su legislador y su salvador. En una palabra, si Jesucristo es el Mesías, la religion que él ha dado al mundo, que es la Religion cristiana, es pues una religion divina. Esto es lo que has visto en la primera parte de nuestras Conferencias.

En la segunda te he manifestado que Jesucristo hizo brillar en su persona una sabiduría y una santidad digna de un Dios Hombre; y de ahí he deducido, que si es cierto que Dios quiso hacerse hombre, Jesucristo es este Dios Hombre.

En seguida he puesto á tu vista un plan explicado de la legislacion ó moral de Jesucristo: te he demostrado que este plan es una obra maestra de sabiduría: que para concebirle, ha sido necesario tener el mas profundo conocimiento del carácter del hombre, de lo que este debe á Dios, de lo que se debe á sí mismo, de lo que debe á sus semejantes, etc.: que siendo la moral de Jesucristo

la que acabo de decir, no puede ser sino obra de Dios de dónde concluyo, que Jesucristo era un Hombre Dios ó á lo menos un hombre lleno del espíritu de Dios.

Despues de haber probado de este modo que no puede hallarse nada, ni en los caractéres personales de Jesucristo, ni en su moral, que no fuese digno de un Dios Hombre, me apliqué á convencerte de que él lo habia sido en efecto. Para esto he demostrado, que los milagros que Jesucristo hizo á vista de toda la Judea, no pudieron ser sino efectos de la omnipotencia de Dios: que Jesucristo hizo estos milagros como Dios y que los hizo para justificar que era Dios.

Me incliné particularmente á demostrar la divinidad de Jesucristo por el gran milagro de la resurreccion obrada por sí mismo, porque todo el mundo conviene en que este milagro es decisivo; y así he probado que es tan constante que Jesucristo se resucitó á sí mismo, al tercer dia despues de su muerte, que para tener derecho de poner en duda este hecho, es preciso negar todos los principios de la certidumbre de los hechos, y renunciar así al buen juicio.

Luego Jesucristo es un Dios Hombre enviado de Dios cerca de los hombres, para llenar las augustas funciones de doctor, de legislador y de mediator: luego los hombres deben creer todos los misterios que les ha revelado y someterse á todos los preceptos que les ha dado. Cuando Dios ha pronunciado, ¿quién osará contradecirle? Cuando Dios ha mandado, ¿quién será tan temerario que no se crea obligado á obedecerle?

En vano se arrogan nuestros nuevos filósofos el derecho de elevarse contra la Religion cristiana por causa de sus misterios: ya he probado que estos misterios no encierran contradiccion demostrada: que son solo incomprensibles al entendimiento humano: que su incomprensibilidad no seria una razon en los hombres para negarlos absolutamente, aunque Dios no los hubiera revelado; y que habiéndoles revelado Dios esta incomprensibilidad, ni aun es para los hombres un pretexto plausible para dudar de ellos: que una Religion que propone al hombre el creer misterios, es mas digna de Dios que la que no lo propone; porque así honra mas

al Sér supremo y á sus atributos : que la incomprensibilidad de estos misterios, da á la Religion cristiana un carácter de divinidad que sin esto no tendria. He probado, en fin, que los misterios son el fundamento de un sistema de teología tan augusto y sublime, que es evidente que no puede ser una invencion del entendimiento humano; porque no tiene semejanza ninguna, ni con las ideas que los hombres encuentran en sí mismos, ni con las que les vienen por las relaciones de los sentidos, ni con lo que ven suceder en el mundo en consecuencia de las leyes de la naturaleza : luego es Dios quien ha formado este plan admirable : luego los misterios sobre los cuales está fundado este plan son otras tantas verdades divinas, porque Dios no edifica sobre quimeras.

Tú has visto en la tercera parte de nuestras Conferencias, que el designio que formaron los apóstoles de hacer el mundo cristiano, de idólatra que era, es el mayor designio que pudieron formar los hombres : que los apóstoles no tenian nada por sí mismos de lo que podia hacer efectivo este designio, porque eran hombres pobres y oscuros, sin sabiduría, sin crédito, sin elocuencia ni consideracion; y que en la ejecucion de su designio, tuvieron que vencer todos los obstáculos humanos : que los reyes y los pueblos se coligaron contra ellos y contra sus sucesores, y durante tres siglos enteros se opusieron con todas sus fuerzas al progreso del cristianismo : que los medios que los apóstoles y sus sucesores pusieron por obrar para verificar su empresa debian, segun todas las reglas de la prudencia humana, ser otros tantos obstáculos para completarla : que los apóstoles, sin embargo, convirtieron á la fe una infinidad de judíos y de idólatras; de suerte, que cuando murieron, formaban ya los cristianos una sociedad inmensa : que en el discurso de trescientos años que duraron las persecuciones, el cristianismo no dejó de extenderse por todas partes : que entonces los emperadores romanos, vencidos ellos mismos por la fuerza de la verdad, recibieron el bautismo; y que por esta última victoria, Jesucristo se vió dueño del mundo entero.

Tú has visto, en segundo lugar, que desde los apóstoles hasta nuestros tiempos, la Religion cristiana se ha

conservado sin alteracion en sus dogmas, en su moral y en su culto : que á pesar de los cismas, las herejías, y los escándalos de toda especie, ha habido siempre en el mundo una sociedad principal y dominante de cristianos; en una palabra, una Iglesia que ha conservado el sagrado depósito de la revelacion, segun lo habia recibido de Dios, y que siempre ha podido gloriarse de ser aquella esposa de Jesucristo, de la cual habla san Pablo, en quien no se descubren ni manchas, ni arrugas, ni nada que la haga indigna del amor y de las complacencias de este divino esposo.

Tú has visto, en tercer lugar, que la Religion cristiana ha hecho en el mundo la revolucion mas asombrosa, supuesto que ha mudado todas las ideas y todos los sentimientos de los hombres : que ha sido para todas las naciones que la han recibido un manantial de bienes inestimables; y que puede mirarse el establecimiento de esta Religion en el mundo, como una nueva creacion del género humano.

En fin, tú has visto que esta asombrosa revolucion es en último análisis la obra de un solo hombre, de un hombre nacido en la oscuridad, y muerto en una cruz; y que este hombre, que es Jesucristo, se ha hecho así, por el oprobio de su muerte, el rey y el Dios de todo el universo.

Es evidente que los hechos que el establecimiento y la conservacion de la Religion cristiana, y la revolucion que esta Religion ha hecho en el mundo, no son obra de la política de los príncipes, mucho menos todavía obra del acaso, porque es absolutamente imposible, que durante una larga serie de siglos; el acaso obre constantemente sobre los mismos principios, y varíe hasta lo infinito sus operaciones y la aplicacion de sus fuerzas, para superar en todas las coyunturas los obstáculos que contrarían sus designios. El establecimiento y la conservacion de la Religion cristiana, y la revolucion que esta Religion ha hecho en el mundo, son, pues, la obra ó mas bien la obra maestra de toda la omnipotencia de Dios y de su sabiduría infinita.

Tales son, mi querido Teótimo, los hechos que te he expuesto con la mayor sinceridad en las conversaciones

que hemos tenido juntos, de las cuales han sido aquellos el fondo, y como la base. Todos estos hechos son grandes é ilustres, y componen la parte mas interesante de la historia del género humano. Todos estos hechos han pasado á vista de las naciones, y se encuentran consignados en los monumentos mas auténticos y mas respetables. Mientras mas se examinan estos hechos, mas convencido se queda de que son incontestables : mientras mas se comparan, mas se descubre que tienen entre sí la mas estrecha trabazon, y entran en el mismo designio, dirigiéndose todos al mismo objeto : mientras mas se meditan estos hechos, mas bien se conoce que resulta de ellos con la última evidencia que la Religion cristiana es obra de Dios. La sola historia de la Religion cristiana demuestra su divinidad; y esta demostracion tiene tal fuerza que para no rendirse á ella, es menester no solo renunciar toda buena fe, sino negar tambien absolutamente todos los principios de la certidumbre histórica : no creer nada de lo que nuestros padres han testificado, nada de lo que testifican nuestros contemporáneos, ni nada de lo que nuestros sentidos nos dicen con el mayor concierto : precipitarse á ojos cerrados en el abismo del pirronismo universal en materia de hechos : hacerse tambien ateista, y hacer del acaso solo el Dios que ha criado el mundo y lo gobierna. Esto es lo que has visto en nuestras Conferencias.

Admiremos aquí, tú, Teótimo, y yo, la sabiduría de Dios. Era propio de la majestad de este Sér supremo obligar á los hombres á creer sobre su palabra unos dogmas que excediesen su razon; pero al mismo tiempo era propio de su justicia, convencer á los hombres de que él era quien habia revelado estos dogmas. Mientras mas oscuros eran estos dogmas, mas demostrada debia ser la revelacion : luego Dios se aplicó únicamente á convencer á los hombres por los hechos, de que él era quien habia revelado los misterios de la Religion cristiana, como autor de ella. Es evidente que este camino era el mas simple, mas corto, mas decisivo, y mas proporcionado á todos los entendimientos; porque de un lado la fuerza probante de los hechos es conocida de todos los hombres, y de otro, que cuando los hechos son

grandes, públicos y ruidosos, y que han tenido grandes consecuencias, no pueden caer jamás en el olvido, porque cada hombre está á mano de instruirse de ellos.

Empleen, enhorabuena, nuestros nuevos filósofos todos los recursos de su entendimiento para manifestar que los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Redencion, del pecado original, de la predestinacion, de la Eucaristía, de la eternidad de las penas de la otra vida, son otros tantos absurdos. A pesar de todos sus despreciables argumentos, estará siempre demostrado que las profecías del Antiguo Testamento anunciaban claramente un Mesías que debia salvar los hombres y darles una nueva ley : que todo lo que las profecías del Antiguo Testamento habian anunciado del Mesías se ha verificado en Jesucristo del modo mas literal : que Jesucristo ha sido el mas sabio y mas santo de los hombres : que hizo, á vista de toda la Judea, los milagros mas estupendos, y que se resucitó él mismo para probar que era Dios : que el establecimiento y la conservacion de la Religion cristiana en el mundo, y la admirable revolucion que ha hecho en él, no pueden ser sino obra de Dios ; y mientras que estos hechos serán demostrados, lo será tambien que la Religion cristiana viene de Dios, y que todo lo que la Religion enseña es revelado de Dios : tambien será demostrado á todo hombre de razon que nuestros filósofos son espíritus temerarios, dignos del desprecio y del horror de todo el género humano ; porque no hay temeridad mas odiosa, y al mismo tiempo mas despreciable, que la de un hombre que no quiere creer á Dios sobre su palabra.

Graba, pues, profundamente en tu memoria, mi amado Teótimo, los hechos que te he expuesto en las conversaciones que hemos tenido juntos, los cuales son una historia abreviada de la Religion cristiana desde el nacimiento del mundo hasta nuestros dias, porque esta religion comenzó con el mundo. Trae frecuentemente á tu memoria estos hechos, compáralos juntos, medítalos, represéntate á tí mismo las consecuencias que resultan de ellos naturalmente, y con este ejercicio será cada dia mas viva y luminosa tu fe, mas firme y mas capaz de re-

sistir los combates que el mundo va bien presto á declararle.

¡Ah, Teótimo! tú bajas los ojos, y estás turbado, porque observas que echo sobre tí ciertas miradas llenas de ternura, de turbacion y de inquietud.... ¡Ah, Teótimo! no te sorprenda el estado en que me ves. Yo te amo: vamos á separarnos: tú estás próximo á entrar en el mundo, adonde la desgracia de tu condicion te llama; y este mundo, que es el grande enemigo de Jesucristo, lo pondrá todo en movimiento para hacerte perder la fe. ¿Cómo podria yo pensar en los peligros á los cuales vas á exponerte, sin sentir mis entrañas conmovidas?

Yo sé que estás íntimamente persuadido de la divinidad de la Religion cristiana y de todos los dogmas que ella enseña, porque hasta ahora me has dado de ello pruebas muy sensibles; pero tambien sé que la frecuentacion del mundo ha hecho perder la fe á otros infinitos que no estaban ni menos instruidos, ni eran menos piadosos que tú cuando eres hoy; su desgracia me hace temblar por tí. Toma, pues, todas las precauciones que la prudencia puede sugerir para evitar los escollos, contra los cuales naufragó su religion.

Y desde luego, mi amado Teótimo, no pierdas de vista jamás las poderosas razones que te han convencido de la divinidad de la Religion cristiana, como ya te lo he dicho mas arriba. Desde que entres en el gran mundo, declara tan altamente que eres cristiano que nadie pueda ignorarlo; y que, si es posible, nadie se atreva á esperar el poderte hacer mudar de modo de pensar. Tú debes á Dios esta profesion generosa y pública de tu fe, y te la debes á tí mismo. No hay nada mas cobarde y mas indigno de un hombre de honor, que el no atreverse á hacer profesion de creer en Dios, ni á declararse siervo de quien le ha criado. Evita la frecuentacion de los impíos; esta te haria perder la opinion de las gentes honradas; seria el veneno de tu fe y de tus costumbres. Pide incesantemente al Señor, que te conserve y aumente la fe. Aplícate tú mismo á alimentar y fortificar esta fe con lecturas santas; con la frecuencia de sacramentos, con la práctica de toda clase de buenas obras; pero, sobre todo, combate valerosamente contra tus pasiones; mira

que sin cesar se levantan del fondo de un corazon corrompido ciertas nieblas que oscurecen la fe.

Tú amarás tu Religion mientras que te se manifieste con un rostro sereno, teniendo en la mano las coronas inmortales que te destina; y así te se manifestará, mientras practiques las virtudes que ella ordena. Tú comenzarás á aborrecer tu Religion desde que no te se presente sino con un rostro airado, trayendo en la mano la sentencia de tu reprobacion eterna; y así te se presentará desde que caigas en los vicios que ella proscribe. Desde que aborrezcas tu Religion, desearás que sea falsa, porque será interés tuyo que lo sea; y desde que desees que lo sea, presto te persuadirás á que lo es. « Si alguno » quiere hacer la voluntad de Dios, decia Jesucristo á » los Judíos, él conocerá si mi doctrina es de él. » Palabras profundas, las cuales descubren todo el secreto de la impiedad. El libertinaje del corazon, es la raíz del libertinaje del entendimiento; y se rehusa el creer los misterios que Dios ha revelado, porque no se quieren cumplir los mandamientos que él ha hecho.

Cuando estés en el gran mundo, mi amado Teótimo, y observes de cerca á los que hacen profesion de incredulidad, quedarás convencido de la verdad de todo lo que ahora te digo. Verás claramente entonces, que las malas costumbres de los incrédulos son las que han engendrado sus opiniones, porque solo sus opiniones pueden justificar sus costumbres.

Dudo que haya un solo incrédulo que esté sériamente convencido de la verdad de su sistema. Dudo que haya uno que viva pacífico en su incredulidad, que no tenga remordimientos ni sobresaltos acerca de lo que será de él despues de su muerte. Pero sea lo que fuere, yo sé muy bien que si el incrédulo está en el error, los castigos eternos le esperan en el otro mundo : sentado esto, es claro; que seria necesario desechar el sistema de incredulidad, á menos que su verdad no fuese demostrada; y sin embargo, este sistema no es ni aun probable : seria necesario abrazar la Religion cristiana cuando solo fuera probable que viene de Dios, y sin embargo, la divinidad de esta Religion está demostrada : luego es el colmo de la imprudencia y de la locura, el abandonar la

Religion cristiana para arrojarse al partido de la incredulidad; porque es evidente que un hombre que delibera sobre su eterno destino, es un insensato si no abraza el partido mas seguro.

A Dios, mi amado Teótimo, no olvides jamás las instrucciones que te he dado. Ama tu santa Religion, y practícala fielmente. Honra tu fe con tus costumbres, á fin de que tu fe no te deshonre á tí mismo. Ven de tiempo en tiempo á hablar conmigo, y vive persuadido á que te veré siempre con placer, si siempre te veo buen cristiano.

CATECISMO

DE LA TERCERA CONFERENCIA.

Sobre la asombrosa revolucion que la Religion cristiana ha hecho en el mundo.

P. El establecimiento de la Religion cristiana en el mundo, por la predicacion de los doce apóstoles de Jesucristo, es un gran milagro. La conservacion de esta Religion en toda su pureza durante el curso de diez y ocho siglos, es otro milagro no menor, convengo en ello: manifestadme ahora lo que ha ganado el mundo en hacerse cristiano, y las ventajas que ha sacado de su conversion al cristianismo.

R. Lo que ya os he dicho mas arriba varias veces podria bastaros, pero una vez que me pedís algo mas particular, os respondo: que la Religion cristiana ha iluminado el mundo, y le ha santificado: que la Religion cristiana ha llenado el mundo del conocimiento de la verdad, y le ha adornado con las mas bellas virtudes.

P. ¿Cuales son las verdades que la Religion cristiana ha hecho conocer al mundo?

R. La Religion cristiana es la que ha enseñado á los hombres que solo hay un Dios, criador del cielo y de la tierra, y la que les ha dado una justa idea de las per-

fecciones de este Sér supremo, y del culto que le es debido. Ella es la que les ha hecho conocer la excelencia de su naturaleza, la santidad de sus deberes y la sublimidad de su fin; en una palabra, los grandes principios de la ley natural, y las consecuencias que nacen de estos principios, y la que ha grabado tan profundamente y con tanta limpieza estas nociones en su entendimiento, que no pueden comprender cómo tantos pueblos dieron en otro tiempo en los errores contrarios á estas nociones.

P. ¿Tuvieron los filósofos paganos todos estos conocimientos?

R. Cada uno de los filósofos paganos tuvo alguno de estos conocimientos, pero ninguno los tuvo todos; y por otra parte, no tuvieron estos conocimientos sino de un modo tan imperfecto, que no produjeron en ellos sino opiniones, y no una persuasion firme y constante; y es un hecho conocido de todo el universo, que los cristianos mas simples y mas groseros de nuestros tiempos exceden en todos estos conocimientos á los mas grandes ingenios del paganismo, los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, los Cicerones, etc.

P. Habeis dicho tambien, que la Religion cristiana habia santificado el mundo, y le habia adornado con las mas bellas virtudes, y yo os pido me ilustreis sobre este punto.

R. Para satisfacer vuestro deseo, es necesario comparar, por una parte, el carácter de las virtudes paganas con el de las virtudes cristianas; y por otra la multitud de Santos que el cristianismo ha producido, con el pequeño número de hombres virtuosos que el paganismo ha dado.

P. ¿Cuál era el carácter de las virtudes paganas?

R. Los paganos, hablando en general, creian sacar todas sus virtudes de su propio fondo, y no deberlas sino á ellos mismos; y porque así lo creian, las referian solo á ellos mismos; esto es, á su propia gloria; y así erraban tocante el principio y el fin de la virtud: por esto tenian casi siempre en sus virtudes, como una levadura de orgullo que alteraba el precio de ellas. Dije casi siempre, porque es cierto que el hombre puede, con las

solas fuerzas de la naturaleza, hacer algunas acciones buenas de una bondad moral, y practicar tambien virtudes que merezcan este nombre.

P. ¿Cuál es el carácter de las virtudes cristianas, ó de la santidad cristiana?

R. La santidad cristiana es una santidad cuyo principio es la gracia de Dios : una santidad cuya alma es el amor de Dios : una santidad cuyo fin es la gloria de Dios ; y por consecuencia es por su naturaleza una santidad humilde y modesta ? una santidad verdadera, pura y sublime ; y una santidad fecunda en acciones heróicas de toda especie.

P. ¿Ha producido muchos santos el cristianismo?

R. El cristianismo ha producido una infinidad de santos de todo género de santidad : santos apóstoles, santos mártires, santos penitentes, santas vírgenes, etc. Las vidas y acciones de los que se conocen, componen inmensos volúmenes ; y los que se conocen no son nada en comparacion de aquellos cuyos nombres cayeron en el olvido.

P. Sin embargo, bastantes malos cristianos hay, y bastantes crímenes se cometen en el cristianismo.

R. Eso es cierto ; pero observad : 1° que el cristianismo por sí mismo no puede formar sino santos ; 2° que el cristianismo ha formado efectivamente una multitud infinita de modelos completos de santidad ; 3° que no hay un solo cristiano, quiero decir, uno solo de aquellos que lo son verdaderamente, á lo menos en este sentido de haber conservado la fe, que no tenga un cierto fondo de virtud ; 4° que no hay uno solo que no haga santo, si obedece fielmente á las impresiones de la fe. Al contrario, 1° el paganismo por sí mismo no puede formar sino malvados ; 2° la mayor parte de los paganos virtuosos no ha tenido sino una sola virtud ; 3° ningun pagano ha tenido todas las virtudes.

P. La historia profana cuenta, sin embargo, muchas bellas acciones hechas por los paganos, y entre ellos se encuentran hombres cuyas virtudes fueron admiradas de sus contemporáneos, y lo han sido de toda la posteridad ; y hombres, que por sus virtudes y por sus bellas acciones, se han inmortalizado.

R. Es cierto que se hallan tales hombres; pero su número es tan corto que avergüenza á la naturaleza humana. Cuando los paganos han citado sus Sócrates, Arístides, Epaminondas, Escipion, Caton, etc., y algunos otros, ya no tienen mas que citar. ¡Qué esterilidad para tan grandes pueblos, para pueblos ilustrados, y pueblos que han florecido durante tantos siglos!

P. En efecto veo, que desde diez y ocho siglos á esta parte, se ha hecho una grande y admirable revolucion en el mundo moral; y lo que mas me pasma, es que esta revolucion es obra de un solo hombre, de un hombre nacido en un establo, y muerto en una cruz.

R. Eso es admirable, pero aun hay otra cosa que lo es mas; y es, que este mismo hombre, que es Jesucristo, se haya elevado al colmo de la gloria, y se haya hecho el Dios del universo por el oprobio de la cruz; es, que despues de tantos siglos haya visto el mundo el cumplimiento de este oráculo de Jesucristo. «Cuando me » haya elevado de la tierra, lo atraeré todo á mí. » Y de este otro oráculo de san Pablo: «Él mismo se humilló » haciéndose obediente, etc. »

CUARTA PARTE.

DONDE SE EXPONEN LOS FUNDAMENTOS DEL CATOLICISMO, Ó LAS RAZONES QUE DEBEN DETERMINAR A TODO CRISTIANO A HACERSE CATÓLICO.

PROEMIO.

Demostrándote la divinidad de la Religion cristiana, mi amado Teótimo, y haciéndote sincero adorador de Jesucristo, he desempeñado una gran parte de la obra que emprendí, con respecto á tu persona, pero aun no la he acabado.

El mundo está lleno de cristianos; pero estos cristianos están divididos en varias sociedades ó sectas, cada una de las cuales cree tener la verdad de su parte, condena todas las otras, y esta á su turno es condenada por ellas.

Se ven en el mundo católicos, protestantes luteranos, protestantes calvinistas, anglicanos, socinianos, etc. etc. Lo que hoy se ve, se ha visto en todos los siglos, y hasta en el tiempo de los apóstoles.

Sobre esto debe tu entendimiento estar combatido de varias dudas, porque : 1º Puedes decir, ó la revolucion dada al mundo por Jesucristo y consignada en los libros del Evangelio es clara, neta y precisa, ó no lo es. Si esta revelacion no es clara, es inútil, ó á lo menos insuficiente; y si es clara, ¿porqué, pues, es motivo de tantas contestaciones, y disputas tan obtinadas? ¿Porqué hay tantas sectas?

2º Todas las sociedades que dividen el mundo cristiano creen tener la verdad de su parte. Los católicos tienen sin duda sus razones para ser católicos; los luteranos para ser luteranos, los calvinistas para ser calvinistas, etc.

Siendo, pues, esto así, ¿qué partido debo yo tomar? ¿Debo permanecer neutral entre tantas sociedades, tomando los libros del Evangelio por mi sola ley, y mis solos oráculos; estudiando estos libros divinos con toda la aplicacion de que soy capaz, despues de haber pedido al que los ha dictado me dé su inteligencia, y formando luego mi creencia y mis costumbres sobre lo que haya entendido de ellos, sin dárseme nada de lo que piensan los otros? ¿O debo mas bien elegir una sociedad particular, y arrimarme á ella? ¿Seré católico, luterano, ó Calvinista, etc?

Pero aunque tome este último partido, ¿debo tomarle por casualidad, y como echando á la suerte una Religion, ó debo tomarle con conocimiento de causa?

Hacer por casualidad una eleccion de tan grande consecuencia, es una locura visible, y un crímen tambien : luego debo hacer esta eleccion con conocimiento de causa; pero esto me pone en un nuevo embarazo, porque para decidirme con conocimiento de causa entre

todas las sectas que dividen el cristianismo, es preciso, en cierto modo, que cite todas estas sectas á mi tribunal; que litiguen su causa delante de mí; que oiga sus razones; que las pese; que las compare, y que sentencie despues de haber hecho esta comparacion; quiere decir, que es preciso que yo lea y examine todos los libros que se han escrito en pro y en contra de cada secta. Ahora, es evidente que antes que acabe esta lectura y este exámen, ya me habré muerto, aunque Dios me diera un siglo de vida.

No te pregunto ahora, Teótimo, qué impresion hace en tí el preámbulo que acabas de oir. Yo leo en tus ojos y en tu modo, la turbacion que agita tu espíritu; pero sosiégate. Todo lo que acabas de oir, no es mas que el ruido que puede causar un primer movimiento de espanto, sin hacer otro mal, porque solo es ruido y nada mas.

Conociendo lo recto de tu modo de pensar, y de tu corazon, como lo conozco, me atrevo á asegurarte que muy presto te resolverás, y que despues de haber oido lo que tengo que decirle sobre esta materia, verás claramente que la sociedad de los cristianos católicos romanos es la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que no hay otra que lo sea; que te determinarás sin titubear á entrar en ella, y á fijarte en ella para siempre. Esto será la materia de esta cuarta y última parte de nuestras Conferencias. Pero antes que empecemos, lleva á bien que haga algunas observaciones generales sobre el preámbulo que tanto sobresalto te ha causado.

1° Los hombres están poseidos de tanto orgullo, tienen tanta confianza en su débil razon, y son tan presuntuosos, tan adictos á sus ideas particulares, y tan encaprichados en su modo de pensar; tienen un deseo tan violento de distinguirse por sus opiniones, imaginando locamente que por este medio adquieren el carácter de grandes ingenios; que por evidente que sea que Dios ha dado una revelacion al mundo por Jesucristo, se han encontrado algunos que han negado la existencia de esta revelacion; y que por clara y precisa que sea esta revelacion, tambien ha habido otros que conociendo que existe, la han entendido en un sentido enteramente di-

verso del que naturalmente presentan al entendimiento los términos en que está concebida.

Nada es tan evidente como la existencia de Dios, y sin embargo, se han encontrado, y se encuentran todavía hombres que afectan el negarla.

Tambien es tan evidente que no hay sino un Dios, como lo es que hay uno, y casi todos los pueblos han adorado á muchos. Los maniqueos, que se decian cristianos, estaban en este error.

Los primeros principios de la ley natural son evidentísimos, y siempre ha habido, y aun hay, hombres que los han negado.

No hay principio de buen juicio tan universalmente recibido, que alguno no le haya desechado. Nada hay evidente para un hombre de mala fe.

2° La revelacion dada al mundo por Jesucristo es muy clara; pero no está encerrada toda entera en los libros del Evangelio: hay una parte de ella que no ha sido escrita, la cual ha llegado hasta nosotros por la tradicion.

3° Hay en el Evangelio un gran número de pasajes muy claros, y otros muy oscuros; pero al mismo tiempo nos presenta el Evangelio medios fáciles, cortos é infalibles, ya para desvanecer nuestras incertidumbres, ya tocante los pasajes del Evangelio que son oscuros, y ya con respecto á los puntos de tradicion que han podido y pueden todavía oscurecerse en algunos lugares, y sobre algunos particulares. Esto es lo que verás en esta cuarta parte, dónde en cuatro Conferencias manifestaré: 1° que entre las diferentes sociedades de cristianos, que hasta ahora ha habido en el mundo, no ha podido jamás haber sino una que fuese la verdadera Iglesia de Jesucristo; 2° que entre las diferentes sociedades de cristianos que ha habido y hay todavía en el mundo, ha habido siempre una que ha sido la verdadera Iglesia de Jesucristo; 3° que Jesucristo ha dado á su Iglesia dos especies de autoridades: la de enseñar para juzgar las controversias; y la de gobierno, para arreglar la conducta de los fieles por lo que mira al culto de Dios y á las buenas costumbres; 4° que la Iglesia de Jesucristo debe tener un jefe visible: que este jefe es el Papa, sucesor de san Pedro: que el Papa tiene en la Iglesia la autoridad prin-

cipal; 5° en fin, que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que por consecuencia nos debemos unir á esta Iglesia.

PRIMERA CONFERENCIA.

Donde se manifiesta: 1° que entre las diferentes sociedades de cristianos que hasta ahora ha habido en el mundo, no ha podido jamás haber sino una que fuese la verdadera Iglesia de Jesucristo; 2° que entre las diferentes sociedades de cristianos que ha habido y hay todavía en el mundo, ha habido siempre una que ha sido la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Tú estás perfectamente convencido, mi amado Teótimo, de que la Religion cristiana viene de Dios, quien, despues de haber hablado á los hombres por los profetas, como dice san Pablo, al fin les ha hablado, y los ha instruido por su propio Hijo, el cual se hizo hombre por nosotros.

Luego Jesucristo, Hijo de Dios, ha dado á los hombres de parte de su Padre una Religion perfecta: esta Religion es la única que conduce los hombres á la salvacion, y sin ella nadie puede ser salvo.

Siempre ha habido en el mundo diferentes sociedades de cristianos que se han distinguido por la diversidad de sus opiniones y doctrinas, y cada una de estas sociedades se mirado siempre como la verdadera Iglesia de Jesucristo. Hoy sucede lo mismo: vemos en el mundo católicos romanos, luteranos, calvinistas, socinianos, anabaptistas, etc. Cada una de estas sectas tiene su doctrina particular: lo que la una cree, la otra lo desecha; y sin embargo, cada una de ellas cree ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Ahora importa mucho el manifestar, que entre las diferentes sociedades de cristanos que se han visto, y se ven todavía en el mundo, no ha podido haber sino una sola que fuese la verdadera Iglesia de Jesucristo; porque cuando nos hallemos bien convencidos de esta verdad, no descuidaremos nada para reconocer esta sociedad

de cristianos, la cual tiene únicamente el augusto privilegio de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, y la única por consecuencia donde podemos salvarnos.

La Religion cristiana encierra verdades que es preciso creer, y preceptos que es necesario cumplir. Dios es quien ha revelado estas verdades, y Dios es tambien el que ha dado estos preceptos.

Habiendo Dios revelado estas verdades y dado estos preceptos, todos los hombres están obligados á creer las unas sin excepcion, y á cumplir los otros sin reserva; porque todas las verdades que Dios ha revelado son igualmente dignas de fe, y todos los mandamientos que ha hecho son igualmente dignos de ser ejecutados. Nosotros debemos la sumision de nuestro entendimiento á todo lo que Dios nos enseña, y debemos la sumision de nuestra voluntad á todo lo que nos manda. Cuando no rehusásemos nuestra creencia sino á una sola palabra de Dios, le ultrajaríamos en su verdad; y cuando no desechásemos sino uno de sus mandamientos, le ultrajaríamos en su soberanía. ¿No conoces tú mismo, que Dios se habria portado de un modo enteramente indigno de él, si revelado á los hombres verdades, les hubiera dejado la libertad de creer lo que les pareciera, y si dándoles preceptos les hubiera permitido el hacer lo que se les antojara? No hay hombre á quien no choque el no ser creido sobre su palabra cuando asegura haber visto una cosa: no hay padre, ni señor, que no se crea ofendido cuando sus hijos ó domésticos no quieren ejecutar lo que les mandan.

La consecuencia que tú debes sacar de ello es que la verdadera Iglesia de Jesucristo es necesariamente aquella que cree todo lo que Jesucristo ha revelado, y que practica todo lo que él ha mandado; y que una sociedad de cristianos que rehusase creer una sola verdad de las que Jesucristo ha revelado, ó practicar uno solo de sus mandamientos, no podria ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Lo que aquí decimos está claramente significado, 1º en estas palabras de Jesucristo (san Juan, x, 16): « Tambien tengo otras ovejas, que no son de este reba-» ño: es necesario que yo las traiga, ellas escucharán

» mi voz, y no habrá sino un rebaño y un pastor. »

2° Por estas palabras de san Pablo (á los de Efeso, cap. v, 5) : « No hay mas que un Señor, una fe y un » bautismo. »

3° En fin, por estas palabras que Jesucristo dijo á sus apóstoles antes de su subida á los cielos (san Mateo, XXVIII, 19 y 20) : « Id instruir todos los pueblos, » bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del » Espíritu santo, y enseñándoles á observar todas las » cosas que yo os he mandado. »

Bien ves en estas palabras, que Jesucristo no tiene sino un solo rebaño, esto es, una sola Iglesia en la tierra: que esta Iglesia no tiene sino una sola fe, que consiste en creer todo lo que Jesucristo ha revelado; y que no tiene sino una misma ley, que es la de practicar todo lo que ha mandado.

Fácil te es el comprender, por todo lo que queda dicho, que entre esta multitud de sociedades cristianas que se han visto y se ven todavía en el mundo, no puede haber sino una que sea la verdadera Iglesia de Jesucristo. ¿Porqué? Porque todas estas sociedades tienen dogmas y doctrinas contrarias; de modo que lo que una cree, la otra lo desecha y niega. Por ejemplo, los católicos creen que Jesucristo está realmente en la Eucaristía, y los protestantes creen que no está allí sino en figura, y así de las demás sociedades cristianas.

Ahora, Dios no puede revelar el pro y el contra, el sí y el no, porque él es la verdad misma. Tampoco puede permitir á los hombres el creer lo contrario de lo que ha revelado, segun lo hemos manifestado. De lo que es preciso deducir, que entre las diferentes sociedades de cristianos que hay en el mundo, no puede haber sino una sola que sea la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque es evidente que solo hay una que crea todo lo que ha revelado Dios por Jesucristo.

Los protestantes, para salir de embarazo, han resuelto decir, que hay artículos de fe fundamentales, los cuales deben recibirse absolutamente, y otros artículos no fundamentales, que pueden no recibirse. Pero, 1° esta distincion de los artículos de nuestra creencia no se halla en la Escritura. 2° Nadie la ha imaginado antes de ellos. 3° Es

injuriosa á Dios, que merece ser creido sobre su palabra en todo lo que ha revelado. 4° Da á todos los hombres la libertad de creer, y de desechar todo lo que les parezca, pudiendo cada uno de ellos tomar por artículo fundamental, ó no fundamental, todo lo que se le antoje; cosa que trastorna la Religion de arriba abajo, permitiendo al entendimiento humano el burlarse de la palabra de Dios y de la fe.

Pero de nada serviria el haber manifestado que todas las sociedades cristianas que existen en el mundo, teniendo doctrinas opuestas entre sí, es imposible que todas sean la verdadera Iglesia de Jesucristo; tampoco seria bastante el haber probado, que entre estas diferentes sociedades, no puede haber sino una sola que sea la verdadera Iglesia de Jesucristo; es menester, además, hacer ver que siempre ha existido en el mundo, y existe todavía una sociedad de cristianos, la cual es la verdadera Iglesia de Jesucristo; esta Iglesia que Jesucristo reconoce por esposa suya, que da hijos que Jesucristo reconoce por suyos, y que, en esta calidad, son los herederos legítimos de su reino, que es el cielo: es preciso tambien hacer conocer, cuales son las señales y los caractéres distintivos de esta Iglesia, á fin de que no puedas tomarla por otra, ni tomar otra por ella: lo que seria para tí la mayor desgracia; y esto es lo que vamos á hacer ver.

Tú sabes, Teótimo; que el mundo no ha sido criado sino para la Religion: este mundo es un templo que Dios ha construido, y no ha colocado los hombres en medio de este templo, sino para ser adorado de ellos: luego si Dios vela con tanto cuidado en la conservacion del mundo, que no ha sido hecho sino para la Religion, debe velar con mucho mas cuidado todavía en la conservacion de la misma Religion: el templo seria inútil si no hubiera adoradores, y Dios le desharia: luego seria una locura creer, que Dios ha dejado perecer la Religion que ha dado á los hombres por Jesucristo; esta Religion, que es el fin de todas las obras de Dios; esta Religion, que es la mas excelente que pudo Dios dar á los hombres; esta Religion, cuyo establecimiento le ha costado tan caro si puedo explicarme así. Comprendamos por aquí, que

la Religion de Jesucristo se ha conservado hasta nuestros dias, y se conservará hasta el fin del mundo, en toda su pureza; y que por consecuencia hay en el mundo una sociedad de cristianos, que es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Sin embargo, yo te debo alguna cosa mas convincente y es necesario el unir la autoridad de las santas Escrituras á las luces de la razon.

Ya dejo dicho, que Jesucristo, antes de su ascension, dijo á sus apóstoles: « Todo poder me ha sido dado en » el cielo y en la tierra : id, pues, é instruid á todos los » pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del » Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles á observar » todas las cosas que os he mandado; y ved aquí que » yo mismo estoy todos los dias con vosotros hasta la » consumacion de los siglos. »

Por estas palabras manda Jesucristo á sus apóstoles que instruyan todas las naciones, y les promete que estará con ellos, no por intervalos, sino todos los dias, hasta la consumacion de los siglos; esto es, hasta el fin del mundo. Les promete, dije, que estará con ellos: es decir, que dirigirá su enseñanza, á fin de que sea conforme á la verdad : que protegerá su enseñanza para que jamás sea abolida, y que bendecirá su enseñanza para que sea escuchada siempre con docilidad.

Los apóstoles eran hombres, y debian morir, y en efecto murieron como los demás hombres : sin embargo les manda Jesucristo que instruyan los pueblos, é instruirlos hasta la consumacion de los siglos, lo que ciertamente no podian ellos hacer por sí mismos; y les promete que estará con ellos todos los dias, hasta que los siglos acaben. Luego debemos comprender que en la persona de los apóstoles manda Jesucristo á los pastores y á los doctores que deben sucederles, que instruyan los pueblos en su lugar, y como representándoles, no haciendo con ellos sino un mismo cuerpo de Iglesia que enseña : de otro modo las palabras de Jesucristo serian absurdas y ridículas. Luego habrá siempre en el mundo, hasta la consumacion de los siglos, un cuerpo de pastores y de doctores, que ocupará el lugar de los apóstoles, que enseñará de parte de Jesucristo, por inspiracion de

Jesucristo, y bajo la proteccion y bendicion de Jesucristo, y este cuerpo venerable de pastores jamás será abandonado de Jesucristo, ni un solo dia.

Luego habrá siempre en el mundo una Iglesia en la cual se enseñara todo lo que Jesucristo ha mandado creer y observar, y esta Iglesia será la fundada por los apóstoles de Jesucristo : la que en todos tiempos habrá instruido todas las naciones por pastores y doctores sucesores de los apóstoles : la Iglesia en donde la enseñanza no será jamás interrumpida; y finalmente, la Iglesia cuya enseñanza habrá sido siempre escuchada con docilidad.

Ve aquí un pasaje del Evangelio, que no es menos importante que el precedente. Está en el cap. xvi de san Mateo : « Que habiendo dicho san Pedro á Jesucristo : Tú » eres Cristo, Hijo de Dios vivo, Jesus le respondió : Bien- » aventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque no son » la carne y la sangre las que te han revelado esto; y yo » te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edi- » ficaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no preva- » lecerán jamás contra ella. »

Observa desde luego, que Jesucristo, en este pasaje, compara su Iglesia á una casa, cuyo cimiento es san Pedro. El cimiento de una casa lleva todo el resto del edificio; cuando falta el cimiento, cae todo el edificio. Supuesto que la Iglesia es una casa que debe durar hasta el fin del mundo, segun lo manifiesta lo restante del pasaje, es preciso, pues, que Pedro, que es el fundamento de esta casa, la sostenga hasta el fin del mundo, ó por sí mismo, ó por su sucesores ; luego san Pedro tendrá sucesores hasta el fin del mundo, y sus sucesores serán siempre el apoyo de la Iglesia.

Las puertas del infierno, continúa Jesucristo, no prevalecerán contra ella (esto es contra la Iglesia) : en el lenguaje de la Escritura, las puertas del infierno significan la potestad de los demonios, y todo lo que los espíritus malignos ponen en movimiento para trastornar la casa de Dios, que es la Iglesia, las persecuciones, las herejías, los cismas y los escándalos. Luego, cuando dijo Jesucristo que las puertas del infierno no prevalecerian

contra la Iglesia, esto significa, que jamás las persecuciones abolirian la Iglesia; que jamás las herejías alterarian su fe; y que jamás los escándalos corromperian su moral. Si una de estas tres desgracias sucediera, es evidente que las puertas del infierno prevalecerian contra la Iglesia; y por consecuencia, supuesto que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, ninguna de estas desgracias sucederá jamás; habrá, pues, siempre una Iglesia, que será la verdadera Iglesia de Jesucristo, y la que conservará religiosamente el depósito de la fe y de la moral, segun la ha recibido de Jesucristo.

Considera tambien con particular atencion, este pasaje sacado del cap. v de san Mateo: « Vosotros sois la luz » del mundo, dice Jesucristo á sus apóstoles: una ciudad » situada sobre una montaña na puede ocultarse; y no se » enciende una lámpara para ponerla debajo de un me- » dio celemin, sino que se pone sobre un candelero, para » que alumbre á todos los que están en la casa. »

En este pasaje, los apóstoles y sus sucesores son llamados luz del mundo. porque con su doctrina iluminan todos los entendimientos, así como el sol ilumina todos los ojos con su luz: son comparados con una ciudad situada sobre una montaña que se ve desde lejos y por todos lados, y á una lámpara colocada sobre un candelero, que alumbra á todos los que están en una casa, porque los apóstoles y sus sucesores iluminan toda Iglesia, que es la casa del Señor: vasta é inmensa casa, que contiene todos los pueblos de la tierra.

¿Qué es lo que Jesucristo ha querido hacernos entender por estas palabras, sino que su Iglesia será siempre visible como una casa situada sobre une montaña, y que la predicacion de esta Iglesia seria tan brillante y esforzada, que se haria oir de todo el universo, así como la luz del sol se hace ver de un extremo al otro del mundo? Esta es la idea que en otro tiempo habia dado sobre ello el profeta Isaías, en estas magníficas palabras del cap. 2: « En los últimos tiempos, la montaña sobre la » cual se edificará la casa del Señor, será fundada sobre » lo alto de los montes, y se elevará mas arriba de las » colinas. Todas las naciones acuden á ella de tropel;

» varios pueblos vendrán á ella diciendo: Vamos, suba-
» mos á la montaña del Señor, y á la casa del Dios de
» Jacob, etc. »

Y en efecto, supuesto que Dios quiere salvar todos los hombres, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, los bellos ingenios y los idiotas, y que ningun hombre puede salvarse sino en la verdadera Iglesia de Jesucristo; es necesario que esta Iglesia sea tan fácil de reconocer, como es fácil ver una ciudad situada sobre la montaña; una casa construida sobre la cima de una montaña, que ella misma está fundada sobre otras montañas, y que el mismo sol, que es el mas brillante de todos los astros; de suerte, que cualquiera que tenga ojos, y no los tenga cerrados, la vea, y no pueda dejar de verla.

Luego habrá siempre una Iglesia que será la verdadera Iglesia de Jesucristo, que creerá todo lo que Dios nos ha revelado por Jesucristo, y practicará todo lo que nos ha mandado; y esta Iglesia será:

1° La establecida por los apóstoles;

2° La que durará sin interrupcion desde los apóstoles hasta el fin de los tiempos;

3° Cuya enseñanza será conocida de todas las naciones;

4° La fundada sobre san Pedro; esto es, la que tendrá por jefes los sucesores de este príncipe de los apóstoles; en una palabra, la que será, segun las palabras del símbolo de Nicea, una en su fe, santa en su moral, católica en su extension, y apostólica en su orígen.

Ve aquí, mi querido Teótimo, las señales y los caractéres de la verdadera Iglesia de Jesucristo, segun los encontramos en la Escritura.

Trátase ahora de discernir esta Iglesia entre todas las sociedades de cristianos que pretenden serlo; porque ya hemos manifestado que no puede haber sino una sola que lo sea, y que ciertamente hay una que lo es; pero antes de entrar en este exámen, es necesario hacerte conocer cuál es la autoridad que Jesucristo ha dado á su Iglesia.

CATECISMO

DE LA PRIMERA CONFERENCIA.

De la necesidad y de la existencia de una sociedad de cristianos, que sea la verdadera Iglesia de Jesucristo.

P. Entre todas las religiones que hay en el mundo, cuál es la que Dios quiere que abracen los hombres para obrar su salvacion.

R. La Religion cristiana. Nadie puede salvarse fuera de esta Iglesia.

P. Pero en el mundo hay varias sociedades de cristianos, de católicos romanos, de luteranos, de calvinistas, etc. ¿Puede uno salvarse en todas estas sociedades?

R. No: solo hay salvacion en la verdadera Iglesia de Jesucristo.

P. ¿Cuál es la sociedad de cristianos que es la verdadera Iglesia de Jesucristo?

R. Es la que cree todo lo que Dios ha revelado á los hombres por Jesucristo.

P. Entre las diferentes sociedades de cristianos que hay en el mundo, ¿no puede haber varias de ellas que crean todo lo que Dios ha revelado á los hombres por Jesucristo?

R. No: no puede haber sino una sola.

P. ¿Porqué no puede haber sino una sola?

R. Porque todas las sociedades de cristianos que hay en el mundo tienen doctrinas opuestas; lo que la una recibe, la otra lo desecha, y por consecuencia no puede haber sino una que crea todo lo que Dios ha revelado, porque Dios no puede haber revelado doctrinas opuestas.

P. ¿Hay en el mundo una sociedad de cristianos que crea todo lo que Dios ha revelado, y que sea por consecuencia la verdadera Iglesia de Jesucristo?

R. Sí: hay una ciertamente.

P. ¿Cómo probais que hay en el mundo una socie-

dad de cristianos, que es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

R. Lo pruebo, 1° por estas palabras que Jesucristo dijo en otro tiempo á san Pedro : « Tú eres Pedro, y » sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del » infierno no prevalecerán contra ella ; y ved aquí que » yo estoy con vosotros todos los dias, hasta la consu- » macion de los siglos. »

P. ¿Cuáles son las señales, en las cuales puede conocerse esta sociedad de cristianos, que es la verdadera Iglesia de Jesucristo?

R. Hay cuatro principales. 1° La verdadera Iglesia de Jesucristo es la que ha sido establecida por los apóstoles. 2° La que ha durado sin interrupcion desde los apóstoles hasta nosotros. 3° La que desde los apóstoles ha conservado en toda su pureza la fe que recibió de ellos. 4° La que en todos tiempos ha enseñado á todas las naciones por sus pastores.

P. ¿De donde sacais que son estas señales de la verdadera Iglesia de Jesucristo?

R. Lo saco 1° del Nuevo Testamento.

2° De estas palabras del símbolo de Nicea, que se dicen en la Misa : « Creo en la Iglesia, que es una, san- » ta, católica y apostólica. »

SECUNDA CONFERENCIA.

SOBRE LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA.

Donde se manifiesta que Jesucristo ha dado á su Iglesia dos clases de autoridades : 1° la autoridad de la enseñanza para juzgar las controversias ; esto es, las contestaciones que se suscitan entre los cristianos tocante la creencia ; 2° la autoridad de gobierno, para arreglar la conducta de los fieles, en lo que mira al culto de Dios, y á las buenas costumbres.

Tú has visto en la primera Conferencia, mi querido Teótimo, que Jesucristo prometió á san Pedro que las puertas del infierno no prevalecerian contra la Iglesia ;

y en seguida á sus apóstoles, que estaria con ellos todos los dias hasta el fin del mundo; y que por esta doble promesa, se obligó solemnemente á conservar en su Iglesia hasta el fin de los siglos la pureza de la fe y la de la moral. Las promesas de Dios no pueden ser engañosas. Tú debes, pues, creer que las de Jesucristo se han cumplido, y continuarán compliéndose mientras que el mundo dure; y que, por consiguiente, ha habido siempre y habrá una sociedad de cristianos que conservará sin alteracion el precioso depósito de la doctrina de Jesucristo, que será la verdadera Iglesia de este divino Salvador.

Hallamos, sin embargo, que está escrito (Iª Ep. á los Cor., II, 19): «Que habrá herejías, á fin de descubrir » por este medio los que tienen una fe á toda prueba » (Act. de los apóst., XX, 30). Que se elevarán en el » seno mismo de la Iglesia hombres que publicarán doc- » trinas perversas para atraerse discípulos (San Mateo, » VII, 15). Que parecerán falsos profetas, que se llegarán » á nosotros cubiertos de piel de oveja, y que por den- » tro serán lobos rapaces (IIª Ep. á Timoteo, cap. III, 1). » Que en los últimos dias vendrán tiempos peligrosos, » porque habrá hombres enamorados de sí mismos, » avaros, gloriosos, soberbios, etc., que tendrán una » apariencia de piedad; pero que arruinarán la verdad » y el entendimiento (Ibid., IV, 3). Que llegará un tiempo » en que los hombres no podrán ya sufrir la sana doc- » trina, y que teniendo una extrema inquietud de oir lo » que los lisonjea, recurrirán á una tropa de doctores, » propios para satisfacer sus deseos, y cerrando los oidos » á la verdad, los abrirán á las fábulas. En fin, san Pa- » blo (IIª Ep. á los Cor., II, 13): Que en su mismo tiempo » habia ya falsos apóstoles y operarios engañosos, que » se trasformaban en apóstoles de Jesucristo. Y no debe » espantar esto (añade), supuesto que Satanás mismo se » trasforma en ángel de luz; ni tampoco es extraño » que sus ministros se trasformen en ministros de la » justicia. »

Luego la enseñanza de la verdadera Iglesia será contradicha en todos los tiempos por los unos, mientras será recibida con respeto y docilidad por los otros.

Habrá, pues, hasta el fin del mundo una guerra perpetua entre la verdad y el error, y entre la fe ortodoxa y la herejía.

El error tendrá á su favor todo cuanto pueda hacerle prevalecer; sea que se considere el número de los que le sostendrán, porque habrá pueblos enteros que se declararán á favor de las nuevas doctrinas; ó sea atendiendo al cáracter de los que le sostendrán, porque habrá entre los herejes hombres distinguidos por su poder y su crédito, por su clase en el mundo y en la misma Iglesia, por su saber, por su elocuencia, y por sus aparentes virtudes; en fin, sea tambien que se consideren los medios de que se valdrán para hacer triunfar el error: para esto emplearán todas las sutilezas del argumento, todos los recursos de la elocuencia, todos los artificios de la hipocresía, y no excusarán entonces ni las promesas, ni las amenazas, ni la simulacion, ni la violencia: luego el peligro de ser seducido será muy grande en todo el mundo en aquellos tiempos de confusion y division.

Luego es necesario absolutamente, mi querido Teótimo, que Dios haya dado á todos aquellos que buscan la verdad de buena fe, y tambien á todos los hombres, un medio de distinguirla entre tantas contestaciones y disputas, y en medio de este conflicto perpetuo de opiniones y sistemas de religion.

Digo á todos los hombres, porque está escrito, que Dios quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad, sin la cual no hay salvacion.

Digo á todos los hombres, esto es, á aquellos que, no siendo cristianos, todavía quieren serlo, á fin de que entre las diferentes sociedades que dividen el cristianismo, se arrimen y unan á la que es la verdadera Iglesia de Jesucristo; á los que están en la verdadera Iglesia, á fin de que no la abandonen; y á los que, en fin, están en falsas Iglesias, á fin de que entren en la verdadera.

Es necesario que Dios haya dado este medio á todos los hombres: de otro modo, el error seria inevitable para un gran número de ellos, y los que mas permaneciesen en la verdad, permanecerian en ella por casualidad y sin saber porqué permanecian.

Pero no solo es necesario que Dios haya dado á todos los hombres un medio de discernir la verdad entre tantas contestaciones y disputas como se ven en el cristianismo, sino que es tambien necesario que este medio sea seguro é infalible, y que sea simple, fácil, corto, y al alcance de todos los hombres.

Es necesario que este medio sea seguro é infalible, porque de otro modo seria insuficiente por su naturaleza, y por consecuencia, inútil para todo el mundo, porque dejaria á todo el mundo en la incertidumbre. Es necesario que sea simple, fácil, corto, y al alcance de todos los hombres, porque de otro modo seria inútil á las gentes groseras, de un entendimiento limitado, á los ignorantes y á todos aquellos cuyas ocupaciones les impiden el hacer largos discursos, esto es, á la mayor parte de los hombres.

Por ejemplo, cuando Lutero predicó en Alemania su nueva doctrina, y arrastró á su partido tantos príncipes y grandes señores, tantos obispos, sacerdotes y religiosos, tantas ciudades y provincias, fué necesario que Dios librase á aquellos que querian conocer la verdad en medio de esta division de opiniones, y de este combate de doctrinas opuestas, y que la buscaban con un corazon simple y recto; fué necesario, dije, que Dios les proporcionase el medio de que hablamos, porque de otro modo la mayor parte de los hombres habria caido en el error por una fatal necesidad, y Dios no habria podido quejarse de su caida; antes bien ellos se habrian quejado de Dios, como haciéndole responsable de ella.

Lo que digo de la herejía de Lutero, digo tambien de la de Calvino, de la de Henrique VIII, rey de Inglaterra, y de todas las otras.

¿No comprendes en efecto, Teótimo, que si Dios hubiera descuidado el dar á los hombres este medio seguro é infalible, corto y fácil de cononer la verdad en todos los tiempos de cisma y de division; no comprendes, dije, que la confusion mas horrible de opiniones y de sectas se habria bien presto introducido en el cristianismo: que los que están fuera de la verdadera Iglesia de Jesucristo no podrian encontrarla, por mas cuidadosamente que la buscaran: que los que están en esta Iglesia se hallarian

en ella sin saberlo; y que, en fin, esta Iglesia no se conoceria ella á sí misma?

Es así que es absolutamente necesario que Dios haya dado á los hombres un medio seguro é infalible, corto y fácil de conocer donde está la verdad en los tiempos de contestaciones: luego Dios ha dado este medio á los hombres, porque Dios no falta jamás á lo que debe. Luego este medio existe; y supuesto que existe, á nosotros nos toca el buscarle, y servirnos de él cuando lo hayamos encontrado, á fin de que no permanezcamos en el error por culpa nuestra.

Ahora, Teótimo, pregunto cual puede ser este medio: por ejemplo, estas palabras de Jesucristo, *este es mi cuerpo*, son causa de una contestacion muy viva y muy interesante, la cual dura mas há de doscientos años entre los católicos romanos y los calvinistas. Los católicos pretenden que es preciso tomar estas palabras en su sentido natural, y que por consecuencia, el cuerpo de Jesucristo está real y consustancialmente en la Eucaristía. Los calvinistas quieren que se tomen estas palabras en un sentido figurado; y concluyen que el cuerpo de Jesucristo no está en la Eucharistía sino en figura; que la Eucaristía no es sino la imágen y la representacion del cuerpo de Jesucristo: ve aquí la contestacion. Yo supongo que tú estabas en el mundo cuando se suscitó esta contestacion entre los cristianos; que querrias saber sinceramente cual de los dos partidos tenia razon: ¿qué medio habrias debido tomar para ello? ¿Qué medio debias tomar tambien, no solo sobre esta contestacion, sino relativamente á tantas otras que no son menos importantes? ¿Qué medio deben tomar todos los hombres para distinguir la verdad entre las sombras de las disputas?

¿Es menester tomar la Escritura por el solo oráculo, y referirse á ella ciegamente? Pero: 1° La Escritura es oscura en muchos parajes, como lo dice expresamente el apóstol san Pedro. 2° Los pasajes de la Escritura que parecen mas claros, son entendidos diferentemente por personas muy hábiles. 3° Todo el mundo no sabe leer. 4° La experiencia de todos los siglos ha enseñado que no hay error tan monstruoso, que no se halle apoyado

con algun pasaje de la Escritura, del cual se abusa y al cual hacen decir todo le que se quiere.

¿Se debe, como lo quieren los protestantes, elegir por juez de las contestaciones que se suscitan contra los cristianos, el espíritu particular; esto es, la inspiracion interior del Espíritu santo, que enseña á cada uno el sentido de las Escrituras y le hace conocer lo que debe creer? Pero: 1º ¿Porqué, pues, hay tan grande diversidad de doctrinas entre los partidarios del espíritu particular, cuando no todos pueden tener razon, supuesto que tienen dogmas diferentes y opuestos; y por consecuencia, ó el espíritu particular los engaña, ó ellos mismos engañan al mundo, asegurando que el espíritu particular les ha dictado lo que no les ha dictado en efecto? 2º Cuando un protestante me diga que su espíritu particular le revela que Jesucristo no está en la Eucaristía sino en figura, ¿qué podrá responderme cuando á mi vez le diga que mi espíritu particular me revela que Jesucristo está realmente en la Eucaristía? 3º ¿Quién no ve que á la sombra de esta invencion del espíritu particular, puede cada uno creer lo que quiera, sin que nadie pueda convencerle de error? La invencion del espíritu particular es enteramente incapaz de sostenerse, porque por una parte nada hay mais inútil que ella para descubrir la verdad, y por otra nada hay mas á propósito que ella para autorizar la mentira.

En fin, para descubrir de qué lado está la verdad, cuando se suscitan contestaciones en la Iglesia, es necesario que cada uno examine las razones de sus diferentes partidos. Pero si esto se practicara, ¿qué seria de todos aquellos á quienes este exámen es absolutamente imposible, ya por su ignorancia, ya por sus ocupaciones, ya por la mediocridad ó falsedad de su entendimiento; esto es, del mayor número de los hombres? ¿No seria necesario, ó que viviesen en una absoluta y perpetua neutralidad, ó que dejasen á la casualidad el negocio que mas les importa?

Tú te has puesto en mis manos, Teótimo, para que te instruya, esperando que te haré conocer la verdad de la Religion católica por medios proporcionados á tus alcances. Si para corresponder á tu confianza, la cual me in-

teresa mucho, no tomara otro medio que el de llevarte á una vasta biblioteca, diciéndote al manifestarte aquella inmensa multitud de libros que la componen: Ve aquí la Escritura santa, y todas las traducciones que se han hecho de ella, ve aquí por un lado las obras de Calvino, de Lutero, de Beza y de todos los sabios protestantes que han parecido en el mundo; y por otro las de los cardenales Belarmino y Duperron, y las de todos los sabios católicos que hemos visto de doscientos años á esta parte: lee, mi querido Teótimo, todas estas obras, haz cotejo de ellas, instrúyete á fondo en las razones de una parte y otra, y verás claramente que la doctrina de los protestantes es falsa, incapaz de sostenerse, y que la de los católicos romanos es la única ortodoxa; ¿no es cierto, Teótimo, que si te tenia un discurso semejante, te espantarias, que perderias el ánimo, que renunciarias absolutamente el designio de instruirte, y me mirarias como á un extravagante?

Luego el exámen de que hablamos no es el medio que Dios nos ha dado para descubrir donde está la verdad, cuando se suscitan contestaciones entre los cristianos tocante la doctrina, supuesto que este exámen es enteramente impracticable á la mayor parte de los cristianos, y así es preciso renunciar este tercer medio, igualmente que los otros dos.

Ve aquí un cuarto medio, que reune evidentemente todas las condiciones y todas las ventajas que hemos señalado mas arriba, y que no tendria ningun inconveniente de los que tienen los otros tres, si Dios hubiera querido dárnosle. Seria que Dios hubiera establecido en su Iglesia un tribunal compuesto de pastores y doctores, el cual fuese perpetuo y subsistente siempre: que hubiese dado á este tribunal la inteligencia de las Escrituras: que le hubiese prometido la asistencia del Espíritu santo, para decidir soberanamente, seguramente, y sin temer desprecio alguno, todas las contestaciones que pudieran suscitarse entre los cristianos en materia de fe, y que al mismo tiempo hubiese mandado á todos los cristianos llevasen sus contestaciones á este tribunal sagrado y augusto, para recibir con una ciega sumision todas las decisiones que emanasen de él; en una palabra, de ate-

nerse á todo lo que este tribunal pronunciase con la misma simplicidad de corazon que si Dios mismo hubiese hablado.

Ya ves que este medio salvaria todos los inconvenientes que resultan de los otros, aplanaria todas las dificultades, y tranquilizaria todos los espíritus, porque reuniria todas las ventajas que hemos señalado mas arriba; seria seguro é infalible, supuesto que Dios se habria empeñado solemnemente en dirigir el tribunal de que hablamos, y en dictarle él mismo las decisiones que debia dar. Este medio estaria siempre presente, porque este tribunal subsistiria siempre. Este medio seria corto y fácil, porque no trataria cada cristiano sino de esperar tranquilamente lo que este tribunal hubiese pronunciado. Este medio seria á propósito para todos, para los sabios, á quienes sus luces extravían tan frecuentemente, y para los ignorantes que no tienen luces para conducirse. Los sabios se someterian con gusto, porque sometiéndose á Dios mismo, su sumision estaria llena de dignidad; los ignorantes se someterian tambien con gusto, porque su sumision suplíria la ciencia, y los pondria al par con los sabios. En verdad, Teótimo, que seria de desear el que Dios hubiera establecido este tribunal en su Iglesia; entonces estarian tranquilos nuestros entendimientos, como que cada uno de nosotros no tendria mas cuidado que el escuchar lo que este tribunal pronunciase, y recibirlo con docilidad. Tú tienes bastante juicio para conocer todo esto. Veamos, pues, si Dios ha establecido en efecto este tribunal tan necesario.

Abro los libros del Evangelio, y encuentro en san Mateo (cap. xxviii, 19) estas palabras que Jesucristo dirije á los apóstoles, dándoles su mision, y que ya he citado: «Id, pues, instruid los pueblos bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñadles á obedecer todas las cosas que yo os he mandado, y hé aquí que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.»

Encuentro en la Epístola á los de Efeso (cap. vi, 2). «que Jesucristo ha dado á su Iglesia apóstoles, profetas y evangelistas, pastores y doctores.... á fin de que no seamos ya como niños, como personas fluctuantes, que

» se dejan llevar de todo viento de doctrina por el en-
» gaño de los hombres, y por la industria que tienen
» para empeñar y hacer caer artificiosamente en el er-
» ror. » En la primera Epístola á Timoteo (cap. III, 15):
« que la mision de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo,
» es la columna y la basa de la verdad. » Leo en la se-
gunda Epístola á los Corintios (cap. X) estas palabras tan
fuertes y tan enérgicas : « Aunque viviésemos segun la
» carne, no combatimos segun la carne; las armas de
» nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en
» Dios, para trastornar todo lo que les oponen, y con es-
» tas armas destruimos los razonamientos humanos, y
» toda la altanería que se eleva contra la ciencia de Dios,
» y con las cuales reducimos á esclavitud todos los espí-
» ritus, para someterlos á la obediencia de Jesucristo, te-
» niendo en nuestra mano el poder de castigar todas las
» desobediencias. »

Leo, en fin, en san Mateo (cap. XVIII, 17) « que aquel
» que no escucha á la Iglesia, sea para vosotros como un
» pagano ó un publicano. »

Ahora, mi querido Teótimo, por poca atencion que yo quiera prestar á estos diferentes pasajes del Nuevo Testamento, comprendo sin trabajo, que la Iglesia se compone de pastores y de ovejas : de pastores encargados de Dios para conducir las ovejas : de ovejas á las cuales ha mandado Dios seguir fielmente á los pastores : de doctores y de discípulos : de doctores que enseñan á los discípulos de parte de Dios, de discípulos que escuchan á los doctores como al mismo Dios. Veo que hasta el fin del mundo estará Jesucristo todos los dias con sus apóstoles y sus sucesores, para dirigir su enseñanza : que esta enseñanza será siempre conforme á la verdad; y que por consecuencia, para descubrir donde está la verdad, cuando se susciten contestaciones entre los cristianos, no será necesario en todos los tiempos sino atender á esta enseñanza; porque es claro, que toda doctrina que se avenga con esta enseñanza estará conforme con la verdad, y será preciso recibirla; y que toda doctrina opuesta á esta enseñanza, será contraria á la verdad, y será preciso desecharla.

Comprendo, en segundo lugar, que los apóstoles, los

evangelistas, los pastores y los doctores fueron establecidos por Jesucristo en su Iglesia, á fin de que los fieles no fluctúen en la incertidumbre como niños, y no se dejen llevar de todo viento de doctrina por la superchería de los hombres: comprendo, dije, en esto, que la enseñanza de los apóstoles, de los evangelistas, de los pastores y doctores es segura é infalible, porque si no lo fuera, bien lejos de impedir á los fieles el fluctuar en la incertidumbre, y de ser conducidos de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, seria, por el contrario, la causa de la incertidumbre de los hombres, un manantial de ilusion para ellos, y como un viento funesto que los arrojaria contra los escollos del error; y además comprendo que estos apóstoles, estos evangelistas, estos pastores y estos doctores que Jesucristo dió á su Iglesia naciente, estarán en esta Iglesia en todos los tiempos y hasta el fin del mundo, y que su enseñanza sera siempre tan segura como infalible, porque en todos los tiempos será igualmente necesario que los fieles estén preservados del error con su enseñanza.

Comprendo, en tercer lugar, por estos pasajes, que la enseñanza de los apóstoles y de sus sucesores tiene una autoridad divina, á la cual deben todos los hombres someterse, sean de la clase que sean en el mundo, ó en la Iglesia, y tengan la sabiduría que tengan; que deben someterse dije, sea que comprendan lo que la Iglesia les enseña, sea que no lo comprendan, ó sea que se imaginen comprender lo contrario. ¿Porqué? porque el efecto propio de esta enseñanza es el cautivar todo entendimiento humano; es decir, reducir todo hombre á la necesidad de renunciar las luces de su entendimiento, antes que sublevarse contra esta enseñanza.

Por esto es á un tiempo la Iglesia la columna y la basa de la verdad. Los pastores son la basa por la solidez divina de su enseñanza; y los fieles la columna, que será siempre inmutable, mientras estribe sobre esta basa.

En fin, comprendo por todos estos pasajes, que todos los fieles deben tener un respeto soberano á la enseñanza de la Iglesia; someterse á ella con una extrema prontitud y una extrema docilidad; persuadirse á que el mayor crímen es el sublevarse contra esta enseñanza, y tener á

los que se hacen culpables de esta sublevacion, el mismo horror que en otro tiempo tenian los Judíos á los paganos y á los publicanos.

Ve aquí, Teótimo, lo que yo comprendo en los pasajes del Nuevo Testamento que acabo de citar, y lo que tú tambien comprendes, sin duda, tan bien como yo, porque nada hay mas claro.

Ahora de aquí debemos tú y yo concluir.

1° Que Dios ha establecido en su Iglesia un tribunal sagrado; esto es, un cuerpo de jueces, para decidir soberanamente, y sin apelacion, las contestaciones que se suscitan entre los cristianos, tocante la doctrina.

2° Que este tribunal se compone de los sucesores de los apóstoles; esto es, del Papa y de los obispos, lo que llamamos la Iglesia que enseña.

3° Que este tribunal es infalible en sus decisiones.

4° Que todo el resto de cristianos que componen lo que llamamos Iglesia enseñada, debe someterse á las decisiones de este tribunal, como si emanasen de la misma boca de Dios.

Despues de haber oido las Escrituras, tocante el punto esencial que tratamos, consultemos la historia eclesiástica, y veremos que este tribunal sagrado de Jueces de la fe, del cual hablo aquí, ha sido siempre reconocido de los cristianos, y el que ha decidido soberanamente todas las contestaciones que se han levantado entre los cristianos, tocante la doctrina.

Las Actas de los apóstoles traen (cap. xv, 5), que en el tiempo de los apóstoles mismos, algunos de la secta de los fariseos que habian abrazado la fe, se levantaron y sostuvieron que era preciso circuncidar á los gentiles, y mandarles observar la ley de Moisés, y que los apóstoles y los ancianos se juntaron para examinar este punto.

San Pedro, que presidia esta santa asamblea, como Príncipe de los apóstoles y jefe de la Iglesia, habló el primero. San Pablo y san Bernabé hablaron despues de él, y Santiago despues de ellos. La deliberacion de la asamblea se formó sobre sus pareceres, y dieron un decreto ó decision; que empezaba así: « Ha parecido bien al Es» píritu Santo y á nosotros, etc. »

Aquí se ve que la primera contestacion que se suscitó en la Iglesia fué juzgada por san Pedro y por los apóstoles; que la decision de este augusto tribunal fué dictada por el Espíritu Santo, y que toda la asamblea se sometió á ella sin resistencia.

Este modo de decidir las contestaciones tocante la doctrina, se ha mantenido en todos los siglos posteriores Vemos que todas las herejías que han aparecido en el mundo hasta nuestros dias, han sido condenadas por san Pedro y por los apóstoles; esto es por el Papa, sucesor de san Pedro, y por los obispos, sucesores de los apóstoles.

¿Cuál es el tribunal que condenó á los maniqueos, que decian que habia varios dioses? El que se formó en aquel tiempo del Papa y de los obispos.

¿Cuál es el tribunal que condenó á los arianos, que decian que el Verbo no era consustancial al Padre? Tambien es el compuesto del Papa y de los obispos.

¿Cuál es el tribunal que ha condenado á los nestorianos, que decian que Jesucristo no es Dios? El propio tribunal.

En fin, ¿cuál es el tribunal que ha condenado todos los herejes, á Lutero mismo y á Calvino? Tambien el mismo tribunal.

Y observa aquí tres cosas: 1º Que este tribunal, cuyo jefe es el Papa, esto es, la Iglesia romana, es quien ha condenado todas las herejías.

2º Jamás este tribunal ha rectractado ninguna disposicion suya.

3º Que todas las decisiones de este tribunal han sido siempre admitidas con sumision, no solo de todos los fieles adictos á la Iglesia romana, sino tambien de todas las otras Iglesias: de suerte que todos los herejes han mirado todas las herejías, excepto la suya como legítimamente condenadas.

Luego nosotros debemos reconocer en el Papa, y en los obispos, una autoridad de enseñanza, que los hace Jueces soberanos é infalibles de todas las contestaciones que se fomentan entre los cristianos en punto á doctrina.

No es esta sola la autoridad que Dios ha dado al Papa y á los obispos; les ha dado tambien la autoridad de

gobierno para interpretar su ley, y hacerla observar; para arreglar en su Iglesia la forma del culto público; y para establecer en ella una policía, y una disciplina toda santa, y conforme al espíritu del Evangelio.

Y en efecto, mi amado Teótimo, consideremos aquí que en el Nuevo Testamento la Iglesia está representada, ya como un reino, ya como una familia, y ya como un rebaño : un reino es gobernado por un rey, una familia por su padre, y un rebaño por un pastor : luego es indispensable que haya en la Iglesia una autoridad que reuna todo esto, y esta autoridad se encuentra en el Papa y en los obispos.

El Nuevo Testamento está lleno de pasajes que establecen esta verdad, y puede decirse que brilla en ella con tanta claridad, que es preciso estar ciegos para no verla : no traeré sino un corto número de ellos.

En san Juan, cap. XXI, Jesucristo manda á san Pedro apacentar sus corderos y sus ovejas; esto es, gobernar espiritualmente toda su Iglesia, la cual es su rebaño.

Hablando san Pablo á los ancianos de la Iglesia de Efeso les dice : « Cuidado con vosotros mismos, y con » todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha » establecido obispos para gobernar la Iglesia de Dios, » que ha adquirido con su propia sangre.

El mismo apóstol declara á los Corintios en su segunda Epist. cap. X, que él y los otros apóstoles tienen en la mano con que castigar á todos aquellos que les desobedezcan. El poder de castigar á todos los que desobedezcan, es una ilacion del poder de mandar, y de hacer leyes que obliguen á los que les sean dirigidas; y supuesto que los apóstoles tenian el segundo de estos dos poderes, tambien tenian el primero.

Así vemos que san Pablo ejercia esta autoridad como hombre que conocia tenerla de Dios. No puede hablarse con un tono mas dominante, y mas soberano, que el tono con que este apóstol hablaba á las iglesias que habia fundado, cuando creia que el hablar así era necesario : tan presto les echa en cara los abusos introducidos ya en sus asambleas, y les da reglas para corregirlos : tan presto los amenaza que irá á ellos con la vara en la mano para castigarlos, y declararles, que si en efecto va, y los

halla culpables, usará de un rigor inflexible, y no los perdonará : tan presto entrega, aunque ausente, un incestuoso al demonio; y para pronunciar esta sentencia, se sirve de estas notables palabras : « Por mí, estando au- » sente de cuerpo, mas presente en espíritu, ya he pro- » nunciado esta sentencia como presente, la cual es, que » tú y mi espíritu congregados en el nombre de nuestro » Señor Jesucristo, aquel que es culpable de este crímen » sea, por el poder de Jesucristo, entregado á Satanás para » mortificar su carne, á fin de que su alma sea salva. » Palabras que demuestran que san Pablo, usando de esta severidad, no obraba en virtud de un poder extraordinario, sino en virtud de un poder ordinario, el cual le pertenecia como á jefe y pastor de esta Iglesia, y que debia ser trasmitido á sus sucesores despues de él.

Toda la historia de la Iglesia hace fe de que los Papas y los obispos han ejercido la misma autoridad en todos tiempos, entregando á Satanás, por la excomunion, á los que rehusaban ostinadamente obedecerles.

Nada mas digo sobre esto, mi amado Teótimo, porque seria preciso estar bien ciego para no ver que una sociedad inmensa, como la que componen los cristianos, debe tener jefes y magistrados espirituales que la gobiernen, y mantengan en ella el buen órden; de otro modo cada uno haria lo que quisiera, sin otra regla que sus pasiones, ó el capricho de su humor : la Iglesia no seria la imágen del cielo, en donde se ve el mas hermoso concierto, sino la del infierno, en donde no se ve sino horror y confusion.

CATECISMO

DE LA SEGUNDA CONFERENCIA.

Sobre la autoridad de la Iglesia.

P. ¿Ha establecido Jesucristo una autoridad en su Iglesia?

R. Jesucristo ha establecido una autoridad en su Iglesia, nosotros lo vemos en estas palabras que dijo á sus

apóstoles : « Id, enseñad á todas las naciones, etc. » y en varios otros textos del Evangelio, y de las Epístolas de los apóstoles.

P. ¿Quiénes son aquellos á quienes Jesucristo ha dado la autoridad en su Iglesia?

R. Son los apóstoles, y sus sucesores despues de ellos, á quienes Jesucristo ha dado la autoridad en su Iglesia.

P. ¿Qué autoridad ha dado Jesucristo en su Iglesia, á los apostoles y á sus sucesores?

R. Jesucristo ha dado dos especies de autoridad en su Iglesia á los apóstoles y á sus sucesores, la autoridad de enseñanza y la autoridad gubernativa.

P. ¿Qué entendeis por la autoridad de enseñanza que Jesucristo ha dado á los apóstoles y á sus sucesores?

R. Entiendo el poder que Jesucristo ha dado á los apóstoles y á sus sucesores de explicar á todo el resto de la Iglesia la Escritura y la tradicion : y proponerle las verdades reveladas.

P. ¿Cuándo dió Jesucristo á los apóstoles y á sus sucesores la autoridad de la enseñanza?

R. La dió, cuando les dijo : « Id, pues, instruid todas » las naciones, etc. »

P. ¿Qué entendeis por autoridad de gobierno, dada á los apóstoles y á sus sucesores por Jesucristo?

R. Entiendo el poder que les ha dado de interpretar la ley, y hacerla observar; el de arreglar en su Iglesia la forma del culto público ; y establecer en ella una policía conforme al espíritu del Evangelio.

P. ¿Cuándo dió Jesucristo á los apóstoles y á sus sucesores la autoridad gubernativa?

R. Les dió esta autoridad cuando les dijo : « Si tu » hermano no te escucha, ni las dos personas que has » tomado contigo, dilo á la Iglesia ; y si no escucha á la » Iglesia, mírale como á un pagano y á un publicano. »

P. ¿No hay otros pasajes de la Escritura que manifiesten haber dado Jesucristo la autoridad gubernativa á los apóstoles y á sus sucesores?

R. Hay otros muchos, los cuales hemos referido en la conferencia.

P. Cuando se suscitan contestaciones entre los cris-

tianos tocante la doctrina, ¿qué debe hacer un cristiano que quiere saber dónde está la verdad, y preservarse de la seduccion?

R. En este caso debe escuchar la enseñanza, y las decisiones de los sucesores de los apóstoles, y someterse á ellas con entera docilidad.

P. La enseñanza y las decisiones de los sucesores de los Apóstoles ¿son un medio seguro é infalible de conocer dónde está la verdad?

R. Sí: este medio es seguro é infalible.

P. ¿Cómo probais que este medio es seguro é infalible?

R. Lo pruebo, 1°: Con estas palabras que Jesucristo dijo á sus Apóstoles: «Hé aquí, que yo estoy con vos» otros todos los dias hasta la consumacion de los » siglos.» 2° Por estas palabras de san Pablo, «¡esu» cristo ha dado á su Iglesia apóstoles, evangelistas, » pastores y doctores, á fin de que no seamos como » niños, como personas fluctuantes, que se dejan llevar » á todo viento de doctrina por el engaño de los hom» bres.» Lo pruebo tambien por otros muchos pasajes que se han referido en la Conferencia.

P. ¿Es grande pecado no someterse á la enseñanza, y á las decisiones de los sucesores de los apóstoles?

R. Sí: es el mayor de todos los pecados, porque Jesucristo ha dicho á los apóstoles, de quienes el Papa y los obispos son los sucesores (san Lucas, x, 16): «Aquel que os escucha, me escucha; aquel que os » desprecia, me desprecia; y aquel que me desprecia, » desprecia á aquel que me ha enviado.»

P. ¿Cómo deben mirarse aquellos que no quieren someterse á las decisiones de los sucesores de los apóstoles?

R. Con horror, y como publicanos y paganos.

P. Para conocer dónde está la verdad cuando se suscitan contestaciones entre los cristianos tocante la doctrina, ¿no basta consultar la Escritura?

R. No: eso no basta.

P. ¿Porqué?

R. 1° Porque la Escritura es oscura en varios pasajes; 2° porque en todos los tiempos los herejes han abusado

de la Escritura para autorizar sus errores ; 3º porque todo el mundo no puede leer la Escritura ; 4º porque todo lo que es revelado no se encuentra en la Escritura.

P. Para descubrir dónde se halla la verdad cuando se suscitan contestaciones entre los cristianos en punto de doctrina, ¿no es suficiente consultar el Espíritu santo en la oracion, y atenerse á lo que nos diga interiormente, que es lo que llaman los protestantes espíritu particular?

R. No : eso no basta ; porque el espíritu particular no es mas que una quimera : los mismos protestantes son una prueba de ello : todos ellos creen estar iluminados por este espíritu, y sin embargo ellos difieren todos en sus doctrinas : los luteranos piensan de otro modo que los calvinistas y los calvinistas piensan de otro modo que los anabaptistas, etc.

P. ¿Están obligados todos los cristianos á someterse á las leyes y á las ordenanzas de los sucesores de los apóstoles?

R. Sí : están estrechamente obligados á ello.

P. ¿En virtud de qué tienen esta obligacion?

R. En virtud de estas palabras de Jesucristo : « Aquel » que os escucha, me escucha ; aquel que os desprecia, » me desprecia. »

P. Los sucesores de los apóstoles ¿tienen poder de castigar con penas espirituales á los que desobedecen sus leyes y sus ordenanzas?

R. Sí : el apóstol san Pablo lo dice expresamente, y vemos ejemplos de ello en la Escritura y en toda la historia de la Iglesia.

P. ¿Es gran pecado el no someterse á las leyes y á las ordenanzas de los sucesores de los apóstoles?

R. Sí : es un gran pecado : cuanto hemos hemos dicho en la Conferencia lo manifiesta bien claramente.

P. ¿Quiénes son los que en la Iglesia han sucedido á los apóstoles?

R. El Papa y los otros obispos son los que en la Iglesia han sucedido á los apóstoles.

P. ¿Como sabeis que el Papa y los otros obispos son los que han sucedido á los apóstoles?

R. Lo sé por toda la historia eclesiástica.

P. ¿Cómo sabeis que el Papa y los obispos tienen

en la Iglesia la misma autoridad que los apóstoles?

R. Tambien lo sé por la historia de la Iglesia, donde vemos que el Papa y los obispos han decidido todas las cuestiones que se han suscitado tocante la fe, y hecho ó confirmado todas las leyes de disciplina que han estado en vigor en la Iglesia.

TERCERA CONFERENCIA.

SOBRE EL JEFE DE LA IGLESIA.

Donde se manifiesta: 1° que la Iglesia de Jesucristo debe tener un jefe visible; 2° que este jefe es el Papa, sucesor de san Pedro; 3° que el Papa tiene en la Iglesia la principal autoridad.

Escrito está, mi amado Teótimo, que todas las obras de Dios son perfectas, y que todos sus caminos están llenos de sabiduría: es así que la Iglesia es la mas grande obra de Dios, luego es preciso que la sabiduría de Dios brille en esta obra mas que en todas las otras.

Tú sabes que Dios ha establecido su Iglesia en forma de sociedad, y por esto se la llama en la Escritura, reino, familia, rebaño. Una sociedad no puede subsistir sin subordinacion, porque esta es la que liga todos sus miembros para no hacer de ellos sino un cuerpo, y dirigirlos hácia un mismo fin; y no puede haber en ella subordinacion, si no tiene príncipes y magistrados revestidos de una autoridad legítima para gobernarla: tambien hemos manifestado en la segunda Conferencia que Jesucristo ha dado á su Iglesia pastores y doctores para gobernarla, los cuales son el Papa y los obispos.

El Papa y los obispos tienen, pues, en la Iglesia el lugar de los príncipes y de los magistrados, y los otros fieles, de cualquiera condicion, el de vasallos. Los primeros enseñan, y los segundos reciben la enseñanza: los primeros mandan y dan leyes, y los segundos obedecen: los primeros castigan á los que son rebeldes á su enseñanza ó á sus ordenanzas, y los segundos sufren la pena que los primeros les imponen.

Ahora se trata aquí, mi querido Teótimo, de hacer ver que entre los pastores y los doctores que Jesucristo ha dado á su Iglesia, el Papa tiene el primer lugar y la principal autoridad.

Esta Conferencia te es muy necesaria, no solo porque cada miembro de cada sociedad debe conocer el jefe que la gobierna, para rendirle el respeto y la obediencia que se le deben, sino tambien porque Lutero, Calvino y Enrique VIII, rey de Inglaterra, se declararon contra la autoridad del Papa con el mayor arrebatamiento, y porque el desprecio con que han mirado esta autoridad se ha hecho como natural á sus sectarios.

La Iglesia de Jesucristo, mi amado Teótimo, es la mas extendida y la mas numerosa de todas las sociedades que hubo jamás en el mundo; ella cubre toda la tierra; muchos grandes pueblos están en esta Iglesia; no hay pueblo, ó casi no hay pueblo en el cual no cuente alguno de sus miembros, y la autoridad de estos sobrepuja en número las estrellas del cielo.

Luego es indispensable que desde luego haya pastores en todos los países donde extiende la Iglesia su imperio, para gobernar á los que se someten á ella; de lo contrario, estos países estarian en un estado de anarquía espiritual: cada uno haria en él lo que quisiera, y presto seria todo confusion, ya en la creencia, ya en las prácticas del culto de Dios, y ya en las costumbres. Luego debe haber, y hay en ella un gran número de obispos; mas esto no basta, porque es preciso tambien que los obispos tengan un jefe.

En efecto, imagínate, Teótimo, que los obispos, cuyo número es tan grande en el mundo, tienen cada uno una autoridad absolutamente independiente; que nadie tiene inspeccion alguna sobre ellos; que ninguno de ellos es responsable de su administracion á otro ninguno; en una palabra, que cada uno de ellos gobierna soberanamente la Iglesia de la cual es pastor. ¿No comprendes que esta igualdad y esta independencia de autoridad causaria graves males á la Religion, y podria tambien arruinarla enteramente; porque cada obispo, como dueño de gobernar su diócesis á su gusto y sin reconocer superior que le diese leyes, podria tambien á su gusto

cambiarlo todo en su diócesis, y que bien presto no habria ya uniformidad, ni en la creencia, ni en el culto, ni en la disciplina? Los cristianos de diferentes diócesis no se parecerian en aquel caso sino en el nombre. La Iglesia de Jesucristo no seria ya un cuerpo perfectamente hermoso, compuesto de miembros proporcionados y bien colocados segun la idea que da de ella san Pablo, sino un conjunto monstruoso de diferentes partes, las cuales no tendrian conexion alguna entre sí.

Pero si supones que Dios ha dado á los obispos un superior y un jefe, á quien ha encargado el velar sobre ellos, que es su pastor, así como ellos mismos son los pastores de sus diócesis, que tiene derecho de enseñarlos, de reprenderlos y de juzgarlos, comprenderás al instante que debe resultar de esta institucion el órden mas bello, porque este pastor de pastores, este soberano pontífice, echando sin cesar sus miradas vigilantes sobre todas las partes de la Iglesia, contendrá á todos los pastores particulares en su deber, se elevará con fuerza y autoridad contra todas las innovaciones que podrian introducirse en sus diócesis por su negligencia, y tambien por su mala voluntad.

Ahora, mi querido Teótimo, Jesucristo ha dado á los obispos este jefe de que hablamos; pero para hacerte comprender esto, es menester tomar las cosas desde mas arriba.

Ya hemos notado en la primera Conferencia, que habiendo confesado san Pedro la divinidad de Jesucristo, le dijo este (san Mateo, xvi, 8): « Tú eres Pedro, y » sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas » del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las » llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares so- » bre la tierra, será ligado en el cielo, y todo lo que » desatares en la tierra será desatado en el cielo. »

Hay palabras en este pasaje que jamás dirigió Jesucristo sino á san Pedro, y las hay tambien que desde luego las dirigió Jesucristo á san Pedro, y en seguida á todos los apóstoles en comun.

Las palabras que jamás dirigió Jesucristo á otro sino á san Pedro, son estas: « Tú eres Pedro, y sobre esta » piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno

» no prevalecerán jamás contra ella, y te daré las llaves » del reino de los cielos. » Y estas palabras prueban claramente la preeminencia de san Pedro sobre todos los otros apóstoles; porque se ve en ellas que san Pedro era, con respecto á la Iglesia, lo que es el cimiento con respecto á una casa, el cual carga solo todo el peso y toda la mole de este grande edificio, y le da una solidez inalterable.

Las palabras dirigidas desde luego á san Pedro solo, y en seguida á todos los apóstoles en general, son estas: « Todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en los » cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desa- » tado en los cielos; » y estas palabras prueban tambien claramente la preeminencia de san Pedro sobre todos los demás apóstoles; porque dando Jesucristo á san Pedro solo, tanto como á todos los otros juntos, se sigue de esto, que le ha dado mas que á cada uno de ellos en particular.

Esta preeminencia de san Pedro sobre los otros apóstoles está tan claramente señalada en el Nuevo Testamento, que es imposible no verla, á menos que se quiera cerrar los ojos; porque primero en el catálogo que los evangelistas han dado de los apóstoles, ponen siempre á san Pedro á la cabeza, y con los otros apóstoles no guardan órden cierto; queriendo dar á entender en esto, que los otros apóstoles son iguales entre sí, pero que san Pedro es superior á todos (san Mateo, x, 2). Ve aquí ahora los nombres de los doce apóstoles: El primero Simon, llamado Pedro, etc.

Cuantas veces se juntan los apóstoles para arreglar algun negocio importante, otras tantas es san Pedro quien lo propone para deliberar sobre él, y quien primero da su parecer, el cual siguen siempre los otros. Act. de los apóst., I, 5 : « En aquellos dias Pedro » se le vantó en medio de los discípulos, y les dijo : « Hermanos mios, es preciso que lo que el Espíritu san- » to ha predicho en la Escritura por boca de David to- » cante á Judas, que ha sido el conductor de los que » han preso á Jesus, se cumpla, etc. »

En las Actas de los apóstoles, xv, 16 : « Los após- » toles, pues, y los ancianos, se juntaron para exami- » nar este negocio, y despues de haber conferido mu-

» cho sobre él, se levantó Pedro, y les dijo : etc. »

Habiendo recibido al Espíritu santo los apóstoles el dia de Pentecostés, fué san Pedro quien, á la cabeza de los otros apóstoles, dirigió la palabra á los Judíos, é hizo la primera publicacion de la ley de gracia, por el hermoso discurso que refiere el cap. 2 de las Actas de los apóstoles; y para manifestar que san Pedro era el pastor de toda la Iglesia, la cual se compone de Judíos y de gentiles, tambien fué san Pedro á quien Dios envió á Cornelio, centurion de las tropas romanas, para anunciar el Evangelio, como se refiere en el cap. x de las Actas de los Apóstoles.

Cuando es menester hablar en nombre del colegio apostólico, san Pedro es quien habla el primero (Act. v, 28, 29).

San Pedro hace milagros mas asombrosos, y en mayor número que los otros apóstoles, porque Dios quiere fijar por este medio la atencion de todo el pueblo sobre él, como jefe de los apóstoles, y conciliarle un respeto y una veneracion que le distinga de todos los otros (Act. v, 15) : « El pueblo llevaba los enfermos á las calles, » y los ponia sobre camas y jergones, para que cuando » pasase Pedro, su sombra á lo menos cubriese alguno » de ellos, y fuesen curados de sus enfermedades. »

En fin, cuando es necesario ejercer algun acto de autoridad que extienda el terror entre los fieles, san Pedro es quien lo hace. Él es quien, en presencia de los otros apóstoles, hirió de muerte con una sola palabra á Ananías y Safiro para castigarles su engaño.

Luego es mas claro que el dia, segun todos estos pasajes que acabamos de citar, que san Pedro era el jefe de los otros apóstoles : que tenia sobre ellos una preeminencia que Jesucristo mismo le habia dado, y que ejercia sobre la Iglesia naciente la principal autoridad.

Trátase ahora de manifestar que esta preeminencia y esta autoridad de san Pedro se han perpetuado en la Iglesia en la persona de los apóstoles.

Y sobre todo, Teótimo, estas palabras de Jesucristo : « Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, » y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. » Estas palabras, dije, lo insinúan claramente; porque

debiendo durar la Iglesia hasta el fin del mundo, y muerto ya san Pedro, no podia ser por sí mismo el fundamento que sostuviese la Iglesia : y así es preciso que lo sea por sus sucesores, que son los Papas.

Mas : ¿ si los apóstoles, que todos habian recibido el Espíritu santo con la plenitud de sus dones, que todos estaban confirmados en gracia, y que todos eran infalibles ; si los apóstoles, dije, tuvieron un jefe, con cuánta mas razon no deben tenerle los obispos? Cada uno de estos es bien inferior á los apóstoles, en luces, en santidad, en sabíduria, y no posee sino en cuerpo la universalidad de los privilegios acordados á cada apóstol en particular . ¡ Y cómo ! ¿ Dios, que es infinitamente sabio, habria dado un jefe á su Iglesia naciente ; esto es , en un tiempo que le era menos necesario, en el cual parece que ella habria podido pasar absolutamente sin él, y no se le habria dado para los tiempos subsecuentes ; esto es, para los tiempos en los cuales debia necesitarle indispensablemente? ¿ No seria una locura el pensarlo?

Pero al fin, lo que corta el curso á todas las contestaciones es, que la historia eclesiástica nos enseña que en todos los tiempos ha sido reconocida solemnemente por los santos Padres y por los concilios esta preeminencia del Papa sobre los otros obispos : las pruebas de esta verdad son innumerables. El concilio de Nicea, que se tiene en tan gran veneracion en toda la Iglesia, y el cual reciben los protestantes como nosotros, declara en el canon 6, que la Iglesia romana ha tenido siempre la primacía sobre todas las Iglesias. « Nadie duda (decia el » legado del Papa al concilio de Efeso), ó mas bien, » todos los siglos han reconocido, que el bienaventurado » san Pedro, que es el príncipe y el jefe de los apóstoles, » la columna de la fe, y el fundamento de la Iglesia ca- » tólica, ha recibido de nuestro Señor Jesucristo las lla- » ves del reino de los cielos : que él vive hasta este » tiempo, y vivirá siempre en la persona de sus sucesо- » res para ejercer el poder de juzgar. » Así habló el legado al concilio, y nadie le replicó.

San Ireneo, san Atanasio, Tertuliano, san Cipriano, en una palabra, todos los Padres griegos y latinos, han rendido los testimonios mas auténticos á la primacía del

Papa sobre todos los obispos, y á la de la Iglesia romana sobre todas las otras Iglesias. En todos los tiempos ha sido mirado el Papa como el padre comun de los cristianos, el pastor de los pastores, el obispo de los obispos, el jefe visible de la Iglesia, y el vicario de Jesucristo en la tierra.

Sábese que Enrique VIII, rey de Inglaterra, tuvo el atrevimiento de declararse jefe supremo de la Iglesia anglicana; pero tambien se sabe que antes de él ningun príncipe cristiano cometió semejante atentado. Constantino el Grande y los primeros emperadores cristianos no se miraron jamás sino como hijos y discípulos de la Iglesia. Sabian que Jesucristo ha dicho que su reino no es de este mundo, y que por consecuencia los reyes de este mundo no tienen, en calidad de tales, derecho alguno de gobernar la Iglesia. Sabian que Dios no los habia llamado al cristianismo sino trescientos años despues de la fundacion de la Iglesia, y comprendian por esto, que el mismo poder que habia gobernado la Iglesia antes que ellos fueran cristianos, debia gobernarla en todos tiempos.

Los reyes no son mas que hijos de la Iglesia como los otros fieles; le deben obediencia como los otros fieles; y además están obligados á protegerla, empleando toda su autoridad para procurar la observancia de sus leyes.

CATECISMO

DE LA TERCERA CONFERENCIA.

Sobre el jefe visible de la Iglesia.

P. ¿Quién es el jefe invisible de la Iglesia?
R. Jesucristo.
P. ¿Cuál es el jefe visible de la Iglesia?
R. El Papa, ó el obispo de Roma.
P. ¿Porqué es el Papa el jefe visible de la Iglesia?
R. Porque es el sucesor de san Pedro.
P. ¿Luego san Pedro era el jefe visible de la Iglesia?

R. Sí : san Pedro era el jefe visible de la Iglesia, y sus sucesores lo son despues de él.

P. ¿Quién es el que ha establecido á san Pedro y á sus sucesores jefes visibles de la Iglesia?

R. Jesucristo.

P. ¿Cuándo estableció Jesucristo á san Pedro y á sus sucesores jefes visibles de la Iglesia?

R. Cuando dijo : « Tú eres Pedro, y sobre esta piedra » edificaré mi Iglesia , y las puertas del infierno no pre- » valecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de » los Cielos ; y todo lo que ligares en la tierra , será liga- » do en el cielo ; y todo lo que desatares en la tierra será » desatado en el cielo. »

P. ¿Cuáles son las prerogativas de que goza el Papa en calidad de jefe visible de la Iglesia?

R. Esta calidad de jefe visible de la Iglesia da al Papa la primacía y la preeminencia sobre los obispos, y la principal autoridad en la Iglesia.

P. ¿Ha reconocido siempre la Iglesia la primacía del Papa?

R. Sí : siempre la ha reconocido, como lo hemos manifestado ya en la Conferencia precedente.

P. ¿Cuáles son los sentimientos que los verdaderos cristianos deben tener en órden al Papa?

R. Los cristianos deben tener al Papa un soberano respeto porque es su padre comun , el pastor de toda la Iglesia, y el vicario de Jesucristo en la tierra.

CUARTA CONFERENCIA.

Donde se manifiesta que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque tiene todos los caractéres de la verdadera Iglesia, que están señalados en el Evangelio y en el símbolo de Nicea.

Esta Conferencia, mi amado Teótimo, es la mas importante de todas las que me propuse tener para instruccion tuya , porque te hará conocer claramente la verdadera Iglesia de Jesucristo, que tú buscas con tanto celo , y en cuyo seno deseas vivir y morir.

Si la escuchas con una atencion tan seria como lo exige la importancia de la materia, y al mismo tiempo de buena fe y sin parcialidad, como un hombre que no busca sino la verdad, y que no tiene otro interés que conocerla; ella disipará todas tus preocupaciones, aclarará todas tus dudas, fijará todas tus incertidumbres, y dará un eterno reposo á tu espíritu y á tu corazon. Producirá en tí estos dichosos efectos por un camino bien simple, que será el convencerte de que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, fuera de la cual no hay salvacion, y de que es la única que tiene el glorioso privilegio de producir hijos, los cuales son herederos legítimos del reino de los cielos.

Conocida una vez esta verdad de tu entendimiento, como evidente é incontestable, tú creerás con la mayor docilidad todos los dogmas que esta Iglesia propone: recibirás con la sumision mas perfecta todos sus mandamientos: abrazarás con una devocion sincera todas las prácticas de religion que prescribe ó aprueba, porque la verdadera Iglesia, conducida siempre por el Espíritu santo, hace que su enseñanza sea siempre conforme á la verdad, sus leyes llenas de justicia y de sabiduría y sus prácticas santas y santificantes, y que por consecuencia los fieles estén dispensados de todo exámen, y que solo se ocupen en saber lo que la Iglesia enseña, lo que manda, lo que aprueba; cosa que á cada uno de ellos le es siempre sumamente fácil.

De este modo tu fe dejará de ser vacilante, y no se sujetará á variacion alguna, porque tendrá por fundamento las decisiones de la Iglesia, que es la basa y la columna de la verdad: tu esperanza sera firme é inalterable, porque tu fe será su apoyo: tu amor á Dios será puro y ardiente porque nacerá en tí de una fe ilustrada, é incesantemente estará despierto é inflamado con la esperanza cierta de poseer algun dia al que es su objeto; en fin, tu piedad será segura y sólida, porque será formada y dirigida por estas tres virtudes que comprenden toda la Religion.

Conociendo, pues, el camino que conduce á la salvacion, y no pudiendo ya extraviarse por ignorancia, sino únicamente por defecto de buena voluntad, no estará si-

no en tu mano el caminar por él con tanto consuelo como valor; hacer cada dia nuevos progresos en la virtud, y llevar en tu corazon aquella alegría, que es uno de los mas preciosos frutos del Espíritu santo, la herencia de los hijos de Dios, y la prenda cierta de su predestinacion. Pero ya es tiempo de empezar.

Tú has visto ya en la primera Conferencia, mi amado Teótimo, 1° que entre aquella multitud de sociedades cristianas que se han visto en el mundo en todos tiempos, y aun se ven en el dia, no puede haber sino una sola que sea la verdadera Iglesia de Jesucristo: tú has visto, en segundo lugar, que entre esta multitud de sociedades cristianas que se han visto y se ven todavía en el mundo, ha habido siempre una, y hoy la hay tambien, la cual es necesariamente la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Tú has visto, por fin, que los caractéres de la verdadera Iglesia de Jesucristo están solamente designados en el Evangelio y en el símbolo de Nicea, que es una profesion de fe, que los protestantes admiten con la misma veneracion que nosotros. Ve aquí el artículo del símbolo de Nicea, donde estos caractéres están enunciados: « Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apos» tólica. »

Ya no se trata mas sino de encontrar una Iglesia que tenga estos cuatro caractéres, á fin de que podamos unirnos á ella, como á la que es la única verdadera Iglesia de Jesucristo; porque es evidente, segun todo lo que hemos dicho, 1° que la verdadera Iglesia de Jesucristo debe tener estos cuatro caractéres; 2° que solo la Iglesia de Jesucristo puede tener estos cuatro caractéres; y como no puede haber sino una sola sociedad cristiana que sea la verdadera Iglesia de Jesucristo; desde que hayamos encontrado una sociedad cristiana que tenga estos cuatro caractéres, será evidente que esta sociedad es la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que ninguna otra puede serlo; de suerte, que será forzoso, sin mas exámen, que abracemos la sociedad en la cual encontremos estos cuatro caractéres, y que desechemos absolutamente todas las otras.

Ahora voy á probar, mi amado Teótimo, que la iglesia

romana, esta Iglesia hácia la cual los ministros protestantes inspiran tanto desprecio y tanto horror á los de su secta, tiene estos cuatro caractéres de que hablamos. Y para ordenar mejor esta Conferencia, y hacerte pasar de una verdad á otra por una progresion mas natural, dispondré estos cuatro caractéres de otro modo que están en el símbolo de Nicea, y formaré de cada uno un artículo separado.

ARTICULO I.

Donde se manifiesta que la Iglesia romana es verdaderamente apostólica.

¿Qué es una Iglesia apostólica? Sin duda, la que ha sido fundada por los apóstoles: la que ha durado desde ellos hasta nosotros por una sucesion no interrumpida de pastores legítimos; en fin, la que desde los apóstoles hasta nosotros, ha conservado sin alteracion la fe que recibió de los apóstoles; y la Iglesia romana tiene todas estas ventajas.

1° Ha sido fundada por los apóstoles: toda la historia eclesiástica depone que san Pedro fundó la Iglesia de Roma, y que estableciendo su silla en esta famosa ciudad, que entonces era la capital del imperio romano, hizo de ella la capital del imperio de Jesucristo, que abraza toda la tierra. Todos los Papas se han portado á la faz del universo como sucesores legítimos de san Pedro y herederos de su autoridad, y nadie les ha contestado estas dos calidades. Todas las Iglesias que están en la comunion del Papa, gozan del mismo privilegio que la de Roma; todas han sido fundadas, ó por san Pedro, ó por los otros apóstoles, ó por los sucesores legítimos de san Pedro, ó por otros obispos que reconocen los sucesores legítimos de san Pedro por jefes de la Iglesia universal; y así la Iglesia de Tours fué fundada por san Gracian, enviado por el Papa, para propagar la fe en aquellos parajes. Todas las Iglesias que están en la comunion del Papa remontan, pues, hasta san Pedro, y son apostólicas como la de Roma, de la cual son una

parte. Es una multitud de ramas que la una lleva la otra, y que van á reunirse á un tronco comun, el cual las lleva todas, y con el cual no forman sino un mismo árbol; la mas nueva de estas ramas, la mas endeble, la mas apartada del tronco no pertenece menos al árbol que la mas vieja y mas fuerte que sale inmediatamente de él.

2° La Iglesia romana ha durado desde los apóstoles hasta nosotros por una sucesion no interrumpida de pastores legítimos. Esto es tan evidente, como que los protestantes se ven obligados á confesarlo, á pesar del interés que tienen en negarlo: todas las historias rinden testimonio á este hecho. Desde Pio VI, que hoy gobierna la Iglesia, remontamos hasta san Pedro, sin encontrar otro vacío que el de la dificultad que las elecciones han ocasionado algunas veces. Esta fué una de las principales razones que pararon y fijaron á san Agustin, á este ingenio tan luminoso, tan vasto y tan profundo en la Iglesia católica: Lo que me retiene en la Iglesia, dice, es la sucesion de los obispos desde san Pedro hasta el que ahora está en el trono de este apóstol. Tertuliano habia dicho lo mismo dos siglos antes de san Agustin, hablando de los herejes de su tiempo: « Si ellos pretenden, dice, recurrir á los apóstoles para » hacer creer que tienen de ellos la doctrina, repliqué- » mosles, que nos manifiesten el orígen de sus Iglesias: » que hagan ver la lista de sus obispos, y por una suce- » sion semejante tomada desde el principio, será fácil » percibir, si este primer obispo que han tenido, era un » sucesor legítimo de algun apóstol, ó pastor enviado » por los apóstoles, ó á lo menos por alguno de aque- » llos hombres apostólicos, que han vivido y persevе- » rado con los apóstoles; porque ve aquí cual es el tí- » tulo que producen las Iglesias apostólicas. Por ejemplo, » la Iglesia romana manifiesta un Clemente ordenado » por san Pedro. Que inventen, si pueden, los herejes » una sucesion semejante de pastores. »

San Iréneo, que vivia antes de Tertuliano y poco tiempo despues de los apóstoles, se explica mas claramente todavía. Ve aquí sus propias palabras: « Sea » que las gentes se extravían por suficiencia, por vana-

» gloria, por ceguedad, por error, ó por cualquiera » otra causa, nos es muy fácil el confundirlas; no tene- » mos mas que hacer, sino manifestarles el modo con » que la fe y la doctrina de los apóstoles ha llegado has- » ta nosotros; esto es, por tradicion, ó por la sucesion » de los obispos de Roma que han ocupado el trono de » esta Iglesia apostólica. » Si esta sucesion no interrum- pida de pastores legítimos desde san Pedro fué sufi- ciente para fijar á san Agustin, á Tertuliano y á san Ire- neo en el seno de la Iglesia romana, ¿qué autoridad no debe tener sobre nuestros espíritus esta misma suce- sion continuada hasta nuestros tiempos, esto es, du- rante diez y ocho siglos?

¿No sorprende, en efecto, que el trono de un pobre pescador, este trono tan oscuro y tan débil aparente- mente, se haya sostenido durante tantos siglos en medio de las revoluciones acaecidas en el imperio romano, las cuales han trastornado el trono de los Césares que pa- recia inalterable? ¿Cómo las ruinas del imperio romano y de la misma Roma, tan frecuentemente saqueada, no han roto y destruido el trono de san Pedro? ¿Qué otra mano, sino la de Dios, ha sostenido este trono? ¿Y por- qué esta mano poderosa y omnipotente le ha sostenido, sino para que en todos tiempos viesen los pueblos de la tierra un sucesor legítimo de san Pedro sentado en este trono augusto, y reconociesen por esta sola señal, que la Iglesia, de la cual es el jefe, es la verdadera Iglesia de Jesucristo?

Y además, si no solo en el tiempo de san Agustin, sino tambien en el de Tertuliano y de san Ireneo, han sacado de esta sucesion no interrumpida de pastores una prueba tan fuerte y poderosa en favor de los católi- cos, y contra los herejes: ¿qué fuerza no debe haber ad- quirido esta prueba con el aditamento de tantos siglos como han pasado despues? ¿Cómo pueden sostener los protestantes el enorme peso de la autoridad de esta di- latada cadena de pastores que han ocupado el lugar de san Pedro y han enseñado la misma doctrina que él? ¿No tenemos nosotros mas derecho que Tertuliano para decirles: «Mostradnos, pues, el orígen de vuestras Igle- » sias: hacednos ver la lista de vuestros obispos hasta

» los apóstoles? » ¿No estamos mas autorizados que aquel escritor para preguntarles : « Quién sois vos- » otros? ¿Desde cuándo, y de dónde habeis venido? » ¿Qué haceis en mi casa vosotros que no sois de ella? » La posesion está de mi parte; yo soy el primero esta- » blecido; yo pruebo manifiestamente mi orígen; yo ha- » go ver quienes son los que me han comisionado; á » saber, aquellos á quienes tocaba hacer semejantes es- » tablecimientos; yo soy el heredero legítimo de los » apóstoles.

¿Quién era luterano antes que Lutero hubiera parecido en el mundo? ¿Quién era calvinista antes de Calvino, y anglicano antes de Enrique VIII? ¿Cómo Lutero, Calvino y Enrique VIII remontarán de siglo en siglo hasta los apóstoles? ¿A quién sucedieron ellos? ¿De cuales pastores han ocupado el lugar, y enseñado la doctrina? Estos infelices no vienen ó se derivan, sino de ellos mismos, y no de los apóstoles; y sin embargo, se atreven á llamarse apostólicos.

3º La Iglesia romana ha conservado sin alteracion, desde los apóstoles hasta nosotros, la doctrina que recibió de ellos. Esta tercera circunstancia de apóstolica que tiene la Iglesia romana, exige siempre tu atencion, mi amado Teótimo, porque es decisiva en favor de esta Iglesia, y contra todos sus enemigos.

Fijemos aquí, pues, nuestras miradas sobre todos los tiempos que han precedido el nuestro; remontemos de siglo en siglo hasta el primer orígen del cristianismo, y encontraremos herejias en dada uno. Entre estas herejías no hay una siquiera que no haya combatido algun dogma, ó punto de doctrina, que entonces creia la Iglesia romana, y cree todavía.

Observa ahora sobre esto : 1º que luego que se ha levantado cada herejía, ha encontrado siempre la Iglesia romana en posesion de creer y enseñar, desde mucho tiempo, la doctrina que ha combatido, y de mirar esta doctrina como que le ha sido trasmitida por los apóstoles : que ningun hereje ha podido encontrar á la Iglesia romana en el hecho de innovar; que ninguno ha podido decir á esta Iglesia : Vos cambiais la doctrina en este momento, vos enseñais hoy lo contrario de lo que ayer

enseñábais : que tampoco ninguno ha podido señalar la época de la pretendida innovacion de que acusaba á esta Iglesia. Todos se han reducido á decir vagamente, y sin fijar tiempo preciso y determinado, ó que esta Iglesia no creia ni enseñaba ya lo que en otro tiempo enseñaba y creia, ó que la doctrina de esta Iglesia era contraria á la Escritura.

Así, cuando Calvino y sus sectarios combatieron la doctrina de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, encontraron la Iglesia romana en posesion de creer y enseñar esta doctrina ; y bien lejos de que pudieran argüir á esta Iglesia que innovaba sobre este punto esencial, se vieron obligados á convenir en que ella creia la presencia real desde el cuarto siglo ; pero pretendieron al mismo tiempo, que en los tres primeros siglos se creia de otro modo. Desde luego accordaron á la Iglesia romana una posesion de mil y doscientos años ; y cuando se les preguntó, quién fué el primero que introdujo la doctrina de la presencia real en la Iglesia romana : en que tiempo determinado habia parecido este hombre : quiénes habian sido sus principales sectarios : cómo se habian manejado para hacer recibir esta doctrina : cómo, y por qué progresos habia prevalecido al fin esta doctrina : no supieron que responder á todo esto, porque no queda de todo esto vestigio alguno en la historia eclesiástica. Aun se hizo mas, porque se les manifestó en pasajes claros de los padres de la Iglesia, que la doctrina de la presencia real habia sido la de los tres primeros siglos.

Observa, en segundo lugar, que sucedió todo lo contrario á los herejes, cuando comenzaron á dogmatizar. La Iglesia romana se elevó al instante contra cada uno de ellos en todas las partes del mundo, y esto con el mayor estrépito y la mayor fuerza, los cogió en el hecho de la innovacion : dijo altamente á cada uno de ellos : La doctrina que enseñais hoy, no era conocida ayer. Esta no es la doctrina de nuestros padres : no es la que nos han enseñado : desde el tiempo de los apóstoles, creemos lo contrario.

Calvino lo experimentó como lo habian experimentado, antes de él, Lutero y todos los jefes de las herejías

de todos los tiempos : el mismo dia quo comenzó á publicar su doctrina, le gritaron por todas partes, que era nueva y contraria á la antigua creencia ; y bien lejos de poder manifestar una sociedad de cristianos que hubiese profesado siempre esta doctrina, despues de los apóstoles hasta él, no pudo tampoco ni aun señalar un solo hombre de su tiempo, que hubiese sido educado en estos sentimientos : entre esta multitud de hombres que Calvino arrastró á su partido, no se halló uno siquiera que, despues de haberle oido, pudiese ó se atreviese á decir : Este nuevo doctor piensa sobre la Eucaristía como yo he pensado siempre, y como se ha pensado en todo tiempo en mi familia : véase aquí justamente lo que mi padre me ha enseñado, y lo que mi abuelo habia enseñado á mi padre : no se encontró un solo hombre que pudiese dar este testimonio á Calvino y á su doctrina. ¿Qué digo? Calvino mismo estaba obligado á convenir en que hasta el momento que se declaró contra la Iglesia católica, habia estado en la misma creencia que ella.

Lo mismo ha sido de los demás herejes, los valdenses, los albigenses, los pelagianos, los nestorianos, los arianos, los maniqueos, los ebionistas, los nicolaitas ; y de ahí viene que entre esta multitud innumerable de herejías que se han visto despues de los apóstoles, no hay una siquiera que no se sepa su historia : se sabe el tiempo y el lugar dónde nacieron, los autores que han tenido, los progresos que han hecho, por quien han sido combatidas, y como han sido condenadas.

Observa, en tercer lugar, que la Iglesia romana, esto es, la Iglesia que tenia por jefe al Papa, es la que ha condenado á todos los herejes que han parecido en el mundo, remontando desde Calvino hasta el concilio de Jerusalen. Es un hecho que nadie puede contestar : que el rayo que ha herido tantos monstruos de error como han parecido en la Iglesia desde su nacimiento, ha partido siempre del trono de san Pedro que es el de Jesucristo mismo.

Observa, en cuarto lugar, que cada secta héretica mira todas las herejías, excepto la suya, como justamente condenada por la Iglesia romana. Por ejemplo, los protestantes miran á los nestorianos, pelagianos, aria-

nos, etc., como justamente condenados por la Iglesia romana; y lo mismo sucede con los otros. Toda secta herética conviene en que la Iglesia romana no se ha engañado jamás sino una vez, que es cuando la ha condenado á ella. Cada secta herética suscribe á la condenacion de todas las otras, y no rehusa suscribir sino á la suya: así la Iglesia romana tiene razon contra cada herejía en particular, segun todas las otras: cada herejía, pues, tiene contra ella la Iglesia romana, y todas las otras sectas heréticas: lo que forma, como cada uno ve, una gran presuncion, por no decir una demostracion á favor de la Iglesia romana, y contra todas las sectas heréticas, y sobre todo contra los protestantes.

Ahora, mi amado Teótimo, de esta serie de hechos se sacan dos consecuencias: la primera es, que ninguna de las sectas heréticas que se han separado de la Iglesia romana, ha podido probar jamás que esta Iglesia hubiese mudado nada de la doctrina que habia recibido de los apóstoles; y que así todas estas sectas se han separado de la Iglesia sin razon legítima: la segunda es, que tambien es imposible que la Iglesia romana haya cambiado nada á la doctrina que habia recibido de los apóstoles; porque es claro, segun todos los hechos que acabamos de referir, que desde los tiempos apóstolicos ha velado siempre esta Iglesia con el cuidado mas celoso, si puedo explicarme así, en la conservacion del depósito de la fe; que desde el punto que alguno ha querido ofender la integridad de este precioso depósito, aun en lo mas mínimo, y enseñar una doctrina nueva, al instante se ha levantado esta Iglesia contra ella con la mayor fuerza y la mayor autoridad; la ha anatematizado, y la ha arrojado de su seno; pues ¿cómo esta Iglesia se habria atrevido á hacer ella misma innovaciones? ¿Y cómo los herejes que la circundaban, y que eran sus enemigos declarados, no se habrian levantado á su vez contra sus innovaciones?

Por ejemplo, en el cuarto siglo habia en el mundo maniqueos, arianos, y otros herejes que la Iglesia romana habia condenado y proscripto: los protestantes pretenden que en aquel siglo fué cuando la doctrina de la presencia real se introdujo en la Iglesia romana, y que

esta Iglesia se hizo idólatra : yo pregunto, pues, á los protestantes, ¿cómo fué que ninguno de los herejes, de quienes acabamos de hablar, se lo echó en cara á la Iglesia romana? ¿Quién ha puesto un freno á su aborrecimiento? ¿Quién ató su lengua? ¿Quién les hizo desaprovechar una ocasion tan á propósito para vengarse? En una palabra, ó la Iglesia romana ha abandonado la antigua creencia, sea tocante la Eucaristía, sea tocante alguno de los otros puntos contestados, de un golpe y en cuerpo, ó la ha abandonado poco á poco, dando así lugar á que el error haya desde luego infestado algunas partes de esta Iglesia, y se haya comunicado seguida y progresivamente á todo el cuerpo.

Si los protestantes dicen que la Iglesia romana ha abandonado la antigua fe de un golpe y en cuerpo, yo les pregunto : 1° ¿Cómo los herejes, que rodeaban esta Iglesia, no le echaron en cara este defecto? 2° ¿Cómo ha podido componerse el que la historia haya guardado tan profundo silencio sobre esta grande revolucion? ¿Es que, por efecto de un delirio general, el universo todo mudó de un golpe de creencia sin percibirlo? ¿ó es que todos los católicos, todos los herejes y todos los infieles, juraron guardar el secreto sobre este suceso, y no instruir de él jamás á la posteridad?

Si los protestantes dicen que la Iglesia romana ha abandonado la antigua creencia poco á poco y por grados, yo les pregunto : 1° ¿De dónde saben estas cosas? porque, en fin, la historia no dice nada, y ciertamente lo pasado es tan difícil de adivinar como lo futuro. 2° Para dar algun colorido á esta imputacion, seria necesario mostrar claramente que hubo un tiempo en el cual la Iglesia romana creia de otro modo, sobre algunos de los puntos contestados, que creia hoy; y esto es lo que jamás han hecho, porque no han podido hacerlo : yo les pregunto, en fin, ¿cómo la Iglesia romana, que siempre ha velado con tanto cuidado en la conservacion del depósito de la fe, y que ha condenado todas las herejías que hemos conocido, ha podido dejar nacer en su seno la idolatría que le echan en cara los protestantes, nutrirse y acrecentarse en ella; y en fin, prevalecer sobre la antigua fe, sin dársela nada?

Ve aquí, Teótimo, un razonamiento todavía mas simple, que cuantos hasta ahora he puesto á tu vista y que no es menos fuerte.

Hemos hecho ver en la primera Conferencia, que entre aquella multitud de sociedades de cristianos que ha habido, y hay todavía en el mundo, no puede haber sino una que sea apóstolica, y que necesariamente hay una que lo es : las promesas de Jesucristo son claras y formales sobre esto.

Por otra parte es constante, que cuando Lutero y Calvino parecieron en el mundo, no quedaban sino las miserables reliquias de las sociedades heréticas, que la Iglesia romana habia proscripto en otro tiempo, y que los protestantes condenan como ella.

Yo digo, pues, á los protestantes : Cuando vosotros parecísteis en el mundo, ó la Iglesia romana era apostólica ó no lo era. Si entonces era esta Iglesia verdaderamente apostólica, habeis hecho mal en separaros de ella, y no sois sino rebeldes y herejes ; y si en aquel tiempo la Iglesia romana no era la Iglesia apostólica, no la habia habido despues de muchos siglos : Jesucristo contra su promesa habia abandonado su Iglesia, y las puertas del infierno habian prevalecido contra ella : luego vosotros os veis en la funesta necesidad de recurrir á la blasfemia para manifestar que no sois herejes, ó no teneis otro medio de disculparos del crímen atroz que os imputan, sino el cometer otro mayor.

En fin, mi amado Teótimo, es constante que en todos los tiempos, hasta los mismos infieles, han mirado á los católicos romanos como los únicos verdaderos cristianos ; porque solo ellos pueden probar que vienen de Jesucristo y de los apóstoles, por una sucesion no interrumpida.

Guiado de este principio, y pagano como era el emperador Aureliano, dió este testimonio, que es tan célebre en la historia eclesiástica.

Pablo de Samosata, patriarca de Antioquía, que habia sido depuesto por dos concilios á causa de sus errores, y no queriendo dejar la casa patriarcal, fué llevada la causa ante aquel emperador, y mandó que la casa perteneciese á los cristianos de Italia, y que los obispos de Roma la adjudicasen por sus letras.

Los Judíos, que siempre han estado mezclados entre los cristianos, que conocen tan bien como nosotros el orígen de nuestra religion, y que han observado todas la revoluciones que han acaecido en el cristianismo, no piensan de otro modo que el emperador Aureliano y todos los otros Romanos idólatras de aquel tiempo.

Luego la Iglesia romana es verdadera, fué incontestablemente apostólica; porque trae su orígen, segun está demostrado, de los apóstoles, y porque ha conservado sin alteracion hasta nuestros dias la fe que recibió de ellos.

Luego esta Iglesia ha podido decir siempre, al publicar su doctrina, y lo ha dicho, en efecto (Iren. Ep. san Juan, 1): « Nos anunciamos, tocante el Verbo de » vida, lo que era desde el principio, lo que hemos » oido, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que » hemos considerado con atencion, y lo que hemos to- » cado con nuestras manos. » En vez que los herejes, y singularmente los protestantes, no han podido decir jamás otra cosa, al publicar su doctrina, sino: Nosotros anunciamos, no lo que hemos visto ú oido, sino lo que hemos imaginado. La doctrina que predicamos es nuestra, porque somos los que la hemos inventado; nadie la conocia antes de nosotros, porque ha nacido de nosotros; y si jamás nos hubiéramos manifestado en el mundo, jamás habria parecido en él.

ARTICULO II.

Donde se manifiesta que la Iglesia romana es una.

La primera Conferencia, mi amado Teótimo, te ha dejado convencido de que uno de los caractéres esenciales de esta sociedad de cristianos, que es la única verdadera Iglesia de Jesucristo, es el ser una. Estas palabras de Jesucristo: No habrá sino un rebaño, y un » pastor; » y estas otras de san Pablo: « No hay sino un » Señor, una fe, y un bautismo, » son claras y decisivas sobre este punto.

La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo; esta es la idea que san Pablo da de ello en todas partes. Ahora, en el cuerpo humano todo se reduce á la unidad por la relacion que los miembros que le componen tienen entre

sí para no hacer sino un mismo todo, perfectamente hermoso, y perfectamente regular; y lo mismo sucede á la Iglesia, que es el cuerpo de Jesucristo. Esta es la consecuencia que saca el mismo apóstol.

Despues de haber renovado estos principios en tu memoria, es preciso que te manifieste que la Iglesia romana es verdaderamente una, y que lo es del mas perfecto modo; porque ella es: 1° una en la fe; 2° una en la moral; 3° una en su gobierno.

§ I.

Unidad de la fe.

Hemos sentado, en la primera Conferencia, como un principio que la razon natural nos descubre, que habiendo Dios revelado por Jesucristo un cierto número de verdades, las cuales componen el cuerpo de la doctrina cristiana, todos los hombres están obligados á creer estas verdades sin excepcion; porque es evidente que todo lo que Dios revela es igualmente digno de fe: de suerte, hemos dicho, que si, revelando Dios estas verdades á los hombres, les hubiera dejado la libertad de no creer sino lo que quisieran, se habria portado de un modo enteramente indigno de él.

Si es un deber esencial para los hombres el creer sin excepcion todo lo que Dios ha revelado; es, pues, en ellos un gran crímen el rehusarse á creer una sola de las verdades que Dios ha revelado, ó creer alguna otra cosa diferente de lo que ha revelado. Luego *la unidad de la fe* consiste necesariamente en dos cosas: 1° en recibir con perfecta docilidad de entendimiento y corazon todo lo que Dios ha revelado: 2° y en desechar con horror toda doctrina contraria ó extraña á la revelacion.

Así, toda sociedad cristiana, que desecha alguna de las verdades reveladas, no tiene esta unidad de fe de que vamos hablando; y toda sociedad cristiana que admite todas las verdades reveladas, pero que al mismo tiempo admite en su comunion otras sociedades que desechan alguna de estas verdades, y que forma con ellas un mismo cuerpo de Iglesia, tampoco tiene esta unidad.

Por esta razon se nos manda en el Evangelio, que tra-

temos como un publicano y un pagano al que no escucha á la Iglesia : anatematizar á un ángel mismo, si nos anuncia otra doctrina que la que hemos recibido de los apóstoles; y huir los herejes (Ep. xx, 10): « Si alguno » viene á vosotros, decia san Juan á los primeros cris- » tianos, y no hace profesion de esta doctrina, no le » recibais en vuestra casa, ni le saludeis, porque aquel » que le saluda, participa de sus malas acciones. »

Luego la verdadera Iglesia es necesariamente intolerable en el sentido que acabamos de explicar.

Ahora, mi amado Teótimo, si te acuerdas de lo que se ha dicho en el primer artículo de esta Conferencia, verás por tí mismo que la Iglesia romana tiene eminentemente y en un soberano grado los dos caractéres que constituyen *la unidad de la fe,* y que tambien es imposible que no los tenga.

1º Esta Iglesia recibe con una perfecta docilidad de entendimiento y de corazon todo lo que Dios ha revelado, porque hemos manifestado en el primer artículo de esta Conferencia, que esta Iglesia ha conservado en toda su pureza la doctrina que habia recibido de los apóstoles ; y es evidente que los apóstoles le enseñaron todo lo que Dios les habia revelado.

2º La Iglesia romana ha desechado siempre, y desecha todavía con horror, toda doctrina contraria ó extraña de la revelacion. En todos tiempos se ha elevado con fuerza y autoridad contra todas las herejías desde que han aparecido.

Ha condenado, proscripto y anatematizado todas las herejías, sin excepcion : los maniqueos, los arianos, los nestorianos, los pelagianos, los iconoclastas, los luteranos, los calvinistas y todos los otros herejes, han sido heridos de sus rayos, y han recibido de ella el golpe mortal.

En todos tiempos ha estado tan atenta á la conservacion de la pureza de la fe, que desde que han sentado una proposicion que la ofendia en lo mas mínimo, al instante la ha condenado.

Jamás ha retractado ni modificado ninguna de sus decisiones en materia de fe ; lo que ha decidido una vez, lo ha decidido para siempre.

Ha sostenido sus decisiones con una firmeza, que nada ha podido jamás alterarla, y ha obligado á sus hijos á sostenerlas con peligro de ha vida.

Ha sufrido las mas violentas persecuciones; ha anatematizado y separado de su comunion, no solo á los hombres mas distinguidos en todo género, sino á reinos enteros, antes que consentir que se hiciese el menor insulto á sus deliberaciones en materia de fe. Los Griegos y los protestantes son todavía una prueba de ello : millares de católicos han derramado su sangre mas bien que renunciar el dogma de la consustancialidad del Verbo, y el de la presencia real, y que condenar el culto de las imágenes que esta Iglesia habia aprobado solemnemente.

Así, mi amado Teótimo, todos los católicos de todos los países del mundo tienen la misma doctrina, y no se ve entre ellos la menor diferencia. Los católicos de Alemania, de Francia, de España, de Asia y de América creen como los de Italia : en Londres, piensan como en París: en Pekin como en Madrid; y por todas partes piensan como en Roma. Todos reciben unánimente cuanto la Iglesia romana recibe; todos desechan de un comun acuerdo todo lo que ella desecha; y son tan opuestos á los arianos, á los nestorianos, á los protestantes, etc. como unidos entre sí.

Los protestantes no podrian pretender tener entre ellos esta unidad de fe, sin hacerse enteramente ridículos: no están de acuerdo acerca del número de los libros santos : no tienen regla alguna de creencia fija é inmutable, porque no reconocen juez alguno de controversias : cada uno de ellos es dueño de interpretar la Escritura como quiere. Hay entre ellos una multitud prodigiosa de sectas, y cada una tiene su denominacion particular : se les ha visto anatematizarse recíprocamente, y en seguida reunirse sin abandonar sus dogmas respectivos : tan presto han dado una confesion de fe, y tan presto otra. Los calvinistas de hoy piensan distintamente sobre muchos puntos que los primeros calvinistas. Los luteranos, los anabaptistas, los anglicanos, los zuinglios, piensan diferentemente los unos de los otros. Todas estas sectas no están de acuerdo sino en el odio que tienen contra la Iglesia romana.

§ II.

Unidad de la moral.

La Iglesia romana es una en su moral y en su fe, porque siempre se ha ceñido inviolablemente á las reglas de conducta que los apóstoles y los antiguos padres le han dado : ha guardado siempre un justo medio entre una severidad excesiva, y una relajacion que aniquila la ley; y hoy mismo, desde que se adelanta en punto de moral alguna proposicion que sale de este justo medio, y que mira ó á estrechar el camino del Evangelio, ó á ensancharle, al instante la condena : los ejemplos de esta verdad son frecuentes y conocidos del todo el mundo.

§ III.

Unidad de gobierno.

En fin, la Iglesia romana es una en su gobierno : la jerarquía es en ella hoy dia la misma que en los primeros siglos. En ella se ve, y se ha visto siempre, al Papa á la cabeza de los obispos y de toda grey : los obispos superiores á los sacerdotes : los sacerdotes, superiores á los diáconos, y á los otros ministros de las cosas santas. El poder legislativo reside en las mismas personas; las leyes y las decisiones dogmáticas se dan en la misma forma; es un cuerpo cuyas partes están estrechamente ligadas; tienen una misma vida; se mueven por los mismos resortes, y no hacen movimiento que no mire al mismo fin.

ARTICULO III.

Donde se manifiesta que la Iglesia romana es santa.

La santidad, mi amado Teótimo, es uno de los caractéres mas esenciales de la Iglesia de Jesucristo. Cuando los apóstoles escribian á los primeros cristianos, les daban el título de santos. San Pedro llama á los cristianos una nacion santa.

Mas no se crea por esto que la santidad de la Iglesia consiste en la de todos los miembros que la componen; si fuera así, jamás hubiera habido Iglesia. Entre los doce

apóstoles de Jesucristo se encontró un malvado : vióse un incestuoso entre los primeros cristianos de Corinto; y en todos tiempos la cizaña ha estado mezclada con el buen grano en el campo del Señor. En todos los tiempos se han visto cristianos que han profanado con sus vicios el augusto carácter que habian recibido en el bautismo.

Luego es contra toda justicia, que los ministros de las sociedades protestantes se esfuercen á inspirar á los de sus sectas tanto desprecio y horror hácia la Iglesia romana, á causa de los desórdenes conocidos de un gran número de hijos suyos, y de algunos de sus pastores. El espantoso espectáculo que ofrece la vida criminal de tantos malos católicos debe afligirnos; pero no debe ser para nosotros un motivo de escándalo, ni una razon para mirar la Iglesia romana como una Iglesia que el espíritu de Dios ha abandonado, y á la cual no puede convenir la santidad. ¿Qué no podríamos responder á los protestantes, si quisiéramos ahora volver defecto por defeto, é invectiva por invectiva?

Comprendamos, pues, Teótimo, que la Iglesia de Jesucristo se llama Santa, y lo es en efecto, porque posee medios seguros é infalibles para conducir los hombres á la verdadera santidad; porque estos medios que han estado siempre, y están todavía en práctica en la Iglesia del modo mas excelente, los practica una infinidad de personas de todo sexo y edad, y de toda condicion, las cuales se elevan por ellos á la santidad mas eminente; en fin, porque en todos tiempos ha manifestado Dios con los mayores milagros la aprobacion que daba á las virtudes que en esta Iglesia se practicaban.

Ahora, Teótimo, estas tres señales de santidad se hallan en la Iglesia romana, y brillan en ella con el mayor esplendor, y del modo mas á propósito para inspirarnos la mas profunda veneracion y el amor mas tierno.

1° La Iglesia romana posee medios seguros é infalibles para conducir los hombres á la verdadera santidad.

Desde luego tiene los siete sacramentos, cada uno de los cuales confiere una gracia que le es propia, y todos juntos confieren todas las gracias, que no solo hacen

santos á los hombres, sino perfectos todavía, haciéndoles pasar por todos los grados de la santidad; y en fin, comunican á cada uno la especie de santidad que le es necesaria, segun los diferentes estados, ó las diferentes situaciones en que se halla.

El primero de estos sacramentos borra en nosotros la mancha del pecado original, nos hace miembros de Jesucristo, é hijos de Dios y de la Iglesia. El segundo nos fortifica la fe que hemos recibido en el primero, y la hace capaz de sostener las mas violentas persecuciones por el nombre de Jesucristo. El tercero nos hace entrar en la amistad de Dios, cuando hemos tenido la desgracia de perderla por el pecado. El cuarto hace del cuerpo de nuestro Salvador, el alimento de nuestras almas, para hacerlas crecer en la gracia y en todas las virtudes. El quinto nos fortifica contra los temores de la muerte, suaviza nuestros males, nos llena de paciencia y de sumision á la voluntad de Dios, y nos da aquel último grado de pureza, que nos es tan necesario para parecer sin confusion en el tribunal de Dios. El sexto comunica á los ministros de la Iglesia la santidad que deben tener para desempeñar dignamente sus augustas funciones. En fin, el sétimo santifica la sociedad del hombre y la mujer, y atrae sobre ellos y sobre sus hijos todas las bendiciones del cielo.

Pues ¿qué diré del santo y tremendo sacrificio de la Misa, donde Jesucristo se inmola todos los dias de un modo no sangriento por el ministerio de los sacerdotes de la nueva Ley, y reitera así el sacrificio que ofreció en el Calvario para aplicarnos el mérito? ¿De las ceremonias de la Iglesia, cuyo augusto aparato es tan propio para darnos una alta idea de la majestad de Dios, elevar á él nuestros espíritus, inspirarnos un profundo respeto en su presencia; y para reunirnos á todos en los sentimentos de una misma fe, y una misma caridad?

¿Qué cosa mas santa y mas santificante que la moral de la Iglesia romana? Todas sus máximas están sacadas del Evangelio, interpretado por los apóstoles y los primeros Padres de la Iglesia. Jamás se la ha visto dar en ninguna relajacion de ninguna especie: jamás se la ha podido echar en cara un rigor excesivo: ella adopta con veneracion, no solo todos los preceptos de Jesucristo, sino

tambien todos sus consejos. La virginidad, el desprendimiento evangélico, la obediencia perfecta, la penitencia, el amor de la cruz, y los desprecios fueron honrados en ella en todos tiempos: no cesa de exhortar á sus hijos del modo mas urgente á la práctica de toda especie de buenas obras; y por poco que quiera considerarse la policía que ha establecido para el gobierno espiritual de los fieles, se verá que nada hay mas á propósito que ella para conducirlos á la verdadera santidad.

2º Los medios de santificacion que acabamos de decir, se han practicado siempre en la Iglesia romana por una infinidad de personas de todo sexo, edad y condicion. Los hechos hablan aquí: á pesar de la corrupcion que reina en el mundo, hay todavía en todas sus clases de ciudadanos, desde los que rodean el trono de los reyes hasta los mas viles mercenarios, cristianos dignos de los primeros siglos de la Iglesia; y tambien se ven en los monasterios vírgenes sagradas, y monjes dignos de entrar en paralelo con todo lo que el Egipto y la Tebáida vió mas venerable en otro tiempo.

Así, Teótimo, la Iglesia romana ha sido siempre un jardin fértil en flores de una hermosura encantadora, y dignas de adornar los cielos. Todos los santos que veneramos, y cuya santidad reconocen los mismos protestantes, pertenecen á esta Iglesia: ella es la que los ha formado, y la que los ha presentado á Jesucristo como una prenda digna de él. ¿De qué Religion eran los Ignacios, los Policarpos, los Ireneos, los Basilios, los Atanasios, los Hilarios, los Franciscos de Asis, los Franciscos Javieres, las Inés, Tecla, Cecilia, Teresa, Juana Francisca Chantal; en una palabra, tantos mártires, tantos doctores, tantos santos monjes y tantas santas vírgenes, cuyos nombres cita la historia eclesiástica con veneracion? Eran católicos: todos ellos profesaron la fe de la Iglesia romana: en esta fe vivieron y murieron: por esta fe vertieron su sangre, y de sus mismos escritos sacamos hoy todavía las pruebas auténticas de esta fe: los protestantes no pueden reclamar ni uno siquiera de aquellos.

En fin, en todos tiempos ha manifestado Dios con los mayores milagros la aprobacion que daba á las virtudes practicadas en la Iglesia romana.

El mundo, mi amado Teótimo, está lleno de milagros: en todo tiempo se han hecho, y se han hecho en todas partes: las historias todas los atestiguan: sus pruebas son claras y evidentes, seria preciso haber perdido la razon para dudar de ellos; ahora, todos estos milagros han sido hechos en la Iglesia romana, y por los que profesaban la fe de esta Iglesia: este es un hecho tambien incontestable, que los mismos protestantes están obligados á reconocer, fuera de la confesion formal de M. Collin, protestante, tocante los milagros de san Agustin, que fué enviado por el Papa san Gregorio á predicar el Evangelio á los Anglo-Sajones: tambien tenemos la de Lutero, Calvino y otros varios. Jamás ha dejado de haber milagros en la Iglesia romana: nosotros los hemos visto en nuestro tiempo, y si no vemos mayor número de ellos que los que vieron nuestros padres, es porque estos se hicieron, no solo para ellos, sino tambien para nosotros, y todavía dan hoy en la historia un testimonio auténtico de la santidad de la Iglesia romana, en cuyo seno se obraron.

Luego la Iglesia romana tiene todos los caractéres que hemos señalado mas arriba, y por otra parte las sociedades protestantes no tienen ninguno de estos caractéres; y ¿cómo podrian tenerlos, cuando profesan una doctrina directamente contraria á la santidad: negando formalmente la necesidad de la penitencia y de las buenas obras: tratando los consejos evangélicos con un soberano desprecio; y enseñando, que una vez que se tenga la fe, no puede perderse la justicia, aun cuando nos entregásemos á los mayores desórdenes?

Por lo que hace á milagros, jamás los han visto entre ellos, y jamás miembro alguno de su secta se ha lisonjeado de haber sido, ó el objeto, ó el instrumento de un solo milagro.

ARTÍCULO IV.

Donde se manifiesta que la Iglesia Romana es católica.

Si arribaras hoy á Londres, mi amado Teótimo, y suplicaras á uno de los vecinos de aquella soberbia y famosa capital, que te condujese á casa del obispo de los

católicos, ó bien al lugar donde los católicos tienen costumbre de juntarse; cuando aquel á quien te habrias dirigido fuera el mas acérrimo anglicano, sabe, que no se atreveria jamás á conducirte, ni á la casa del obispo, ni á ningun templo de su secta.

Luego en Londres conocen, así como en París, á los cristianos romanos, bajo el nombre de católicos. Ahora, Teótimo, lo mismo sucede en todas partes, y ha sucedido en todos los tiempos : jamás secta alguna herética ha podido despojar á la Iglesia romana del título de católica, ni partirlo con ella. Cuando los protestantes hablan entre ellos de nosotros, nos llaman los católicos; y cuando hablan de ellos mismos, se llaman protestantes, ó bien calvinistas, luteranos, zuinglios, anglicanos, segun los diferentes autores de sus sectas. El título de católica pertenece, pues, á la Iglesia romana, con exclusion de todas las otras sociedades cristianas, supuesto que los mayores enemigos de esta Iglesia le ceden este título glorioso : y esta era una de las razones que ataban á san Agustin á la Iglesia Romana. « Me hallo detenido en esta » Iglesia (decia este gran doctor) por el nombre de *ca-* » *tólica*, que ha conservado siempre de tal modo entre » todas las herejías, que cuando un extranjero pregunta » donde se juntan los católicos, no se atreveria un hereje » á manifestar su casa, ni su templo. »

Católica, significa universal; y este nombre conviene perfectamente á la Iglesia romana, supuesto que posee, si puedo explicarme así, la universalidad de los tiempos, la universalidad de los lugares y la universalidad de los hombres.

La universalidad de los tiempos. Hemos manifestado en el primer artículo de esta conferencia, que la Iglesia romana ha sido fundada por los apóstoles : que ha durado sin interrupcion desde los apóstoles hasta nosotros; y que ha conservado sin alteracion la doctrina santa que habia recibido de ellos.

La universalidad de los lugares. La Iglesia romana vió en otro tiempo el imperio romano sometido á sus leyes : ¿qué digo? extendió su dominacion aun mas allá de los límites de este vasto Imperio, y fijó la cruz en naciones donde los Césares jamás habian tremolado sus estandartes : hoy mismo, fuera de varios grandes reinos, que

posee enteramente, cuenta en todas las partes del mundo, y casi en todos los pueblos, innumerables hijos y súbditos.

La universalidad de los hombres. Todo el mundo no es católico romano; y es imposible que lo sea, porque está escrito, que es necesario haya herejías y escándalos; pero entre las sociedades que se dicen cristianas, no hay ninguna á quien la Iglesia romana no exceda infinitamente en número.

Se desafía á los protestantes á que prueben tener una sola siquiera de estas universalidades; porque si quieren atribuirse la universalidad de los tiempos, les haremos ver que no tienen trescientos años de existencia. Si pretenden tener la universalidad de los lugares, les manifestaremos que no ocupan mas que algunos rincones de la Europa, en donde están todavía divididos entre sí, y forman una infinidad de sectas particulares. Si dicen que tienen la universalidad del número, les convenceremos con el testimonio de sus propios ojos, de que no son sino un punto en comparacion de los católicos. Y en efecto, si á la Italia, donde está la cátedra de san Pedro, y el centro del catolicismo, se agrega la Sicilia, la Cerdeña y las islas vecinas, la Francia, la España, Portugal, la Saboya, los Países Bajos, la mayor parte de la Alemania, la Hungría, la Polonia, la Irlanda, las Iglesias fundadas por los apóstoles de nuestros dias en Asia y en América; todos los católicos que están mezclados en todas partes con los protestantes y las otras sectas, se verá que los protestantes se pierden, por decirlo así, en la inmensidad del espacio que los católicos ocupan.

Hagamos aquí, mi amado Teótimo, una reflexion. Dios habia prometido á Jesucristo, por boca de David (salm. II), que le daria todas las naciones en herencia, y que su dominio se extenderia hasta las extremidades de la tierra. Seguro Jesucristo del cumplimiento de las promesas de su Padre, y mirando toda la tierra como reino suyo, dijo á sus apóstoles antes de subir á los cielos : « Todo poder » me ha sido dado en el cielo y en la tierra : id, pues, » instruid á todas las naciones, enseñándolas á observar » todo lo que os he mandado. »

No debe, pues, mirarse como la verdadera Iglesia de

Jesucristo sino aquella que siempre se ha mirado como encargada de ejecutar el órden que Jesucristo dió á sus apóstoles, antes de su ascension; esto es, aquella que ha tenido siempre un carácter conquistador, si puedo explicarme así: que en todos tiempos ha enviado apóstoles á todas las partes del mundo, y á todos los pueblos infieles, para llevarles la luz del Evangelio; porque es mas claro que el dia, que si hay una Iglesia destinada á conquistar el universo, es aquella que, impulsada de una santa ambicion, trabaja incesantemente en hacer esta gran conquista, y que toda Iglesia que no piensa en hacer esta conquista, no está destinada para hacerla.

Ahora, en recorriendo la historia eclesiástica, veo: 1° Que la Iglesia romana tiene el carácter conquistador, del cual hablo. Esta Iglesia es la que ha llevado la fe por medio de sus misioneros á las Galias, á España, á Alemania, á Inglaterra, á las Indias y al Japon. Esta Iglesia es la que todavía en nuestros tiempos envia operarios apostólicos á todas las partes del mundo conocido, y á los pueblos mas salvajes y feroces.

Veo, en segundo lugar, en la historia eclesiástica, que todos los herejes, sin excepcion, se han contentado siempre con pervertir tantos católicos cuantos han podido, y con hacerse un partido poderoso contra la Iglesia romana, entre los hijos de esta Iglesia; pero ninguno de ellos ha trabajado jamás en convertir las naciones infieles. Tales fueron los maniqueos, los arianos, los pelagianos, los nestorianos y los protestantes mismos. Este es un hecho de pública notoriedad que nadie puede contestar.

Veo, en fin, en la misma historia, que todos los herejes, despues de haber hecho, por permision de Dios, ciertos progresos, han parado de un golpe sin poder ir mas allá: se les ha visto, durante algun tiempo, sostenerse en este estado, debilitarse despues poco á poco, y al fin perecer enteramente; esto es, que se les ha visto luchar durante algun tiempo, pero en vano, contra la maldicion de Jesucristo: « Toda planta que no habrá sido plantada por mi Padre, será arrancada. » Esta ha sido la suerte de todos los herejes que han precedido á los protestantes, y esta será tambien algun dia la de los mismos protestantes; y no puede darse una idea mas justa en hablando de los herejes, que comparándoles á

aquellos nublados de insectos, que impulsados de un viento pestilente, caen improvisamente sobre una fértil campiña, la arrasan en pocos momentos, y mueren seguidamente al pié de las plantas que han roido.

La consecuencia que es preciso sacar de todo lo que acaba de decirse es, que la Iglesia romana es la única destinada á conquistar todo el universo á Jesucristo, supuesto que es la única que trabaja sin cesar con un celo infatigable en hacer esta gloriosa conquista : la única que ha permanecido firme en medio de tantas tempestades como se han levantado contra ella : la única que jamás se ha resentido de sus pérdidas, porque siempre las ha reparado ; y por consecuencia, la única que justamente tiene el título de católica.

CATECISMO

DE LA CUARTA CONFERENCIA.

Donde se manifiesta que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque tiene todos los caractéres de la verdadera Iglesia, que están señalados en el evangelio, y en el símbolo de Nicea.

P. ¿Cuales son los caractéres de la verdadera Iglesia de Jesucristo ?

R. Los señalados en este artículo del Símbolo de Nicea : creo que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica.

P. ¿Cuál es la Iglesia que tiene todos esos caractéres ?

R. La Iglesia romana, y ninguna otra.

P. ¿Cómo probais que la Iglesia romana es apostólica ?

R. Lo pruebo : 1º Porque los apóstoles fueron los que fundaron esta Iglesia. 2º Porque esta Iglesia se ha perpetuado desde los apóstoles hasta nosotros por una sucesion no interrumpida de pastores legítimos. 3º Porque desde los apóstoles hasta nosotros, ha conservado en toda su pureza la doctrina que recibió de ellos.

P. ¿Porqué decís que la Iglesia romana es una ?

R. Porque no tiene sino una fe, una moral y un gobierno.

P. ¿Cómo probais que la Iglesia romana no tiene sino una fe?

R. Lo pruebo: 1º Porque todos los católicos de todos los países del mundo creen los mismos dogmas sin variacion. 2º Porque todos desechan con el mismo horror todos los dogmas opuestos: porque es imposible probar que esta Iglesia haya mudado jamás cosa alguna á la doctrina que recibió de los apóstoles.

P. ¿Cómo probais que la Iglesia romana es una en su moral?

R. Porque la Iglesia romana, en todos los países del mundo, es la que prescribe á todos los católicos romanos las mismas reglas de conducta.

P. ¿Cómo probais que la Iglesia romana es una en su gobierno?

R. Pruebo que la Iglesia romana es una en su gobierno, porque en todos los países del mundo reconocen los católicos la misma jerarquía, y obedecen á los mismos pastores.

P. ¿Cómo probais que la Iglesia romana es santa?

R. Lo pruebo: 1º Porque tiene en su mano los medios mas eficaces para santificar las almas, cuales son los sacramentos, el sacrificio, la plegaria pública, los consejos evangélicos, etc. 2º Porque en todos los tiempos se ha formado una infinidad de santos en esta Iglesia. 3º Porque en todo tiempo ha manifestado Dios con los milagros mas estupendos, la aprobacion que daba al culto que se le rinde en esta Iglesia.

P. ¿Cómo probais que la Iglesia romana es verdaderamente católica?

R. Pruebo que la Iglesia romana es verdareramente católica: 1º Porque se ha perpetuado desde los apóstoles hasta nosotros, sin alterar la fe que recibió de ellos.

2º Porque se extiende á todas las naciones del mundo.

3º Porque siempre ha anunciado, y anuncia todavía en nuestros dias el Evangelio á todas las naciones.

4º En fin, porque los católicos exceden infinitamente en número á todas las otras sociedades que se dicen cristianas.

FIN.

ÍNDICE

DEL TOMO DÉCIMO.

Pág.

El traductor. 1
Prefacio. 3

PRIMERA PARTE.

Conferencia primera. — Sobre la existencia de Dios. 9
Refutacion del sistema de Epicuro. 27
Catecismo de la primera Conferencia. 28
Segunda conferencia. — Sobre la existencia del bien y del mal moral, y sobre la existencia de la libertad del hombre. 31
Catecismo de la segunda Conferencia. 38
Tercera conferencia. — Sobre la necesidad y la existencia de una Religion. 40
Catecismo de la tercera Conferencia. 45
Conferencia á parte : sobre la Religion que dió Dios al primer hombre y á sus descendientes hasta Jesucristo. 47
Cuarta conferencia. — Sobre la necesidad de una Religion revelada. 52
Catecismo de la cuarta Conferencia. 58
Proemio. 60
Cuarta conferencia. — Sobre la autenticidad y la verdad de los libros de los Judíos, y del Antiguo Testamento. 63
Catecismo de la quinta Conferencia. 75
Sexta conferencia. — Sobre la divinidad de los libros del Antiguo Testamento. 79
Catecismo de la sexta Conferencia. 89
Séptima conferencia. — Sobre la divinidad de la ley mosáica. 90
Catecismo de la séptima Conferencia. 96
Octava conferencia. — Donde se prueba que Dios habia prometido á los Judíos y á todas las naciones un Mesías Salvador de los hombres, y que este Mesías ha venido. 98
Catecismo de la octava Conferencia. 104
Novena conferencia. — Donde se prueba que Jesucristo es el Mesías. 105

Pág.

Artículo I. — Profecías tocantes al orígen del Mesías, al tiempo y al lugar de su nacimiento, cumplidas en Jesucristo. 107
Art. II. — Profecías tocantes al modo extraordinario con que el Mesías debia nacer; á la condicion temporal del Mesías, y á su carácter personal, cumplidas en Jesucristo. 110
Art. III. — Profecía tocante la predicacion del Mesías, tocante sus milagros; y las contradiciones que debia sufrir su doctrina, cumplidas en Jesucristo. 113
Proemio. 116
Art. IV. — Profecías, tocantes la pasion, la muerte y la resurreccion del Mesías, cumplidas en Jesucristo. 118
Art. V. — Reprobacion de los Judíos por haber muerto al Mesías. 128
Art. VI. — Segun las profecías, las naciones idólatras debian ser llamadas á la fe, en lugar de los Judíos infieles : cumplimiento de estas profecías por Jesucristo. 136
Catecismo de la novena Conferencia. 156

SEGUNDA PARTE.

Proemio. 163
Primera conferencia. — Sobre la verdad, la autenticidad, y la divinidad de los libros del Evangelio, ó de la historia de Jesucristo. 167
Artículo I. — Pruebas de la verdad y de la autenticidad de los libros del Evangelio, sacadas de las reglas de la crítica. 168
Art. II. — Pruebas de la verdad de los libros evangélicos, sacadas del carácter personal de los evangelistas. 176
Art. III. — Pruebas de la autenticidad, de la verdad y de la divinidad de los libros del Evangelio, sacadas del carácter de los escritos de los evangelistas. 178
Catecismo de la primera Conferencia. 189
Proemio. 196
Segunda conferencia. — Sobre la grandeza personal, ó sobre las perfecciones de Jesucristo. 197
Art. I. — Sabiduría de Jesucristo. 198
Art. II. — Santidad de Jesucristo. 206
Catecismo de la segunda Conferencia. 217
Tercera conferencia. — Sobre la moral de Jesucristo. 221
Art. I. — En el cual se demuestra que la ley de Jesucristo se reduce toda á los tres amores que se han citado arriba. 224
Art. II. — Carácter del amor de Dios, segun la ley de Jesucristo. 227
Art. III. — Caractéres del amor que el hombre se debe á sí mismo, segun la ley de Jesucristo. 230

Pág.
Art. IV. — Caractéres del amor que el hombre debe á sus semejantes, segun la ley de Jesucristo. 234
Art. V. — Donde se exponen los medios que Jesucristo ha enseñado á los hombres para conservar y perfeccionar en ellos los tres amores, de los cuales se ha hablado hasta aquí. 237
Catecismo de la tercera Conferencia. 257
Cuarta conferencia. — Donde se manifiesta que Jesucristo es un Dios hombre. 263
Pruebas de la primera proposicion, á saber: que los milagros de Jesucristo no han podido obrarse sino por el poder de Dios. 265
Segunda proposicion: Jesucristo ha hecho sus milagros como Dios. 268
Tercera proposicion: Jesucristo ha hecho sus milagros para testificar que era Dios. 272
Catecismo de la cuarta Conferencia. 281
Quinta conferencia. — Donde se prueba la divinidad de Jesucristo, por el grande milagro de su resurreccion obrada por él mismo. 284
Artículo I. — Resurreccion de Jesucristo obrada por sí mismo, demostrada por la prediccion que de ella hizo el mismo Jesucristo antes de su muerte. 286
Art. II. — La resurreccion de Jesucristo demostrada por la relacion que de ella hacen los evangelistas, considerada como puramente histórica. 294
Art. III. — La resurreccion de Jesucristo demostrada por el testimonio que los Apóstoles dieron de ella desde luego á los Judíos, y en seguida á todas las naciones. 306
Catecismo de la quinta Conferencia. 333
Sexta conferencia. — Sobre los misterios de la Religion cristiana. 342
Corta exposicion de los principales misterios de la Religion cristiana. 369
Plan de la Religion cristiana. 371
Catecismo de la sexta Conferencia. 392

TERCERA PARTE.

Proemio. 395
Primera conferencia. — Donde se manifiesta la divinidad de la Religion cristiana por la maravilla de su establecimiento. 398
Catecismo de la primera Conferencia. 430
Segunda conferencia. — Donde se demuestra la divinidad de la Religion cristiana por el milagro perpetuo de su conservacion. 437
Catecismo de la segunda Conferencia. 451

Pág.

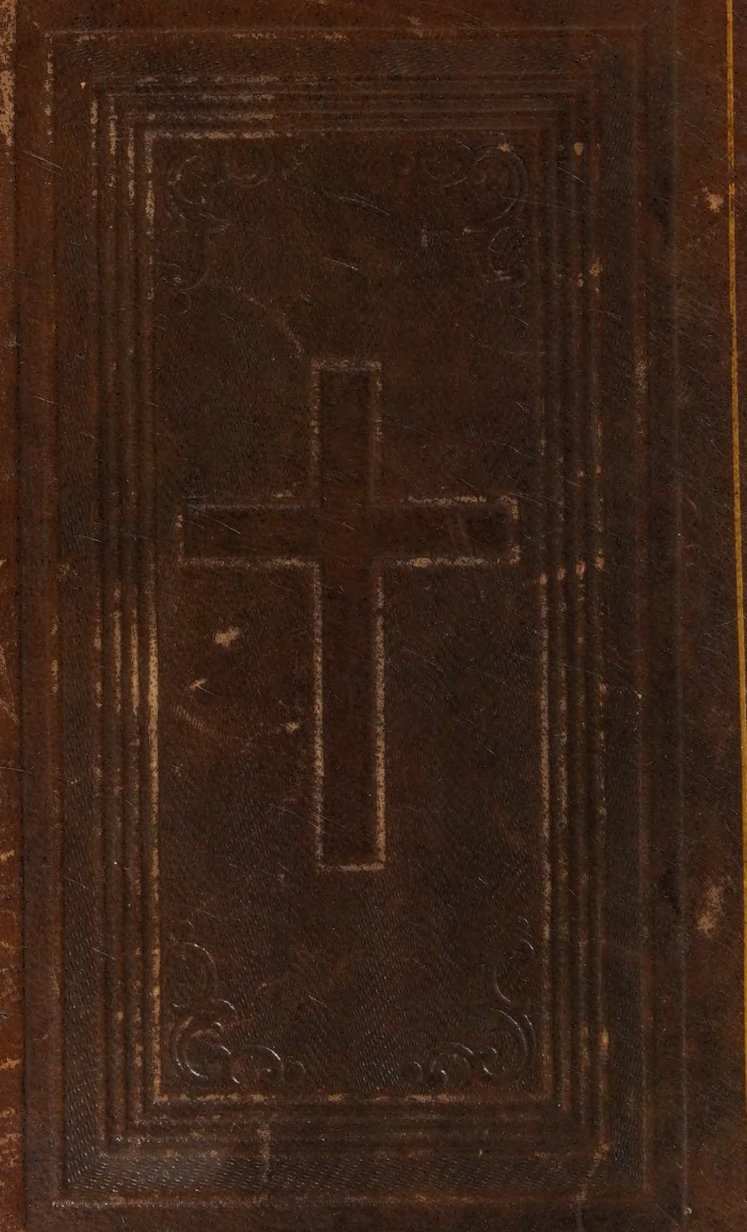
Tercera conferencia. — Donde se demuestra la divinidad de la Religion cristiana por la admirable revolucion que ha hecho en el mundo. 454
Catecismo de la tercera Conferencia. 479

CUARTA PARTE.

Proemio. 482
Primera conferencia. — Donde se manifiesta, 1° que entre las diferentes sociedades de cristianos que hasta ahora ha habido en el mundo, no ha podido jamás haber sino una que fuese la verdadera Iglesia de Jesucristo; 2° que entre las diferentes sociedades de cristianos que ha habido y hay todavía en el mundo, ha habido siempre una, que ha sido la verdadera Iglesia de Jesucristo. 486
Catecismo de la primera Conferencia. 494
Segunda conferencia. — Donde se manifiesta que Jesucristo ha dado á su Iglesia dos clases de autoridades: 1° la autoridad de la enseñanza para juzgar las controversias; esto es, las contestaciones que se suscitan entre los cristianos tocante la creencia; 2° la autoridad de gobierno, para arreglar la conducta de los fieles, en lo que mira al culto de Dios, y á las buenas costumbres. 495
Catecismo de la segunda Conferencia. 508
Tercera conferencia. — Donde se manifiesta: 1° que la Iglesia de Jesucristo debe tener un jefe visible; 2° que este jefe es el Papa, sucesor de san Pedro; 3° que el Papa tiene en la Iglesia la principal autoridad. 512
Catecismo de la tercera Conferencia. 518
Cuarta conferencia. — Donde se manifiesta que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque tiene todos los caractéres de la verdadera Iglesia, que están señalados en el Evangelio y en el símbolo de Nicea. 519
Art. I. — Donde se manifiesta que la Iglesia romana es verdaderamente apostólica. 522
Art. II. — Donde se manifiesta que la Iglesia romana es una. 531
§ I. Unidad de la fe. 532
§ II. Unidad de la moral. 535
§ III. Unidad de gobierno. *ib.*
Art. III. — Donde se manifiesta que la Iglesia romana es santa. *ib.*
Art. IV. — Donde se manifiesta que la Iglesia romana es católica. 539
Catecismo de la cuarta Conferencia. 543

FIN DEL ÍNDICE DEL ÚLTIMO TOMO.

239.4
A95

Ayme, M.
AUTHOR

Fundamentos de la Fe
TITLE